

G-F 12884





984 024 DG  
A

# CRISTOBAL COLON,

NOVELA

POR FENIMORE COOPER.

EDICION ILUSTRADA CON 24 GRABADOS.



MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. F. DE P. MELLADO,  
CALLE DE SANTA TERESA, NÚMERO 8.

1852.

T. 145565  
C. 1218190

# CRISTOBAL COLON

FOR TECHNICAL BOOKS

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

ANN ARBOR

MICHIGAN

FOR MICHIGAN

RECEIVED

ESTABLISHED TO PROMOTE THE INTERESTS OF THE STATE



R. 134077

# CRISTOBAL COLON.

NOVELA

POR FENIMORE COOPER.

## CAPÍTULO I.

Llamaron á la puerta de una manera estrepitosa, y oyóse una voz que decía que el Cid Rui-Díaz el Campeador se hallaba allí armado de pies á cabeza.

MISTRESS HEMANS.

Bien nos reframos á la grande obra del inmortal Cervantes, bien al autor, casi tan distinguido como aquel, que tomó de Lesage su famosa novela, ó bien queramos dar crédito á las mas concienzudas leyendas históricas ó á las relaciones de los viajeros modernos, aun no han alcanzado los españoles una época en que las posadas sean buenas y los caminos seguros, beneficios de la civilizacion, de los cuales parece estar privados para siempre los habitantes de la Peninsula, porque en todos tiempos hemos oido y seguimos oyendo hablar de los saqueos que sufren los viajeros, tanto por parte de los ladrones de oficio como por parte de los posaderos. Tambien es cierto que si esto acontece en el dia, lo mismo sucedia en el siglo XV, á cuya época vamos á trasladar á nuestros lectores.

A principios del mes de octubre del año del Señor 1469 reinaba en Aragon Juan de Trastamara, residiendo la corte en Zaragoza, ciudad situada á orillas del Ebro, cuyo nombre se supone ser una corrupcion de César Augusta, y la cual ha adquirido gran celebridad en nuestros dias bajo su actual denominacion, celebridad debida á sus heroicos hechos de armas. Juan de Trastamara, ó sea Juan II, segun el catálogo de los monarcas, era uno de los principes mas sagaces de su época; pero el estado de su hacienda era en extremo deplorable, habiendo consumido todos sus recursos las guerras que sostuvo contra los catalanes turbulentos, ó mejor dicho, ansiosos de libertad; se veia precisado á hacer continuos esfuerzos por mantenerse en su trono, y dirigir un reino compuesto de retazos, reuniendo bajo su imperio, ademas de su pais natal, el Aragon, con sus dependencias de Valencia y Cataluña, la Sicilia, las islas Baleares y algunos derechos bastante dudosos sobre Navarra. Segun el testamento de su hermano mayor y antecesor, la corona de Nápoles recayó en un hijo natural del mismo, sin cuya circunstancia aquel reino hubiera entrado en el número de sus posesiones. El rey de Aragon llevaba un largo y turbulento reinado, y precisamente en aquellos momentos acababa de apurar hasta los últimos recursos con el objeto de someter á los rebeldes catalanes: mas á pesar de todo, hallábase á la sazón mas próximo á conseguir el triunfo que lo que él mismo podia presumir, á causa de haber muerto repentinamente su com-

petidor el duque de Lorena, justamente á los dos meses de la época en que da principio nuestra historia. Pero como al hombre no le es dado leer en el porvenir, aconteció que el dia 9 del mes de octubre, ya citado, fué reclamada al tesoro del rey una suma considerable, en los momentos mismos por cierto en que el ejército, falto de recursos, estaba á punto de disolverse, y en ocasion en que el tesoro público solo contaba con la escasa cantidad de 300 enriques, moneda de oro así llamada del nombre de un monarca pasado, y cuyo valor venia á ser sobre poco mas ó menos el del ducado moderno.

El negocio de que se trataba, sin embargo, era de la mayor urgencia para admitir la mas minima dilacion, y hasta las obligaciones de la guerra se llegaron á considerar como un objeto secundario comparándolo con lo que hacia relacion á aquel negocio, de una especie mas íntima é importante, que habia surgido tan súbitamente. Celebráronse consejos, tratóse de ganar, ó mejor dicho, de intimidar á los prestamistas, y veíase por do quiera á los cortesanos en grave y notable agitacion. Por último, pasado el tiempo de los preparativos, pareció llegado el momento de obrar. La curiosidad pública quedó satisfecha al saber los habitantes de Zaragoza que su soberano trataba de enviar una solemne embajada á su vecino, pariente y aliado, el rey de Castilla. En 1469 ocupaba el trono del reino limitrofe Enrique, tambien llamado de Trastamara, bajo el título de Enrique IV, el cual era nieto, por línea de varon, de un hermano del padre de Juan II, siendo por consiguiente primo hermano del monarca de Aragon; mas á pesar de semejante grado de parentesco, y del poderoso vinculo del interés de familia que era de suponer debía unirlos, hubo necesidad de apelar á repetidas embajadas amistosas para conseguir mantener la paz entre ambos principes; así es que el simple anuncio de aquella de que entonces se trataba vino á causar mas satisfaccion que sorpresa entre los vecinos de la ciudad.

Enrique de Castilla poseia en la Peninsula un territorio mucho mas rico y estenso que su pariente el rey de Aragon, mas no por esto carecia tambien de cuidados y de tumulto. Habia casado segunda vez, despues de haber repudiado á su primera muger, Blanca de Aragon, con Juana de Portugal, cuyo carácter ligero y poco decoroso, no solo hubo de escandalizar á toda la corte, sino que habiendo llegado á concebirse graves dudas acerca de la legitimidad de su hija única, el odio sustituyó al descontento, y ésta quedó privada de los derechos que le daba su cuna. El padre de Enrique habia contraido, como él, segundas nupcias, habiendo dejado de su segundo matrimonio un hijo y una hija, Alfonso é Isabel, que fué años despues tan celebrada bajo el doble título de la Católica y reina de Castilla. Descontentos de la vana ostentacion y de la poca firmeza de Enrique co-



mo monarca, gran número de sus vasallos se habían declarado en abierta rebelion, proclamando rey á Alfonso, el hermano de Enrique, tres años antes de la época de nuestra historia, y alentando la guerra civil en todo su territorio. La muerte de Alfonso, ocurrida hacia poco, vino á terminar aquella guerra, y se restableció la paz por medio de un tratado en que Enrique accedia á separar de la línea de sucesion á su propia hija, ó mejor dicho, á la de Juana, y reconocia como heredera del trono á su hermana consanguinea Isabel. Esta segunda concesion, producto tan solo de la imperiosa necesidad, dió ocasion, como era de suponer, á un sin número de medidas violentas y reservadas para contrarrestar la disposicion ya acordada.

Entre otros medios de que el rey se valió (ó por mejor decir, sus favoritos, pues era proverbial la indolencia y desidia de aquel monarca, que á pesar de tener un excelente corazon, solo pensaba en satisfacer sus caprichos), entre otros medios de que se valió, pues, para evitar las probables consecuencias de la elevacion de Isabel al trono, figuran diferentes proyectos dirigidos á dominar la voluntad de aquella princesa y guiar su política, entregando su mano, bien á un súbdito con objeto de amenguar su poder, bien á algun príncipe extranjero, dispuesto á secundar aquellos designios. Precisamente en aquellos momentos era el matrimonio de esta princesa objeto de grandes especulaciones en España, y como uno de los pretendientes á su mano era el hijo del rey de Aragon, casi todos los que oyeron hablar de una próxima embajada creyeron muy naturalmente que semejante acontecimiento tenia alguna relacion con aquel gran golpe de la política aragonesa.

Ademas de ser Isabel heredera reconocida de una corona tan envidiada, gozaba tambien de grande reputacion por su saber, su piedad, su modestia, discrecion y hermosura, presentándose con tales alicientes gran número de competidores para lograr su mano, entre los que se contaban príncipes franceses, ingleses y portugueses, ademas del príncipe de Aragon, de quien ya hemos hablado. Los diferentes favoritos prestaban su apoyo cada uno á su pretendiente, buscando cada cual por su lado el medio de lograr su objeto, y poniendo en juego todas las artes é intrigas propias de los cortesanos. Entretanto, la princesa, objeto de rivalidades, guardaba estrictamente aquella reserva y discrecion que convienen á una señora, por mas que esté firmemente resuelta á ceder á los mas caros sentimientos de su corazon.

El rey, su hermano, se hallaba en sus estados del Sur pensando solo en sus placeres, mientras que Isabel, acostumbrada desde largo tiempo á permanecer en la soledad, se ocupaba con la mayor circunspeccion en el arreglo de sus propios negocios de la manera que juzgaba mas conducente para su bienestar. Habíanse hecho diferentes tentativas con objeto de apoderarse de su persona, de las cuales habia logrado escapar á favor del pronto socorro de sus parciales, refugiándose por último en el reino de Leon, como acostumbraban á llamar á aquella provincia, y fijando su residencia interina en Valladolid, que era la capital. Mas como Enrique permanecia aun por las inmediaciones de Granada, debemos dirigirnos hácia aquella parte para dar con el camino que habia emprendido la embajada.

La comitiva partió de Zaragoza por una de las puertas del lado del Sur en las primeras horas de un hermoso y despejado dia de otoño. Compañias de la acostumbrada escolta de lanzas, porque el estado del pais así lo exigia, de varios nobles con sus luengas barbas y cubiertos con cotas de malla, pues raras eran las personas que pudiendo servir de incentivo á los rateros se lanzaban á un viage sin semejante precaucion, de una larga fila de mulas de carga, y por último, segun costumbre, de un numeroso ejército de criados y soldados.

Este brillante acompañamiento atraia á la multitud hasta los mismos pies de los caballos, y al mismo tiempo que se dejaban oír varias súplicas por el buen éxito

de la embajada, oíanse tambien un sin número de necias y absurdas conjeturas sobre el motivo mas probable y el resultado de aquel viage, lo cual es propio de gente ignorante y charlatana.

Mas la curiosidad y la chismografía tienen sus límites; así es que cuando el sol estaba próximo á su ocaso, la mayor parte de aquella gran multitud se habia olvidado del espectáculo de la mañana, y ni siquiera se hablaba de él. A pesar de todo, cuando llegó la noche, aun seguia siendo el mismo objeto de la conversacion de dos soldados que formaban parte de la guardia de la puerta de Occidente, ó sea la que da al camino de Burgos. Estos dos individuos estaban pasando el tiempo de esa manera indolente, tan propia de los soldados cuando están de guardia y fuera de sus horas de servicio: así es que el espíritu de discusion y de critica habia reemplazado en ellos á la agitacion y al tumulto del dia.

—Pues si don Gonzalo de Carvajal piensa ir muy lejos con semejantes elementos, dijo el de mas edad, debe tomar muy en consideracion á los que le acompañan, porque nunca ha puesto en campaña el ejército de Aragon un cuerpo tan mezquinamente equipado como el que hoy ha salido por la puerta del Sur, á pesar de sus deslumbradoras gualdrapas y del estrépito de las trompetas. Dígame en verdad, Diego, que mejores lanzas hubiéramos nosotros proporcionado en Valencia para una embajada real; si, señor, y tambien caballeros mas dignos de mandarlas que los de Aragon. Mas si el rey está satisfecho, no debemos nosotros mostrarnos descontentos, nosotros, simples soldados suyos.

—No falta tampoco quien opina. Rodrigo, que se hubiera obrado mas cuerdamente reservando el dinero que se prodiga para enviar una carta á la corte, y pagando con él á los valientes que derraman su sangre con tal decision contra los rebeldes barceloneses.

—Hé aqui, jóven, lo que sucede siempre entre el deudor y el acreedor; don Juan os debe algunos maravedises, y ya le estais echando en cara cada enrique que gasta para sus necesidades. Yo, como veterano, he aprendido á pagarme por mi mismo cuando el tesoro está tan exhausto que trata de evitarse semejante trabajo.

—Eso seria bueno cuandouviésemos una guerra estrangera, por ejemplo, contra los moros; pero esos catalanes son tan buenos cristianos como nosotros mismos, y aun algunos de ellos tan fieles, y no es lo mismo saquear á sus conciudadanos que á un infiel.

—Veinte veces mejor, porque este último ya se lo espera, y como hace todo él que puede verse en semejante apuro, no lleva consigo cosa que valga la pena, cuando el primero os pone de manifiesto cuanto tiene y os abre con la mayor franqueza su corazon. ¿Pero qué gente será esta que se pone en camino á una hora tan avanzada?

—Cuatro tontos que querrán aparentar que tienen dinero y hacen como que lo ocultan cuidadosamente. No lo dudeis, Rodrigo; ¿cuánto apostais que entre todos no reunen lo suficiente para pagar al mozo que les sirva esta noche unos huevos pasados por agua?

—¿Por Santiago mi patron! dijo á media voz y sonriendo uno de los principales que formaban parte de aquella cabalgata, el cual, con uno solo de sus compañeros, marchaba un poco mas adelante que los otros como quien trata de no mostrarse con ellos demasiado familiar: ese bribon se aproxima á la verdad mas de lo que yo quisiera, porque aunque tengamos todavia bastante para pagar una olla podrida y al mozo que nos sirva, dudo mucho que pueda quedarnos ni un solo doblon al terminar nuestro viage.

Una severa observacion, hecha tambien en voz baja, contuvo aquella inmoderada chanzoneta; y en aquel momento el grupo de que hablamos, compuesto, á lo que parecia, de mercaderes ó comerciantes (pues en aquellos tiempos las clases se distinguian completamente por sus trages) vino á detenerse delante de la puerta. Sus



pases iban en toda forma, y el guarda, medio dormido y gruñendo, abrió con lentitud para que pasasen los viajeros.

Durante estas indispensables formalidades, nuestros dos soldados se habian desviado un poco y miraban con atencion aquel grupo, aunque su gravedad española les impedia manifestar abiertamente el desprecio que les inspiraban dos ó tres judíos que iban en él. Los comerciantes eran sin duda de alto rango, á juzgar por uno ó dos criados en traje de lacayos que los seguian manteniéndose á distancia respetuosa, mientras que sus amos se detenian á satisfacer el derecho que era de costumbre cuando se pasaba por las puertas á hora tan avanzada. Uno de los criados, que montaba una soberbia y fogosa mula, se colocó casualmente tan cerca de Diego

que respiraba demasiado buen humor para que escitase contra si ningun resentimiento.

—Tus intenciones serán muy buenas, camarada, pero tus pellizcos se dejan sentir demasiado, contestó el jóven lacayo con agrado: pero si quisieras adoptar un consejo amistoso, te diria que procures no tomarte nunca semejantes familiaridades, no sea que algun dia te encuentres con la cabeza rota.

—¡Por San Pedro! Eso lo veriamos...

No pudo concluir, porque al ver el criado que su amo acababa de marchar, espoleó á su mula, y emprendiendo el brioso animal el galope, vino casi á atropellar á Diego, que de este modo llegó á dar contra el arzon de la silla.

—Fogoso es el jóven por cierto, añadió Diego ende-



Cristóbal Colon, copiado de un retrato origin. l.

durante aquel corto intervalo, que este, naturalmente algo charlatan, no pudo resistir á la tentacion de dirigirle la palabra

—¿Quieres decirme, Pepe, le dijo el soldado, cuantos doblones tienes de salario al año, y cuántas veces te reponen ese magnifico jubon de pellejo?

El criado del comerciante, que, á pesar de ser aun jóven, anunciaba, segun sus fornidos miembros y curtidias megillas, haber servido, y sufrido tambien la intemperie de las diferentes estaciones, se estremeció, y no pudo menos de ponerse encendido al escuchar tan inesperada pregunta, la cual fué acompañada de una mano que con la mayor familiaridad le golpeó en el muslo y aun le pellizcó la pierna con aquel desenfado propio de un soldado. La risueña fisonomía de Diego logró sofocar á no dudarle una rápida explosion de cólera por parte del criado, porque á la verdad era Diego un hom-

rezándose: he creido por un momento que iba á hacer conocimiento con sus puños.

—Has obrado muy mal, Diego, y estás acostumbrado á no reflexionar lo que haces. Nada me hubiera sorprendido que ese jóven te hubiera sacudido para castigarte por el insulto que acabas de hacerle.

—¡Bah! ¡bah! ¡un lacayo asalariado por un miserable judío hubiera alzado la mano á un soldado del rey!

—Es que tambien puede él haberlo sido. Ya sabes que en los tiempos que corren, los que, como ese muchacho, presentan un aspecto varonil y fornido no se escapan del servicio de las armas; hasta se me figura haberle visto otra vez, y en parage, por cierto, donde un cobarde no se hubiera encontrado.

—¿Qué error! Ese perillan no es mas que un lacayuelo acostumbrado solo á estar entre mugeres.

—Pues á pesar de sus pocos años, te apuesto que ya

se ha batido contra los moros y los catalanes; porque no ignoras las costumbres de los nobles de llevar al combate á sus hijos, aun los mas jóvenes, con el solo objeto de que se instruyan en los altos hechos de la caballería.

—¡Los nobles! contestó Diego soltando la carcajada. En nombre de todos los diablos, Rodrigo, ¿en qué estás pensando para comparar á un mal lacayo con un joven noble? ¿Puedes acaso creer que ese sea algun Guzman ó algun Mendoza disfrazado para mezclar su nombre con los hechos de la caballería?

—Razon tienes, y confieso que esto es una locura; mas á pesar de todo, estoy seguro de haber visto sus fruncidas cejas en alguna batalla, y haberle oido gritar, al rehacer las tropas bajo sus estandartes: «¡Por Santiago de Compostela, aqui me teneis!» Oye, Diego, una palabra.

Diciendo asi el veterano, condujo aparte á su joven compañero, á pesar de que nadie habia á su alrededor que los escuchase, y mirando á un lado y á otro para asegurarse de que no podia ser oido, pronunció algunas palabras al oido de Diego.

—¡Virgen Santa! exclamó éste retrocediendo de temor y de sorpresa: estás equivocado, Rodrigo.

—Puedo asegurarte lo que acabas de oir por la salvacion de mi alma, respondió el veterano con aire decisivo. ¿Por ventura no le he visto yo mil veces alzada la visera, y no le he seguido otras mil á la carga?

—¡Pero presentarse convertido en criado de un mercader, y acaso, acaso de un judío!

—Nuestro oficio, Diego, consiste en combatir sin preguntar la causa, mirar sin ver, y escuchar sin oir. Aunque tenga sus arcas vacías, don Juan es un buen rey, es el ungido del Señor, y nuestro deber es solo mostrarnos soldados prudentes y discretos.

—¿Pero cómo ha de perdonarme nunca el haberle pellizcado en la pierna despues de espresarme tan desatinadamente como lo he hecho?

—¡Bah! No es fácil que te encuentres con él en la mesa del rey; y en el campo de batalla, como sabes que tiene por costumbre marchar siempre el primero, no es probable que vaya á volver atrás la cabeza para reconocerte.

—¿Con qué creés que será posible que no me reconozca?

—Y aunque asi fuese, eso no debe darte cuidado, porque la memoria de los hombres como él, suele estar siempre mas ocupada de lo que puedes figurarte.

—¡Quiera la bienaventurada Virgen María que seas profeta en lo que dices, pues de otro modo jamás me atreveria á presentarme en las filas! Si fuese acaso un servicio el que yo le hubiese hecho, podria esperar que llegase á olvidarlo, mas el recuerdo de una afrenta se conserva por largo tiempo.

Al llegar aqui, pusieron á pasear los dos soldados continuando su diálogo de rato en rato, aunque el veterano no dejaba de hacer frecuentes advertencias á su joven compañero, demasiado propenso á charlar, recomendándole la discrecion y la prudencia como una de las principales virtudes.

Mientras esto sucedia, los viageros seguian su camino con tal rapidez, que hacia creer que el camino real no les inspiraba la mayor confianza, y que tenian grandes deseos de adelantar en su viaje. Caminaron toda la noche, y solo alojaron el paso cuando á la salida del sol se vieron espuestos á las miradas de los curiosos, entre los cuales podia hallarse algun emisario de Enrique, rey de Castilla, cuyos agentes pululaban particularmente en todos los caminos que desde la capital del reino conducian á Valladolid, en donde acababa de refugiarse su hermana Isabel. Sin embargo de esto, nada notable acaeció á nuestros viageros que pudiera diferenciar aquel viaje de todos los que se hacian á la sazón por aquel pais. Poco tiempo despues entraron en el territorio de Soria, provincia de Castilla la Vieja, en donde varios destacamentos de tropas de Enrique vigilaban todos los

desfiladeros; mas nada en los viageros podia llamar la atencion de los soldados del rey. En cuanto á los ladrones, se habian retirado por algun tiempo de los caminos reales con motivo de evitar un encuentro con las tropas que los guarnecian.

El joven que dió margen á la conversacion de los dos soldados marchaba constantemente detrás de su amo, siempre que éste continuaba á caballo; y durante los cortos descansos que hicieron en el viaje, se ocupó, como los demas criados, en los quehaceres y obligaciones propias de su clase: no obstante, el segundo dia por la noche, á poco rato de haber abandonado la cabalgata cierta posada donde habian saboreado una olla podrida y un vinillo de lo añejo, aquel alegre joven de quien mas atrás hablamos, y que continuaba aun al lado de su grave compañero, marchando los primeros, soltó una estrechita carcajada, y deteniendo su mula, aguardó á que pasase toda la cabalgata hasta que emparejó con el joven lacayo de quien acabamos de hacer mencion particular; éste dirigió á su supuesto amo una severa y poco satisfactoria mirada, y le dijo en un tono que no convenia mucho con la aparente diferencia de sus situaciones respectivas.

—¿Cómo es eso, maese Nuñez! ¿Por qué habeis abandonado vuestro puesto de vanguardia para venir á poneros en familiar contacto con los escuderos que marchan á retaguardia?

—Os pido mil perdones, honrado Juan, replicó el amo sin cesar de reir, aunque haciendo violentos esfuerzos por contener aquel acceso de buen humor por respetos á la persona con quien hablaba; pero acaba de sucedernos una desgracia que sobrepaja á cuantas se leen en los fastos y leyendas de la nigromancia y de la caballería andante. El digno maese Ferreras que veis alli, y que entiendo divinamente el manejo del dinero, como que ha pasado su vida entera comerciando en trigo y avena, ha dejado olvidada su bolsa en la posada que acabamos de abandonar al ir á pagar un poco de pan duro y de aceite rancio, de manera que apenas reuniremos 20 rs. entre todos nosotros.

—¿Y es acaso un motivo de broma el hallarnos sin dinero, maese Nuñez? replicó el supuesto criado, al mismo tiempo que con una ligera sonrisa parecia indicar el deseo de participar del buen humor de su compañero. Gracias al cielo que no nos hallamos muy lejos de Osma, y de este modo no nos hará tanta falta el bolsillo. Mas por el pronto, permitidme, mi amo, que os mande ir á colocaros en el puesto que os corresponde, á la cabeza de la cabalgata, y no volver á familiarizaros tanto con vuestros inferiores. Ya estás aqui demas, vuélvete, pues, al lado de maese Ferreras, y dile que siento en el alma la pérdida que acaba de espermentar.

Sonrióse Nuñez, á pesar de que su supuesto criado apartaba los ojos como queriendo él mismo dar ejemplo de respeto á la órden que acababa de dar, mientras que el joven ansiaba obtener de él una mirada satisfactoria y benévola. Un instante despues ya ocupaba su puesto acostumbrado en aquella comitiva.

Llegada la noche, y con ella la hora en que los hombres, asi como las bestias, demuestran ordinariamente su cansancio, nuestros viageros apretaron el paso de sus cabalgaduras, y á fuerza de espuelas pudieron llegar cerca de la media noche á la puerta principal de una pequeña ciudad murada, que se llama Osma, situada á corta distancia de los confines de la provincia de Burgos, pero perteneciente á la de Soria. Apenas Nuñez hubo llegado bastante cerca de la puerta para poder llamar, comenzó á dar sendos golpes en ella para avisar de su llegada á los de adentro. Pocos esfuerzos bastaron para lograr que se detuviesen las mulas que marchaban detrás; mas el pretendido lacayo hizo continuar la suya, é iba á colocarse entre los principales personajes que se hallaban cerca de la puerta, cuando una enorme piedra, arrojada desde lo alto del muro, vino á caer tan próxima á su cabeza que en poco estuvo hacerle emprender un



viago al otro mundo. Todos sus compañeros lanzaron un gran grito al ver el peligro que acababa de correr, y no pudieron menos de desahogarse en imprecaciones contra el brazo que descargó semejante piedra: solo el jóven fué el que permaneció impávido, y aunque al quejarse de tal accion tomó su voz una especie de aire de autoridad, no se notaba en ella el acento de la cólera ni de la alarma.

—¿Qué es esto? exclamó, ¿este es el modo que tenéis de recibir á unos pacíficos caminantes, á unos mercaderes que solo os piden hospitalidad y descanso para una noche?

—¡Caminantes, mercaderes! murmuró una voz en la muralla; mejor diriais espías y agentes del rey Enrique. ¿Quién sois, pues? Responded al instante, ó de lo contrario se os arrojará otra cosa que se clave mas que las piedras.

—¿Quién es el gobernador de esta ciudad? preguntó el jóven como desdeñándose de contestar á aquella pregunta; ¿no es el noble conde de Treviño?

—Sí, señor, respondió el centinela con voz mas templada. ¿Mas cómo es posible que unos mercaderes conozcan á S. E.? ¿Y tú quién eres, tú que hablas con mas altanería que un grande de España?

—Yo soy Fernando de Trastámara, príncipe de Aragón, rey de Sicilia.—Marcha, y di á tu señor que venga aquí al instante.

Semejante declaracion, que fué anunciada con aquel tono decisivo propio de quien está acostumbrado á una implícita obediencia, produjo un cambio notable en aquellas circunstancias. La cabalgata retenida ante la puerta, varió enteramente de posicion: los dos señores que se hallaban en primera fila, dejaron su sitio al jóven rey, y los caballeros se arreglaron de manera que daban á entender que ya no se trataba de continuar disfrazados, sino de mostrarse cada cual segun quien era real y verdaderamente. Un observador filósofo y curioso hubiérase entretenido en ver de qué modo aquellos jóvenes ginetes se erguan sobre sus sillas, como si quisiesen deshacerse de aquel aire encogido de mercaderes y recobrar el que les era propio como hombres habituados á los torneos y á la guerra. En las murallas no fué menor ni menos repentina la trasformacion: todo sintoma de estupor habia desaparecido; los soldados hablaban entre sí con aire animado, pero á media voz, y el ruido de pasos que se dejaba sentir á alguna distancia indicaba que habian salido mensajeros de diferentes puntos.

Asi trascurrieron cerca de diez minutos; mas al cabo de este intervalo, apareció sobre la muralla un oficial subalterno, y se escusó de la tardanza, que provenia solo de la necesidad de observar las formalidades de ordenanza, pero de modo alguno de falta de respeto. Por último, un nuevo movimiento que se notó en las fortificaciones y el resplandor de gran número de faroles, anunció la llegada del gobernador, y los viageros que ya comenzaban á impacientarse á media voz, procuraron comprimirse como las circunstancias lo exigian.

—¿Será cierta la feliz nueva que acaban de anunciarme? exclamó una voz desde lo alto del muro, mientras que por medio de una cuerda descollaban un farol á fin de reconocer mas exactamente á los que en la puerta estaban. ¿Es en efecto don Fernando de Aragón, quien me dispensa el alto honor de pedir entrada en esta villa á una hora tan desusada?

—Decid á ese peñillan que dirija hácia mí su linterna, repuso el rey de Sicilia, y no os quedará duda alguna. Yo os prometo olvidar completamente la falta de respeto que se ha tenido conmigo, conde de Treviño, con tal que hagais que entremos cuanto antes.

—¡Es el mismol prorumpió el conde, bien reconozco ese noble rostro que tiene impresas las facciones de una larga descendencia de reyes, y esa voz que he escuchado tantas veces rehacer los escuadrones aragoneses para conducirlos á la carga contra los moros. ¡Proclamen los clarines su feliz arribo y ábranse las puertas!

Obedeciése en el momento aquella órden, y el jóven príncipe verificó su entrada en Osma al sonido de los clarines, rodeado de un fuerte piquete de hombres de armas y seguido de media poblacion de la villa, que acababa de despertarse sorprendida y asustada.

—Buena suerte ha sido, señor, dijo al rey don Andrés de Cabrera, aquel jóven de quien ya hemos hablado y que ahora marchaba familiarmente al lado de don Fernando; buena suerte ha sido que hayamos encontrado al fin tan buena posada y sin tener que hacer gasto alguno, porque es por cierto una triste verdad que mae-se Ferreras ha perdido por un descuido el único bolsillo que poseíamos; y en semejante caso, no creo hubiéramos podido por mas tiempo seguir haciendo el papel de mercaderes, porque aunque los muy bellacos tienen la buena costumbre de regatear bien cuanto venden, no por eso les gusta dejar de hacer ver que les sobra dinero.

—Ahora que ya nos hallamos en Castilla, don Andrés, repuso el rey sonriéndose, podremos contar con vuestra hospitalidad, pues no ignoramos que tenéis á vuestra disposicion dós de los mas preciosos diamantes del mundo.

—¡Yo, señor! V. A. quiere divertirse á mi costa, y á la verdad que es el único placer á que por el momento me hallo en estado de corresponder; puesto que mi decision por la princesa Isabel me ha traído la espulsion de mi dominio, y el mas insignificante caballero del ejército de Aragón no es por el momento tan pobre como yo lo soy. Siendo esto así, ¿qué diamantes puedo yo tener á mi disposicion?

—La fama habla con gran celebridad de dos brillantes deslumbradores que se descubren bajo las cejas de doña Beatriz de Bobadilla, y yo he oido decir que están enteramente á vuestra disposicion, esto es, hasta el punto que le es permitido al afecto é inclinacion de una noble dama hácia un leal y cumplido caballero.

—¡Ah, señor! Si nuestra aventura llega á terminar con tan buenos auspicios como ha empezado, me atrevo sin duda alguna á esperar que vuestro real favor no me faltará en ese negocio.

Sonrióse el rey con la mayor calma, mas habiéndose aproximado á él en aquel momento el conde de Treviño, cambió de objeto la conversacion. Fernando de Aragón durmió profundamente aquella noche; mas al romper el alba, ya él y todos sus compañeros estaban á caballo, y partieron de Osma de una manera bien distinta por cierto de como habian entrado. Fernando entonces iba en traje de caballero, y montaba un soberbio caballo andaluz; todos los que le seguian habian tambien recobrado completamente el carácter y posicion que á cada uno pertenecia. Un numeroso cuerpo de lanceros mandado por el mismo conde de Treviño formaba la escolta, y el 10 de aquel mes llegó la cabalgata á Dueñas, en la provincia de Leon, plaza próxima á Valladolid. Los nobles descontentos se apresuraron todos á hacer la corte al príncipe, que fué recibido de una manera muy conforme á su rango y á su elevado porvenir.

Entonces tuvieron ocasion de observar los castellanos mas entregados al lujo y á la molicie, de qué manera Fernando, á la edad de 18 años, pues no tenia mas á la sazón, habia conseguido llegar á endurecer su cuerpo y fortalecer sus músculos, de tal modo, que era capaz de los mas notables hechos de armas. Se entretenia en hacer los mas árduos ejercicios militares, y no cedia á ningun caballero del reino de Aragón en manejar su caballo en un torneo ó en el campo de batalla. Como la mayor parte de los príncipes de las reales estirpes, asi de aquel tiempo como del nuestro, tenia una tez brillante, aunque algo tostada ya desde su juventud por los placeres de la caza y sus ocupaciones guerreras. Sóbrio como un musulman, parecia que su cuerpo activo y bien proporcionado habian endurecido tan temprano, como si la Providencia le reservase para la ejecucion de algunos de sus altos designios que exigiesen una gran fuerza corporal, como asimismo una profunda prevision y una interesante sagacidad. Durante los cuatro ó cinco dias si-

güentes, los nobles castellanos, al escuchar sus discursos, no sabían que admirar más, si su fácil elocuencia ó la prudencia que resaltaba en sus espresiones y pensamientos, prudencia que hubiera podido creerse prematura, fría y vana, pero que se consideraba como un gran mérito en un jóven príncipe destinado á poner un freno á las diferentes pasiones encontradas, á la perfidia y al egoísmo de los hombres.

## CAPITULO II.

Abandona al ruiseñor los bosques sombríos; tú desde la luciente región donde vives oculto inundas el mundo de armoniosos raudales que causan mas divinos trasportes que el canto de aquel! Tipo del sábio, que aunque emprende su vuelo, jamás llega á estraviarse, cualquiera que sea el espacio que recorra entre el cielo y la tierra.

WORDSWORTH.

Mientras que don Juan, rey de Aragón, recurría á semejantes estratagemas para lograr que su hijo se escapase de los vigilantes y vengativos emisarios del rey de Castilla, hallábanse en Valladolid varias personas que en medio de la mayor zozobra aguardaban el resultado de aquella arriesgada empresa con la impaciencia y el sobresalto que eran consiguientes: y entre los que se tomaban tal y tan profundo interés por los movimientos de Fernando de Aragón, había algunos que ya es necesario hacer conocer á nuestros lectores.

A pesar de que Valladolid no había aun alcanzado aquella ostentación que llegó á obtener mas adelante como capital del reino de Carlos V, sin embargo, era una muy antigua ciudad, que encerraba dentro de sí todo lo que, para aquel siglo, podía llamarse lujo y magnificencia. Poseía varios palacios, así como otras viviendas mas inferiores: entre los primeros, contábase como el mas bello el que servía de morada á Juan de Rivero, elevado señor del reino, y precisamente á aquel palacio es á donde vamos á trasladarnos. En su recinto nos aguardan gentes mucho mas agradables aun que las que acabamos de abandonar, pero á la sazón hallábanse llenas de inquietud aguardando la llegada de un mensajero que debía conducir noticias de Dueñas. La habitación retirada de que es preciso formarse una idea, reunía á la tosca ostentación de aquella época, todas las comodidades que rara vez deja de procurarse una muger en aquella parte de la casa destinada para sí.

En 1469 se aproximaba ya la España rapidamente á la terminación de aquella encarnizada lucha, que había durado por espacio de siete siglos, y durante la cual los cristianos y los musulmanes habíanse disputado la posesión de la Península. Los últimos ostentaron por largo tiempo su autoridad en la parte meridional del reino de Leon, habiendo dejado tras de sí en los palacios de la capital varios restos de su inculca magnificencia. Los elevados techos cubiertos de arabescos, no eran á la verdad tan espléndidos como los que se hacían notar hácia el Sud de España, pero siempre se conocía allí la mano de los moros, y el nombre de Valed Olid, trasformado despues en Valladolid, enlaza esta villa con los recuerdos que han dejado los árabes.

En la estancia de que acabamos de hablar y que formaba parte del mejor palacio de la ciudad, el de don Juan de Rivero, hallábanse dos damas muy entretenidas en una animada conversacion que parecía interesarlas vivamente. Ambas eran jóvenes, y aunque cada una de un género distinto, las dos hubieran sido consideradas siempre como hermosas en cualquier época y en cualquier país del mundo. La una manifestaba un aire tal de amabilidad que casi nada podía comparárselo, acababa de cumplir sus diez y nueve años, edad en que las formas femeninas se han desarrollado completamente en un cli-

ma tan cálido, de manera que el poeta de mas vasta imaginación de España, país tan celebrado por sus bellas, no habría podido concebir la idea de una muger tan perfecta. Sus manos, sus pies, su cabeza, sus contornos, todo era un modelo de gracias; y su estatura, sin alzarse hasta un punto que pareciese la de un hombre, era la suficiente para dar á su aspecto cierta nobleza que demostraba una tranquila dignidad.

El que la observaba no podía comprender seguramente si la influencia que sobre él ejercía dimanaba de la perfección de su cuerpo ó de la espresion con que estaba animada. En fin, su figura era, bajo todos aspectos, digna de las hermosas formas de su cuerpo. Aunque nacida bajo el ardiente sol de España, remontábase su estirpe, por una larga série de reyes, hasta los soberanos godos, y las frecuentes alianzas con príncipes extranjeros habían producido en su fisonomía aquella mezcla de los bellos encantos del Norte, y de las seductoras gracias del Sud, todo lo cual ayudaba á elevar su hermosura de muger al punto mas cercano de la perfección.

Su cutis era de una blancura deslumbradora, y sus largos cabellos rubios tenían aquel color que se aproxima á un matiz mas pronunciado; sus ojos azules, respirando dulzura, dice un célebre historiador, brillaban de inteligencia y sensibilidad; en aquellos espejos del alma se encontraban sus mas altos derechos á la amabilidad, puesto que revelaban así la belleza de su alma como la del cuerpo, y comunicaban á aquellas facciones de una delicadeza y de una esquisita simetría, cierta espresion tranquila de dignidad y de escelencia moral que templaba una modestia que aparecía enlazada así á la sensibilidad de una muger, como á la pureza de un ángel. Para completar tales encantos, y aunque oriunda de sangre real y educada en una córte, una franca y agradable sinceridad presidía á todas sus acciones y pensamientos, así como estos se retrataban en su rostro, añadiendo el sello de la verdad al brillo de la juventud y de la hermosura.

Esta princesa hallábase sencillamente ataviada, pues felizmente, el gusto de la época permitía á los que se ocupaban en el adorno de las damas, consultar las formas que debían á la naturaleza; mas sin embargo, las telas eran riquísimas y propias de su elevado rango. Solo una cruz de brillantes lucía sobre su cuello de nieve, del cual pendía por medio de un collar de perlas; y algunas sortijas cubiertas de rica pedrería adornaban, ó por mejor decir, recargaban aquellas manos que no necesitaban para cautivar la atención de semejantes adornos. Tal aparecía Isabel de Castilla en los días de su juventud y retiro, y mientras aguardaba el resultado de las mudanzas que debían poner el sello á su porvenir y al de toda su posteridad, aun hasta los tiempos que alcanzamos.

Su compañera era Beatriz de Bobadilla, la amiga de su infancia y juventud, que continuó siéndolo en su edad madura y hasta el momento de su muerte. Tenía doña Beatriz una fisonomía decididamente mas española, á causa de que, aunque oriunda de una antigua é ilustre familia, ni la política ni la necesidad habían obligado á sus antepasados á enlazarse tan á menudo con extranjeros como sucedió á los de la princesa de Castilla. Sus negros y espresivos ojos anunciaban un alma generosa y una firmeza á que algunos historiadores han dado el nombre de valor; sus cabellos eran de un negro solo comparable con el ala de un cuervo. De la misma manera que su señora, mostraba en todas sus formas la gracia y la amabilidad propias de la juventud, y desarrolladas bajo el benéfico sol de la España, á pesar de que su porte era algo menos distinguido y sus contornos no ofrecían una tan completa perfección. En una palabra, parecía que la naturaleza había trazado entre las gracias físicas y los atractivos morales de la princesa, y los encantos de su noble amiga, una especie de línea divisoria, parecida á las que las preocupaciones de los hombres establecen entre los diferentes rangos y categorías, y sin



embargo, consideradas separadamente, y como mugeres, cada una de ellas hubiera sido mirada como eminentemente seductora.

En el momento que hemos elegido para presentar la siguiente escena, Isabel, con todo el atractivo de su traje de mañana, hallábase sentada en un sillón, apoyada en uno de sus brazos, y en una actitud que sin duda alguna habia adoptado por efecto del interés que le inspiraba la conversacion que sostenian y de la confianza que tenia en su compañera. Beatriz de Bobadilla estaba sentada en un taburete á los pies de la princesa, teniendo el cuerpo levemente inclinado con una especie de respetuosa adhesion, y de forma que los rubios cabellos de Isabel venian á entremezclarse con las negras trenzas de los suyos, mientras que la cabeza de aquella descansaba en la de su amiga. Como á la sazón estaban solas, el lector comprenderá bien, vista la completa ausencia de la etiqueta castellana y de la circunspeccion española, que la conversacion que ambas sostenian era puramente confidencial, y seguia mas los impulsos de la naturaleza que las fórmulas artificiosas que suelen tener lugar en el trato de la córte.

—He rogado á Dios, Beatriz, dijo la princesa como contestando á alguna observacion que esta le habia hecho, que guíase mi entendimiento en asunto de tanta importancia, y yo tengo la confianza de que en la eleccion que acabo de hacer, he tenido presente la felicidad de mis futuros súbditos tanto como la mia propia.

—Nadie debe presumir lo contrario, respondió Beatriz, y si se os hubiera antojado casaros con el gran Turco, estoy segura que es tanto lo que os aman los castellanos que no se hubieran opuesto á ello.

—Dí mejor que es tanto tu afecto hácia mi que él te inspira semejante idea; mi querida Beatriz, repuso Isabel sonriendo y alzando la cabeza que tenia inclinada sobre la de su amiga; nuestros castellanos podrian muy bien perdonarme semejante pecado, pero yo no podria olvidarme nunca de qué soy cristiana. Beatriz, he sufrido una prueba bien cruel con este negocio.

—Mas el tiempo de esa prueba ha pasado ya casi del todo. ¡Virgen santa! ¡pero qué falta de reflexion, qué orgullo, qué poco amor propio deben tener algunos hombres para haber tenido la osadia de aspirar á vuestra mano! Todavía erais una niña, y ya estabais prometida á don Carlos, principe que bien podia entonces ser vuestro padre; y como si esto solo no fuese bastante para indignar á pechos castellanos, se os designó despues al rey de Portugal, que podia muy bien pertenecer á la generacion anterior. A pesar de todo mi afecto y adhesion hácia vos, á pesar de que os quiero mas que á mi misma alma, nada me inspira mas profundo respeto que aquella heroica firmeza con que en medio de vuestros cortos años habeis rechazado á ese vejezuelo que pretendia haceros reina de Portugal.

—Don Enrique es mi hermano, Beatriz, y al mismo tiempo tu señor y el mio.

—¡Ah! ¡Con qué valentia les dijisteis todo cuanto pensabais! exclamó Beatriz con ojos centellantes y exaltada hasta el punto de olvidarse de la reprimenda que con tanta suavidad acababa de dirigirla su señora; y vuestra contestacion no podia ser mas propia de una princesa de la sangre real de Castilla. «A nadie es dado, les dijisteis, disponer de la mano de una infanta de Castilla sin el consentimiento de los nobles del reino;» y todos tuvieron que ceder ante una respuesta tan oportuna.

—Y á pesar de eso, Beatriz, yo misma voy á disponer de la mano de una infanta de España sin consultar tampoco á los nobles del reino.

—No digais semejante cosa, mi querida señora. Yo os aseguro que no habrá ni un solo valiente y leal caballero, desde el mar hasta los Pirineos, que no apruebe en el fondo de su alma vuestra eleccion. El carácter, la edad y las demas cualidades del pretendiente son muy de notar en asuntos de esta naturaleza. Pero por mas indigno que fuese y lo sea todavia, don Alfonso de Portugal de

ser el esposo de Isabel de Castilla, ¿qué diremos del que despues se atrevió á solicitar vuestra real mano, don Pedro Giron, el gran maestre de Calatrava? ¡Vaya! Cuando un Pacheco deberia creerse muy honrado si una Bobadilla le hubiera hecho su esposo para restablecer su estirpe.

—Indignos favoritos llegaron á abusar de su influencia para con mi hermano proponiéndole una boda tan descabellada; mas Dios, en sus altos designios, juzgó oportuno desbaratar sus proyectos, llevándose de este mundo repentinamente á su protegido.

—Sí, en efecto, pero si tal no hubiese sido su acertada voluntad, tampoco hubiesen faltado otros medios de conseguir el mismo objeto.

—Tu mano, Beatriz, replicó la princesa con tono severo, aunque con afectuosa sonrisa, y tomando la mano de su amiga, no fué hecha para ejecutar las amenazas que su dueña ha proferido.

—Las amenazas que ha proferido su dueña, contestó Beatriz respirando fuego por los ojos, las hubiera cumplido esta mano antes que ver á Isabel de Castilla sacrificada al gran maestre de Calatrava. Pues qué, la mas amable y virtuosa doncella de Castilla, una princesa real, la heredera legitima del trono, ¿habia de haber sido condenada á enlazarse con un infame libertino, solo porque á don Enrique le hubiera venido en mientes olvidarse de su rango y sus deberes y hacer su favorito á un villano descreído?

—Tu te olvidas, Beatriz, de que don Enrique es mi hermano y nuestro rey y señor.

—Yo no me olvido, señora, de que sois la hermana de nuestro rey y señor, pero tampoco puedo olvidarme de que don Pedro Giron, ó Pacheco, pues no es del caso el nombre que hubiese adoptado el antiguo page portugués, era completamente indigno de sentarse en vuestra presencia, y mucho mas aun de ser vuestro esposo. ¡Qué dias de angustia aquellos en que las piernas no podian sosteneros á fuerza de tanto rogar al Señor de rodillas para que contribuyese á impedir semejante enlace! Pero Dios no ha querido permitirlo... ni yo tampoco lo hubiera permitido. Con este puñal lo hubiera atravesado el corazon antes que hubiera podido oír siquiera los juramentos de Isabel de Castilla.

—No hablemos mas de esto, Beatriz, yo te lo suplico, dijo la princesa santiguándose llena de susto. Aquellos dias fueron á la verdad bien angustiosos; ¡pero qué vale eso comparado con la pasion del Hijo de Dios, que se sacrificó por nuestros pecados! No toquemos, pues, este punto. Yo he sufrido aquella terrible prueba para bien de mi alma, y tú sabes bien que la funesta desgracia se ha desvanecido, mas bien, á no dudarlo, por la eficacia de nuestras súplicas, que por la de tu puñal. Si el hablar de los que pretenden mi mano es cosa que te agrada, otros hay que merecen mejor que se hable de ellos.

Brillaron en aquel momento los negros ojos de Beatriz, y una ligera sonrisa se deslizo por sus lindos labios, porque ella comprendia perfectamente que la princesa queria mejor oír hablar de aquel sobre quien habia recaído su eleccion definitiva. Aunque siempre dispuesta á hacer todo aquello que pudiese ser del agrado de su señora, Beatriz, con aquella coqueteria, propia solo de una muger, se propuso ir acercándose poco á poco á la parte mas agradable del asunto, por una gradacion natural de los sucesos, y siguiendo el orden con que habian tenido lugar.

—Bien, ahí está Mr. de Guyenne, hermano de Luis, rey de Francia; tambien él, añadió afectando un aire de desprecio, se hubiera contentado con ser el esposo de la futura reina de Castilla; pero hasta los mas insignificantes castellanos conocieron bien pronto los inconvenientes de aquella union, pues su orgullo no queria esponerse al riesgo de ver á su pais hecho un feudo de la Francia.

—Semejante desgracia jamás le hubiera sucedido á nuestra querida Castilla, repuso Isabel con dignidad. Aunque yo me hubiera casado con el mismo rey de Fran-

cia, él hubiera aprendido á respetarme como reina y señora de este antiguo reino, y no me hubiera considerado como á un vasallo.

—En tal caso, señora, continuó Beatriz mirando fijamente á Isabel y riéndose, ahí teniais tambien á vuestro pariente Ricardo de Gloucester, aquel que, segun dicen, nació con dientes, y que lleva de continuo sobre su espalda una carga tan pesada, (1) que debe dar gracias á su santo patrono de no haber tenido que tomar ademas sobre sus hombros los negocios de Castilla.

—Tu lengua es viperina, Beatriz; pues á pesar de todo eso, aseguran que el duque de Gloucester es un principe de carácter noble y generoso, el cual es probable se case algun dia con una princesa, cuyo mérito le consolará sin duda alguna del desaire que ha recibido en Castilla. Vamos á ver, tienes algo mas que decir sobre los que aspiran á mi mano?

—¿Qué mas podré decir, mi querida señora? Hémos ya que hemos llegado á don Fernando, que en si debe ser el primero de los que pretenden vuestra mano, aunque venga figurando el último, y como es bien sabido, es el mejor de todos.

—Al elegir á don Fernando, dijo Isabel con agrado, aunque, á despecho de sus ideas reales acerca del matrimonio, se hallaba violenta para entrar en la discusion de semejante asunto, creo haberme dejado llevar de razones que convienen á mi nacimiento y á mis esperanzas para el porvenir, porque nada podrá mejor asegurar la paz de nuestro amado pais y el éxito de la gran causa de la cristiandad que la reunion de Castilla y Aragon bajo un mismo cetro.

—Esto es, uniéndose sus soberanos con los sagrados lazos del matrimonio, añadió Beatriz con un aire de respetuosa gravedad, á pesar de que una sonrisa dejaba entreverse sobre sus labios. ¿Qué importa que don Fernando sea el mas jóven, el mas apuesto, el mas valiente y mas amable principe de toda la cristiandad? Esto no consiste en vos, ni vos podeis evitarlo tampoco; vos no haceis mas que aceptarlo por esposo.

—Eso ya pasa los limites de la prudencia y del respeto, mi querida Beatriz, repuso la princesa afectando arrear el entrecejo y ruborizándose de la emocion que experimentaba, aunque pareciese satisfecha de las alabanzas prodigadas á don Fernando. Tú sabes muy bien que yo no he visto jamás á mi primo el rey de Sicilia.

—Eso es muy cierto, señora; pero el padre Alonso de Cota le ha visto, y nadie en toda Castilla tiene mejor ojo que él, ni lengua mas verídica y espedita.

—Beatriz, te perdono tu atrevimiento, por mas que me haya parecido injusto y poco á propósito, porque conozco tu adhesion y el afecto que me profesas, y sé tambien que tú piensas mas en mi felicidad propia que en la de mis pueblos, dijo Isabel, cuya gravedad no se amenguó en aquel momento con muestra alguna de natural debilidad á causa de que se sentia ofendida. Tú no ignoras, ó por lo menos no debes ignorarlo, que una princesa de régia estirpe, al disponer de su mano, está principalmente obligada á consultar los intereses del Estado, y que los caprichos de una doncella no tienen nada de comun con sus deberes.

Hay todavia mas. ¿Qué jóven de noble alcurnia como tú, pensaria, al tomar esposo, mas que someterse á los consejos de su familia? Si yo he elegido entre los demas principes á don Fernando de Aragon, ha sido porque esta alianza es mas conveniente á los intereses de Castilla que cualquiera de las otras que me han sido propuestas. Tú sabes, Beatriz, que los castellanos y aragoneses son vástagos de un mismo tronco, conservan las mismas costumbres y las mismas preocupaciones, hablan una misma lengua...

—¡Ah, mi querida señora, no confundais por Diós el español puro con el dialecto de los montes!

—Eso es: lanza ya tu sarcasmo si asi te agrada, linda

caprichosa; pero para mí siempre será mas fácil el aprender el español puro de los aragoneses que de los rancios franceses. Ademas, don Fernando pertenece á mi familia, porque la casa de Trastamara viene de la de Castilla y descendiendo de reyes, y bien debemos esperar que el rey de Sicilia se hallará en estado de hacerse entender.

—Si acaso no fuese capaz de ello, no seria un cumplido caballero. El hombre que carezca de espresiones cuando se trata de obtener una esposa de sangre régia, de una belleza superior á todo, de una virtud angelical, y que posee una corona...

—Beatriz, Beatriz, ¿á dónde te conduce tu lengua? Semejantes discursos no convienen á tu boca ni á mis oidos.

—Y sin embargo, señora, mi lengua dice lo que siente el corazon.

—Te creo, mi querida Beatriz, mas asi la una como la otra debemos tener presentes los santos consejos recibidos en el confesonario. Esos discursos lisongeros vienen á convertirse en aire si consideramos todas nuestras faltas y la necesidad de que nos sean perdonadas. En cuanto á este matrimonio, tú deberias pensar que yo solo he accedido á él por razones y motivos dignos de una princesa; pero de ningun modo por una ligereza ó capricho. Debes estar tambien muy convencida de que yo jamás he visto á don Fernando, ni él ha tenido ocasion de mirarme una vez tan sola.

—Seguramente, mi querida señora, estoy convencida de todo eso; veo, creo y confieso que de ningun modo era conveniente, y mucho menos á una noble jóven, contraer las importantes obligaciones del matrimonio sin otro motivo que la inclinacion de una cualquiera. Es tambien cosa muy justa que estemos igualmente sujetas á nuestra propia dignidad asi como á los deseos y voluntad de nuestros parientes y amigos, y convengo en que nuestro deber y el constante hábito de sumision en que hemos sido educadas, son mejores garantias de nuestro afecto conyugal que los caprichos de la imaginacion de una doncella. Mas sin embargo de todo, señora, ha sido una gran suerte que el sentimiento de vuestros deberes os haya designado un principe tan jóven, tan decidido, tan noble, tan caballeresco, como lo es el rey de Sicilia, conforme ya lo sabemos, segun las noticias del padre Alonso, y es tambien cosa muy feliz que todos mis amigos estén acordes en que don Andrés de Cabrera, por mas tronera y extravagante que sea, hará un excelente marido para Beatriz de Bobadilla.

Isabel, aunque generalmente observaba gran reserva y dignidad, tambien tenia sus momentos de abandono con sus confidentas, y Beatriz era la preferida en tales casos.

No pudo menos de sonreirse al oir semejante ocurrencia, y separando con su linda mano los negros rizos que cubrian la frente de su amiga, se puso á contemplarla casi como una madre contempla á su hija cuando siente el corazon henchido de un súbito movimiento de ternura.

—Si un tronera ha de casarse con una loca, tus amigos han juzgado con el mayor juicio, contestó Isabel.

Y despues de un momento de silencio, durante el cual pareció reflexionar profundamente, añadió con mas grave tono, aunque la modestia que brillaba en sus animadas megillas, y la sensibilidad que espresaban sus ojos la hicieron traicion, dejando entrever que en aquel momento la conmovian mas los sentimientos de muger que los de una princesa destinada á llevar una corona, y que no quiere ocuparse sino de la suerte de sus súbditos futuros.

—Conforme va aproximándose aquella entrevista, me veo sobrecogida de un embarazo de que nunca creia susceptible á una infanta de Castilla; y quiero confesarte ademas á ti, á ti sola, mi fiel Beatriz, que si el rey de Sicilia fuese tan viejo como don Alfonso de Portugal, ó

(1) Ricardo, duque de Lancaster, era jorobado.



tan afeminado como Mr. de Guyenne, en una palabra, si fuese menos jóven y menos amable, me sentiria menos turbada en el momento de verle.

—¡Eso es muy extraño, señora! Yo, por mi parte, puedo aseguráros que no quisiera rebajar una sola hora de la edad de don Andrés, que, tal como es, ha sido ya bastante larga, ni uno solo de sus atractivos exteriores, si es caso que el buen caballero puede vanagloriarse de poseer algunos; y por último, ni una sola de sus perfecciones físicas y morales.

—Nosotras no nos hallamos, Beatriz, en la misma posicion. Tú has tratado al marqués de Moya, has escuchado sus discursos, y estás acostumbrada á sus lisonjas y admiracion.

—Por el bienaventurado Santiago, no temais, señora, por la falta de experiencia en esta clase de negocios; pues, de todas las ciencias la mas fácil y sencilla de aprender es la de amar las lisonjas y adulaciones.

—Es cierto, hija mia, porque Isabel, aunque mas jóven, acostumbraba á dar este nombre á su amiga, y aun mas adelante cuando llegó á reinar, continuó dirigiéndola tan afectuosa palabra: eso es muy cierto, cuando las alabanzas y lisonjas se dirigen con franqueza y son verdaderamente merecidas: mas yo no me atrevo á creer que haya en mi fundados motivos para merecerlas, ni tengo tampoco una seguridad de los sentimientos que, viéndome por primera vez, experimentará don Fernando. Yo sé, y aun estoy muy cierta de ello, que él es gracioso, noble, valiente, bueno, generoso, buen mozo, acostumbrado á cumplir con los sagrados deberes de nuestra santa religion, tan ilustre por sus recomendables cualidades como por su cuna, y sin embargo, tiemblo al considerarme tan indigna de ser su esposa.

—¡Justo cielo! Yo quisiera encontrar al impudente noble de Aragon que se atreviese á decir una cosa semejante. Si don Fernando es noble, ¿no lo sois vos mas que él como descendiente de la rama primogénita de la misma casa? Si es jóven, ¿no lo sois vos tanto como él? Si es entendido, ¿caso no sois vos tan discreta? Si es buen mozo, ¿no pareceis vos mejor un ángel que una muger? ¡Si él es valiente, vos sois virtuosa! ¡Si él es gracioso, vos sois la misma gracia! ¡Si es generoso, sois vos la bondad y la generosidad personificada! ¡Y si él es exacto en cumplir con los preceptos religiosos, vos sois una santa sobre la tierra!

—¡A la verdad, Beatriz, que tú eres la única para consolar! Yo deberia reprenderle por tan ociosas palabras; pero sé á no dudarlo que salen de tu corazon.

—Solo vuestra excesiva modestia, querida señora, podría haceros ver el mérito de los demas olvidándoos del vuestro propio. Que se mire bien don Fernando, pues aunque llegue á venir con la pompa y esplendor de todas sus coronas, yo aseguro que él hallará en la infanta de Castilla con que rebajar su vanidad, sin que se le presente con otro adorno que la dulzura de su carácter.

—No he hablado en modo alguno de la vanidad de don Fernando, Beatriz, y tampoco le creo dotado de tal defecto. En cuanto á la pompa, demasiado sabemos que en cuanto á riqueza allá se van Zaragoza y Valladolid, aunque él posea muchas coronas y aguarde otras mas; pero sin embargo de las locuras que tu afecto hacía mi persona te hace decir, yo desconfío de mi misma, no del rey de Sicilia. Yo pienso que podría ver con indiferencia á cualquier otro principe de la cristiandad, ó por lo menos acogerle de una manera conveniente á mi rango y á mi sexo; pero no puedo menos de confesar que tiemblo ante la idea de esponerme al juicio de mi noble primo y de encontrarme con su mirada.

Escuchaba Beatriz con interés, y cuando la princesa hubo terminado de hablar, besóla con cariño una de sus manos, que apretó en seguida contra su corazon.

—Tema mejor don Fernando encontrarse con las vuestras, señora, repuso Beatriz.

—No, querida, bien sabemos que él nada tiene que

temer, pues la fama solo habla de él para alabarle. ¿Pero á qué permanecer aqui mas tiempo en la duda y la zozobra, cuando el apoyo con el cual es de mi deber contar se halla dispuesto á prestarme su auxilio? El padre Alonso debe aguardarnos, ó iremos á reunirnos con él.

La princesa y su amiga pasaron á la capilla de palacio, en donde el padre Alonso, confesor de Isabel, celebraba la misa diariamente. Las sagradas ceremonias calmaron algun tanto la agitacion que la desconfianza de si misma habia causado en el corazon de la modesta princesa, ó por mejor decir, la impelieron á refugiarse al confesonario donde tenia por costumbre desahogarse de sus cuidados, confesando todas sus culpas. Cuando salieron de la capilla llegó un mensajero, casi muerto de fatiga, con la inesperada nueva, á que no se daba aun entero crédito, de que el rey de Sicilia habia llegado con felicidad á Dueñas, y que hallándose ya en medio de sus parciales, no abrigaba ningun género de duda acerca de la próxima realizacion del matrimonio proyectado.

Semejante noticia aumentó todavía mas la agitacion de Isabel, y fueron necesarios todos los cuidados ordinarios de Beatriz de Bobadilla para hacerla recobrar aquella tranquila serenidad de espíritu que hacia comunmente su presencia tan atractiva como imponente: despues de trascurridas una ó dos horas en rezos y meditacionnes, sintió renacer una dulce calma en su corazon, y ambas amigas volvieron á encontrarse solas en aquella misma estancia en que las hemos presentado al lector.

—¿Has visto á don Andrés de Cabrera? dijo la princesa tomando una de las manos de su amiga en la cual reposaba su frente, que era un laberinto de recuerdos.

Beatriz de Bobadilla ruborizóse al pronto, y soltó en seguida una carcajada con aquella confianza que le permitia el antiguo afecto de su señora.

—Para ser un jóven de treinta años, y un caballero que ha hecho largo tiempo la guerra á los moros, respondió, don Andrés tiene ambas piernas bien espeditas. El ha traído, al mismo tiempo que su amable persona, la noticia de la llegada del principe de Aragon; y á pesar de ser un hombre de tanta experiencia, le gusta mucho la conversacion, como que mientras estabais encerrada en vuestro gabinete, me he visto precisada á escucharle las maravillosas aventuras de su viaje, y por cierto que dice que ya les faltaba tiempo para llegar á Dueñas, pues tuvieron la desgracia de perder el único bolsillo que entre todos poseian, que segun lo ligero que se hallaba, es de creer lo hubiera llevado el aire.

—Yo confío, sin embargo, que ese mal ya se habrá remediado. Pocos serán los Trastamaras que en estos momentos tan criticos se hallen con mucho dinero disponible, pero tampoco se verán en el caso de carecer absolutamente de él.

—Don Andrés no es pobre ni avaro, y hallándose en la actualidad en Castilla, mucho será que no conozca á algunos judios ó prestamistas que, como saben bien el valor de sus rentas, harán que nada falte al rey de Sicilia. Tambien tengo noticias que el conde de Treviño se ha conducido con él de una manera harto noble y generosa.

—El conde de Treviño encontrará la recompensa de haber obrado con tal liberalidad. Ahora, Beatriz, dadme recado de escribir. Es preciso participar á don Enrique este acontecimiento, y poner en su noticia mi proyectado enlace.

—Pero, señora mia, esto es opuesto á todas las prácticas. Cuando una jóven, sea noble ó no, determina casarse contra el dictámen de su familia, lo que se acostumbra es verificar primero el matrimonio, y escribir, cuando el mal está ya hecho, pidiendo la bendicion.

—¡Basta, basta, jóven inconsiderada! Ya has hablado demas; ahora dame papel y plumas. El rey no solo es mi señor y mi soberano, sino tambien mi mas próximo pariente, y el que deberia servirme de padre.

—¿Eso es, y doña Juana de Portugal, su real esposa y

nuestra ilustre reina debería servirnos de madre? ¡No cabe duda en verdad que sería una magnífica escuela para una inocente doncella! No, no, señora; vuestra madre era doña Isabel de Portugal, princesa en nada semejante á su indigna sobrina.

—Tú te tomas demasiadas libertades, doña Beatriz, y te olvidas de lo que te he pedido. Quiero escribir al rey mi hermano.

Eran tan raras las veces que Isabel se producía con tanta severidad, que su amiga tembló, y se le saltaron las lágrimas; preparó todos los útiles de escribir sin atreverse á alzar los ojos temiendo hallarla encolerizada, mas cuando se resolvió, la frente de la princesa estaba ya tranquila y serena, y Beatriz, viéndola completamente ocupada en lo que había resuelto, y que el enfado ya había pasado, no juzgó á propósito volver á hacer mención de ello.

Entonces fué cuando Isabel escribió su célebre carta, en la cual, para poder aparecer como princesa, hizo cuanto pudo por olvidar su natural timidez. En el tratado de los Toros de Guisando, que anuló las pretensiones de la hija de Juana de Portugal al trono y declaró á Isabel heredera de la corona, se estipulaba que ésta última no



Co'on, dijo el P. Pedro, sostiene que la tierra es una esfera.—Pág. 41.

podría contraer matrimonio sin el consentimiento del rey; así es que ella en su carta procuraba disculpar el paso que iba á dar, diciendo que sus enemigos tampoco habían cumplido la solemne condición que también se estipuló de no obligarla á contraer un matrimonio poco conveniente ó que no fuese de su gusto.

Hablaba después de las ventajas políticas que resultarían de la unión de ambas coronas de Castilla y Aragón, y concluía suplicando al rey prestase su aprobación al proyectado enlace. Aquella carta, después de examinada por Juan de Rivero y otros señores que componían el consejo de la princesa, fué enviada al rey con un espreso. Dieron principio entonces las disposiciones preliminares para la entrevista que debía tener lugar entre los futuros esposos: mas como la etiqueta castellana era proverbial aun en aquella época, al discutirse el asunto

se presentó una proposición, que Isabel no pudo menos de rechazar con su modestia y discreción acostumbradas.

—Soy de parecer, decía don Juan de Rivero, que esta alianza no puede efectuarse sin que antes reconozca don Fernando de algún modo la superioridad de Castilla sobre Aragón. La casa reinante de este último país es una rama menor de la casa real de Castilla, y es cosa sabida que el territorio del reino de Aragón fué en otro tiempo una dependencia del nuestro.

\* Aquella proposición obtuvo un enérgico apoyo, mas habiendo intervenido la princesa, y espuesto su modo de pensar, tan natural como laudable, acerca del asunto, consiguió hacer conocer la inoportunidad é inconveniencia de dar aquel paso.

—Es cierto, decía, que don Juan de Aragón es hijo del hermano menor del rey mi abuelo, pero por eso no deja él mismo de ser rey. Además de su reino de Aragón, país que, si queréis, es inferior á Castilla, posee las coronas de Nápoles y de Sicilia, y no hago mención de la de Navarra, que también está bajo su cetro, porque quizá sobre esta no tenga tan legítimo derecho. Don Fernando mismo es rey de Sicilia por renuncia de don Juan; y se quiere que él, un soberano coronado, haga concesiones á una simple princesa á quien Dios quizá puede no querer nunca colocar sobre su trono? Por otro lado, yo os ruego, don Juan de Rivero, que tengais presente el motivo que ha conducido á Valladolid al rey de Sicilia. Tanto él como yo tenemos que desempeñar dos papeles y sostener dos caracteres: el de príncipes y el de cristianos unidos por los sagrados vínculos del matrimonio; no parece bien tampoco que una dama que está á punto de contraer los deberes y obligaciones de esposa comience imponiendo condiciones que pueden herir el orgullo de su futuro dueño, y que son humillantes por el respeto que á sí mismo se debe. El Aragón puede efectivamente ser un reino inferior á Castilla, pero Fernando de Aragón, hasta en el día mismo y bajo todos aspectos, es el igual de Isabel de Castilla. Y después que haya recibido mis juramentos, mi afecto y la promesa de cumplir mis deberes como debe hacer toda muger, aunque sea una infiel, yo os prometo que él llegará á hacerse superior á mí por muchos estilos, añadió animadas sus mejillas y sus ojos con una especie de santo entusiasmo. No se hable, pues, mas de esto, puesto que no sería menos sensible á don Fernando el hacer semejante concesión, que para mí el aceptarla.

### CAPITULO III.

A pesar de su resolución, de su firmeza habitual, y de aquella serenidad de alma que parecía ocupar todo el sistema moral de Isabel, á manera de una profunda, pero tranquila corriente de santo entusiasmo, que sería mas justo atribuir á los elevados y constantes principios que servían de norma á todas sus acciones, á pesar de todo esto, pues, su corazón latía con violencia, y su natural reserva, que casi rayaba en timidez, se alarmaba cruelmente cuando sentía aproximarse el momento en que iba á ver por la vez primera al príncipe que había elegido para esposo. La etiqueta castellana, así como lo elevado de los intereses políticos que se rozaban en aquel enlace, habían retardado durante algunos días las negociaciones preliminares, y Fernando, mientras tanto, tuvo que reprimir á duras penas su impaciencia.

Por fin, el 15 de octubre de 1469, por la noche, allanados ya todos los obstáculos, montó á caballo don Fernando, y sin mas séquito que cuatro personas, entre las cuales se contaba don Antonio de Cabrera, encaminóse hácia el palacio que ocupaba Juan de Rivero, sin llevar consigo señal alguna que indicase su alta categoría. El arzobispo de Toledo, activo y helicoso prelado, que era del partido de la princesa, hallábase dispuesto para recibir al rey de Sicilia y conducirlo á la presencia de Isabel.

Esta, acompañada solo de Beatriz de Bobadilla, aguar-



bá á don Fernando en la estancia que ya conocemos; y por efecto de uno de aquellos increíbles esfuerzos de que la mas tímida dama es capaz en ocasiones señaladas, pudo al fin recibir á su futuro esposo con la dignidad de una princesa, y la reserva de una doncella. Fernando ya esperaba encontrar en ella tanta gracia como hermosura; mas sin embargo, aquella mezcla de angelical modestia y amabilidad, que sobrepujaba casi á la natural de su sexo, formaba un cuadro mas comparable sin duda á lo que debemos hallar en el cielo que á lo que esperamos encontrar en la tierra, de modo que el principe, aunque acostumbrado á conducirse con la mayor circunspeccion y á sujetar todas sus emociones, no pudo menos de quedar sorprendido, permaneciendo como elevado desde el primer momento en que aquella gloriosa vision se hubo presentado á su vista.

Mas reponiéndose prontamente, se adelantó apresurado, y apoderándose de aquella pequeña mano que si bien no salia al encuentro de la suya, tampoco hizo ademán de retirarse, estampó en ella sus labios con un ardor poco acostumbrado en la primera entrevista de personas poseidas generalmente de una pasion ficticia.

—Por fin llegó este venturoso instante, ilustré y bella prima mia, dijo él con un acento tan verdadero, que fué derecho al tierno y puro corazon de Isabel, porque ninguna clase de lenguaje cortosano puede jamás comunicar á la mentira aquella fuerza y entusiasmo propios solos de la verdad. Yo creia que esté instante no llegaba jamás; pero gracias al apóstol Santiago, á quien no cesé de dirigir mis súplicas, me encuentro ámpliamente recompensado de todas mis inquietudes.

—Doy gracias al principe de Aragon, y deseo que sea muy bien venido á Valladolid, contestó Isabel modestamente. Los obstáculos que han sido preciso vencer para llegar á lograr esta entrevista son tan solo el emblema de los que tendremos que allanar sin duda en el curso de nuestra vida.

En seguida le hizo presente que confiaba que no habria carecido de nada desde su llegada á Castilla, y despues de una respuesta conveniente, don Fernando la condujo hasta un sillón, habiendo tomado para sí el taburete en el que Beatriz de Bobadilla tenia costumbre de sentarse en los momentos intimos que le dispensaba su señora: mas Isabel, que conocia las pretensiones de los castellanos de proclamar la superioridad de su pais sobre Aragon, no permitió sentarse hasta tanto que el principe lo hubiese verificado en el sillón que al efecto le estaba preparado.

—No parecia bien, añadió, que una dama que nada mas posee que la sangre real que circula por sus venas, y su confianza en Dios, ocupase un sillón, mientras que el rey de Sicilia estuviese sentado en un sitio indigno de él.

—Permitidme que así sea, repuso Fernando, pues tales consideraciones desaparecen en vuestra presencia. Dignaos por lo tanto ver en mí solamente un caballero dispuesto á probaros su adhesion en cualquiera liza y en todas las córtes de la cristiandad, y así tratadme como á tal.

Isabel, que conocia muy bien que era ya ocasion de poner término á tal cortesania, ruborizose, y sonrió negándose á sentarse. No penetraban tanto en su corazon las palabras de su primo como la decidida admiracion que le anunciaban sus miradas, el fuego de sus ojos y la franca sinceridad de sus maneras. Con el instinto propio de la muger, apercibiöse de haber causado una impresion favorable, y con su natural sensibilidad, y alenada por aquel descubrimiento, su corazon se penetró de la mayor ternura. No habria aun trascurrido media hora, cuando el arzobispo, á quien por su estado no se le creia al corriente del lenguaje y deseos de los amantes, aunque él en teoria los conocia sobramente, condujo á dos ó tres cortosanos, que habian presenciado la entrevista, á una sala inmediata, cuya puerta permaneció abierta, y en cuya sala los colocó de modo que no pu-

diesen ver ni oír nada de lo que pasaba ó se decia en la otra estancia. En cuanto á Beatriz de Bobadilla, cuya presencia en aquella cámara exigia la etiqueta, hallábase tan ocupada en escuchar á don Andrés de Cabrera, que Isabel y Fernando hubieran podido disponer de una docena de tronos sin que ella hubiese oído la menor palabra.

Sin perder, pues, en lo mas minimo aquella dulce reserva y femeníl modestia que hasta en sus últimos momentos comunicaron á su persona una tan seductora gracia, Isabel consiguió ir tranquilizándose poco á poco á medida que la conversacion se prolongaba; procuró encerrarse en su dignidad y en el respeto que se profesaba hácia sí misma, y recorriendo á la multitud de conocimientos que con el mayor esmero habia adquirido, mientras que tantas otras, en idéntica situacion, habrian perdido su tiempo en cortesanias vanidades, pudo bien pronto, sino de repente, alcanzar aquel estado de tranquilidad de espíritu que le era habitual.

—Yo confieso que al presente no se opondrá ya obstáculo alguno á la celebracion de nuestro enlace ante la santa iglesia, dijo el rey de Sicilia como continuando la comenzada conversacion. Se han llenado ya todas las formalidades que pueden exigirsenos como encargados del cuidado é intereses de estos reinos, y creo por consiguiente tener derecho de pensar en mi propia dicha. Nosotros no somos extraños el uno del otro, doña Isabel, puesto que nuestros abuelos eran hermanos, y que desde mi primera juventud he aprendido á venerar vuestras virtudes y á imitaros en el cumplimiento de nuestros deberes para con Dios.

—Don Fernando, repuso la princesa ruborizada y con el magestuoso acento de una reina, antes de haber consentido en daros mi mano, lo he reflexionado mucho; mas discutido ya ámpliamente este asunto, convencida de lo prudente de nuestra union y de lo urgente que es una pronta resolusion, no seré yo por cierto quien origine una inútil dilacion: por lo tanto, yo seria de parecer que la ceremonia tuviese lugar de aqui á cuatro dias, y de este modo tendremos el tiempo suficiente para prepararnos á tan solemne acto, asistiendo antes á los divinos oficios.

—Sea como gustéis, contestó el rey inclinándose respetuosamente; pocos preparativos nos restan que hacer para que no se nos eche en cara habernos olvidado de algo. Pero vos no ignorais, doña Isabel, el estado en que mi padre se halla á causa de sus enemigos, y no creo tener necesidad de deciros que sus arcas se hallan vacias. A fé mia, mi hermosa parienta, nada mas que el vivo deseo de verme en posesion lo mas pronto posible de la preciosa joya que la Providencia, así como vuestra bondad...

—No mezcéis, don Fernando, interrumpió Isabel con grave tono, los designios de Dios y su providencia con los medios de que se vale la prudencia de sus criaturas.

—Pues bien, diré entonces la preciosa joya que la Providencia parece haber querido otorgarme, replicó el rey haciendo la señal de la cruz con una leve inclinacion de cabeza, ya quizá por deferencia á los piadosos sentimientos de su prometida, como por respeto á un poder mucho mas elevado. No queriendo yo detenerme lo mas minimo, salimos de Zaragoza, mal provistos de oro, pero llenos de lealtad hácia el tesoro que debiamos hallar en Valladolid; mas fué tal nuestra desgracia, señora, que, fuese casualidad ó descuido, nuestro único bolsillo sirvió solo para aumentar su peculia á algun criado ó mozo de posada.

—Ya tenia alguna noticia de ese accidente por doña Beatriz de Bobadilla, dijo Isabel sonriendo, y á la verdad, despues de celebrado nuestro enlace, deberemos principiar á vivir como gentes que poseen bien escasos bienes en este mundo, pues por mi parte nada puedo ofrecer, Fernando, mas que un corazon sincero y con el cual puede contarse en cuanto á fiel.

—Poseyéndoos, bella prima mia, poseo cuanto puede

satisfacer los deseos de cualquiera ser razonable; mas sin embargo, algo debemos á nuestro rango y á nuestro porvenir para que vuestras bodas vayan á celebrarse como las de cualquier súbdito de esta corona.

—En otras circunstancias no parecería seguramente bien que una persona de mi sexo hiciese los gastos de sus propias bodas, dijo Isabel con el rostro encendido, pero conservando á pesar de toda aquella calma severa que le era propia; mas estando pendiente de nuestra union la felicidad y el porvenir de dos reinos, es preciso prescindir de esa vana delicadeza. Yo aun poseo algunas joyas, y no faltando judios en Valladolid, me permitireis que me desprenda de ellas para proveer á aquel objeto.

—Siempre que no os desprendais de la hermosa en que se halla engastada vuestra alma purísima, respondió el rey de Sicilia con galantería, consiento en no poseer jamás otra ninguna; mas ese paso no será necesario. Nuestros amigos, aunque mas provistos de generosidad que de dinero, pueden facilitar, sin embargo, suficientes garantías para procurarme los fondos que sean indispensables. Esto, por lo tanto; corre de mi cuenta; pero desde ahora, prima mia... ¿puedo llamaros mi esposa?

—Semejante título es el mas caro de cuantos existen entre los parientes, repuso la princesa con una sinceridad bien distinta de la ordinaria afectacion y de los fingidos sentimientos de su sexo, sin que por eso dejase de inspirar el mas profundo respeto su modestia. Y creo que bien puede escusárenos que adoptemos semejante espresion. Yo creo que Dios bendecirá nuestra union, que ha de contribuir no solo á nuestra propia dicha sino tambien á la de nuestro pueblo.

—En ese caso puedo anunciaros, esposa mia, que en adelante todo será comun entre nosotros, y que para mi será un placer el proveer á todas vuestras necesidades.

—Por mas que tratemos de figurarnos lo que queramos, Fernando, respondió Isabel, nunca podemos imaginar que seamos los hijos de unos hidalgos que tratan de establecerse en el mundo llevando cada uno su pequeña parte al matrimonio. Vos sois rey desde este momento, y yo estoy solemnemente reconocida por el tratado de los Toros de Guisando heredera del reino de Castilla. Debemos, pues, en tal concepto conservar nuestros fondos separados asi como nuestros deberes, sin que por ello dejen nuestros intereses de ser siempre los mismos.

—Jamás me vereis faltaros al respeto debido á vuestro rango ni á lo que os debo como á gefe de nuestra antigua casa, despues del rey vuestro hermano.

—¿Habeis examinado bien el contrato matrimonial, don Fernando? ¿Confio que habeis aprobado cordialmente sus diversas condiciones?

—Tanto como que lo exigía la importancia del asunto y el precio del gran favor que debo recibir.

—Yo desearia que fuesen á vuestros ojos tan agradables como útiles; porque, aunque debo ser vuestra esposa muy en breve, no puedo olvidarme por otra parte que un dia seré reina de Castilla.

—Podeis estar segura, bella esposa mia, que Fernando de Aragon será el último que lo olvide.

—Mis deberes los considero como procedentes de Dios, y me constituyo responsable para con él de su mas estricta observancia. Los cetros, Fernando, no deben tomarse como juguete ni como objeto de diversion, pues nadie en el mundo tiene sobre sí una carga tan pesada como el que lleva una corona.

—Las máximas de nuestra familia tambien se han conservado en Aragon, querida mia, y me regocijo de que suceda lo mismo en ambos reinos.

—Al llevar á efecto nuestro enlace, no debemos solo pensar en nosotros mismos, añadió Isabel con calor, porque eso sería lo mismo que anteponer nuestros sentimientos de amantes á los deberes de principes. Mas al leer repetidas veces los articulos del contrato, ¿habeis meditado bien sobre ellos?

—He tenido lugar suficiente para pensarlo, prima mia, pues ya hace nueve meses que están firmados.

—Si os parezo exigente en ciertas cosas, repuso Isabel con la amable sencillez que marcaba siempre su conducta, consiste en que es preciso no olvidarse nunca de los deberes que impone la soberania. No desconocereis, Fernando, la influencia que naturalmente llega á ejercer el marido sobre su muger, y siendo asi, estareis convencido de la necesidad en que me hallo de defender completamente á mis castellanos de mi propia debilidad.

—Si vuestros castellanos no tienen otros motivos de penas que esa, doña Isabel, yo os aseguro que serán bien felices.

—Eso me parece una galantería, Fernando, y como tal no os lo apruebo cuando nos ocupamos de un tan grave asunto. Como tengo algunos meses mas que vos, os prometo usar de todos mis derechos como hermana mayor hasta que llegue á someterme á los deberes de esposa. Habreis observado en los articulos de que os he hablado de qué manera protejo á mis castellanos contra toda supremacia estrangera. No ignorais que un gran número de grandes del reino se oponen á nuestro enlace, temiendo caer bajo el dominio del Aragon; pues bien, ya habeis visto con qué celo he procurado desvanecer sus temores.

—He comprendido vuestras razones, doña Isabel, y vuestros deseos en esta parte como en todas serán respetados.

—Yo deseo, es cierto, ser vuestra humilde y fiel esposa, añadió la princesa mirándole con aire grave pero lleno de ternura: mas tambien deseo que Castilla conserve sus derechos é independencia. Hasta donde llegará vuestra influencia para con aquella que os otorga su mano voluntariamente, eso es lo que yo no podré decir; pero creo si, que debemos conservar la separacion entre ambas coronas.

—Confiad en mí, querida prima; dentro de cincuenta años se dirá que Fernando ha sabido respetar sus obligaciones, cumpliendo al mismo tiempo con sus deberes.

—Otra de las estipulaciones es la de hacer la guerra á los moros, y en cuanto á esto, añadiré que no creeré nunca que los cristianos de España han sido fieles á su fé hasta que no quede ni uno solo de los sectarios del impostor de la Meca.

—Así vos como vuestro arzobispo no pudisteis imponerme un deber para mi mas satisfactorio que el de enristrar la lanza contra los infieles. Ya gané mis espuelas de caballero en una guerra de esa especie, y cuando hayamos sido ya coronados, vereis si estoy dispuesto á contribuir al exterminio de esos incrédulos, lanzándolos hasta los desiertos de donde han salido.

—Solo me resta ya hablaros de un solo punto, primo mio. Ya sabeis la funesta influencia que rodea al rey mi hermano, y que él es quien descontenta á sus nobles y á sus pueblos. Tal vez nos veamos precisados á hacerle la guerra y á empuñar el cetro antes que Dios nos lo conceda por orden regular de la naturaleza.

Pues bien, deseo que respeteis á don Enrique, no solo como al gefe de nuestra familia, sino como á mi hermano, mi señor y mi rey. Si sus pérdidas consejeros le inducen á atentar contra vuestras personas ó derechos, estaremos en nuestro lugar defendiéndonos; pero yo os suplico, Fernando, que no tomeis las armas bajo pretexto alguno contra mi legitimo soberano.

—¡Mire don Enrique por su Beltraneja! exclamó vivamente el principe. ¡Vive el cielo! Yo mismo por mi parte tengo derechos que valen mas que los de esa bastarda. La casa toda de Trastámara se interesa en arrancar esa rama ilegítima, ingerta subrepticamente en su esclarecido tronco.

—Os espresais con escesivo calor, Fernando, y la misma Beatriz de Bobadilla parece que por ello os inculpa. La desgraciada Juana no puede perjudicarnos jamás en cuanto nuestros derechos al trono, porque existen po-



cos nobles en Castilla suficientemente bajos para tratar de colocar la corona sobre la cabeza de una muger por cuyas venas se supone no corre la sangre de Pelayo.

—Don Enrique ha faltado á su palabra, Isabel, segun el tratado de los Toros de Guisando.

—Mi hermano está rodeado de engañosos consejeros, Fernando, y ademas, tampoco nosotros hemos observado estrictamente aquel tratado, del cual era una de las condiciones que yo no podria disponer de mi mano sin consentimiento del rey.

—El mismo nos ha obligado á dar ese paso, y si el tratado ha sido quebrantado en ese particular, que se culpe á si propio.

—Yo quisiera convencerme de eso mismo, aunque ya son bastantes las oraciones que tengo dirigidas al cielo para que me perdone esta apariencia de falta de palabra. No soy supersticiosa, Fernando, y si así no fuese, creeria tal vez que Dios no habia de ver impunemente una alianza ajustada en completa contravencion de un tratado: mas tambien es justo hacer distincion de los motivos, y en tal caso siempre tenemos el derecho de creer que aquel que lee en el fondo de los corazones no juzgará con tanta severidad lo que se haya hecho con buenas intenciones. Si don Enrique no se hubiera decidido á intentar apoderarse de mi persona con el marcado objeto de hacerme casar por fuerza, este atrevido paso no hubiera tenido lugar ni aun hubiera sido necesario.

—Debo dar gracias á mi santo patron, hermosa prima, porque veo que vuestro carácter no es tan fácil de doblegar como suponian vuestros tiranos.

—Yo jamás hubiera consentido en entregar mi fé al rey de Portugal, ni á Mr. de Guyenne, ni á ningun otro de los que me proponian por esposo, repuso ingenuamente Isabel; ni tampoco conviene á doncellas de elevado rango el esponer los caprichos de su inesperienza á los prudentes consejos de sus amigos, no siendo una cosa tan difícil para una muger virtuosa el hacer por amar á su marido, cuando la eleccion que se ha hecho para ella no viola abiertamente ni la naturaleza ni su opinion; pero yo tengo en mucho la salvacion de mi alma para esponerla á semejante prueba al someterme á los deberes del matrimonio.

—Conozco, Isabel, que cada vez soy mas indigno de vos; pero es preciso que por vuestra parte me hagais conocer vuestros deseos, y todo lo que yo podré ofrecer será que hallareis en mí un discípulo atento y aplicado.

La conversacion giró despues sobre objetos generales. Isabel, cediendo á su natural curiosidad y á su afectuoso carácter, hizo varias preguntas acerca de los parientes que tenia en Aragon, y despues de una entrevista de cerca de dos horas, el rey de Sicilia volviése á Dueñas conservando el mismo incógnito con que habia venido. Isabel y él se despidieron reiterándose su mútuo cariño y respeto, la princesa soñando en sus futuros momentos de felicidad doméstica, que es cosa muy natural en una dama á quien caracterizan principalmente sus sentimientos de ternura.

Celebróse, pues, el matrimonio con toda la pompa consiguiente en la mañana del 19 de octubre de 1469 en la capilla del palacio de don Juan de Rivero, asistiendo á la ceremonia por lo menos mas de dos mil personas, la mayor parte de elevada condicion. En el momento en que el sacerdote iba á dar principio á la ceremonia, notóse alguna inquietud en Isabel, que volviéndose al arzobispo de Toledo, le dijo:

—Recuerdo que me tenias prometido que nada faltaria en ocasion tan solemne de lo que reclaman las formalidades de la iglesia: todo el mundo sabe, sin embargo, que don Fernando y yo somos parientes muy cercanos y en grado prohibido por la Iglesia.

—Teneis sobrada razon, señora, repuso el prelado con aire tranquilo y paternal sonrisa, mas felizmente nuestro Santo Padre ha quitado semejante impedimento, y

la Iglesia se regocija con union tan venturosa bajo todos aspectos.

El arzobispo sacó entonces del bolsillo una bula de dispensa que leyó en alta y sonora voz. Aquella lectura hizo desaparecer los últimos restos de zozobra que anublaban la frente de Isabel, la cual recobró su serenidad, dando en esto principio la ceremonia. Todavía trascurrieron algunos años sin que aquella princesa, tan cristiana, humilde y piadosa, hubiera podido traslucir que habia sido engañada, pues la bula era falsa, lo cual sin duda fué cosa acordada entre el anciano rey de Aragon y el arzobispo, segun se sospecha, con consentimiento del mismo don Fernando, á causa del temor que tenían de que el rey de Castilla, que tenia grande influencia con el soberano pontífice, hubiera detenido la expedicion de la dispensa, y aun trascurrieron asimismo largos años antes de que Sixto IV hubiese tomado las disposiciones consiguientes para subsanar la falta de aquella formalidad.

De este modo contrajeron su enlace Fernando é Isabel. Ahora es necesario echar una ligera ojeada sobre lo acontecido en los veinte años siguientes para evitar una difusa relacion de aquellos sucesos. El rey de Castilla se esforzó vanamente por sustituir á su supuesta hija la Beltraneja, en lugar de su hermana, y por hacerla heredera del trono. De esto dimanó una guerra civil, durante la cual Isabel rehusó constantemente ceñirse la corona con que varias veces se la brindó, y solo dirigió sus esfuerzos á sostener sus derechos como heredera presuntiva del trono. En 1474, cinco años despues del enlace de su hermana, murió Enrique, quedando entonces ésta de reina de Castilla, aunque su pretendida soberana fué tambien proclamada por un corto número de sus parciales. Resulta de aqui otra nueva guerra civil, que se llamó guerra de sucesion, que terminó al cabo de cinco años, habiendo Juana, ó sea la Beltraneja, tomado el velo en un convento, y de este modo los derechos de Isabel fueron universalmente reconocidos. Por el mismo tiempo vino á morir tambien el rey de Aragon, subiendo por lo tanto Fernando al trono de aquel reino. Tales acontecimientos redujeron á cuatro solamente las soberanias de la Península, que por tanto tiempo estuvo dividida en gran número de pequeños estados, á saber: las posesiones de Fernando é Isabel que abrazaban á Castilla, Aragon, Leon, Valencia y otras de las mas bellas provincias de España; la Navarra, pequeño reino situado en los Pirineos; el Portugal, que era sobre poco mas ó menos lo que es en el día, y Granada, última posesion de los moros al Norte del estrecho de Gibraltar.

Ni Fernando ni Isabel se habian olvidado del artículo de su contrato matrimonial, que obligaba al primero á emprender una guerra con el objeto de destruir el poder de los moros en España; mas las circunstancias impidieron por espacio de bastantes años que pudieran poner en ejecucion un plan que hacia largo tiempo estaba concebido; llegado por fin el momento, la Providencia, que parecia destinada á conducir á la piadosa Isabel por medio de una serie de notables incidentes, desde el estado en que la vimos reducida en Valladolid, hasta el mas alto grado del poder humano, no abandonó tampoco á su favorecida. Los triunfos y las victorias sucedianse unas á otras; los moros perdieron todas sus plazas, todas sus ciudades, y se hallaron por último sitiados en la capital; única plaza que quedaba por ellos en toda la península. La toma de Granada, segun los cristianos, era para ellos un suceso que solo cedia en importancia á la conquista del Santo Sepulcro contra los infieles, y efectivamente, fué señalada por circunstancias especiales, que no se habrian presentado probablemente en el trascurso de un siglo. Aquella ciudad se rindió el 25 de noviembre de 1491, veinte y dos años despues del casamiento de Isabel, y es de notar que esa misma fecha ha vuelto á ser celebrada, despues de tres siglos, en los anales americanos, por ser la época en que los ingleses

evacuaron á su despecho la última posesion en las costas de los Estados Unidos.

Durante el verano que habia precedido, mientras las fuerzas españolas estaban acampadas delante de Granada, aguardando Isabel y sus soldados la marcha de los sucesos, ocurrió un accidente que pudo ser fatal á la real familia y al éxito de la armada cristiana. Prendióse fuego al pabellon de la reina, que se abrasó completamente; esto puso al campamento en una grande alarma, porque el incendio se propagó á varias tiendas de los nobles, causándoles una considerable pérdida, tanto de alhajas como de vajilla de plata. Sin embargo, el mal no fué mas allá. Fernando é Isabel, para evitar la repetición de un suceso semejante, y considerando ademas la conquista de Granada como un acontecimiento que debia señalar su reinado, pues á la sazón el porvenir se veia envuelto con un velo, y solo existia un hombre que pu-

semanas despues que los españoles tomaron posesion de su nueva ciudad.

Santa Fé existe aun, y el viagero va á visitarla como una poblacion de origen curioso, y que se ha hecho notable por el hecho, verdadero ó falso, que ha sido la única ciudad algo considerable de España que no ha estado jamás en poder de los moros.

Los principales sucesos de nuestra historia exigen que nos traslademos ahora á aquella época y lugar, pues todo lo hasta aqui referido es solo una especie de introduccion con objeto de preparar al lector á los acontecimientos que se dirán seguidamente.

#### CAPITULO IV.

La mañana del 2 de enero de 1492 se anunciaba con una pompa y solemnidad no acostumbradas, hasta en aquella misma córte y campamento donde regian unos soberanos tan dedicados, como Fernando é Isabel, á la observancia de las prácticas religiosas y á la real ostentacion. Apenas acababa de asomar el sol, cuando ya todo aparecia en movimiento, mostrando una especie de aire de triunfo en la pequeña y extraordinaria ciudad de Santa Fé. Dábanse ya por terminadas las negociaciones para la definitiva rendicion de Granada, las cuales habian permanecido reservadas durante muchas semanas: se habia ya anunciado oficialmente su resultado á todo el ejército y á la nacion, y aquel dia era el señalado para la entrada de los vencedores en la plaza.

La córte estaba de luto por don Alonso de Portugal, marido de la princesa real de Castilla, que habia fallecido á poco tiempo de haberse casado: mas con ocasion tan placentera, todos se despojaron de aquellos emblemas del dolor, y se cubrieron con sus elegantes y soberbios trages. Aun era muy temprano cuando el gran cardenal emprendió su marcha á la cabeza de un cuerpo de tropas considerable para ir á tomar posesion de lo que llaman *la montaña de los Mártires*. Al subir á ella se encontraron con un destacamento de caballeros moros, á cuyo frente marchaba un hombre que por su porte, lleno de dignidad, y por la angustia que le abrumaba, no podia ser otro que Boabdil, ó Abdallah, á quien sus padecimientos mentales tenian consternado.

El cardenal le manifestó la posicion que ocupaba Fernando, el cual con aquella mezcla de piedad y de politica mundana que tan íntimamente sabia enlazar, habia rehusado penetrar en la ciudad conquistada antes de que el simbolo del cristianismo hubiera reemplazado á las banderas de Mahoma, y se habia situado á cierta distancia de las puertas afectando una humildad que pegaba perfectamente con el particular fanatismo de la época. Como la entrevista que tuvo lugar entre ambos soberanos ha sido descrita tantas veces, y ahora recientemente por dos distinguidos escritores ingleses, pareceme inútil detenerme en su narracion. Abdallah presentóse despues á Isabel, cuya alma, dulce y pura, le acogió benignamente, no con aquella afectacion del fanatismo, sino con la caridad y compasion tan propias de un cristiano. Dirigióse en seguida á aquel desfiladero de montañas que se ha hecho célebre desde entonces por ser el punto desde donde dirigió su última mirada á los palacios y á las torres de sus antepasados, por lo cual se dió á aquel sitio el expresivo y poético nombre del último suspiro del moro.

Aunque el tránsito del rey de Granada no sufrió detencion alguna, siempre duró un buen espacio de tiempo; así es que aun tuvo lugar la inmensa multitud para inundar los caminos y los campos próximos á la ciudad, fijándose todas las miradas en la torre de la Alhambra, donde todos los buenos católicos que habian presenciado el triunfo de su religion aguardaban con impaciencia el momento en que se enarbolase el signo de la conquista.

Isabel, que habia sentado en uno de los artículos de su contrato de matrimonio la toma de la plaza, y á quien se debia la victoria que acababa de obtenerse, se abs-



Doña Mercedes de Valverde.

diera prever todos los sucesos de aquel siglo, cuyo hombre estaba reservado por la Providencia, los dos soberanos, decíamos, acordaron acometer una empresa que por sí sola bastaria para inmortalizar aquel sitio. Formóse el plano de una ciudad completa, y dióse principio á la construccion de edificios sólidos para alojarse las tropas, viniendo de este modo á convertirse aquel sitio en una especie de guerra entre dos pueblos. En tres meses se dió cima á tan sorprendente obra, y la nueva poblacion, con sus calles y plazas correspondientes, recibió el nombre de *Santa Fé*, nombre tan adecuado al celo con que fué ejecutado aquel inmenso trabajo, en medio de una guerra, como á la ciega confianza en la Providencia que alentaba á todos los cristianos durante aquella campaña.

La construccion de la ciudad intimidó á los moros, porque vieron en ello una prueba de que sus enemigos no pensaban renunciar á su proyecto sino á costa de sus vidas, y es mas que probable que aquella circunstancia pudo influir muy directamente en la sumision de Boabdil, rey de Granada, que entregó la Alhambra pocas



tuvo con su natural modestia de mostrarse en los primeros sitios en aquella ocasion, habiéndose colocado á algun trecho de distancia de donde se hallaba don Fernando.

Mas á pesar de todo, y esceptuando solo las suspiradas torres de la Alhambra, ella sola llamaba toda la atencion. Hallábase vestida con una ostentacion verdaderamente régia y como lo requeria una circunstancia tan solemne; su hermosura la hacia siempre un objeto de admiracion; su agrado, su inflexible justicia, su veracidad á toda prueba habian conquistado todos los corazones, y ella era de hecho quien mas debía aprovecharse de la victoria, porque el reino de Granada pertenecia mas á Castilla que á Aragon, pues este último pais no tenia apenas punto alguno limitrofe con aquel.

Antes de la llegada de Abdallah corria la multitud desbandada de un lado á otro, pues eran muchos los habitantes de los contornos que habian concurrido al campamento con objeto de presenciar la entrada triunfal en la ciudad. Veíase, entre otros, gran número de monges y sacerdotes, á causa, sin duda, del carácter de una cruzada que aquella guerra habia tomado. Los curiosos se apiñaban principalmente alrededor de la persona de la reina, y en efecto, aquel era el punto que se hacia mas sorprendente por la magnificencia de la corte. La mayor parte de los religiosos se habian reunido allí porque conocian que la piedad de Isabel iba creando en torno suyo una especie de atmósfera moral, muy conforme con sus hábitos, y que les era muy favorable para poder lograr mayor consideracion. Distinguíase entre ellos un monge cuya fisonomia prevenia en su favor, y que, á no dudarle, era de noble nacimiento. Muchos grandes de España habianle dirigido respetuosamente la palabra llamándole padre Pedro: mas él procuraba apartarse de la proximidad de la reina por ver si se colocaba en un sitio mas desahogado.

Estaba acompañado de un jóven de aspecto distinguido, comparado con todos los demas que en aquel dia no estaban cabalgando, que llamaba hácia sí la atencion general: aunque solo contaba veinte años, conociase por sus formas pronunciadas y su tez curtida, pero no ajada, que estaba ya acostumbrado al furor de los elementos; y su presencia hacia creer que, aunque no vestia armadura en circunstancias tan puramente guerreras, la vida de los campamentos debía haberle convenido, segun su porte y el vigor de su cuerpo. Su traje era bien sencillo, como si por este medio intentara evitar la atencion en lugar de atraerla, y sin embargo, su atavío era de un género que solo los nobles lo llevaban. Muchos que le observaban cuando se hallaba en un sitio mas despejado habian visto á la reina dirigirle un gracioso saludo, y aun le dispensó la gracia de besarla la mano, favor que la rigurosa etiqueta de la corte de Castilla solo otorgaba á un elevado mérito ó á la mas alta nobleza. Unos decian si seria un Guzman, familia punto menos que real; otros pensaban si podria ser un Ponce, apellido que habia venido á ser uno de los primeros de España á causa de las célebres hazañas del marqués, duque de Cádiz, en aquella misma guerra; otros, por último, pretendian reconocer en su elevada frente, su aire distinguido y su animada mirada el porte y fisonomia de un Mendoza.

El que de este modo estaba siendo objeto de tales conjeturas, ni siquiera se apercebía de la atencion que atraian hácia sí sus robustos miembros, sus hermosas facciones y su mesurado continente; pues, como sucede á los que están acostumbrados á ser observados por sus inferiores, solo se ocupaba de los objetos que pasaban delante de sus ojos ó que se ofrecian á su imaginacion; pero siempre se le encontraba dispuesto á prestar su atencion á las observaciones que de cuando en cuando le hacia su reverendo compañero.

—¡Qué día tan feliz y glorioso para la cristiandad! exclamó el padre Pedro despues de un prolongado intervalo de silencio; esa impia dominacion, que habia durado setecientos años, acaba de sucumbir; el orgullo de los

moros ha sido por fin abatido, y la cruz se alza mas alta que los estandartes del falso profeta. Algunos de tus antepasados, hijo mio, se alegrarian de poder salir de sus tumbas y pasearse alegremente sobre la tierra si la feliz nueva de semejante cambio pudiese llegar hasta las almas de los cristianos que han abandonado el mundo ya hace tantos años.

—La bienaventurada Virgen María interceda por ellos, padre mio, á fin de que no sufran semejante trastorno, ni aun por ver á los moros arrojados de sus hogares, pues por muy bella y agradable que los infieles bayan dejado á Granada, dudo mucho que sus santas almas la encuentren comparable con su paraíso.

—Mi querido hijo don Luis, tus palabras se han vuelto bastante indiscretas despues que has regresado de tus últimos viages, y yo apostaría que no piensas ya tanto en tus *Pater noster* y en tus *Confiteor* como cuando es-



Entrada de Fernando de Aragon en Granada.

tabas bajo los consejos de tu buena madre, de santa memoria.

Estas palabras fueron pronunciadas no solo en tono de reconvenccion, sino con una severidad muy parecida á la cólera.

—No me reprendais tan ágricamente, padre mio, por una ligereza que procede de mis pocos años, pero jamás de falta de respeto hácia la santa Iglesia. Vos mismo, que me inculpais con tal energia, vos mismo, cuando llego á vuestros pies como penitente á confesaros mis pecados y á pedir vos vuestra absolucion, tenéis los ojos fijos sobre no sé que objetos, con la misma atencion que si alguno de los espiritus de que hablábais hace poco hubiera venido entre nosotros para ver á los moros desesperados al abandonar su Alhambra querida.

—Luis, ¿ves ese hombre? preguntóle el monge dirigiendo sus miradas á un punto fijo, mas sin hacer ademán alguno que contribuyese á hacer distinguir entre el gentío á la persona de quien hablaba.

—A decir verdad, padre mio, yo veo mil; pero ni uno solo entre ellos que llame mi atencion, como si viniese

del paraíso. ¿Podría sin ser indiscreto preguntaros cuál es el que de ese modo cautiva vuestras miradas?

—¿Ves mas allá aquel hombre de elevada é imponente estatura, cuya gravedad y dignidad se mezclan de un modo extraño con una especie de aire de pobreza? No quiero decir tampoco una pobreza absoluta, puesto que se halla bien vestido y aun parece que debe estar en mas próspera situación que jamás me acuerdo haberle conocido; mas á pesar de todo, se conoce fácilmente que no es ni rico ni pobre, aunque su aspecto y continente podian hacerle pasar por un monarca.

—Ahora creo distinguir al sugeto de quien hablais. ¿Es aquel hombre cuya presencia es grave y venerable, aunque unida á un aire de sencillez? Mas yo nada veo de chocante ni extraordinario en su apostura y maneras.

—No es eso lo que yo quiero decir. En su fisonomía se descubre una dignidad y un orgullo que no se hallan fácilmente sino en un hombre que está acostumbrado á mandar.

—Para mí tiene traza de ser un navegante de primer órden: un piloto, un hombre, en fin, que ha viajado mucho por mar. Sí, y eso se conoce por mil señales que asi lo indican.

—No te equivocas, don Luis; esa es su profesion. Ahora acaba de llegar de Génova, y se llama Cristóbal Colon, ó como le llaman en Italia, Cristóforo Colombo.

—Yo recuerdo haber oido hablar de un almirante de ese mismo nombre, que hizo señalados servicios en las guerras del Sud, y que en otra ocasion condujo una flota muy lejos hácia el Este.

—Pero no es este. Este es hombre de mas humilde oficio, aunque tal vez sean parientes, puesto que han nacido en un mismo pueblo.—No, este no es almirante, pero aspira á serlo; sí, y aun rey.

—Pues, ó ese hombre está loco, ó está devorado por una absurda ambicion.

—Ni lo uno ni lo otro. Su talento sobrepaja al de los eclesiásticos mas entendidos de entre nosotros, y haciéndole justicia, debe decirse que no existe en España mejor cristiano que él. Bien se conoce, hijo mio, que has estado largo tiempo en pais extranjero, y que ignoras por consiguiente lo que pasa en la córte, porque sino ya sabrias la historia de un ser tan extraordinario con solo oír pronunciar su nombre, nombre que, por espacio de algunos años, ha sido el objeto de risa entre los frivolos cortesanos, pero que con el tiempo ha hecho nacer entre los hombres prudentes y pensadores mas dudas que muchas fatales heregias.

—Eso excita mucho mi curiosidad, padre mio, ¿Quién es, pues, ese hombre? ¿Quién es?

—Un enigma, que ni mis oraciones á la Virgen, ni la ciencia del claustro, ni el ardiente deseo de adquirir la verdad, han podido descifrar.—Ven acá, Luis; vamos á sentarnos en esta peña, y te contaré cuáles son las opiniones de este hombre que contribuyen á hacerle tan extraordinario.—Es preciso que sepas, hijo mio, que hará como unos siete años que le vimos por la vez primera; solicitó entonces que se le ocupase en ir á hacer descubrimientos, y decía que avanzando sobre el Océano con direccion al Occidente hasta una distancia inmensa é inaudita, llegaría á las Indias, á la gran Isla de Lipango, y al reino de Cathay, acerca del cual nos ha dejado un tal Marco Polo algunas extraordinarias leyendas.

—Por Santiago, de feliz memoria, exclamó don Luis riendo, por fuerza ha perdido el juicio. ¿Cómo podría conseguir semejante propósito como la tierra no fuese redonda? Las Indias están al Oriente y no al Occidente.

—Muchos le han hecho esa objeccion; pero él siempre halla contestacion á los mas fuertes argumentos.

—¿Pero qué otro mas fuerte puede haber? ¿No vemos por nuestros propios ojos que la tierra es plana?

—Pues en eso precisamente se separa de la opinion de todos los demas hombres; y á decir verdad, hijo mio, no va tan descaminado. El es un navegante, como tú lo adivinaste, y dice que cuando en el Océano se descubre

de lejos un navio solo se aperciben al pronto las velas mas elevadas, y que á medida que va aproximándose van distinguiéndose las mas bajas, hasta que se deja ver el navio todo entero. Pero tú, que has estado embarcado, habrás podido hacer alguna observacion sobre este punto.

—Es cierto, padre mio. Cuando atravesamos el mar de Inglaterra encontramos un hermoso crucero del rey, y en un principio solo distinguimos, como decias ahora, la mas alta vela formando sobre el agua un punto blanco. Las demas velas fueron apareciendo sucesivamente, y por último, vimos un magnifico navio armado de mas de veinte bombardas y cañones.

—¿Entonces estás acorde con ese hombre, y crees que la tierra es redonda?

—¿Por San Jorge de Inglaterra! No por cierto. He visto demasiado mundo para atreverme á calumniar de ese modo su hermosa superficie. La Inglaterra, la Francia, la Borgoña, la Alemania y todas las regiones apartadas del Norte son paises planos y seguidos lo mismo que nuestra Castilla.

—¿Y entonces por qué alcanzaste á ver la vela mas alta antes que las demas?

—¿Por qué, padre mio? Toma porque... porque... porque aparecia la primera... porque se dejó ver antes que las otras.

—¿Los ingleses aseguran sus mas grandes velas en lo mas alto de sus palos?

—Estarian locos si tal hiciesen, por mas que no sean grandes navegantes, pues nuestros vecinos los portugueses y tambien los genoveses, son los que en esta ciencia se llevan la palma: pues, como decia, aunque los ingleses no sean grandes navegantes, no son tan tontos que cometan semejante falta. Reflexionad en la fuerza de los vientos, y comprendereis fácilmente que cuanto mayor sea la vela, mas baja debe colocarse.

—¿Y entonces en qué consiste que el objeto mas diminuto se alcanza á ver antes que el mas grande?

—Por lo que observo, padre Pedro, voy viendo que no habeis conversado en valde con ese tal Cristóforo; mas una cuestion no es una razon.

—Sócrates, hijo mio, gustaba mucho de proponer cuestiones, mas tambien le gustaba que se las resolviesen.

—¡Peste! como dicen en la córte del rey Luis. Yo no soy Sócrates, padre mio, yo soy tan solo vuestro antiguo discípulo y pariente, Luis de Bobadilla, perezoso sobrino de la marquesa de Moya, favorita de la reina, y tan noble como ningun caballero español, si bien algo aficionado á la vagancia, si se ha de dar crédito á mis enemigos.

—No tienes necesidad de relatarme tu genealogia, ni tu carácter, ni tus travesuras, señor don Luis de Bobadilla, porque sabes te conozco muy bien, y que no ignoro cuanto has hecho desde tu infancia. Al menos reconozco en tí un mérito que nadie se atreverá á negarte, que es el de respetar la verdad, y jamás has dado una prueba mas evidente de ella que al confesar que tu no eres un Sócrates.

La sonrisa y el tono de broma del digno padre hicieron aparecer menos picante aquella ocurrencia, y el joven no pudo menos de reirse tambien, conociendo demasiado bien sus locuras para que tomase á mal lo que acababa de oír.

—Padre Pedro, continuó don Luis, procurad olvidar por un momento que habeis sido mi maestro, y rebajaos hasta el punto de conversar conmigo sobre asunto tan sorprendente. Vos, vos mismo, á lo que creo, ¿no pretendereis que la tierra es redonda?

—Yo no voy tan lejos como algunas personas, Luis, sobre ese punto; porque veo en la Sagrada Escritura las dificultades que á ello se oponen. Mas sin embargo, esa cuestion de las velas me hace titubear bastante, y he sentido deseos muchas veces de hacer un viajecillo de un puerto á otro para poder juzgar por mis propios ojos.



y sin las fatales náuseas que me acometen, aunque sea en una barca, yo creo que ya habria hecho la prueba.

—¡Hubiera sido en verdad una hazaña digna de toda vuestra prudencia! exclamó el jóven soltando la carcajada. ¡El padre Pedro de Carrascal hecho un volatin como su antiguo discípulo, y todo por un capricho! Pero tranquilizaos, mi venerado pariente y buen maestro, porque yo podré evitaros ese trabajo. En todos mis viajes por mar y tierra, y bien sabeis que para la edad que tengo no lo he hecho mal, en todos he hallado siempre la tierra llana y el mar mas llano todavía, salvo alguna que otra ola rebelde y turbulenta.

—Eso habrá podido aparecer así á tus ojos, no lo dudo; pero ese Colon, que ha viajado mucho mas que tú, piensa de diferente modo. Sostiene que la tierra es una esfera, y que navegando hácia el Oeste puede arribarse á algunos puntos á donde ya se habia tocado navegando al Este.

—¡Por San Laureano! ¡Naya una idea atrevida! ¿Y él se propone formalmente arriesgarse en el inmenso mar Atlántico, y hasta atravesarlo para buscar alguna tierra lejana y desconocida?

—Ese precisamente es su proyecto; y por espacio de siete años no cesa de pedir á la córte que se le provea de medios para llevarlo á cabo, y hasta he oido decir que habia estado casi otro tanto tiempo en diversos países haciendo otra petición semejante.

—Si la tierra es redonda, decia don Luis como reflexionando, ¿qué es lo que detiene al agua para no correrse á la parte mas baja? ¿Cómo existen esos mares? Y si, como habeis dicho, él cree que las Indias están debajo de nosotros, ¿cómo pueden sus habitantes sostenerse de pié? Precisamente andarán cabeza abajo.

—La misma objecion se le hizo á Colon, pero él no la dió la mayor importancia. Y efectivamente, muchos de nuestros eclesiásticos principian á creer que la tierra no tiene encima ni debajo, sino es con relacion á su superficie; así es que en cuanto á este punto no se ofrece gran dificultad.

—Pero yo no creo, padre mio, que vos querais hacerme creer que un hombre puede andar cabeza abajo. ¡Por San Francisco! Seria preciso que vuestros habitantes de Cathay tuviesen uñas como los gatos. Sin eso se caerian sin remedio al momento.

—¿Y á dónde caerian, don Luis?

—¿En dónde, padre Pedro? En Tophet, en los pozos sin fondo. Ello es imposible que los hombres anden cabeza abajo y los pies hácia arriba, sin mas apoyo que la atmósfera. Las caravelas tambien bogarán sobre sus mástiles, y esto seria en verdad un muy singular modo de navegar. ¿Pero y quién podria asimismo impedir que el mar, saliéndose de madre, cayese sobre el fuego del infierno y lo apagase?

—Hijo mio, repuso el monge gravemente, llevais muy allá la ligereza de vuestras palabras. Mas ya que tan ridicula os parece la opinion de Colon, ¿qué idea teneis forjada de la figura de la tierra, que Dios ha hourado con su sabiduria y su presencia?

—Que es tan plana como la rodela del moro que yo he muerto en el último choque, la cual no puede ser mas plana.

—¿Crees tú que tenga limites?

—Sí, á no dudarlo, y Dios mediante y doña Mercedes de Valverde, los he de ver antes de morir.

—Tú piensas acaso que hay un borde, un precipicio alrededor de sus cuatro ángulos, á los cuales le es dado llegar al hombre, y que puesto allí su mirada puede penetrar en el abismo como desde lo alto de una muraña muy elevada?

—Vuestro pincel nada hace perder á semejante descripcion, padre mio; mi pensamiento no ha ido nunca tan lejos, mas sin embargo, es de creer que debe haber un punto parecido á eso. Por San Fernando, que esa seria una plaza capaz de poner á prueba la firmeza del mismo don Alonso de Ojeda, el cual podria, apoyándose

en una nube, y puesto de pie en la estremidad de la tierra, arrojar una naranja á la luna.

—Yo presumo, Luis, que tú no has tratado nunca asuntos graves; por lo que á mi toca, la opinion y el proyecto de Colon no me parece que carecen de mérito. Únicamente encuentro que oponerle dos objeciones notables: una de ellas es la dificultad que me ofrece la Sagrada Escritura, y la otra es esa inmensa, incomprensible y aun inútil estension del Océano que debe separarnos de Cathay, sin lo cual hace mucho que hubiéramos oido hablar de aquella parte del mundo.

—¿Y los sabios se conforman con las ideas de ese hombre?

—La cuestion se ha discutido muy formalmente en un concilio celebrado en Salamanca, mas las opiniones se dividieron. Uno de los mayores obstáculos consiste en el temor de que si efectivamente el mundo es redondo, dado caso de que una embarcacion pudiese llegar á Cathay bogando hácia el Oeste, luego de llegar allá tal vez fuese muy difícil el dar la vuelta; porque ello sea de una manera ó de la otra, de todos modos hay que bajar y subir. Lo cierto es que la generalidad se rie de las ideas del tal Colon, y yo me temo que él no ha de ver jamás su isla de Cipango, porque, á mi modo de ver, aun se halla muy distante de poder dar principio á su viaje, y hasta me sorprende que permanezca todavía por este país, pues me habian asegurado que habia salido para Portugal.

—¿No me habeis dicho, padre mio, que hace largo tiempo reside en España? preguntó don Luis con aire pensativo, fijando sus miradas en Cristóbal Colon, que á corta distancia de donde se hallaba el monge y el jóven estaba mirando el posposo espectáculo del triunfo con una tranquila dignidad.

—Ha pasado aqui siete años solicitando de los ricos y de los grandes, recursos para emprender su viaje favorito.

—¿Y acaso posee él dinero suficiente para sostener tan largas pretensiones?

—Segun todas las apariencias, le creo pobre; y hasta sé que ha trabajado para comer haciendo cartas geográficas; ocupaba una hora, por ejemplo, en discutir con los filósofos, en solicitar de los principes, y en seguida se dedicaba á trabajar para ganar el sustento indispensable para su existencia.

—Padre mio, vuestros razonamientos han aguzado de tal modo mi curiosidad, que desearia hablar con ese Colon. Lo veo allí de pie en medio de la multitud; voy á encontrarme con él, le diré que yo tambien soy algo navegante, y podré sacarle algunas de sus ideas originales.

—¿Y de qué manera piensas hacer conocimiento con él, hijo mio?

—Diciéndole que soy don Luis de Bobadilla, sobrino de doña Beatriz, marquesa de Moya, y descendiente de una de las mas nobles familias de España.

—¿Y crees tú que eso bastará para tu objeto, Luis? le dijo el monge sonriendo. No, no, hijo mio; eso seria bueno para con cualquiera otro mercader de cartas geográficas, mas con Cristóbal Colon no es bastante, porque le ocupan de tal modo sus vastos designios, tiene su imaginacion tan exaltada con la escelencia de los resultados, que aguarda del proyecto en que sueña noche y dia, y parece tener tal confianza en los medios que se propone, que los mismos principes y aun los reyes no han logrado hacerle perder nada del intimo sentimiento de su dignidad. El mismo don Fernando, nuestro respetable soberano, quizá no se atreveria á intentar lo que tú te propones sin esponerse á algun desden, sino en sus palabras, por lo menos en sus ademanes.

—Por todos los santos del cielo, padre Pedro, todo lo que de ese hombre extraordinario me estais diciendo, no hace mas que aumentar mi deseo de conocerle. ¿Queis encargos de presentarme á él?

—No tengo inconveniente; así como así deseaba saber



lo que le ha hecho volver á la corte, de donde me dijeron habia salido hace poco con el objeto de irse á intentar sus proyectos á otra parte. Dejádme escoger el medio de presentaros, hijo mio, y dejadlo de mi cuenta.

Levantáronse el monge y su jóven compañero, y volviendo á mezclarse entre el gentío, se dirigieron hácia donde se hallaba el hombre que habia sido objeto de su conversacion, y que seguia siéndolo de sus pensamientos. Cuando se hallaron á corta distancia, el monge se detuvo, y aguardó con impaciencia el instante en que sus ojos pudieran encontrarse con los del navegante. Asi trascurrieron varios minutos, porque las miradas de Colon se hallaban fijas en lo mas elevado de las torres de la Alhambra, esperando á cada instante que apareciera la señal de la toma de posesion. Luis de Bobadilla, ligero, vivo, impaciente, y no olvidándose jamás de su ilustre nacimiento y de las distinciones de costumbre á su elevada alcurnia, iba ya cansándose de aguardar la audiencia de un piloto, de un forjador de cartas geográficas. Sin embargo, en vano impulsaba á su compañero á adelantarse, hasta que habiendo llamado la atencion de Colon uno de sus movimientos de impaciencia, encontráronse sus ojos con los del monge, y como eran conocidos antiguos, se saludaron con toda la cortesía propia de aquel siglo.

—Felicitémonos, señor Colon, de la gloriosa terminacion de este sitio, dijo el monge, y yo por mi parte me regocijo de que hayais sido testigo de ella, porque habia oido decir que algunos asuntos importantes os llamaban á otros paises.

—La mano del Señor se deja ver en todas las cosas, padre mio. Vos veis en esta victoria el triunfo de la Cruz, pues yo hallo en ella una leccion de perseverancia. Oigo una voz que me dice, tan claramente como pueden hablar los sucesos, que todo aquello que tiene decidido que acontezca, debe al fin acontecer sin duda alguna.

—Me parece bien la aplicacion que acabais de hacer, señor, como me lo parecen tambien casi todas vuestras ideas en materia de religion. Es una gran verdad por cierto que la perseverancia es muy necesaria para salvarse, y no dudaré de modo alguno que la manera con que nuestros piadosos soberanos han conducido esta guerra sea un simbolo muy conveniente.

—Teneis razon, padre mio, y asimismo ese es tambien un simbolo aplicable á la suerte de todas las empresas que tengan por objeto la gloria de Dios y el bien de la Iglesia, repuso Colon ó Columbus, nombre latinizado, ó Colomb, como se le llamaba tambien. Su mirada se hallaba animada de ese fuego secreto que arde en el corazon del visionario ó del entusiasta. Podrá acaso, padre, pareceros poco razonable el hacer semejante aplicacion de aquel suceso; pero el triunfo que hoy han obtenido sus altares, me da mayor ánimo para perseverar sin tibieza en mi cansada peregrinacion, que tambien conduce al triunfo de la Cruz.

—Puesto que aludis á vuestros proyectos, señor Colon, respondió hábilmente el monge, me alegro que se trate de semejante asunto entre nosotros, y en este momento, porque ved aqui un jóven, pariente mio, que ha viajado tambien un poco por un capricho de jóven, del cual no han logrado apartarle ni sus amigos ni aun el amor. Habiendo oido hablar acerca de vuestros célebres proyectos, está impaciente y ansioso por oir algo mas de vuestra propia boca, si teneis la bondad de acordarle semejante favor.

—Siempre me es muy satisfactorio el poder llenar los laudables deseos de los jóvenes decididos, así es que tendré mucho gusto en comunicar á vuestro pariente todo lo que ansia saber, añadió Colon con aire tan digno y tan sencillo, que dió en tierra en el momento con todas las ideas de superioridad y de condescendencia que don Luis habia hecho ánimo de emplear en la conversacion, convenciéndole ademas de que él debia considerarse agradecido y honrado en la discusion que iba á tener lugar. Pero, señor, os habeis olvidado de decirme el nombre del jóven caballero.

—Clámase don Luis de Bobadilla; jóven cuyos mejores derechos á nuestra atencion consisten en su carácter arriesgado y amigo de correr mundo, y en ser el sobrino de vuestra ilustre amiga la marquesa de Moya.

—Cualquiera de esas cosas es suficiente. A mi me gustan los jóvenes dotados de un carácter emprendedor, que parece que Dios les concede para que sirvan de instrumentos en su alta y benéfica sabiduria, y en estos hombres sin duda debia yo hallar mi principal apoyo en este mundo. Ademas, de que despues del padre Juan Perez de Marchena y el señor Alonso de Quintanilla, cuento yo á doña Beatriz en el número de mis firmes protectores; su sobrino debe, por lo tanto, estar seguro de mi aprecio y consideracion.

Semejante lenguaje sonaba en los oídos de don Luis de una manera bastante extraordinaria; porque aunque el traje y todo el exterior de aquel hombre, que hablaba bien el castellano, aunque con algun acento extranjero, parecian muy dignos de respeto, acababa, sin embargo, de saber que era un piloto, un navegante, que ganaba el pan con su trabajo, y la nobleza de Castilla no estaba acostumbrada á ser mirada con aire de proteccion y de favor por hombres que carecian del alto honor de descender de príncipes. Sintióse, pues, al pronto dispuesto á irritarse por el modo de producirse del extranjero, mas despues resolvió echarlo á risa, y observando que el padre Pedro le trataba con deferencia, y que el aspecto del hombre de los proyectos le imponia á pesar suyo, no solamente se redujo á portarse como era conveniente, sino que hasta le contestó con una cortesía propia de su elevada cuna y de su buen tacto. Entonces se retiraron los tres del gentío, y vinieron á tomar asiento en el borde de un peñasco, de los muchos que habia por aquellos contornos.

—Don Luis, á lo que me decís, padre mio, ha viajado por el extranjero, dijo Colon tomando la iniciativa en la conversacion como un hombre que se halla persuadido de que su rango ó persona le dan derecho para ello, y que desea conocer los encantos y peligros del Océano.

—Tal ha sido su mérito ó su falta, señor. Si él hubiera accedido á los deseos de doña Beatriz ó atendido á mis consejos, no hubiera abandonado su carrera de las armas para seguir una que no es tan conforme con su cuna y educacion.

—Padre mio, tratáis á este jóven con una severidad que por cierto no se merece. No puede decirse que el que pasa su vida sobre el Océano la emplea de una manera innoble ó perdida. Puesto que Dios ha separado los diferentes paises por medio de grandes masas de agua, no habrá sido sin duda con el desigüo de hacer á sus habitantes extraños los unos de los otros: lo habrá hecho, por el contrario, con el objeto de que pudiesen llegar á encontrarse en medio de todos esos encantos con que ha adornado el Océano, y glorificar con tanto mas motivo su poder y su santo nombre. Todos tenemos nuestra juventud, nuestros momentos de irreflexion en aquella época en que solemos dejarnos arrastrar por las ilusiones mas bien que por la razon; y como yo tambien tuve los míos, no puedo decidirme á echar en cara á don Luis el haber tenido los suyos.

—¿Habeis acaso, señor Colon, peleado por mar contra los infieles? preguntó don Luis, no sabiendo á la verdad como venir á parar al objeto que deseaba.

—Si, hijo mio.—Este tono tan familiar hizo estremecer al jóven, mas no llegó á ofenderse.—Si, y tambien por tierra. Hubo un tiempo en que era para mí un placer el referir los peligros, bien numerosos por cierto, que he corrido, así en las guerra como en las borrascas, y los medios con que me he librado de ellos; mas desde que la omnipotencia de Dios me ha inspirado cosas mas elevadas, he dejado de pensar en ello para cumplir su santa voluntad y difundir su sagrada palabra.—El padre Pedro se santiguó, y don Luis sonrió encogiéndose de hombros, como quien oye un propósito que juzga extra-

vagante; mas Colon continuó con aquel tono grave y respetuoso que parecia formar parte de su carácter.—Muchos años han trascurrido desde que me encontré en el célebre combate que sostuvo mi pariente Colombo, el jóven, como le llamaban para distinguirlo de su tío, el antiguo almirante del mismo nombre, cuyo combate tuvo lugar hácia el Norte del Cabo San Vicente. Los enemigos con quien luchábamos eran venecianos, y sus bageles estaban cargados de riquezas.

La accion duró desde la mañana hasta la noche, y sin embargo, no permitió Dios que yo recibiese la mas mínima herida. En otra ocasion ardió la galera á bordo de la cual iba yo, pero al fin conseguí ganar tierra, aunque estaba algo lejana, sin mas ayuda que un remo. Parecióme que la mano de Dios me salvaba tambien, y yo creo que no hubiera mostrado tan tierno y solícito cuidado por una de sus mas insignificantes criaturas, á no querer hacerla servir á su mayor honor y gloria.

Aunque al espresarse de este modo el navegante sus ojos brillaban y sus megillas se cubrian de entusiasmo, era imposible confundir á un hombre tan grave, tan digno, tan mesurado en sus mismas exageraciones, si acaso las habia en sus palabras, con esos seres frívolos y ligeros que toman las ideas del momento por impresiones indelebles, y las fugaces vanidades por indestructibles opiniones. El padre Pedro, en vez de sonreirse ó de demostrar de algun otro modo el poco caso que hacia de la relacion del navegante, santiguóse por segunda vez, dejando traslucirse en sus facciones la sinceridad con que profesaba sus principios religiosos.

—Los designios del Señor suelen ser siempre misteriosos para sus criaturas, dijo el monge, pero nosotros no debemos ignorar que tambien conducen siempre á la exaltacion de su santo nombre y á la gloria de sus atributos.

—Ese mismo es mi parecer, padre mio, dijo Colon, y bajo este punto de vista he considerado siempre mis humildes esfuerzos por honrar á Dios. En sus manos solo somos instrumentos, é instrumentos inútiles, si se atiende á los escasos resultados que obtienen todas nuestras fuerzas y nuestro poder todo.

—; He aqui, pues, el feliz símbolo que es nuestra salvacion y nuestro guia! exclamó el padre Pedro estendiendo sus brazos al cielo como queriendo abrazar un objeto lejano; y arrodillándose, inclinó hasta el suelo su cabeza desnuda con una profunda humildad.

Colon volvió la vista hácia el lado que indicaban los ademanes del monge, y reparó en la gran cruz de plata que los soberanos habian llevado consigo durante aquella guerra como una prenda del objeto que tuvieron al emprenderla, la cual resplandecia en lo mas elevado de la torre principal de la Alhambra. Un momento despues aparecieron los estandartes de Castilla y Santiago desplegados sobre las otras torres. Un himno de triunfo mezclóse á los cánticos de la iglesia; se entonó un Te-Deum, y los coros de la real capilla cantaron las alabanzas del Dios de los ejércitos. A esto se siguió una magnífica y pomposa escena, medio religiosa, medio guerrera: mas su descripcion pertenece á la historia general, mas bien que á la relacion de los sucesos privados que nos ocupan.

#### CAPITULO V.

Aquella noche, la corte de Castilla y de Aragon durmió en el palacio de la Alhambra. Cuando se hubo terminado la ceremonia religiosa de que hemos hablado en el anterior capítulo, la multitud penetró en la ciudad, entrando en seguida los principes con una dignidad y una pompa propias de su clase. Los jóvenes señores cristianos iban acompañados de sus esposas y de sus hermanas, pues la presencia de Isabel y el tiempo trascurrido desde la rendicion de la plaza habian atraído muchas damas al campamento, ademas de las que por deber tenian que estar inmediatas á la reina. Todos se

apresuraban á visitar aquellos celebrados patios y las ostentosas habitaciones de tan noble residencia, y aun no satisfecha por completo la curiosidad general, vino la noche á poner limites, aunque por corto intervalo. El patio de los Leones sobre todo, obra célebre aun en toda la cristiandad por sus restos de belleza oriental, habia sido abandonado por Boabdil en todo su esplendor, y aunque era entonces á mediados de invierno, el arte de los hombres lo hacia aparecer cubierto de flores. Las salas contiguas, llamadas de los Dos Hermanos y de los Abencerrages, veianse iluminadas y llenas de guerreros, de cortesanos, de sacerdotes y de encantadoras hermosuras.

A pesar de que los ligeros rasgos, propios de la arquitectura árabe, fuesen ya familiares á los ojos de todos los españoles, la Alhambra escedia de tal modo en esta parte á todos los palacios erigidos hasta entonces por las dinastías mulsumanas que habian dominado en



Don Fernando de Talavera.

aquellos contornos, que cuantos lo veian quedaban tan admirados de su hermosura y novedad como de su régia magnificencia. Los ricos adornos de estuco, arte de origen oriental y poco conocida entonces entre los cristianos, los graciosos arabescos (los cuales, perfeccionados por la imaginacion de algunos grandes ingenios, han llegado hasta nuestros dias y se han hecho tan comunes en España) adornaban todos los muros; al mismo tiempo que de las soberbias fuentes se veia brotar los surtidores, volviendo á caer como una lluvia de diamante.

Entre las personas que admiraban tan encantadora y bella escena se veia á doña Beatriz de Bobadilla: habiase casado ya hacia largo tiempo con don Andrés de Cabrera, y llevaba entonces el titulo de marquesa de Moya. La fiel amiga y confidenta de la reina siguió siéndolo siempre hasta la muerte de su señora.

A apoyábase ligeramente en su brazo una jóven de tan notable aspecto, que pocos eran los forasteros que pasaban junto á ella que no volvieran á mirar por segunda vez aquel rostro y aquella presencia que era tan difícil olvidar para los que la veian una vez. Llamábase doña



Mercedes de Valverde, una de las herederas mas nobles y mas ricas de Castilla, parienta, pupila é hija adoptiva de la amiga de la reina, título mas conforme que el de favorita, atendidas las relaciones que existian entre Beatriz é Isabel. No era, sin embargo, su sorprendente hermosura lo que hacia á doña Mercedes aparecer tan notable y atractiva, pues aunque sus gracias eran muchas, su talle elegante y su rostro sumamente agradable, habia en la corte muchas damas que pasaban por mas bellas; mas ninguna en verdad poseia facciones que como aquella se retratase su alma toda, ni rasgos que causasen tan profunda impresion de sensibilidad como los de doña Mercedes; y es bien seguro que cualquier fisonomista hubiérase admirado de encontrar bajo aquel exterior las mas señaladas prueba de un vivo y ardiente entusiasmo, que no queriendo manifestarse, cubria con una melancólica sombra aquella frente que la naturaleza y la fortuna habian destinado de consuno á la perpétua impasibilidad y á la alegría. A pesar de todo, la serenidad no habia huido de su rostro, pues la ligera sombra que le cubria venia como á templar su expresion, haciéndola mas interesante, antes que á turbar su reposo ó á encubrir su amabilidad. Al otro lado de la noble dama iba don Luis de Bobadilla, que marchaba un poco mas avanzado que su tia, haciendo de modo que sus negros y ardientes ojos pudiesen encontrarse con los azules y expresivos de Mercedes, siempre que la delicadeza y la modestia de esta lo permitian. Los tres conversaban con la mayor libertad, porque los soberanos se habian retirado á sus habitaciones, y los curiosos que formaban diferentes grupos hallábanse de tal modo admirados de las novedades que se presentaban á su vista, y tan ocupados en sus conversaciones, que no pensaban absolutamente en escuchar á los demas.

—Es muy raro, Luis, decia doña Beatriz continuando una conversacion á la que parecian prestar la mayor atencion, que vos, que tanto habeis corrido por el mundo, no hayais oido hablar hasta hoy mismo de ese Colon. Ya hace bastantes años que anda tras de S. A. para que le ayuden á poner en planta sus proyectos, que se han discutido solemnemente en un concilio celebrado en Salamanca: y aun en la misma corte no le faltan prosélitos.

—En cuyo número es preciso contar á doña Beatriz de Cabrera, añadió Mercedes con aquella melancólica sonrisa que tenia la virtud de dejar entrever por un instante el profundo pero secreto sentimiento que se ocultaba bajo aquella esterilidad; yo he oido varias veces decir á S. A. que no tenia Colon un amigo mas sincero en toda Castilla.

—S. A. rara vez se equivoca, y mucho menos cuando juzga mi corazon, hija mia. Efectivamente, yo soy uno de los apoyos de Colon, porque me parece un hombre destinado á llevar á cabo alguna notable y esclarecida empresa, y á decir verdad, el ingenio de los hombres no ha propuesto ni ideado una tan colosal como la suya: llegar á conocer los pueblos que habitan al otro extremo de la tierra, establecer medios fáciles y directos de comunicacion con los mismos, y proporcionarles los auxilios de la santa Iglesia. Ya veis

—Sí, sí, tia mia, replicó diciendo Luis, y tener el placer de pasear en su compañía con la cabeza abajo y los pies en el aire. Mas yo creo que Colon no se olvidará de llevarse alguna persona que sea práctica en aquel arte, porque si se ha de andar de semejante manera, se necesita algun tiempo para saber sostenerse, ó bien podia principiar á ensayarse en las pendientes de nuestras montañas, y esto serviria de A B C de esta ciencia, y por último, continuando su estudio sobre los muros y las torres de la Alhambra, podria completar una gramática para ir haciendo nuevos progresos.

Mercedes, sin apercibirse de ello, habia oprimido fuertemente el brazo de su tutora cuando esta confesaba el interés que se tomaba en el buen éxito del proyecto de Colon; mas al oír á don Luis espresarse de aquel mo-

do, le dirigió con grave ademan una mirada, en la que iba envuelta una reconvenccion. Como el mas ardiente deseo de aquel jóven era adquirirse el cariño de la pupila de su tia, una sola mirada de disgusto bastaba en cualquier tiempo para contener en él aquella escesiva alegría que le comunicaba en muchos casos cierto aire de frivolidad, que era la causa de que no se hiciese justicia á las bellas cualidades de su corazon y de su talento. La influencia de aquella mirada hizo que tratase de reparar la falta cometida, y se apresuró á hacerlo en el momento.

—Parece que Doña Mercedes es tambien partidaria de los descubrimientos; y á mi modo de ver, Colon ha tenido mas éxito entre las damas castellanas que entre los nobles.

—¿Acaso tiene algo de extraño, don Luis, dijo Mercedes con aire pensativo, que las damas tengan mas confianza en el mérito y sientan mas impulsos de generosidad y mas celo por Dios que los hombres?

—Asi deberá ser sin duda, puesto que asi vos como mi tia Beatriz habeis tomado partido con el navegante: mas no debeis entender siempre mis palabras al pie de la letra.

Sonrióse entonces Mercedes con malicia.

—Yo jamás he estudiado con menestrales, y á decir verdad, tampoco con gentes de iglesia: y hablando francamente, os diré que el proyecto del señor Colon ha cautivado de tal manera toda mi atencion, que si llega realmente á embarcarse para el descubrimiento del Cathay y de las Indias, suplicaré á S. A. que me permitan acompañarle; porque, en verdad, ahora que los moros han sido lanzados de España, un noble no tiene ya de que ocuparse.

—Si llegais á partir efectivamente para esa espedicion, dijo doña Beatriz con irónica gravedad, y si llegais á Cathay, por lo menos ya se encontrará un hombre que ande con la cabeza hacia abajo. Mas he aqui un recado de la corte: sin duda S. A. me necesita.

No se equivocaba la marquesa de Moya; el mensajero le acababa de decir que la reina la llamaba. Doña Mercedes no podia continuar paseando sola con don Luis, segun las costumbres de la época y del pais, por lo que doña Beatriz los condujo á la habitacion que le habia sido destinada entre las muchas y espléndidas de los reyes moros, que era un salon muy adecuado á su rango y al favor de que gozaba en la corte. Cuando hubieron llegado, detúvose á reflexionar si debia dejar á su sobrina á solas con su pupila, y por fin dijo á esta:

—A pesar de su vida aventurera, él no se ha hecho trovador, y no debo temer por lo tanto os embeleso los oídos con sus malas canciones; quizás seria mejor enviarle con su guitarra al pie de vuestro balcon, mas yo estoy segura de su torpeza, y quiero fiarme de él permitiéndole que os acompañe durante los cortos instantes que sin duda deberá durar mi ausencia. Un caballero que tiene tal repugnancia á trastornar el orden natural de las cosas, no se dignará seguramente echarse á los pies de ninguna dama, aunque se tratara de obtener una sonrisa de la mas linda boca de Castilla.

Echóse don Luis á reír; doña Beatriz abrazó á su pupila sonriendo, mientras que esta se ruborizaba y bajaba los ojos. Luis de Bobadilla era, pues, el amante ó el caballero declarado de Mercedes de Valverde; mas á pesar de hallarse tan favorecido por su rango, su cuna, su fortuna, los vinculos del parentesco y todos los demas dones con que le habia dotado la naturaleza, existian muy serios obstáculos para su enlace. Si se atiende á las consideraciones que comunmente deciden en casos semejantes, aquella union habria de verificarse: pero era preciso ante todo vencer los escrúpulos de doña Beatriz. Como profesaba los mas elevados principios, y estaba acostumbrado á las tan justas resoluciones de su señora, teniendo demasiado orgullo para intentar ninguna cosa que apareciese indigna de ella, las mismas ventajas que su sobrina debia reportar de aquel enlace

la impulsaban á no consentirlo. Además, echábase de menos en don Luis aquella gravedad propia del carácter castellano, y no faltaba quien, sin fundado motivo, achacase su buen humor á poco fundamento. Por parte de su madre descendía de una familia francesa muy ilustre, y con tal motivo, el orgullo nacional daba pie á un sin número de observaciones, suponiendo que el hijo había heredado aquella natural disposición á todo lo frívolo, que se consideraba como el sello característico de la patria de su madre.

Tal vez se habría decidido don Luis á viajar, resentido del concepto que merecía á sus conciudadanos, y como todo hombre dotado del espíritu de observación, habiase convencido doblemente viajando del defectuoso estado de la sociedad en su país; así es que á su vuelta notábase una especie de mútuo desvío entre él y los que debieran haber sido sus constantes compañeros; resolvióse, pues, entonces á emprender sus nuevos viajes á diferentes puntos del extranjero. Solo el constante y ardiente amor que desde muy jóven sentía hácia Mercedes, pudo decidirle á dar la vuelta, y felizmente para él, aun pudo llegar á tiempo de tomar parte en la rendición de Granada. Sin embargo de tales hechos, que en un país como Castilla podrían aparecer como muy singulares, don Luis de Bobadilla era un caballero digno de su nombre y de su cuna. Sus proezas en los campos de batalla y en los torneos eran tales, que le adquirieron una gran reputación de valiente, á pesar de lo que llamaban sus defectos; y mas bien era tenido por un jóven atolondrado, y á quien no debía hacerse caso, que por un hombre perdido y corrompido. Los marciales cualidades contribuían en aquellos tiempos á hacer desaparecer mil defectos, y á don Luis se le había visto en un torneo derribar de la silla á Alonso de Ojeda, que era á la sazón la mejor lanza de España: semejante hombre, pues, podría acaso inspirar desconfianza, mas nunca desprecio. Los escrupulos que retenían á su tía procedían tanto de su propio carácter, como del de su sobrino. Severamente concienzuda como era, y aunque conocía las cualidades de su sobrino mucho mejor que nadie, dudaba si acaso podría ser conveniente el entregar la mano de la rica heredera confiada á sus cuidados á un pariente tan cercano, no obteniendo semejante elección la aprobación general.

También temía que su afecto y parcialidad por Luis no la cegase, y fuese aquel en realidad tan frívolo y ligero como suponían los castellanos; así es que temblaba sacrificar la dicha de su pupila á la indiscreción de su sobrino. En medio de estas contrariedades, doña Beatriz deseaba interiormente aquella union, mas en público aparentaba no prestar su apoyo á las pretensiones de Luis, y aunque no hubiera podido, sin aparecer escusivamente severa, impedir toda comunicacion entre ellos, no solo aprovechaba las ocasiones de inspirar desconfianza á Doña Mercedes, sino que cuidaba escrupulosamente de dejarla lo menos posible sola con un novio tan gallardo, y que frecuentaba mucho aquella casa.

En cuanto á los sentimientos de Mercedes, solo de ella eran conocidos. Era hermosa, de una ilustre familia y heredera de una inmensa fortuna; y como las debilidades humanas eran tan comunes bajo la imponente gravedad del siglo XV como lo son en nuestros dias, no pudo menos de oír hablar de los supuestos defectos de don Luis á personas que envidiaban su buena presencia y las frecuentes ocasiones que tenía de verla. Pocas jóvenes en idénticas circunstancias hubieran tenido valor suficiente para demostrar una marcada preferencia, á no hallarse dispuestas á confesar con la frente erguida su elección y á adoptar un partido contra la voluntad del mundo entero; mas el profundo y tranquilo entusiasmo que dominaba en el corazón de la linda castellana lo templaba la prudencia, evitándola caer en el mas leve de los excesos á que aquel puede conducir. Las fórmulas de la etiqueta de que generalmente se ven rodeadas las jóvenes de la mas elevada clase, venían como en apoyo

de aquella natural prudencia; y el mismo don Luis, aunque hacia largo tiempo que con el celo y el instinto de un amante trataba de soprender las emociones que pudiera quizá revelar el rostro de aquella á quien tantas veces habia descubierto su pasión, dudaba aun si habria logrado de algun modo conmovier su corazón.

Mas he aqui que por un conjunto de inesperadas circunstancias, que suelen decidir á veces de la suerte de los hombres, ya sea en amor, ya en asuntos mas materiales, aquella duda iba á cesar muy en breve.

El triunfo de las armas cristianas, la nueva situacion que se creaba, y el efecto causado por la escena que acababa de presenciarse, todo habia contribuido á preparar el ánimo de doña Mercedes para desvanecer las tinieblas que los ocultaban bajo el velo de la reserva. Durante aquella noche, su sonrisa apareció mas franca, su mirada mas viva, su rostro mas animado que el de cualquiera otra jóven cuya sonrisa fuese de continuo dulce, cuya mirada no careciese nunca de expresion, y cuya fisonomía correspondiese plenamente á los secretos movimientos de su alma.

Apenas hubo salido su tía de la estancia, dejándola sola con su sobrino por la primera vez desde el regreso de su último viaje, colocóse don Luis en un taburete, casi á los pies de Mercedes, la cual ocupaba un soberbio divan que veinte y cuatro horas antes perteneceria á alguna princesa de la familia de Abdallah.

—Aunque yo respeto y venero mucho á S. A., dijo el jóven con viveza, mi respeto y veneracion hácia ella acaban de recibir un aumento extraordinario. Quisiera el cielo que tuviera necesidad de mi tía, no una, sino trescientas veces, y que su presencia fuese tan indispensable á su soberana, que ningun negocio pudiese ser despachado sin su consejo, siempre que por consecuencia de las órdenes de Isabel se nos ofreciesen ocasiones como la presente para espresar todos mis sentimientos.

—No son generalmente, don Luis, los que se esplican con mayor fuego y energia los que sienten mas profundamente lo que dicen.

—Pero tampoco suelen ser los que mienten menos, doña Mercedes, Es imposible que vos podais dudar de mi amor, que se ha aumentado, se ha desarrollado con toda mi alma, en fin, que se ha identificado conmigo de tal modo, que no puedo hacer uso de cualquiera de las facultades sin encontrarme con vuestra imágen adorada. Os contemplo en cuantas bellezas se presentan á mi vista. Si escucho el gorjeo del pájaro, creo oír vuestra voz acompañada del laúd. Si siento en mi megilla el dulce viento del Sud perfumado por las flores, me parece un suspiro escapado de vuestro lindo seno.

—Vos habeis vivido largo tiempo, don Luis, en la veleidosa córte de Francia, y á mi modo de ver os habeis olvidado completamente de que el carácter castellano gusta mas de la verdad y de la franqueza que de esas miserables rapsodias.

Si don Luis hubiera tenido mas años, ó hubiera conocido mejor al bello sexo, hubiérase lisonjeado con aquella respuesta, porque sin duda hubiera descubierto en el tono con que se dijeron tales palabras un sentimiento algo mas dulce que el que de ellas se desprendia, al mismo tiempo que una tierna reconvenccion.

—Si llamais rapsodias á lo que acabo de decirnos, doña Mercedes, me haceis en ello una grande injusticia; podré, si quereis, no espresar mis ideas y mis pensamientos; pero mi boca jamás os dirá ni una sola palabra que no haya dictado el corazón. ¿No os ama acaso desde nuestra mas tierna infancia? ¿He dejado despues en nuestro juventud, de mostraros la preferencia que siempre os he dado sobre las demas en los juegos y diversiones de aquella inocente época?

—Si, verdadera época de inocencia, repuso Mercedes animada por un sin número de agradables recuerdos que contribuyeron mas en un solo instante á echar por tierra los diques de su reserva, que años enteros habian bastado para levantarlos. Entonces al menos erais sincero,



Luis, y yo tenía una completa confianza en vuestra amistad y en vuestro deseo de agradarme.

—¡Páguenos Dios, Mercedes, páguenos Dios tan deliciosas palabras! Por la primera vez, desde hace dos años, me habeis hablado como lo haciais otras veces, y me habeis llamado Luis sin añadir ese maldito don.

—Un noble castellano no debe jamás hablar con esa ligereza de las distinciones que le honran, y está obligado por su rango á velar porque los demas le respeten asimismo, respondió nuestra heroína bajando los ojos como si estuviese ya medio arrepentida de su familiaridad; habeis hecho bien en recordarme mi olvido tan pronto, don Luis de Bobadilla.

—Esta maldita lengua que no ha de saber nunca hablar lo que le conviene! ¿No habeis conocido acaso, amable Mercedes, en mis miradas, en mis acciones y en todos mis pasos pintado el deseo de agradaros, y de agradaros á vos sola? ¿Cuando en el último torneo, S. A. prestó su aprobacion al triunfo que yo obtuve, no me visteis buscar vuestros ojos para ver si me habiais comprendido? ¿Habeis nunca demostrado el mas insignificante capricho, sin que yo haya expresado al instante mis vivos deseos de verle cumplido?

—Pues bien, Luis, ya que se me presenta ocasion, os diré que ya os manifesté mi deseo de veros renunciar á vuestro último viage al Norte, y no por eso dejasteis de emprenderlo. Yo conocia que aquello desagradaba á doña Beatriz, que temia que con vuestra aficion á correr mundo, no llegaseis á hacer de ello una costumbre con peligro de perder en el ánimo de la reina.

—¿Y fué por esto por lo que me dirigisteis aquella pregunta, que no pudo menos de herir mi orgullo, al pensar que Mercedes de Valverde conocia tan poco mi carácter, que pudiese creer que un noble castellano de mi nombre y mi linage, pudiese olvidar sus deberes hasta el punto de rebajarse á ir en compañía de los pilotos y aventureros?

—¿No sabiais, pues, que esa era mi opinion?

—Si vos me hubierais rogado, Mercedes, que me quedase por vuestro amor, si me hubierais impuesto los mas duros deberes que cumplir, ya como á vuestro caballero ó ya como á un hombre cualquiera que goza de una pequeña parte de vuestros favores, hubiera renunciado á la vida antes que abandonar á Castilla; pero lejos de eso, no he podido conseguir siquiera una mirada bondadosa en recompensa de la gran pena que me habeis causado.

—¿Pena, Luis?

—¿Pues qué, acaso no es una pena el amar hasta el punto de querer besar la tierra que ha pisado un objeto querido, sin merecer la menor sonrisa de su boca, la mas insignificante mirada de sus hermosos ojos, ni una señal, ni una prenda siquiera que sirva de garantia de que esa muger piensa en quien así la adora, de otro modo que pudiera hacerlo con un miserable vagabundo ó un perdido aventurero?

—Luis de Bobadilla, quien conozca á fondo vuestro carácter jamás podrá pensar en vos de esa manera.

—Un millon de gracias por esas escasas palabras, Mercedes querida, y diez millones por la dulce sonrisa que las ha acompañado.—Podeis hacer de mí cuanto querais...

—¿Cuánto yo quiera, Luis?

—Sí, hasta fundirme en el molde de vuestras severas opiniones de circunspeccion y dignidad, siempre que os tomeis tal interés hácia mí que me diese á conocer, si mis acciones pueden tal vez seros indiferentes.

—¿Y cómo podria ser así? ¿Mirarais acaso vos, Luis, con indiferencia la conducta de cualquiera con quien hubierais vivido desde la infancia y á quien apreciáseis como amigo?

—¡Apreció! ¿Os atreveis, Mercedes, á demostrarme tan tibio é insignificante sentimiento?

—Apreciar, Luis, no es tan tibio sentimiento; es mas de lo que pensais. Los que en algo tienen la virtud no

dispensan jamás su estimacion ó aprecio á los que de él se hacen indignos, y á vos no es posible, conociendo vuestro bello carácter, trataros sin estimaros. En cuanto á lo que á mí hace, jamás he ocultado ni á vos ni á nadie lo mucho que os he estimado.

—¿Y acaso habeis ocultado algo? ¡Ah! Mercedes, ¿por qué os deteneis á lo mejor? Confesad, tíbiamente si quereis, que algun sentimiento mas tierno se ha mezclado siempre á vuestro aprecio.

Ruborizóse Mercedes, mas no consintió en confesar lo que se le exigia. Trascurridos algunos instantes antes de que volviese á tomar la palabra, cuando quiso hacerlo fué titubeando, interrumpiéndose á sí misma como para reflexionar si la discrecion y la prudencia se opondrian á lo que iba á decir:

—Habeis viajado mucho, Luis, y por muy remotos países; ya sabeis que semejante aficion os ha hecho perder mucho en el camino de ciertas personas; ¿por qué razon no habiais, pues, de volver á conquistar la confianza de vuestra tia por los mismos medios con que la habeis perdido?

—No os comprendo, y me parece por cierto un singular consejo para vos, que sois la misma prudencia.

—Los personas prudentes y discretas piensan en lo que hacen y en lo que dicen, y merecen por ello mucha mayor confianza. A vos os han chocado sobremanera las atrevidas ideas del señor Colon, y aunque hayais hecho de ellas un objeto de risa, observo, sin embargo, que son de mucho peso para vos.

—En lo sucesivo, Mercedes, os miraré con un respeto diez veces mayor que antes, puesto que habeis sabido penetrar mas allá de mi necia afectacion de desprecio y de la ligereza de mis palabras, descubriendo el verdadero sentimiento que ocultaban. Desde el momento en que oí hablar de aquel gigantesco proyecto, no se ha apartado un instante de mi imaginacion, y la imagen del genovés ha ocupado constantemente á vuestro lado un lugar en mi pensamiento, ya que no en mi corazon. Chasco me llevaria ciertamente, si en sus ideas no hay algo de verdad, pues tan grande y tan noble pensamiento no es posible que deje de estar bien fundado.

Los dulces ojos de Mercedes estaban fijos con la mayor atencion en la fisonomia de Luis, é iban adquiriendo nuevo brillo á medida que una gran parte de aquel secreto entusiasmo que existia en su corazon se inflamaba y dejaba conocer.

—¡Allí está la verdad! ¡Allí debe precisamente hallarse! exclamó con la fé mas acendrada. Los sublimes pensamientos del genovés han sido inspirados por el cielo, y éste le concederá larga vida para hacer lucir la verdad tarde ó temprano. ¡Figuraros por un instante cuando veamos á un bagel dar la vuelta al mundo entero, cuando tengamos mas rápidas y seguras relaciones establecidas entre el pais de los infieles y el nuestro, y por último, cuando consideremos á la Santa Cruz estendiendo su sombra bajo el ardiente sol del Cathay! He aquí, Luis, celestes y gloriosas previsiones. ¿Y cuál no será el eterno renombre del que preste su ayuda á tan gran descumiento?

—¡En el nombre del cielo! Mañana veré al genovés en cuanto luzca el dia para que me permita tomar parte en su arriesgada empresa. Si es ó no lo que ha menester le prometo que no ha de faltarle por quien soy.

—Hablais como generoso, magnánimo é intrépido castellano, exclamó doña Mercedes con el mayor entusiasmo olvidándose de su reserva y prudencia acostumbradas; como es justo que se espese Luis de Bobadilla. Mas ambos carecemos por el pronto del oro necesario para la ejecucion de aquel proyecto, y duda mucho que hallemos quien nos provea; ademas, que solo un soberano deberia acometer tamaña empresa, cuyos resultados pueden ser la adquisicion de vastos territorios. El duque de Medinaceli, mi poderoso pariente, ha pensado con seriedad en este asunto, y juzga de él favorablemente, como demuestran sus cartas á la reina; pero al mis-

me tiempo considera una tan colosal empresa, propia solo de una testa coronada, y he aquí por qué ha empleado toda su influencia con nuestra señora para procurar que secundase la idea del sagaz genovés; así que es inútil pensar en dar impulso á tan noble proyecto, á no ser contando con SS. AA.

—Bien sabeis, Mercedes, que nada valgo en la corte para influir por Colon: el rey es enemigo de todo lo que no sea circunspecto, frio y artificioso como él...

—Luis, acordaos que estais en su mismo palacio, bajo su mismo techo, y que gozais en este instante de su proteccion y hospitalidad.

—Nada de eso, repuso vivamente el jóven. Este palacio pertenece á mi señora la reina doña Isabel: Granada ha sido conquistada por Castilla y no por Aragon. En cuanto á la reina, Mercedes, jamás me oireis hablar sino con el respeto mas profundo, porque, como vos, reúne cuanto hay de bueno, de dulce y de virtuoso en una dama; pero el rey cuenta un sin número de defectos propios de los hombres avaros y corrompidos. No podreis citarme, ni aun entre los aragoneses, un jóven caballero decidido y generoso que ame de corazon á don Fernando, mientras que Castilla toda adora á doña Isabel.

—Esto, en parte, podrá ser cierto, Luis; pero siempre es imprudente el decirlo de ese modo. Segun lo que he podido observar durante el corto tiempo que hace que vivo en la corte, pareceme que los que manejan los negocios deben cerrar los ojos respecto á infinitos defectos de los hombres, sin lo cual la depravacion humana desbarataria las mas sabias disposiciones que pudieran adoptarse. Por otra parte, ¿acaso es posible amar de todas veras á la esposa y no respetar á su marido? Por lo que á mi hace, diré que considero el nudo que los une tan estrechamente ligado, que solo forma un cuerpo de sus virtudes y cualidades.

—Mas no puedo creer que trateis de comparar de ningun modo la modesta piedad, la verdad santa y la sincera virtud de nuestra reina, con la astuta y artera politica de Fernando.

—No quiero hacer entre ellos comparaciones, Luis. Nuestro deber es honrar tanto al uno como al otro y obedecerlos igualmente. Si es cierto que doña Isabel posee la completa franqueza y la pureza de corazon, tan propia en su sexo; en mas alto grado que su esposo, ¿no lo estamos viendo así todos los dias entre el hombre y la muger?

—Si pudiese creer positivamente que erais capaz de compararme al rey de Aragon, tan intrigante y tan falso como es, Mercedes, la vergüenza me haria huir de aquí para siempre; á pesar de cuanto os amo.

—Nadie os podrá comparar jamás, Luis, á un hombre falaz y disimulado, porque vuestro caracter consiste en decir la verdad cuando seria mas conveniente no decir-la, como acabais de hacerlo en este instante, y en que mirais á todo el que os disgusta como si fuérais á embestirle lanza en ristre y metiendo la espuela á vuestro corcel.

—Desgraciadas han sido mis miradas, bella Mercedes: no os han podido dejar semejantes recuerdos, respondió el jóven con aire de reconvenion.

—No hablo por mí, Luis, puesto que yo nunca he hallado en vos mas que agrado y bondad, dijo la jóven castellana con tal celo que se colorearon sus megillas; yo he hablado de esa manera para que guardáseis mas reserva en vuestras observaciones acerca del rey.

—Habeis principiado vos por decir que yo era un vagabundo, un...

—Yo no he pronunciado semejante palabra; don Luis; vuestra tia quizá lo habrá dicho, pero seguramente mi intencion no ha sido agraviaros. Yo únicamente he dicho que habeis viajado mucho, y que habeis estado en remotos paises.

—Bueno, bueno; merezco el titulo que me ha dado mia tia, y no me quejaré mas del honor que se me dispensa. Pero vos habeis dicho que he corrido mucho y en apar-

tados paises, y habeis como aprobado el proyecto del genovés; debo, pues, deducir de esto, Mercedes, que vuestro deseo es que yo corra esta aventura.

—Si, esto es lo que he querido decir, Luis, porque en mi opinion es una tentativa que conviene á vuestro genio emprendedor y á vuestro esforzado brazo; y la gloria del triunfo hará que puedan olvidarse completamente mil pequeñas faltas propias del ardor y de la irreflexion de la juventud.

Don Luis miró en silencio, pero con la mas viva atencion por espacio de un minuto, las animadas megillas y los espresivos ojos de la bella entusiasta, pues una duda, inspirada por los celos, vino á herir su imaginacion, y con la desconfianza de sí mismo, propia de un afecto verdadero, preguntóse hasta qué punto era digno de interesar á un ser tan amable, y si habria algun motivo secreto que la hiciese ansiar su partida.

—Quisiera poder leer en vuestro corazon, doña Mercedes, exclamó, pues aunque la encantadora modestia y la tímida reserva de vuestro sexo no hacen mas que remarcar mas y mas las cadenas que me sujetan á vos, embotan tambien los sentidos de los hombres, mas acostumbrados á chocar con su adversario en el campo, que al laberinto de astucias de una dama. ¿Vos deseais que yo emprenda una aventura que la mayor parte de los hombres, y entre ellos el sabio y prudente don Fernando, á quien tanto estimais, miran como el proyecto de un visionario, que solo puede contribuir á la pérdida de los que en él tomen parte? Si yo lo creyese así, partiria mañana mismo aunque no fuera mas que porque mi odiosa presencia no viniera á turbar vuestra dicha.

—Don Luis, no podeis justificarnos de haber concebido tan cruel sospecha, repuso Mercedes como para castigar la desconfianza de su amante con una especie de resentimiento, á pesar de que sus lágrimas corrian por sus megillas á despecho de su orgullo. Debeis saber que vuestra presencia no puede ser odiosa, ni aquí ni en parte alguna; por el contrario, bien sabeis que generalmente se os ama, á pesar de que la prudencia y la reserva de los castellanos puede tal vez no dar la misma aprobacion á vuestra vida errante, que á los desvelos de un cortesano y á los deberes de un caballero.

—Perdonadme, querida, queridísima Mercedes, pues vuestras señales de frialdad ó de odio me hacen á veces perder la razon.

—¡Frialdad! ¡Odio! ¿Luis de Bobadilla, acaso Mercedes de Valverde os ha dado nunca muestras de ninguna de ambas cosas?

—Temo que doña Mercedes de Valverde se ocupe en esta misma ocasion en suministrarme una prueba.

—Conoceis bien poco las razones que la asisten, y apreciáis bien poco su corazon. No, Luis, yo no tengo aversion hacia vos, y tampoco quiero trataros con frialdad. Supuesto que tan estrañas ideas os dominan acerca de ese particular, yo trataré de esplicarme mas claramente. Si, antes de veros insistir en tan errónea idea, y quizá de precipitaros en alguna insensata aventura marítima, yo me sobrepondré á mi orgullo, y olvidaré la reserva y la prudencia que convienen á mi sexo y á mi clase, para dejar tranquilo vuestro espíritu. Al aconsejaros que os asociéis á Colon, y que coadyuváseis de lleno á sus nobles proyectos, únicamente me proponia vuestra felicidad, porque vos me habeis jurado mil veces que nuestra dicha no se veria asegurada sino...

—Mercedes, ¿qué es lo que vais á decir?—Mi dicha no puede verse asegurada sino uniéndome con vos.

—Y vos no podeis conseguir uniros á mí sino ennobleciedo esa vuestra aficion á correr mundo por medio de alguna empresa digna de renombre, que autorice á doña Beatriz para entregar la mano de su pupila á su *vagabundo* sobrino al mismo tiempo que por dicho espediente recobráreis el favor de doña Isabel.

—¿Y vos? ¿Acaso esta empresa me hará conseguir el vuestro?

—Puesto que es preciso decirlo, ya lo habeis conse-



guido, don Luis. Calmad vuestros ímpetus, y escuchad lo que voy á deciros.

Aunque ya ois que os confieso mas quizá de lo que debiera una doncella, no vayáis á suponer por eso que yo sea nunca capaz de olvidarme de mi misma. Sin el consentimiento de mi tutora, y sin la aprobacion de la reina, jamás me casaré: jamás, ni aun con vos, Luis de Bobadilla, aunque os confieso el afecto que os profesa mi corazón.—Una emocion que no le fué dado dominar hizo correr sus lágrimas, y su voz se ahogó por breves instantes.—Yo no me casaré nunca sin contar con los plácemes y felicitaciones de todos aquellos que tienen un derecho á sentir ó á alegrarse por un individuo de la familia de Valverde. Vos y yo no podemos unirnos como un pastor y una lechera; nosotros necesitamos verificarlo ante un prelado y en medio de un círculo de parientes y de amigos que presten su aprobacion á nuestro enlace. ¡Ah! Luis, vos me habeis echado en cara mi tibieza y mi indiferencia.—Sus lágrimas volvieron á correr de nuevo.—Pero no todos habrán sido tan ciegos como vos. ¡No me preguntéis mas! En este momento en que mi corazón no puede contener dentro de sí sus sentimientos, dejad que se desahogue en vuestra presencia sin obstáculo alguno, pues yo temo que la vergüenza y el pesar lleguen demasiado pronto para hacerme arrepentir de la confesion que hoy os hago. ¡No, todos no han estado tan ciegos como vos! Nuestra amada soberana no conoce muy bien á fondo el corazón de una muger, y lo que á vos os ha costado tanto trabajo descubrir ella lo conoció ya hace largo tiempo; la penetracion de sus ojos y de su espíritu: he ahí el único motivo que me ha impedido deciros mas pronto al menos parte de lo que acabo de confesaros casi á pesar mio.

—¡Qué! ¿Doña Isabel es acaso tambien mi enemiga? ¿Tengo que superar tambien los escrúpulos de S. A. asi como los de una tia insensible y gazmoña?

—Que vuestra impetuosidad no os haga injusto, Luis. Doña Beatriz de Moya no es insensible ni gazmoña: es todo lo contrario. Jamás un alma mas grande y candorosa se ha sacrificado á la amistad, y su carácter es todo franqueza y generosidad. Una gran parte de mi cariño hácia vos tiene su origen en su familia, y no debierais vos hacerle una reconvenccion semejante. En cuanto á S. A., seria inútil hacer la apologia de sus virtudes. Sabéis muy bien que está considerada como la madre de sus pueblos; que vela sin distincion por los intereses de sus súbditos en todo aquello que llega á su noticia; y todo lo que ella hace por cualquiera procede siempre de un afecto tan verdadero y de una prudencia tan sublime, que he oido decir al cardenal que parece inspirada por una sabiduria infinita.

—Si, si, Mercedes; pero es muy fácil parecer prudente, bondadosa ó inspirada cuando se tiene por trono á Castilla, sus gradas á Leon y demás ricas provincias.

—Don Luis, repuso doña Mercedes con una gravedad que en nada participaba de su sexo, aunque si de la franqueza, no habléis de doña Isabel con semejante ligereza, si quereis conservar mi estimacion. Si es cierto que ella ha intervenido en este asunto, lo ha hecho sin duda con los sentimientos y la bondad de una madre; y vuestra injusticia aun me hace temer no lo haya hecho tambien con todo el instinto maternal.

—Perdonadme, querida Mercedes, perdonadme, ¡oh! vos, mil veces mas cara y adorada que nunca, ahora que acabais de mostrarme tan generosa confianza. Pero yo no estoy tranquilo ni puedo estarlo hasta que no sepa cuanto la reina ha hecho y dicho acerca de cuanto nos concierne á vos y á mi.

—Ya sabéis cuán buena y bondadosa ha sido siempre para mí, don Luis, y cuánto reconocimiento la debo por los favores que de ella he recibido. Yo no sé decir en qué consista, pero mientras vuestra tia no ha parecido descubrir jamás mis sentimientos, y que todos mis parientes han participado de la misma ceguera el ojo penetrante de la reina llegó á descubrir aquel misterio que

dudo que yo misma conociera todavia en aquella época. ¿Os acordais del torneo celebrado casi en los momentos en que os disponias para vuestra última y descabellada escursion?

—¡Si me acuerdo! ¿No fué por ventura aquella tibieza que me mostrasteis despues del triunfo que conseguí en aquel torneo, en que lucí vuestros colores, lo que me impulsó á salir de España, quizá quizá del mundo?

—Si el mundo llegase á conocer que nuestra conducta procedia de una causa semejante, todos los obstáculos habrian desaparecido en el instante. Pero, añadió Mercedes con maligna sonrisa, aunque su voz y sus miradas respiraban la mayor ternura, yo temo que seais propenso á tales accesos de locura, y que no solo no ceseis en vuestros deseos de ir hasta los extremos limites del mundo, sino que os empeñeis en salir de él de repente.

—En vos consiste el hacerme permanecer mas fijo que las torres de esta Alhambra. Una diaria sonrisa parecida á esa me encadenaria completamente á vuestros pies semejante á un moro cautivo, y apartaria de mi todo deseo de ver otra cosa que vuestra hermosura. Pero volvamos á la reina. Ha un momento habeis llegado á decir todo lo que S. A. ha dicho y hecho.

—Vos fuisteis el vencedor en aquel torneo, Luis. En aquella gloriosa jornada, de todos los caballeros castellanos que se presentaron á caballo ninguno pudo resistiros. Vuestra lanza logró arrojar de la silla al mismo Alonso de Ojeda. Todo el mundo se deshacia en alabanzas vuestras; todos, y quizá seria mas exacto el añadir á escepcion de una sola persona, olvidaban vuestras locuras.

—¿Y esa persona seriais vos, cruel Mercedes?

—¿No lo quereis creer, Luis? En aquel dia solo me acordaba de vuestro noble y generoso corazón, de vuestra varonil presencia en la arena, y de todas vuestras distinguidas cualidades. La memoria mas notable fué la de la reina: cuando la fiesta-hubo concluido me hizo entrar en su gabinete, y por espacio de una hora me estuvo hablando de cosas diferentes con el aire mas dulce y afectuoso, antes de venir á parar al verdadero objeto con que me habia llevado consigo. Me habló de nuestros deberes como cristianas, y como mugeres, y principalmente de las solemnes obligaciones que nos impone el matrimonio, y de las penas que son inevitables aun en los enlaces mas dichosos. Despues que logró conmoverme hasta hacerme derramar lágrimas, dándome muestra de su afecto, que igualaba al de una madre, me hizo prometerla, y yo confirmé aquella promesa con un respetuoso voto, que jamás me presentaria ante el ara mientras viviera sin que su presencia anunciase la aprobacion que ella prestase á mi matrimonio, ó si se viese imposibilitada de asistir por causa de enfermedad ó porque algun deber se lo impidiese, sin su consentimiento por escrito y autorizado por el sello de las reales armas.

—¡Por San Dionisio! ¡S. A. se ha propuesto ejercer su influencia contra mí y sobre vuestra alma pura y candorosa!

—Sin embargo, Luis, vuestro nombre no sonó para nada, y aquella arenga no hubiera tenido nada que ver con vuestra persona si mi pensamiento por sí solo no se hubiera fijado en vos. Ignoramos todavia cuál seria el objeto de S. A., mas fué tal la manera con que mi conmovido corazón me representó vuestra imágen, que pensé por un instante, tal vez sin fundamento, que el bien de lo que acababa de suceder podia ser el impedirme que llegase á casarme con vos sin el consentimiento de doña Isabel. Pero conociendo, como yo conozco, su maternal y bondadoso corazón, ¿cómo podré dudar que deje de acceder á mis deseos cuando sepa que la eleccion que he hecho nó es indigna de mí, aunque quizá pueda parecer hasta cierto punto indiscreta á algunas personas dotadas de una severa prudencia?

—Mas, ¿creéis vos, Mercedes, podeis presumirlo siquiera, que por temor á mí os arrancase S. A. semejante juramento?

—Lo he tenido, como ya lo he confesado quizá con mayor franqueza que convenia á mi situacion, porque en aquel momento estabais presente vos en mi imaginacion sobre todas las cosas: porque el triunfo que alcanzásteis en aquella jornada, y lo mucho que todo el mundo repetia vuestro nombre, podia acaso haber hecho fijar la atencion en vos.

—Ello es, Mercedes, que no os atreveis á negar que la reina os haya arrancado aquel juramento temiéndome á mi.

—Yo no puedo negar nada que sea cierto, don Luis, y vos hareis que tenga bien pronto que arrepentirme de la indiscreta revelacion que acabo de haceros. Lo que yo no podré menos de sostener es que sea por *temor de vos* por lo que S. A. se espresase conmigo de aquel modo, porque no puedo convencirme de que abrigue semejante idea *respecto á vos*. Ella ha manifestado *por mi* el cariño de una madre, y yo pienso, pues no os ocultaré ninguno de mis pensamientos, que, impuesta en vuestros medios de agrandar, Luis, haya temido que una huérfana como yo se dejase tal vez llevar mas bien de un capricho que de la prudencia, y eligiese un hombre que, segun las apariencias, preferia los mas remotos confines de la tierra á sus propios dominios, y á fijar su residencia donde le conviene.

—¿Y vos pensareis, sin duda, respetar aquel compromiso?

—Luis, ¡qué poco reflexionais vuestras palabras, pues á no ser así no me hariais semejantes preguntas! ¿Qué jóven cristiana falta jamás á sus votos, ya sean de peregrinacion, de penitencia, ó de cualquiera otra cosa? ¿Habia yo de ser la primera que cometiera tan vergonzoso crimen? Ademas de que, aunque no mediase una promesa, solo el simple desecho de la reina, manifestado por ella misma, seria suficiente para impedir que yo me casara, con cualquiera que fuese, porque ella es mi soberana, mi señora, y hasta puedo decir mi madre; la misma doña Beatrix no se desvela con tanto estremo por mi felicidad. Es preciso, Luis, que me escuchéis, aunque os veo dispuesto á sorprenderos y á protestar.

Yo os he escuchado con la mayor calma por espacio de muchos años: ahora me toca á mí hablar y á vos escuchar. Creo que la reina efectivamente pensaba en vos cuando se trató de ese voto, que *yo ofreci* voluntariamente, y que S. A. no me ha *arrancado*, como parece que creéis; *creo*, repito, que doña Isabel supuso que quizá era de temer que yo cediese á vuestras instancias, y dudaba por lo visto que un hombre tan aficionado á ver mundo pudiese hacer ni sostener la felicidad de su familia. Pero, Luis, si S. A. no ha hecho justicia á la nobleza y generosidad de vuestro corazon; si ha sido engañada por las apariencias, como están la mayor parte de los que la rodean, si ella, en fin, no os ha conocido, ¿eso es acaso por culpa suya? ¿No habeis estado casi siempre ausente de este pais? ¿Y cuando por casualidad no lo estabais, se os veia nunca en la córte tan á menu do como lo exigian vuestra clase y vuestra cuna? Es verdad que la reina ha presenciado, así como toda la córte, los triunfos que obtuvisteis en el último torneo, y que en la guerra que acaba de terminarse os habeis señalado por vuestros hechos de armas contra los moros; mas si la imaginacion de una muger dispensa con facilidad su admiracion á la intrepidez y al valor, su corazon necesita mas tranquilas virtudes y mas estables inclinaciones en el círculo doméstico. Doña Isabel no ignora nada de esto: lo reconoce, lo siente así, por mas feliz que haya sido en su enlace con el rey de Aragon. ¿Es, pues, de admirar que ella hubiese concebido semejante temor por mí? No, Luis, vuestra sensibilidad os ha hecho ser injusto con S. A., y está evidentemente en vuestro interés el tenerla propicia, si, como decís, deseais con sinceridad obtener mi mano.

—¿Y qué es preciso hacer para eso, Mercedes? Los moros están vencidos, y no sé si habrá algun caballero que quiera salir á disputarme vuestro afecto con las armas en la mano.

—Ni la reina ni yo queremos semejante cosa. Ambas os conocemos ya como cumplido caballero cristiano, y ademas, como habeis dicho muy bien, no habrá caballero que se arriesgue á enristrar su lanza contra vos, pues ninguno se hallará con ánimo suficiente para arrostrar semejante locura. Solo, pues, debéis impetrar el consentimiento de la reina por la mediacion del señor Colon.

—Creo casi comprender lo que quereis decirme; pero desearia oiros hablar con mas claridad.

—Pues bien, me esplicaré en términos tan claros como mi lengua sepa hablarlos. repuso la jóven castellana, á quien el fuego de un santo entusiasmo comunicaba cierta media tinta mas pronunciada que el rubor, que la ternura hizo aparecer en sus megillas. Ya sabeis sobre poco mas ó menos cuales sean las opiniones del señor Colon, y por qué medios se propone llegar á conseguir su objeto. Aun era yo muy niña cuando él apareció en la córte de Castilla solicitando se le pudiese en estado de dar principio á su colosal empresa, y he visto que doña Isabel ha estado muchas veces decidida á prestarle su apoyo: mas la tibieza de don Fernando y las limitadas y escasas miras de sus ministros la han retraido siempre de su propósito.

—Por lo tanto, yo soy de opinion que aun mira favorablemente aquel proyecto, porque Colon, que hace poco habiase despedido de toda la córte con intencion de abandonar la España y marchar á otra parte con sus solicitudes, ha sido retenido por la influencia del padre Juan Perez, antiguo confesor de la reina; él se halla aqui en estos momentos; vos mismo le habeis visto, y aguarda con impaciencia una audiencia; pues bien, se hace indispensable despertar los recuerdos de la reina para que se preste á concederle su favor. Si le conceden las carabelas que él pide, no cabe duda alguna de que gran número de caballeros castellanos desea tomar parte en una empresa que debe cubrir de inmarcesible gloria á todos los que en ella tomen parte, si su objeto se lograra: en este caso vos podreis ser uno de tantos.

—No sé á la verdad, Mercedes, qué pensar de vuestras palabras; pues no puede dejar de parecerme bien extraño el inducir á una persona á quien al parecer se estima, á emprender una expedicion arriesgada, y de la cual es muy posible que no vuelva jamás.

—¡Dios mismo os protegerá! exclamó Mercedes cubierto el rostro de un piadoso fervor; la empresa se emprenderá por su gloria; su mano todopoderosa guiará las carabelas y las pondrá á cubierto de todo peligro.

Sonrióse don Luis de Bobadilla porque tenia menos fé religiosa que la bella castellana, y conocia mejor los obstáculos físicos que pudieran oponerse á aquella tentativa; él hacia entera justicia á sus razones, á pesar de las dudas que al pronto habia experimentado, y la aventura por sí no podia ser mas adecuada á su aficion á correr mundo y á su deseo de hallar peligros que vencer. Sabia él ademas, tan bien como Mercedes, que habia merecido bien aquella falta de confianza en la estabilidad de su carácter, que era el único obstáculo que se oponia á su union. Dotado de una especie de viveza, al momento se impuso en los medios de que debia valerse para obtener el consentimiento de Isabel. Quedábanle aun, sin embargo, algunas dudas, que espuso en la siguiente pregunta:

—¿Si la reina se halla dispuesta á favorecer los proyectos de Colon, por qué no haberlo hecho antes?

—La guerra con los moros, sus arcas vacias y la helada presencia del rey se lo han impedido.

—¿Pero doña Isabel no mirará á los que acompañen al genovés como otros tantos locos ó visionarios, si volvemos como nos vamos, lo que será mas que probable, y esto en el caso de que lleguemos á volver?

—No es ese el carácter de doña Isabel. Si ella entra en semejante empresa, lo hará por el honor de Dios, y considerará á todos los que voluntariamente sigan á Colon como otros tantos cruzados que tendrán un derecho



á su aprecio. Vos no volveréis sino triunfante, Luis; os volveremos á ver cubierto de inmarcesible gloria, y vuestra esposa aparecerá llena de orgullo por su elección, y feliz por poseer vuestro nombre.

—¡Entusiasta mía, exclamó don Luis, si fuera posible que os viniérais conmigo, yo me embarcaba para esta expedición sin mas compañeros.

Mercedes respondió, como era justo, á semejante galantería, bien sincera en aquel momento, y en seguida pusieron á discutir con mayor calma y reflexión este negocio. Consiguió por fin don Luis reprimir su impaciencia, y la generosa confianza con que la jóven castellana supo hacerle ver poco á poco el interés que la inspiraba, unido al inefable y santo fervor con que ella le pintaba la probabilidad del éxito, contribuyó á que él mirase al cabo aquel proyecto mas bien como uno de los mas elevados objetos que la ambición se propusiera, que como un medio de saciar su ánsia de correr en busca de aventuras.

Los amantes permanecieron juntos por espacio de



Pepita la dueña.

dos horas, que fué el tiempo que la reina detuvo á doña Beatriz. A poco de haber vuelto, su sobrino, á quien ella llamaba ligero y vagabundo; pero cuyo noble y generoso corazón no por eso dejaba de conocer, se despidió de las dos damas, que aun permanecieron juntas hasta media noche. Mercedes abrió su corazón á la marquesa, y le esplicó las esperanzas que fundaba en la empresa de Colon.

Tal confianza no pudo menos de causar placer y pena al mismo tiempo en el ánimo de doña Beatriz, que no pudo menos de sonreír de la astucia con que el amor habia sabido asociar los elevados proyectos de Colon al logro de todos sus deseos. En suma, no quedó tampoco descontenta de lo que habia pasado. Luis de Bobadilla era hijo único de un hermano á quien ella habia amado en extremo, y el cariño que Beatriz tuvo al padre habia venido á recaer todo en el hijo. Y efectivamente, cuantos le conocían no podían menos de apreciar á aquel jóven y valiente caballero, aunque algunos mas pruden-

tes se creyesen obligados á afear sus imprudencias, y es seguro que hubiera podido escoger una esposa entre las mas nobles y lindas castellanas, salvo aquel pequeño número de escepciones que hubiera sido el resultado de principios de circunspeccion y reserva mas estrictos que de ordinario, y que hubieran dado á entender una precisión que iria mas allá de las consideraciones de costumbre en materia de matrimonio. La marquesa de Moya escuchó, pues, con interés á su pupila; y antes de que se despidiesen por aquella noche, las modestas é ingenuas confianzas, la viva elocuencia y la inocente ternura de Mercedes habian casi hecho de doña Beatriz una nueva prosélita.

## CAPITULO VI.

Muchos dias trascurrieron todavia antes que los cristianos se estableciesen completamente en el antiguo asiento del poder de los musulmanes. Por fin, el órden llegó á introducirse en la Alhambra y en la ciudad, pasado ya el tumulto de la toma de posesion, de la alegría de los vencedores y de la humillacion de los vencidos. El político Fernando, que sin embargo no era cruel, habia dado las órdenes mas estrechas para que los moros fuesen tratados con bondad y con los mayores miramientos, y de este modo la tranquilidad se fué restableciendo paulatinamente en la ciudad, y todos principiaron á seguir sus antiguas costumbres y á ocuparse en sus trabajos ordinarios.

Don Fernando se hallaba, como era natural, sumamente ocupado con los nuevos cuidados; mas su ilustre esposa, que se guardaba para las grandes ocasiones, ejercia sus facultades de aquella manera dulce y tranquila tan propia de su sexo, de su carácter y de su piedad. En cuanto se lo permitian su elevada clase y su autoridad, habiase retirado de las escenas espléndidas y marciales de aquella córte tan guerrejra, y se entregaba, con el mismo placer que siempre, al trato de la amistad íntima, que tiene un tan natural encanto para las tiernas afecciones de una dama. Tenia consigo á aquellos de sus hijos que le habian quedado, los cuales formaban todo el objeto de sus cuidados maternales; pero tambien dedicaba algunas horas á la amistad y á aquel afecto que parecia comprender á todos sus súbditos en los mismos lazos de su familia.

En la mañana del tercer dia despues de la entrevista referida en el capítulo precedente, doña Isabel habia reunido alrededor de sí á varias de aquellas personas privilegiadas que se podia decir tenian entrada en su cámara en las horas de intimidad: pues, aunque la córte de Castilla se hubiese hecho célebre entre todas las demas de la cristiandad por la severidad de su etiqueta, lo que sin duda provenia de las costumbres orientales de los graves musulmanes sus vecinos, el afectuoso carácter de la reina habia rodeado á todo su círculo privado de una especie de aureola, que le hacia agradable y delicioso en extremo á todo el que disfrutaba el honor de ser recibido en él. En aquella época los eclesiásticos gozaban de cierto favor materialmente esclusivo: mezclábanse en todos los asuntos de la vida y aun los dirigian muchas veces. Los habitantes de los Estados Unidos están muy dispuestos á señalar defectos de esta especie en las naciones extranjeras, y á declamar sobre todo acerca de los males que ha originado la intervencion de los sacerdotes católicos en los negocios interiores de las familias; mas con esto solo vienen á probar la verdad de aquel antiguo adagio que nos enseña que es mucho mas fácil notar las ajenas faltas que las propias, porque ningun otro pueblo suministra pruebas mas evidentes de este género de intervencion que aquel, sobre todo en las comarcas en que se establecieron los primeros reformistas y continúan bajo la influencia de la secta particular que dominaba allí en su origen; y quizá el rasgo mas marcado del espíritu nacional que en aquel pais existe en el dia (el haberse hecho estensivo el poder de

la sociedad mas allá de los límites fijados por las instituciones y por las leyes bajo el especioso nombre de opinión pública), trae su origen de la constitución política de las iglesias democráticas que han inspirado á ser *imperium in imperio*, y que ha sido confirmado y ratificado por su administración y por los usos provinciales. Sea lo que fuere, no puede negarse el ascendiente que el clero católico ejercía en toda la cristiandad antes de la reforma, é Isabel era demasiado sinceramente devota, y demasiado piadosa sin afectación, para no conceder á sus individuos todas las prerogativas que se hallasen al nivel de sus ideas de justicia, y principalmente la libertad de acercarse á ella, así como tambien una especie de influencia en cuantas medidas acordaba.

En la ocasión de que estamos hablando, hallábase en el cuarto de la reina, entre otros distinguidos personajes, Fernando de Talavera, recientemente nombrado arzobispo de Granada, y el padre Pedro de Carrascal, que era el preceptor de Luis de Bobadilla, sacerdote sin beneficio, que debía todo el favor de que gozaba á la sencillez de su carácter y á su elevado nacimiento. Isabel, sentada delante de una mesa, se ocupaba en coser, siendo el objeto de su trabajo una camisa para el rey, humilde deber que ella procuraba desempeñar con tanta escrupulosidad como si fuera la esposa de un mercader de la capital. Era aquella una de las costumbres del siglo, y acaso una parte de la política de los príncipes; pues muchos viajeros han visto la célebre silla de montar de la duquesa de Borgoña, en la que habia un sitio destinado para su ruca, con objeto de que cuando salía en público pudiera dar ejemplo del trabajo á sus admirados súbditos; y aun en el día mismo, en esta época de lujo, en que bien escaso número de damas se dignan siquiera poner mano en una obra tan útil como la de que se ocupaba Isabel de Castilla, hemos visto nosotros por nuestros propios ojos á una reina, rodeada de las princesas sus hijas, cosiendo con el mismo afán que si su existencia hubiera dependido de aquel trabajo (1). Mas doña Isabel en nada era afectada: en sus pensamientos, en sus palabras, en sus acciones era la misma verdad, y su ternura conyugal le hacia experimentar un doble placer al ocuparse así de un marido á quien amaba tiernamente como hombre, aunque fuese imposible que se le ocultasen sus defectos como monarca. A su lado estaba sentada la compañera de su juventud, su íntima y decidida amiga doña Beatriz de Cabrera; Mercedes ocupaba un taburete á los pies de la infanta Isabel: dos ó tres damas de honor de la reina se mantenían á alguna distancia, conservando aquellas leves distinciones de rango que anuncian la presencia de una persona real; pero reinando, sin embargo, una especie de libertad y franqueza que hacia aquel servicio mas agradable que cansado. El mismo rey escribía tambien sobre otra mesa, á uno de los extremos de aquella anchurosa estancia; pero nadie, ni aun el mismo arzobispo, abrigaba la presunción de aproximarse. Sosteníase la conversacion en una voz algo mas baja que de costumbre, y la reina misma, cuya voz era bien melodiosa, procuraba, sin embargo, modularla para no distraer á su ilustre esposo, que parecia profundamente ocupado. En el momento en que la presentamos á nuestros lectores, Isabel acababa de estar durante un rato sumida en sus reflexiones, y un silencio general reinaba en aquel círculo de damas sentadas ante sus pequeños costureros.

—Marquesa, hija mia, dijo por fin la reina, que llamaba así comunmente á doña Beatriz, ¿hace mucho que no veis al señor Colon, á ese piloto que tanto ha intentado respecto á ese viage al Oeste, ó habeis acaso oído hablar de él?

Una mirada de inteligencia y satisfaccion que cambiaron rápidamente entre si la marquesa y su pupila dió bien á conocer el interés que tenían en aquella pregun-

ta, respondiendo la primera como lo exigía su deber y el respeto que profesaba á su señora.

—Ya recordareis, señora, que le ha escrito el padre Juan Perez, antiguo confesor de V. A. que acaba de llegar de su convento de Santa Maria de Rábita en Andalucía, con objeto de interceder en su favor, á fin de que sus vastos y elevados designios no fuesen perdidos para Castilla.

—¿Creeis vos acaso que haya algo de grande en esos designios?

—¿Quién ha de juzgarlos de otro modo, señora? Parecen razonables y naturales, y en el caso de que Colon salga adelante con su intento, ¿no habrá sido por cierto una grande y célebre empresa la que haya dado por resultado estender los límites de la iglesia, y procurar al país gloria y riquezas? Mi pupila, esa jóven entusiasta, Mercedes de Valverde, se halla animada de un celo tan extraordinario en favor del proyecto del navegante, que parece que despues de sus deberes para con Dios y del respeto á sus soberanos no hay para ella otro negocio mas vital que este.

Volvióse la reina sonriendo hácia la jóven que se ruborizó al escuchar semejante observacion, y fijó en ella sus ojos por un instante con aquel aire afectuoso que animaba sus amables facciones para mirar á sus hijas.

—¿Con qué convenis en ello, doña Mercedes? ¿De tal modo ha logrado convenceros Colon, que os ha inspirado tanto interés en su favor?

Mercedes se puso en pie con el mayor respeto al dirigirle la reina la palabra, y se adelantó uno ó dos pasos hácia ella antes de responder:

—Señora, en presencia de V. A. debo hablar con modestia; pero no podré negar que he llegado á tomar un vivo interés por el buen éxito de los proyectos del señor Colon. Es tan noble su pensamiento, que seria por cierto una desgracia que no fuese justo.

—He aquí el argumento de las jóvenes que poseen un alma generosa; y os confieso, marquesa hija mia, que en este punto soy tan jóven como otra cualquiera. ¿Está aquí todavia Colon?

—Si por cierto, repuso Mercedes con una precipitacion de que al punto se arrepintió, pues no era á ella á quien la pregunta se dirigia: yo sé de un personaje que le ha ayudado el día en que las tropas tomaron posesion de la ciudad.

—¿Y quién es esa persona? preguntó la reina con grave tono, aunque nada tenia de severo, pues sus ojos se fijaron otra vez en Mercedes con un interés que parecia aumentarse al mirarla.

Pesóle á Mercedes vivamente su indiscrecion, y á pesar de todos sus esfuerzos, toda la sangre se le subió al rostro antes de haberse resuelto á contestar.

—Don Luis de Bobadilla, señora, el sobrino de mi tutora doña Beatriz, respondió finalmente, porque en ella el amor á la verdad era mas fuerte que el temor de la vergüenza.

—Pero os deteneis en dar muchos pormenores, señora, dijo Isabel con calma, pues rara vez se espresaba en tono de severidad con aquellas personas cuya alma era pura é inocente. Don Luis descendiendo de una casa demasiado ilustre para que tenga necesidad de que un heraldo proclame sus títulos y parentescos. Eso es bueno para gentes oscuras de quienes el mundo se cuida tan poco. Marquesa, hija mia, añadió librando así á Mercedes de una especie de tortura y volviéndose hácia su amiga, ese sobrino de que se habla es un corredor de mundo infatigable, mas dudo mucho que él se decidiese á emprender una expedicion como la de Colon, que tiene por objeto la gloria de Dios y el bien del reino.

—A la verdad, señora... exclamó Mercedes, mas en el instante hizo por reprimir su celo.

—¿Qué ibais á decir, doña Mercedes? repuso gravemente la reina.

—Perdóneme V. A.; me habia equivocado; sin duda no era á mí á quien V. A. dirigia la palabra.

(1) Cooper quiere sin duda aludir á la reina de Francia Maria Amalia.



—Esta no es la corte de Castilla, hija mia; esta es sola la habitacion particular de Isabel de Trastamara, añadió la reina como tratando de templar el efecto que produjo en Mercedes lo que acababa de suceder. La sangre del almirante de Castilla corre por vuestras venas, y sois ademas parienta del rey nuestro señor. Hablad, pues, sin reparo.

—Reconozco, señora, todas vuestras bondades para conmigo, y quizá eso mismo me haya hecho olvidarme de ellas. Lo que tenia que decirlo era que don Luis desea vivamente que el señor Colon obtenga las carabelas que solicita, y que se le conceda á él el correspondiente permiso para acompañarle.

—¿Será posible, Beatriz?

—Luis es cierto que desea ver mundo, señora; pero no es con designios poco nobles; yo le he oido manifestar con ansia el deseo que abriga de ser uno de los compañeros de Colon en el caso de que V. A. juzgue oportuno enviar al genovés al descubrimiento del Cathay.

Isabel nada respondió, mas dejando caer la labor sobre sus rodillas, pasó algunos minutos en un silencio pasivo. Durante aquel intervalo nadie se atrevió á hablar, y Mercedes volvió á ocupar su taburete á los pies de la infanta. Por fin, se levantó la reina, y atravesando la estancia, se aproximó á Fernando, que continuaba trabajando. Detúvose un instante antes de llegar, como si hubiera titubeado en interrumpirle, mas á poco apoyó una de sus manos en su espalda como para llamarle la atencion. El rey, como si conociera de quién podia salir semejante acto de familiaridad, volvióse al punto, se levantó, y le dirigió el primero la palabra.

—Es preciso no dejar de la mano á esos negrillos, dijo el rey dejando conocer que sus ideas todas se dirigian al engrandecimiento de su poder.—Yo veo que hemos abandonado á Abdallah varios fuertes en las Alpujarras que pueden hacernos muy mala vecindad, á menos que no consiguiésemos rechazar á esos infieles mas allá del Mediterráneo.

—Ya hablaremos de eso en otra ocasion, Fernando, repuso la reina, cuya alma pura rechazaba todo lo que tuviera tendencia á mala fé. Ya que es bien difícil para los que gobiernan á los hombres hacer siempre lo que Dios y su conciencia les inspiran, que no traten al menos de faltar á lo prometido. Vengo á hablarte de otra cosa. La falta de tiempo y la gravedad de los asuntos nos han hecho olvidarnos de la oferta que hicimos á Colon el navegante, que...

—¡Siempre con la aguja en la mano, Isabel, y es para mí lo que estás haciendo! dijo el rey tocando la labor de la reina, que se habia traído consigo sin advertirlo; ninguno de mis súbditos tendrá una muger tan aplicada y cariñosa como esta.

—Todo lo que puede agradarte ó contribuir de cualquier modo á tu felicidad es lo que tengo mas presente despues de mis deberes para con Dios y del cuidado y atencion que mis súbditos me merecen, respondió Isabel muy satisfecha de que el rey de Aragon hubiese parado la atencion en su trabajo, aunque es preciso atribuirlo tambien en parte al deseo que tenia de desviar el objeto de la conversacion que ella habia tratado de entablar, y que en aquel momento ocupaba el lugar mas preferente en su imaginacion.—Yo no quiero hacer nada en negocio de tanta entidad sin tu completa aprobacion, si llevo á obtenerla, y creo tambien que nuestra real palabra exige que no lo dilatemos por mas tiempo. Siete años es muy suficiente para prueba, y como no nos apresuremos llegará el dia en que veamos que cuatro jóvenes nobles y entusiastas de nuestros estados acometen aquella empresa por via de diversion.

—Tienes razon, Isabel, respondió el rey; someteremos este asunto al dictámen de Fernando de Talavera que es sugeto de reconocida prudencia y en quien podemos depositar toda nuestra confianza.—Y diciendo esto, hizo una seña al individuo de que acababa de hablar, el cual se acercó en el instante.—Arzobispo de Granada, conti-

nuó el sagaz principe, cuya politica era tan astuta como la de un moderno patriota que piensa solo en su engrandecimiento; nuestra real esposa desea se proceda á hacer una informacion acerca de ese negocio de Colon. Queremos que vos os encargueis de ello, tomándolo bien en consideracion y que presenteis vuestra opinion en el término de veinte y cuatro horas. Os vamos tambien á designar las personas con quien debeis asociaros para este objeto.

Mientras que Fernando daba sus instrucciones al prelado, éste leia en la espresion de los ojos del monarca y en la frialdad de su rostro intenciones acerca de las cuales su práctica y experiencia no le dejaba ningún género de duda; aceptó, pues, la comision, recibió del rey los nombres de aquellos que debian unírsele para dar su dictámen, de los cuales la reina designó uno ó dos, y quedóse despues tomando parte en la conversacion.

—Ese proyecto de Colon necesita ser mirado con especial detencion, dijo el rey cuando hubo terminado todos sus preliminares, y ya cuidaremos que sea examinado detenidamente. Dicen que ese navegante es un excelente cristiano.

—Estoy bien convencida de eso, Fernando. Si Dios quiere que su empresa tenga feliz éxito, tiene pensado intentar una expedicion para recobrar de los infieles el santo sepulcro.

—¡Oh, oh! ese es un objeto muy meritorio: pero nosotros tenemos mejores medios de servir á la fé. Con la conquista que acabamos de hacer, Isabel, hemos enarbolado la cruz donde antes flotaban los estandartes de los infieles, y Granada se halla tan próxima á Castilla, que no nos costará mucho mantener aquí nuestros santos altares. Al menos tal es la opinion de un lego, digno prelado.

—Y es una opinion tan justa como entendida, señor, respondió el arzobispo. Es mucho mas sabio el tratar de poseer lo que ha de poder ser conservado, porque á veces solemos perder el tiempo ocupándonos de ciertas cosas que la Providencia ha colocado tan lejos, que parece no ser destinadas para nosotros.

—Pues hay gentes, dijo la reina, que al oír semejante opinion anunciada por persona de tan alta autoridad como la vuestra, deduciria seguramente que no debe hacerse tentativa alguna para recobrar el santo sepulcro.

—En ese caso, señora, habrian comprendido bien mal mis palabras, repuso al momento el político prelado. La cristiandad entera debe desear que los infieles sean lanzados de la tierra santa, mas es mas provechoso para Castilla el haberlos lanzado de Granada. Esta distincion es bien clara, y cualquier casuista la admitiria.

—Y esta verdad es de tanto mas peso en esta cuestion, dijo Fernando dirigiéndose á una ventana con aire de satisfaccion, cuanto que esas torres pertenecian á Abdallah hace algunos dias y ahora pertenecen á nosotros.

—Será mejor para Castilla, repitió Isabel como reflexionando, y quizá tambien para sus intereses temporales, aunque no tanto para las almas de los que en ello trabajan, mas de ningún modo para la gloria de Dios.

—¡Querida esposa mia! ¡mi querida Isabel! dijo Fernando.

—¡Señora! añadió el prelado.

Mas Isabel se retiró con paso lento reflexionando entre si misma, mientras que los dos profanos que quedaban á su espalda se miraban con aquella especie de fracmasoneria propia de los que están acostumbrados á preferir lo útil á lo justo. La reina no volvió á ocupar su sitio, y se puso á pasear en aquella parte de la sala que abandonó el arzobispo cuando fué llamado por Fernando. Permaneció de este modo por un corto espacio, pues el rey mismo la respetaba sobradamente para tratar de interrumpir sus reflexiones, y dirigia frecuentes miradas á Mercedes, á quien por último llamó á su lado.

—Hija mia, la dijo, pues este era el título afectuoso que daba frecuentemente á las personas que apreciaba,

¿supongo que no habreis olvidado el voto que hicisteis voluntariamente?

—Solo mis deberes para con Dios sobrepujan á lo que debo á mi soberana.

Pronunció Mercedes aquellas palabras con gran firmeza y con cierto tono que rara vez engaña. Isabel fijó sus ojos en las pálidas facciones de la hermosa castellana, y apenas ésta se hubo espresado de aquel modo, ni una tierna madre hubiera podido mirar á su hija querida con mas afectuoso cariño.

—Vuestros deberes para con Dios, hija mia, hacen desaparecer cualquiera otro sentimiento, y asi es justo que suceda. Lo que vos me debeis á mi es seguramente bien secundario. Mas sin embargo, tanto vos como todos mis demas súbditos tenéis para con vuestra soberana un solemne deber que llenar, y no cumpliria yo con las altas funciones que el cielo me ha confiado si no exigiese á cada uno que cumpliese tambien con su obligacion. No soy yo quien reina en Castilla; es la Providencia, de quien soy humilde é indigno instrumento. Mis súbditos son mis hijos, y no ceso siempre de pedir á Dios me conceda un corazon capaz de contentarlos á todos. Si los principes se ven á veces obligados á retirar su favor á los que se hacen indignos de sus bondades, no hacen en esto mas que imitar á la Providencia que no puede consentir el mal.

—Yo confio, señora, repuso con timidez Mercedes al ver que la reina habia concluido, yo confio que no habré sido tan desgraciada que haya podido desagradaros. Perder la buena amistad y el favor de V. A. seria seguramente una calamidad.

—¡Vos, hija mia, no! Asi todas las doncellas de Castilla, nobles y plebeyas, fuesen tan prudentes, tan modestas y tan humildes como vos; pero no es posible que yo consienta que seais victima de vuestros sentidos. Sois demasiado instruida, doña Mercedes, para que no sepais distinguir lo que deslumbra de lo que es verdaderamente virtuoso...

—¡Señora! exclamó Mercedes con celo; mas callóse inmediatamente, al reflexionar que interrumpir á la reina era faltarle al respeto.

—Ya escucho lo que querias decirme, hija mia, dijo Isabel despues de haber aguardado un instante á que la asombrada niña continuase su frase. Hablad con libertad como si estuvieseis en presencia de una madre.

—Quería decir, señora, que si todo lo que deslumbra no es virtuoso, todo aquello que repugna á la vista, lo que la prudencia puede reprochar, no es tampoco esencialmente vicioso.

—Ya os comprendo, señorita, y no carece de verdad esa advertencia. Ahora hablemos de otra cosa. ¿Con qué parece que vos mirais con buenos ojos los proyectos de Colon, de ese navegante?

—La opinion de una jóven sin esperiencia no puede ser de gran peso para la reina de Castilla, que puede aconsejarse de los prelados y otros sabios eclesiásticos de su reino, y consultar ademas su propia prudencia.

—Pero, ó yo he comprendido mal, ó vos habeis formado una buena opinion de sus proyectos.

—No os habeis equivocado, señora; yo opino favorablemente de los proyectos de Colon. Paréceme que son de una elevacion y una grandezza que obtendrian la aprobacion de la Providencia para el bien de los hombres y mayor gloria de la Iglesia.

—¿Y creéis vos que seria fácil hallar nobles caballeros dispuestos á embarcarse con ese oscuro genovés para emprender tamaña empresa?

La reina sintió temblar la mano que afectuosamente tenía entre las suyas, y cuando alzó la vista hácia su compañera, notóla cubierta de rubor y con los ojos bajos. Mas la generosa castellana creyó ser aquel el momento critico para la fortuna de su amante, y asi es que se armó de energia para defender su causa.

—Sí, señora, si, lo creo, respondió al fin con una firmeza tal, que admiró á la reina y la agradó al mismo

tiempo, porque Isabel convenia en todas sus ideas y apreciaba sus sentimientos: pienso que don Luis de Bobadilla le acompañará, pues desde que su tia le ha impuesto en los nobles por menores de esta empresa parece que no piensa en otra cosa. Hasta está dispuesto á facilitar recursos para ella, si sus tutores lo consienten.

—En lo cual haria muy mal cualquier tutor. Nosotros podremos disponer de cuanto nos pertenezca, pero nunca arriesgar los bienes de otro. Si don Luis de Bobadilla persistiese en su intencion de emprender semejante tentativa y obra en su consecuencia, tendré mas ventajosa idea de su carácter que la que las circunstancias me habian hecho formar.

—¡Señora!

—Escuchadme, hija mia; no podemos seguir hablando por mas tiempo de este asunto. El consejo me aguarda, y el rey se ha ido ya. Vuestra tutora y yo conferenciaremos juntas, y no os dejaremos inútilmente en suspenso por mucho tiempo. Pero, Mercedes de Valverde, acordaos de vuestro voto: lo pronunciásteis en la mayor libertad, y no debe ser olvidado inconsideradamente.

Besó Isabel en la megilla á la jóven, y se retiró seguida de todas sus damas, dejando á Mercedes, entre el temor y la esperanza, sola en medio de aquella vasta estancia, semejante á una estatua de la Incertidumbre.

## CAPITULO VII.

A la mañana siguiente estaba la Alhambra tan ocupada de cortesanos como de ordinario; los unos reclamaban gracias, otros pedian justicia, la mayor parte solicitaban la reparacion de agravios imaginarios. Empujábanse en todas las antecámaras, y los que en ellas aguardaban mirábanse unos á otros con inquietud, como para inquirir mutuamente hasta qué punto pueden sus vecinos serles útiles ó perjudiciales en sus designios. Se saludaban por lo general con frialdad y desconfianza, y los que no se limitaban á un simple saludo se acercaban con aquella falsa urbanidad que caracteriza el trato de los cortesanos en los palacios.

Mientras que la curiosidad se ocupaba activamente en adivinar los motivos que á cada cual conducian á aquel sitio, y se cambiaban los cuchicheos, las señas, los encogimientos de hombros y las espresivas miradas entre los mas acostumbrados de antiguo á la córte, los cuales se referian los unos á los otros lo poco que sabian ó que querian saber sobre esta ó aquella cuestión, veíase en un rincon de la estancia principal á un hombre, que se podia distinguir de todos los demas por su elevada estatura, su aire grave y lleno de dignidad, y el género de atencion que él atraía hácia sí. Pocos eran los que se le acercaban, y los que lo hacian, apenas volvían la espalda tomaban ese aire de suficiencia y de desprecio que caracteriza á la generalidad de los hombres cuando creen que, criticando y poniendo á alguno en ridiculo, obtendrán por semejante medio la opinion pública para sí. Aquel era Colon, á quien generalmente se consideraba como un projectista, un visionario, y por consiguiente espuesto al desprecio y los sarcasmos de que son comunmente blanco los que se distinguen con aquellos epítetos. Los equívocos y las burlitas de la multitud sobre el mismo asunto habianse ya agotado, y los que desde largo rato estaban sirviendo de postes de antecámara ibanse ya cansando de desempeñar semejante papel, cuando un ligero movimiento hácia la parte de la puerta anunció la llegada de un nuevo cortesano. El afari con que todos se apresuraron á hacerle lugar anunciaba que debia ser un hombre de clase distinguida, y bien pronto apareció en medio de la estancia don Luis de Bobadilla.

—Ese es el sobrino de la favorita de la reina, dijo uno á media voz.

—Y descendiente de una de las mas ilustres familias de Castilla, añadió otro; pero es un digno compañero de Colon, porque ni la autoridad de sus tutores, ni los de-



seos de la reina, ni lo que á su rango debe, pueden impedir que lleve de continuo una vida errante y disipada.

—Es una de las mejores lanzas de España, añadió un tercero, y es lástima que no tenga la prudencia y la reflexión necesarias para aprovecharse de semejante ventaja.

—También se ha portado ese jóven brillantemente en esta última campaña, dijo un oficial subalterno de infantería, é hizo saltar del arzon á don Alonso de Ojeda; pero si su lanza es buena cuando está enristrada, no tiene en ella un objeto fijo, pues segun aseguran, solo le gusta correr tierras.

Luis, como si hubiera querido sostener su reputación, echó una mirada á su alrededor, y en seguida se dirigió hácia donde estaba Colon. Las sonrisas, las señas, las medias palabras dieron bien á conocer la opinion ge-



Don Luis de Bobadilla se sienta en un cogen á los pies de su amada.

neral; pero una puerta que se entreabrió en aquel momento llamó toda la atencion de los circunstantes, que se olvidaron de lo que se ocupaban hacia un instante.

—Os saludo, señor, dijo Luis á Colon inclinándose respetuosamente. Desde nuestra conversacion de ayer noche no he podido, por mas que he hecho, pensar en otra cosa, y he venido á buscaros para que volvamos á tomar el hilo.

Los ojos de Colon, su sonrisa, y la manera con que se irguió, como enchido de la grandeza de sus proyectos, demostraron bien á las claras que aquel obsequio le agradaba: pero vióse obligado á diferir el placer que sentia siempre al entrar en pormenores sobre sus planes.

—He recibido orden de venir aqui, noble señor, respondió Colon con cordial tono, en busca del arzobispo de Granada, que parece ser el encargado por SS. AA. de dar pronto cima á mi negocio, y el cual ha fijado el dia de hoy para oirme. Estamos, pues, en vísperas de grandes sucesos, y no está lejos el dia en que nadie pensará ya en la conquista de Granada, á la vista de las importantes novedades que Dios tiene reservadas.

—¡Por San Pedro, mi nuevo patron, os creo, señor! El Cathay debe hallarse en el sitio que habeis designado, ó bien cerca de alli; y yo os prometo que vuestros ojos no han de ver aquel pais, con todas sus riquezas, antes que los míos. Acordaos de Pedro Muñoz, señor Colon, yo os lo suplico.

—No lo echaré en olvido, os lo prometo; y todas las hazañas de vuestros antepasados se eclipsarán con la gloria que ha de cubrir á su descendiente. Pero oigo que me llaman: despues volveremos á anudar nuestro coloquio.

—¡El señor Cristóbal Colon! prorumpió un page en alta voz y con aire de autoridad, y el navegante se adelantó lleno de gozo y de esperanza.

El modo con que aquel hombre, que era mirado generalmente con indiferencia, por no decir con desprecio, fué llamado, prefiriéndole á toda aquella turba de cortesanos, causó no poca sorpresa; pero como los negocios llevaban su ordinario curso y los empleados subalternos aparecieron en aquel mismo momento en la antecámara para escuchar las reclamaciones y dar cuenta de los asuntos pendientes, fué bien pronto olvidado aquel incidente. Luis se retiró chasqueado, pues él se habia consentido en tener una larga conferencia con Colon sobre aquel negocio que, como ligado á sus mas caras esperanzas, ocupaba á la sazón casi todo su pensamiento. Dejémosle, pues, por lo tanto, como á todos los que poblaban las antecámaras, para seguir al esclarecido navegante por lo interior de aquel palacio.

Fernando de Talavera no habia echado en olvido su comision; pero en lugar de haberle nombrado por adyuntos á personas conocidas por su adhesión á las proposiciones de Colon, el rey y la reina habian cometido el error de escoger á siete ú ocho de sus cortesanos, hombres de probidad y que gozaban muy buena reputación, pero demasiado poco habituados á estudios científicos para apreciar en su justo valor la importancia de los descubrimientos que se trataba de hacer. En presencia, pues, de estos señores seglares y eclesiásticos de elevada clase fué conducido Colon, y el lector así lo supondrá. Omitiremos todos los detalles del ceremonial de costumbre, y entraremos sin mas detencion en la parte esencial de nuestra relacion. El arzobispo de Granada tomó la palabra en nombre de todos los individuos de la comision.

—Nosotros hemos comprendido, señor Colon, dijo el prelado, que en el caso de que SS. AA. os prestasen su apoyo y su poder, vuestro objeto se reduce á emprender un viage á la parte desconocida del Atlántico para descubrir el pais de Cathay y la celebrada isla de Cipango.

—Ese mismo es mi proyecto, venerado é illustre prelado. Háse ya hablado tantas veces de este asunto entre los agentes de ambos soberanos y yo, que me parece enteramente escusado desentender mis miras y mis designios en este momento.

—Tengo noticia de que ha sido discutido solemnemente en Salamanca, en donde varios entendidos eclesiásticos adoptaron vuestra opinion, pero la mayoría no fué del mismo parecer. A pesar de esto, el rey y la reina, nuestros señores, están dispuestos á mirar favorablemente vuestros designios, para lo cual hemos recibido orden de arreglar todas las condiciones preliminares, y determinar los derechos respectivos de las partes. ¿Qué fuerza os es necesaria tanto en buques como en tripulaciones para lograr el objeto que con ayuda de Dios esperais obtener?

—Teneis razon, señor arzobispo, con la ayuda de Dios y bajo su proteccion espero salir airoso de mi empresa, pues el éxito que se obtenga, ha de redundar en su gloria y ha de aumentar el número de los cristianos. Asi es, que con tan poderoso apoyo pocos recursos necesito de este mundo. Todo lo que yo pido se reduce á dos ligeras carabelas con autorizacion para enarbolar en ellas el pabellon nacional, y un número suficiente de marinos.

Miráronse sorprendidos los comisionados, y mientras

los unos veían en tan modesta petición el imprudente entusiasmo de un visionario, otros descubrían una ciega confianza y una firme certidumbre.

—Seguramente no es mucho pedir, dijo el prelado, que era del número de los primeros, y aunque la guerra haya dejado á Castilla con sus arcas bien exhaustas, creo que podríamos satisfacer ese pedido sin tener que acudir á un milagro. No hay, pues, dificultad alguna en encontrar las carabelas y armar los marineros, pero hay otros puntos que es preciso que arreglemos ahora. ¿Vos estareis sin duda en la inteligencia de que el mando de la expedición os ha de ser confiado?

—Si no es así, yo no podré ser responsable del éxito. Yo reclamo la entera y completa autoridad de un almi-

—En primer lugar, se tributará gloria al Todopoderoso, como es justo y debido á su influyente protección y á su vigilancia, sobre todo, por la propagación de su Evangelio y por el aumento del número de sus adoradores.—Fernando de Talavera y los demas eclesiásticos se santiguaron á estas palabras, así como el mismo Colon.—Después SS. AA. pueden contar con la ventaja de ver estenderse su imperio y aumentarse el número de sus súbditos; un mar inmenso de riquezas inundará á Castilla y á Aragon, pues Su Santidad concederá, á no dudar, á los soberanos Católicos los tronos y dominios de los principes infieles cuyos territorios se descubran y sus pueblos se conviertan á la fé.

—Todo esto es muy plausible, señor, y fundado en



Bendición antes de partir.

rante ó de un comandante de las fuerzas navales de SS. AA. Los medios de que me he de valer parecerán en apariencia de poca importancia, mas los peligros serán grandes, y el poder de ambas coronas debe prestar su apoyo todo entero al hombre á quien se encargue de todo el peso de la responsabilidad.

—Nada mas justo que eso, y á que nadie se opondrá; pero, señor, ¿habeis reflexionado detenidamente las ventajas que podrán reportar los soberanos de sosteneros en esta empresa?

—Señor arzobispo, este proyecto domina todos mis pensamientos hace mas de diez y ocho años, habiéndome ocupado de él noche y dia. Durante tan largo espacio de tiempo no he dado un solo paso que no haya tenido una relacion directa con el éxito de esta noble empresa. Considerad, pues, ahora, si las ventajas que deben resultar para todas las partes interesadas habrán podido ser olvidadas.

—Hacedme de ellas un pequeño detalle, señor.

55 *Biblioteca española.*

muy justos principios. Su Santidad posee á la verdad el poder que decis, y ya se le ha visto ejercerlo para gloria de Dios. Sabeis bien, á lo que pienso, señor Colon, que don Juan de Portugal ha prestado ya mucha atención á asuntos de este género, y que tanto él como sus predecesores han llevado probablemente los descubrimientos hasta sus últimos limites, y aquella empresa ha conseguido del Santo Padre ciertos privilegios que estamos en el caso de respetar.

—Conozco las empresas de los portugueses, santo prelado, y el espíritu que ha dominado á don Juan al hacer uso de su poder. Sus buques llevan la direccion de la parte occidental del Africa, la opuesta enteramente de la que yo me propongo seguir. Mi plan es lanzarme desde luego á través del Atlantico, y siguiendo al sol hácia el sitio por donde diariamente se pone, alcanzar los confines de las Indias Orientales por un camino que abreviará muchos meses de viage.

A pesar de que el arzobispo y la mayor parte de los

*Cristobal Colon.* 2



comisionados pertenecían á la numerosa clase de los que veían en Colon un visionario cuya cabeza no estaba muy segura, el aire de dignidad de que se revestía al hablar de sus vastos proyectos en tono tan sencillo como elevado, la tranquilidad con que despues de haber hablado pasó la mano por sus blancos cabellos, y el entusiasmo que jamás faltó en sus ojos siempre que trataba de sus nobles proyectos, no pudieron menos de hacer una profunda impresion en todos sus oyentes, y por un instante la opinion general se decidió por ayudarle con todos los recursos posibles, y en prueba de este pasajero sentimiento le preguntó entonces uno de los comisionados:

—¿Os proponeis acaso, señor Colon, buscar la corte del Preste Juan?

—No sé si quiera, noble caballero, si existe semejante potentado, repuso Colon, cuyas ideas todas se fijaban en un solo punto, como es costumbre entre los sabios y los filósofos, y que tampoco participaba de los errores populares de la época, aunque no estaba por eso exento de la ignorancia de su siglo, ni he visto cosa que me asegure la verdad de la existencia de semejante monarca ó de sus territorios.

Esta declaracion perjudicó á la causa del navegante, porque afirmar que la tierra era redonda y que el Preste Juan era un ente imaginario, era abandonar lo maravilloso para entregarse á la demostracion y á las probabilidades, marcha que el humano entendimiento, todavia inculto, se resiste á seguir.

—Pues no falta, dijo un comisionado de los elegidos por la política del rey Fernando, quien esté dispuesto á creer como una verdad la existencia del Preste Juan y de sus territorios, y á negar que la tierra sea redonda, pues bien sabemos todos que allí hay reyes, tierras y cristianos, y vemos bien claramente que la tierra y el Océano tienen una superficie plana.

Esta opinion fué acogida con una sonrisa de general aprobacion, aunque Fernando de Talavera dudó que fuese justa.

—Señor, replicó con agrado Colon, si todo en la tierra fuese lo que verdaderamente parece, menos necesidad habria de la confesion, y las penitencias serian tambien mas leves.

—Yo os tengo por un buen cristiano, señor Colon, dijo el arzobispo con un tono un poco seco.

—Soy, señor arzobispo, lo que la gracia de Dios y lo débil de mi naturaleza me han hecho; aunque humildemente confio en que, cuando haya dado cima á mi grande empresa, se me juzgará mas digno de la proteccion y del favor del cielo.

—He oido decir que vos os creéis especialmente elegido por la Providencia para llevar á cabo esta obra.

—Yo siento elementos en mí mismo, santo prelado, para alentar semejante esperanza; pero no la fundo de modo alguno en misterios que esceden á mi inteligencia.

Seria difícil decir si esta respuesta hizo ganar ó perder algun terreno á Colon en el ánimo de sus oyentes. La opinion religiosa de aquel siglo estaba acorde con la idea que acababa de expresar; pero debió parecerles á los comisionados eclesiásticos que era una presuncion en un seglar extraño y desconocido el considerarse como un ser elegido, cuando tantos otros que parecían tener mas altos derechos eran rechazados. Sin embargo, ninguno de ellos se atrevió á manifestar su opinion, porque, así entonces como ahora, los que al parecer contaban con el poder de Dios se revestían de una gravedad y de una influencia que no admitía censura.

—¿Con que os proponeis, continuó el arzobispo, llegar al Cathay atravesando el Atlántico, y sin embargo, negais la existencia del Preste Juan?

—Perdonadme, santo prelado: yo me propongo llegar al Cathay y á Cipango de la manera que decís; pero no niego positivamente la existencia de ese monarca de que habláis. En apoyo de la probabilidad de éxito de mi em-

presa, he usado de varias demostraciones y razonamientos que han satisfecho en extremo á muchos sabios eclesiásticos; pero nada de esto tiene que ver con la existencia del Preste Juan.

—Dicese á pesar de eso que Gióvani de Montecorvino, piadoso obispo de nuestra santa iglesia, convirtió á la verdadera fé á un príncipe de aquel nombre hará como cerca de dos siglos.

—El poder de Dios alcanza á todo, señor arzobispo, y yo no soy hombre que ponga en duda los méritos de los ministros que él mismo se ha elegido. Todo lo que yo podré decir acerca de ese punto, es que no conozco razon alguna plausible ó científica que pudiese justificarme si fuese á intentar una empresa que puede ser tan falaz como la luz que se aleja de la mano del que cree poder tocarla. En cuanto al Cathay, á su situacion y á sus maravillas, ahí tenemos el testimonio bien notable de los célebres venecianos Marco y Nicolo Polo, que no solo llegaron á aquel pais, sino que permanecieron en él muchos años en la corte de aquel monarca. Por lo demas, que exista un Preste Juan, ó un reino de Cathay, lo cierto es que el Atlántico tiene ciertos limites por la parte de Occidente, y estos limites son los que yo me propongo descubrir.

El arzobispo alzó los ojos al cielo en señal de incredulidad; mas como habia recibido sus órdenes de personajes habituados á ser obedecidos, y no ignorando que la teoría de Colon, despues de haber sido solemnemente discutida en Salamanca algunos años antes, habia merecido ser el objeto de un informe elevado á los soberanos, resolvió con la mayor prudencia encerrarse en su esfera y continuar la comision de que estaba encargado.

—Nos habeis presentado el cuadro de las ventajas que creéis podrán reportar los monarcas en caso de conseguir un feliz éxito, señor, y ciertamente que no serian pocas si todas vuestras brillantes esperanzas pudieran verse realizadas; pero resta ahora que manifesteis lo que pedis para vos mismo en recompensa de los peligros que habeis de correr y de los muchos años de trabajos ó inquietudes.

—Todo esto está ya tomado en consideracion, ilustre arzobispo, y en este papel hallareis la manifestacion de mis deseos, aunque faltan que añadir en él algunas disposiciones menos importantes.

Al decir esto entregó Colon á Fernando de Talavera el papel de que acababa de hablar. El arzobispo lo recorrió rápidamente, y volvió á leerlo otra vez con mayor atencion. Pero seria difícil expresar si su rostro manifestó mas la indignacion ó la burla cuando despues de haberlo leído, arrojó el escrito sobre la mesa con aire desdeñoso, volviéndose hácia Colon y mirándole fijamente como para convencerse de que no estaba loco.

—¿Son estas las condiciones que proponeis tan formalmente, señor? preguntó con severo tono, y lanzándole una mirada que hubiera bastado á cualquier otro en la humilde posicion del navegante, para hacerle desistir de sus proyectos.

—Señor arzobispo, respondió Colon con aquel aspecto de dignidad que no le abandonaba tan fácilmente, este negocio ocupa mi pensamiento hace diez y ocho años; durante tan largo tiempo no he pensado seriamente en ninguna otra cosa, y puedo añadir que lo he tenido presente así en mis sueños como en mis viglias. Yo descubri muy pronto toda la verdad; pero á cada momento aparece mas brillante á mis ojos. Yo me siento con la mayor confianza en el éxito, confianza que procede de Dios: yo me considero como un agente elegido por él para la ejecucion de sus grandes designios, que no se decidirán solamente con el éxito de esta empresa. El porvenir oculta aun mas graves cosas, y yo debo conservar la dignidad y los medios de llevarlas á cabo. No está por tanto en mi mano el cambiar la naturaleza y la importancia de mis condiciones.

Aunque el modo con que pronunció estas palabras les comunicaba cierta verdad, el prelado se imaginó que

el navegante había perdido el juicio á consecuencia del continuo cavilar sobre un objeto fijo. Lo único que le hacía dudar de la justicia de semejante opinion era el método, la ciencia con que había hecho valer el razonable carácter de sus suposiciones geográficas, argumentos que, si no habían podido convencer á un hombre que solo veía en el genovés un visionario, por lo menos le hacían titubear. A pesar de esto, las exigencias contenidas en el escrito que acababa de leer parecíanle tan extravagantes, que la conmiseracion y el desprecio continuaron la indignacion que estuvo á pique de estallar.

—¿Qué decis, nobles señores, exclamó en sarcástico tono dirigiéndose á dos ó tres de los comisionados que se habían apoderado con curiosidad del papel entregado por Colon y que estaban leyéndole á la vez, ¿qué decis de las modestas pretensiones del señor Cristóbal Colon, el célebre navegante, á quien no pudo responder el concilio de Salamanca? ¿No son por cierto muy dignas de ser aceptadas por SS. AA. hincados de rodillas delante de él?

—Leed, leed, señor arzobispo, exclamaron varias voces. Sepamos cuáles sean esas pretensiones.

—Paso por alto muchas demandas secundarias, que podrán acordarse sin necesidad de discusion, dijo el arzobispo volviendo á tomar el escrito; pero he aquí dos que no podrán menos de causar á SS. AA. una gran satisfaccion. El señor Colon manifiesta en ellas que se contenta con la categoria de almirante y virey de todos los paises que él pueda descubrir, y por recompensa sólo pide la décima parte (la parte de la iglesia, mis reverendos hermanos), el humilde diezmo de las rentas y derechos de aquellos mismos paises. He aquí, pues, con lo que se contenta.

El general murmullo que se elevó entre los comisionados dió á conocer su descontento, y en un instante se halló Colon en aquella estancia sin un solo individuo que le sirviese de apoyo.

—Pero no es esto todo, ilustres señores y santos prelados, prosiguió el arzobispo cuando ya vió á sus oyentes dispuestos á continuar escuchándole; no, no es esto todo. Temiendo que aquellas altas dignidades puedan fatigar los hombros de SS. AA. y los de su real descendencia, este liberal genovés consiente en trasmitirlos á su propia posteridad para en lo sucesivo, haciendo de esté modo del Cathay un patrimonio para la casa de Colon, mientras que para sostener su dignidad y decoro, se reservará la décima parte de las rentas del pais.

Esta burlesca esplicacion hubiera hecho soltar una general carcajada, á no haberla reprimido el noble é imponente aspecto de Colon; el mismo Fernando de Talavera, conociendo en su altiva frente que le dirigia una severa reconvenccion, comenzó á creer que había ido demasiado lejos.

—Perdonadme, señor Colon, dijo al punto con tono mas cortés; pero vuestras peticiones son de tal manera exorbitantes, que me han dejado enteramente sorprendido. Es imposible que querais formalmente persistir en ellas.

—No estoy dispuesto á rebajar la menor cosa, señor prelado; lo que yo pido se me deberá de justicia, y el que consiente en aceptar menos de lo que merece, se hace instrumento de su humillacion. Si llego á dar á los soberanos un imperio cuyo valor esceda en mucho al de todas sus demas posesiones reunidas, tendré derecho á reclamar mis recompensas. Digoos ademas, reverendo prelado, que el porvenir encubre grandes sucesos, y que estas condiciones se hacen necesarias é indispensables para llegar á conseguir lo que aquel porvenir nos promete.

—¡A la verdad son unas pretensiones bien modestas para un aventurero genovés! exclamó un cortesano que no pudo contener por mas tiempo su indignacion y menosprecio. ¡Con que se ha de asegurar al señor Colon un mando al servicio de SS. AA., y si acaso no llega á conseguir lo que se propone, habrá de obtener este honor

sin que le cueste nada, mas si llega á realizar sus proyectos, cosa tan poco probable, vendrá á ser virey, y se contentará humildemente con la misma renta que la iglesia disfruta!

Esta observacion pareció determinar á los que aun no estaban decididos. Levantáronse todos á un tiempo los comisionados como dando á entender que el asunto no merecia mas amplia discusion. Mas, sin embargo, con objeto de conservar al menos cierta apariencia de imparcialidad, el arzobispo se dirigió otra vez á Colon, y seguro entonces de conseguir su objeto, le habló en términos mas suaves.

—Os pregunto por la última vez, señor, le dijo, si insistís todavía en vuestras inauditas condiciones.

—No puedo consentir en otra alguna, respondió Colon con energía. Estoy muy convencido de la entidad de los servicios que ofrezco prestar, y no quiero disminuir su importancia aceptando otras proposiciones. Pero, señor arzobispo, y vos, noble caballero, que con tanta ligereza tratáis mis pretensiones, sabed que estoy pronto á añadir al riesgo de mi vida y de mi reputacion el de mi fortuna, y ofrezco aprontar la octava parte de la cantidad indispensable para la expedicion siempre que se aumenten mis beneficios en igual proporcion.

—Basta, basta, dijo el prelado disponiéndose á salir de la estancia: presentaremos nuestro informe á los soberanos en el momento, y bien pronto podreis saber la satisfaccion que va á causarles.

De este modo terminó la conferencia. Los comisionados salieron de la habitacion, hablando vivamente unos con otros como hombres á quienes les importa poco manifestar su indignacion. Colon, poseido del noble objeto de sus designios, desapareció por otro lado con el aspecto de un hombre que se respeta á sí propio lo suficiente para despreciar los clamores, y que sabia apreciar en lo que debía la ignorancia y los cortos alcances de aquellos con quienes tenia que entenderse para que pudiesen influir en lo mas mínimo en el cambio de sus proyectos.

Fernando de Talavera cumplió su palabra. Como confesor de la reina, tenia derecho á entrar á todas horas en sus habitaciones. Satisfecho del resultado de la conferencia que acababa de celebrarse, pasó en el momento á ver á Isabel, y segun costumbre, fué admitido en el acto á su presencia. La reina escuchó con pesar y sentimiento el informe, pues ya principiaba á tomar á pechos aquella extraordinaria expedicion; mas el arzobispo gozaba de una grande influencia, é Isabel sabia que él era sinceramente decidido por ella.

—Esto es, señora, llevar la presuncion hasta la insolencia, continuó el prelado irritado despues de haber hecho su relacion. ¿Pues no vemos ahí á un mendigo, á un aventurero, solicitando unos honores y una autoridad que solo á Dios pertenece y á los principes, ungidos por él? ¿Quién es ese tal Colon? Un genovés desconocido, tan poco noble como modesto, que no ha prestado servicio alguno, y se atreve á elevar pretensiones que hasta un Guzman titubearia emprender.

—Pero es un buen cristiano, santo prelado, respondió Isabel con dulzura; parece que solo piensa en el servicio y en la gloria de Dios, y en trabajar por el engrandecimiento de la iglesia visible y católica.

—Es cierto, señora; pero en esto puede haber algun artificio.

—Yo no creo que el señor Colon sea artificioso, porque no suele encontrarse muy á menudo un lenguaje tan franco, una fisonomia tan noble, aun entre los hombres mas poderosos. El está socilitando de nosotros hace muchos años, y, sin embargo, no se le puede echar en cara con justicia la mas minima bajeza.

—Yo no quisiera juzgar con demasiada severidad el corazon de ese hombre, doña Isabel; pero séanos permitido hacerlo libremente de sus actos y pretensiones, y reconocer hasta qué punto pueden estar conformes con la dignidad de vuestras dos coronas. Confieso que su aire



es grave, que sus discursos son dignos de aplauso, que no se nota ligereza en su conversacion ni en sus maneras, y esto seguramente es una virtud, segun lo que observamos en las córtés. —sonrióse Isabel, mas no respondió, porque su guia espiritual tenia costumbre de criticar con entera libertad, y ella de escucharle humildemente, —en las córtés, en donde el mundo no suele mostrar sus mas puros modelos de desinterés y de devocion; mas sin embargo, aquella virtud puede ser tambien exterior y no existir en el fondo de nuestra alma, y por consiguiente no hacernos dignos del cielo. ¿De qué sirve ostentar un aire de decoro y gravedad si tiene por principio un excesivo orgullo y una codicia desenfadada? Pues la ambicion es un término demasiado elevado para pintar deseos tan desmesurados. Reflexionad, señora, en la naturaleza de las condiciones del señor Colon. Exige que se le conceda para siempre el elevado rango de virey, no solo para él sino para todos sus descendientes, con el título y autoridad de almirante de todos los mares que rodean esos paises de que tanto habla, si llega á descubrir alguno; y esto aun antes de consentir en aceptar el mando de algunos navios de VV. AA., grado que ya seria demasiado honroso para un hombre de tan escasa importancia. Si sus extravagantes esperanzas llegan á realizarse, y todas las probabilidades están porque no sucederá así, la recompensa que exige es muy superior á sus servicios, al mismo tiempo que, si sale mal, Castilla y Aragon se pondrán en ridiculo, y se echará en cara á VV. AA. el haberse dejado engañar por un aventurero. Por último, gran parte de la gloria de la conquista de Granada vendria á marchitarse con tan desgraciado suceso.

—Marquesa, hija mia, dijo la reina volviéndose hacia la amiga cuya fidelidad tenia tan probada, y que estaba cosiendo á su lado, las pretensiones de Colon parece que escenden realmente los limites de la razon.

—Pero tambien la empresa, señora, excede todos los limites conocidos, respondió doña Beatriz dirigiendo una ojeada á Mercedes: los nobles esfuerzos exigen nobles recompensas.

La mirada de Isabel siguió la de su amiga, y vino á fijarse durante unos instantes en el pálido rostro de la pupila, su favorita. La bella castellana bien conocia la atencion de que estaba siendo objeto, pues una muger que habia sabido penetrar su secreto, podia tambien con la mayor facilidad descubrir la viva inquietud con que aguardaba el resultado de aquella conversacion. La opinion de su confesor habia parecido á Isabel tan razonable, que estaba á punto de prestar su aprobacion al informe de los comisionados, y de renunciar completamente á las secretas esperanzas que ya principiaba á fundar en el éxito de los proyectos del navegante, cuando un sentimiento mas tierno, un sentimiento propio únicamente de su corazon y de su sexo, la indujo á dar otro paso mas con el genovés. Los deseos formados por el amor de Mercedes de Valverde, fueron la causa influyente de la resolucion adoptada por la reina en tan critico momento, pues raro hubiera sido que una muger fuese insensible á la simpatia que nace de los sentimientos del corazon.

—No debemos, pues, obrar con respecto al genovés, señor arzobispo, ni con dureza ni con precipitacion. El es franco y piadoso, y estas son dos virtudes que los soberanos deben aprender á apreciar. Sus peticiones á la verdad son exageradas; pero esa exageracion es un resultado de los largos años que ha pasado reflexionando acerca de su gran proyecto, único objeto de todos sus pensamientos: tal vez el lenguaje de la dulzura y de la razon le haga ser mas moderado. Que se le hagan, pues, otras proposiciones de nuestra parte, y la necesidad quizá, ya que no un sentimiento de justicia, le hará sin duda aceptarlas. Convento en que la consideracion de virey es de aquellas que la politica de los principes no otorga así como se quiera; y como vos decis con razon, santo prelado, el diezmo es una prerogativa del clero;

pero él puede reclamar justamente el título de almirante. Proponedle, en fin, la décima quinta parte de las rentas en lugar de la décima, y aun la categoria de virey para sí, con el mayor gusto mio y de don Fernando, pero que es preciso que renuncie á esta pretension para su posteridad.

Fernando de Talavera aun encontraba estas condiciones demasiado escasas, mas á pesar de que ejercia sus funciones de confesor con completa autoridad, conocia demasiado bien el carácter de Isabel para que se atreviese á replicar á una orden, una vez dada por ella, por mas que lo hubiera verificado con el tono de dulzura que le era propio. Despues de haber recibido algunas otras instrucciones y el consentimiento del rey, que trabajaba en un gabinete inmediato, el prelado marchó á desempeñar esta nueva comision.

Trascurrieron dos ó tres dias antes de que se terminase aquella negociacion: mas al fin, una mañana, estando la reina rodeada de su círculo privado, su confesor pidió permiso para presentarse á ella. Traia las mejillas encendidas, el aire agitado y todo su exterior parecia tan lleno de turbacion, que el mas indiferente espectador lo hubiera apercibido.

—¿Qué es esto, señor arzobispo? preguntó la reina. ¿Acaso vuestro nuevo rebaño os ha dado margen á algun disgusto? ¿Es difícil, quizá, tenerse que entender con esos infieles?

—No es nada de eso, señora, nada que tenga relacion con mis nuevas ovejas. Yo estoy persuadido de que los mismos sectarios del falso profeta son menos intratables que ciertas gentes que pretenden profesar la religion de Jesucristo. Colon es un loco, es mas á propósito para pasar por un santo entre los musulmanes que para ser solamente piloto al servicio de VV. AA.

Al oír semejante trasporte de indignacion, la reina, la marquesa de Moya y doña Mercedes de Valverde dejaron caer á un tiempo su labor y miraron al prelado con el mayor interés. Ellas confiaban que las dificultades que aun se oponian á un arreglo definitivo se zanjarian, y que llegaria por fin el momento en que aquel ser, que, á pesar de lo atrevido y extraordinario de sus proyectos, habia logrado inspirar tanto interés, emprenderia su viaje con el objeto de resolver aquellos problemas que tenian suspendido el ánimo de todos y escitada su curiosidad; pero lo que el arzobispo acababa de decir pareció poner un término súbito é imprevisto á su esperanza, y mientras que doña Mercedes sentia una especie de desesperacion que le desgarraba el corazon, la reina y doña Beatriz no podian ocultar su disgusto.

—¿Pero habeis explicado bien al señor Colon la naturaleza de nuestras proposiciones, señor arzobispo? preguntó la reina con una severidad que no tenia de costumbre. ¿Insiste aun en sus pretensiones de vireinato, con la degradante condicion de que sea transmisible á sus descendientes?

—Si, señora. Aunque Isabel de Castilla tuviera que tratar con Enrique de Inglaterra ó con Luis de Francia, ninguno de estos dos monarcas era capaz de tomar un tono tan altanero, ni de mostrar mas inflexibilidad en sus pretensiones que el tal aventurero genovés. No quiere absolutamente modificar lo mas mínimo. Aquel hombre se considera como el elegido de Dios para conseguir ciertos fines, y todos sus discursos y sus pretensiones son de tal naturaleza, que solo podrian convenir á un ser que se sintiese sostenido en su conducta por todo el poder del cielo.

—Semejante constancia tiene su mérito, dijo la reina; pero tambien hay limites en las concesiones. Nada mas tengo ya que decir en favor del señor Colon: lo abandono á la suerte que cabe ordinariamente á una opinion escasamente pagada de sí misma, y de sus extravagantes pretensiones.

Tales palabras parecieron poner el sello al destino de Colon en Castilla. El arzobispo recobró su calma, y despues de haber hablado privadamente con la reina al-

gunos instantes, salió de la estancia. Poco despues Cristóbal Colon, como le llamaban los españoles, Colomb, como él mismo se llamaba en lo sucesivo, recibió, como respuesta definitiva, la noticia de que sus proposiciones habian sido desechadas, y que la negociacion relativa á su proyectado viage estaba rota.

## CAPITULO VIII.

Trascurrieron los primeros dias del mes de febrero, época en que ya el tiempo comienza á presentarse agradable, y en que parece que se respira la primavera. Durante la conversacion que se refiere al fin del capitulo precedente, unos siete ú ocho individuos, llevados de lo hermoso del dia, y moralmente conducidos por otro motivo mas elevado, hallábase reunidos delante de la puerta de una de aquellas casas de Santa Fé que fueron construidas para alojar al ejército durante el sitio de Granada. La mayor parte de aquellos españoles eran hombres graves y de cierta edad; sin embargo, Luis de Bobadilla tambien estaba entre ellos, y se distinguia asimismo en el grupo la elevada figura y el digno continente de Colon. Estaba este vestido como de viage, y una soberbia mula andaluza preparada para montar la hallábase á dos pasos de alli. Al lado de la mula veíase un hermoso caballo, que daba á entender que el que iba á marchar debía sin duda tener otro compañero de viage. Entre estos españoles podia distinguirse á Alonso de Quintanilla, contador general del reino de Castilla, amigo constante del navegante, y Luis de Santo Angel, recaudador de rentas eclesiásticas del reino de Aragon, uno de los mas firmes apoyos de Colon, que le habian convertido á sus opiniones convenciénndole de su exactitud filosófica y de lo adecuado de sus ideas.

Estos dos últimos acababan de tener con el navegante una animada conversacion, mas ya terminada aquella discusion, el señor de Santo Angel, que unia á sus sentimientos generosos una ardiente imaginacion, exclamó con impetu:

—Por el brillo de ambas coronas, no era así como esto debia concluir. ¡Pero, adios, señor Colon, Dios os tenga en su santa guarda, y os conceda en lo sucesivo jueces mas entendidos y menos prevenidos contra vos! El pasado no puede causarnos á nosotros mas que vergüenza y pesar; mas por á lo que á vos hace, el porvenir es aun un secreto del destino.

Todos, entonces, se despidieron de Colon, excepto Luis de Bobadilla. Cuando los demas se hubieron marchado, el genovés montó en su mula, acompañóle don Luis á caballo, atravesando así las calles de la ciudad, llenas de un inmenso pueblo. No hablaron una sola palabra hasta que estuvieron en el campo, y si solo se le escaparon á Colon algunos suspiros como á un hombre abrumado por el pesar. Sin embargo de esto, la calma reinaba en su frente, su apostura era noble y digna, y sus ojos brillaban con aquel inestinguible fuego que se alimenta en el alma.

Cuando hubieron traspasado las puertas, volvióse Colon hácia don Luis, y le dió gracias por su compañía; pero con una atencion que le honraba, añadió:

—Aunque estoy reconocido al honor que me dispensa un jóven de tan ilustre cuna y de tan grandes esperanzas, no debo tampoco olvidar lo que á vos mismo es debido. ¿No habeis observado, cuando atravesábamos las calles, á ciertos españoles que me señalaban con el dedo con aire de desprecio?

—Si, señor, replicó Luis pintándose en sus megillas un sentimiento de indignacion, y si no hubiera temido disgustaros, yo les hubiera embestido con mi caballo, á falta de lanza con que ensartarlos.

—Habeis hecho muy bien en conteneros; pero esos son hombres, y sus opiniones individuales forman la opinion pública. Yo no considero que el nacimiento ó las circunstancias establecen entre ellos muy marcadas distinciones, aunque pueda haber variedad en el modo

de espresarlas. Hállanse espíritus vulgares entre los nobles, y espíritus elevados entre las clases mas ínfimas. La prueba de aprecio que me dais en este momento será para muchos objeto de burla y de desprecio en la córte de los dos soberanos.

—¡Veremos á ver, señor, quién es el que se atreve á hablar de vos con ligereza en presencia de Luis de Bobadilla! Nuestra raza no se distingue, ciertamente, por la paciencia, y los castellanos tenemos comunmente la sangre muy caliente.

—Sentiria mucho que ningun otro mas que yo tirase de la espada para defenderme. Pero si hemos de darnos por ofendidos de todos aquellos que piensan y hablan sin fundamento, seria preciso estar toda la vida espada en mano. Dejad que se diviertan los jóvenes nobles, mas no me deis ocasion de que tenga que arrepentirme de vuestra amistad.

Hizole Luis las mayores protestas; pero en el mismo instante, y como si sus rebeldes pensamientos quisieran volver al mismo objeto á pesar suyo, añadió:

—Vos hablais de los nobles como si fuesen una clase muy diferente de la vuestra: á la verdad, señor Colon, ¿vos sois noble?

—¿Y decidme, jóven, variarian acaso vuestras opiniones y vuestros pensamientos si os respondiese negativamente?

Las megillas de don Luis se cubrieron de rubor, y no pudo menos de arrepentirse al momento de su pregunta; pero volviendo á recobrar en el acto su carácter de franqueza y de generosidad, respondió sin reserva y sin doblez:

—¡Por San Pedro, mi nuevo patron! Yo quisiera que fuérais noble, señor, aunque no fuera mas que por el honor que habria de reportar nuestra órden. Hay entre nosotros tanta gente que no hace honor á sus espuelas, que vos seriais una adquisicion que no tendria precio.

—Solo se ven mudanzas en el mundo, señor, replicó Colon sonriendo. Las estaciones se van cambiando sucesivamente; el dia reemplaza á la noche; los cometas aparecen y desaparecen; los monarcas se vuelven súbditos y los súbditos monarcas; los nobles no saben si quiera lo que han sido sus antepasados, y los plebeyos se elevan hasta la nobleza. Existe entre nosotros una tradicion de que en otro tiempo perteneciamos á la clase privilegiada; mas el tiempo y la mala fortuna nos han hecho descender á los mas humildes empleos. ¿Acaso podré perder el honor de ser acompañado por don Luis de Bobadilla en ningun viage, si soy mas feliz en Francia que en Castilla, tan solo porque su comandante ha perdido la ejecutoria?

—Ese seria un motivo indigno de mí, señor, y así es que me apresuro á prevenir vuestro desprecio. Pero como estamos á punto de separarnos por algun tiempo, os quiero pedir permiso para abrirlos completamente mi corazón. Cuando oí por primera vez hablar de semejante viage, la primera idea que me ocurrió fué que eso solo podia ser el proyecto de un loco...

—¡Ah! don Luis, exclamó Colon meneando la cabeza con aire melancólico, esa opinion ha tomado demasiado cuerpo, y temo mucho que Fernando de Aragon y ese orguloso prelado que acaba de decidir la cuestion piensen del mismo modo.

—Yo os suplico que me perdoneis, señor, si he podido decir alguna cosa que os haya causado un recuerdo penoso; pero conforme fui en otra ocasion injusto con respecto á vos, me hallo pronto en el dia á haceros una reparacion como la vais á ver ahora mismo.—Cuando busqué vuestro conocimiento y principié á escuchar vuestros discursos, era con el designio de divertirme con las estravagancias de un loco. No creais que he cambiado repentinamente de opinion hasta el punto de admitir la exactitud de vuestras teorías; pero en breve me he convencido de que era un gran filósofo, un hombre dotado de un profundo criterio el que habia reflexionado sobre este negocio. Así hubiera permanecido á no mediar



una circunstancia del mayor interés para mí. Habeis de saber, señor, que, aunque oriundo de una familia la mas antigua de España, y disfrutando magníficos estados, acaso he podido no corresponder á las esperanzas que habian concebido de mí los que estuvieron encargados del cuidado de mi juventud, y...

—Esos detalles no son necesarios, noble señor.

—Dispensadme. ¡Por San Lucás! Es preciso que os lo diga todo. Pues, señor, hay en mí dos grandes pasiones, pasiones en las cuales se hallan reconcentradas todas mis ideas. La una es un deseo desenfrenado de correr mundo, de visitar los países éstrangeros y examinarlos libre del yugo de la etiqueta, y en fin, viajar por mar y recorrer todos los puertos que le circundan. La otra pasion es mi amor á Mercedes de Valverde, la mas hermosa, la mas tierna, la mas amable de todas las doncellas de Castilla.

—Y ademas, la mas noble, dijo Colon sonriendo.

—Señor, repuso gravemente don Luis, yo no me burlo cuando hablo del ángel de mi guarda. No tan sólo es noble y á propósito por todos estilos para honrar mi casa, sino que la sangre de los Guzmanes corre por sus venas. Pero he perdido el favor de muchas personas y hasta el de mi amable señora cediendo á la inclinacion de correr el mundo. Mi misma tia, que es su tutora, no mira con muy buenos ojos que yo haga la corte á su pupila. Doña Isabel, cuya menor palabra es una ley para las mas nobles doncellas de su corte, tiene tambien sus preocupaciones, y me ha sido preciso tratar de conseguir su buena opinion para poder lograr la mano de doña Mercedes. He pensado, pues, (Luis no hubiera hecho traicion á su señora por nada en este mundo confesando que era ella quien le habia sugerido el pensamiento) he pensado que si mi aficion á las aventuras la empleaba en alguna noble empresa, tal como la que vos proponeis, lo que ha parecido un defecto á los ojos de la reina, podria acaso parecerle un mérito, y que todas las demas personas juzgarian seguramente segun la reina. Con esta esperanza me dediqué á veros y trataros con frecuencia, y por último, la fuerza de vuestros argumentos concluyó de verificar mi conversion. Al presente no existe un eclesiástico que esté mas convencido de la infalibilidad del jefe de la iglesia que yo lo estoy de que el camino mas corto para llegar á Cathay es atravesando el Atlántico, y ningun lombardo está mas persuadido de que su Lombardia es plana, que yo lo estoy de que esta nuestra querida tierra es un globo.

—Hablad con mas respeto de los ministros del altar, señor, dijo Colon haciendo la señal de la cruz; no conviene usar de tanta ligereza cuando se trata de sus santas funciones. Con que, por lo visto, añadió sonriendo, tengo que agradecer mi discipulo á dos poderosos agentes: el amor y la razon; el amor, como mas poderoso, ha superado los primeros obstáculos, y la razon ha triunfado por último, como tiene de costumbre, porque generalmente el amor triunfa desde luego y la razon viene despues.

—No negaré, señor, el poder del amor: lo conozco demasiado bien para rebelarme contra él. Ya sabeis, pues, mi secreto, y cuando os haga conocer mis intenciones lo sabreis todo.

Don Luis, descubierta la cabeza y levantados los ojos al cielo, añadió:

—Hago solemne juramento de acompañaros en vuestro viage, dándome de él aviso anticipadamente, desde cualquier punto que salgais, sea el que sea el buque que hayais escogido, y en cualquiera época que lo determineis. Obrando así espero desde luego servir á Dios y á su iglesia, ver despues el Cathay y todos los demas países remotos y llenos de maravillas; y por último, obtener la mano de doña Mercedes de Valverde.

—Acepto vuestra palabra, señor, repuso Colon admirado de su entusiasmo y su franqueza; pero creo que hubiérais reproducido mas fielmente vuestros pensamientos si hubiéseis trastornado el orden de los motivos,

habiendo puesto en primer lugar el que habeis colocado en el último.

—Dentro de algunos meses seré dueño de mi fortuna, dijo el jóven demasiado ocupado en sus pensamientos para prestar atencion á lo que el navegante acababa de decirle, y entonces solo las órdenes solemnes de la misma doña Isabel podrán impedirnos adquirir al menos una caravela, y será preciso que mis bienes hayan estado bien mal administrados durante mi minoria sino podemos adquirir hasta dos. Yo no soy súbdito de Fernando; yo estoy al servicio de la reina primogénita de la casa de Trastámara, y el helado fallo del rey no podrá tener influencia sobre mí.

—Eso es hablar con generosidad, y tales sentimientos son muy propios de un ánimo jóven, noble y emprendedor; pero vuestro ofrecimiento no puede ser aceptado. No sentaria bien á Colon el hacer uso de esa oferta hecha por un jóven tan confiado y por una cabeza de tan poca esperiencia. Mas todavia se oponen mayores obstáculos. Es preciso que mi empresa cuente con el apoyo de algun poderoso principe. El mismo Guzman no se ha creído suficiente autoridad para tomar sobre su responsabilidad tan vasto proyecto. Si llegásemos á hacer nuestros descubrimientos sin aprobacion de un gran monarca, habriamos trabajado para los demas; careceriamos de garantia para nosotros mismos; Portugal ó cualquiera otra potencia nos arrebataria todo el fruto de nuestros esfuerzos. Yo conozco que estoy destinado para esta grande obra; pero debe ejecutarse de una manera conveniente á la magestad del pensamiento que la inspira y á la sublimidad de su objeto. Pero, don Luis, aqui es preciso separarnos. Si mis pretensiones tuviesen mejor éxito en la corte de Francia, recibireis noticias mías, pues nada deseo mas que contar para sostener mi empresa con un corazon y unos brazos como los vuestros. Sin embargo, vos no debeis perjudicaros inconsideradamente para vuestro porvenir, y es bien sabido que yo he sido desgraciado en Castilla; por lo tanto, pudierais seros desventajoso el que se sepa que aun conservais relaciones conmigo, y por esto os repito que es preciso que nos separemos.

Luis protestó que le era absolutamente indiferente todo lo que de él pudieran pensar; pero Colon, como mas experimentado, y á pesar de que él sabia sobreponerse á los clamores del pueblo en lo que tocaba á su persona, experimentaba una generosa repugnancia en consentir que aquel jóven tan lleno de confianza sacrificase sus esperanzas á la amistad que le profesaba. Diéronse, pues, mutuamente el mas cordial adios, y el navegante no pudo menos de comoverse en estremo viendo la emocion sincera que el jóven no pudo contener al separarse de él. Se despidieron á una media legua de la ciudad, y cada uno marchó en opuesta direccion, no pudiendo menos don Luis de llenarse de indignacion al considerar la manera poco digna con que su nuevo amigo habia sido tratado, como no faltaban razones para pensarlo.

Muy distintas ideas ocupaban á Colon mientras que continuaba su emprendido viage. Por espacio de siete eternos años habia estado solicitando de los monarcas y de los nobles de España que le prestasen apoyo en su empresa, y durante ese tiempo, ¡qué de miserias, desprecios, burlas, y hasta odios no tuvo que arrostrar con paciencia antes que renunciar á tratar de aprovecharse de la ligera impresion favorable que habia logrado hacer en algunos ánimos generosos y mas ilustrados de aquella nacion! Habia ganado su pan trabajando, mientras que pedia á los grandes le ayudasen para hacerlos aun mas poderosos de lo que eran; habia acogido con júbilo cada rayo de esperanza que se le presentaba por insignificante que fuese, y habia, en fin, sufrido cada desengaño con una constancia propia únicamente de un espíritu tan elevado como el suyo; pero aun le quedaba que pasar la mas cruel de todas sus aficciones. Cuando Isabel le llamó segunda vez despertóse en él una confianza que jamás habia experimentado, y habia aguardado la conclu-

sion del sitio de Granada con aquella tranquila dignidad que convenia asi á sus proyectos como á su filosofía. La ocasion habia llegado en fin: ¿y que fué lo que produjo? La destruccion de todas sus esperanzas. El habia llegado á creer que sus razones habian sido comprendidas, que se apreciaba su carácter, y que la importancia de sus proyectos era de todos reconocida; pero en lugar de ser asi se le tenia por un visionario, se desconfiaba de sus intenciones, se desechaban con desprecio sus ofrecimientos. En una palabra, la brillante esperanza que durante tantos años le habia sostenido acababa de desvanecerse en un solo dia, y la confianza, tan buena como engañosa, que un instante de favor le habia inspirado, solo servia para hacerle mas amargo su desengaño.

No pareciera, pues, extraño que cuando se viese solo en el camino real le abandonase casi su valor á aquel hombre extraordinario, y se viese obligado á implorar socorro de un poder superior al de los hombres. Dejó caer su cabeza sobre el pecho, y experimentó uno de esos momentos de amargura en que la imaginacion se ocupa de lo pasado para renovar todos los sufrimientos, y del porvenir para no ver en él el mas mínimo motivo de consuelo ni esperanza. El largo tiempo que habia perdido en España parecia una tachá en su existencia, y tras de esto veia la probabilidad de un nuevo tiempo de prueba, quizá mas largo que el primero, y cuyo resultado tal vez no fuese mas satisfactorio. Habia ya cumplido sus 60 años, y le parecia que se le iba á escapar la vida sin que se hubiese cumplido su gran proyecto. A pesar de todo, su fuerza de resolucion no quedó desmentida. No pensó ni un solo instante en rebajarse lo mas mínimo de lo que él creia serle debido, ni concibió la mas pequeña duda acerca de la posibilidad de salir adelante con la grande empresa que era para muchos un objeto de burla. Cuando mas desgarrado se sentia su corazon, otro tanto valor iba cobrando.

—Existe un Dios sabio, misericordioso, y que todo lo puede, esclamó alzando sus ojos al cielo, él sabe lo que conviene á su gloria, y en él pongo toda mi esperanza.

Un instante de silencio siguió á estas palabras: sus ojos brillaron, una imperceptible sonrisa apareció en su grave rostro, y añadió:

—Sí, Dios escoge su tiempo, el infiel será iluminado, y el santo sepulcro se verá libre.

Después de este rasgo de entusiasmo, aquel ser extraordinario, cuyos cabellos habian tomado ya el color de la nieve á fuerza de cuidados y de fatigas, prosiguió su camino con aquella impasible dignidad del hombre que juzga no haber sido creado para nada y que espera de Dios se cumpla su porvenir. Si algunos suspiros exhalaba de cuando en cuando su pecho, en nada turbaban la tranquilidad de su inalterable fisonomía. Si acaso el dolor y los desengaños pesaban aun sobre su corazon, allí encontraban una base sólida que podia muy bien sostenerlos.

Dejando, pues, á Colon seguir el camino ordinario á través de la Vega, daremos la vuelta á Santa Fé, en donde Fernando é Isabel habian establecido de nuevo su córte después de haber permanecido algunos dias en su reciente conquista.

Luis de Santo Angel era un hombre que sentia vivamente y que seguia por sí solo los impulsos de la generosidad: era uno de esos seres raros que marchan delante de su siglo y que permiten á su razon ilustrarse con su imaginacion, mas no deslumbrarla. Después de haberse separado de Colon, como ya dejamos dicho, en compañía de su amigo Alonso de Quintanilla, se dirigieron al pabellon de los soberanos hablando de aquel grande hombre, de sus vastos proyectos, de la manera con que se le habia tratado y de la vergüenza que cubriría á la España si le dejaba marchar definitivamente de tal modo. Franco siempre para espresarse el recaudador de las rentas eclesiásticas media bien poco sus palabras, y en aquella ocasion cada una de ellas que pronunciaba hallaba un eco en el corazon del contador general, inti-

mo amigo del célebre navegante. Cuando hubieron llegado al pabellon ya habian resuelto hacer un vigoroso esfuerzo para determinar á la reina á que accediese á todas las demandas de Colon y le volviese á llamar á su presencia.

Isabel admitia sin gran dificultad á aquellos de sus servidores á quienes mas estima dispensaba y cuyo celo le era bien conocido. En aquel siglo, tan exageradamente ceremonioso por muchos estilos, todo estaba sujeto en la córte de Castilla, como en todas las demas, á una rígida etiqueta: mas el carácter tan sencillo de la reina hacia participar á cuanto la rodeaba de una gracia tan natural, que venia á hacer inútil y aun casi impracticable todo lo que no fuesen las simples fórmulas, á escepcion de aquellas cosas que tienen relacion con la corte-sia y delicadeza. Los dos amigos que solicitaban una audiencia gozaban de su favor, y en el acto accedió á su demanda con aquella franqueza que solia manifestar siempre que creia poder hacer en ello un servicio á cualquier persona de su aprecio.

Cuando Luis de Santo Angel y Alonso de Quintanilla se presentaron ante la reina, hallábase esta rodeada del corto número de damas que formaba su círculo privado, entre las cuales se contaban la marquesa de Moya y doña Mercedes de Valverde. El rey estaba á la sazón en su gabinete, ocupado, segun costumbre, en formar cálculos y dar órdenes y disposiciones. El trabajo de gabinete constituia todo el recreo y la distraccion de Fernando, y nunca parecia mas satisfecho que cuando acababa de dar salida á un cúmulo de negocios que hubiera sido para cualquier otro hombre una pesadísima carga. Era un héroe cuando empuñaba la espada, un guerrero al frente de sus ejércitos, un sabio en el consejo, en fin, un príncipe digno de respeto, ya que no grande en todas sus cosas, al menos en las razones que le impulsaban á obrar.

—¿Qué tienen, pues, que pedirme el señor Santo Angel y el señor Quintanilla para venir á verme tan temprano? dijo Isabel sonriendo de un modo que les garantizaba que su peticion seria atendida; vosotros no tenéis la costumbre de solicitar, y la hora es un poco inusitada.

—Cualquier hora es á propósito, doña Isabel, cuando se trata, no de pedir un favor, sino de concederlo, respondió sin ceremonias don Luis de Santo Angel. Nosotros no venimos á pedir nada para nosotros mismos: venimos solo á hacer presente á V. A. la manera con que podria enriquecer la corona de Castilla con joyas mas brillantes que ninguna de todas las que en el dia posee.

Sorprendióse Isabel de las palabras de don Luis, del tono con que las pronunció y del desembarazo con que se explicaba; mas como ya acostumbrada á sus maneras, no se turbó su calma ni dió señal alguna de disgusto.

—¿Pues qué, hay todavía algun reino que conquistar á los moros, preguntó, ó el recaudador de las rentas de la iglesia intenta acaso que hagamos la guerra á la Santa Sede?

—Yo quisiera que V. A. aceptase con reconocimiento los beneficios que el cielo está dispuesto á concederlos en lugar de rechazarlos con ingratitud, contestó Santo Angel besando con un respeto y un cariño que hacia olvidar la libertad de sus palabras la mano que la reina le presentaba. Sepa V. A. que el señor Cristóbal Colon, cuyos grandes proyectos habian inspirado tan elevadas esperanzas á los españoles, ha tomado una mula y ha abandonado á Santa Fé.

—Me lo esperaba, señor, aunque todavía ni sabia que hubiese marchado. El rey y yo encargamos de este negocio al arzobispo de Granada y á algunos otros de nuestros fieles consejeros, y han hallado las condiciones del genovés de tal modo extravagantes, y sus pretensiones llenas de una arrogancia tan excesiva y tan fuera de razon, que no convenia en manera alguna ni á nuestra dignidad ni á nuestros deberes el aceptarlas. Un hom-



bre que ha concebido un proyecto de tan dudosos resultados debe mostrarse mas moderado en los preliminares. No falta tampoco quien le tenga por un visionario.

—No es seguramente un hombre que anda con engaños, señora, el que renuncia á todas sus esperanzas antes que sacrificar su dignidad. Colon está convencido que va á proporcionar imperios, y negocia en consecuencia como hombre que conoce la importancia de semejante empresa.

—El que hace poco caso de sí mismo en un negocio grave, añadió Alonso de Quintanilla, no debe prometerse un lugar muy distinguido en la estimacion de los demas.

—Y ademas, mi bondadosa y amada soberana, repuso Santo Angel sin dejar á Isabel tiempo para contestar, el carácter de ese hombre y el valor de sus proyectos pueden apreciarse por el premio que él pide á sus servicios. Si llega á conseguir su objeto, ¿el descubrimiento que él haga no eclipsará á todos los que se han verificado desde el principio del mundo? ¿No es acaso nada dar la vuelta á la tierra y probar por este medio la sabiduria de Dios, seguir al sol en su diario curso é imitar el movimiento de tan esplendoroso astro? ¿Y las incalculables ventajas que habrán de reportar Castilla y Aragon? Es muy extraño que una princesa que, como vos, ha dado pruebas de un ánimo esforzado y poco comun en todas ocasiones, retroceda ahora ante tan colosal empresa.

—Hablais con calor, mi buen Santo Angel, repuso Isabel con una sonrisa que hacia conocer que estaba lejos de encolerizarse, y cuando se habla asi, es muy fácil que no se olvide de todo. Puesto que el feliz éxito de la empresa de Colon nos promete honra y provecho, ¿á qué nos espondremos si aquella se frustra? Suponed por un instante que el rey y yo hacemos marchar á Colon con la consideracion de virey perpétuo de los paises que descubra, y que no llegue á descubrir ninguno: entonces la prudencia de nuestros consejos podria ponerse en cuestion, y la dignidad de ambas coronas se veria comprometida sin fruto alguno.

—Reconozco en eso la mano del arzobispo. Ese prelado no ha creído jamás en la exactitud de las teorías del navegante genovés, y es cosa bastante fácil encontrar objeciones por ese estilo á una empresa contra la cual se está prevenido. Mas la gloria, señora, no se obtiene sino arriesgándose: vea V. A. á nuestros vecinos los portugueses. ¿De cuánto no les han servido sus descubrimientos, y de cuanto mas no podrán servirnos á nosotros? Sabemos que la tierra es redonda...

—¿Estamos bien seguros de eso, señor? preguntó el rey, que llevado del tono animado de Santo Angel habia dejado su gabinete adelantándose sin ser visto de nadie. ¿Esa verdad está bien probada? Nuestros doctores de Salamanca anduvieron divididos acerca de esa cuestion, y á la verdad no me parece muy clara.

—Señor, si no es redonda, dijo Santo Angel volviéndose para mirar á Fernando como un cuerpo de infanteria hace un cuarto de conversion para cambiar de frente, ¿qué otra forma puede tener? Cualquiera doctor, sea de Salamanca ó de otra parte, ¿podrá sostener que la tierra es una vasta llanura que tiene sus limites, y que se puede llegar á ellos y saltar por encima del sol cuando se haya puesto? ¿Será esto acaso razonable? ¿Está por ventura conforme con la Escritura?

—¿Cualquiera doctor, sea de Salamanca ó de otra parte, replicó Fernando, á pesar de que se conocia que no tomaba grande interés en esta discusion, sostendria que hay naciones que marchan cabeza abajo, en donde la lluvia cae de abajo arriba, y en donde la mar no sale de su lecho aunque no hay cosa que la detenga por debajo?

—Porque deseo obtener la explicacion de esos grandes misterios, don Fernando, es por lo que quisiera que Colon emprendiera en el momento este viage. Nosotros podemos observar, y hasta está demostrado, que la tierra es una esfera, y sin embargo, no vemos que el agua

se vierta por ninguno de los puntos de su superficie. El casco de un navio es un objeto algo mas de bulto que sus mástiles, y sin embargo, estos son los que primero se ven, lo cual prueba que el casco lo oculta la forma del agua. Estando esto reconocido, y habiéndolo presenciado cuantos han viajado por el Océano, ¿por qué, si la tierra es llana, el agua no llega á tomar nunca su nivel sobre nuestras costas? Pero si es redonda, debe haber medios de dar la vuelta por mar lo mismo que por tierra, y de hacer el viage por entero lo mismo que una parte de él. Colon se propone abrir el camino á semejante empresa, y el monarca que le suministre los medios vivirá en la memoria de nuestros descendientes como un principe mas ilustre y digno aun que un conquistador. Reflexionad, ademas, señor, que todo el Oriente está poblado de infieles, y que el jefe de la iglesia concede sus territorios á todo soberano cristiano que los saque de las tinieblas haciendo brillar sobre ellos las luces de la fé. Creedme, doña Isabel, si algun otro monarca otorga á Colon sus pretensiones y se aprovecha de las ventajas que deben reportar semejantes descubrimientos, los enemigos de España harán retremblar al mundo entero con sus cánticos de triunfo, y todo nuestro pais deplorará un error tan funesto.

—¿A dónde ha marchado el señor Colon? preguntó con viveza el rey habiéndose despertado en él súbitamente los celos políticos con las palabras de Santo Angel. ¿No habrá vuelto á Portugal?

—No, mi señor; va á dirigirse á Luis, rey de Francia, cuyo afecto al Aragon es tan generalmente conocido.

El rey murmuró algunas palabras entre dientes, y se puso á pasear de un lado á otro de la habitacion con aire de mal humor, porque si nadie era menos capaz que él de hacer un sacrificio sin que estuviese seguro de hallar en ello beneficio, la idea de que otro se aprovechase de una ventaja que él habia desperdiciado, lo ponía de repente bajo el imperio de los sentimientos que influian siempre en su política fria y calculadora. Con respecto á Isabel, el caso era enteramente distinto. Sus piadosos deseos habianse desde luego inclinado á la realizacion de los grandes proyectos de Colon, y su generoso carácter habia simpatizado con la noble concepcion, los vastos resultados morales y la gloria de la empresa proyectada. Su imaginacion y sus ideas religiosas, enteramente ocupadas con la guerra de Granada, le habian impedido únicamente examinar antes y por mas estenso las miras del navegante, y solo con una grande repugnancia habia cedido á los consejos de su confesor, rehuyendo las condiciones de Colon. Los mas tiernos sentimientos de su sexo influian asimismo en su ánimo, porque, al reflexionar todo cuanto acababa de oír, sus ojos recorrieron toda la estancia, viniendo á fijarlos por último en Mercedes que guardaba silencio por desconfianza de sí misma, pero cuya fisonomía expresiva brillaba con toda la elocuencia que el entusiasmo y el amor mas puro pueden inspirar á una jóven.

—Marquesa, hija mia, dijo la reina dirigiéndose á su fiel amiga, como lo hacia siempre que le ocurria alguna duda, ¿qué piensas de este colosal negocio? ¿Debemos humillarnos hasta el punto de volver á llamar á ese altivo genovés?

—No le llameis altivo, señora, pues me parece demasiado superior á semejante sentimiento; miradle mas bien como un hombre que sabe apreciar sus proyectos en lo que valen. Yo estoy enteramente conforme con el señor de Santo Angel, y pienso como él que seria un bochorno y un deshonor para Castilla si llegaba á descubrirse un nuevo mundo, que los que á ello hubieran contribuido pudieran señalar con el dedo á nuestra córte diciendo que habia tenido en su mano la gloria de aquel suceso, dejándolo escapar inconsideradamente.

—Y todo, añadió Santo Angel, por un simple título de dignidad, por un pedazo de pergamino, por un título que...

—No, no, replicó la reina, no faltan personas que piensan que los honores que Colon pretende escuderian con mucho á sus servicios, aunque lograrse el éxito mas completo que él puede figurarse.

—En ese caso, señora, esas personas ignoran completamente cuál es el objeto del genovés. Es preciso convenir en que no será uno de esos hechos que estamos viendo todos los días el probar prácticamente que la tierra que pisamos es un globo, aunque ya lo sepamos en teoría; y es preciso tambien reflexionar detenidamente las ventajas que proporcionarían esas posesiones orientales, de cuyo país vienen todas las riquezas, las perlas, la seda y los metales mas preciosos, y por último, la gloria de Dios vendrá á coronar y á completar todo lo demas.

Isabel hizo la señal de la cruz, sus mejillas se cubrieron de rubor, sus ojos brillaron, y su elevada estatura pareció aun alzarse por la magestad de los sentimientos que semejante cuadro hizo nacer en ella.

—Temo, Fernando, que nuestros consejeros hayan obrado con demasiada precipitación. Parece que la magnitud del proyecto podría justificar algunas concesiones mas que ordinarias.

Pero el rey no entraba de lleno en las liberales ideas de Isabel, pues él era mas lo mortificado que se sentía por el aguijón de los celos políticos, que lo conmovido que se hallaba de un generoso celo por los intereses de la iglesia ó de la ciencia. Fernando era generalmente reputado por un príncipe prudente, lo cual no prueba nada en favor de su generosidad ni de su justicia; sonrióse del entusiasmo de la reina, pero continuó leyendo un papel que un secretario acababa de entregarle.

—V. A. piensa, como doña Isabel de Castilla debe pensar cuando se trata de la gloria de Dios y del honor de su corona, dijo doña Beatriz usando de la libertad que su señora la permitía en su trato privado. Mejor quisiera oír pronunciar el llamamiento de Colon, que verme de nuevo aturdida con las aclamaciones de triunfo por una victoria contra los moros.

—Bis sé cuánto me amais, Beatriz, dijo la reina. Si no se hallase la franqueza en vuestro corazón, sería preciso que la decaída condicion del hombre no lograrse encontrar tal joya sobre la tierra.

—Todos os amamos y respetamos, señora, repuso Santo Angel, y solo aspiramos á la gloria de V. A. ¡Qué página mas brillante para la historia, señora, que aquella en que se estampe ese grande hecho de la rendición de los moros, seguido de otro aun mas importante todavía, como es el descubrimiento de un medio de comunicación rápida y fácil con las Indias, la propagación de la fé cristiana hasta remotos países, y un manantial inagotable de riquezas abierto para la España! Los frios y egoístas cálculos del hombre no bastan para los nobles proyectos de Colon; es preciso que su empresa obtenga el generoso apoyo de aquella que puede correr muchos riesgos por la gloria de Dios y el bien de la Iglesia.

—Señor de Santo Angel, me adulais y me haceis una ofensa al mismo tiempo.

—¡Señora, este es un honrado corazón, que deja ver su desengaño; este es un lenguaje que lleva su atrevimiento hasta un ardiente celo por el buen nombre de VV. AA. ¡Ah! ¡Si el rey Luis llega á conceder á Colon lo que aquí se le ha rehusado, la vergüenza no permitiré jamás que la pobre España vuelva á alzar su cabeza!

—Santo Angel, preguntó de repente el rey con el tono de autoridad que le era propio, ¿estais bien seguro de que el genovés ha partido para Francia?

—Lo sé de su propia boca, señor. Si, no cabe duda, él procura en este mismo instante olvidar nuestro dialecto castellano, y hace lo posible por habituarse al idioma francés. Son unos hipócritas, señora, unos hombres sin reflexion, fuertemente apegados á sus preocupaciones, los que no quieren reconocer la verdad de las teorías de Colon. Los antiguos filósofos racionaban del mismo modo, y aunque pueda parecer á los espiritus

encogidos que es una aventura atrevida y mal aconsejada el querer atravesar el inmenso Atlántico, si los portugueses no se hubieran atrevido á otro tanto, no hubieran descubierto sus islas. ¡Verdad de Dios! La sangre me hierve en las venas cuando pienso todo lo que han hecho esos lusitanos, mientras nosotros, habitantes de Aragon y Castilla, disputábamos á los infieles cuatro valles y algunas montañas, y sitiábamos su capital!

—¿Olvidais, señor, lo que se debe al honor de nuestros soberanos y á la gloria de Dios? exclamó la marquesa de Moya que tenía suficiente tacto para conocer, que en el ardor de su celo, el recaudador de las rentas de la iglesia se olvidaba de la debida reserva. La conquista de Granada es una victoria de la iglesia, y dará brillo á ambas coronas en todos los venideros siglos. El mismo jefe de la iglesia lo ha reconocido así, y todos los buenos cristianos deben hacer otro tanto.

—Si he hablado de ese modo, doña Beatriz, no es porque en manera alguna trate yo de rebajar aquel suceso, sino porque pienso en los infinitos millones de hombres que la empresa de Colon hará entrar en el gremio de la iglesia.

La marquesa, cuya viveza era tanta como el afecto que profesaba á la reina, le contestó con calor, y durante algunos minutos, ella, Luis de Santo Angel y Alonso de Quintanilla continuaron solos la discusión, mientras que Isabel conversaba con el rey, sin que nadie pudiera intentar tomar parte en su conversacion particular. La reina parecía hablar con energía, y demostraba evidentemente estar agitada, al pasó que Fernando conservaba la impassibilidad y circunspeccion que le eran habituales, á pesar de que todas sus maneras anunciaban el profundo respeto que Isabel le inspiraba hacia largo tiempo, y que ella consiguió conservar hasta su muerte. Así es que aquellos dos caracteres presentaban un cuadro familiar á los cortesanos, haciéndose notar el rey por su sagaz prudencia, así como la reina por su ardor generoso y sincero, siempre que algun motivo laudable se lo inspiraba. Aquella doble conversacion duró como una media hora, interrumpiéndose Isabel á menudo para escuchar lo que en el otro grupo se decía, y volviendo en seguida á tomar el hilo de sus argumentos con Fernando.

Por fin, la reina se separó de su esposo, que tomó un papel y se puso á leerlo con la mayor indiferencia, y dirigíase lentamente hácia el grupo de interlocutores que á la sazón y en voz alta manifestaban sus quejas, contando siempre con la indulgencia de Isabel.

La intencion que habia formado de contener con su presencia aquel ardor, desvaneciése, sin embargo, en un solo momento con una mirada que dirigió á Mercedes, que se hallaba sentada separada de los demas, con la labor sobre sus rodillas y escuchando atentamente la conversacion que habia impelido á sus compañeras á formar un círculo alrededor de los tres principales personajes de aquel grupo.

—¿No tomáis parte vos, hija mia, en esta animada discusión? dijo la reina deteniéndose un instante delante de la silla de nuestra heroína y fijando la vista en su fisonomía elocuentemente espresiva, ¿no os interesais ya en favor de Colon?

—Guardo silencio, señora, porque la modestia es propia de la juventud y de la ignorancia; mas no por eso creais que siento menos.

—¿Y cuáles son vuestros sentimientos, hija mia? ¿Pensais vos tambien que no pueden pagarse nunca bien los servicios del genovés?

—Ya que V. A. me dispensa la honra de preguntarme, respondió la amable jóven encendiéndose poco á poco la palidez de sus mejillas á medida que iba animándose al hablar, no titubearé en responderos. Yo creo que el cielo ha querido ofrecer tan notable empresa á los soberanos de Castilla en recompensa de cuanto han hecho y procurado por la religion y por la iglesia; creo



que una mano sobrehumana ha conducido á Colon á esta córte y le ha retenido por el largo espacio de siete años como en un yugo, antes que permitir que él desistiese de sus proyectos, y creo, por último, que este nuevo empuje en favor suyo mana de un poder irresistible.

—Sois una entusiasta, hija mia, y en particular en este asunto. Vuestros deseos contribuyen en gran parte á decidirme por prestar mi apoyo á tal empresa.

De este modo habló Isabel en unos momentos en que carecía de tiempo y de ánimo para analizar sus propios sentimientos, en los que influían una porcion de causas mas bien que una sola consideracion. Aquel golpe pasajero de cariño femenino hizo, sin embargo, en sus ideas algun efecto dándolas un giro mas favorable á Colon; llegó, pues, á reunirse con el grupo, que á su llegada se abrió respetuosamente, bien decidida á acceder á las súplicas de Santo Angel, que habia hablado con las mejores intenciones, si bien con excesivo calor. A pesar de esto, aun dudaba todavía, pues Fernando habia tenido la astucia de recordarle que su tesoro estaba exhausto por consecuencia de la última guerra.

—Marquesa, hija mia, dijo Isabel devolviendo ligeramente los saludos y reverencias que todos la dirigian, ¿persistís en creer aun que Dios haya elegido á ese Colon para llevar á efecto los grandes designios que tiene concebidos?

—Yo no digo precisamente eso, señora, aunque sí creo que el genovés ha concebido una idea algo parecida; pero pienso que el cielo no olvida á sus fieles servidores, y que, cuando quiere ejecutar grandes obras, escoge los instrumentos mas propios y adecuados al efecto. Sabemos que la Iglesia debe un dia dominar toda la tierra: ¿y por qué no habia de ser esta época, como otra cualquiera, la designada para ello? Las intenciones de Dios son un misterio, y la empresa que ha sido un objeto de burla para tantos hombres entendidos está quizá destinada á acelerar el triunfo de la Iglesia. No debemos olvidar sus humildes principios, los pocos hombres que, llamándose sabios, le han prestado su apoyo, y la elevacion gloriosa á que ha llegado. La conquista de los moros parece anunciar que el tiempo se ha cumplido, y la terminacion de su dominio de siete siglos puede quizá ser el principio de un porvenir mas venturoso.

Isabel miró sonriendo á su amiga, porque acababa de oír sus mismos secretos pensamientos en lo que la marquesa acababa de decir con tal entusiasmo; pero sus mas estensos conocimientos imponian mas discrecion á su celo.

—Es una imprudencia colocar el sello de la Providencia sobre tal cual empresa, marquesa hija mia, repuso la reina, y solo la Iglesia puede decir lo que debe tenerse por milagro y lo que solo debe atribuirse á obra de los hombres.

—Señor de Santo Angel, ¿qué cantidad necesitará Colon para intentar esta aventura á su gusto?

—Solo pide, señora, dos ligeras carabelas y tres mil coronas, cantidad que un jóven ligero de cascos consumiría en pocas semanas para sus placeres.

—La suma no es excesiva, convengo en ello, dijo Isabel, que cada vez estaba mas satisfecha de la nobleza de la empresa; mas tan módica como es, duda mucho el rey mi esposo que todo el dinero de nuestras arcas reunido, basté para aprontarla en el momento.

—¡Qué desgracia seria si se perdiese una ocasion semejante de servir á Dios, de extender los límites de la cristiandad y de hacer por la gloria de España, que carece en el dia de tan insignificante cantidad! exclamó Beatriz.

—Sí, efectivamente, continuó Isabel, cuyo rostro brillaba entonces con un entusiasmo tan vivo como el que coloreaba las mejillas de Mercedes.—Señor de Santo Angel, don Fernando no puede decidirse á entrar en este negocio como rey de Aragon, mas yo lo tomo sobre mis hombros como reina de Castilla y por el bien de mis queridos súbditos en todo aquello que pueda conve-

nir á sus intereses en este mundo. Si el tesoro real se halla exhausto, mis joyas dadas en garantía me proporcionarán la suma necesaria. Yo lo haré con el mayor placer antes que dejar marchar á Colon sin poner á prueba la verdad y la exactitud de sus teorías. El resultado es de una grande importancia para dar lugar á mas larga discusion.

Un grito de admiracion y entusiasmo se escapó á cuantos estaban presentes al ver á una princesa despojarse de los adornos de su persona por interés de la Iglesia y de sus súbditos. Mas el recaudador de las rentas eclesiásticas allanó todas las dificultades acerca del dinero, manifestando que sus arcas suministrarían aquella suma bajo la garantía de la corona de Castilla, y de este modo las joyas ofrecidas con tal generosidad podrían permanecer en poder de la reina.

—Ahora es preciso tratar de llamar á Colon, dijo la reina arreglados ya aquellos preliminares. Decís que ya está en camino; con que será preciso no perder tiempo para hacerle sabedor de esta resolucion.

—V. A. tiene aqui un correo dispuesto y equipado para tomar el camino en la persona de don Luis de Bobadilla, dijo Alonso de Quintanilla, á quien el ruido de un caballo habia hecho dirigirse hácia una ventana, y seguramente no encontraríais en Santa Fé un hombre que con mas gusto llevase á Colon semejante noticia.

—Este es un servicio poco á propósito para un hombre de su clase, repuso Isabel titubeando, y sin embargo, debemos considerar cada instante de retardo como una injusticia hecha á Colon.

—No dejes de utilizar á mi sobrino, señora, dijo vivamente doña Beatriz; él se considera muy dichoso de emplearse en servicio de V. A.

—Que le llamen, pues, sin tardanza á nuestra presencia. No parece que la cuestion está decidida mientras el principal personaje se aleja de mi córte.

Un page marchó en el instante á buscar á don Luis, y á los pocos momentos oyéronse los pasos de este en la antecámara. Apareció con el rostro animado y agitado el corazon, pues la forzada marcha de su nuevo amigo le irritaba interiormente. No cosaba de acusar á aquellos cuyo poder hubiera contribuido á detenerle, y cuando sus negros y espresivos ojos se encontraron con los de su soberana, Isabel, si hubiera podido leer en su pensamiento, hubiera comprendido que la miraba como la muger que habia destruido sus esperanzas en mas de una ocasion. Mas sin embargo, la influencia del amable carácter de la reina y sus maneras llenas de agrado, rara vez dejaba de hacerse sentir en los que podian llegar hasta ella; así que, la dirigió la palabra respetuosamente, sino con cariño.

—V. A. ha tenido á bien mandarme venir á su presencia, dijo despues de haber saludado á la reina.

—Os doy gracias por vuestra puntualidad, don Luis, pues tengo necesidad de vuestros servicios en este momento. ¿Podríais decirnos qué se ha hecho del señor Cristóbal Colon, el navegante genovés? Dicen que vos le conocéis.

—Perdonadme, señora, si dejo escapar alguna palabra que no sea muy conveniente, pues mi corazon se halla en tal estado que no podrá menos de desahogarse. El genovés ha sacudido de sus zapatos el polvo de España y ha emprendido su camino para presentarse en otra córte á ofrecer sus servicios que en parte alguna debieron ser rechazados.

—Bien se vé, don Luis, que no habeis pasado todo vuestro tiempo en la córte, repuso la reina sonriendo; hemos hallado en el momento una ocasion para que satisfagais vuestra aficion á viajar. Montad á caballo y llevad al señor Colon la noticia de que todas sus condiciones han sido aceptadas y que se le invita á venir inmediatamente. Yo empeño mi real palabra para asegurarle que saldrá para acometer su empresa en el mas breve término que lo permitan los preparativos necesarios y la prudencia conveniente.

—¡Señora doña Isabel! ¡mi bondadosa soberana! ¿no me he engañado?

—En prueba de que no os he engañais, don Luis, he aquí mi mano.

Isabel pronunció aquellas palabras con bondadoso tono, y la manera agradable con que ella le presentó su mano hizo renacer en el corazón del amante una esperanza que habia huido de él desde que supó que la buena opinion que adquiriese para con la reina era indispensable para su dicha. Doblando con respeto la rodilla, besó la mano de su soberana, despues de lo cual, sin cambiar de postura, la preguntó si debía partir al instante para desempeñar la comision de que acababa de ser encargado.

—Alzad, don Luis, y no perdais un solo instante en ir á dar consuelo al corazón del genovés, y aun podría decir al mio; porque, marquesa, desde que esta empresa se ha presentado á mi imaginacion como una luz súbita y casi milagrosa, pareceme que va á pesar una montaña sobre mi pecho hasta que el señor Colon quede impuesto en todo lo que ha pasado.

No aguardó don Luis una segunda orden, y se lanzó fuera de la estancia con toda la presteza que la etiqueta lo permitia.

Un minuto despues ya estaba á caballo. A su llegada, habiase Mercedes retirado al hueco de una ventana, que felizmente daba al patio. Su amante la divisó, y aunque él habia ya espolado á su caballo, éste se detuvo relinchando. Los sentimientos de la juventud se prestan tanto á todo, las esperanzas de los amantes tienen un no sé qué de lisongero, aunque á veces engañan, que las miradas que mutuamente se dirigieron espresaban un trasporte de placer en ambos. Ni uno ni otro pensaban en los peligros del viage que iba á emprenderse, en la probabilidad de que no tuviese feliz éxito, ó en los diversos motivos que podía tambien presentar la reina para rehusar el consentimiento para su enlace. Mercedes volvió en sí la primera de aquel corto éxtasis, porque se alarmó de la indiscreta detencion de Luis, á quien hizo seña para que partiera. Hizo de nuevo sentir sus espuelas al noble animal, que al arrancar hizo saltar chispas del suelo, y un minuto despues don Luis de Bobadilla habia desaparecido.

Durante todo este tiempo, Colon continuaba tristemente su viage atravesando la Vega. Caminaba con lentitud, y muchas veces, aun despues de haberse separado de su compañero, tiró de la rienda á su mula, y se detuvo, caída la cabeza sobre su pecho, perdido en sus pensamientos, imágen viva del pesar. Como viajaba tan lentamente, apenas habia llegado al famoso puente de Piños, que sirvió de campo á un sangriento combate, cuando el ruido del galope de un caballo vino á herir su oído. Volvió la cabeza, y reconoció á don Luis de Bobadilla, cuyo caballo venia cubierto de sangre y todo lleno de blanca espuma.

—¡Alegraos, alegraos, señor Colon! exclamó el jóven antes quizá de que pudiera ser oido distintamente. ¡Benedita sea la Virgen Maria! ¡Regocijaos, señor, regocijaos! No penseis mas que en alegraros.

—Lejos estaba de volver á veros, don Luis, dijo el navegante. ¿Qué significa vuestra vuelta?

Luis quiso darle á conocer su comision; pero su mismo afán le trabucó todas sus ideas, y perdido el aliento con su rápida carrera, le fué imposible espresarse de una manera inteligible. Colon solo comprendió á medias lo que queria decirle.

—¿Y para qué he de volver yo á una córte donde tan friamente fui acogido, que no hace mas que titubear y no se decide jamás? ¿No he perdido ya una porción de años en tratar de determinarla á emprender lo que habia de redundar en su propia ventaja? Mirad mis encanecidos cabellos, señor, y pensad que he pasado casi otro tanto tiempo como vos teneis de vida haciendo vanos esfuerzos para convencer á los gobiernos de la Península que mi proyecto tiene por base la verdad.

—Habeis triunfado al fin, Doña Isabel, la reina de Castilla, cuyo corazón puro jamás ha engañado, ha reconocido la importancia de vuestro proyecto, y ha dado su real palabra de que os concederá todo su apoyo.

—¿Y eso será verdad, don Luis? ¿Podrá acaso ser verdad?

—Yo he sido enviado espresamente para acelerar vuestro regreso á Santa Fé.

—¿Por quién, señor?

—Por doña Isabel, mi bondadosa soberana. Ella misma me ha dado la orden.

—Pero tened presente que yo no puedo renunciar á ninguna de mis condiciones.

—Ya no se trata de eso, señor. Nuestra escelente y generosa reina accede á todas; y aun he llegado á entender que ha ofrecido con la mayor nobleza empeñar sus mismas joyas antes que dejar de llevar á efecto esta empresa.

Este rasgo interesó sobremanera á Colon. Quitóse su sombrero y lo colocó delante de su rostro, como si hubiera tenido vergüenza de dejar ver su emociion. Cuando se lo hubo vuelto á poner, su rostro estaba radiante de placer, y parecia que no quedaba pesar alguno en su ánimo. Aquel momento le hizo olvidar sus largos años de sufrimientos, y finalmente, manifestó á don Luis que se hallaba pronto á volverse con él á Santa Fé.

## CAPITULO IX.

Colon fué acogido por sus amigos Luis de Santo Angel y Alonso de Quintanilla con una satisfaccion difícil de explicar. Se deshicieron en alabanzas á Isabel, y añadieron á las seguridades que le dió don Luis tales pruebas de las formales intenciones de la reina, que consiguieron desterrar hasta el último recelo del ánimo del navegante. Entonces fué conducido sin mas tardanza en presençia de la reina.

—Señor Colon, dijo Isabel al genovés al hincar la rodilla ante sus pies, me es muy satisfactorio el veros ya de vuelta. Ya estamos conformes en todos los puntos, y confio que de aquí en adelante trabajaremos de concierto y con entera fé para conseguir el mismo objeto. Alzaos, señor: ved aquí mi mano como prenda de apoyo y de amistad.

Colon besó la mano que le presentaban y se levantó. Entre los que presenciaban esta escena, probablemente no se hallaría ni una sola persona cuyo corazón no se abriese en aquel momento á la esperanza; porque una de las cosas notables, así en el origen como en la ejecucion de aquella empresa, fué que despues de tan dilatadas solicitudes, en medio de tantas dudas, sarcasmos y hasta burlas, vino al fin á ser adoptada con el mayor entusiasmo.

—Señora, repuso Colon, cuyo noble ademan y grave fisonomia no contribuyeron poco al logro de su designio, os agradezco con todo mi corazón vuestras bondades, que son para mi tanto mas dignas de aprecio, cuanto que no contaba con ellas esta mañana. Dios os lo recompensará. Grandes cosas nos están reservadas, y solo deseo que todos nos hallemos en estado de principiar á cumplir con sus deberes respectivos. Confio en que S. A. el rey no rehusará á mi empresa el honor de su bondadosa proteccion.

—Vos estais al servicio de Castilla, señor Colon, aunque pocas son las cosas que se llevan á efecto, aun en este reino, sin la aprobacion y el consentimiento del rey de Aragon. Hemos logrado, al fin, hacer entrar en vuestras miras al rey don Fernando, á pesar de que su sabia prudencia y eminente sabiduria no aprobaban vuestros proyectos con tanta facilidad como una muger mas accesible á la esperanza.

—La prudencia y la confianza de Isabel me bastan, y eso solo es lo que yo deseo, respondió el navegante con tal gravedad, que hizo aquel cumplido tanto mas agradable cuanto que probaba su sinceridad; su bien cono-



cida prudencia me pondrá al abrigo de la burla de las gentes frívolas y ociosas, y yo fundo toda mi esperanza en su palabra real. En adelante, y creo también que para siempre, soy un súbdito y servidor de V. A.

La reina quedó sorprendida del aire de verdad que reinaba en las expresiones y en los ademanes del genovés. Hasta entonces apenas le había conocido, y jamás le había visto en circunstancias á propósito para experimentar el efecto de sus discursos y de su fisonomía. Las maneras de Colon no tenían ese refinamiento que se cree que solo en el trato de las cortes puede adquirirse, y que sería mas fácil atribuirlo á las costumbres de una vida empleada siempre en buscar medios de agrandar; pero su carácter se distinguía en todo su exterior, y su noble aspecto, sostenido por sus elevados proyectos, dejaban bien atrás todas las ventajas que pueden ser debidas al arte. A una imponente estatura y á una gravedad que la magnificencia de sus proyectos realizaba mas todavía, se unía un verdadero y profundo entusiasmo, aunque tranquilo, el cual adornaba con las gracias de la verdad y de la probidad todas sus palabras y acciones. Ninguna cualidad de su alma se hacia mas de notar que su rectitud, cualidad rara en aquel siglo; y es una circunstancia bien singular, que la mas notable empresa de los tiempos modernos haya sido confiada por la Providencia, á lo que parece con un especial objeto, á una reina y á un gefe igualmente distinguidos por una virtud tan característica.

—Yo os doy gracias, señor, por semejante prueba de confianza, repuso Isabel sorprendida y satisfecha; y mientras Dios me conserve mi razon para juzgar bien, y poder para el mando, nada se olvidará de cuanto atañe á vuestros intereses y á los de un proyecto tantos años ha concebido. Pero no debemos escluir al rey de nuestros consejos, puesto que al fin le hemos hecho entrar en nuestros proyectos, y estoy bien segura que él se interesa por el mas feliz resultado tanto como nosotros mismos.

Colon inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y el cariño conyugal de Isabel quedó satisfecho con aquella concesion hecha al carácter de Fernando; pues aunque era imposible que una muger tan pura, tan decidida por la causa de la virtud y tan desinteresada como la reina no descubriese algunos síntomas de egoismo en la política circunspecta de Fernando, sus sentimientos como esposa se sobreponían de tal modo en su corazón á su sagacidad como soberana, que la ocultaban los defectos que los enemigos del rey de Aragon se complacían en hacer resaltar. Todos admiraban la veracidad de Isabel; mas los contemporáneos de Fernando estaban bien lejos de tener la misma confianza en la buena fé de aquel príncipe, así como en los motivos que le impulsaban á obrar.

A pesar de todo esto, podíase colocar entre los príncipes mas justos de los que reinaban en Europa; pero sus defectos se hacían mas de bulto porque se comparaban con las virtudes de la reina, haciendo por consiguiente un chocante contraste. En una palabra, aquellos dos soberanos tan intimamente unidos por sus intereses personales y políticos presentaban en el trono un ejemplo que puede verse muy á menudo en todos los demas grados inferiores de la escala social, esto es, las miras mundanas y los deseos interesados del hombre, sirviendo para realzar mas el corazón mas puro, el carácter mas franco y la conducta mas intachable de la muger.

Don Fernando llegó en aquel momento, y tomó parte en la conversacion, demostrando que se creía en el deber de confirmar todo cuanto Isabel acababa de decir. Los historiadores afirman que fué ganado por medio de un favorito; pero parece mas probable que la deferencia que él demostró siempre por la reina, cuyo ardiente celo por la causa de la virtud le desviaba á veces de una política mas egoísta, fuese la verdadera causa de aquel acto de condescendencia. Por lo demas, cualquiera que fuese la razon que tuvo para obrar en aquel momento,

es cierto que el rey de Aragon no se decidió nunca por aquella empresa con aquel eficaz deseo de asegurar el éxito que, á contar desde aquel momento, se deja ver en toda la conducta de su esposa.

—Hemos recobrado por fin á nuestro desertor, dijo Isabel viendo aproximarse á Fernando, mientras que en sus ojos lucía un piadoso entusiasmo, así como en los de Mercedes, que veía con encanto cuanto estaba pasando, hemos recobrado á nuestro desertor, y es preciso en el mas corto espacio de tiempo posible ponerle en disposicion de emprender un gran viage. Si consigue llegar al Cathay y á las Indias será para la Iglesia un triunfo mucho mayor aun que la conquista que acabamos de hacer del país ocupado por los moros.

—Yo me felicito de volver á ver al señor Colon en Santa Fé, dijo el rey con cortesía. Si llega á conseguir tan solamente la mitad de lo que tú pareces esperar, Isabel, podremos regocijarnos de no haberle negado nuestro apoyo. El podrá acaso no hacer á la corona de Castilla mas poderosa que lo que es en el día; pero sí podrá, como súbdito, enriquecerse hasta tal punto que no sepa qué hacer con su oro.

—Un cristiano siempre sabrá cómo emplear su oro, repuso el navegante, mientras los infieles sean dueños del Santo Sepulcro.

—¿Qué queréis ganar? exclamó vivamente Fernando, ¿Pensáis quizá en una cruzada al mismo tiempo que en el descubrimiento de nuevos países?

—Esa ha sido mi esperanza hace largo tiempo, señor, y ese será el primer empleo que haga de las riquezas que, á no dudarlo, ha de producir el descubrimiento de un nuevo y mas breve camino para llegar á las Indias. ¿No es una mengua para la cristiandad consentir que el musulman levante sus profanos altares sobre el territorio santificado por la presencia de Jesucristo, donde nació, donde fueron depositados sus restos hasta su gloriosa resurreccion? No faltan corazones, no faltan espadas que se hallan dispuestas á vengar aquel ultrage: solo falta el oro. Si el primer deseo de mi corazón es ser el instrumento del cielo para descubrir un nuevo camino á las Indias directamente hácia el Oeste, el segundo es ver las riquezas que resultarán de semejante descubrimiento empleadas en el servicio de Dios, volviendo á levantar sus altares y haciendo renacer su culto en aquellos lugares donde pasó su dolorosa agonía y donde exhaló su último suspiro por redimir los pecados de los hombres.

Sonrióse Isabel del entusiasmo del navegante; mas á decir verdad, los sentimientos que espresaba hallaban un eco en su corazón, á pesar de haber pasado el siglo de las cruzadas. No sucedía otro tanto con Fernando. Sonrióse también, mas no ardió en su pecho el fuego de un santo celo. Lejos de eso, aun dudaba mucho que fuese prudente confiar dos carabelas y la módica suma de 3,000 coronas á un visionario que, antes de dar principio aun á una empresa cuyo resultado se presentaba mas que dudoso, echaba á volar sus pensamientos tras de otra tentativa, contra la que repetidas veces se habían estrellado los esfuerzos reunidos y la piadosa constancia de la Europa entera. El descubrimiento de un paso á las Indias por el Oeste, y la conquista del Santo Sepulcro eran á sus ojos tentativas igualmente problemáticas, y creer en la posibilidad de la una ó de la otra hubiera bastado para despertar su confianza. Sin embargo de esto, tenía delante de sus ojos un hombre que iba á embarcarse para ejecutar la primera de aquellas empresas, y que se reservaba la segunda, que debía ser una consecuencia del éxito de la otra.

Durante algunos minutos, Fernando pensó muy formalmente en desbaratar los proyectos del genovés; y si la conversacion hubiera terminado en aquel momento, no es fácil presumir hasta qué punto su política fría y calculadora hubiera podido contra la buena fé, la integridad pura y el entusiasmo recientemente despertado en su esposa.

Por fortuna la conversacion habia continuado mientras que él meditaba profundamente sobre el asunto, y cuando volvió á reunirse á aquel pequeño círculo, halló á la reina y al navegante discutiendo el gran proyecto con tal calor, que ni siquiera habian echado de ver que él se habia retirado á alguna distancia.

—Yo explicaré á V. A. todo cuanto desea saber, respondió Colon satisfaciendo á una pregunta de Isabel. Espero llegar á las posesiones del Gran-Kan, descendiente del monarca que vieron los Polo en aquel pais, y ya en aquella época, toda la corte, incluso el soberano, mostraba gran deseo de abrazar la religion de Jesucristo. Los santos libros de los profetas nos anuncian que llegará un tiempo en que toda la tierra adore al verdadero Dios; y segun las señales é indicios que alcanzan á ver aquellos que las buscan, parece que ese tiempo se aproxima, lo cual llena de esperanzas á los que honran á Dios y desean su gloria. Para ver reunidos tantos y tan vastos paises bajo el gremio de la Iglesia, basta solo una fé constante, sostenida por los esfuerzos del clero y por el apoyo de los príncipes.

—Eso parece bastante probable, dijo la reina, ¿y quisiera la Providencia guiarnos en tan santa empresa de modo que sea ese mismo el resultado! ¿Esos Polo eran acaso piadosos misioneros?

—Eran tan solo unos viajeros, señora, hombres que iban en busca de su propio provecho, pero que no por eso olvidaban sus santos deberes religiosos. Tal vez convenga principiar plantando la cruz en aquellas islas para estender despues la verdad por todo el continente; la isla de Cipango por cierto se halla situada muy favorablemente para dar principio á obra tan gloriosa que, sin duda alguna, se llevará á cabo con la rapidez de un milagro.

—¿Y se sabe si esa isla de Cipango produce alguna cosa que sirva para llenar un tesoro exhausto, y que pueda indemnizarnos de tantos gastos y de tantos peligros? preguntó el rey con bien poca oportunidad para el celo de los otros dos interlocutores.

Semejante pregunta pareció disgustar á Isabel, pues el rasgo dominante del carácter de Fernando hacia á veces sentir lo que no puede menos de experimentar una muger que aprecia á su marido cuando le ve pensar, hablar ó conducirse de distinto modo del que su afectuoso corazon y sus virtuosas inclinacion desearan; mas ella no dejó escapar demostracion alguna de aquella emocion pasajera.

—Señor, respondió Colon, segun la relacion de Marco Polo, no hay en todo el mundo isla mas rica. Allí se encuentra el oro en abundancia, así como las perlas y las piedras preciosas; pero aquel rico territorio está solo habitado por infieles, y no parece sino que la Providencia les ha concedido tales riquezas para que sirvan de recompensa al monarca cristiano que emplee su poder en convertir á aquellos habitantes.

Por los contornos se halla el mar cubierto de pequeños islotes, y Marco Polo nos dice que llegó á contar hasta 7410, los cuales todos producen árboles odoríferos y plantas de un delicioso perfume. A aquel pais, señor y señora, mis bondadosos soberanos, es á donde pienso dirigirme desde luego, prescindiendo de toda mira secundaria, y con solo el objeto de servir á la Iglesia y á vuestros dos reinos. Si llegamos con felicidad á Cipango, como así lo creo, contando con la ayuda de Dios, y con un celo nada fácil de doblegar, despues de dos meses de una buena navegacion, mi idea es dirigirme en seguida al continente y buscar al mismo Kan en su reino de Cathay. El día en que mis pies lleguen á pisar el suelo de Asia, será un día de gloria para la España y para cuantos hayan tomado parte en tan heroica empresa.

Los penetrantes ojos de Fernando no se apartaban del navegante, mientras que este enumeraba sus esperanzas con tan profundo y sincero entusiasmo, y en aquel momento el monarca mismo hubiera encontrado bien difícil el analizar sus propios sentimientos en el asunto. La des-

erpcion de las riquezas que Colon acababa de ofrecer á su imaginacion no dejaba de llamarle la atencion, á pesar de que su desconfianza y circunspeccion habituales no le permitian prestarle mucho crédito. La atencion y los pensamientos de Isabel solo se ocuparon de piadosos ruegos por la conversion y la salvacion de los infieles, pues su alma era la misma pureza. De este modo ambos soberanos, cada uno guiado por una idea diferente, se encontraban entonces animados á favorecer aquella empresa.

Se pasó en seguida á tratar de los pormenores del proyecto, se recapitularon todas las peticiones de Colon, y fueron concedidas por los que tanto se interesaban en aquel negocio. Ya no se habló del arzobispo de Granada ni de sus objeciones. Aunque hubiese sido un monarca que estuviese tratando con otros monarcas, no hubiera quedado el genovés mas satisfecho de lo que quedó al ver la atencion y miramientos con que fueron recibidas sus condiciones. Tambien fué bien acogida su proposicion de pagar la octava parte de los gastos de la expedicion y de todos los que pudieran ocurrir en lo sucesivo, siempre que se le cediese la octava parte del provecho ó ganancia. De este modo se halló asociado á ambos soberanos, á pérdidas y ganancias, para las empresas que debieran seguir á aquella de que se trataba.

Luis de Santo Angel y Alonso de Quintanilla se separaron de las reales personas al mismo tiempo que Colon. Le volvieron á acompañar á su casa y se despidieron de él con muestras de respeto y afecto, lo cual concluyó de curar las llagas de aquel corazon por tanto tiempo maltratado. Al retirarse, Luis de Santo Angel, que aunque decidido partidario del navegante, no acostumbraba á ocultar sus sentimientos, se espresó de esta manera:

—Por todos los santos del cielo, amigo Alonso, este Colon se conduce de una manera que me hace á veces pensar si nuestra intervencion podrá haber sido muy prudente. Ha tratado como si fuera un monarca con nuestros soberanos, y como monarca se ha salido con la suya.

—¿Quién le ha prestado su apoyo mas qué vos, don Luis? Sin el atrevido ataque que habeis dado á la paciencia de doña Isabel, el negocio se hubiera decidido en contra suya, y el genovés seguiria ahora su camino hácia la corte del rey Luis.

—No me pesa, sin embargo: por contener dentro de ciertos limites á los franceses haria cualquier cosa S. A. —Bendigan todos los santos sus rectas inclinaciones y generosos pensamientos.—S. A., teniendo presente objeto tan grandioso, no sentirá jamás haber destinado á esta empresa la módica suma pedida, aunque no diese resultado alguno. Pero ahora que el trato está concluido, estoy todavía sorprendido de que una reina de Castilla y un rey de Aragon hayan hecho semejantes concesiones á un navegante desconocido y sin nombre, á un hombre á quien ni sus servicios, ni su familia, ni su posicion pueden recomendar.

—¿No salia por él Luis de Santo Angel?

—Sí por cierto, y con grande empeño, y por razones poderosas. Pero lo que mas me admira es el éxito que hemos obtenido y la manera con que Colon se ha manejado en este negocio. Yo temia que el alto precio que él ponía á sus servicios destruyese todas nuestras esperanzas.

—Y sin embargo, habeis estado hablando con la reina como si todas sus pretensiones fuesen una bagatela en comparacion de las ventajas que deben resultar de su empresa.

—¿Y qué tiene esto de extraño, mi digno amigo? Hemos echado el resto para conseguir nuestro objeto, y apenas lo vemos logrado, principiamos á mirar la cuestion bajo otro aspecto. Lo que mas me admira es haber salido adelante con la empresa. Por lo que hace al tal genovés, es por cierto un hombre bien extraordinario, y en lo íntimo de mi corazon creo que ha hecho perfectamente en llevar tan allá sus pretensiones. Si sale bien



de su propósito, ¿quien habrá comparable á él? Y si por el contrario nada consigue, todo lo que ha pedido de nada le servirá, y no habrá causado ningun daño á Castilla.

—He observado, Santo Angel, que cuando un hombre grave da él mismo poco valor á su mérito, el mundo suele pillarle la palabra, aunque se halle dispuesto á reirse de las exageradas pretensiones de la mediania. Además, las elevadas pretensiones de Colon han debido serle á él muy útiles, puesto que han hecho conocer á SS. AA. que se entendian con un hombre que tiene completa confianza en sus proyectos.

—Teneis razon, Quintanilla; los hombres nos aprecian muchas veces segun nos estimamos nosotros mismos y segun obramos en comparacion con nuestras pretensiones. Pero en ese Colon hay un mérito superior que le sostiene en cuanto dice y hace. Prudencia en su discurso, gravedad y dignidad en su fisonomía, nobleza en su presencia como en sus sentimientos, todo lo reúne; al oírle hablar, á veces me ha parecido inspirado.

—¿Pues bien! Ahora se le presenta una buena ocasion para hacer ver si esa inspiracion es verdadera ó no. Por mi parte, Santo Angel, desconfio mucho de la exactitud de vuestras deducciones.

De este modo discutan acerca del carácter de Colon y de sus probabilidades de éxito, los dos amigos que tan celosos se mostraban por el buen resultado de sus pretensiones. Aunque pertenecian al número de sus mas decididos partidarios y habian mostrado el mas vivo deseo de sostener su causa cuando se hallaba casi sin esperanza, entonces, que probablemente iba á obtener los medios de hacer ver la exactitud de sus opiniones, se suscitaban en su ánimo dudas y enojosos presentimientos. Tal es nuestra humana naturaleza: la oposicion despierta nuestros deseos, aguzada nuestra inteligencia, escita nuestra razon y hace cobrar ánimo á nuestras opiniones, mientras que, cuando tenemos que pedirnos á nosotros mismos las pruebas de lo que hemos sostenido firmemente en tanto que experimentábamos una enérgica resistencia, principiamos á dudar de la verdad de nuestras teorías y á temer el hallar pruebas de que nos hemos equivocado. Hasta en los primeros discípulos del Hijo de Dios se hallaron algunos cuya fé vacilaba en el instante mismo en que sus predicciones iban á cumplirse, y la mayor parte de los reformadores no adoptan nunca un tono mas terminante y decisivo, que cuando combaten por sus mismos principios, ni se muestran jamás tan tímidos y dudosos sino cuando se hallan á punto de poner en ejecucion planes que han concebido desde hace largo tiempo. Asi es que podemos observar en todo esto una sabia disposicion de la Providencia, que nos da valor para sobreponernos á las dificultades, y prudencia cuando la consideracion y la circunspeccion vienen á ser virtudes mas bien que defectos.

A pesar de que Luis de Santo Angel y su amigo se comunicaban así mutuamente y con la mayor libertad sus respectivas opiniones, no dejaban por eso de conservar sus antiguas ideas. Sus dudas eran pasajeras, y paraban poco en ellas su atencion. Cuando se hallaban en presencia de Cristóbal Colon, el tranquilo, pero firme y profundo entusiasmo de aquel hombre extraordinario no podia menos de arrastrarlos tras de sí, como sucedia con la mayor parte de cuantos le escuchaban.

#### CAPITULO X.

Desde que Isabel dió su real palabra prometiendo prestar apoyo á Colon en su atrevida empresa, no podia razonablemente presentarse obstáculo alguno que impidiese darse á la vela, aunque eran escasas las personas que aguardaban importantes resultados. La conquista del reino de Granada parecia entonces mas gloriosa que todo lo que podian prometerse de las probables consecuencias de aquella aventura, y el poderoso interés que inspiraba la terminacion del dominio de los moros en España, ha-

cia casi olvidar aquella maravilla sin ejemplo que se disponia.

Existia, sin embargo, un tierno y generoso corazón, cuyas esperanzas todas se concentraban en el éxito de aquel gran viage, y no creo que será preciso añadir que aquel corazón era el de Mercedes de Valverde. Habia ido siguiendo cada uno de los sucesos que acababan de tener lugar con aquella ansiedad que la ardiente juventud, sencilla y sin esperiencia, puede sola experimentar. En el momento en que veia realizarse todas sus esperanzas, hallábase penetrada de una tierna y pura alegría; era completamente dichosa. Aunque ella amaba tan de veras y con tan entera decision, hallábase dotada por la naturaleza de una sagacidad y de una tan superior inteligencia, que no podia menos de reconocer con qué admirable prudencia habian obrado la reina y su tutora explicándose asimismo los motivos de su zozobra. Sabia perfectamente lo que debia á su reputacion, á su nombre, á su familia y á la elevada clase que ocupaba cerca de la persona y confianza de su soberana, para desear que su mano se otorgase mas que á un esposo digno de ella; y mientras que con la discrecion conveniente á su rango y á su sexo, accedia á todo aquello que la opinion y la prudencia tenian derecho á exigir de ella, la ilimitada confianza que tenia en su amante le aseguraba que sabria justificar su eleccion.

Su tia habia procurado hacerla creer que el viage del genovés daria margen á mil mudanzas, y su entusiasmo religioso, comparable solo con el de la reina, la hacia consentir en cuanto esperaba con un ardor semejante.

Todos los que tenian algun contacto con Isabel sabian ya que se estaban redactando por escrito las condiciones estipuladas entre los soberanos y Colon, con todas las formalidades de costumbre. Durante este tiempo, don Luis no procuró tener una entrevista con su amante, ni la casualidad tampoco se le proporcionó; mas apenas supo que Colon habia terminado todos aquellos preliminares, y que habia salido de la corte con direccion á la costa, recurrió á la generosidad de su tia, suplicándole se le mostrase propicia en el momento mismo en que iba á abandonar la España para tomar parte en una empresa que todos consideraban sin esperanzas. Todo lo que pedia, estaba reducido á una promesa de ser favorablemente acogido por su señora y su familia, caso de conseguir un éxito feliz.

—Observo que habeis aprendido de vuestro nuevo maestro, dijo la magnánima pero bondadosa Beatriz sonriendo; ya quereis imponer tambien vuestras condiciones. Bien sabeis, Luis, que doña Mercedes de Valverde no es hija de un cualquiera, y que no se puede disponer así como se quiera de su mano. La mas noble sangre de España corre por sus venas, puesto que su madre era de la familia de los Guzmanes, y que cuenta entre sus parientes una larga serie de Mendozas. Además, es una de las mas ricas herederas de toda Castilla, y no pareceria bien que su tutora prescindiese de su vigilancia con respecto á un jóven que solo se ha ocupado en correr medio mundo, por la sola razon de que ese jóven es hijo de un hermano á quien aquella queria con extremo.

—Pero dado caso que doña Mercedes sea todo lo que decis, señora, y aun os habeis olvidado la mayor parte de sus mas preciosas prendas, como su bello corazón, su hermosura, su veracidad y sus mil y mil virtudes que además posee, ¿si es tal como decis, será quizá un Bobadilla indigno de ella?

—Si á todas esas ventajas reúne aun las perfecciones que acabais ahora mismo de decir, don Luis, esto es, su bello corazón, su franqueza y otras mil virtudes mas, pareceme que un corredor tal como vos podria contentarse con una lista menos estensa, de miedo de perder el recuerdo de algunas de sus bellas cualidades en uno de sus infinitos viages.

La afectada seriedad de su tia hizo sonreír á Luis á pesar suyo, el cual, despues de vencido un ligero re-

sentimiento causado por aquellas palabras, la contestó de una manera que no comprometiese la reputación de genio alegre que él había adquirido.

—Yo no puedo llamaros como S. A. marquesa hija mía, dijo mostrando una sonrisa tan parecida á la de su padre cuando solicitaba alguna cosa, que Beatriz no pudo menos de conmovirse; pero puedo deciros con mayor verdad marquesa tía mía, y tía muy querida por cierto: ¿queréis castigar con tanta severidad una ligera indiscreción propia de la juventud? Ahora que Colón se halla ya á punto de partir creía yo que el noble objeto que todos nos proponemos habría quizá contribuido á hacéroslo olvidar todo.

—Luis, repuso la tía con aquel aire de severa resolución que manifestaba muy á menudo tanto en sus acciones como en sus discursos, ¿podeis acaso creer que un rasgo aislado de valor bastará para conquistar á Mercedes, para entibiar la vigilancia de sus parientes, para obtener el consentimiento de su tutora? Sabed, demasiado confiado joven, que Mercedes de Guzmán fué la compañera de mi niñez y la mas querida amiga que jamás he tenido despues de S. A., la cual puso en mí toda su confianza para que obrase con respecto á su hija como podría hacerlo su misma madre. La muerte se le acercaba lentamente, y el porvenir de aquella que iba á quedar huérfana era el objeto de la mayor parte de las conversaciones entre ambas. Jamás creímos posible que su hija pudiese llegar á ser la esposa de otro alguno que de un noble cristiano; pero son tantos los distintos caracteres que se ocultan bajo un mismo exterior, que los nombres no nos engañan. Yo creo que la pobre se ocupaba mas de la futura suerte de su hija en el mundo que de sus propios pecados, y que dirigió al cielo mas oraciones por la dicha de aquella huérfana que por el perdón de las faltas que ella pudo haber cometido. Vos no conocéis cuánta sea la ternura de una madre, Luis, y no podeis comprender todos los temores que asedian su corazón al abandonar una tierna planta como Mercedes en medio de un mundo inconsiderado y egoísta.

—Fácilmente puedo figurarme á la madre de la que amo, doña Beatriz, como digna de conseguir el cielo sin necesidad de misas ni *pater noster*, como es costumbre. ¿Pero las tías no son tambien tiernas para con sus sobrinos, lo mismo que las madres con sus hijos?

—Aunque este sea un vinculo muy estrecho y muy formal, mi querido Luis, sin embargo, no es comparable con el de una madre. Además de que vos tampoco podeis compararos á una joven sensible, entusiasta, dotada de un corazón sincero, lleno de confianza en su preñez y abierto á los sentimientos que caracterizan á las mujeres cuando llegan á ser madres.

—¿Por Santiago! ¿Pues acaso no soy yo muy á propósito para hacer feliz á semejante criatura? Yo tambien soy sensible, y demasiado, por cierto, para mi propia tranquilidad: tambien tengo un corazón sincero, lo que prueba el hecho que solo he amado de veras una vez sola, aunque me haya hallado en igual caso cincuenta. Si no tengo una ciega confianza en la pureza de mi corazón, tengo, sí, la confianza que dá la juventud, el valor y la energía, todo lo cual, no puede ser mas útil y conveniente en un caballero. Por último, no estoy desprovisto de ese afecto ó cariño propio de los buenos padres, y creo que todo esto es cuanto puede razonablemente exigirse de un hombre.

—Y así, tal como sois, picaruelo, ¿queréis ser digno bajo todos aspectos de llegar á obtener la mano de Mercedes de Valverde?

—Cuidado tía que tenéis un modo particular de sentar vuestras proposiciones. ¿Quién es el que podrá decir que es digno de una cosa que es la pura esclencia? Podrá suceder que yo no la merezca enteramente, pero tampoco soy completamente indigno. Mi cuna es igual á la suya: su fortuna no es mucho mayor que la mia: mi edad es bien proporcionada á la de ella; yo poseo aquellas prendas propias de un caballero, y finalmente, la

adoro... mas que á mi vida. Creo que esto último debe tomarse bien en cuenta, porque el hombre que ama hasta tal punto y con tal entusiasmo, no podrá menos de poner todo su conato en hacer dichosa á la mujer que sea el objeto de su amor.

—Sobrino mio, sois un joven loco y sin experiencia, tenéis un genio muy festivo, un corazón excelente y una cabeza hecha para contener mejores ideas que las que comunmente la ocupan, exclamó doña Beatriz cediendo á un impulso de natural afecto, pero franciendo al mismo tiempo las cejas... Escuchadme, pues, y al menos esta vez pesad maduramente lo que os digo. Os he hablado de la madre de Mercedes, de los temores, de las inquietudes que la ocupaban á la hora de su muerte y de la confianza que en mí ha depositado. S. A. y yo nos hallábamos á solas con ella la mañana del día en que su alma, libre, se encaminó hacia el cielo en aquel supremo momento nos hizo ver sus sentimientos de un modo que causó en nuestros corazones una impresión tal, que no podrá borrarse jamás mientras que S. A. y yo hayamos hecho cuanto sea necesario por asegurar la dicha de su hija. Vos habeis dado pábulo á injustos pensamientos respecto á la reina; y aun no estoy cierta si en vuestros imprudentes discursos la habeis acusado de llevar sus cuidados por la suerte de sus súbditos mas allá de los derechos legítimos de un monarca.

—Me haceis en eso una grande injusticia, doña Beatriz, repuso don Luis con precipitación; yo habré podido sentir *habré sentido* si queréis, vivamente las consecuencias de la duda que doña Isabel habia concebido acerca de mi constancia; pero jamás me ha ocurrido un pensamiento semejante, jamás he dudado del derecho que posee de exigirnos no solo nuestros servicios, sino hasta el sacrificio de nuestro vida; esto es lo que todo sus súbditos deben á su sagrada autoridad. Además, como yo, está bien penetrado de los sentimientos y de las intenciones de la reina, sabe, á no dudarlo, que lejos de hacer nada por mero capricho ó por deseo de hacer alarde de su poder, todas sus acciones no tienen otro móvil que el cariño que profesa á su pueblo.

Pronunció don Luis estas palabras con grave tono; su rostro espresaba la verdad, y era imposible no conocer que sentia lo que decia. Si los hombres reflexionasen acerca de las consecuencias que suelen tener sus mas insignificantes palabras, habria menos ligereza en sus discursos, y la raza de los delatores, desde la mas infima clase hasta la mas elevada, vendria á estinguirse por falta de ocupación. Pocas personas pondrian menos atención ni pensarían menos en lo que decían muchas veces que Luis de Bobadilla; y sin embargo, aquella respuesta dada de cualquier modo, pero con sinceridad, produjo un efecto que le era muy favorable en el ánimo de mas de una persona que ejercia una directa influencia sobre su suerte. Los elogios tributados á la reina con tanta franqueza hicieron su efecto en el corazón de la marquesa que idolatraba mas bien que amaba á su señora, porque la antigua y estrecha amistad que entre ellas existía la habia hecho conocer perfectamente el carácter angelical y casi santo de Isabel.

Cuando ella repitió á la reina las palabras de don Luis, su bien sentada reputación de verdad le valió una implícita fé. Por mas rectas que en general puedan ser nuestras miras, uno de los mas seguros medios para lograr el afecto de alguno es ofrecerle una seguridad de que se le estima y respeta, al paso que el mandato divino mas difícil de obedecer es aquel que nos ordena amar á los que nos aborrecen, Isabel, á pesar de sus elevadas prendas y de sus excelentes cualidades, era esencialmente mujer, y cuando ella llegó á saber que, sin embargo del despego y tibieza que en algunas ocasiones habia demostrado hacia aquel joven, él tenia hacia ella tan profunda deferencia y apreciaba los sentimientos que la animaban y los motivos que la impulsaban á obrar de un modo que su conciencia la decía merecer, hallóse mas dispuesta á mirar con indulgencia los defectos que



le eran peculiares, y á atribuir á la viveza propia de su edad lo que, mirado menos favorablemente, hubiera podido pasar por una inclinacion poco noble.

Mas no nos anticipemos á los sucesos.

El primer resultado del discurso de Luis fué notarse una mas dulce espresion en la fisonomia de su tia y hallarse dispuesta á escuchar con mayor indulgencia sus instancias para lograr una entrevista particular con doña Mercedes.

—Quizá haya sido injusta con vos en este particular, Luis, dijo doña Beatriz dejándose conocer en sus maneras el cambio que acababan de experimentar sus ideas, porque creo que conoceis lo que debeis á S. A., y que rendis el debido homenaje al sentimiento casi celeste de justicia que, partiendo de su corazon, se estiende por toda Castilla. Nada habeis perdido de mi estimacion al manifestar asi vuestro respeto y vuestra adhesion á la reina, porque es imposible apreciar las virtudes de una muger sin demostrar aprecio á la que las reúne todas en su persona.

—¿No sucede, pues, otro tanto con el cariño que yo

¿De un amor imaginario y engañoso que uno franco, honrado y leal?

—Pues ese amor tan verdadero, esa pasion franca, honrada y leal, como vos la llamais, es precisamente la que puede con mayor facilidad despertar en el seno de una jóven otro sentimiento parecido. No existe piedra de toque mas segura que el corazon para probar la sensibilidad, cuando no está la cabeza trastornada por la vanidad; y cuanto mas verdadera es la pasion, tanto mas fácil es al objeto de ella el descubrirlo. No se unen con mas naturalidad dos gotas de agua que dos corazones que experimentan la fuerza de una atraccion reciproca. Si no amaseis á Mercedes podriais, como mi mas cercano y querido pariente, reir y cantar juntos, siempre que no se perjudicase la dignidad de su clase, sin que eso me cause la mas minima inquietud.

—¡Vuestro mas cercano y querido pariente! ¿Y en qué consiste, pues, que sea para mi mas difícil el ver á vuestra pupila?...

—Que es el objeto de todos los cuidados de la reina de Castilla.

—Sea asi. ¿Pero por qué razon un Bobadilla ha de estar proscripto, ni aun por la misma reina de Castilla?

Recurrió entonces don Luis á todos los medios de persuasion posibles, y aprovechando una pequeña ventaja obtenida á fuerza de súplicas y de importunidades, logró al fin conseguir de doña Beatriz la promesa de que solicitaria permiso de la reina para concederle una entrevista particular con doña Mercedes; porque conviene saber que Isabel, temiendo la influencia que los vinculos de la sangre podrian ejercer sobre la marquesa, la habia dado sus instrucciones en particular; habiase convenido entre ambas, medida de prudencia, que no les seria permitido á los jóvenes verse mas que lo menos posible.

Cumpliendo, pues, con la promesa hecha á su sobrina, doña Beatriz participó á la reina la conversacion que habia tenido con don Luis, no olvidándose de hacer mencion de los sentimientos que al hablar de S. A. habia manifestado. El resultado de esto fué favorable á las miras del jóven amante, y el primer fruto que pudo ya recoger el permiso de tener la deseada entrevista con su querida.

—Ellos no son soberanos, dijo la reina con una sonrisa, en la que la favorita notó un no sé qué de melancolia, aunque su penetracion no pudo decidir si era efecto de verdadera tristeza ó solo consecuencia de alguna ojeada echada sobre lo pasado con respecto á cierta clase de emociones que solo una vez se despiertan en el corazon. Ellos no son soberanos, querida hija mia, y no están por lo tanto obligados á hacerse el amor por poderes y á casarse sin conocerse. Acaso seria prudente no permitirlos verse muy á menudo; pero seria tambien muy cruel rehusar á vuestro sobrino, que ya á emprender una expedicion de tan inciertos resultados, una sola ocasion de declararla su ternura y de prometerla eterna constancia. Si Mercedes le tiene verdaderamente alguna aficion, el recuerdo de esta entrevista la hará mas llevadera la ausencia de don Luis.

—Y tambien servirá de nuevo incentivo á su pasion, repuso la marquesa con gravedad.

—Yo no sé si será asi, mi querida Beatriz, porque, si el poder de Dios puede inducir al corazon del hombre á conocer la importancia de sus deberes religiosos, ¿su mano bienhechora no podrá acaso guiarle y protegerle tambien cuando se halla sometido á la influencia de sentimientos mas mundanos?

Mercedes no podrá nunca olvidar sus deberes, y como la imaginacion se alimenta de si misma, no deberá ser el medio mas prudente dejar á una jóven entusiasta como nuestra pupila entregada enteramente á las ideas que ella se forme. La realidad es á veces menos peligrosa que la que solo reconoce por base la imaginacion. Por otra parte, semejante entrevista no hará perder nada á vuestro sobrino, pues poniéndole sin cesar por delante



Despedida de Luis y Mercedes.

profeso á vuestra propia pupila, tia mia? ¿La eleccion que yo he hecho no viene á ser hasta cierto punto una prenda de la justicia y de la verdad de mis sentimientos?

—¡Ah, Luis de Bobadilla, cuán poco difícil es abrir el corazon á un afecto hácia la mas noble y mas rica doncella de España, y sobre todo cuando al mismo tiempo es la mas bella!

—¿Me creéis un hipócrita, marquesa? ¿Queréis acaso acusar al hijo de vuestra hermano de fingir un sentimiento que no experimenta? ¿Os le figurais sometido á la influencia de una tan vil pasion como el ansia de las riquezas?

—No, Luis, nadie que os conozca os acusará de hipócrita. Creo en el ardor y en la verdad de vuestro cariño, y por esto mismo es por lo que lo temo.

—¿Con qué es decir que asi la reina como vos haceis mas caso de una falsa pasion que no de una verdadera?

el mismo objeto en que con tanta formalidad parece pensar, eso mismo le inducirá á hacer mas y mas esfuerzos para merecerlo.

—No creo, señora, que en todo aquello que se roza con los caprichos de las pasiones no son los mejores argumentos los mas sólidos.

—Eso será así, Beatriz; pero yo no alcanzo que podamos razonablemente negar á don Luis esta entrevista en el momento mismo en que va á abandonar este país. Decidle, pues, que le concedo lo que desea, y recordadle al mismo tiempo que un grande de este reino no debe jamás dejar á Castilla sin despedirse de su soberana.

—Temo, señora, repuso la marquesa riendo, que esta última orden, por mas agradable y llena de bondad que aparezca en sí, ha de parecer á don Luis una severa reprimenda, porque él ya lo ha hecho mas de una vez sin despedirse ni aun de su misma tia.

—En aquellos tiempos lo hacia como un atolondrado y sin reflexionar; pero ahora va á tomar parte en una honrosa y noble empresa, y es preciso hacerle conocer que sabemos establecer una diferencia.

La conversacion giró despues sobre distintos objetos, quedando al fin terminantemente concedida la peticion de don Luis. En aquella ocasion Isabel se habia apartado de una regla que sus sentimientos como muger la marcaban, sentimientos que á veces la hacian olvidarse de que era reina, siempre que deberes mas graves no se lo hacian recordar. Así que hubiera sido difícil decidir bajo qué aspecto merecia mejor la estimacion general aquella escelente señora, si bajo el elevado carácter de soberana justa y concienzuda, ó bien cuando se dejaba llevar de los impulsos mas naturales de su sexo. En cuanto á la marquesa, estaba sujeta quizá mas que la reina misma á lo que consideraba como un deber con respecto á su pupila; pues pesaba sobre ella una mucha mayor responsabilidad por hallarse espuesta, favoreciendo la union de esta con su sobrino, á las sospechas de que trataba de aumentar las riquezas de su familia y de comunicarla mayor realce por medio de una alianza con una casa poderosa. Sin embargo, como un simple deseo de Isabel era para doña Beatriz una ley, no tardó en descubrir á Mercedes su intencion de permitir una vez sola á su sobrino que viniese á abogar por sí mismo antes de partir para una tan insegura y peligrosa empresa.

Nuestra heroína recibió aquella noticia con esa emocion mezclada de temor y de alegría, de esperanzas y de funestos presentimientos, que es muy natural en el corazon de la muger cuando algun sentimiento nuevo para ella viene á confundirse con la pasion dominante.

Ella jamás habia creído posible que Luis llegase á emprender una expedicion de aquel género sin que hiciese antes los mas desesperados esfuerzos por verla á solas; pero cuando estuvo convencida de que la reina y su tutora consentian en aquella entrevista, casi la pesaba que hubiesen dado su aprobacion. Tan contradictorias emociones dieron bien pronto lugar á una dulce melancolia, que fué apoderándose de ella por momentos, conforme la partida de don Luis iba aproximándose. Sus ideas respecto á la decision que Luis habia demostrado por formar parte de la expedicion no estaban muy acordes entre sí. Tan pronto se felicitaba por la noble resolucion de su amante y por su decision en favor de la gloria de Dios y de los intereses de la Iglesia, pensando con orgullo que entre la alta nobleza de Castilla él era el único que se atrevia á arriesgar su vida y á hacer frente á los sarcasmos marchando en compania del genovés, como otras veces, atormentada de inquietudes, temia que el deseo de correr mundo y de buscar aventuras habria acaso tenido mas parte en su resolucion que el amor que la profesaba. Esto á la verdad no tenia nada de nuevo: cuanto mas puros é ingénuos son los sentimientos de los que de todas veras se hallan sometidos á la influencia del amor, tanto mas activa á su desconfianza y tanto mas les atormentan sus presentimientos.

Una vez tomado su partido, doña Beatriz se condujo lealmente con ambos amantes. Cuando don Luis vino á verla la mañana del dia fijado para su marcha, le anunció que Mercedes le aguardaba en el salon que formaba parte de la habitacion que su pupila ocupaba en su casa.

Apenas se detuvo el tiempo necesario para besar la mano á su tia y tributarla aquellas muestras de respeto que las costumbres de aquel siglo exigian de los jóvenes para con las personas de edad mas avanzada, y mucho mas si existia entre ellos un vinculo de parentesco tan cercano como el que unia á la marquesa de Moya á don Luis de Bobadilla, conde de Llera, y en seguida el joven partió como un relámpago y se halló bien pronto al lado de su amante. Preparada ya Mercedes á aquella entrevista, solo mostraba su emocion en el color mas encen-



Alonso Pi. zon.

dido de sus mejillas y en el resplandor de sus siempre expresivos ojos, cuya mirada era dulce y melancólica.

—¡Luis! exclamó, y en el momento, como si se avergonzase de la emocion que el sonido de su voz revelaba, retiró el pie que habia involuntariamente adelantado para salir á su encuentro; mas su mano permaneció estendida hácia él con amistosa confianza.

—¡Mercedes! dijo Luis, y la mano de que se habia apoderado fué retirada para poner un término á la multitud de besos de que él la cubria; hace algun tiempo que es mas difícil veros que descubrir el Cathay del genovés, porque, gracias á la reina y á doña Beatriz, estais guardada por vuestras protectoras con mas cuidado que lo fué por los ángeles el paraíso terrenal.

—¿Y es acaso eso inútil, don Luis, cuando vos sois el peligro que tanto temen?

—¿Imaginan quizá que he de ir á robaros, como una joven mora llevada á la grupa de su caballo por un caballero cristiano, para trasportaros á bordo de la carabela de Colon, á fin de buscar juntos al Preste Juan ó al Gran Kan?

—Ellas podrán creerlo á vos capaz de semejante locura, Luis; pero dudo mucho que ni siquiera lo sospechen de mí.



—No ciertamente, porque vos sois, á la verdad, un modelo de prudencia en todo aquello que sea mostraros sensible con vuestro amante.

—¡Luis! exclamó Mercedes, cubriéndose á pesar suyo sus ojos de lágrimas.

—¡Perdon, Mercedes! ¡Perdon, querida Mercedes! Estas trabas, estas finas y crueles precauciones son las que hacen que yo me olvide de todo. ¿Soy un noble caballero castellano ó acaso algun aventurero desconocido, algun mendigo para que así se me trate?

—¿Os olvidais, Luis, de que las jóvenes castellanas de alta estirpe no acostumbran á recibir á solas á los nobles caballeros castellanos? Y tened entendido que sin la indulgencia de la reina y la bondad de mi tutora y vuestra tía esta entrevista no hubiera tenido lugar.

—¡A solas! ¿Y vos llamais esto á solas, y por un gran favor de S. A., cuando veis que nos observan dos ojos ya que no dos oídos? Solo me atrevo á hablar en voz muy baja por temor de no distraer á esta venerable dama en sus meditaciones.

Mientras que así hablaba, Luis de Bobadilla tenia los ojos fijos en la dueña de su amante, á quien se veía sentada en una estancia vecina, cuya puerta estaba entreabierta, y en donde la buena muger se ocupaba en leer sus oraciones.

—¡Ah! ¿Queréis sin duda hablar de la pobre Pepita? respondió Mercedes riendo, pues la presencia de una muger, cosa á que estaba acostumbrada toda su vida, de ningún modo contrariaba la inocencia de sus palabras y pensamientos. Por cierto que ha hecho bastantes protestas contra esta entrevista, que declara contraria á la etiqueta de la nobleza, y en la cual asegura que jamás hubiera consentido mi buena madre si viviese todavía.

—Si, su exterior seria suficiente para hacer huir de ella á cualquiera alma generosa. Bien se nota en cada una de las arrugas de su repugnante fisonomía la envidia que la devora al ver vuestra juventud y belleza.

—Poco conoceis á mi buena Pepita. Es incapaz de tener envidia de nadie, y solo la conozco una debilidad, que es tener para conmigo demasiado afecto é indulgencia.

—Detesto á todas las dueñas, si, tanto como á los infieles.

—Señor, dijo Pepita, cuyo vigilante oído todo lo habia escuchado á pesar de los rezos que estaba leyendo: eso es muy comun en todos los jóvenes, segun yo creo; pero tambien he oído decir que la misma dueña que tan repugnante parece á los ojos del amante, viene luego á ser muy apreciable para el marido. Mas á pesar de todo, puesto que mi facha y mis arrugas os disgustan, y sin duda os causa enfado el verlas, yo cerraré esta puerta, y de este modo no me vereis, y no podremos oír, vos el desagradable ruido de mi tos, y yo vuestras amorosas protestas.

Pronunció la dueña aquellas palabras con cierto tono que no era en verdad propio de las mugeres de su clase, y con un aire tan jovial, que ni las anteriores observaciones de don Luis lograron alterar.

—No cerrareis la puerta, Pepita, dijo Mercedes ruborizada y dando un paso para impedirlo. ¿Qué puede tener que decirme el conde de Llera que vos no podais oír?

—Este noble caballero tiene que hablaros de su amor, querida mia.

—¿Y eso es lo que os asusta, á vos, que tan bien conoceis el lenguaje del cariño? ¿Todas vuestras palabras no respiran ese mismo sentimiento desde que os conozco y estoy confiada á vuestros cuidados?

—Mal presagio es para vos, señor, dijo Pepita sonriendo, mientras detenía su mano dispuesta á cerrar la puerta, el que doña Mercedes no vea vuestro cariño sino bajo el mismo punto de vista que vé el mio. No creo en verdad, querida mia, que me mireis á mi como podríais hacerlo con un gentil y galante caballero puesto á vuestros pies para deciros los sentimientos de su cora-

zon, ni es probable tampoco que el lenguaje sencillo y afectuoso de que yo me valgo para con vos se parezca en lo mas minimo al que saldrá de los labios de un Bobadilla deseando conquistar el corazón de la mas linda doncella de Castilla.

Mercedes bajó los ojos, pues aunque mas inocente que la inocencia misma, su corazón ya le anunciaba que debía existir alguna diferencia entre el lenguaje de una dueña y el de un amante, aunque solo tratasen ambos de espresar su cariño. Retiró su mano derecha de la puerta donde la apoyaba para impedir á Pepita que la cerrase, y ocultóse con las dos el rostro, cubierto de un vivo rubor. Pepita se aprovechó de aquel momento para cerrar la puerta. Una sonrisa de triunfo brilló en las hermosas facciones de Luis, y despues de conducir casi por fuerza á su amante hasta su sillón, sentóse á sus pies en un taburete, y colocándose frente por frente de la que él adoraba como á un ídolo, volvió á tomar la palabra en estos términos:

—¡Hé aqui el modelo de las dueñas! exclamó; ya debía yo haberme figurado que ninguna muger perteneciente á esta irracional é inconsiderada ralea podria ser tolerada á vuestro lado. Esta Pepita es una joya, y puede darse por segura en su plaza para toda la vida, si, contando con el ingenio del genovés, con mi propia resolución, con el arrepentimiento de la reina y con vuestro cariño, Mercedes, consigo al fin llegar á ser esposo vuestro.

—Os olvidais, don Luis, dijo Mercedes temblando, pero sin poder menos de reirse de la idea que le ocurría, os olvidais de que si el marido estimase á la dueña que tanto repugnaba al amante, éste podria acaso apreciar á la dueña que no fuese del gusto del marido.

—Mucha sutileza encierra eso para la filosofia de Luis de Bobadilla, que siempre marcha por el camino derecho. Pero hay una sola cosa que es la que yo trato de averiguar, de la cual no permito que nadie dude, que estoy pronto á sostenerla cara á cara con todos los doctores de Salamanca y con todos los caballeros de la cristiandad, incluso tambien los infieles, y se reduce á que vos sois la mas hermosa, la mas dulce, la mas amable, la mas virtuosa, y en todo y por todo la mas seductora doncella de toda España, y que no hay caballero que adore y reverencie á su señora como yo os adoro y reverencio.

El lenguaje de la admiración siempre lisonjea el oído de una muger, y Mercedes, dando á las palabras de su amante un mérito de sinceridad que su tono y sus maneras garantizaban completamente, se olvidó de su dueña y de la maligna observación que acababa de hacer, para no pensar mas que en el placer de escuchar las protestas de cariño que tan bien sonaban en sus oídos. Sin embargo, la timidez propia de su sexo y lo reciente de su mútua confianza hicieron que contestase con cierta reserva.

—Me han informado de que vosotros los jóvenes caballeros que aspirais á encontrar ocasiones donde mostrar vuestra pericia y vuestro valor en los torneos, hacéis de continuo semejantes protestas en honor de cualquiera noble dama con solo el objeto de que los demas os reten, hacer alarde así de vuestras proezas como caballero y adquirir gran renombre.

—Todo eso consiste en que vos estais continuamente encerrada en las habitaciones particulares de doña Beatriz, de miedo sin duda de que los atrevidos ojos de algun español no profanen vuestra hermosura al admirarla. No estamos ya, Mercedes, en el siglo de los trovadores y de los caballeros andantes, tiempos en que los hombres hacian mil locuras para aparecer aun mas frágiles que los hizo la naturaleza. En aquel siglo vuestros caballeros *hablaban* mucho de amor; pero en el nuestro lo *sienten*.—A la verdad, esto me recuerda un poco la profunda moralidad de Pepita.

—No habeis mal de Pepita, Luis; tened presente que hoy se ha portado con vos como una amiga, sin lo cual

vuestra lengua hubiera sido contrariada por su presencia. Pero eso que vos llameis la moralidad de la buena dueña, es también la misma de la excelente y noble doña Beatriz de Cabrera, marquesa de Moya, y de la familia de Bobadilla, según creo.

—Pues bien! Diré que no hallo la mayor diferencia entre las lecciones de una duquesa y las de una dueña, en el secreto de su gabinete, cuando se trata de guardar á una criatura bella, rica y virtuosa como vos. Procuran hacer creer á las jóvenes que nosotros los caballeros somos unos ogros, y que el único medio de ganar el paraíso es pensar muy mal de nosotros: así, cuando la familia ha arreglado un matrimonio conveniente, la pobre joven queda sorprendida al recibir la orden de presentarse en público para casarse con uno de aquellos monstruos.

—Y á vos se os ha tratado de esa manera? Paréceme á mí que existe un interés marcado para inducir á los jóvenes de ambos sexos á pensar mal los unos de los otros.—Mas, don Luis, ¿en qué pensamos? Estamos perdiendo unos momentos preciosos, momentos que quizá no volvamos á tener jamás. ¿Qué hace Colón? ¿Cuándo debe abandonar la corte?

—Ya ha partido: aprobadas por la reina todas sus peticiones, ha dejado á Santa Fé, investido de cuantos poderes son propios á la dignidad real. Si acaso oís hablar de un tal Pedro Muñoz ó Pedro Gutierrez, entre los que arriben á la corte del Cathay, ya sabéis á quien debéis atribuir sus locuras.

—Yo quisiera mejor que emprendierais este viage con vuestro nombre verdadero; los disfraces de esta especie no suelen ser muy acertados, y á la verdad vos no vais á tomar parte en esta empresa (aquí las megillas de Mercedes se encendieron) por causas de que tengais que avergonzaros.

—Así lo desea mi tía. Por lo que á mí hace, hubiera puesto vuestros colores en las plumas de mi casco, vuestros emblemas en mi rodela, y hubiera hecho publicar por todas partes que don Luis de Llera marchaba al Cathay retando á todos los caballeros de aquel país á que presentasen una joven tan bella y tan virtuosa como vos.

—Ya no estamos en el siglo de los caballeros andantes, señor mío, respondió Mercedes sonriendo, á pesar de que cada palabra dirigida á probar la sincera y completa adhesión de su amante iba derecha á su corazón, afirmando en él el poder de su amor y aumentando su ardiente llama; ya no estamos en el siglo de los caballeros andantes como vos mismo deciais hace poco, don Luis de Bobadilla: vivimos en un siglo de razón y de verdad, en una época en que hasta el mismo amante reflexiona y se halla tan dispuesto á conocer los defectos de su querida como á elogiar sus perfecciones. Yo espero de vos alguna cosa mejor que no saber que habeis recorrido todas las sendas y caminos del Cathay en busca de gigantes para desafiarlos en honor de mi hermosura, y que habeis escitado á los demás á negarla, aunque solo fuese por espíritu de oposición á vuestros elogios. ¡Ah! Luis, os hallais comprometido en una noble empresa, que unirá vuestro nombre al de otros hombres ilustres, y que será para vos algún día un objeto de gloria y de triunfo, cuando ya la edad haya oscurecido nuestros ojos y cuando busquemos en lo pasado alguna acción de que podamos envanecernos.

¿Con qué deliciosa emoción escuchó el joven amante á su querida, con toda la inocencia y la tranquilidad de su corazón, hablar de sus futuros destinos reuniéndolos bajo un solo y único punto de vista! Y cuando ella acabó de hablar, sin pensar el joven en el sentido que debía dar á lo que acababa de oír, continuaba escuchando con la misma atención como si quisiese aun percibir los sonidos que tan dulcemente habian herido sus oídos.

—¿Qué empresa puede para mí ser mas noble, mas digna de escitar todo mi valor que la que debe darme por premio vuestra mano? exclamó al fin. Ningun otro

objeto me guía al marchar con Colón. Yo partiré con él los peligros para quitar todo pretexto de oposición á Isabel, y le seguiré hasta lo mas recóndito de la tierra antes que no dejar honrada vuestra elección.—Vos sois mi Gran-Kan, Mercedes, y vuestra sonrisa el único tesoro del Cathay á que yo aspiro.

—No hableis de esa manera, mi querido Luis, porque eso es no hacer justicia á la nobleza de vuestra alma y á la generosidad de vuestras intenciones. Ese proyecto de Colón es una concepción prodigiosa, y aunque me encanta sobremanera que él haya podido crear semejante idea y que cuente con el valor necesario para llevarla á cabo por sí mismo, en atención á la utilidad que de su éxito han de reportar los infieles y á lo que necesariamente ha de contribuir á la mayor gloria de Dios, conozco que no me encanta menos el pensar que vuestro nombre vivirá tan largos años como el recuerdo de tan colosal empresa, y que conseguireis cubrir de vergüenza á vuestros detractores cuando sepan la resolución y el valor que habeis demostrado para coadyuvar á sus resultados.

—Todo eso será una verdad, Mercedes, siempre que consigamos llegar á las Indias; mas si los santos nos retiran su protección y nuestro proyecto fracasase, espero que vos no os avergonzaréis de confesar el interés que os inspira un desgraciado aventurero, si acaso llegase á volver sin haber obtenido resultado alguno y hecho un objeto de burla y de sarcasmo, en vez de haber adquirido esa honrosa distinción que vos parece que aguardais con tanta confianza.

—En ese caso, Luis de Bobadilla, repuso vivamente Mercedes con un acento de ternura que hizo subir los colores á su rostro, en ese caso vos no me conocéis aun. Yo deseo que participéis de la gloria de esta empresa, porque vuestra juventud no ha estado siempre al abrigo de la censura y de la calumnia, y porque, estoy segura de ello, eso os hará obtener con mayor facilidad el favor de S. A.; mas si estais persuadido que la decisión y el arreglo de marchar con Colón era necesario para que yo pensase favorablemente del sobrino de mi tutora, no conocéis absolutamente el sentimiento que me impele hácia vos, y estimais en poco las horas de pesar que yo he sufrido por vuestra causa.

—¡Adorada Mercedes, qué alma tan noble y tan generosa la vuestra! No soy digno de tan pura sinceridad, de tan decidido y verdadero cariño. Arrojadme de vuestra presencia para que no pueda volver á causaros pena ninguna.

—Era de temer, Luis, que el remedio fuese peor que la enfermedad, respondió la hermosa castellana sonriendo y ruborizándose á la vez, y fijando en él sus elocuentes ojos, que expresaban toda la ternura que existía en su corazón; es preciso que yo sea dichosa ó desgraciada; pero vuestra, como la Providencia lo disponga, ó miserable sin vos.

La conversacion de los dos amantes tomó ya un giro menos regular, aunque mas amplio, como suele suceder entre personas que sienten mas que razonan, llegando á mezclarse en ella un sinnúmero de accidentes y sentimientos que los limites de esta obra no nos permiten reproducir. Luis, como sucede de ordinario, estuvo á veces inconsecuente, celoso, arrepentido, apasionado y pródigo de protestas: tan pronto su imaginación solo le permitía ver desgracias, tan pronto creía ver un paraíso en la tierra. Mercedes se mostró entusiasta, generosa, y conciliando siempre con un cariño sin limites los mas elevados principios y el mas completo olvido de sí misma, escuchando con una ternura que parecia quererle concentrar en su amor los ardientes votos que le repetía su amante, rechazaba sus protestas con la reserva propia de su edad y la dignidad de su sexo; siempre que aparecian exageradas ó indiscretas.

Aquella entrevista duró una hora, y parece escusado que digamos qué de promesas de constancia se hicieron mutuamente, y cuántas veces se repitieron no ser nun-



ca esposo ni esposa de otro alguno. Cuando llegó el momento de separarse, Mercedes abrió un cofrecillo que contenía sus joyas, y escogió una de ellas, que entregó á su amante en prenda de su fe.

—No os daré un guante para que le pongais en vuestro casco en los torneos, Luis, le dijo; pero si os ofrezco ese simbolo sagrado que podrá recordaros á la vez el grande objeto que os proponéis en el dia, y á la que estará aguardando el resultado de vuestro viage con una inquietud tan viva como la que sentirá el mismo Colon. No teneis necesidad de otro crucifijo que este á quien dirigir vuestras oraciones, y esas piedras son záfiro que, como sabeis, son un emblema de fidelidad, sentimiento que debe siempre existir en vuestro corazon mientras pueda contribuir á vuestra eterna felicidad, y que no sentiré saber que alli existe del mismo modo cuando penseis en la que os ha entregado esa bagatela.

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono medio jovial, medio melancólico, pues en el instante de separarse Mercedes de su amante ya sentia la pena que pesaba acerbamente sobre su corazon; mas el sentimiento á que ella acababa de hacer alusion la comunicaba tal energia, que casi asomaba la sonrisa á sus labios; su voz tenia ese sonido seductor propio de la juventud cuando confiesa sus tiernas emociones y cuando su corazon se halla agobiado de pensamientos de ausencia y de peligros. Su regalo, la pequeña cruz de záfiro, era de gran valor, pero no era menos preciosa ademas por la intencion y el carácter de la que la ofrecia.

—Vos habeis querido mirar por mi alma haciéndome este presente, Mercedes, dijo Luis sonriendo despues de haber estampado mil besos en la pequeña cruz; habeis querido que si el soberano de Cathay rehusa convertirse á nuestra fe, no nos dejemos nosotros convertir á la suya. Al lado de tan inesimable presente temo que el mio pueda parecer frivolo y sin mérito alguno.

—Un rizo de vuestra cabellera es todo lo que yo deseo, Luis. Ya sabeis que no me faltan joyas.

—Si así lo creyese, al instante caeria mi cabellera toda entera y saldria de España con la cabeza tan rapada como la de un monge ó la de un moro; pero los Bobadillas tienen tambien sus joyas, y la futura esposa de uno de ellos es preciso que conserve alguna. Este collar perteneció á mi madre, y antes dicen, que á una reina; mas de todas cuantas lo han llevado, Mercedes, ninguna, estoy seguro, le habrá honrado como vos.

—Le acepto, Luis, pues ofreciéndolo vos, no sabria cómo rehusarlo; mas lo acepto llena de temor, porque veo en estos mútuos presentes los emblemas de nuestros dos caracteres. Vos habeis escogido una cosa que deslumbró, que con el tiempo se mira con indiferencia, y que solo cautiva á grande distancia, pero yo, con el sentimiento de una muger, he escogido lo que representa la constancia. Temo mucho que alguna seductora beldad del Oriente consiga atrer vuestra eterna admiracion mas fácilmente que una pobre doncella castellana que nada tiene en favor suyo mas que su confianza y su ternura.

El jóven amante se deshizo en protestas de fidelidad, y Mercedes le concedió un dilatado abrazo antes de separarse. Las lágrimas corrieron sobre el seno de don Luis, y en el momento de ir á abandonarla, la pasion, como es propio en las mugeres, hizo que, olvidándose de toda fórmula, confesase toda la debilidad de su alma. Don Luis se apartó al fin de su presencia, y en la siguiente noche marchaba ya hácia la costa bajo un nombre supuesto y vestido con un sencillo traje.

Colon le habia ya precedido.

## CAPITULO XI.

El lector no debe suponer que la Europa entera tuviese fija la vista en nuestros aventureros. La verdad y la mentira, compañeras eternas é inseparables, no se esparcian aun por todas partes y con la increíble rapidez que en el dia por medio de los periódicos: solo un

reducido número de favorecidos del cielo llegaban á saber antes que los demas la noticia de alguna empresa parecida á la en que á la sazón se ocupaba Colon. Luis de Bobadilla se ausentó, pues, de la corte sin que nadie lo echase de ver, y los que llegaron á notar su ausencia suponian que habria marchado á alguna de sus tierras, ó que quizá habria emprendido alguno de aquellos viages de capricho, que se consideraban como impropios de su elevado nacimiento y que rebajaban su rango de caballero. Por lo que hace al genovés, apenas se echó de ver su partida, sin embargo de que era público entre los cortesanos que Isabel habia dictado de acuerdo con él ciertas disposiciones que daban á aquel aventurero un rango muy superior y de mayores ventajas que el que sus futuros servicios pudieran nunca llegar á proporcionarle. Todos sus demas compañeros eran bien poco conocidos para que pudiesen llamar demasiado la atencion, y cada cual partió por su lado con direccion á la costa sin que nadie se ocupase de ellos, fuera de aquel estrecho circulo de sus conocidos particulares. Aquella expedicion tan atrevida en su objeto, tan importante por sus resultados, no debia, sin embargo, hacerse á la vela desde uno de los primeros puertos de España: habiase dado la orden de proveer á todo lo necesario para la marcha á un puerto de una importancia muy secundaria, y que no parecia tener otra recomendacion para aquel particular servicio que el haber en él buenos marinos y el estar situado al lado de acá el estrecho de Gibraltar, que no dejaba de presentar algunos peligros á causa de los piratas africanos.

Deciase, pues, en consecuencia, que se habia dado aquella orden al puerto en cuestion, porque en castigo de haber contravenido algunas leyes, habiasele condenado á presentar en todo un año á la corona dos carabelas armadas. Parece ser que semejantes castigos entraban en parte en la politica de un siglo en que las tripulaciones de los buques se formaban con las levas que se hacian en los mismos puertos, y que las embarcaciones estaban servidas por soldados del ejército de tierra.

Palos de Moguer, que así se llamaba el puerto que debia de satisfacer aquella especie de multa, era un pueblo de muy escasa importancia en fines del siglo XV, y hoy dia no es otra cosa que una aldea habitada por pescadores. Como la mayor parte de las poblaciones que están poco favorecidas de la naturaleza, los habitantes de aquel pueblo eran gentes atrevidas y aventureras, tan aventureras como podian serlo en un siglo tan ignorante. Aquel puerto no poseia carracas de importancia, pues en atencion á su pobreza y al género de comercio en que se ocupaban le bastaban la ligera carabela y la falúa mas sencilla todavía. Todo el apoyo que Colon consiguió obtener de ambas coronas, despues de sus eternas peticiones, fué la orden de armar aquellas dos carabelas y equiparlas con los hombres y oficiales necesarios para formar una expedicion real. No debe, sin embargo, deducirse de este hecho que Isabel tuviese la culpa de tamaña mezquidad ó que hubiese querido faltar á su palabra con respecto á Colon. La causa de semejante circunstancia era el apurado estado del tesoro de la reina despues de la última guerra contra los moros, y quizá tambien la esperiencia y el ingenio del mismo principal navegante, que no ignoraba que para su viage de descubierta las carabelas serian mucho mas útiles y seguras que cualquier otro buque de mayores dimensiones.

En lo mas elevado de un promontorio pedregoso, á menos de una legua de Palos, estaba situado el convento de la Rábida, que vino despues á hacerse célebre por la hospitalidad que en él halló Colon. Siete años antes de la época en que dá principio nuestra historia, el gran navegante, llevando de la mano á su hijo rendido de fatiga, se presentó á la puerta de aquel edificio pidiendo algun alimento para aquel pobre niño. Aquella anécdota es demasiado conocida para que vayamos á reproducirla: y solo debemos añadir que su larga permanencia en el

convento, los amigos que él se había adquirido tanto entre los piadosos franciscanos que lo habitaban como entre los vecinos de las cercanías, fueron sin duda alguna nuevos motivos que le indujeron á indicar á la reina la eleccion de aquel puerto. Colon habia propagado sus ideas y conocimientos no solo entre los monges, sino tambien entre los habitantes de aquellos alrededores, de modo que alli existian los primeros prosélitos que él habia hecho en España.

A pesar, pues, de tales antecedentes, la órden para aprestar dos carabelas difundió la consternacion entre los marinos de Palos. Temíase como un hecho muy notable el seguir la costa de Africa bajando hácia el Ecuador, porque el pueblo se habia formado las mas estrañas ideas de aquellas regiones desconocidas, y hasta no habia quien creia que siguiendo hácia el Sur, se podia llegar á una parte de la tierra en donde toda vida animal y vegetal era imposible á causa del excesivo calor del sol.

Las revoluciones de los planetas, el movimiento periódico de la tierra y las causas del cambio de las estaciones eran todavia profundos misterios aun para los sábios, ó si acaso se dejaba vislumbrar algun rayo de luz, venia á ser como el primer resplandor de la aurora que anuncia débilmente, y como titubeando, la venida del nuevo dia. No es, pues, de admirar que los marinos de Palos, sencillos y de cortos alcances, mirasen la órden de la corona como una sentencia de muerte pronunciada contra todos aquellos que tuviesen que obedecerla. Ellos pensaban que el Océano, adelantándose hasta cierta distancia, era como el firmamento, una especie de vacío ó de caos, y en su ignorancia suponian que partiendo de aquel punto, el empuje de las olas y las mangas de agua conducian á climas de fuego y á escenas de las mas espantosa destruccion. Algunos creian asimismo que era posible llegar hasta el extremo de la tierra y lanzarse despues en el vacío impelido por rápidos é invisibles torbellinos.

Tal era el estado de las cosas á mediados del mes de enero. Colon estaba en el convento de la Rábida con su amigo el padre Juan Perez, su fiel partidario, cuando un hermano vino á anunciarles que una persona estraña preguntaba por el señor Cristóbal Colon.

—¿Tiene trazas de mensajero de la córte? preguntó el navegante. Pues, supuesto que la mision de Juan de Peñalosa ha sido infructuosa, serán precisas nuevas órdenes de S. A. para llevar á debido efecto sus intenciones.

—No me lo parece, señor, respondió el hermano, porque esos mensajeros de la córte suelen venir en caballos cubiertos de espuma, traen siempre mucha prisa y un ademan de importancia; pero este jóven, por el contrario, parece muy modesto y viené montado en una soberbia mula andaluza.

—¿Os ha dicho su nombre, buen Sancho?

—Me ha dicho dos, señor: Pedro Muñoz, ó Pedro Gutierrez, sin don.

—Me alegro, contestó Colon dirigiéndose con rapidez hácia la puerta, pero conservando siempre su sangre fria; sea bien venido ese jóven, puesto que ya le aguardaba. Hacedle que entre inmediatamente, Sancho, y sin formalidad ni ceremonia alguna.

—¿Es algun conocido de la córte? preguntó el prior con ese tono con que suele preguntarse indirectamente.

—Padre mio, es un jóven que tiene el ánimo suficiente para arriesgar su vida y su reputacion por la gloria de Dios y el bien de la Iglesia, embarcándose conmigo para ayudarme en mi empresa. Pertenece á una respetable familia, y no carece de bienes de fortuna, y si él fuese ya mayor de edad, no nos faltaria dinero por cierto.

En el momento en que Colon concluyó de hablar, abrióse la puerta y se presentó Luis de Bobadilla. El jóven conde se habia despojado de todas cuantas señales exteriores podian dar á conocer su elevada clase, y ves-

tia el modesto traje de un viagero perteneciente á cierta clase de la que seria mas fácil que hubiese alistados para la expedicion, que no de la que él pertenecia. Saludó á Colon respetuosa y cordialmente, y al franciscano con un aire humilde de deferencia. El genovés reconoció en el instante que aquel intrépido y brioso mancebo abordaba aquella empresa con la firme resolucion de emplear cuantos medios estuviesen en su mano para proporcionarla el éxito mas completo.

—Seais bien venido, Pedro, dijo Colon despues que Luis le hubo saludado. Llegais precisamente á la costa en una ocasion en que vuestra presenca y vuestro apoyo pueden serme de la mayor utilidad. La primera órden de S. A. que mandaba poner á mi disposicion dos carabelas para el servicio de la corona, ha sido completamente desobedecida; otra segunda, que me autorizaba para apoderarme de los buques que me hiciesen falta, tampoco ha sido respetada, á pesar de haber venido á llevarla á efecto el señor Peñalosa, enviado espresamente por la córte con tal objeto, y bajo la pena para el pueblo de satisfacer una multa de 200 maravedis por cada dia de retraso. Los idiotas, asi como sus vecinos, se han llenado la cabeza de todos los males á que puede dar lugar el espanto, y me parece á mi que me hallo tan lejos de ver mis esperanzas satisfechas como lo estaba antes de haberme granjeado la amistad de este buen padre, y la proteccion de la reina Isabel. Es muy cruel, Pedro, esto de ir pasando la vida entre esperanzas y desengaños, cuando se propone un objeto tan elevado, como es el dar mayor ensanche á los conocimientos humanos, y el propagar la fé cristiana.

—Yo os traigo buenas noticias, señor. Viniendo de Moguer ha hecho el camino conmigo un tal Martin Alonso Pinzon, marino, con el cual en otra ocasion viagé por mar, y hemos venido hablando de vuestro proyecto y de los obstáculos que habeis experimentado. Me ha dicho que os conoce, señor Colon, y á juzgar por sus palabras, yo creo que él piensa favorablemente acerca de las probabilidades de éxito que tiene vuestra empresa.

—Si, Pedro, si, y muchas veces ha oido mis argumentos como hábil y sensato navegante, y no dudará que asi lo sea. ¿Pero no me habiais dicho que él os conocia?

—Si, señor, hicimos juntos el viage desde España á la isla de Chipre y desde alli á Inglaterra. En estos largos viages se adquiere conocimiento del carácter y de las disposiciones de las personas en cuya compania se hacen, y yo he formado una ventajosa opinion del señor Pinzon bajo ambos aspectos.

—Sois demasiado jóven, hijo mio, dijo el prior, para formar juicio de un marino de la edad y prudencia de Martin Alonso: en estos contornos goza de gran reputacion y es tenido por hombre rico. Pero me sirve de la mayor satisfaccion el saber que piensa acerca de vuestro viage como antes pensaba, porque hace algun tiempo creí que vacilaba algun tanto.

Don Luis habia hablado del grande hombre de aquellas cercanías mas bien como un Bobadilla que del modo que hubiera sido mas propio del supuesto nombre de Muñoz, que habia adoptado. Una mirada de Colon le advirtió que se olvidase de su clase y pensase solo en su disfraz.

—Esto á la verdad hace cobrar ánimos, y nos presenta el Cathay bajo un aspecto aun mas brillante, dijo el navegante. Creo que habeis dicho que ha sido venido de Moguer á Palos cuando habeis hablado con nuestro conocido el buen Martin Alonso.

—Si, señor, y él es quien me ha dicho dónde hallaria al almirante, pues os ha dado ese titulo que el favor de la reina os ha acordado; y no me parece esa pequeña prueba de amistad, teniendo presente que muchos otros con quien he hablado en estos alrededores parecen mas dispuestos á llamarnos con otros nombres bien distintos.

—Nadie, repuso el navegante con aire de gravedad,



como queriendo dar á entender á Luis que aun estaba á tiempo de volverse atrás si lo juzgaba oportuno, nadie debe tomar parte en esta empresa como no se halle enteramente conforme con mis ideas, y como no tenga una entera confianza en mis conocimientos.

—¡Por San Pedro mi patron! señor almirante, dijo Luis riendo, que de diferente modo se habla en Palos y en Moguer; pues he oído decir que ningún hombre que tenga la piel algo tostada por el sol del Océano se atreve á aparecer por parte alguna de miedo de que le envíen al Cathay por un camino que nadie sabe mas que de memoria. A pesar de eso, aquí teneis, señor Colon, un voluntario que se os presenta sin que nadie le violente, y que se halla dispuesto á seguirlos hasta la estremidad de la tierra si es plana, ó bien á dar con vos la vuelta, si es redonda, y este voluntario es Pedro Muñoz, que toma parte en vuestra empresa, no por sordido amor al oro ó á otra cualquier cosa que los hombres puedan apreciar en algo, sino por un espíritu aventurero, tal vez un poco escitado por su cariño á la mas bella y á la mas pura de todas las doncellas de Castilla.

El padre Juan Perez no apartaba sus ojos de Luis, cuyo aire desembarazado y cuyo tono de franqueza le admiraban en el mas alto grado, pues Colon habia logrado inspirar un respeto tal, que pocos eran los que se permitian hablar ligeramente en su presencia, y esto aun antes de que Isabel le hubiese conferido el título y categoria de almirante. El buen prior estaba bien lejos de sospechar que tenia delante de sí, en la persona del supuesto Pedro Muñoz, á un hombre cuyo rango personal era todavia mas elevado, si bien no se hallaba investido de ningún carácter oficial, así es que no pudo menos de manifestarle algun disgusto por la franqueza de su tono y maneras respecto personas que él mismo estaba acostumbrado á respetar.

—Pareceme, señor Pedro Muñoz, le dijo, si tal es vuestro nombre, porque en verdad convendria mejor á vuestro modo de conducir el título de duque, marqués ó conde, pareceme que tratáis á S. E. el almirante con la misma libertad, por lo menos, con que vos tratábais hace poco á ese digno Martin Alonso, nuestro vecino. Un hombre de vuestra condicion debe ser mas modesto y no permitirse usar chanzas ó hablar ligeramente de las opiniones de aquel que debe ser su jefe.

—Os pido perdon, padre mio: si acaso os he ofendido, y otro tanto digo al almirante que, á lo que creo me ha comprendido mejor. Todo lo que he querido decir, ha sido que conozco á ese Martin Alonso nuestro vecino, como antiguo compañero de viaje, que hemos andado algunas leguas juntos esta mañana, y que despues de una larga conversacion me ha hecho presente su deseo de prestarnos ayuda para hacer salir la expedicion, ya que no de un atolladero, al menos de las arenas de vuestro puerto, y que me ha prometido venir aqui con tan laudable desigüo. En cuanto á mi, todo lo que me resta que añadir es que estoy pronto á seguir al respetable señor Colon á cualquier parte donde sea su voluntad conducirme.

—Muy bien, Pedro, muy bien, dijo el almirante. Estoy completamente persuadido de vuestra sinceridad y de vuestro ánimo, y esto debe bastaros hasta que tengais ocasion de convencer á los demas. Mucho me alegro de haber tenido noticias de ese Martin Alonso, padre prior, porque podrá hacernos señalados servicios, y su celo efectivamente habia principiado á entibiarse.

—Si, él puede seros útil, y lo será, á no dudarlo, si se interesa formalmente en este asunto. Martin es el primer navegante de toda esta costa; pues aunque yo ignoraba que él habiese estado en Chipre, segun resulta de lo que nos ha dicho este jóven, ya sabia yo que varias veces ha subido hacia el Norte hasta las costas de Francia, y vuelto á bajar hacia el Sur hasta las Canarias.

—¿Creeis vos, señor almirante, que el Cathay está mucho mas lejos que la isla de Chipre?

Sonrióse Colon al oír esta pregunta, y menzó la cabeza como quien prepara á un amigo un desengaño.

—Aunque la isla de Chipre, respondió, no esté muy lejos de la tierra santa y del principal asiento del poder de los infieles, el Cathay debe hallarse á una distancia mucho mas considerable, y no espero ni pienso hacerlo esperar á los que se hallan dispuestos á seguirme, poder llegar allá antes de haber andado unas 800 ó 4,000 leguas.

—Es una distancia admirable y espantosa, exclamó el franciscano, mientras que Luis se sonreia con aire indiferente, siendo para él de poca importancia tener que atravesar mil ó dos mil leguas sobre el Océano, siempre que en el viaje no faltasen aventuras y que el desenlace fuese su union con Mercedes; si, una distancia admirable y espantosa; y sin embargo, señor almirante, yo no dudo un instante que seais vos el elegido por la Providencia para allanar todos los obstáculos y abrir el camino á los que habrán de seguirlos para alzar en aquel territorio la cruz de Jesucristo y hacer conocer á sus habitantes las promesas de la redencion.

—Esperémoslo así, dijo Colon haciendo con respeto la señal del santo emblema á que acababa de aludir su amigo, y en prueba de que tenemos algun motivo humano para regocijarnos, hé aqui al señor Pinzon que viene muy azorado.

Martin Alonso Pinzon, cuyo nombre es tan familiar al lector como el de un hombre que ayudó en gran manera al célebre genovés en su vasta empresa, entró en aquel momento: parecia que habia venido apresurado, y que su ánimo estaba ocupado todo por un solo negocio, cosa que Colon echó de ver al instante. El franciscano no quedó poco sorprendido al ver que Martin Alonso, el grande hombre de aquellos contornos, saludó á su legada primero á Pedro, despues al almirante, y por último á él. Pero el digno prior, que se hallaba muy dispuesto á echar una fraterna apenas notaba la mas mínima falta de decoro, no tuvo tiempo para manifestar lo que por él pasaba, pues Martin entró en materia con una prisa tal, que daba á entender que no habia venido á hacer una simple visita de amistad ó de ceremonia.

—Estoy muy disgustado, señor almirante, dijo, al saber con qué obstinacion han rehusado nuestros marinos de Palos, obedecer las órdenes de la reina. Aunque yo vivo habitualmente en este puerto, y siempre he mirado con respeto vuestro proyecto de viaje al Occidente, si bien no con entera confianza, nada sabia acerca de semejante insubordinacion. hasta que al venir hacia aqui me encontré casualmente á un antiguo conocido en la persona de D. . quiero decir, del señor Pedro Muñoz que está presente, y el cual, aunque venia de mas lejos, estaba mucho mejor instruido de nuestras faltas que yo mismo, que vivo sobre el terreno; pero yo creo, señor, que vos sabreis perfectamente de qué madera están hechos los hombres, los cuales segun dicen, son seres de razon; mas sin embargo de ser esta una verdad incontestable, no se hallará uno solo entre ciento que quiera tomarse la pena de formar una opinion; pero al contrario, es cosa muy fácil el encontrar medios de cambiar las de un número de hombres suficiente para cuanto necesiten, sin que siquiera se aperciban de ello.

—Eso es muy cierto, vecino Martin Alonso, dijo el prior; tan cierto que podia ponerse en una homilia sin que perjudicase á la religion. El hombre es un animal razonable y responsable de todas sus acciones, pero no conviene que sea un animal que piense. En lo concerniente á la Iglesia, cuyos intereses se hallan confiados á sus ministros, ¿qué pueden tener que decir de sus negocios las gentes ignorantes y sin instruccion? En lo tocante á la navegacion, pareceme que un buen piloto vale mas que ciento. Aunque el hombre sea un animal dotado de razon, se ofrecen mil ocasiones en que se vé obligado á obedecer sin poder dar razon alguna, y son muy pocas aquellas en que lo debe ser permitido razonar y no obedecer.

—Todo eso es muy cierto, digno padre y excelente vecino, tan cierto que no encontrareis una sola persona, al menos en Palos, que os lo niegue. Y ya que hemos tocado esta cuestion, debo deciros que la Iglesia ha suscitado ella sola mas obstáculos al negocio del señor almirante que todos los que por otros estajos han podido perjudicarle. Todas las viejas del puerto esclaman que es una herejía decir que la tierra es redonda y que eso es contrario á la Biblia; y si vamos á decir verdad, en este convento mismo hay muchos hermanos que contribuyen á sostener semejante opinion. A un hombre que nunca se ha embarcado y que ha vivido mas de continuo en los valles que sobre los montes, le parece una cosa contraria á la naturaleza el decir que la tierra es redonda; y aunque he tenido mil ocasiones de ver el Océano, es esa una idea que yo no adoptaria tan fácilmente á no ser por el hecho de que cuando uno se halla en alta mar la primera cosa que se divisa de un buque ó de una ciudad á lo lejos son las velas mas elevadas del uno y las veletas y cruces de los campanarios de la otra, á pesar de que esas velas y esas cruces son los objetos mas pequeños de un navio y de una iglesia. Nosotros los marinos tenemos una manera de inspirar ánimo á nuestros compañeros, y vosotros los hombres de iglesia tenéis otra completamente diferente: por ahora he formado el designio de dedicarme á introducir las mas prudentes ideas en la cabeza de los marineros de Palos, y confío, reverendo prior, que vos empleareis todos los medios de que dispone la Iglesia tanto para hacer callar á las mugeres como para calmar los escrúpulos de los mas celosos de vuestros hermanos.

—¿Deberé acaso deducir de todo esto, señor Pinzon, preguntó Colon, que abrigueis la intencion de tomaros un interés directo y mas formal que anteriormente por el mejor éxito de mi empresa?

—Si, señor, esa es mi intencion, si logramos ponernos de acuerdo sobre las condiciones tan bien como parece lo habéis hecho con nuestra soberana doña Isabel de Trastámara. He tenido una conversacion con don... (¡Diablot mi excesiva cortesía acabará por echarlo todo á perder); quiero decir con el señor Pedro Muñoz que aqui se halla; y como es un jóven muy prudente y me ha enterado de su intencion de partir con vos, me ha trastornado la cabeza hasta tal punto, que me ofrezco voluntariamente á ser de la partida. El señor Muñoz y yo hemos viajado ya bastante tiempo juntos para que yo no desee encontrarme una vez mas en el Océano en su compañía.

—Esas son buenas noticias, Martín Alonso, exclamó el prior, y vuestra alma recogerá el fruto de tan piadosa y valiente resolucion, asi como tambien las almas de cuantos tengan que ver con vos. Algo es, señor almirante, el tener á SS. AA. de vuestra parte en un punto como Palos; pero mas es tener á vuestro lado á vuestro digno vecino Pinzon; porque si aquellos son soberanos por la ley, este es rey por la opinion. Ahora no dudará un solo momento que las carabelas se hallen dispuestas á la mayor brevedad.

—Puesto que parece que estais resuelto de todas veras á tomar parte en nuestra empresa, señor Martín Alonso, dijo Colon con aire de grave dignidad, habreis sin duda pensado ya en las condiciones, y vendreis preparado para hacérmelas conocer. ¿Son acaso parecidas á las que hemos ya discutido?

—Si, señor almirante. Sin embargo, en este momento se halla mi bolsa algo mas vacía que estaba la última vez que hemos tratado de este asunto. Podrán acaso suscitarse algunas diferencias sobre ese punto; pero yo no dudo que sobre todos los demas nos pongamos pronto de acuerdo mediante una buena explicacion.

—Por lo que hace á la octava parte de los gastos que yo deba abonar, segun mis convenciones con SS. AA., habrá menos que insistir sobre dicho particular que la última vez que nos vimos, en atencion á que podrán presentarse otros medios que me pongan en estado

de cumplir lo prometido.—Al decir esto las miradas de Colon se dirigieron involuntariamente hácia el supuesto Pedro, y las de Pinzon tomaron igual direccion con un ademán expresivo.—Pero tendremos mil dificultades que vencer con respecto á esos necios de marineros que se han dejado asustar, y que podrán tal vez ceder á nuestra influencia. Si quereis que entremos en esa habitacion, discutiremos en el acto las bases de nuestro tratado, y mientras tanto, confiaremos este jóven á la hospitalidad de nuestro reverendo amigo.

No habiéndose opuesto en lo mas mínimo el prior Juan Pérez á semejante proposicion, Colon y Pinzon pasaron á una estancia inmediata, dejándole solo con nuestro héroe.

—¿Habeis pensado, hijo mio, con toda detencion que vais á lanzaros en esta colosal empresa del almirante? dijo el franciscano apenas se hubo cerrado la puerta del otro cuarto; y al hablar de esta manera, examinaba á don Luis con mayor atencion que hasta entonces lo habia hecho. Vuestras maneras son muy parecidas á las de los jóvenes señores de la corte: tendreis, pues, necesidad de adoptar un aire algo menos arrogante en el estrecho espacio de una de nuestras carabelas.

—Conozco las naos, las carracas, las fustas, las pinazas, los carabelones y las falúas, señor prior, y yo me conduciré con el almirante como podria conducirme ante don Fernando de Aragon, si fuese compañero de viaje, ó ante el mismo Boabdil de Granada, si este desgraciado monarca se hallase sentado en su trono, de donde acaba de ser arrojado, y mandase á sus caballeros que cargasen á los de la cristiana España.

—Esas palabras son muy buenas, y á decir verdad, las pronunciais como en un torneo; pero de nada habrán de servirlos para con ese genovés, cuya firmeza no quedaria desmentida ni aun en presencia de nuestra amable soberana doña Isabel.

—Pero, ¿conoceis á la reina? dijo Luis olvidándose de su disfraz al hacer con tanta libertad esta pregunta.

—Debo conocerla, hijo mio, y hasta lo mas recóndito de su corazon, cuya pureza he tenido mas de una vez ocasion de admirar en el confesionario. Por mas amada que sea de los castellanos, es preciso, para penetrarse bien del elevado espíritu de tan piadosa princesa, haberla escuchado en el santo tribunal de la penitencia.

Don Luis tosió, se puso á jugar con el puño de su larga espada, y segun su costumbre, dejó escapar la primera idea que le vino al pensamiento.

—En virtud de vuestra mision como sacerdote, padre prior, ¿habeis acaso en alguna ocasion confesado á una jóven de la corte, muy querida de la reina, y cuyo corazon respondo yo que es tan puro como el de la misma reina?

—Hijo mio, semejante pregunta me hace pensar que hariais mucho mejor en marchar á Salamanca á aprender la historia, la doctrina y los usos de la iglesia, que no entrar en una tan laudable empresa como la del señor Colon. ¿Ignorais, pues, que no está prohibido el revelar los secretos de la confesion y el establecer comparaciones entre nuestros diversos penitentes? ¿No sabeis tambien, ademas, que nosotros no tenemos ni á la misma doña Isabel (la Virgen Maria la proteja), como modelo de la santidad á que todos los cristianos deben procurar llegar? La jóven de que me habeis hablado podrá ser muy virtuosa conforme á las ideas del mundo, al mismo tiempo que podrá ser una insigne pecadora á los ojos de nuestra madre la Iglesia.

—Yo desearia, reverendo prior, oír un lenguaje semejante antes de salir de España á un Guzman ó á un Mendoza, que no estuviesen revestidos de vuestro santo carácter.

—Os acolorais demasiado, hijo mio, y hablais sin reflexionar. ¿Qué podria decir un hombre de vuestra cindición á un Guzman, á un Mendoza ó á un Bobadilla si afirmaba lo mismo que vos negais? Pero decidme, ¿quién es esa jóven por quien os tomáis tanto interés, del cual yo dudo que ella participe?



—Me he espresado con sobrada ligereza: su situacion y la mia han establecido entre ambos una linea tal de separacion, que es mas que probable que jamás lleguemos á hablarnos, y mi mérito ademas no es suficiente para que ella pueda olvidar todas las ventajas que sobre mi tiene.

—Mas sea lo que quiera, ¿ella tendrá su nombre?

—Sin duda, prior, sin duda, y un nombre muy noble; yo estaba pensando en doña Maria de las Mercedes Valverde cuando se me escapó esa pregunta con excesiva ligereza. ¿Quizá conozeais á tan ilustre heredera?

El padre Juan Perez, religioso de un alma muy sencilla, se asombró al oír pronunciar aquel nombre. Fijó sus ojos en el jóven con la mayor atencion y con una especie de lástima; despues sonriose bajando la vista, y por último, meneando la cabeza como si sus ideas se le representasen repentinamente.

—Sí, la conozco, dijo, y aun la última vez que fui á la corte por los asuntos de Colon, la confesé, asi como á la reina, su señora, por estar enfermo su confesor. Es muy cierto que es dignísima de la estimacion de doña Isabel; mas vuestra admiracion hácia ella debe ser parecida á la que experimentamos hácia una hermosa nube que se presenta flotando á una grande altura, porque no creo que esa admiracion pueda fundarse en esperanza alguna razonable.

—¿Qué sabeis vos de eso, padre mio? Si esta expedicion termina como os de esperar, todos los que en ella tomen parte serán premiados y adelantados en su carrera. ¿Y por qué razon no habré yo de ser uno de tantos?

—Todo eso podrá ser verdad, mas en cuanto á doña...—El prior calló de repente al ir á pronunciar estas palabras, porque conoció que iba á ponerse en el caso de descubrir el secreto de la confesion. Como el amor de Mercedes hácia Luis hizo concebir á su jóven corazon algun escrúpulo, habiaselo confesado todo á su confesor pidiéndole consejos, y el prior, valiéndose de un piadoso engaño, que no tenia á sus ojos nada de criminal, fué el primero que la sugirió la idea de hacer servir en provecho de su amor aquella inclinacion de su amante á correr mundo. Su ánimo estaba aun tan admirado de la singular pureza de corazon de su jóven penitente, que le habia costado trabajo contener la expresion del interés que ella le habia inspirado; mas la costumbre y el deber agudieron á un tiempo, y consiguió detenerse en el mismo momento en que iba á pronunciar el nombre de Mercedes. Sin embargo, sus ideas continuaron girando sobre el mismo objeto, y lo probó asi una pregunta que tenia relacion con él, y que creyó poder hacer sin ser indiscreto.—Segun lo que acaba de decirnos Martin Alonso, parece que habeis visto mucho mundo, ¿acaso os habeis encontrado alguna vez con un caballero castellano llamado don Luis de Bobadilla, que lleva tambien el titulo de conde de Llera?

—Estoy poco enterado de sus esperanzas, y me cuido todavia menos de sus titulos, respondió Luis, que creyó debia manifestar una completa indiferencia acerca de la opinion del franciscano; pero he visto á ese caballero. Es un loco, un vagabundo, un jóven de quien nada bueno puede aguardarse.

—Mucho me temo que eso sea demasiado cierto, dijo el prior meneando la cabeza con aire melancólico, y á pesar de todo, cuentan que es un valiente caballero y la mejor lanza de España.

—Podrá ser asi, repuso Luis tosiendo con mas fuerza que lo permitia la buena crianza, pues sentia que su garganta se le anudaba, podrá ser asi; ¿mas de qué sirve una buena lanza sin una buena reputacion? No he oido hablar muy bien del tal jóven conde de Llera.

—Yo confio que no sea lo que generalmente dicen de él, respondió el padre Juan Perez sin sospechar aun el disfraz de su interlocutor; yo sé de personas que piensan de él favorablemente, que le consideran como la base de su existencia, y podría decir hasta de su alma.

—¿Podriais nombrarme, padre mio, algunas de esas

personas? preguntó Luis con una impetuosidad tal que dejó al prior estupefacto.

—¿Y por qué os las habia de nombrar á vos, jóven, mejor que á otro cualquiera?

—¿Por qué, padre mio? Por muchas y muy poderosas razones, á las cuales no hay contestacion.—En primer lugar, soy un jóven, como veis, y segun dicen, el ejemplo vale mas que el precepto.—Ademas, que yo tengo tambien alguna aficion á correr mundo, y pudiera serme útil el saber qué provecho han sacado los que han tenido la misma inclinacion.—Despues, que estoy sumamente admirado de saber que.... Pero dos buenas razones bien valen por tres, y ya he cubierto el primero de estos números.

El P. Juan Perez, cristiano piadoso, sacerdote instruido y liberal, era sencillo como un niño en todo lo concerniente al mundo y á sus pasiones. Mas sin embargo, tenia suficiente buen juicio para que no le hubiesen llamado la atencion la estraña conducta y los discursos aun mas estraños de su compañero. Cuando el nombre de nuestra heroína hubo sonado en su oido, sus ideas se fijaron en aquel objeto, y como él mismo abrió el camino á don Luis, la verdad entera se presentó al instante en su imaginacion.

—Jóven caballero, exclamó, vos sois don Luis de Bobadilla.

—Despues de semejante descubrimiento, padre mio, no negaré jamás el don de profecia á ningun eclesiástico.—Si, señor, yo soy Luis de Bobadilla, y he tomado parte en esta empresa con la esperanza de lograr la mano de Mercedes de Valverde.

—Eso mismo es lo que me figuraba, y por lo tanto, señor, podriais haber evitado el tomar por sorpresa nuestro convento. Permittedme que dé mis órdenes á los hermanos legos para que os sirvan algun refrigerio.

—Gracias, prior. Pedro Muñoz, ó sea Pedro Gutierrez no necesita tomar nada en este momento.—Mas ahora que ya sabeis quién soy, tendreis menos motivos para dejar de hablarme de doña Mercedes.

—Ahora que os conozco, señor conde, debo tener mas para guardar silencio. Vuestra tia, la apreciable y virtuosa marquesa de Moya, puede procuraros las ocasiones de hacer la corte á su encantadora pupila; pero no será conveniente de modo alguno que un eclesiástico vaya á desconcertar sus prudentes disposiciones.

Esta esplicacion fué principio de una larga conversacion confidencial, en la cual el digno prior, conservándose siempre en su lugar y guardando el secreto de la confesion, aconsejó al jóven que no perdiese la esperanza y que persistiese firme en su designio de seguir la suerte de Colon. Durante este intervalo, el gran navegante estaba encerrado con su nuevo consejero, y cuando volvieron á presentarse reunidos, anunciaron que Martin Alonso estaba determinado á tomar parte en la empresa con tal entusiasmo, que habia resuelto embarcarse él mismo á bordo de una de las carabelas.

## CAPITULO XII.

Al estenderse por Palos la noticia de que Martin Alonso Pinzon debia ser uno de los compañeros de Colon, no faltaron ya voluntarios, pues el ejemplo de un hombre tan conocido y respetado en todos los alrededores obraba con mucha mas eficacia en el ánimo de los marinos que las órdenes de la reina y las persuasiones de Colon. Conocian bien á Martin Alonso, estaban hechos á ceder á su influencia, y podian seguirle con entera confianza; pero el mandato de una reina, á quien no habian visto jamás, por mucho que la amasen, les parecia una severa sentencia, mas bien que el anuncio de una empresa tan generosa, y en cuanto á Colon, aunque su aire de gran dignidad causase respeto á la mayor parte de ellos, era considerado en Palos como un aventurero, lo mismo que habia sucedido en Santa Fé.

Los Pinzones desempeñaron su tarea respecto á los

preparativos del viage como hombres mas á propósito para ejecutar que para concebir un proyecto. Muchos individuos de aquella familia tomaron el mayor interés en esta empresa; un hermano de Martin Alonso, llamado Vicente Yañez, marino de profesion, aceptó el mando de uno de los buques, y otro entró tambien en la expedición en clase de piloto. En una palabra, el mes que siguió á los incidentes que acabamos de referir se empleó en la mayor actividad, y durante tan corto espacio de tiempo se hizo mas para obtener la solucion práctica del gran problema de Colon, que en los diez y siete años que fué el objeto de todos sus pensamientos y de todas sus acciones.

A pesar de la influencia que en el pais ejercian los Pinzones, existia aun alguna oposicion en la ciudad donde debian ser equipadas las embarcaciones indispensables. Aquella familia tenia sus enemigos asi como sus partidarios, y como suele acontecer en toda empresa de los hombres, formáronse en Palos dos partidos que se dedicaron sin descanso el uno á contrarestar los planes del navegante y el otro á tratar de llevarlos á efecto. En conformidad de las órdenes de la córte, se echó mano de un buque para aquel servicio, y sus dueños se pusieron á la cabeza de la fraccion de los descontentos. Muchos marineros, segun la costumbre de aquel tiempo, habian sido alistados forzosamente para aquella extraordinaria y misteriosa expedición, y como era natural, ellos y sus amigos no tardaron en aumentar las filas de la oposicion. La mayor parte de los trabajos indispensables fueron hechos de mala manera, y cuando se pensó en buscar á los obreros para que los remediasen, todos se habian escondido. Conforme se acercaba el momento de darse á la vela, la lucha se hacia mas violenta, y los Pinzones tuvieron el disgusto de descubrir que muchos de los que voluntariamente se habian presentado á seguir su fortuna principaban á vacilar en su resolucion, y aun algunos se habian desertado.

Tal era la situacion de las cosas á fines del mes de julio, cuando Martin Alonso se presentó en el convento de la Rábida, en donde Colon paraba la mayor parte del tiempo que no empleaba en vigilar por sí mismo los trabajos de armamento de sus buques, y en donde Luis de Bobadilla, que en el estado que tenian los asuntos no podia aun prestar servicio alguno, suspiraba sin cesar por otra vida mas agitada, y pensaba en los encantos, en las prendas y en las virtudes de Mercedes de Valverde. El padre Juan Perez hacia los mayores esfuerzos para cooperar á los proyectos de sus amigos, y estaba completamente decidido, si no á imponer completo silencio á aquellos religiosos que se mostrasen ignorantes y pertinaces, por lo menos á impedirles manifestar su opinion mas que con sigilo y cautela.

Apenas el prior y Colon supieron que el señor Pinzon deseaba verlos, le recibieron en el instante. Conforme se acercaba el momento de la partida, iban conociendo la importancia de los servicios y esfuerzos de aquel hábil marino, y estaban sumamente convencidos de que la proteccion de la reina misma, en aquellos momentos y en aquel punto, les era menos esencial é interesante que la de aquel hombre tan activo y eficaz. No le hicieron, pues, aguardar, y se le condujo á la pieza que el prior ocupaba diariamente, casi en el mismo momento que llegó.

—Seais muy bien venido, digno Martin Alonso, exclamó el franciscano apenas distinguió á su antiguo conocido. ¿Cómo marchan las cosas en Palos? ¿Cuándo estará en estado de comenzarse esta santa empresa?

—Por San Francisco, reverendo padre, no se sabe á punto fijo. Ya he creído veinte y cinco veces que estábamos en visperas de marchar, y siempre se ha opuesto algun obstáculo inesperado. Sin embargo, ya nada falta en el equipo de la *Santa Maria*, á cuyo bordo ha de embarcarse el almirante con el señor Gutierrez, ó Muñoz, ó como se llame. Puede considerársela como un buen navio, y tiene de porte mas de cien toneladas: yo

espero, pues, que S. E. y todos los dignos caballeros que le acompañen se hallarán tan bien alojados en ella como están vuestros frailes en la Rábida, tanto mas, cuanto que la hermosa carabela tiene un magnífico puente.

—Buenas noticias son esas en verdad, dijo el prior frotándose las manos de placer. ¿Con qué esa carabela tiene tambien un magnífico puente?—Señor almirante, podrá suceder que el buque que monteis no sea enteramente digno de la grandeza de vuestros proyectos pero en suma, estareis seguro y cómodo, principalmente teniendo un puente que os puede servir de abrigo.

—No hay que hablar de mi seguridad, ni de si iré ó no con comodidad, amigo prior, cuando tenemos objetos mucho mas graves de que ocuparnos.—Mucho me alegro de que hayais venido hoy al convento, señor Martin Alonso, pues tengo que escribir á la córte por medio de un correo especial, y deseo saber el estado en que se encuentran los asuntos. ¿Os parece que la *Santa Maria* estará lista para fin de mes?

—Así lo creo, señor; el buque ha sido trabajado con la mayor premura, y podrá contener á su bordo sesenta hombres poco mas ó menos, si es que el terror pánico que se ha apoderado de estos vecinos de Palos nos deja contar con suficiente número para completar su tripulación. Yo confío en que todos los santos del cielo ven nuestros esfuerzos con ojo favorable, y que sabrán recompensar nuestros celo cuando les hagamos partícipes de los resultados de una empresa que no cuenta otra parceda en los anales de la navegacion.

—Esos resultados, honrado Martin Alonso, dijo el prior con aire espresivo, serán el acrecentamiento de los dominios de la Iglesia y la mayor gloria de Dios.

—Sin duda alguna, padre Juan Perez, y ese mismo es nuestro comun objeto; mas yo creo que bien puede serle permitido á un marino laborioso pensar en su muger y en sus hijos, aunque sea en un grado mas secundario con respecto á aquellos elevados fines, y, ó mucho me equivoco, ó yo creo que el mismo señor almirante espera sacar alguna pequeña ventaja, bajo la forma del oro, de la visita que intentamos hacer al Cathay.

—No os equivocais, en efecto, valiente Martin Alonso, dijo Colon con grave tono. Yo espero ver henchir con las riquezas de las Indias las arcas de Castilla como resultado de este viage, y de hecho, digno prior, la conquista del Santo Sepulcro depende principalmente del éxito de nuestra empresa en todo aquello que tenga que ver con los esfuerzos humanos.

—Muy bien, señor almirante, dijo Martin Alonso con viveza; he ahí un proyecto que debe honrarnos infinito á los ojos de todo buen cristiano, y sobre todo, á los de los religiosos de la Rábida. Pero supuesto que ya es bastante difícil el convencer á los marinos de este puerto para que obedezcan las órdenes de la reina y para que cumplan los compromisos que con nosotros han contraído, no vayamos á predicarles una cruzada como el mejor medio de quedarse sin los escasos maravedises que hayan logrado reunir á fuerza de penalidades y fatigas. Los dignos pilotos Francisco Martin Pinzon, mi propio hermano, Sancho Ruiz, Pedro Alonso Niño y Bartolomé Roldan, acaban de firmar su formal empeño con nosotros pero si llegasen á sospechar que se trataba de una cruzada, ni todos los santos del paraíso les obligaban á cumplirlo.

—No hay nadie, amigo Pinzon, que esté tan comprometido como yo á la ejecucion de este proyecto, repuso Colon con calma. Cada uno será juzgado por sus obras. Nada se exigirá al que nada haya prometido; mas tampoco percibirá nada el día de la gran cuenta que ha de exigirse á todo el género humano. ¿Pero qué nos decis de vuestro buque la *Pinta*? ¿Se halla ya en estado de desafiar á las olas del Atlántico?

—Como suele suceder con las embarcaciones que se reclaman para el servicio de la corona, señor, se han verificado con lentitud los trabajos, y no con aquella bu-



lliciosa actividad con que se atiende á una obra emprendida libremente y en provecho propio.

—Estos idiotas han trabajado sin saberlo en su mismo beneficio, dijo Colon. El hombre ignorante debe dejarse conducir por el de mas claro talento, y estar reconocido á las ventajas que le proporcionan los conocimientos de otro, aunque sea en contra de su propios deseos.

—Teneis mil razones, añadió el prior, de otro modo nuestras funciones como sacerdotes quedarian reducidas á bien poca cosa. La fé, la fé en la Iglesia: ese es el primero y el último deber de un cristiano.

—Eso parece muy puesto en razon, repuso Pinzon; mas los ignorantes encuentran muy difícil el creer lo que no entienden. Cuando un hombre piensa que está condenado á una muerte oscura ó ignorada, no ve la utilidad que eso puede traerle mas allá de la tumba. Por lo demas, la *Pinta* es el buque que mas pronto se hallará en disposicion de hacerse á la vela; su equipage está completo, y todos sus hombres han firmado obligaciones antes escribano que les impiden de todo punto volverse atrás.

—Solo resta, pues, la *Niña*, dijo Colon. Cuando ésta se halle en disposicion y hayamos cumplido con nuestros deberes religiosos, podremos ya emprender decididamente nuestro viage.

—Si, señor. Mi hermano Yañez ha consentido por fin en encargarse de su bagelillo, y lo que un Pinzon promete lo cumple: se hallará dispuesta á partir al mismo tiempo que la *Santa Maria* y la *Pinta*, y será preciso que el Cathay se halle sumamente distante para que no consigamos arribar á él con uno ó otro de nuestros buques.

—He ahí, pues, lo que hace cobrar esperanzas, dijo el prior frotándose las manos, yo no dudaré que esto tenga felices resultados. ¿Y qué dicen ahora las comadres y los ociosos de Moguer y de los demas puertos acerca de la forma de la tierra y de las probabilidades que tenia el almirante para llegar á las Indias?

—Siguen hablando sobre poco mas ó menos como antes, padre Juan Perez. Aunque apenas existe un solo marino que no convenga en que las velas mas altas de un navio, á pesar de ser las mas chicas, son las primeras que se perciben en el Océano, sostienen que eso consiste, no en la forma de la tierra, sino en el movimiento de las aguas.

—¿Y no ha observado alguno de ellos nunca la sombra proyectada por la tierra sobre la luna cuando hay un eclipse de este planeta? preguntó Colon con ese tono tranquilo que era comun en él, aunque al hacer semejante pregunta no pudo menos de sonreirse como un hombre que, despues de haber resuelto un problema de la naturaleza, da con indiferencia la explicacion mas popular de dicho problema á los que no alcanzan á penetrar mas allá.—¿Acaso no ven que aquella sombra es redonda? ¿Y no saben, pues, que una sombra redonda no puede producirla mas que un cuerpo redondo?

—¿Hé ahí un argumento concluyente, Martin Alonso! dijo el prior, y eso solo debia bastar para disipar las dudas de la mas necia comadre de toda la costa. Decidles que den la vuelta alrededor de sus casas, principiando por la derecha, y que vean si, siguiendo siempre la tapia, no vuelven á encontrarse en el mismo punto de donde partieron, llegando por el lado izquierdo.

—Si fuese posible que rebajásemos nuestra grande obra á ejemplos tan familiares, reverendo prior, no hay vieja en Moguer ni cortesano en Sevilla, á quien no se consiguiere convencer de semejante misterio; pero una cosa es sentar convenientemente un problema, y otra el encontrar gentes en estado de comprenderlo. Yo he hecho uso de algunas razones por el estilo para convencer al aguacil de Palos, y el digno señor me preguntó si esperaba regresar por la ciudad de Granada, que acababa de ser conquistada. Así que, yo estoy persuadido que el medio mas sencillo de convencer á esas buenas gentes de que puede llegarse al Cathay navegando hácia el Oeste será el ir allá y volver.

—Lo cual no tardaremos en hacer, Martin Alonso, dijo Colon alegrement. Mas el tiempo de nuestra partida se aproxima, y es preciso que ninguno de nosotros descuide los deberes de la religion. Yo os suplico que veais á vuestro confesor, señor Pinzon, y espero que todos cuantos tomen parte en esta grande empresa recibirán conmigo la santa comunión antes de abandonar el puerto. El digno prior oirá mi confesion y la de Pedro Muñoz, y cada uno de los demas que se dirija al sacerdote que tenga de costumbre.

Despues de haber anunciado Colon de este modo su intencion de cumplir con los ritos de la Iglesia antes de su marcha, ritos que rara vez se descuidaban en aquella época, giró la conversacion por espacio de breves instantes acerca de los pormenores de los preparativos que aun estaban por hacer. Separáronse en seguida los tres amigos, y aun trascurrieron todavia algunos dias disponiendo con la mayor actividad todo lo necesario para darse á la vela.

En la mañana del jueves 2 de agosto de 1492, Colon, cubierto con el hábito de penitente, entró en la estancia del padre Juan Perez con aire de tan humilde y tranquila piedad, que parecia evidente que al pensar en sus faltas no se olvidaba de la bondad infinita de Dios. El franciscano le aguardaba; el gran navegante se hincó de rodillas á los pies del religioso, ante quien la misma Isabel tambien se habia arrodillado para cumplir con igual deber. La religion de aquel hombre extraordinario llevaba el sello de las costumbres y de las opiniones de su siglo, y lo mismo debe suceder sobre poco mas ó menos con la religion de cada uno. Su confesion ofreció, pues, una mezcla de sincera piedad y de inconsecuentes errores, de esos que el moralista halla á veces tan á menudo en sus investigaciones filosóficas acerca del espíritu humano. Demostraremos la verdad de este aserto trasladando una ó dos de las confesiones que el célebre navegante hizo ante el tribunal de la penitencia al acusarse de sus faltas.

Despues de hecha la confesion de aquellas debilidades mas comunes á la especie humana.

—Temo, padre, dijo Colon, que mi espíritu no se haya exaltado demasiado con motivo de este viage: yo me he considerado como especialmente elegido por Dios para algun gran fin, mas quizá de lo que hubiese deseado su infinita sabiduria.

—En ese punto estábais en un grandísimo error, hijo mio, y yo os ruego que os prevengais contra semejante espíritu de fariseismo. Dios elige sus agentes: esa es una incontestable verdad; pero tomar los impulsos del amor propio por inspiraciones del Espíritu Divino, es una funesta aberracion en que incurre el hombre. Es muy peligroso para cualquiera que no haya recibido las órdenes de la Iglesia considerarse como un vaso de eleccion.

—Yo hago los mayores esfuerzos por pensar de ese modo, padre mio, y sin embargo, yo siento en lo mas recóndito de mi alma alguna cosa que me impele á persistir constantemente en esta opinion, bien sea inspirada por el cielo, ó bien sea efecto de una ilusion. Hago increíbles tentativas para dominar ese sentimiento, padre mio, y principalmente para encaminarle de una manera conveniente á la gloria de Dios y á los intereses de su iglesia visible.

—Muy bien, hijo mio: mas sin embargo, es de mi deber el advertiros que no presteis demasiada confianza á los impulsos interiores. Siempre que no tiendan mas que á aumentar vuestro amor hácia el Hacedor Supremo y glorificar su esencia y su santidad divinas, podeis estar seguro que parten del principio de todo bien; pero cuando parezca que tienen por objeto vuestra propia elevacion, desconfiad de ellas, como desconfiariais de las tentaciones del padre del mal.

—Esa misma es mi idea. Y ahora, descargada ya la conciencia en cuanto de mí depende con la mayor verdad y franqueza, ¿podré acaso esperar los consuelos de la Iglesia y vuestra absolucion, padre mio?

—No recordais ninguna otra cosa, de esas que no pueden ocultarse al ser que penetra en el fondo de todas las conciencias?

—He cometido muchas faltas, padre mio, y no puedo oírmelas echar en cara repetidas veces y con serenidad: mas yo creo que todas están comprendidas en las bases generales de la confesion que acabo de hacer.

—¿Nada teneis que acusaros respecto á ese sexo del que tan á menudo suele valerse el demonio para inducir al mal, y del cual quisieron servirse los mismos ángeles para cumplir con su ministerio de gracia?

—He pecado como hombre, padre mio; ¿mas mis confesiones pasadas no lavan semejantes faltas?

—Recordais á doña Beatriz Enriquez y á vuestro hijo Fernando, que en estos momentos se halla en nuestro convento de la Rábida?

—Colon inclinó la cabeza con sumision, y el profundo suspiro que lanzó de su pecho, parecido á un gemido, daba á conocer cuán grande era su contricion.

—Teneis razon, padre mio: esa es una falta que jamás debe olvidarse, aunque por ella haya ya recibido la absolucion. Imponedme la penitencia á que conozco haberme hecho acreedor, y vereis como un cristiano puede encorvarse y besar la vara que le castiga con justicia.

—Un arrepentimiento semejante es cuanto exige la iglesia, hijo mio, y vos vais á emprender una obra que importa demasiado á su interés para distraeros de ella con consideraciones secundarias. Sin embargo, un ministro del altar no puede mirar con indiferencia una falta como aquella. Rezareis todas las mañanas un *pater noster* por espacio de veinte dias, en espacion de tan gran pecado y por el bien de vuestra alma. La Iglesia no estiende á mas largo tiempo este acto de penitencia en atencion á que entonces ireis ya caminando hácia el Cathay, y á la sazón os será preciso consagrar todos vuestros pensamientos y vuestros esfuerzos al mejor éxito de vuestra empresa.

El digno franciscano impuso en seguida á su penitente algunas cortas prácticas que venian á ser sencillos rezos añadidos á los que hacia diariamente, y por último le dió la absolucion. Llególe á Luis su turno, y el buen prior no pudo menos de sonreirse involuntariamente algunas veces al escuchar la confesion de aquel ardiente é impetuoso jóven, cuyo lenguaje contrastaba en alto grado con el que habia oido en boca de Mercedes. La penitencia que le impuso no dejó de ser severa; mas el jóven, que pocas veces acudia al confesionario, se hacia el cálculo de que en último resultado, y atendida á lo estenso de la cuenta que tenia que dar, habia salido bien librado.

Cumplido ya este deber por los dos principales aventureros, Martin Alonso Pinzon y todos los demas marineros que debian formar parte de la expedicion se dirigieron tambien, segun costumbre, á hacer la confesion de sus faltas con diferentes religiosos. Tuvo lugar en seguida una escena estrictamente característica de aquel siglo, imponente en cualquier tiempo, y que no debe causar admiracion por parte de unos hombres prontos á embarcarse para una empresa de tan dudosos resultados.

Celebróse una misa mayor en la iglesia del convento, y Colon recibió la comunión de manos del padre Juan Perez con rendida confianza en la providencia de Dios y en su proteccion todopoderosa. Todos los que debian partir con el almirante siguieron su ejemplo y comulgaron en seguida. Gran número de toscos marineros, cuya vida no habia sido muy ejemplar, se postraron en aquel dia ante el altar, poseidos de una entera confianza en Dios, que, al menos por el momento, los ponía en el camino de la gracia, y seria en verdad mucha presuncion el suponer que ese ser que vé el fondo de todos los corazones á quien se dirigian sus plegarias no mirase con compasion su ignorancia, y con lástima su supersticion. Se miran con risa las súplicas de los que se hallan en

algun peligro, sin reflexionar que aquel es un homenaje que se rinde al poder de Dios; y se tienen por tonterías las prácticas de devocion transitoria á causa de que, en la vida ordinaria, el espíritu no se halla siempre elevado al mismo grado de pureza y de piedad. Lo mas conveniente será siempre recordar todos los achaques comunes á la especie humana, no olvidarse de que, no siendo perfecto ningun hombre, la cuestion viene á quedar reducida á saber distinguir quién es el que mas se aproxima á la perfeccion, tener continuamente muy presente en el ánimo qué el ser que todó lo sabe puede acoger una ardiente súplica, aunque le sea dirigida por un corazon poco acostumbrado á observar sus mandamientos. Estas piadosas, si bien transitorias emociones, son obra del Espíritu Santo, puesto que el bien no puede tener otro origen, y es una cosa tan poco razonable como respetuosa el creer que Dios ha de desdénar los efectos de su propia gracia, por insignificantes que sean en sí mismos.

Cualquiera que pudiesen ser en general las disposiciones de la mayor parte de los que en aquella ocasion recibieron la Eucaristia, no puede dudarse que entre los individuos que se veian hincados de rodillas en la iglesia de la Rábida se encontrase un hombre que, á juzgar por su exterior, profesase un profundo respeto á los dogmas religiosos y observase asiduamente todos sus ritos. Colon no era un devoto en toda la estension de la palabra; pero se habia apoderado de todas sus facultades un entusiasmo tranquilo y profundo, que habia tomado un carácter completamente religioso, y esto le impelia siempre á invocar la mano protectora de la Divinidad y á contar con su ayuda. Ya hemos hablado en otras ocasiones de los grandes designios que él tenia formados para el porvenir, y parece mas probable que él estuviese convencido de haber sido elegido por la Providencia como instrumento de que intentaba servirse para el gran descubrimiento que ocupaba tan completamente su ánimo, así como para llevar á cabo otras empresas ulteriores. Y siendo así que un poder supremo dirige todos los acontecimientos que pasan en el mundo, ¿quién se atreveria á decir que aquella conviccion de Colon era errónea hoy dia que ha sido justificada por el éxito. Este intimo sentimiento sostenia su valor y le empujaba sin cesar hácia adelante; y esta es una prueba mas en favor de la impresion producida en su espíritu, porque, en semejantes circunstancias, es mas que probable que una duda fú en su porvenir seria uno de los medios que emplearia cualquier poder sobrenatural para impulsar al que es su agente sobre la tierra á dar cima á la obra para cuya ejecucion ha sido verdaderamente elegido.

Sea de ello lo que quiera, no cabe duda alguna de que Colon antes de su partida, cumplió con los ritos de la iglesia con una piadosa confianza en la verdad de su mision y con la mas viva esperanza de terminarla felizmente. Mas no sucedia otro tanto á todos los que debian seguirle. Su ánimo habia vacilado varias veces á medida que iban adelantándose los preparativos de la marcha, y durante el último mes se los vió tan pronto impacientes por darse á la vela, tan pronto abrumados de dudas é inquietudes. Habia dias que la esperanza hacia aparecer brillantes, mas el mayor número de ellos estaban marcados por el desaliento, con tanto mas motivo, cuanto el afecto de las madres, de las esposas y de todas aquellas que se tomaban por los mármos á punto de embarcarse un interés no menos tierno, aunque no quisiesen confesarlo con tanta franqueza, daba nuevo pábulo á la desconfianza que á ellos mismos les devoraba. El oro era sin contradiccion el grande objeto que los guiaba: á veces se ofrecian como visiones á su imaginacion las inagotables minas y todos los tesoros del Oriente, y en tales momentos hubiera sido difícil hallar personas mas decididas á tomar parte en aquella misteriosa empresa ni mas dispuestas á arriesgar su vida para conseguir el éxito mas favorable. Pero estas buenas disposiciones eran solo pasajeras, y segun acabamos de decir, el desaliento



era lo más común entre todos los que se disponían á embarcarse. Con este motivo se aumentaba la devoción de aquellos hombres arrodillados ante el altar, comunicando á todas las ceremonias de la Iglesia un no sé qué de lúgubre que pesaba sobre los corazones de todos.

—Nuestras gentes no parece que están muy contentas, señor almirante, dijo Luis saliendo de la iglesia con Colon, y á la verdad al marchar para tan importante expedición sería de desear el ir uno rodeado de alegres corazones y risueñas fisonomías.

—¿Creeis acaso, señor, que aquel que ostenta más risueño el semblante sea el más animoso, ó que el desaliento sea mayor en este porque su rostro aparece más pensativo? Esos honrados marinos piensan en sus pecados, y desean, á no dudarlo, que una tan santa empresa no se manche con la corrupción de su corazón, sino que al contrario, se purifique por el deseo de obedecer á la voluntad de Dios. Yo creo, Luis, pues la costumbre de estar juntos había inspirado á Colon una especie de interés paternal hacia el joven, cuyo interés hacia desaparecer la distancia que mediaba entre ambos, yo creo, Luis, que vos os sentís también poseído de tan piadosos deseos.

—¡Por San Pedro mi nuevo patron! Señor almirante, yo pienso más en Mercedes de Valverde que en cosa alguna que tenga que ver con este negocio. Ella es mi estrella polar, mi único objeto y mi Cathay. ¡Marchad en nombre del cielo! Descubrid la tierra que más os plazca, ya sean las Indias, ó la isla de Cipango: agarrad por la barba al Gran-Kan sentado en su trono, yo os seguiré con mi insignificante lanza, proclamaré que Mercedes no reconoce igual en nada, y asolaré todo el Oriente con el fin de probar al universo entero que no existe una rival comparable con ella, sea el que quiera el país donde se encuentre.

Aunque Colon no pudo menos de sonreirse al escuchar semejante rapsodia amorosa, no por eso se creyó dispensado de afear el concepto que se la había inspirado.

—Me es muy sensible, mi joven amigo, le dijo, el ver que no abrigáis los sentimientos que convienen á una persona que se halla dedicada á una obra que podría decirse emanada del mismo cielo. ¿No preveís la larga serie de grandes y maravillosos sucesos que este viaje nos ofrecerá probablemente? La propagación de la religion con la autoridad de la Iglesia; el descubrimiento de lejanos imperios y su sumisión á Castilla; la solución de problemas agitados por la ciencia y por la filosofía; la adquisición de inagotables riquezas, y finalmente, lo que vendrá á ser el más honroso complemento, ¡la conquista del sepulcro del Hijo de Dios contra los infieles!

—Cierto, señor Colon, cierto, yo veo todo eso, pero veo también otro objeto, que es doña Mercedes. ¿Qué falta me hace á mí el oro? Poseo yo ó poseeré muy en breve más de lo que puedo necesitar. ¿Qué me importa á mí el engrandecimiento del poder castellano? Yo no he de ser el rey de Castilla. Y por lo que hace al Santo Sepulcro, concededme solamente á Mercedes, y estoy pronto á romper mi lanza, como lo hicieron mis antepasados, con el más decidido ínfel que haya jamás llevado turbante, sea por esa causa ó por otra cualquiera. En una palabra, señor almirante, seguid marchando de frente, y aunque nos hallemos animados de una misma esperanza, si bien por causas diferentes, no dudeis que nos conduzcan á un mismo objeto. Yo estoy persuadido de que vos debéis ser apoyado en vuestro grande y elevado pensamiento, y poco importa el motivo que me haya colocado en vuestro seguimiento.

—Sois un joven sin precio, Luis; más preciso será seguir vuestro humor, aunque no sea más que por respeto á la buena y piadosa joven que parece habérselo convertido en señora de todos vuestros pensamientos.

—Vos la conocéis, señor, y podéis decir si acaso no es digna de ocupar los de toda la juventud de España.

—A la verdad es muy bella, virtuosa, noble y desea

con la mayor impaciencia el feliz resultado de nuestro viaje: este es un mérito nada común, y puede perdonarse vuestro entusiasmo por ella; pero no olvideis que para conseguir ser su dueño es preciso ante todo ver el Cathay.

—Queréis decir, señor almirante, verlo en realidad, porque en mi imaginación lo estoy viendo perfectamente á todas horas; casi no veo más que eso. Mercedes se halla de pie en la playa, haciéndonos una señal de bienvenida, y por San Pablo, que hasta la distingo dirigiéndome una seductora mirada, mientras que su modestia la hace parecer imponente. ¡Quiera la Virgen María enviarnos cuanto antes viento favorable para que abandonemos al fin esta desagradable costa y este triste convento!

Colon no respondió, pues á pesar de las consideraciones que le inspiraba la impaciencia de un amante, ocupaban su imaginación hartó graves pensamientos para que pudiesen distraerle más largo rato las estravagancias del amor.

### CAPITULO XIII.

Llegó por fin el momento de la partida. El genovés vió al cabo amanecer tan deseado día, y el placer que experimentaba, le hacia olvidar los muchos años que había pasado en la mayor pobreza, lleno de ansiedad y despreciado; ó si acaso estos recuerdos atormentaban su memoria, no era nunca con la amargura de la esperanza defraudada. El navegante contaba ya con los medios de llevar á cabo la grande, la única empresa á que había dedicado todos sus afanes por espacio de quince años, y conservaba en perspectiva la esperanza de que ella le conduciría á la conquista del Santo Sepulcro. Mientras que todos los que le rodeaban consideraban sorprendidos los escasos é insignificantes recursos con que contaba para alcanzar tan nobles fines, ó se admiraban de la aparente temeridad de una empresa que parecia oponerse á las leyes de la naturaleza y querer sobrepujar los designios de la Providencia. Colon aparecía más tranquilo; conforme se iba aproximando el momento de hacerse á la vela, se sentía oprimido por un sentimiento de gozo, cuya intensidad en vano trataba de moderar. El padre Juan Perez dijo al oído á don Luis, que solo podía comparar la alegría del almirante al dulce éxtasis de un cristiano que se halla próximo á abandonar un mundo de penas y tribulaciones para entrar en el goce desconocido pero cierto de una dichosa inmortalidad.

No todos los ánimos de los habitantes de Palos se encontraban en una situación parecida. El embarque se verificó en la tarde del día 2 de agosto, siendo la intención de los pilotos el conducir las embarcaciones durante la noche á una punta de tierra á la altura de la villa de Huelva, por ser punto más favorable para hacerse á la vela que aquel en que estaban ancladas al frente de Palos. La distancia era bien corta; pero solo el ejecutar aquella pequeña maniobra era para muchos como cortar los cables de la vida. Colon, que tenia que remitir un pliego á la corte y desempeñar otros deberes importantes, pasó á bordo uno de los últimos. Por fin, abandonó el convento, y acompañado de don Luis y del prior, se dirigió á la playa. Durante aquel corto tránsito se observó el más profundo silencio, pues cada cual estaba abismado en profundas reflexiones. Nunca le pareció al digno franciscano la empresa tan incierta y peligrosa como en aquel momento. Colon procuraba recapitular todos los detalles de sus preparativos, Luis pensaba en la hija de Castilla, según acostumbraba á llamar á Mercedes, y calculaba el número de días que habrían de trascurrir antes de poder siquiera esperar volverla á ver.

Detuviéronse en la plaza, aguardando en un sitio apartado de toda vivienda á que les enviasen una embarcación. En aquel sitio, el padre Juan Perez se despidió de ambos aventureros. El continuado silencio que habían guardado causaba en cada uno de ellos más im-

presion que si hubieran sostenido una conversacion indifferente: pero aquel no podia durar mucho tiempo. El prior estaba vivamente afectado, y aun trascurrieron algunos instantes antes de que pudiese articular una sola palabra.

—Señor Cristóbal, dijo por último, desde el dia en que os presentásteis por primera vez á la puerta del convento de Santa Maria de la Rábida han trascurrido muchos años, que han sido para mi un manantial de placer y de verdadero cariño.

—Hace siete, padre Juan Perez, siete años bien largos para mí, y durante los cuales solicité una ocupacion; mas en todo lo que respecta á vos, han sido para mí aquellos años una época de satisfaccion. No creais que yo podré olvidarme jamás del momento en que, conduciendo á mi hijo de la mano, sin albergue, sin dinero, toqué á la puerta de vuestro convento para pedir algun alimento en nombre de la caridad. El porvenir se halla aun en manos de Dios, pero lo pasado está grabado en mi corazon con caractéres indelebles. Vos habeis sido mi constante amigo, digno prior, y eso en unos tiempos en que no era ningun honor el proteger á un genovés desconocido: si los hombres han formado de mi una opinion diferente...

—Esa opinion ha cambiado ya, señor almirante, exclamó el prior. ¿No teneis en vuestro favor la comision de la reina, el apoyo de don Fernando, la presencia de este jóven señor, á pesar de que guarda el incógnito, y los deseos de toda persona entendida? ¿No os llevais, pues, en este viage colosal nuestras esperanzas, mas bien que nuestros temores?

—Eso será asi, por lo que á vos toca, mi querido prior; me consta que me acompañan vuestros votos por el mejor éxito de mi empresa, y que no ha de fallarme el apoyo de vuestras oraciones; pero pocos serán en España los que respeten á Colon ó los que funden en él alguna esperanza mientras que estemos atravesando las soledades del Océano. Aun en este mismo momento en que traemos entre manos los medios de averiguar si vuestras teorías son falsas ó verdaderas, en que, por decirlo asi, ponemos el pie en el pavimento del gran portal que debe servirnos de entrada en las Indias, temo mucho que sean escasas las personas que crean en nuestras probabilidades de éxito.

—Teneis en favor vuestro á doña Isabel, señor.

—Y á doña Mercedes, sin hacer mencion de mi tia, cuyo corazon es tan franco como decidido su ánimo.

—Solo os pido algunos meses, señor, dijo Colon con la cabeza descubierta y alzada hácia el cielo, sus cabellos grises flotando á merced del viento y sus ojos animados por el entusiasmo; algunos meses, que parecerán un instante á los dichosos del mundo, que los desgraciados quizá encontrarán soportables, pero que serán eternos para nosotros, podrán resolver esta cuestion. Digno prior, algunas veces me he alejado de la playa conociendo que mi vida estaba entre mis manos, pensando en los peligros del Océano, y creyendo lograr la muerte lo mismo que un feliz regreso; mas en este glorioso momento no experimento duda alguna; sé que Dios vela por mi vida, y que el éxito se oculta en las profundidades de su sabiduria.

—Tales pensamientos son consoladores en una circunstancia tan critica como la presente, señor, y yo confío que el resultado de nuestra empresa vendrá á demostrar su justicia. Mas observo vuestra lancha que se aproxima, y ya es preciso que nos separemos. Adios, hijo mio; ya sabeis que mi alma toda os acompaña en este viage.

—Santo prior, no me olvidéis en vuestras oraciones; soy débil, y necesito un apoyo como el vuestro. Tengo mucha confianza en la eficacia de vuestra intencion unida á la de vuestros piadosos hermanos. ¿Hareis decir algunas misas por nosotros?

—No lo dudeis, hijo mio. Todo aquello que el convento de la Rábida pueda obtener de la bienaventurada Vir-

gen Maria y de los santos, no cesará de pedirlo en favor vuestro. Mas no le es dado al hombre prever los sucesos; estos dependen solo de la Providencia, y aunque tenemos á vuestra empresa por tan infalible como razonable, ¿quién sabe si tendrá mal éxito?

—Es imposible, padre mio. Dios la ha conducido hasta el punto que la veis en el dia, y no podrá permitir que se frustre.

—No lo sabemos, señor Colon; al lado de sus impenetrables designios nuestra prudencia es un solo grano de arena perdido entre los innumerables de esta playa. Iba á deciros que pudiendo suceder que volvais con vuestras esperanzas defraudadas, siempre hallareis la puerta del convento de Santa Maria abierta para vos; porque para mí es tan meritorio el intentar una noble empresa, como lo es á veces el obtener un buen resultado.

—Os comprendo, digno prior, y esta nueva prueba de amistad no me inspira menos reconocimiento que los socorros que habeis dado á mi hijo. Yo quisiera que antes de partir me diérais vuestra bendicion.

—Arrodillaos, señor, porque no es Juan Perez de Marchena el que os va á hablar, sino el ministro del mismo Dios.

Los ojos de Colon, asi como los del prior, se cubrieron de lágrimas, pues ambos corazones hallábanse poseídos de una emocion muy natural en aquel solemne momento. El navegante amaba al franciscano porque habia experimentado su amistad en un tiempo en que solo contaba un corto número de amigos tímidos, y el digno prior profesaba á Colon aquel afecto que á veces se concibe por aquellos á quienes se ha hecho algun servicio.

Cada uno de ellos apreciaba y respetaba los motivos del otro, y existia ademas entre ellos otro vinculo más do union en su completa decision por la religion cristiana. Colon se hincó de rodillas en la arena, y recibió de su amigo la bendicion con la humilde sumision de fé y con un respeto casi parecido al de un hijo recibiendo la bendicion de su padre.

—Y vos, jóven, repuso el padre Juan Perez con entrecortada voz, vos repugnareis acaso recibir la bendicion de un anciano moje.

Como sucedia á la mayor parte de los jóvenes de aquel tiempo, Luis en medio de sus impetuosos sentimientos y de sus inclinaciones naturales en la juventud, llevaba en su corazon la imágen del Hijo de Dios y conservaba por las cosas santas un respeto habitual: arrodillóse sin titubear y recibió la bendicion del sacerdote con humildad y reconocimiento.

—Adios, santo prior, dijo Colon apretando la mano al buen franciscano. Vos fuisteis mi amigo cuando todos me abandonaban; pero Dios querrá, al menos asi lo espero, que pronto llegue el dia en que aquellos que han mostrado confianza en mis predicciones no tengan que avergonzarse cuando oigan pronunciar mi nombre. Olvidadnos completamente, escepto en vuestras oraciones, durante algunos meses, y en seguida aguardad noticias que probablemente darán tal renombre á Castilla, que esa conquista de Granada vendrá á mirarse como un incidente pasajero en medio de la gloria que habrá de adquirir el reinado de Fernando é Isabel.

Pronunció Colon estas palabras, no con tono fanfarron, sino con la gravedad y tranquilidad de un hombre que alcanza á descubrir una verdad oculta á los ojos de los demas, y que la veia tan distintamente, que el efecto de aquella vision moral producía en él una confianza que igualaba á la que los hombres vulgares dan al testimonio de sus sentidos. Asi lo comprendió el prior, y su corazon conservó aquella seguridad largo tiempo despues de la partida de su amigo. Abrazáronse por último y se separaron.

Entretanto la lancha que se dirigia en busca de Colon habia tocado ya en la playa. Mientras que el navegante y Luis se iban aproximando á lentos pasos, una



muger se precipitó delante de ellos, y sin hacer caso de su presencia, se arrojó en brazos de un joven marino que habia salido de su lancha para salir á su encuentro. Sollozó por breves instantes en su seno, en un acceso irresistible de agonía, ó bien como suelen llorar las mugeres en el primer trasporte de una fuerte emoción.

—Vea, Pepe, vea, exclamó ella con tono resuelto y como persuadida que no podia negarle lo que le pedía; sigueme, Pepe, tu hijo llora por tu ausencia. Ya has hecho demasiado.

—Sabes tú, Mónica, respondió su marido echando una ojeada al almirante, que se hallaba entonces muy próximo para poder oírlos, sabes tú que yo no emprendo este viage á un país desconocido por mi voluntad. Yo bien quisiera renunciar á él; mas las órdenes de la reina son demasiado rigurosas para que un pobre marino como yo se atreva á desobedecerlas.

—Eso es una locura, Pepe, replicó la muger agarrando á su marido por el cuello de su vestido procurando alejarlo de la orilla del mar; ya he sufrido bastante, bastante para destrozarme el corazón. ¡Ven, ven á abrazar á tu hijo!

—¿No ves, Mónica, que está allí el almirante? Estamos faltando al respeto que se le debe.

La deferencia que por instinto sienten las personas de baja esfera hácia las de mas elevada, hizo que Mónica se callase al momento. Lanzó sobre Colon una mirada suplicante; sus hermosos ojos negros se animaron con todos los sentimientos de una esposa y de una madre, y por último, se dirigió al almirante.

—Señor, dijo, vos ya no necesitareis á Pepe. Ha ayudado á conducir á Huelva vuestros buques, y ahora le reclaman su muger y su hijo.

Llamaron la atención de Colon las maneras de aquella muger, en la que todo anunciaba que su razon principiaba á estraviarse, y la respondió con mas agrado que el que naturalmente hubiera usado en aquel momento crítico al dirigirse á una muger que escitaba á la desobediencia.

—Es un honor para tu marido el haber sido elegido para acompañarme en este gran viage, la dijo, y en lugar de deplorar su suerte, obrarias por el contrario como la muger de un valiente marino si te felicitaras de su buena fortuna.

—¡No le creas, Pepe! Está hablando por inspiracion del maligno espíritu para arrastrarte á la perdicion. Ha blasfemado: ha desmentido la palabra de Dios diciendo que la tierra es redonda y que puede arribarse al Este navegando hácia el Oeste, para conducirte á la muerte á ti y á todos los que le acompañan.

—¿Y por qué razon habia yo de obrar de esa manera, buena muger? ¿Gano yo algo en la destruccion de tu marido y de sus camaradas?

—Nada sé, ni quiero saber tampoco.—Pepe me pertenece todo á mí, y no partirá con vos para ese viage impio ó insensato. Nada bueno puede resultar de él, cuando empieza dando un solemne mentís á las verdades divinas.

—¿Y qué desgracia particular temes tú que suceda en este viage mejor que en otro cualquiera para querer de ese modo retener á tu marido y para hablar como lo estás haciendo á un hombre que se halla revestido de la autoridad de la reina en todo lo que emprende? Ya sabias que era marino cuando te casaste con Pepe, y á pesar de eso quieres impedirle el servir á la reina, que es su oficio y su obligacion.

—Que la sirva contra los moros, contra los portugueses, contra el pueblo de Inglaterra, consiento en ello; mas yo no quiero que viage en servicio del principe de las tinieblas. ¿Por qué es el decirnos que la tierra es redonda, señor, cuando están viendo nuestros propios ojos que es plana? Si fuese efectivamente redonda, ¿como un navio que descendiese por un lado podria nunca volver á subir por el otro? La mar no sigue su curso de abajo arriba, y una carabela no puede salvar una cata-

rata. Despues que hayais andado errante durante meses enteros por el Océano, ¿podreis acaso vos ni vuestros compañeros hallar el camino para volver al punto de donde habeis partido? Palos es una aldea insignificante, señor, pero una vez perdida de vista, confundiendoos con vuestras mismas ideas no podreis jamás volverla á encontrar.

—Por mas pueriles y absurdas que estas razones puedan parecer, dijo Colon con la mayor tranquilidad volviéndose hácia don Luis, son, sin embargo, tan luminosas y acertadas como los discursos de los sabios que he estado condenado á escuchar por espacio de diez y seis años. Cuando la noche de la ignorancia oscurece el espíritu, evoca argumentos mil veces mas vanos y mas frivolos que los fenómenos de la naturaleza que le parecen tan poco razonables. Voy á ensayar la influencia de la religion con esta muger: cambiando sus ideas en este particular puedo hacer de una enemiga una verdadera aliada. Mónica, dijo con dulzura, ¿eres cristiana?

—¡Por la Virgen Santísima, señor almirante! ¿Qué quereis que yo sea? ¿Creéis acaso que Pepe se hubiera casado con la hija de un moro?

—Escuchadme, pues, y verás que poco te conduces como cristiana. Los moros no son los únicos infieles; existen tambien otros muchos, y el peso de su nombre y de sus faltas hace gemir á la tierra. Los granos de arena que descubres en esta playa son menos numerosos que los infieles que encierra tan sólo el reino de Cathay, porque has de saber que hasta el presente Dios no ha concedido sino una pequeña parte de la tierra á los que tienen fé en la intercesion de su Hijo. Hasta el sepulcro de Jesucristo se halla todavia en poder de los infieles.

—Lo he oido decir, señor, y es preciso que la fé de los que han hecho voto de obedecer la ley de Dios sera bien débil para que no hayan todavia acudido á remediar un mal tan apremiante; á la verdad es una lástima bien grande.

—¿Y no has oido decir tambien que tal debe ser durante cierto tiempo el destino del mundo, pero que aparecerá la luz cuando la palabra divina haya penetrado en los oídos de los infieles como el sonido de una trompeta, y que entonces la tierra vendrá á ser como un vasto templo completamente ocupado por las alabanzas de Dios, por la gloria de su nombre y por la obediencia á su voluntad?

—Los buenos padres de la Rábida y los curas de nuestra parroquia nos consuelan á veces con esperanzas semejantes.

—Pero tú misma no has visto nada hace poco que haya hecho cobrar fuerza á esa esperanza, que te haya hecho pensar que Dios no se ha olvidado de su pueblo, y que una nueva luz comienza á disipar las tinieblas en España?

—Pepe, S. E. querrá hablar sin duda del milagro que ha tenido lugar no hace mucho tiempo en el convento, en donde dicen que se han visto correr lágrimas de los ojos de la Virgen mientras estaba contemplando á su hijo apoyado en su regazo?

—No es de eso de lo que yo quiero hablar, dijo Colon con grave tono haciendo la señal de la cruz, aunque dejando conocer lo poco que le satisfacía la alusion á un milagro que su ánimo ilustrado no podia admitir; no hablo de las maravillas que nos es permitido creer ó no creer hasta tanto que su certeza esté apoyada en la autoridad de la Iglesia. Tu fé y tu celo deben bastarte para hacerte conocer en cualquier hecho de armas de nuestros soberanos una prueba dada á los fieles del ejercicio del poder de Dios por el adelanto de la fé.

—Habla de la expulsion de los moros, Pepe, dijo Mónica lanzando sobre su marido una mirada de placer, lo cual acaba de tener lugar con la conquista de Granada, en donde, segun dicen, ha entrado triunfante la reina Isabel.

—En esa conquista, pues, debes mirar el principio de los grandes sucesos de nuestro tiempo. Granada tiene

ahora sus iglesias, y otro tanto sucederá bien pronto en el remoto reino del Cathay. Asi son las obras del Señor, muger insensata, y al impedir á tu marido que tome parte en esta grande empresa, le privas tambien el hacerse acreedor á una recompensa que tendrá señalada en el cielo, y acaso podrás, sin querer, atraer la maldicion divina, en lugar de la bendicion, sobre ese niño cuya imágen ocupaba ahora poco tu pensamiento aun mas que la de su Criador y Redentor.

Mónica dirigió sus inciertas miradas, primero al almirante, despues á su marido: en seguida, bajando la cabeza, se santiguó devotamente, y por último, alzando por segunda vez los ojos hácia Colon, preguntó:

—Y vos, señor, ¿partís con el deseo y la esperanza de servir á Dios?

—Ese es mi principal objeto, buena muger, y pongo al cielo por testigo de que digo la verdad. ¡Ojalá sea tan feliz mi viage como cierto es cuanto acabo de decirte!

—Y vos, señor, añadió Mónica volviéndose rápidamente hácia don Luis, ¿es tambien por servir á Dios por lo que emprendeis tan extraordinario viage?

—Si nó es precisamente por mandato directo del cielo, buena muger, á lo menos es por el de un ángel.

—¿Crees tú todo esto, Pepe? ¿Nos habremos engañado quizá? Tanto como se ha hablado contra el almirante, ¿habrá sido acaso porque no eran bien conocidas sus razones?

—¿Qué decian de mí? preguntó Colon con la mayor calma; habla sin reparo: no temas que me enfade.

—Vos tenéis enemigos como á todos nos sucede, señor; las madres, las esposas y las doncellas de Palos no se han quedado cortas en decir lo que les ocurría. En primer lugar decian que erais pobre.

—Eso es tan cierto y tan positivo, buena muger, que seria una locura negarlo. ¿Pero acaso la pobreza es delito en Palos?

—Los pobres, señor, son poco respetados en todas las cercanías, y yo no sé por qué, pero me parece que nosotros no lo somos menos que los demas, y sin embargo, no somos mas respetados. Despues dicen que sois genovés y no castellano.

—Tambien eso es verdad. ¿Pero es eso tambien delito para los habitantes de Palos? Deberian tener mas consideracion con un pueblo tan celebrado por sus hazañas marítimas como lo es el de aquella republica.

—No entiendo de eso, señor; pero muchos piensan que es una gran falta no pertenecer á España, y sobre todo á Castilla, que es el pais de doña Isabel. ¿Y cómo puede ser nunca tan honroso el ser genovés como español? Yo me alegraria mas si Pepe se hiciese á la vela con un español, y mucho mas si era de Palos ó de Moguer.

—Tu argumento si no es convincente, á lo menos es ingenioso, dijo Colon sonriendo, única muestra que él solia dar de los sentimientos que experimentaba. ¿Con qué un hombre que es pobre y genovés no puede servir á Dios?

—Yo no digo eso, señor; y ya opino mas favorablemente de vuestro viage, despues que he sabido el motivo que á él os impulsa, que os he visto y que me habeis hablado. Mas no por eso es menos sacrificio en una muger dejar marchar á su marido á una expedicion que inspira tan poca confianza, y quedarse sola con su hijo.

—Ved aquí á este jóven caballero, que es hijo único, impetuoso en todos sus deseos, amante de una de las mas lindas doncellas de Castilla, rico, colmado de honores, libre de ir á donde quiera, y sin embargo, se embarca conmigo, no diré que con consentimiento de la señora de sus pensamientos, pero al menos por orden suya.

—¿Es cierto, señor? preguntó Mónica vivamente á don Luis.

—Tan cierto, buena muger, que el complemento de mis mas ardientes esperanzas depende de este viage, ¿No os he dicho antes que yo marchaba por mandato de un ángel?

—¡Ah! ¡Estos jóvenes caballeros tienen unas palabras tan seductoras! Pero, señor almirante (puesto que esa es vuestra dignidad), tambien se dice que ese viage no puede menos de redundar en honra y provecho vuestro, mientras que puede ocasionar la ruina y la muerte de los que os acompañan. De pobre y desconocido que érais he aquí que os encontrais convertido en uno de los primeros dignatarios de la reina, y añaden asimismo que como encontréis en alta mar las galeras de Venecia, tal vez llegue aquí su cargamento algo aligerado.

—¿Y todo eso en que puede perjudicar á tu marido? Yo iré á donde él vaya: yo participaré de sus peligros, si llega á experimentarlos; mi vida se espondrá lo mismo que la suya; si en esta correría se ofrece ganar oro, nó se le olvidará al distribuirlo; y finalmente, si los peligros por que pasemos y las penalidades que suframos nos llegan á facilitar en parte la entrada en el cielo, Pepe no habrá perdido nada en eso. En la gran cuenta que todos estamos obligados á rendir, nó preguntarán á nadie si era pobre ó genovés.

—Todo eso es muy cierto, señor; pero á pesar de todo, es muy duro para una jóven casada separarse de su marido. Pepe, en realidad, ¿deseas tú partir con el almirante?

—Mónica, poco cuidado me da el marchar; se me ha mandado que sirva á la reina, y nosotros los marinos no tenemos derecho para oponernos á su autoridad. Ahora que he oido hablar á S. E. me hallo mas dispuesto que antes lo estaba.

—Si es cierto que se trata del servicio de Dios al emprender semejante viage, tú no debes quedarte el último, Pepe. Señor, ¿querriais permitir que mi marido pasase la noche con su familia á condicion de que él volvería á bordo de la *Santa Maria* mañana por la mañana?

—¿Y qué garantía me dais de que cumplirá con esa condicion?

—Señor, ambos somos cristianos, servimos á un mismo Dios, y hemos sido rescatados por el mismo Salvador.

—Asi es verdad, y prometo firmemente de vos, Pepe, puedes quedarte en tierra, pero mira que mañana por la mañana has de estar en tu puesto. No faltan remeros en la canoa que pueden hacer el servicio por tí.

La muger, por medio de sus miradas, espresó á Colon su agradecimiento, y éste observó en sus ojos cierto orgullo español que le caracterizaba de su buena fé. Como aun faltaban que hacer algunos preparativos antes de que la embarcacion pudiese alejarse de la plaza el almirante y don Luis se paseaban por la playa en conversacion.

—He aquí una muestra de lo que he tenido que sufrir y de los trabajos que he pasado para llegar á conseguir estos escasos recursos para poner en planta las grandes miras de la Providencia, dijo Colon con melancólico aunque no irritado tono. Es un crimen el ser pobre, el ser genovés, el ser otra cosa diferente de lo que se figuran aquellos que se constituyen en nuestros jueces y señores. Dia llegará, conde de Llera, en que Génova no se creará deshonrada de haber visto nacer á Cristóbal Colon, y en que vuestra orgullosa Castilla se hallará dispuesta á participar de semejante vergüenza. No sabeis bien, señor, cuanto tenéis adelantado en el camino de la celebridad y de las grandes hazañas solo con nacer noble y dueño de inmensas posesiones. Ya me veis á mí, en una edad ya avanzada, y sin embargo, aun me hallo en el umbral de la empresa que debe colocar mi nombre entre los de aquellos que han servido á Dios y han sido útiles á sus semejantes.

—¿Pues acaso no es esa la marcha ordinaria de las cosas en este mundo? ¿Aquellos que se encuentran sin mas apoyo que su mérito, no tienen que hacer grandes esfuerzos para elevarse al rango á que la naturaleza los ha destinado, mientras que aquellos á quienes la fortuna ha favorecido dándoles ilustres abuelos se contentan muchas veces con honores que no deben á sí mismos? Yo



solo veo en esto la naturaleza del hombre y la marcha del mundo.

—Teneis razon, Luis; pero la teoria y la práctica son cosas bien diferentes. Se puede discutir sobre los principios con calma, mas en general la aplicacion es lo mas difícil. Vos sois naturalmente franco y generoso, jóven, teneis un carácter que no cede ni al sarcasmo de un cristiano, ni á la lanza de un moro, y estais dispuesto á hacer frente á cualquiera, sin temor y con verdad. Castellano como sois, ¿creeis quizá que un hombre que ha nacido en Castilla vale mas que un genovés?

—No, señor, respondió el jóven riendo, cuando el genovés es Cristóbal Colon y el castellano Luis de Bobadilla.

—No no trateis de evadirlos. ¿No os asalta ninguna idea parecida á la que tan terminantemente ha manifestado la muger de Pepe?

—¿Qué quereis que yo os diga, señor? El hombre es uno mismo en España, que en Italia y en Inglaterra. ¿No es acaso su pasion dominante pensar bien de si mismo y mal de los demas?

—A una pregunta sencilla, hecha de buena fé, no de-



Tú, camarada, parece que tienes trazas de que no te dé miedo el agua turbia.

be contentarse con una máxima general cuya verdad es incontestable.

—Ni tampoco debe confundirse una respuesta cortés y atenta con una respuesta evasiva. Nosotros los castellanos somos rendidos y piadosos cristianos, por lo mismo que nos creemos exentos de defectos y miramos á los demas como unos grandes pecadores. ¡Por Santiago de gloriosa memoria! Para llenar de vanidad á un pueblo entero basta haber dado la vida á una reina como doña Isabel y á una jóven como doña Mercedes de Valverde.

—Esa es doble lealtad, pues de ese modo sois fiel á nuestra reina y á vuestra amante. Pues, señor, veo que habré de contentarme con esa respuesta, aunque en rigor no lo sea. Ello es que yo no soy castellano, y emprendo un viaje al Cathay, cosa que ni un Guzman se ha atrevido á intentar: la casa de Trastámara se admirará algun dia al reconocer lo que debe á un genovés. Dios, en la eleccion de sus instrumentos, no repara en países

ni en condiciones, pues casi todos los primeros santos eran hebreos despreciados, y el mismo Jesus vino de Nazareth. Ahora veremos, ahora veremos, señor mio, lo que en el espacio de tres meses se va á revelar á la admiracion de los hombres.

—Señor almirante, yo espero que será la isla de Cí-pango y el reino de Cathay: mas si asi no fuese, sabremos soportar tan cruel desengaño como habremos soporado todas las fatigas consiguientes á la expedicion.

—No temo desengaño alguno en este asunto, don Luis, porque tengo la real palabra de Isabel y sus buenas carabelas para conducirme. El buque que hace la travesía de la Madera á Lisboa no está mas seguro de llegar al puerto que yo lo estoy de llegar al Cathay.

—Nadie duda, señor, que vos sois capaz de hacer y que hagais en efecto cuanto le es dable á un navegante; mas sin embargo, el desengaño suele ser la mente del hombre, y seria muy conveniente que nos preparásemos á llevarlo con resignacion.

—El sol, que principia á ocultarse detrás de esa montaña, Luis, no está mas patente á mi vista que lo está el camino que conduce á las Indias. Yo estoy viendo hace diez y siete años, tan distintamente como los buques que están sobre la costa, mas brillante que la estrella polar, y no menos seguro, segun confio. Bueno es que se prevean los desengaños, porque la suerte del hombre es hallarse espuesto á ellos. ¿Y quién podrá saberlo mejor que yo, que he sido halagado por falsas esperanzas durante los mejores años de mi vida, ya animado por los principes, los hombres de Estado y los ministros del Señor, ya señalado con el dedo y silbado como insensato visionario que no tenia argumento ni hechos que alegar en su favor?

—Por mi nuevo patron San Pedro, señor almirante, que habeis llevado por espacio de un siglo, á lo que creo, una vida bien azarosa, pero los tres meses que van á trascurrir serán para vos de la mayor importancia.

—Poco conocéis, Luis, la calma de la conviccion y de la confianza, si os figurais que en el momento de la ejecucion pudieran detenerme algunas dudas. Este dia es para mí el dia mas feliz de cuantos he tenido hace muchos años; pues aunque nuestros preparativos no sean de gran consideracion y nuestros buques pequeños y ligeros, tales recursos han de ser suficientes para hacer lucir en todo el mundo una antorcha que ha estado oculta hasta el presente, y para elevar á Castilla á una altura que sobrepuje á la de cualquier otro reino cristiano.

—Debe pesaros, señor, que no sea Génova, vuestra patria, la que pudiese reportar estas ventajas, aunque no las ha merecido haciendo donativos generosos en favor de vuestra grande empresa.

—No ha sido ese el menor de mis pesares, Luis. Es muy cruel tener que abandonar su país y buscar nuevos vinculos en otra parte, cuando ya la vida va declinando, á pesar de que nosotros los marinos sentimos quizá menos la fuerza del nudo que une al hombre con su patria que los que nunca han abandonado su suelo natal. Pero Génova me rechazó, y asi como el hijo está obligado á amar y á honrar á su padre, este, por su parte, se halla igualmente en la obligacion de dar de comer y proteger á su hijo. Si el padre falta á este deber, no puede nunca echarse en cara al hijo que haya tratado de buscar apoyo por todas partes. Los deberes respectivos de los hombres tienen sus limites; nuestros deberes para con Dios son los solos imprescriptibles, los solos á que jamás podremos sustraernos. Génova ha sido para mí una madrastra, y aunque nada haya podido determinarme á alzar mi mano contra ella, por lo menos no debe tener derecho á mis servicios. Por otra parte, cuando el objeto en que se tiene fija la vista es el servicio de Dios, poco importa cuáles de sus criaturas se unen á nosotros para ser sus instrumentos. No se aborrece fácilmente al país que le ha visto á uno nacer; pero la injusticia puede hacer que se le retire el cariño. El

vínculo es recíproco: cuando el país cesa de proteger la persona y la reputación, las propiedades y derechos de sus ciudadanos, el ciudadano debe desprenderse de todos sus deberes para con el país: si la fidelidad es una consecuencia de la protección, la protección debe serlo también de la fidelidad. Doña Isabel es en la actualidad mi señora, y después de Dios, á ella, y á ella sola, es á quien yo serviré. Castilla será mi país en adelante.

En este momento vinieron á anunciarles que la embarcación estaba pronta, y nuestros aventureros tomaron en ella su puesto respectivo.

Bien se necesitaba toda la profunda y completa convicción de su ardiente carácter para que Colon pudiera regocijarse de haber conseguido al fin los medios de satisfacer su afición á hacer descubrimientos, si se llegaba á considerar con detención en que consistían aquellos medios. Ya hemos dado antes á conocer los nombres de las tres embarcaciones, á saber, la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*, y aun hablamos algo acerca de su construcción y de su porte. Mas sin embargo, para ayudar al lector á formarse una idea del carácter de tan grande empresa, trazaremos un ligero bosquejo de estos buques, y en particular de aquel á cuyo bordo se embarcaron Colon y Luis de Bobadilla. Este buque, como era natural, era la *Santa María*, cuyo porte era casi doble que el mayor de los otros dos. Aquel había sido equipado con mas esmero, en atención á su objeto, pues debía ocuparle el almirante en persona. No solo tenía su buena cubierta, sino que sobre su alcázar habían construido una toldilla, que formaba la habitación de aquel. No sería fácil formarse una idea exacta de la *Santa María* guiándose por los buques de nuestros tiempos, tan bien concluidos y ligeros en sus aparejos y tan cómodos en su repartimiento; pues aunque la *Santa María* tuviese una popa y una proa, como se llamarían hoy día, distaban mucho en su construcción de las de este tiempo. La popa se llamaba castillo de popa, porque tenía alguna semejanza con un castillo, mientras que la proa, ocupada por la mayor parte de la gente del buque, y de una capacidad extraordinaria, se alzaba como una construcción separada sobre la parte delantera de la embarcación, y tenía de extensión cerca de la tercera parte del puente.

Los que no conozcan los buques de que se hacía uso todavía en Europa hace un siglo, difícilmente podrán concebir cómo unos navios tan pequeños han podido bogar en el mar sin peligro; pero nosotros solventaremos esa dificultad asegurándoles que hemos visto navios semejantes con nuestros propios ojos. Además, como aquellas embarcaciones eran generalmente cortas y tenían la ventaja de sostenerse en el agua saliendo sus costados muy poco sobre esta, se los consideraba como mas seguros en la mar. A pesar de ser tan cortos, eran al mismo tiempo suficientemente anchos á fin de tener bastante cavidad, lo cual, si bien les perjudicaba en ligereza, también les daba mayor seguridad. Aunque se les daba el nombre de buques, aquellas embarcaciones no estaban aparejadas como los buques modernos; sus palos bajos eran comparativamente mucho mas largos que los que se usan en el día, mientras que los altos eran menos numerosos y elevados que los de que se sirven actualmente, que se alzan hasta las nubes como unas agujas. Tampoco una fragata tenía en el siglo XV el mismo número de palos altos que cuenta en el XIX. El nombre de *nao*, que se les daba en el Mediodía de Europa, y que se derivaba directamente de la palabra latina *navis*, se usaba mas bien como una denominación general que como un nombre distintivo, y no indicaba un género de construcción particular ni el estar aparejada de una manera diferente que los demás. La carabela, pues, venía á ser una fragata en este sentido, aunque, si se há de tomar en cuenta la mas rigurosa clasificación de nuestros modernos marineros, quizá fuese cuestionable semejante acepción.

Se ha insistido por largo tiempo, y no sin razón, so-

bre el hecho de que dos de las embarcaciones destinadas á esta empresa carecían de cubierta; mas como en aquella época la mayor parte de los viajes por mar se hacían en dirección paralela á las costas mas principales, y aun cuando se alargaban hasta las islas echando unos cuantos días, los buques rara vez se alejaban de la tierra, tenían la costumbre los marineros, costumbre que se ha perpetuado hasta nuestros tiempos en los mares meridionales de Europa, de procurar acogerse á un puerto siempre que se veían amenazados del temporal. Mediando esta circunstancia, la cubierta no era ya tan esencial, bien fuese para la seguridad del buque y la conservación del cargamento, bien para aposentar convenientemente á la tripulación, como en el caso de tener que esponer de lleno al furor de los elementos. El lector, por lo tanto, no debe suponer que una embarcación quedase desprovista de todo abrigo y resguardo en el mero hecho de carecer de cubierta. Las carabelas



Santa María, embarcación de Cristóbal Colon.

de que se servían en alta mar tenían en lo general la popa y la proa unidas por medio de unos tablonces, y por medio de alguna tela embreada ó de alguna otra precaución semejante evitaban que el agua del mar pudiese averiar el cargamento.

Dadas ya todas estas esplicaciones, es preciso convenir en que, si la imaginación de los hombres poco acostumbrados á la mar se exagera la insuficiencia de los preparativos hechos para la grande empresa de Colon, el ojo experimentado de un marino reconoce asimismo que no eran de manera alguna proporcionados á la magnitud y elevación de su proyecto. Pero al mismo tiempo no parece probable que los marineros de aquel tiempo los tuviesen por tan insuficientes, cuando hombres tan hechos al Océano como los Pinzones arriesgaban voluntariamente su embarcación, su caudal y su persona en una expedición de aquella clase si esta no hubiera ofrecido todas las garantías de seguridad que se requerían.

#### CAPITULO XIV.

Como Colon se retiró á su cámara poco después de  
*Cristóbal Colon 3*



haber pasado á bordo de la *Santa Maria*, don Luis volvió á tener ocasion por aquella noche de hablar con él. Es cierto que, bajo el pretexto de ser su secretario, ocupaba parte de su misma cámara; pero el gran navegante hallábase de tal modo ocupado en una porcion de asuntos que tenia que arreglar antes de darse á la vela, que era imposible el interrumpirle. El jóven, pues, se puso á pasear en el corto espacio que quedaba sobre cubierta, hasta cerca de media noche, pensando en Mercedes y en su regreso, segun su costumbre. Por último, al bajar á su cámara halló ya á Colon profundamente dormido.

El día siguiente era viernes: y es cosa digna de notarse que el viage mas célebre y mas feliz que jamás se habia emprendido en el globo haya comenzado en el día de la semana que los marinos desde hace largo tiempo acostumbran á mirar como aciago para todas las empresas, habiendo sucedido á veces suspender el darse á la vela con objeto de evitar las terribles aunque ignoradas consecuencias de su atrevimiento. Luis fué uno de los primeros que apareció sobre cubierta, alzó los ojos, y vió al almirante que se hallaba de pie sobre la popa, cuyos estrechos límites se reservaban entonces para los privilegiados, como sucede en el día con el mas estenso paseo, situado en el alcázar. En aquel punto se colocaba el jefe de una escuadra para dirigir las maniobras, hacer sus señales y sus observaciones astronómicas, y tambien para descansar de sus fatigas respirando el fresco ambiente. El sitio de que hablamos, á bordo de la *Santa Maria*, vendria á tener unos quince pies de largo y poco mas ó menos de ancho. Finalmente, el sitio en cuestion era cómodo para un vigia, mas bien por su situacion y aislamiento que por su capacidad.

Cuando el almirante, ó don Cristóbal, como le llamaban los españoles desde que fué elevado á un grado que le daba los derechos y prerogativas de la nobleza, cuando el almirante echó de ver á Luis, le hizo seña de que viniese á su lado. A pesar de que las embarcaciones que mandaba se componian de muy escasas tripulaciones y que no llegaban siquiera á la fuerza de una corbeta de nuestros días, sin embargo, la autoridad de la reina, el aspecto digno y grave de Colon, y principalmente el objeto extraordinario y misterioso de aquel viage comunicaban á aquella expedicion un carácter imponente que no guardaba proporcion con sus recursos aparentes. Acostumbrado á dominar las pasiones de hombres turbulentos, y no ignorando cuánto le importaba el inspirar á los que estaban bajo sus órdenes el respeto debido á su rango y á su influencia en la corte, se habia abstenido de todo contacto familiar con ellos, y en lo general solia comunicarles sus órdenes por medio de los Pinzones y de sus demas oficiales, con objeto de poder imponerles mas fácilmente cuando las circunstancias lo exigiesen, como él lo prevenia. No necesitaba de su larga esperiencia para saber que un cierto número de hombres reunidos en tan corto espacio de terreno no pueden conservarse cada uno en el puesto que le corresponde sino por medio de la rígida observancia de la disciplina, con cuyo motivo habia dictado sus órdenes oportunamente para el mantenimiento de su dignidad, disponiendo el modo de hacer el servicio personal. Este es uno de los grandes secretos de la disciplina á bordo de un buque; porque aquellos que son incapaces de pensar, pueden tal vez llegar á sentir, y nadie se inclina á despreciar al que se halla parapetado con los hábitos de deferencia y de la reserva. Todos los días estamos presenciando la influencia de un título ó de un grado; los hombres mas indisciplinados ceden ante su autoridad, cuando si las órdenes tuviesen un origen menos elevado, podrian resistirse á ellas por mas legítimas que fueren.

—Procurad no separaros de mí siempre que os sea posible, señor Gutierrez, dijo Colon dándole de intento este supuesto nombre que don Luis fingia ocultar bajo el de Pedro Muñoz, porque el almirante sabia bien que á bordo de un buque nunca faltan oídos en acecho, y

queria que Luis fuese tenido por un gentil-hombre al servicio del rey; este es nuestro puesto, y debemos pasar en él una gran parte del tiempo, hasta que Dios, en su santa y sabia providencia, quiera abrirnos el camino del Cathay y nos conduzca al lado del Gran Khan. Hé aquí el rumbo que vanos á llevar y de qué manera pienso atravesar ese Océano desconocido.

Al decir esto, Colon le señalaba un mapa estendido sobre un cajon de armas, y le indicaba con el dedo la carrera que pensaba seguir. Las costas de Europa se hallaban trazadas en aquella carta, en todos sus contornos generales, tan exactamente como lo permitian los conocimientos geográficos de aquellos tiempos, y la tierra se estendia por el lado del Sud hasta Guinea: mas allá todo era aun *tierra incógnita* para el mundo ilustrado. Las Canarias y las Azores, que fueron descubiertas hacia algunas generaciones, ocupaban en aquella carta su puesto verdadero: mientras que la parte occidental del Atlántico estaba limitada por la costa oriental, que se suponía ser de la India ó del Cathay, teniendo por escaldrante á la isla de Cipango ó al Japon, y un archipiélago trazado principalmente segun las noticias de Marco Polo y de sus parientes. Por un feliz error, Cipango habia sido colocada á una latitud igual con corta diferencia á la de Washington, esto es, á cerca de dos mil leguas al Este de la posicion que realmente ocupaba el Japon. A este error acerca de la estension de la circunferencia del globo debió sin duda alguna Colon el triunfo de su atrevida empresa.

Por la primera vez desde que formaba parte de la expedicion dirigió Luis sus ojos con curiosidad sobre aquella carta, y sintió nacer en sí mismo el noble deseo de resolver el gran problema que por medio de una sola ojeada le hiciese conocer los vastos resultados y los interesantes fenómenos que su solucion explicaria.

—Por San Javier de Nápoles! exclamó, pues la única costumbre afectada que habia adquirido en sus viages era invocar á los santos mas venerados en los países extranjeros que habia visitado y el usar de las interjecciones y exclamaciones mas comunes en los mismos, sencillo método de hacer saber á los que le oyesen cuanto habia viajado, y demostrar en parte lo que se habia instruido. —Por San Javier de Nápoles! don Cristóbal, este viage tendrá un mérito sorprendente, si hemos de hallar nuestro rumbo por medio de este inmenso circuito de agua, y sobre todo, si conseguimos volverle á atravesar segunda vez para volver.

—Esta última dificultad, repuso Colon, es la que en este momento precisamente ocupa toda la atencion de la mayor parte de los que se hallan con nosotros sobre este buque. ¿No veis el aspecto grave y consternado de nuestros marineros, y no ois los gemidos que parten de la playa?

Al escuchar aquella pregunta, don Luis alzó los ojos y los fijó en la escena que tenia lugar al rededor suyo. La *Niña*, ligera falúa, habiase ya dado á la vela, y pasó rápidamente á la *Santa Maria*, armada de una vela latina de trinquete; un gran número de barcas llenas de mugeres y niños retorciéndose los brazos y dando agudos gritos de desesperacion bogaban en torno de la falúa. La *Pinta* acababa tambien de ponerse en movimiento, y se veia igualmente acosada de otra porcion de barcas, si bien la autoridad de Martin Alonso Pinzon hacia la desesperacion de aquellas familias menos estrepitosa. Otro grupo parecido rodeaba á la *Santa Maria*, pero el respeto que inspiraba la dignidad del almirante hacia que las barcas se mantuviesen á cierta distancia.

A la verdad, la mayor parte de aquellos infelices creian ver por la última vez á sus familias y á sus amigos, y muchos tambien se figuraban que abandonaban la España para no volverla á ver jamás.

—¿Habeis visto á Pepe hoy por la mañana? preguntó Colon á don Luis viniéndosele á la memoria por primera vez la aventura del jóven marinero. Si falta á su palabra será un mal precedente, y haremos bien en vigilar

á todos los demas siempre que pueda presentárseles ocasion de escaparse.

—Si su ausencia era un mal precedente, señor almirante, su presencia debe serlo bueno. El valiente muchacho se halla sobre una verga por encima de nuestras cabezas, y se ocupa en dar las velas al viento.

Colon alzó los ojos y vió al jóven marino en cuestion colocado en equilibrio en lo mas alto de la entena que los buques de aquel tiempo llevaban en el palo de mesana, y balanceado por el viento mientras largaba los cordones que sujetaban la vela. De cuando en cuando miraba debajo de sí como para observar si su vuelta habia sido notada, y una ó dos veces sus manos, tan ágiles de ordinario, se detuvieron en su tarea para echar una ojeada hácia la parte posterior del buque como si alguna cosa le llamase la atencion por aquel lado. El almirante le hizo seña de que le conocia, y el jóven marinero, lleno de satisfaccion, soltó la vela en aquel mismo momento. Colon se adelantó en seguida hácia aquel sitio para cerciorarse de que no quedaba barca alguna cerca del buque, y vió una ocupada por una muger, á la cual se habia permitido acercarse mas que á las demas en atencion al sexo de la que en ella navegaba.

Era Mónica, la muger de Pepe, que apenas distinguí al almirante se puso de pie y tendió hácia él sus manos cruzadas, deseando mas no atreviéndose á hablarle. Notando Colon que se hallaba intimidada por el ruido y la algazara y tal vez por la proximidad de la embarcacion, que casi podia tocar con la mano, la dirigió la palabra con agrado, y su rostro, de ordinario tan grave y á veces severo, tomó un aire de bondad que Luis no habia notado hasta entonces.

—Ya he visto que tu marido ha cumplido su palabra, buena muger, la dijo, y no me cabe duda que tú le habrás dicho que es muy prudente y mejor servir á la reina honradamente que vivir lleno de vergüenza como un desertor.

—Sí, señor, así se lo he dicho. Ahora que sé que nuestro viage tiene por objeto el servicio de Dios, dejo á mi marido que cumpla sus deberes para con doña Isabel, sino con contento al menos sin murmurar. Conozco la injusticia de mis quejas, y solo ruego al cielo que Pepe se halle siempre á la cabeza de todos los demas, hasta que consigan que los oídos de los infieles se abran á la verdadera fé.

—Eso es hablar como española y como esposa cristiana. Nuestra vida se halla bajo la salvaguardia de Dios. No tengas duda alguna de que has de volver á ver á tu marido sano y salvo y en perfecta salud despues de haber visto el Cathay y cooperado al descubrimiento de aquel pais.

—¡Ay, señor! ¿Cuándo será eso? exclamó Mónica, que, á pesar de su fingido valor y de sus sentimientos religiosos, no podia resistir mas á los impulsos de su ternura.

—Cuando Dios lo disponga, querida. ¿Cómo te llamas?

—Mónica, señor almirante, y mi marido Pepe, y mi hijo, ese pobre niño que se queda sin padre, se llama Juan, porque nosotros no tenemos en nuestras venas sangre mora, somos de pura sangre española, y yo ruego á V. E. que recuerde eso en cuantas ocasiones se presenten de mayor peligro.

—Puedes contar que yo velaré por la seguridad del padre de Juan, respondió el almirante sonriendo sin poder contener una lágrima que se escapó de sus ojos. Yo tambien dejo aqui seres á quienes quiero al par de mi alma, y entre otros mi hijo, que ya no tiene madre. Si llega á suceder algun contratiempo á nuestro buque, él quedará huérfano, mientras que á tu Juan no le faltarán nunca los cuidados y el cariño de la que le dió la vida.

—Os pido mil veces perdon, señor, dijo Mónica conmovida de la emocion que se notaba en el acento de Colon; somos muy egoístas y nos olvidamos de que los demas tienen tambien sus penas cuando sentimos las nuestras con exceso. Partid en nombre de Dios, y cúmplase

su santa voluntad. Llevaos con vos á mi marido; solo desearia que el pequeño Juan tuviese edad suficiente para no abandonarle.

Mónica no pudo decir mas. Enjugó las lágrimas que corrian de sus ojos y volvió á tomar el remo. El pequeño esquife se alejó lentamente, como si conociese la repugnancia con que las manos de su conductora le dirigian hácia el puerto. El corto diálogo que acabamos de referir, tuvo lugar en voz bastante alta para que no dejasen de oirlo los que no estaban á grande distancia de los interlocutores, y cuando Colon separó sus ojos de la barca, vió que varios hombres de la tripulacion estaban colocados sobre los aparejos y sobre las vergas para escuchar con atencion lo que se hablaba.

En aquel instante precisamente levaba el ancla la *Santa Maria*, y la proa del buque comenzó á tomar la direccion del viento. Un instante despues oíase azotar la vela cuadrada de mesana que llevaban entonces las carabelas, y á los cinco minutos las tres embarcaciones bajaban lentamente el Odiel, en uno de cuyos brazos habian estado ancladas, y marchaban hácia la barra que está próxima á la embocadura. El sol no habia salido aun; ó por mejor decir, principiaba á asomar por encima de las montañas de España, en el mismo momento en que se soltaron las velas, semejante á un globo de fuego que arroja un resplandor melancólico sobre unas costas que muchos de los que se hallaban á bordo de los buques temian no volver á ver jamás. Un sin número de barcas siguieron á las dos embarcaciones mas pequeñas hasta la barra de Saltes, á donde llegaron una hora ó dos despues, y aun algunas insistieron en acompañarlas hasta que se encontraron con las elevadas olas del Océano. Entonces, habiendo arreciado el viento que soplabá de la parte de Oeste, emprendieron su vuelta sucesivamente, aunque con sentimiento y en medio de un conjunto de suspiros y lamentos, mientras que los tres buques bogaban con la mayor seguridad sobre las azuladas aguas del Océano sin limites, semejantes á unos seres humanos impelidos por la suerte hácia un porvenir que no les es dado prever, dominar ni evitar.

El dia estaba hermoso, y el viento se presentaba favorable. Hasta entonces, pues, todos los apuros eran propicios; pero el porvenir ignorado de todos cubria con una nube los ánimos de todos los que, con sombría incertidumbre, abandonaban los objetos mas queridos de su corazon. Se sabia que el almirante llevaba el designio de tocar en Canarias para lanzarse desde allí en el ignorado Océano cuyas olas no habian aun hendido buque alguno.

Los que persistian en dudar consideraban aquellas islas como el punto en que los verdaderos peligros debian dar principio, y aguardaban que se mostrasen en el horizonte con un sentimiento parecido al del culpable que espera la hora de su sentencia, el condenado la de su ejecucion, y el pecador el instante de su muerte. Mas sin embargo, muchos de ellos se hacian superiores á aquella debilidad, habiendo templado el acero de sus nervios y preparado su ánimo para hacer frente á todos los peligros; pero los sentimientos del mayor número hallábanse en un estado de perpétua fluctuacion: durante algunos ratos, la confianza y la esperanza del éxito parecia animar á las tres tripulaciones; mas durante otros, la duda y el temor se hacian generales, y el desaliento poco menos que universal.

Un viage á Canarias ó á las Azores debia contarse muy probablemente entre los marinos como una hazaña de las mas atrevidas. La distancia no era á la verdad tan grande como las de sus escursiones ordinarias, puesto que muy á menudo salen buques con la misma direccion para las islas del Cabo-Verde. Pero los europeos hacian todos sus demas viages costeando, y en el Mediterráneo sabian que navegaban entre dos limites conocidos, y se creian haber llegado al colmo del saber humano. Por el contrario, bogando por el inmenso Atlántico hallábanse hasta cierto punto en la misma situacion que



el aeronauta, que flotando por las mas elevadas corrientes de la atmósfera, vé bajo sus pies la tierra como el único objeto á donde puede llegar, y no encuentra á su alrededor por ningun lado mas que el vacío y el espacio.

Las islas Canarias eran ya conocidas de los antiguos. Juba, rey de Mauritania, contemporáneo de César, hizo de ellas, segun dicen, una descripción bastante exacta bajo el nombre de las Islas Afortunadas. Aquella obra no ha llegado hasta nosotros, mas el hecho está atestiguado por el testimonio de otros escritores, y por ellos consta que, aun en aquel remoto siglo, existia en aquellas islas una poblacion que habia hecho progresos muy notables en la civilizacion. Pero con el tiempo y durante los siglos de tinieblas que se siguieron al esplendor de la dominacion romana, los europeos llegaron á olvidar hasta la posicion que ocupaban las islas de que tratamos, y no volvieron á dar con ellas hasta mediados del siglo XIV, que fueron descubiertas por unos cuantos españoles fugitivos á quienes perseguían los moros. Poco despues, los portugueses, que eran á la sazón los navegantes mas arriesgados del mundo conocido, tomaron posesion de una ó dos de estas islas, haciéndolas su punto de partida para los viages que emprendian á hacer descubrimientos por toda la estension de la costa Guinea. Los españoles, á medida que iban reprimiendo el poder de los musulmanes en la Peninsula y que recobraban poco á poco su antiguo poderío, dirigieron nuevamente su atencion hácia aquel lado, y convirtieron á la fé á los naturales de algunas de aquellas islas: por tanto, en la época de que hablamos se encontraban divididas entre estas dos naciones cristianas.

Luis de Bobadilla, que habia viajado mucho por los mares mas septentrionales y que habia recorrido el Mediterráneo en diferentes direcciones, no conocia estas islas mas que en el nombre: sentado sobre la popa con el almirante, éste le fué indicando la posicion de cada una de ellas; le esplicó sus caracteres distintivos y las ventajas que ofrecian como puntos de partida y para renovar los viveres.

—Estas islas han sido de grande utilidad á los portugueses, dijo Colon; de aqui se surten de agua, de leña y de viveres, y yo no alcanzo por qué razon no habia Castilla de seguir hoy semejante ejemplo y sacar las mismas ventajas. Bien veis cómo nuestros vecinos se han adelantado hácia el lado del Sud y qué multitud de riquezas han proporcionado á Lisboa sus nobles empresas y su comercio. Todo esto, sin embargo, no es mas que un cántaro de agua arrojado en el Océano en comparacion de la inmensa riqueza que encierra el Cathay y de los resultados que debe dar nuestro viage.

—¿Grecis vos, don Cristóbal, preguntó Luis, que los dominios del Gran Khan se hallen á mucha mayor distancia que el punto mas apartado á que hayan llegado los portugueses por la parte del Sud?

Colon miró á su alrededor como para cerciorarse de que nadie le escuchaba; cuando se hubo convencido de que su acento no podia ser percibido por ninguno de los hombres que ocupaban el navio, tuvo la precaucion de hablar lo mas bajo que le fué posible, y respondió de una manera que no pudo menos de halagar á su jóven compañero, probándole al mismo tiempo que el almirante estaba dispuesto á tratarle con la franqueza y con la confianza propias de la amistad.

—Don Luis, le contestó Colon, bien conoceis el carácter de las gentes con quienes tenemos que habérnoslas. Yo no responderé enteramente de sus servicios mientras nos hallemos próximos á las costas de Europa, puesto que nada es mas fácil á uno de estos pequeños buques que abandonarme durante la noche y buscar un puerto en cualquier costa conocida, pudiendo muy bien alegar por excusa alguna supuesta necesidad.

—¡Pero Martin Alonso no es capaz de cometer una accion tan indigna y poco noble! exclamó Luis.

—No por cierto, amigo mio; y menos con un motivo tan bajo como el miedo, repuso Colon con una pensativa

sonrisa que daba bien á conocer con que sagacidad habia él sabido observar el verdadero carácter de sus nuevos compañeros. Martin Alonso es un hábil navegante, y podemos sin duda alguna esperar de él buenos servicios en todo aquello que exija resolucion y perseverancia. Pero los ojos de Pinzon no pueden permanecer constantemente abiertos, y los conocimientos de todos los filósofos de la tierra no bastarian para contener el impetuoso arranque de una tripulacion inquieta y en completa rebelion. Yo no tengo la mayor seguridad de los hombres que forman la nuestra mientras ellos puedan conservar la esperanza de un fácil regreso; menos motivo debo tener, pues, para confiar en aquellos que no se hallan á mis inmediatas órdenes y á quienes no puedo vigilar por mí mismo. Con que ya veis, don Luis, que no me es posible contestar en alta voz á la pregunta que me habeis hecho, porque la gran distancia que tenemos que atravesar asustaria á nuestros marinos, que se alarman con tanta facilidad. Pero vos, Luis, sois un noble caballero, un caballero cuyo esfuerzo es conocido y con el cual puede contarse, y así puedo deciros sin temor de hacer nacer en vuestro corazón ningun sentimiento indigno de vos que el viage que acabamos de emprender no tiene semejante en cuanto á la distancia y al aislamiento del camino.

—Y á pesar de eso, señor, vos lo empredeis con la confianza de un hombre que se halla seguro de arribar al puerto á que se dirige.

—Conoceis mis sentimientos perfectamente, Luis. En cuanto á esos temores vulgares de si hay que subir y bajar, si se ofrecerán obstáculos para nuestro regreso, si llegaremos á los limites de la tierra y vendremos á dar en el vacío, no creo que nos atormenten gran cosa, ni á vos ni mí.

—Por Santiago, don Cristóbal, mis ideas no se hallan muy conformes con todo eso: es cierto que jamás he conocido persona que se haya deslizado desde la tierra en el vacío, y que no creo muy probable que semejante cosa pueda acontecernos á nosotros y á nuestros pobres buques; pero por otro parte, solo tenemos hasta ahora en nuestro favor la teoría para probar que la tierra es redonda y que es posible llegar al Este navegando hácia el Oeste; así es que en tratándose de estas cuestiones permanezco neutral. Mas á pesar de todo esto, vos sois dueño de dirigir nuestro rumbo hácia la Luna, que Luis de Bobadilla se hallará constantemente á vuestro lado.

—Vos os haceis menos entendido de lo que en realidad sois y de lo que es justo decir, jóven desatinado. Pero no volveremos á hablar de este particular por ahora; no me faltarán ocasiones durante nuestro viage de baceros comprender mis razones y mis motivos. ¿Acaso no es una celeste vision, Luis, la que en este momento se presenta ante mis ojos?

Héme aqui sobre el inmenso Océano, honrado por nuestros dos soberanos con el título de virey y de almirante, y dirigiendo una flota encargada por SS. AA. de llevar hasta las mas remotas partes del mundo el anuncio de su poder y de su autoridad, y principalmente de alzar la Cruz de nuestro Redentor ante los ojos de los infieles, que jamás han oido pronunciar su nombre, ó si acaso lo han oido lo respetan como un cristiano respetaria los idolos de los paganos.

Fuéron pronunciadas estas palabras con aquel tranquilo pero profundo entusiasmo que distinguia al gran navegante y que le hacia aparecer á veces como un objeto de desconfianza ó de respeto. Aquel entusiasmo producía siempre una impresion favorable así á Luis como á la mayor parte de los que vivian bastante familiarmente con Colon, para hallarse en estado de apreciar sus razones y de juzgar con acierto de la rectitud de sus miras. El mismo don Luis no carecia tampoco de entusiasmo, y como sucede generalmente con los caracteres francos y generosos, tenia doble motivo para juzgar mejor de los impulsos de aquellos que se sentian tambien animados de semejante inspiracion. Luis contestó,

pues, de una manera que se adaptaba enteramente con los sentimientos del almirante, y así permanecieron muchas horas sobre la popa discutiendo sobre el porvenir con el interés de unas personas que tenían en él toda su esperanza; pero pasó su conversacion de una manera tan general y sin concierto, que no es fácil ni tampoco indispensable el trasladarla aquí.

Eran las ocho de la mañana cuando los buques atravesaban la barra de Saltes, y ya estaba el día bastante adelantado cuando perdieron de vista los navegantes completamente las alturas que rodean á Palos y los demás puntos notables de la costa. Dirigian su rumbo hácia el Sud, y como los palos y las velas de las embarcaciones de aquella época eran pequeñas y de poca consistencia en comparacion de los que luego ha adoptado el arte náutica, ya mas atrevida, su marcha no podia menos de ser lenta, y estaba lejos de poner un pronto término al viage, que cada uno confiaba ya seria de bastante tiempo y que se temia no verle el fin. Dos leguas marinas de á tres millas inglesas cada una por hora les parecia entonces una rapidez muy puesta en razon para un buque, aun teniendo viento favorable, aunque el mismo Colon ha hecho mencion como notables en particular de algunas jornadas de cerca de 170 millas, lo cual sin duda solo lo cita como ejemplo de una marcha tan sumamente rápida que podia causar orgullo á un marino. No creo que habrá necesidad de advertir á nuestros lectores que en el siglo actual, en que existen tantos recursos para ejecutar largos viages, aquella no llega á ser la mitad de la distancia que un buque que sea buen velero puede recorrer en iguales circunstancias.

Cuando se puso el sol hácia el fin de la primera jornada de marcha, nuestros aventureros habian caminado, segun las mismas palabras de Colon, durante once horas con una fuerte brisa, despues de haber pasado la barra. No se hallaban aun á 50 millas al Sud del punto de su partida: la tierra habia desaparecido completamente por aquella parte hácia los alrededores de Palos, así como tambien la parte de la costa que se prolongaba hácia el Este; y solo la vista espermentada de los marineros mas antiguos podia distinguir las cimas de algunas de las montañas de Sevilla en el mismo instante en que el disco radiante del sol se ocultaba en la mar por la parte del Poniente.

Colon y Luis habian vuelto á sentarse sobre la popa, y contemplaban con el mayor interés las últimas sombras que arrojaban las tierras de España, mientras que dos marineros se ocupaban á corta distancia en empalmar una jarcia gastada por el uso. Aquellos dos hombres estaban sentados sobre cubierta, y como ellos se mantenian algun tanto distantes por respeto al almirante, este no echó de ver al pronto su presencia.

—He aquí que el sol se oculta detrás de las olas del Atlántico, señor Gutierrez, dijo Colon, que tenia siempre cuidado de llamar á don Luis con uno de sus nombres supuestos cuando temia ser oido por alguien: el sol nos abandona en este instante, y en su curso periódico hallo yo una prueba mas de la forma esférica de la tierra y de la exactitud de la teoría que nos da á conocer que puede llegarse al Cathay navegando hácia el Oeste.

—Me hallo siempre dispuesto á acatar la sabiduría de vuestras ideas, de vuestros planes y de vuestras esperanzas, don Cristóbal, repuso Luis, cuyas palabras y cuyos ademanes anunciaban siempre un verdadero respeto al almirante; pero confieso que no alcanzo qué pueda tener que ver el curso periódico del sol con la posicion del Cathay y con el camino que á él conduce. Sabemos que ese grande astro hace su viage sin interrupcion por el cielo, que sale de la mar todas las mañanas y vuelve á ocultarse todas las tardes; pero lo verifica en las costas de Castilla lo mismo que en las del Cathay, en favor ó en contra del éxito de nuestro viage.

Mientras que Luis se espresaba así, los dos marineros

interrumpieron su trabajo y dirigieron sus ojos hácia el almirante con curiosidad de oír su respuesta. Luis notó entonces que uno de ellos era Pepe, y le hizo una seña de agradecimiento: el otro era desconocido. Este último presentaba toda la facha de un verdadero marino de aquella época, ó como se le hubiera llamado en inglés ó en el lenguaje del Norte de Europa, un verdadero *lobo marino*, término que espresa muy bien la idea de un hombre tan completamente identificado con el Océano por sus costumbres, que se hace notar en su aire, en sus ideas, en su lenguaje y hasta en su moralidad. Parecia tener cerca de cincuenta años: era de corta estatura; sus miembros demostraban gran vigor, pero sus facciones toscas y groseras presentaban esa apariencia medio bruta, medio inteligente que ofrece á veces la fisionomía de los hombres dotados de una alegría y de un buen sentido natural, pero que solo han conocido los goces terrestres y sensuales. Colon le reconoció con una sola ojeada por un marino perfecto, no solo por su aire, sino por el trabajo de que se ocupaba, trabajo que solo podia confiarse á los mas hábiles marineros de una tripulacion.

—Ahora ved como discurro yo acerca de ese punto, señor mio, respondió el almirante: el sol no viaja de la manera que lo vemos alrededor de la tierra sin un motivo suficiente, porque la providencia de Dios obra siempre con una sabiduría infinita. No es probable que un astro tan generoso y de tanta utilidad haya sido destinado á esparcir sin fruto alguno una parte de sus beneficios. Tenemos una seguridad de que el día y la noche marchan del Este al Oeste por encima de esta tierra que tan de lejos conocemos, de donde yo concluyo que reina, en el conjunto de aquel sistema, una armonía, en virtud de la cual ese astro glorioso esparce sin interrupcion sus beneficios sobre todos los hombres, abandonando una parte de la tierra tan solo para alumbrar á la otra. El sol, que acaba de ocultarse, estará visible aun en las Azores, y alumbrará á Esmirna y á las islas de la Grecia, á lo menos una hora antes de que nosotros lo volvamos á ver. La naturaleza no ha creado nada que no tenga alguna utilidad: yo creo, por lo tanto, que el Cathay recibirá la luz del astro que acaba de ocultarse, mientras que nosotros estamos envueltos en las mas espesas tinieblas de la noche, y que el mismo astro, dando la vuelta por el Este y pasando sobre el gran continente del Asia, vendrá á aparecer de nuevo á nuestros ojos mañana por la mañana. En una palabra, amigo Pedro, ese movimiento que el sol está verificando con tal rapidez por el cielo, lo estamos nosotros ejecutando, aunque en menores proporciones, con nuestras carabelas. Dadnos el tiempo necesario, y despues de haber dado la vuelta á la tierra, volveremos á nuestro punto de partida atravesando el pais de los tártaros y de los persas.

—¿De todo lo cual sacais en consecuencia que la tierra es redonda, y siendo así el éxito de nuestro viage se halla asegurado?

—Eso es tan cierto, señor Muñoz, que me seria muy sensible el figurarme que puede haber un solo hombre á bordo de este buque que yo mandó que no convenga conmigo en esa opinion. Pero he aquí dos marineros que han escuchado nuestra conversacion, y voy á preguntarles con objeto de conocer lo que piensan esos hombres tan hechos á la mar.—¿Jóven, no eres tú el marido de una muger con quien hablé yo ayer tarde en la playa, y no te llamas Pepe?

—Señor almirante, la memoria de V. E. me honra mucho con solo acordarse de un hombre que no merece llamar la atencion ni menos que se acuerden de él.

—Tú eres, honrado amigo mio, y sin duda alguna tu presencia responde de tu corazon. En cualquier caso que pueda ocurrirme me valdré de ti como de un firme apoyo.

—V. E. tiene derecho de mandarme como almirante



de la reina, y ahora que Mónica está á favor vuestro, debéis estar bien seguro de que tambien lo estará su marido.

—Te lo agradezco, valiente Pepe, y ya tendré ocasion de valerme de tí.—Y tú, camarada, me parece que tienes traza de que no te dé miedo el agua turbia. ¿Tú tendrás sin duda algun nombre?

—Sí, noble almirante, respondió el marino mirándole con esa libertad particular propia de un hombre que no se intimida fácilmente; pero mi nombre no trae á remolque ni un *don* ni un *señor*. Mis amigos me llaman Sancho, lo mas comunmente, esto es, cuando están de prisa; pero cuando tienen tiempo y se lo permite la política, añaden Mundo, y de este modo, Sancho Mundo forma la totalidad del nombre de una persona asaz pobre.

—Mundo es un gran nombre para un sugeto de tan corta estatura, dijo sonriendo el almirante, porque preveía que le sería muy útil el hacerse amigos entre la tripulacion, y conocia suficientemente á los hombres para saber que si la excesiva familiaridad perjudica su respeto, un poco de cordialidad suele ganar los corazones; estoy admirado de que te atrevas á llevar un nombre tan imponente.

—Yo digo á mis camaradas, señor, que Mundo es mi título, no mi nombre, y que soy mas grande que los mismos reyes, puesto que ellos forman su título de una pequeña parte de lo que constituye el mio.

—¿Y tu padre y tu madre se llamaban tambien Mundo, ó has adoptado tú ese nombre para tener ocasion de mostrar tu ingenio á tus gefes cuando te hagan preguntas sobre este particular?

—En cuanto á las buenas gentes de quien habeis tenido la bondad de hablar, señor almirante, les dejo á ellas mismas el cuidado de contestaros, y el motivo de esto es muy poderoso, porque ni sé cómo se llaman, ni sé tampoco si efectivamente tenían un nombre. He oído decir que fui hallado á las pocas horas de haber nacido, en una cesta vieja y á la puerta del astillero de...

—No te molestes en recordar el punto, amigo Sancho, Ello es que has tenido por cuna una cesta, y he aqui el primer tomo de tu historia.

—Es que yo no quisiera que el sitio viniese á ser en lo sucesivo un motivo de disputa, señor; pero, en fin, sea como vos queráis. Dicen que nadie sabe á punto fijo á donde vamos: con que bueno será que no se sepa tampoco de donde venimos. Mas como el mundo se abria para mí, los que me bautizaron me dieron todo lo que un nombre puede producir.

—¿Hace mucho que eres marino, Sancho Mundo, puesto que quieres llamarte asi?

—Tanto tiempo, señor, que padezco náuseas y pierdo el apetito apenas salto á tierra.—Como me dejaron tan cerca de la puerta, no fué cosa difícil el hacerme entrar en el astillero, y un cierto dia me lanzaron á la mar á bordo de una carabela, sin saber cómo ni de qué manera. Desde entonces me resigné con mi suerte, y traté de volverme á bordo lo mas pronto que puedo en cuanto me veo en tierra.

—¿Y á qué feliz casualidad debo yo, buen Sancho, el verme favorecido con tus servicios en esta expedicion?

—Las autoridades de Moguer me han enviado aqui en virtud de órdenes de la reina, señor, creyendo sin duda que este viage me convendria mas que otro cualquiera en atencion á que es posible que no se concluya jamás.

—¿Has venido, pues, contra tu gusto?

—¡Yo! Señor almirante, no por cierto, aunque los que me han enviado asi lo creen. Es natural que un hombre desee visitar sus dominios una vez en su vida; y como, segun dicen, nuestro viage debe conducirnos á la otra parte del mundo, hubiera sentido mucho el perder una tan buena ocasion.

—¿Sancho, eres cristiano y deseas contribuir á plantar la Cruz en los paises de los infieles?

—Señor, si no soy un gran cristiano, la culpa está en los que me recogieron en la puerta del astillero, pues la iglesia estaba á dos pasos de alli. A mí me consta que Pepe era cristiano, porque le he visto en brazos del cura que le bautizó, y yo creo que no faltarán viejos en Moguer que puedan decir otro tanto de mí. En todo caso, noble almirante, yo respondo de que no soy ni judío ni musulman.

—¿Sancho, posees tú lo que da á conocer á un marino tan hábil como arriesgado?

—Por lo que hace á esas dos cualidades, señor don Colon, que hablen los demas. Cuando tengamos una tempestad, podreis juzgar por vuestros propios ojos si poseo la primera de aquellas, y cuando esta carabela haya llegado á tocar los limites de la tierra, para cuyo puerto opinan muchos que ha sido fletada, vos vereis quién es el que puede mirar ó no el vacío con sangre fria.

—¡Eso me basta! Os cuento á los dos en el número de mis mas fieles compañeros.

Al acabar de pronunciar aquellas palabras, Colon se retiró, volviendo á tomar aquel aire de grave dignidad que formaba la expresion mas comun de su rostro, y que aseguraba su autoridad imponiendo respeto. A poco rato volvió á bajar con Luis á su cámara.

—Me sorprende, Sancho, dijo Pepe cuando se halló sobre la popa solo con su compañero, de que te dejes llevar de tal modo de tu lengua en presencia de un hombre á quien la reina ha confiado su autoridad. ¿No temes acaso ofender al almirante?

—¡Hé ahí lo que tiene el estar casado y con un hijo! ¿No conoces tú la diferencia que hay entre los que han tenido antepasados y tienen descendientes, y un hombre que nada posee en el mundo mas que su nombre? El señor almirante, ó es un grande hombre elegido por la Providencia para abrir un camino en los ignorados mares de que él habla, ó es un célebre genovés, que nos conduce sabe Dios dónde, para poder él entretanto comer, beber y dormir con honor, mientras que nosotros vamos en pos de él, trabajando como la humilde mula que lleva la carga que el noble caballo rehusa. En el primer caso, él es demasiado grande y elevado para ir á hacer caso de palabras ociosas; en el segundo, ¿qué no podria decirle un castellano?

—Sí, lo que es tú no dejas de llamarte castellano á pesar de la cesta y de la puerta del astillero, y aunque Moguer depende de Sevilla.

—Oyeme, Pepe: ¿la reina de Castilla no es nuestra señora? ¿No somos sus súbditos? Y unos verdaderos y legítimos súbditos como tú y como yo, ¿no son dignos acaso de ser compatriotas de su reina? No te humilles jamás, Pepe: no te faltarán gentes dispuestas á servirte. Por lo que hace al genovés, ó será amigo ó enemigo de Sancho: si lo primero, espero de él muchos consueños; si lo segundo, ya puede buscar su Cathay hasta el dia del juicio, mas no por eso sabrá mas.

—Y por último, Sancho, dañen ó no dañen las palabras á un viagero, tú por eso no dejas de ser un excelente marino, puesto que nadie sabe discurrir mejor que tú.

En esto, habiendo concluido su obra, bajaron de la popa y fueron á reunirse con el resto de la tripulacion. Colon no se habia equivocado en su cálculo: sus palabras y su condescendencia habian producido un favorable efecto en el ánimo de Sancho Mundo, pues este era el verdadero nombre de aquel marino, y haciéndose con un partidario de ingenio tan desarrollado y de tan fresca lengua, logró una adquisicion nada digna de desdeñarse. A veces con semejantes auxiliares es como se consigue un buen éxito, porque es muy posible que hasta el descubrimiento de un mundo dependa de una palabra favorable pronunciada por un hombre menos á propósito que Sancho Mundo para influir en la opinion.

## CAPITULO XV.

Como el viento continuaba siendo favorable, los tres buques avanzaban con bastante rapidez hacia Canarias. El domingo sobre todo fué un dia feliz, pues la expedicion hizo 120 millas en las veinte y cuatro horas. Durante la mañana del lunes 6 de agosto, Colon estaba hablando alegremente sobre la popa con don Luis y otras dos ó tres personas, cuando vieron que la *Pinta* cargaba de repente sus velas delanteras y las daba al viento á prisa y corriendo, por no decir de mala manera.

Aquella maniobra indicaba alguna avería, y como felizmente la *Santa Maria* tenia el viento de su parte, se adelantó con la mayor presteza hacia el otro buque.

—¿Cómo es eso, señor Martin Alonso? exclamó el almirante cuando ambas carabelas se hallaron bastante cerca una de otra para poder hablar. ¿Por qué habeis detenido tan pronto vuestra marcha?

—La suerte lo ha dispuesto así, don Cristóbal, El timon de esta dichosa carabela se ha descompuesto, y es preciso volverlo á colocar antes de esponernos por segunda vez á la brisa.

La frente del gran navegante se oscureció, y despues de haber dado sus órdenes á Martin Alonso para disponer lo mas conveniente á fin de reparar aquella avería, púsose á pasear durante unos minutos por el puente con la mayor agitacion. Viendo cuán á pechos tomaba el almirante aquel accidente, toda la tripulacion se bajó de sobre cubierta y le dejó solo con el fingido gentil-hombre de cámara del rey.

—Yo confio, señor, en que esto no sea cosa de grande entidad, y que no contribuirá en modo alguno á retardar nuestra marcha, dijo Luis despues de algunos instantes de un silencio dictado por el respeto que al almirante tenian cuantos lo rodeaban; yo respondo de que el honrado Martin Alonso es un excelente marino, y él discurrirá, sin duda alguna, un medio de llegar á Canarias, á donde encontraremos con qué reparar esta avería y aun otras mas considerables.

—Teneis, razon, Luis, y es preciso esperar lo así. Solo siento que el mar no se halle mejor para poder socorrer á la *Pinta*. Pero Martin Alonso es un diestro marino y debemos fiarnos en sus conocimientos. Mas sin embargo, ese timon que se ha desmontado no es el principal origen de mi inquietud, si bien ese accidente no deja de ser grave en alta mar. Ya sabeis que la *Pinta* ha sido facilitada para el servicio de la reina, que dispuso se armasen dos carabelas á costa de los culpables de Palos, y esta fué elegida con gran descontento de sus propietarios. Pues bien, esos mismos sugetos, Gomez Rascon y Cristóbal Quintero, se hallan á bordo de su carabela, y no me cabe duda que ellos han preparado este contra-tiempo. Han recurrido á mil medios para retrasar nuestra partida, y por lo visto se conoce que quieren continuar haciendo otro tanto en alta mar para perjudicar á la expedicion.

—Por la fidelidad que debo á doña Isabel, señor almirante, pronto castigaré una traicion semejante, si se me autoriza para ello. Dadme vuestro permiso para tomar una lancha, pasaré á bordo de la *Pinta* y diré á ese Rascon y á ese Quintero que si vuelven á desmontar su timon ó ocurre algun otro accidente en su carabela, ahorco al primero de la verga de su propio buque, y arrojó al segundo al mar para que examine la quilla.

—No debe echarse mano de semejantes medidas sin un motivo muy grande y sin estar bien seguro de que el castigo es bien merecido. Creo que será lo mas conveniente el hacernos con otra carabela en Canarias, porque esta ocurrencia me revela que vamos á estar espuestos á los manejos de esos hombres mientras no nos deshagamos de su embarcacion. No está el mar seguro para echar una lancha, pues de otro modo ya estaria yo á

bordo de la *Pinta*. En fin, sea lo que sea, tengamos confianza en la experiencia de Martin Alonso.

Colon continuó escitando al trabajo á la tripulacion de la *Pinta*, y al cabo de una ó dos horas los tres buques marchaban de conserva con direccion á Canarias. Sin embargo del retardo que habian sufrido, aun hicieron cerca de 90 leguas en las veinte y cuatro horas, mas al dia siguiente por la mañana el timon volvia á desmontarse de nuevo, y como ya se hallaba mas resentido que la primera vez, el mal fué mas dificil de reparar. Estos reiterados contra-tiempos causaron grande inquietud al almirante, que no podia menos de considerarlos como nacidos de la mala voluntad de los que le acompañaban. Resolvió, por lo tanto, decididamente el desembarazarse de la *Pinta*, si llegaba á encontrar en Canarias otro buque á propósito para reemplazarla. Habiéndose retrasado considerablemente la marcha de la flotilla con este nuevo accidente, á pesar de que el viento continuaba favorable, solo hicieron durante aquella jornada unas sesenta millas hacia el punto de su destino.

A la mañana siguiente marchaban los tres buques bastante próximos unos de otros para poderse hablar desde ellos los que á su bordo se hallaban, é hicieron la comparacion de las observaciones náuticas de diversos navegantes ó pilotos, como entonces se les llamaba, dando cada cual su opinion sobre la posicion que las embarcaciones ocupaban.

No fué, por cierto, el menor mérito de Colon el haber salido adelante con su empresa teniendo que valerse de los medios imperfectos que entonces se usaban. Es verdad que la brújula hacia lo menos un siglo que era conocida; pero sus variaciones, que son tan importantes como el mismo instrumento en un largo viage, eran á la sazón desconocidas de los marinos, que rara vez se arriesgaban á separarse mucho de la tierra para observar los misterios de la naturaleza y que generalmente se valian casi mas de la posicion ordinaria de los cuerpos celestes para dirigir su marcha como de los resultados de un cálculo mas exacto. Colon, sin embargo, formaba una notable escepcion, puesto que se dedicó á adquirir cuantos conocimientos podian serle útiles en su profesion, ó ayudarle á llevar á efecto el gran proyecto que parecia formar el único afán de su vida.

Como era de esperar, el resultado de la comparacion de que acabamos de hablar fué enteramente en favor del almirante, y los demas pilotos quedaron convencidos de que él solo conocia la verdadera posicion de las embarcaciones, hecho que quedó bien pronto incontestablemente demostrado con la aparicion de la cima de las montañas de Canarias que se vieron salir del Océano al Sudeste semejantes á un grupo de sombrías nubes en el horizonte. Como estos objetos se descubren en la mar desde muy lejos, sobre todo en una atmósfera trasparente, y como el viento se hizo mas leve y variable, los buques no pudieron, pues, llegar á la Gran Canaria hasta el jueves 8 de agosto, cerca de una semana despues de su salida de Palos. Entraron los tres en el puerto ordinario y allí anclaron. El primer cuidado de Colon, apenas llegó, fué el procurarse otra carabela; mas no pudiendo conseguirlo, pasó á Gomera, en donde él se liasonjaba de encontrar mas fácilmente una embarcacion que llenase sus deseos. Mientras él se ocupaba de esta comision con la *Santa Maria* y la *Nina*, quedose en el puerto Martin Alonso, no pudiendo navegar de conserva, con ellas por el estado en que se hallaba la *Pinta*: mas las gestiones de Colon fueron de todo punto infructuosas, y dió la vuelta á la Gran Canaria. Al tratar de reparar la *Pinta*, se echó de ver que habia sido mal calafateada, subterfugio empleado para que no pudiese servir para el destino que se le tenia dado. Cuando se terminó la reparacion, Colon se dirigió á Gomera, desde donde debia hacerse á la vela.

Entretanto el descontento se iba aumentando y se estendia entre los marineros de la mas infima clase, y aun algunos de graduacion mas elevada no estaban tam-



poco enteramente libres de sombrías aprensiones acerca del porvenir. En la corta travesía desde la Gran Canaria á Gomera, Colon ocupaba su acostumbrado puesto en la popa con don Luis y sus compañeros de ordinario, cuando llamó su atención una conversacion entablada por un grupo de marineros reunidos junto al palo mayor. Era de noche, y como el viento era muy leve, las voces de los entretenidos interlocutores se dejaban oír mas de lo que ellos creían.

—Te digo, Pepe, decia aquel de los oradores que vociferaba con mas ardor, que no es mas oscura la noche que la futura suerte que se nos presenta á los que componemos esta tripulacion. ¿Mira hácia el Oeste, y dime que es lo que ves? ¿Quién ha oído decir nunca que exista tierra alguna mas allá de las Azores? ¿Quién es tan ignorante que no sepa que la Providencia ha rodeado de agua todos los continentes y aun algunas islas destinadas para servir de descanso á los marinos y ha estendido el vasto Océano con el objeto de contener la excesiva curiosidad de penetrar en un órden de cosas que tocan ya en milagro mas bien que al sistema regular de este mundo?

—Todo eso está bien, Pedro, repuso Pepe; pero yo sé que Mónica está persuadida de que el almirante es un enviado de Dios, y que guiándonos por él podemos llegar á hacer grandes descubrimientos y á introducir la religión entre los infieles.

—Si, si, tu Mónica debia ocupar el sitio de doña Isabel, segun la echa de entendida y obcecada en toda clase de asuntos, ya se trate de sus deberes como muger ó de los tuyos como marino. Ella es tu reina, Pepe como puede decirlo todo Moguer, y aun hay quien dice que ella quisiera gobernar el puerto como te gobierna á tí mismo.

—No hables mal de la madre de mi hijo, Pedro, exclamó Pepe encolerizado. Yo sufriré que digas de mí cuando te dé la gana; pero el que hable mal de Mónica en presencia mia se hará con un peligroso enemigo.

—Eres atrevido en tus palabras, Pedro, cuando te llamas á cien leguas de distancia de los que valen algo mas que tú, dijo una voz que Colon reconoció al instante por la de Sancho Mundo, y te pones á burlarte de Pepe con respecto á Mónica, á pesar de que todos sabemos quién es el que manda en cierta choza, en donde tú apareces mas humilde que un delfín muerto, por mas que aquí digas lo que digas. Pero basta de locuras y de hablar de mugeres: tratemos de nuestros conocimientos como marinos, si así te agrada, y en vez de dirigirte á un hombre como Pepe, que es aun muy jóven para tener suficiente experiencia, preguntame á mí, y yo te responderé.

—¿Y bien, qué piensas tú de esa tierra desconocida que, segun dicen, está mas allá del Océano, á donde el hombre no ha llegado jamás, y á dónde no es fácil que llegue nunca con un equipage como éste?

—Yo te diré, idiota y charlatan, que hubo un tiempo en que tampoco se conocian las Canarias, en que los marinos no se atrevían á pasar el estrecho, en que los portugueses no habian aun descubierto sus minas de Guinea. Yo he estado en esos paises y el noble don Cristóbal asimismo, como lo he podido ver con estos propios ojos.

—¿Y qué tienen que ver las minas de Portugal y la Guinea con este viage al Oeste? Todo el mundo sabe que hay un pais llamado Africa; y que tendria de particular que algunos marinos se dirigiesen á ese pais cuya existencia se sabe de antemano? ¿Pero quién puede decir si el Océano tiene otros continentes, ó si el cielo tiene otras tierras?

—Eso está muy bien dicho, Pedro, dijo otro marino, y yo apuesto que Sancho se ha de romper la cabeza para responderte.

—Eso está muy bien dicho para aquellos que, como las mugeres, menean la lengua sin saber lo que se dicen, repuso Sancho muy tranquilamente; pero todo ello no viene á ser mas que palabras huecas para doña Isabel y

para el almirante. Yo te diré, Pedro: tú que tienes trazas de haber andado tantas veces el camino de Palos á Moguer, ¿dudas acaso de que haya en él otro que conduce á Granada y á Sevilla? Es preciso que todo tenga un principio en este mundo, y este viage es el que dá principio á los viages al Cathay. Nos dirigimos allá por el Oeste, porque el camino es mas corto, y ademas tambien, porque no hay otro. Decídmelo, camaradas, ¿es acaso posible que un buque, sea cualquiera su porte y aparejo, pase por encima de los montes y de los valles de un continente, por supuesto con la ayuda de sus velas?

Un murmullo general determinó la imposibilidad del hecho.

—¿Pues bien! Echad una ojeada cualquier dia sobre la carta del almirante cuando la desarrolla delante de sí en la popa, y vereis que la tierra se estiende de un polo á otro por cada lado del Atlántico, lo cual hace imposible el navegar en cualquiera otra direccion que la que seguimos. Resulta, pues, que las ideas de Pedro son opuestas á la naturaleza.

—Esa es una verdad, Pedro, que deberia taparte la boca, exclamó otro marino; y nadie volvió á tomar la palabra para contradecirle.

Pero Pedro no era hombre que se dejaba tapar la boca así como quiera, y es probable que aun se hubiera hecho otra nueva réplica tan ingeniosa y concluyente como la observacion de Sancho si todos los que le rodeaban á la sazón no hubieran lanzado un grito general de horror y espanto. La noche estaba bastante clara para que pudiesen distinguirse los negros contornos del pico de Tenerife aun á la distancia en que se hallaban entonces, y precisamente en aquel mismo momento salió de su cráter una llamarada, que tan pronto iluminaba toda la montaña, como la sumía en la mayor oscuridad, convirtiéndose en un objeto misterioso y de terror. La mayor parte de los marinos se hincaron de rodillas, otros sacaban sus rosarios, y todos á una, como guiados de un movimiento instintivo hacia la señal de la cruz. Elevóse bien pronto un murmullo general, y al cabo de algunos minutos despertaron los que aun dormían y vinieron á reunirse con sus compañeros, que miraban consternados y llenos de susto aquel fenómeno. Decidieron, pues, en el acto llamar la atencion del almirante hácia aquel extraño acontecimiento, y Pedro fué elegido para dirigirle la palabra.

Durante todo este tiempo, Colon y los que le acompañaban habian permanecido sobre la popa, y como era de suponer, la erupcion del volcan no habia pasado desapercibida para ellos. Demasiado entendidos para alarmarse, estaban examinando los efectos de aquel fenómeno, cuando Pedro, seguido de casi toda la tripulacion, subió á la popa. Habiendo impuesto silencio, manifestó el objeto de su mision con un celo no poco aumentado por el miedo.

—Señor almirante, nosotros veniamos á suplicar á V. E. tenga á bien dirigir su vista hácia la cumbre de la isla de Tenerife, en donde todos hemos creído ver un aviso solemne del cielo para que no insistamos en navegar hácia un Océano desconocido. Ya es hora de que los hombres reconozcan su impotencia y lo que deben á la bondad divina al ver que las montañas vomitan fuego.

—¿Hay acaso entre vosotros alguno que haya navegado por el Mediterráneo ó visitado la isla que reconoce por dueño á don Fernando, el esposo de nuestra ilustre soberana? preguntó Colon con tono tranquilo.

—Yo he tenido esa doble honra, señor almirante, respondió Sancho, por mas indigno que de ella parezca: he visto la isla de Chipre, Alejandria, y hasta Stambul, donde reside el gran turco.

—En ese caso habrás visto tambien el Etna, otra montaña que de continuo está vomitando fuego, y eso en medio de un pais al cual parece sonreír la Providencia dispensándole una bondad mas que comun, en vez de mirarle con airado ceño, como parece que vosotros pensais.

Colon esplicó en seguida á su tripulacion las causas que daban origen á los volcanes, y apeló al testimonio de los oficiales que estaban con él para demostrar la exactitud y la verdad de su esplicacion; dijo que consideraba aquella erupcion como un suceso muy natural, y que si querian tomarla por un presagio, en todo caso seria un presagio favorable, puesto que la Providencia se mostraba dispuesta á iluminarles su camino durante la noche. Luis y los oficiales bajaron de la popa, mezcláronse entre la gente de la tripulacion y emplearon toda la fuerza de sus argumentos para calmar una alarma que en un principio amenazaba tener muy serias consecuencias. Por el pronto lograron su objeto, y quizá seria mas exacto decir que lo lograron por completo mientras que siguió la conversacion de la erupcion del volcan: pero es preciso confesar que los argumentos de los oficiales mas instruidos tuvieron para aquella gente menos fuerza que el testimonio de Sancho y el de otros dos ó tres marineros que habian presenciado escenas semejantes en otros paises.

He aquí los obstáculos contra que tuvo que luchar el hábil navegante despues del gran número de años perdidos en solicitar los insignificantes recursos á favor de los cuales preludiva al fin uno de los descubrimientos mas sublimes que jamás han coronado las empresas de los hombres.

Habiendo llegado, pues, á Gomera el 2 de setiembre, permanecieron aun allí algunos dias los tres buques con objeto de hacerles alguna recorrida, y para abastecerse antes de abandonar definitivamente los hogares de la civilizacion y lo que á la sazón podia considerarse como los limites del mundo conocido. En un siglo en que los medios de comunicacion escaseaban en estremo, que por regla general los sucesos se anunciaban ellos mismos, la llegada de una expedicion semejante habia producido una notable sensacion entre los habitantes de las islas en que tocaron nuestros aventureros. Colon era recibido en todas partes con los mayores honores, no solo con motivo de la clase á que habia sido elevado por ambos soberanos, sino tambien á causa de lo grande y romanesco de su empresa.

En todas las islas de aquellas aguas, Madera, las Azores, las Canarias, se habia esparcido una creencia general de que existia un continente hácia el Oeste. Aquella era una singular ilusion, comun á todos los habitantes, y el almirante tuvo ocasion de descubrirla en su segunda visita á Gomera. Una de las personas mas distinguidas que á la sazón se hallaba en aquella isla era doña Inés Peraza, madre del conde de Gomera. Concurrían á su casa no solo los naturales de las islas sino otra porcion de personas que venian á honrarla de diferentes puntos. Acogió, pues, á Colon de una manera enteramente conforme á su rango de almirante, y admitió en su sociedad á aquellos de sus compañeros que él la presentó como dignos de semejante honor, contándose, como era natural, en el número de éstos el supuesto Pedro Muñoz ó Pedro Gutierrez, como entonces le llamaba indiferentemente.

—Estoy contentísima, don Cristóbal, le dijo un dia doña Inés, de que SS. AA. hayan al fin accedido á vuestros deseos de resolver ese gran problema, no solo por nuestra santa Iglesia que, como decís, tiene no poco interés en vuestro buen éxito, por el honor de ambos soberanos, por las ventajas que la España debe reportar, y finalmente, por el sin número de importantes consideraciones de que hemos hablado en nuestras conversaciones, sino tambien á causa de los dignos habitantes de las islas Afortunadas, entre las cuales se conserva una tradicion relativa á la existencia de una tierra situada al Oeste, y la cual algunos de ellos creen haber visto alguna vez durante su vida.

—He oido hablar algo de eso, noble señora, y puesto que la conversacion ha recaído sobre un objeto que á todos nos interesa tanto, yo desearia poder adquirir algunos pormenores de boca de algun testigo ocular.

—En ese caso, señor, me atreveré á suplicar á esto digno caballero que nos sirva de intérprete y os refera lo que creen los habitantes de aquella isla y lo que se imaginan haber visto un gran número de ellos. Señor Dama, yo os ruego que tengais la bondad de poner al corriente al almirante de la manera singular con que todos los años se ve una tierra desconocida á gran distancia en el Atlántico.

—Con mucho gusto, doña Inés, y con doble mas por ser vos la que me lo suplicais, respondió el señor Dama, el cual, con esa eficacia que demuestran los aficionados á lo maravilloso cuando se les presenta una ocasion favorable de dar rienda suelta á su inclinacion favorita, se dispuso á empezar la relacion de aquella historia. El ilustre almirante habrá oido hablar probablemente de la isla de San Braudan, que se halla situada á ochenta ó cien leguas al Oeste de la isla de Hierro, que ha sido vista tantas veces, mas á la cual ningun navegante ha podido hasta ahora llegar, al menos en nuestros tiempos.

—He oido hablar á menudo de esa isla fabulosa, señor, repuso Colon con grave tono; pero tendreis la bondad de dispensarme si me atrevo á decir que jamás ha visto un marino tierra alguna á la que no haya conseguido llegar.

—Dispeusad, noble almirante, exclamaron á un tiempo una docena de voces, entre ellas la de doña Inés; lo que es que esa isla se ha visto, eso lo saben la mayor parte de los presentes, y en cuanto á no haber podido jamás llegar á ella, es cosa que pueden atestiguar un gran número de pilotos desengañados.

—Lo que se ha visto, se conoce, y lo que se conoce puede describirse, replicó Colon con aire resuelto. Que se me indique bajo qué meridiano ó qué paralela está situada esa isla de San Braudan ó de San Baraudon, y en el término de una semana yo sabré positivamente si existe.

—Yo no entiendo de meridianos ni de paralelas, don Cristóbal, dijo el señor Dama, pero tengo alguna idea de las cosas visibles. He visto diferentes veces esa isla mas ó menos distantemente; la he visto bajo una atmósfera sumamente tranquila y tambien en circunstancias en que no era posible equivocarse acerca de su forma y dimensiones. Recuerdo asimismo haber visto cierta tarde ocultarse el sol tras de una de sus montañas.

—Eso es un testimonio muy directo, y de tal naturaleza, que debe ser respetado por un navegante. Mas á pesar de todo, señor, yo creo que lo que habeis visto ha sido tan solo efecto de una ilusion atmosférica.

—¡Imposible! ¡Imposible! exclamaron muchas voces como en coro; un sin número de personas ven todos los años la isla de San Braudan aparecer y desaparecer en seguida de un modo tan repentino como maravilloso.

—Pues en eso mismo consiste vuestro error, nobles señoras y cumplidos caballeros. El pico de Tenerife se está viendo durante todo el año, y si alguno quisiera hacer un crucero de unas cien leguas al Norte ó al Sud, al Este ó al Oeste de otras montañas, continuará viéndolo diariamente, excepto aquellos que el estado de la atmósfera no se lo permitiera. La tierra que Dios ha criado fija permanecerá inmóvil eternamente, á menos que no la arranque del sitio que ocupa alguna gran convulsion igualmente dispuesta por las leyes de la Divina Providencia.

—Todo no podrá ser cierto, señor, y sin duda lo espero, toda regla tiene escepcion. No negareis que Dios no gobierna el mundo por medios misteriosos, y que sus fines están siempre de manifiesto á los ojos de los hombres. Si fuese de otro modo, ¿cómo hubieran sido los moros dueños de España durante tan largo tiempo? ¿Cómo están los infieles en este mismo momento en posesion del santo sepulcro? ¿Cómo nuestros soberanos han permanecido por tantos años sordos á vuestras súplicas y peticiones para que se os permitiese llevar la cruz y sus pendones al Cathay, á donde al fin os dirigis en la actualidad? ¿Quién sabe si esas apariciones de la isla de



San Braudan son acaso una señal para inspirar ánimo á algun hombre, tal como vos, que se halla decidido á ejecutar designios aun mucho mayores que el llegar á aquel punto?

Colon era entusiasta por naturaleza; mas aquel entusiasmo tenía su origen en los misterios reconocidos de la religion, y en las cosas incomprensibles no buscaba otra razon para creerlas que la que las atribuye al ejercicio de una sabiduría infinita. Como la mayor parte de sus contemporáneos, él daba crédito á los milagros modernos, y tenía fé en la eficacia de las ofrendas, de las penitencias y de las oraciones dirigidas á los santos con aquella confianza que caracterizaba á su siglo, y sobre todo á su profesion; pero su vatouil inteligencia rechazaba el dar crédito á los prodigios que solo tenían por base una vulgar credulidad, y si bien estaba persuadido de ser elegido por el cielo para dar cima á la grande obra á que se habia consagrado, no estaba en manera alguna dispuesto á creer que haciendo aparecer una isla por la parte del Oeste, Dios quisiese atraer á los navegantes hacia aquel rumbo para conducirlos hasta las mas remotas comarcas del Cathay.

—Que yo tenga la conviccion de que la Divina Providencia me ha escogido por su humilde instrumento para hacerme mas fáciles las comunicaciones entre Europa y Asia por medio de un viage en derechura, lo confieso con orgullo, respondió el almirante con grave tono, si bien sus ojos brillaban con el ardor del entusiasmo; pero siempre tendré por una debilidad el creer que esa misma Providencia haya querido hacer uso de prodigios ni milagros para guiarme y señalarme el camino. Es mucho mas conforme con la marcha eterna de la divina sabiduría, y ciertamente mucho mas lisongeró para mi amor propio que los medios puestos á mi disposicion sean los que usarian un piloto prudente ó el mas esperimentado filósofo. He meditado por espacio de muchos años; he hecho cuantos estudios, cuantas observaciones podian ilustrar mi razon: en una palabra, la ciencia es la que me ha proporcionado toda la conviccion necesaria para hacerme buscar los medios de llevar á cabo mi proyecto y para inducir á otras personas á que se me uniesen en esta empresa.

¿Y todos los que os acompañan, noble almirante, participan de esa misma conviccion? preguntó doña Inés echando una mirada hacia Luis, cuya graciosa presencia y aire marcial habian hecho una impresion favorable en la mayor parte de las damas de aquella isla. El señor Gutierrez se ha ilustrado tambien como vos? Ha consagrado sus noches al estudio con el objeto de ir á llevar la cruz á un pais de infieles, y á procurar que se establezcan relaciones entre Castilla y el Cathay?

—El señor Gutierrez es un voluntario en esta expedicion, señora. En cuanto á los motivos que tenga para haberla emprendido, esos á él solo toca explicarlos.

—Siendo asi, á él será á quien me dirija para obtener una contestacion á mi pregunta, porque estas damas desean saber qué motivo ha podido obligar á tomar parte en esta expedicion á un jóven que seria muy feliz en la corte de doña Isabel y tendria grande éxito en la guerra contra los moros.

—La guerra contra los moros ha terminado ya, señora, respondió Luis sonriendo, y doña Isabel y todas las damas de su corte miran con la mayor predileccion á un jóven que demuestra deseos de servir á los intereses y al honor de Castilla. Entiendo muy poco de filosofia y mucho menos de teologia; mas á pesar de eso, creo ver el Cathay brillar á mis ojos como un astro celeste, y estoy dispuesto á arriesgar mi alma y mi vida para encontrarle.

Las hermosas damas que le escuchaban lanzaron exclamaciones de admiracion, porque el valor arranca fácilmente aplausos cuando se presenta apoyado de las dotes exteriores con que la naturaleza habia favorecido al jóven Luis. Que Colon, veterano en el Océano, se decidiese á arriesgar una vida que ya se iba adelantando

hacia su fin, y se lanzase á una tentativa temeraria para descubrir los misterios del Atlántico, esto no parecia tan digno de elogio ni tan atrevido; pero se descubrian cualidades muy de mérito en el carácter de un jóven cuya carrera empezaba apenas bajo auspicios al parecer tan lisonjeros, y que colocaba á todas sus esperanzas en las inciertas probabilidades del éxito de un proyecto tan extraordinario. Gozaba don Luis completamente de la admiracion que su audacia habia causado á la mayor parte de aquellas hermosas damas, cuando doña Inés vino en mal hora á interrumpir aquella dicha hiriéndole en su amor propio.

—Eso es tener sentimientos mas bizarros, dijo, que los que en unas cartas que acabo de recibir de Sevilla se atribuyen á un jóven que pertenece, sin embargo, á una de las mas nobles familias de Castilla, y cuyos títulos solamente deberian inducirle á dar nuevo lustre á un nombre del cual por largo tiempo se ha envanecido aquel pais. Aseguran, ademas, que es muy aficionado á correr mundo, pero de un modo poco conveniente á su clase, y que no puede ser útil ni á sus soberanos, ni á su patria, ni á si mismo.

—¿Y quién puede ser ese mal aconsejado jóven? preguntó Luis vivamente, demasiado envanecido por la admiracion que habia inspirado para poderse presumir la respuesta que iba á darle: á un caballero, del cual se habla de ese modo, debe advertirse de la reputacion que ha adquirido para escitarle á acometer empresas que sean mas dignas de él.

—Su nombre no es un secreto, pues en la corte se habla públicamente de su conducta singular y poco prudente, y aun dicen tambien si eso mismo le ha ocasionado algun contratiempo amoroso; pues este caballero no es nada menos que don Luis de Bobadilla, conde de Llera.

Dice un refrán que el que escucha su mal oye, y Luis estaba seguramente destinado á reconocer la verdad de semejante axioma. La sangre toda se le arrebató al rostro, y le fué preciso hacer un grande esfuerzo sobre si mismo para no soltar alguna exclamacion que le hubiese tal vez vendido. Conteniendo con pena las palabras prontas á escaparse de sus labios, miraba con arrogancia alrededor de si como para observar si alguno se atrevia á aplaudir, aunque no fuera mas que por medio de una sonrisa, lo que acababa de decirse. Por fortuna hallábanse todos en aquel momento agrupados en torno de Colon discutiendo con calor la cuestion de la existencia probable de la isla de San Braudan. Luis por consiguiente no pudo sorprender ninguna sonrisa, lo cual le hubiera proporcionado ocasion de armar quimera con cualquiera persona de la sociedad que hubiera tenido pelo de barba. Mas he aquí que por esos secretos impulsos que obran á veces en el corazon de la muger, una de las lindas amigas de doña Inés tomó la palabra, contribuyendo de una manera eficaz á calmar la agitacion que dominaba á nuestro héroe.

—Es cierto, señora, dijo la jóven y linda abogada, cuya dulce voz apaciguó en el instante la tempestad que rugia en el seno del jóven, es cierto, señora, que segun dicen, le gusta á don Luis el correr mundo, y que tiene gustos y costumbres algo frivolas; pero tambien aseguran que tiene un corazon excelente, que es generoso como el rocío del cielo, que es la mejor lanza de toda Castilla, y que obtendrá probablemente la mano mas linda de todo el reino.

—¡Ah! señor Gutierrez, dijo sonriéndose doña Inés, mientras que la juventud y la belleza hagan mas caso del valor, de las hazañas y de la liberalidad que de las virtudes mas modestas que nos ordena nuestra religion, virtudes que sus ministros procuran inculcarnos con tanto celo, en vano será que los sacerdotes se censan en predicar ni que los padres reprendan á sus hijos. Arrojar de la silla á un caballero ó dos en un torneo: rehacer un escuadron desornado por una carga de los infieles, eso vale mas que largos años de prudencia y que semanas enteras pasadas entre penitencias y oraciones.

—¿Cómo podemos nosotros saber, señora, si el caballero de que habláis ha tenido también sus semanas de penitencia y sus horas de oración? preguntó don Luis, ya recobrado el uso de la voz. Si ha tenido la suerte de encontrar un confesor concienzudo, no puede menos de haber sido así, pues la oración se manda muchas veces como penitencia. El á la verdad parece ser un miserable, y no me estraña que su amante haga tan poco caso de él. ¿Pero el nombre de esa dama se dice también en esa carta?

—Sí, señor. Se llama doña María de las Mercedes de Valverde, que es muy cercana parienta de los Guzmanes y de otras ilustres casas, y que es tenida además por una de las primeras bellezas de España.

—Y con razón, exclamó Luis, y es asimismo tan virtuosa como bella, y tan prudente como virtuosa.

—¿Mas cómo, señor! ¿Tanto conocéis á esa dama para que habléis así de su hermosura y de sus demás cualidades?

—La he visto, y por lo tanto puedo juzgar de su belleza. En cuanto á sus cualidades, hablo por lo que he oído decir. ¿Pero, y no os dice vuestra correspondal, señora, qué ha sido de su torpe amante?

—Dícese que ha abandonado otra vez mas la España, y aun suponen que al marchar ha llevado sobre sí el sentimiento de haber caído en desgracia con ambos soberanos, puesto que se ha notado que la reina jamás pronuncia su nombre. Nadie sabe á dónde se ha dirigido, pero nadie duda que se habrá embarcado y que andará buscando nobles aventuras por los puertos de Levante.

La conversacion cambió de objeto, y á poco rato el almirante y los que le acompañaban se retiraron para volver á bordo de sus buques respectivos.

—A la verdad, don Cristóbal, dijo Luis caminando hácia la playa solo ya con el célebre navegante, que muchas veces se adquiere fama sin saber uno una palabra. Aunque soy muy mal marino y mucho peor piloto, veo que mis zafañas en el Océano hacen ya ruido en el mundo. Si V. E. llega á ganar con esta expedicion tan solo la mitad de la reputacion de que yo gozo ya, puede creerse seguramente que vuestro nombre no será olvidado por la posteridad.

—Todas las acciones de los grandes son una página mas para su historia, Luis, repuso el almirante, y casi nada pueden hacer que permanezca oculto ó escape á las observaciones del mundo. Este es un tributo que rinden á su elevada clase.

—Tanto valdria, señor, echar á un mismo tiempo en la balanza las murmuraciones, las calumnias y las falsedades, pues es preciso añadir todo esto á vuestra lista. ¿No es una cosa bien original por cierto que un jóven no pueda viajar por los diferentes países estrangeros para aumentar sus conocimientos y perfeccionar sus talentos sin que todas las comadres de Castilla llenen sus cartas á las comadres de Canarias de habladurias sobre su modo de proceder y sus desciertos? ¿Por los mártires del Oriente! Si yo fuese reina de Castilla habia de publicar una ley que prohibiese escribir acerca de lo que hiciesen los demas, y no sé si también daria otra prohibiendo á las mugeres escribir cartas.

—Y entonces, señor Muñoz, no tendríais nunca el placer de recibir una epistola escrita por la mas linda mano de toda Castilla.

—No, yo me refiero solo á la correspondencia epistolar de muger á muger, señor. Por lo que hace á las cartas escritas por nobles doncellas para dar consuelos al corazon y animar el valor de sus caballeros, esas no puede negarse que son muy útiles, y ojalá que todos los santos desoigan las súplicas del descreído que tratase de prohibirlas ó interceptarlas. No, señor, yo me vanaglorio de que mis viajes me hayan creado un alma liberal, sobreponiéndome á las mezquinas preocupaciones de los pueblos de provincia, y me hallo muy lejos de querer prohibir las cartas de una dama á su caballero, de una madre á su hijo, y aun las de una muger á su marido.

Pero con respecto á las epistolas de una comadre á otra, con vuestro permiso, mi almirante, las detesto del mismo modo que el diablo detesta nuestra expedicion.

—Y no le falta razon para detestarla, repuso Colon, puesto que la luz de la revelacion y el triunfo de la Cruz están intimamente unidos á ella. —¿Pero qué es lo que quieréis, buen amigo? Parece que estás aguardándome para desahogar tu corazon de algun peso que le oprime. Tú eres Sancho Mundo, sino me engaña mi memoria.

—Señor almirante, vuestra memoria no os engaña. Yo soy Sancho Mundo, como dice V. E., y también me llamo á veces Sancho el de la puerta del astillero. Deseo hablaros un buen rato acerca del mejor éxito de nuestro viage, cuando tengais un momento para escucharme, noble señor, y cuando no se halle cerca de vos persona alguna de quien podais desconfiar.

—Puedes hablar ahora mismo con libertad: este caballero es mi secretario y de mi entera confianza.

—No creo necesario instruir á un piloto tan entendido como vos de quién es el rey de Portugal y en qué se han ocupado los marinos de Lisboa desde hace bastantes años, puesto que sabeis esto mejor que yo. Solo añadiré que ellos descubren cuantas tierras desconocidas pueden con objeto de apoderarse de ellas, y que procuran, por cuantos medios se hallan en su mano, impedir que los demas hagan otro tanto.

—Don Juan de Portugal es un príncipe instruido, buen amigo: y tú debias hablar de él con el respeto que conviene á su clase y á su carácter. S. A. es un soberano liberal, y ha hecho salir de sus puertos muy nobles expediciones.

—Sí, señor, y esta última por cierto no es la menos importante por sus designios ó intenciones, repuso Sancho mirando al almirante con aire de ironía, que daba á entender que el muy bellaco sabia cosas que no queria revelar sino con todo conocimiento.

—Nadie duda que don Juan se halla muy dispuesto á hacer salir expediciones.

—Vamos, tú has sabido alguna noticia que conviene que yo sepa, Sancho. Habla con franqueza, y cuenta que yo sabré pagar un servicio de tal importancia por el precio que merezca.

—Si V. E. quisiera tener la paciencia de escucharme, yo le contaria la historia con todos sus pelos y señales, y sin omitir la mas mínima circunstancia, en fin, de modo que os enteréis de todos los pormenores tan minuciosamente como desearia un sacerdote en el confesonario.

—Habla, que nadie te interrumpirá, y la recompensa será proporcionada á tu franqueza.

—Y bien, señor almirante, es preciso que sepais que haré como unos once años hice yo un viage desde Palos á Sicilia á bordo de una carabela que pertenecia á la familia Pinzon: no hablo de Martin Alonso que manda la *Pinta* bajo las órdenes de V. E., sino de un pariente de su difunto padre, que hacia construir algo mejores embarcaciones que estas que se hacen ahora en estos tiempos de las cuerdas podridas y de las malas estopas para calafatear; pues no digo nada de la manera con que las velas...

—Amigo Sancho, exclamó Luis con la mayor impaciencia ó picado todavía por las observaciones de la correspondal de doña Inés: tú te olvidas de que llega la noche y de que el conyoy aguarda al almirante.

—¿Cómo he de olvidarme de eso, señor, si estoy viendo el sol que baja á ocultarse en el mar, y que además yo mismo formo parte de la tripulacion de la lancha, la cual he dejado para venir á informar al señor almirante de cuanto tengo que decirle?

—Os suplico, señor Muñoz, dijo Colon, que le dejéis contar la historia á su manera. No se gana nada con hacer perder su rumbo á un marino.

—Cierto, Excmo. señor, ni en dar coces contra el aguillon. Así, pues, como iba diciendo, hice un viage á Sicilia, y habia entre mis camaradas uno llamado José Gordo, portugués de nacimiento, pero que preferia los



vinos españoles á los adulterados de su país, y esta era la razón porque servía mas á menudo á bordo de buques españoles. Lo que yo no pude averiguar jamás completamente sí, en lo íntimo de su corazón, era José portugués ó español; lo único que sí llegué á saber de cierto es que era muy mal cristiano.

—Debemos esperar que habrá cambiado en ese particular, dijo Colon con calma; pero como yo me figuro que lo que tú vas á decirme estará basado en el testimonio de ese José, debo decirte que un mal cristiano es para mí un mal testigo. Dinos, pues, brevemente lo que él te comunicó á fin de que yo pueda juzgar por mí mismo qué valor puedan tener sus dichos.

—¡Pues bien! El que dude que V. E. ha de descubrir el Cathay es un hereje, puesto que habeis descubierto mi secreto sin que yo haya dicho una palabra acerca de él.—José acaba de llegar á bordo de la falúa que ha anclado á la inmediación de la *Santa Maria*, y habiendo sabido que íbamos de expedición y que un tal Sancho Mundo era uno de los de la tripulación, ha venido á bordo de nuestro buque por ver á su antiguo camarada.

—Todo eso, Sancho, me es tan indiferente, que me sorprende que te tomes la molestia de contarlo; pero ahora que le tenemos ya á bordo de la *Santa Maria* podremos ya llegar sin mas tardanza á saber lo que te ha dicho.

—Sí, señor, sin duda alguna; y por lo tanto sin gastar muchos rodeos os diré qué lo que me ha contado tiene relación con don Juan de Portugal, con don Fernando de Aragón, con doña Isabel de Castilla, con V. E., señor almirante, con el señor Muñoz, que está presente, y conmigo mismo.

—Pues es una estraña mescolanza, exclamó don Luis riendo.

Y deslizado entre la mano del marino una moneda de ocho reales, añadió:

—Esto te ayudará quizá á abreviar algo la historia en que figuran tan variados personajes.

—Otra moneda, señor mío, haría que la pieza terminase de repente: y á decir verdad, José me aguarda tras de esta tapia, y como él me ha dicho que su noticia bien valdria un doblon, no debe saberle nada bien el que yo haya ya recibido mi parte, y él todavia no haya visto la suya.

—Toma para tranquilizarle, dijo Colon poniendo un doblon en la mano de aquel tunante, el cual por sus ademanes hacia creer que tenia en realidad que anunciarle alguna noticia de importancia; pero llama á José en tu ayuda y haz que él se encargue de contar el cuento.

Obedeció Sancho, y en un instante apareció José, recibió el doblon, le pesó en la estremidad de su dedo, le puso en su bolsillo y dió principio á su narración. Este no echó mano de circunloquios como el redomado Sancho, sino que lo refirió todo claramente, y cuando ya nada le quedaba por decir se calló.

En pocas palabras puede reasumirse lo que dijo: José venia de la isla de Hierro y habia visto tres carabelas armadas, con pabellon portugués, cruzar por las cercanías de aquellas islas, lo cual no dejaba duda de que su objeto era interceptar la expedición castellana. Como José, en apoyo de sus palabras, habia citado á dos pasajeros de la falúa que habian desembarcado en Gomera, Colon y Luis trataron de buscarlos sobre la marcha para ver qué podian sacar de ellos con relación á aquel asunto, y el resultado de esta entrevista vino á probar que José no habia dicho mas que la verdad.

—Entre todas las dificultades y obstáculos que se nos han presentado, Luis, dijo Colon mientras que daban la vuelta hácia la playa, esta circunstancia es la que me parece mas grave. Esos pérfidos portugueses pueden quizás detenernos aqui ó tal vez seguirnos en nuestro viage para robarnos los laureles que habremos merecido, y veremos usurpar de ese modo, ó por lo menos disputarnos, todas las ventajas tan justamente debidas á nues-

tras fatigas y á los riesgos que habremos arrojado á unos hombres que no han tenido ni conocimiento ni ánimo suficiente para intentar esta empresa cuando yo se la habe propuesto.

—Don Juan de Portugal habrá enviado para acometer esta grande hazaña caballeros mucho mas valientes que los moros de Granada, dijo don Luis, que profesaba un desden muy español á sus vecinos de la peninsula. Dicen que es un príncipe entendido y valiente; pero la comisión y la bandera de la reina de Castilla no han de ser despreciadas, y mucho menos aqui, en unas islas que pertenecen á su corona.

—No contamos con fuerza suficiente para resistir á las que probablemente han sido enviadas contra nosotros. Los portugueses deben saber el número y porte de nuestros buques, y ellos habrán adoptado sin duda alguna todas las medidas oportunas para conseguir su objeto, sea el que fuere. ¡Ah, Luis, qué suerte tan cruel la mia, á pesar de que confio de que el desenlace me ha de ser propicio! Por espacio de largos años he rogado á los portugueses que emprendiesen este viage y que tratasen de llevar á cabo con honra lo que la reina Isabel acaba de principiar tan gloriosamente. ¡Pero escucharon con la mayor indiferencia mis argumentos y mis súplicas, y hasta los rechazaron con burla y con desden y apenas yo comienzo á poner en planta esos mismos proyectos, de que tantas veces se han burlado, tratan ya de desbaratarlos valiéndose de la violencia y de la traición.

—¡Noble almirante, moriremos todos antes que eso suceda!

—Nuestra única esperanza consiste en hacernos cuanto antes á la vela. Gracias al celo y eficacia de Martin Alonso, la *Pinta* se halla ya en estado de emprender la marcha, y podremos abandonar á Gomera mañana al salir el sol. Dudo mucho que ellos lleven su atrevimiento hasta seguirnos por los ignorados desiertos del Atlántico sin mas guía que sus escasos conocimientos; así que partiremos sin falta al rayar el dia. Lo que mas importa es poder abandonar las Canarias sin que nadie sepa una palabra.

En esto llegaron al canal, y á poco rato se hallaron á bordo de la *Santa Maria*. Ya las cimas de los montes de las islas aparecian como sombras en la atmósfera, y pocos minutos despues las carabelas se mostraron como unos puntos negros, cuya forma no podia distinguirse en medio del agitado elemento que azotaba sus costados.

## CAPITULO XVI.

Las ideas que ocupaban á nuestros aventureros durante la siguiente noche distaban considerablemente unas de otras. Apenas Sancho hubo recibido su recompensa, no tuvo reparo en ir contando cuanto sabia á todo aquel que quiso escucharle, y mucho tiempo antes de que Colon volviese á bordo, la noticia corria de boca en boca, y toda la escuadrilla estaba enterada de los designios de los portugueses. Semejante rumor hizo concebir á muchos marineros la esperanza de que los que andaban en persecucion de la flota lograrían tal vez frustrar la expedición, pues todo les parecia preferible á la suerte que con aquel viage les amenazaba. Pero para que se vea el efecto de la rivalidad, la mayor parte de los que componian las tripulaciones aguardaba con ansia el momento de darse á la vela, aunque no fuera mas que por hacer alarde de la superioridad de sus buques.

Colon era presa de la mas viva inquietud, pues hubiérase dicho que despues de tantos sufrimientos y retardos, la fortuna trataba de arrancarle la copa de las manos en el mismo instante de llegarla á sus labios. Pasó, pues, la noche en la ansiedad mas cruel, y al dia siguiente fué el primero que se levantó.

Todo el mundo estuvo puntual al romper el dia, y como los preparativos quedaron terminados la noche an-

terior, apenas salió el sol, los tres buques se dieron á la vela, marchando la *Pinta* la primera, segun costumbre. Hacia muy escaso viento, y la flotilla apenas hacia surco suficiente para poder dirigirse; mas los momentos eran preciosos, y dirigió por fin su rumbo hácia el Oeste. Durante la mañana, pasó una carabela á corta distancia de la flotilla española, despues de haber estado á la vista por espacio de muchas horas, y el almirante la habló con la bocina. Era procedente de la isla de Hierro, y habia seguido siempre sobre poco mas ó menos el mismo rumbo que Colón se proponia seguir mientras permaneciese en lo mas conocido del Atlántico.

—¿Traeis noticias de la isla de Hierro? preguntó Colón mientras que la embarcacion pasaba lentamente al nivel de la *Santa Maria*, pues ambos buques no hacian mas de una milla por hora. ¿Ocorre algo de interés por aquella parte?

—¿Es acaso á don Cristóbal Colón, el genovés, colmado de honores por SS. AA., á quien debo responder? Si así fuese, diria con doble gusto lo que he visto y oido, señor.

—Soy ese mismo don Cristóbal, nombrado por SS. AA. almirante y virey de los mares y tierras que llegue á descubrir, y genovés de nacimiento, como acabais de decir, aunque castellano por deber y por amor á la reina.

—En ese caso, noble almirante, puedo deciros que los portugueses doblegan la mayor actividad, pues tres de sus carabelas se hallan en este momento á la altura de la isla de Hierro con esperanza de frustrar vuestra expedicion.

—¿Cómo sabeis eso? ¿Qué razones existen para suponer que los portugueses se atrevan á enviar sus carabelas para molestar á los marineros que navegan como oficiales de Isabel la Católica? ¿Pues sin duda sabeis que el Santo Padre ha concedido este título á ambos soberanos, como recompensa del servicio que han prestado á la Iglesia arrojando á los muros de toda la cristiandad?

—Eso se decia en las islas, señor; pero á los portugueses no se les importará maldita la cosa semejante circunstancia, si ellos se persuaden que su oro peligrará. Al salir de la isla de Hierro me he dirigido á las referidas carabelas, y me he convencido de que no se les hace injusticia alguna concediéndolas las intenciones de que acabo de hablarlos.

—¿Están armadas? ¿Pretenden acaso tener el derecho de oponerse á nuestro viage?

—Nada nos han dicho los portugueses que pueda hacer creer que abriguen aquella intencion: solo nos han preguntado, así como burlándose, si llevábamos á nuestro bordo al ilustre don Cristóbal Colón, el gran virey del Este. En cuanto á aprestos de guerra, llevaban una porcion de bombardas y soldados armados de cascos y corazas. Yo creo que no habrán quedado tantos soldados en las Azores como los que han salido para esa expedicion.

—¿Se mantienen sobre las costas de la isla, ó se adelantan por alta mar?

—Por la mañana se engolfan y adelantan hácia el Oeste, señor, y por la tarde se retiran hácia tierra. Creed á un antiguo piloto, don Cristóbal: esos galopos no son capaces de hacer nada bueno.

Apenas pudo ya percibirse esta última respuesta, porque las carabelas se iban alejando una de otra durante aquella corta conversacion.

—¿Creceréis acaso don Cristóbal, que el nombre castellano podrá sufrir que esos perros de portugueses se atrevan á hacer semejante insulto al pabellon de la reina?

—Yo no temo á la verdad que usen de la fuerza, sino es acaso para detenernos bajo cualquier pretexto insidioso, lo cual en estos momentos seria para mí mas cruel que la misma muerte. Pero lo que yo mas temo es que estas carabelas, con pretexto de proteger los derechos de don Juan, hayan recibido orden de seguirnos hasta el

Cathay, en cuyo caso nos disputarian el mérito del descubrimiento, y el honor que nos cabria solo seria á medias. Es preciso, pues, á todo trance apartarnos de los portugueses, y al efecto es mi idea que nos dirijamos hácia el Oeste, mas sin acercarnos á la isla de Hierro sino es lo absolutamente indispensable.

A pesar de la impaciencia que á la sazón experimentaban tanto el almirante como la mayor parte de los que componian la tripulacion, los elementos parecian oponerse á que salieran de las Canarias para entrar en el grande Océano. El viento fué cesando poco á poco, á lo cual siguió una gran calma; recogiéronse las velas, quedando inmóviles los tres buques, únicamente balanceados por las olas, que tan pronto hacian sepultar sus costados en las aguas como los levantaban sobre su superficie.

Los marineros se pusieron á rezar en voz baja algunos *Pater noster* y *Ave Marias*, é hicieron varios votos para lo futuro con objeto de lograr un poco de viento. De rato en rato parecia que la Providencia queria mostrarse favorable, porque sentian la brisa soplar en sus megillas, y cuando iban á desplegar las velas con esperanza de avanzar, solo experimentaban un nuevo desengaño. Por último, todos convinieron á bordó que reinaba tan completa calma, que no quedaba mas recurso que aguardar que terminase, armándose de paciencia. Entrada ya la noche, levantóse un ligero viento, y por espacio de algunas horas oyóse el ruido que hacia el agua al deslizarse á lo largo de los buques, mas era tan escaso aquel, que no bastaba para navegar. Pero hácia la media noche aquel movimiento casi imperceptible cesó tambien de repente, volviendo las tres embarcaciones á ser mecidas con negligencia por la marejada que los vientos traian desde la vasta estension del Océano Occidental.

Cuando amaneció hallóse el almirante entre Gomera y Tenerife, cuyo elevado pico estendia su sombra, como si fuese la de un planeta, á grande distancia sobre la superficie de las aguas; que por una débil imitacion reflejaban hasta la misma punta. Colón temió entonces que los portugueses enviasen sus lanchas, ó tal vez hiciesen adelantar alguna ligera falua, con ayuda de sus grandes remos, para descubrir su posicion, y dió orden muy prudentemente de cargar las velas á fin de ocultar sus buques cuanto fuese posible á las miradas de los que andaban en su busca. Era el 7 de setiembre, y la célebre expedicion se hallaba en aquel estado despues de trascurridas cinco semanas, dia por dia, desde su salida de España, pues aquella malhadada calma ocurrió tambien en viernes, que fué el día de la semana en que se dieron á la vela.

La práctica tiene acreditado que en la mar no hay otro recurso contra una calma de aquella especie mas que la paciencia, y Colón, como navegante, tenia sobrada experiencia para desconocer semejante verdad: así es que despues de tomadas las precauciones de que acabamos de hablar, tanto él como los pilotos que iban á sus órdenes adoptaron cuantas medidas fueron indispensables para sostener la confianza. Sacáronse de sus estuches los pocos instrumentos náuticos conocidos hasta entonces con el doble objeto de revisar si se hallaban en buen estado y de ponerlos de manifiesto á la vista de los marineros á fin de aumentar su respeto hácia los oficiales haciéndoles concebir mas confianza en su saber. El almirante tenia ya adquirida una gran reputacion entre sus tripulaciones con solo el hecho de que al aproximarse á Canarias sus cálculos sobre la situacion que ocupaban los tres buques habian resultado mas exactos que los de todos los demas pilotos; así es que cuando sus marineros le vieron examinar sus brújulas, despues el instrumento de que entonces se servian, y que ha sido en nuestros dias sustituido por el sextante, no pudieron menos de fijar en todos sus movimientos unas miradas en las que se pintaba la admiracion y la curiosidad, expresando tambien algunos abiertamente la confianza que sus talentos les inspiraban y la certidumbre que tenían



de que era capaz y bastante entendido para dirigirse á donde le diese la gana, al paso que otros dejaban entrever ese prurito de criticar, que generalmente acompaña á la preocupacion, á la ignorancia y á la maldad.

Don Luis no habia podido comprender jamás los misterios de la navegacion: su noble ánimo parecia que rechazaba la ciencia como un género de talento que no se avenia ni con sus gustos ni con sus necesidades. No carecia por esto de inteligencia, y entre los señores de su edad ninguno lucia tanto como él por la clase de conocimientos que en aquella época eran el objeto de los estudios entre los hombres de mundo. Por fortuna tenia la mas completa confianza en el talento del almirante, y como ademas él no abrigaba ningun temor por sí mismo, no contaba Colon entre todos sus compañeros con otro alguno tan ciegamente decidido en su favor.

El hombre, con toda su inteligencia, su buen juicio y su filosofía tan decantada, es la victima de su imaginacion y de su ignorancia, asi como de las intrigas y de la astucia de los demas hombres. Aun cuando él cree guardar la mayor vigilancia y circunspeccion, se deja engañar por las apariencias con tanta facilidad, como se deja tambien guiar por los hechos y por su discernimiento: por lo tanto, la mitad de los que contemplaban á Colon entregado á sus importantes cálculos, quizás atribuirian á las inducciones sacadas de su propia ciencia la renovacion de su confianza en él mientras que solo eran deudores de semejante sentimiento á la impresion que aquel espectáculo producía en sus sentidos, sin iluminar en lo mas mínimo su inteligencia.

De este modo trascurrió el dia 7 de setiembre. La noche halló todavía á la escuadrilla, ó sea flota, segun el pomposo lenguaje de aquellos tiempos, fija en medio de las aguas entre Tenerife y Gomera. La mañana del dia siguiente en nada varió aquella situacion, pues un sol abrasador, cuyo fuego no templaba el mas mínimo soplo de viento, arrojaba sus encendidos rayos sobre la superficie del mar, brillante como plata derretida. El almirante hizo subir á algunos marineros á lo mas elevado de los mástiles, y cuando hubo adquirido la conviccion de que ningun buque portugués se percibia, sintióse mas animado, no dudando ya de modo alguno que los que iban en su seguimiento se hallaban detenidos por igual calma al Oeste de la isla de Hierro.

Despues de haber echado su siesta, don Luis subió á la popa, en donde Colon estaba ya hacia muchas horas examinando el horizonte y el firmamento.

—Por todas las esperanzas de los marineros, don Cristóbal, dijo Luis, no parece sino que todos los demonios se han conjurado contra nosotros. Ha tres dias que reina esta calma y que tenemos delante de nuestros ojos á ese pico de Tenerife, semejante á una columna millaria colocada ahí para que se enteren las ballenas y los delfines de cuántas millas andan en una hora. Si fuéramos á creer en presagios, podríamos imaginarnos que los santos no quieren que partamos, á pesar de ser la religion uno de los objetos de nuestro viaje.

—No debemos, sin embargo, mirar como un presagio lo que es tan solo consecuencia de las leyes de la naturaleza, repuso gravemente el almirante. Pronto tendrá fin esta calma, pues veo irse reuniendo en la atmósfera ciertos vapores que nos anuncian un viento del Este, y el movimiento que experimenta esta embarcacion os dá á entender que los vientos no han estado ociosos á alguna distancia por la parte de Oeste. Maese piloto, añadió dirigiéndose al oficial de cuarto, creo que debeis ir largando las velas y preparándolo todo para aprovechar la brisa favorable, pues no hemos de tardar mucho en tener un buen viento Nordeste.

Esta prediccion se vió cumplida al cabo de una hora, poco mas ó menos, y las tres embarcaciones pudieron al fin seguir su rumbo; pero la brisa contrariaba la marcha casi tanto como la calma, pues recibiendo la ola de frente y siendo muy tenue el viento, no podian avanzar sino con gran lentitud.

No cesaban, sin embargo, de observar si aparecian las carabelas portuguesas, aunque ya eran menos de temer que anteriormente, pues se las suponía á una distancia considerable impelidas por el viento. Colon y sus diestros ayudantes, los hermanos Pinzon, Martin Alonso y Vicente Yañez, que mandaban la *Pinta* y la *Niña*, se valian para adelantar algo de cuantos medios podia sugerirles su dilatada esperiencia. Mas á pesar de todo, la marcha era no tan solo leuta, sino penosa, pues cada empuje que daba la brisa chocaba la proa contra las olas con una violencia que amenazaba ser funesta para los palos y para los aparejos. Era tal la lentitud con que se navegaba, que era necesario todo el buen juicio y el tacto de Colon para notar que el cono formado por el pico de Tenerife parecia no irse ocultando sino pulgada á pulgada. La supersticion de los marineros iba creciendo mas que nunca, y muchos de ellos principiaban á quejarse en voz baja de que los elementos se declaraban contra aquel viaje, y que por mas adelantado que ya se hallase, haria bien el almirante en no despreciar las señales y los presagios que la naturaleza no ponía de manifiesto sin algun motivo poderoso. Ellos, sin embargo, no dejaban conocer esta opinion sino con la mayor reserva, pues el aspecto grave y serio de Colon les inspiraba demasiado respeto para que se atreviesen á levantar la voz hallándose á bordo con él, y los marineros de los otros dos buques seguian todos los movimientos de su almirante con esa especie de ciega deferencia que distingue la sumision del inferior para con el superior en semejantes circunstancias.

Cuando Colon se retiró á su cámara por la noche, y despues de haber calculado lo que habian andado en todo aquel dia, Luis echó de ver que su fisohomia estaba mas grave aun que de costumbre.

—Creo que todo va saliendo á medida de vuestro deseo, don Cristóbal, dijo alegremente don Luis. Hénos aquí ya en nuestro camino, y yo casi me parece que descubro ya el Cathay.

—Vos, don Luis, en medio de vuestro entusiasmo, veis muy claro lo que deseais ver, y cuanto se ofrece á vuestros ojos aparece de color de rosa; pero por lo que á mí toca, mi deber me hace ver las cosas tal como ellas son en sí, y aunque mi imaginacion me represente vivamente el Cathay—(tú solo, ó Dios mio, tú, que para que se cumplan tus impenetrables designios has creado en mi corazon el deseo de ver ese remoto pais, tú solo sabes hasta qué punto me lo representa mi imaginacion)—sin embargo, debo no olvidarme de los obstáculos físicos que pueden oponerse á nuestra llegada.

—¿Y esos obstáculos se han hecho mas graves que lo que quisiéramos nosotros, señor?

—Mi confianza en Dios no me abandona. Mirad, añadió Colon señalando con el dedo sobre su carta; hé ahí el punto de donde hemos partido esta mañana, y aquí tenéis hasta dónde hemos llegado despues de haber trabajado todo el dia y parte de la noche. Todo el espacio que hemos recorrido solo ocupa la estension de una línea sobre el papel, y calculad ahora la inmensa balsa de agua que nos queda que atravesar antes de llegar al término de nuestro viaje. Segun mis cálculos, á pesar de todos nuestros esfuerzos, y en este critico momento (critico, si, no solo por lo que hace relación con los portugueses, sino tambien por los sintomas que se dejan sentir en nuestras tripulaciones), solo hemos caminado hoy nueve leguas, cosa bien insignificante si se compara con las innumerables que aun nos quedan. Si esto dura, es de temer que nos falten viveres y agua.

—Don Cristóbal, yo confio mucho en los recursos de vuestros conocimientos y de vuestra esperiencia.

—Y yo confio mucho en la proteccion de Dios, y espero que no abandonará á su servidor en el momento mismo en que mas necesidad tiene de su apoyo.

Colon se preparó en seguida á descansar un buen rato, mas sin desnudarse, pues era tal el disgusto que experimentaba por la situacion de sus embarcaciones,

que ni aun consintió en quitarse la ropa. Vivía aquel hombre célebre en una época en la cual una falsa filosofía y el ejercicio de una insuficiente aunque altanera razón, no impedía á las gentes confesar con franqueza y á cara descubierta su confianza en un poder divino: hemos dicho á cara descubierta, porque no hay hombre, sean las que sean sus ilusiones en el particular, que crea hallarse realmente en estado de protegerse á sí propio. Una ley de la naturaleza prohíbe la absoluta confianza en uno mismo, puesto que la conciencia pone de manifiesto á cada cual su verdadera insuficiencia y le demuestra todos los días, por horas y por minutos, que solo es un débil agente encargado por un poder superior de llenar sus graudes é incomprensibles designios por las sublimes y benéficas razones que le hicieron crear el mundo y todo lo que en sí encierra. En conformidad, pues, á la costumbre de aquel tiempo, Colon se hincó de rodillas y dirigió al cielo una ardiente súplica antes de acostarse, no titubeando Luis de Bobadilla en seguir su ejemplo y en hacer asimismo lo que pocas personas creían entonces que era rebajar su inteligencia y su razón. Si es cierto que en el siglo XV la religión era tachada de supersticiosa, si se confiaba demasiado en la eficacia de los impulsos momentáneos y pasajeros, es preciso convenir también en que presentaba un cierto carácter de sumisión á la voluntad divina; y debemos preguntarnos á nosotros mismos si el mundo ha ganado acaso en que la religión haya perdido ese dulce carácter.

Al mismo tiempo que asomaba la aurora aparecieron el almirante y Luis sobre el puente. Subieron á la popa, y allí se hincaron de rodillas dirigiendo nuevas súplicas al cielo, despues de lo cual, dejándose llevar de un sentimiento bien natural en su posición, alzaronse con presteza para ver lo que les anunciaba la luz del nuevo día. La llegada de la aurora y el salir del sol han sido descritos tantas veces, que parece inútil repetir aquí una nueva descripción. Diremos sin embargo, que Luis no pudo menos de admirar los brillantes colores que adornaban el horizonte por la parte de Oriente, y que con el entusiasmo propio de un amante; se figuró encontrar cierta semejanza entre las tintas que atraían á las mebillas de Mercedes las emociones de su corazón y aquellas tan dulces y pasajeras que preceden á una mañana de setiembre, principalmente en las bajas latitudes. En cuanto al almirante, tenía fijas sus miradas en la isla de Hierro y aguardaba con ansia que fuese aumentándose la luz para observar los cambios que podían haber ocurrido mientras descansaba. Pasaron muchos minutos sin distraerse de su profunda atención, y por último Colon dijo á Luis que se acercase.

—¿Veis, le dijo, ese punto negro que sale de entre las finieblas hacia el Sudoeste, y que vá tomando por momentos una forma mas decidida, á pesar de que se hallá á ocho ó diez leguas? Esa es la isla de Hierro, y sin que quepa duda alguna, allí están los portugueses aguardando que aparezcamos. Mientras dure esta calma, no es posible arrimarnos unos á otros, y por esa parte estamos seguros; pero lo que interesa saber de todos modos es si las carabelas que marchan en nuestro seguimiento se hallan ó no entre la tierra y nosotros. En el segundo caso, poco tenemos que temer, siempre que no nos aproximemos mucho á esa isla y que podamos, como ayer, tener la ventaja del viento. ¿Descubris alguna vela por esta parte del Océano, Luis?

—No veo ninguna, señor, y ya es bien de día para que se vean las blancas velas de una embarcación, si apareciese alguna.

Colon prorumpió en una exclamación como en acción de gracias, y mandó en el instante á los vigías que examinasen bien todo el horizonte desde lo mas elevado de los mástiles. Su informe fué favorable: las temidas carabelas portuguesas no se dejaban ver por ningún lado. Mas sin embargo, al salir el sol se levantó una brisa por la parte al Sudoeste, quedando la isla de Hierro y todos los buques que pudieran estar cruzando por aquella par-

te directamente al mismo viento que la escuadra española. Enderezaron, pues, su marcha sin perder momento, y el almirante hizo rumbo hácia el Nordeste, esperando que las carabelas portuguesas estarían entonces al Sud de la isla, pues le parecía muy probable que, como no conocían bien sus designios, sus rivales le aguardasen por aquel lado.

Las olas que venían del Oeste habían á la sazón perdido mucha fuerza, y si bien la marcha de los buques distaba mucho de ser rápida, era por lo menos regular y promelia conservarse así. Las horas trascurrían lentamente; pero conforme el día iba avanzando, los objetos fueron haciéndose menos perceptibles hácia las costas de la isla de Hierro; toda la superficie de la isla llegó á tomar la apariencia de una oscura nube; y por último, empezó á desaparecer bajo el agua. En el momento mismo en que ya no se descubría mas que la cima de sus montañas, el almirante y sus compañeros á quienes mas distinguía, se hallaban reunidos en la popa con objeto de examinar el tiempo y el mar. El mas indiferente hubiera echado de ver en aquel instante la diferencia que se notaba en los sentimientos de nuestros aventureros á bordo de la *Santa Maria*. En la popa todo era regocijo y esperanza, pues el placer de haber escapado de manos de los portugueses, hacia que aun aquellos que todavía tenían restos de desconfianza se olvidasen por el momento de la incertidumbre del porvenir; los pilotos se ocupaban en su diario trabajo con una especie de estoicismo naval; los marineros, por el contrario, se hallaban acometidos de una melancolía tan profunda como si se hallasen al rededor de un ataúd. Apenas habria un solo hombre en el buque que no se hallase entre los grupos reunidos en el puente, y todas las miradas se hallaban fijadas, como por una irresistible atracción, sobre las alturas de la isla de Hierro, que se hallaba á punto de desaparecer. Así las cosas, aproximóse Colon á Luis, viólo sumergido en una profunda meditación, y le sacó de ella tocándole levemente en la espalda.

—Parece imposible que el señor Muñoz se halle acometido de los mismos sentimientos que nuestros marineros, dijo el almirante con cierto tono mezclado de sorpresa y de reconvencción, y esto precisamente en un momento en que todos los que tienen una regular inteligencia para prever los gloriosos resultados de nuestra empresa dan gracias al cielo por habernos concedido una brisa que nos conduce á una distancia tal que nada tendremos que temer de esas carabelas que la baja envidia ha enviado en nuestro seguimiento. ¿Por qué causa vuestros ojos se hallan fijados en los marineros reunidos sobre el puente? ¿Estáis arrepentido de habernos embarcado, ó es que estáis tan solo meditando en los encantos de vuestra dama?

—¡Por Santiago! don Cristóbal, por esta vez vuestra sagacidad os ha engañado. Yo no estoy arrepentido de nada, y mis meditaciones no tienen el objeto que suponeis. Estaba contemplando á esos pobres diablos, porque sus temores me causan lástima.

—La ignorancia es muy imperiosa, señor Pedro, y en este momento ejerce su tiránico poder en la imaginación de nuestros marineros. Ellos temen todo lo peor, solo porque les falta el talento suficiente para esperar lo mejor. El temor es mas fuerte que la esperanza, y es la pasión que mas se aviene con la ignorancia. A los ojos del vulgo, todo aquello que no es, ó que la costumbre y el uso no ha hecho aun familiar, está reputado por imposible, porque los hombres se encierran para sus argumentos en un círculo que reduce los límites de sus conocimientos. Esos marineros están contemplando la isla que va á desaparecer como hombres que dirigen su último adiós á cuanto les rodea: nunca pudo creer que esa ansiedad que manifiesta llegase hasta tal punto.

—Es muy profunda, señor, y se manifiesta hasta por señales exteriores. He visto correr lágrimas por algunas mebillas que jamás creí ver mojadas sino por las olas.

—Mirad aquí á nuestros conocidos, Sánchez y Pepe.



No parece que están abismados en tan grande pena, á pesar de que el segundo se me figura algo melancólico. Por lo que hace al primero, es un perillan que presenta toda la sangre fria de un verdadero marino. Nunca es mas feliz que cuando se aleja de las rocas y de los vaderos. La desaparicion de una isla y la aparicion de otra son cosas igualmente indiferentes para un hombre de su temple. No ve en torno suyo nada mas que lo que alcanza á distinguirse del Océano, y por el pronto tiene en nada todo lo demas que le rodea. Yo aguardo de Sancho muy buenos servicios, aunque algo caros, y no puedo menos de mirarle como uno de mis mas fieles partidarios.

En aquel instante fué interrumpido el almirante por un grito casi general. Echó una mirada á su alrededor, y con su ojo certero y experimentado notó al momento que el horizonte por la parte del Sud, como por todas las demas, no presentaba nada á la vista mas que el vasto Océano. La isla de Hierro habia desaparecido enteramente, á pesar de que algunos marineros tenaces creian aun distinguirla. Pero cuando ya no pudo haber duda alguna del hecho de la desaparicion, las lamentaciones se hicieron mas pronunciadas y estrepitosas, las lágrimas corrian sin vergüenza y sin que tratasen de ocultarlas; retorciábase los brazos con insensata desesperacion, y tuvo lugar una escena de clamores que amenazaba la expedicion de un nuevo peligro. En semejante circunstancia, mandó Colon que toda la tripulacion se reuniese bajo la popa, y adelantándose sobre el puente de manera que pudiera ir observando las fisonomias, procuró disipar y desvanecer los temores. El tono de gravedad y de conviccion que adoptó al dirigirse á su tripulacion, no dejaba duda alguna de que el célebre navegante estaba completamente convencido de la exactitud de sus argumentos.

—Cuando don Fernand y doña Isabel, nuestros respetados y queridos soberanos, me elevaron al rango de almirante y virey de esos mares desconocidos hasta el día, hácia los cuales nos dirigimos, no pude menos de reconocer semejante acontecimiento como el mas glorioso y feliz de toda mi vida, y asimismo reconozco que el presente momento, tan triste al parecer para algunos de vosotros, no le cede á aquel ni un solo punto tocante á motivos de esperanza y de parabién. En la desaparicion de la isla de Hierro veo tambien la de los portugueses; porque á la sazón que yo nos hallamos en el inmenso Océano y lejos de los limites de toda tierra conocida, yo me felicito de que la Providencia nos ha colocado fuera del alcance y de los manejos de nuestros enemigos. Seamos fieles á nosotros mismos y á los grandes designios que abrigamos, y nos veremos libres de todo motivo de temor. Si alguno de vosotros conserva algun recelo con relacion á esta empresa, dígalo francamente; sin valerme de la autoridad de que estoy revestido, tengo en mi mano fuertísimos argumentos con los cuales lo haria desvanecer cualquiera duda.

—En ese caso debo haceros presente, señor almirante, dijo Sancho, cuya lengua se hallaba siempre dispuesta en todas ocasiones, que lo mismo que causa tanta alegría á V. E. viene á ser lo que tiene tan contristada á esa buena gente. Si ellos pudiesen siempre tener á la vista la isla de Hierro ó cualquiera otra tierra conocida, os seguirian hasta el Cathay con la misma tranquilidad que un esquife sigue á una carabela sobre una mar serena y con una brisa favorable; pero abandonarlo todo á sus espaldas, por decirlo así, la tierra, sus mugeres, sus hijos, esto es lo que les contrista el corazon, y por lo que no pueden contener sus lágrimas.

—¡Cómo! Sancho, tú, antiguo marino, que has nacido en la mar...

—No, señor, exclamó Sancho mirándole con afectada sencillez, no precisamente en el mar, aunque tampoco tan lejos que no sintiese el olor á brea, pues habiendo yo sido encontrado á la puerta de un astillero, no parece probable que un buque hubiese entrado en el puer-

to para dejar en tierra una tan pequeña parte de su cargamento.

—¡Pues bien! que has nacido cerca de la mar, si tú quieres; pero ello es que yo espero de tí algo mas que lamentaciones indignas de un hombre, y todo porque una isla acaba de perderse en el horizonte.

—Y tenéis razon, escelentísimo señor. Ya podian desaparecer en lo mas profundo de la mar la mitad de las islas existentes; pero Sancho no habia de tomarse pena por eso. Abi están las islas de Cabo Verde, por ejemplo, que deseo no volver á ver en mi vida, y Lampedouse y Stromboli, y muchas otras en los mismos parages, las cuales, para el bien que nos hacen á nosotros los marinos, harian mucho mejor en desaparecer que en permanecer en el sitio que ocupan. Pero si V. E. tuviese la bondad de enterar á esos valientes muchachos acerca del puerto donde nos dirigimos, qué es lo que pensais hallar en él, y principalmente para cuándo estaremos de vuelta, eso les haria cobrar ánimo hasta un punto inesplicable.

—Persuadido como lo estoy de que el deber de los hombres que ejercen una autoridad cualquiera es dar á conocer los motivos de sus acciones cuando de ello no puede resultar daño alguno, voy á contestar con el mayor gusto á todos los puntos que acabas de indicar, reclamando en cambio la atencion de todos los presentes, y con especialidad de aquellos que se muestran recelosos de nuestra actual posicion y de nuestros futuros movimientos. Nuestro viage tiene por objeto llegar al Cathay, cuyo pais es sabido que está situado á la estremidad oriental del Asia, y que mas de un viagero cristiano ha visitado ya. La única diferencia que existe entre nuestro viage y los que han sido hechos antes á aquel pais, es que nosotros nos dirigimos allá por el Oeste, y los viageros que nos han precedido lo verificaron por el Este; mas semejante designio no puede llevarse á efecto sin contar con marinos decididos, con diestros pilotos, con marineros obedientes y activos que sepan atravesar los mares sin mas guia que la que les suministren los astros, las corrientes, los vientos y los demas fenómenos del Atlántico, y sin otra ayuda que la que pueda darles la ciencia. La razon que tengo para obrar de este modo es la conviccion en que estoy de que la tierra es redonda, de donde se sigue que el Atlántico que, como sabemos, se halla limitado por la tierra por la parte del Este, debe estarlo tambien por el Oeste; ademas, por ciertos cálculos que dan casi la certidumbre de que este continente que se ha de hallar, segun creo, es la India, no puede estar á mayor distancia de nuestra Europa que unas veinte y cinco ó treinta jornadas de trayesia. Despues de haberos ya enterado de este modo de cuándo y en dónde pienso yo encontrar el pais que buscamos, os voy á decir alguna cosa acerca de las ventajas que todos podemos esperar que sacaremos de semejante descubrimiento. Segun los informes que acerca de este pais han dado un tal Marco Polo y otros parientes suyos, todos veheciáron, hombres dignos del mejor crédito y que gozaban muy buena reputacion, el reino del Cathay es no tan solamente uno de los mayores imperios que se conocen, sino tambien el mas rico de todos en oro, en plata y en piedras preciosas. Podeis, ademas, juzgar de los beneficios que podreis sacar del descubrimiento de un pais como aquel, por los que yo mismo he obtenido ya, Contando SS. AA. con el feliz éxito de nuestra empresa, me han concedido anticipadamente el titulo de virey, asi como el de almirante; siguiendo, pues, con constante perseverancia en vuestros esfuerzos, podeis todos vosotros, sin escluir á nadie, esperar alguna señalada muestra de su favor. Se os recompensará en proporcion á los servicios que cada uno preste: el que mas haya merecido recibirá tambien mayor galardón que el que haya hecho menos, pues allí habrá con que contentar á todo el mundo. Marco Polo y sus parientes permanecieron por espacio de diez y siete años en la corte del Gran Khan; al cabo de tan largo tiempo considerad si se hallarian en estado, bajo todos aspectos, de dar

exacta razón de las riquezas y de los inmensos recursos de aquella comarca. Pues aquellos venecianos que no tenían mas medios de trasporte que bestias de carga, fueron bien recompensados de sus fatigas y de su valor. Las joyas que adquirieron bastaron por sí solas para enriquecer á toda su casta y para restablecer á una honrada familia en el estado de esplendor de que habia venido á caer; finalmente, su decision y su veracidad les hicieron honor á los ojos de los demas hombres.

Como es cosa sabida que el Océano, por esta parte del continente del Asia y del reino del Cathay, se halla cubierto de islas, debemos esperar el encontrarlas desde luego, y seria hacer una injuria á la naturaleza si fuésemos á suponer que no habíamos de hallar en ellas todas esas esencias odoríferas y demas cosas preciosas de que se sabe se halla enriquecida aquella parte tan favorecida de la tierra. A la verdad que apenas cabe en la imaginacion la grandeza de los resultados que debe producir el éxito de nuestra empresa, mientras que solo halláramos burla y desprecio si tomásemos el poco razonable partido de regresar á España sin haberla dado cima. Entrando en el pais, no como invasores, sino como cristianos y como amigos, debemos tener motivos para esperar la mas cordial acogida, y yo estoy bien seguro de que los presentes que naturalmente harán á unos extranjeros que vienen de tan remotos países y por un camino que nadie habia aun descubierto, os indemnizarán sobradamente de todos vuestros sinsabores y fatigas.

No quiero hablar del honor que debe resultaros, además de ser los primeros que han llevado la cruz á un pais de paganos, prosiguió el almirante descubriéndose la cabeza y echando en torno suyo una mirada con ademán grave y solemne, puesto que nuestros padres no han considerado como una pequeña distincion el haber formado parte de los ejércitos que han disputado á los infieles el santo sepulcro. Más así la iglesia como el que hace de cabeza invisible de ella, no olvidan al servidor que abraza intereses de tal importancia, y podemos estar bien seguros de obtener de él una recompensa en este mundo y en el otro.

Al pronunciar estas últimas palabras, Colon se santiguó con la mayor devocion y se retiró acompañado de sus amigos al otro extremo de la popa. Aquel discurso produjo por el pronto un saludable efecto, y los marineros vieron desaparecer las nubes agrupadas por la parte de tierra conforme la misma tierra habia desaparecido, sin mostrar la menor señal de consternacion, como antes habia sucedido; mas sin embargo, no por eso dejaron de conservar su tristeza y desconfianza. A la noche siguiente los unos soñaron con el cuadro tan halagüeño que Colon habia trazado de las riquezas del Oriente; los otros, por el contrario, creyeron ver á los diablos que los arrastraban hasta unos mares desconocidos, por los cuales estaban condenados á andar errantes para siempre en castigo de sus pecados, porque en todas las ocasiones, y en particular en los momentos de incertidumbre y de recelo, la conciencia hace valer sus derechos.

Un poco antes de ponerse el sol, dió orden el almirante para que los tres buques se pusiesen al paio, é hizo llamar á bordo del suyo á los dos Pinzones, á los cuales prescribió sus órdenes y dió instrucciones para en el caso de tener que separarse.

—Creo que me habeis comprendido bien, señores, añadió despues de haberles detallado sus miras. Vuestro primer deber ha de ser siempre el manteneros cerca del almirante, en todos tiempos y circunstancias, todo el tiempo que os sea posible; mas cuando esto no pudiese tener efecto, enderezareis vuestro rumbo directamente al Oeste, sobre la misma paralela de latitud que seguimos ahora, y hasta que logreis veros á 700 leguas de Canarias, despues de lo cual será preciso ponerlos al paio todas las noches, porque será probable que entonces os halleis en medio de las islas de Asia, y desde que nos veamos en esos parages será conveniente

y prudente, para que no se perjudiquen nuestros proyectos, estar sumamente alerta al hacer los descubrimientos. A pesar de todo, continuareis siempre avanzando hácia el Oeste, y vendremos por último á encontrarnos en la córte del Gran Khan, si es que la Providencia no dispone que nos reunamos antes.

—Está muy bien, señor almirante, repuso Martin Alonso, que hasta entonces habia tenido fija la vista en la carta de Colon; pero yo creo que valdria mucho mas que permaneciéramos todos reunidos, y sobre todo, por nosotros, que no estamos acostumbrados á hallarnos en presencia de principes. Paréceme, por lo tanto, mas conveniente que nosotros siguiésemos al abrigo de vuestra proteccion antes de presentarnos sin miramiento alguno ante un monarca tan poderoso como el Gran Khan.

—Vos, Martin Alonso, siempre haceis alarde de vuestra ordinaria prudencia, y os felicito por ello. Con efecto, será mejor que vosotros me aguardeis, porque ese potentado del Oriente puede acaso considerarse tratado con mas deferencia si desde luego, en lugar de la visita



Doña Inés Peraza.

de un oficial subalterno, recibe al mismo virey, que es el representante de los soberanos de España, y portador de las cartas que le dirigen SS. AA. Entreteneos, pues, en examinar defendidamente las islas y sus producciones, señor Pinzon, si acaso las descubris antes que yo, y aguardad mi llegada antes de dar paso alguno. ¿Y qué tal se ha portado vuestra gente al despedirse de la tierra?

—Bastante mal, señor, tan mal, que llegué á temer una sublevacion. Existen hombres á bordo de la *Pinta*, que si no fuera por el saludable temor que les inspiraran SS. AA., serian capaces de recurrir á la violencia para conseguir su regreso á Palos.

—Hareis bien de vigilar muy de cerca semejante tendencia y tratar de reprimirla. Emplead el agrado con respecto á los descontentos hasta el punto que os sea posible; animadlos haciéndoles todas aquellas promesas que os parezcan justas y razonables; pero tened mucho cuidado de que el mal no llegue á sobreponerse á vuestra autoridad. Y por ahora, señores, puesto que la no-



che se aproxima, volveos á bordo de vuestras embarcaciones para que podamos aprovecharnos de esta brisa.

Colon volvió á su cámara con Luis, y allí permaneció largo rato sentado, la cabeza apoyada en una mano, como un hombre que se halla abismado en las mas profundas reflexiones.

—Don Luis de Bobadilla, dijo por último, dejando ver con semejante principio el giro que habian tomado sus ideas, ¿habeis tratado mucho tiempo á ese Martin Alonso?

—Bastante, señor, atendiendo á la manera con que los jóvenes calculan el tiempo; mas no pasaria de un dia si yo fuese á calcular como lo hacen los ancianos.

—Pues sabed que él puede influir en gran manera en el éxito de nuestro viage. Yo espero que se portará como hombre honrado, y lo que es hasta ahora, se ha mostrado liberal, emprendedor y decidido.

—Es hombre, don Cristóbal, y por consiguiente está sujeto á errar. Pero considerando á los hombres tales como son en sí, yo creo á Martin Alonso muy lejos de ser un mal modelo de la especie. El no se ha embarcado para esta expedicion por consecuencia de ningun voto caballeresco ni por un ardiente celo en favor de la Iglesia; pero ofreciéndole una seguridad de que será bien recompensado de los riesgos que corre, y le vereis tan fiel como el interés permite ser á un hombre, siempre que se presente una ocasion de poner á prueba su egoismo.

—A vos solo, Luis, voy á confiar mi secreto. Mirad este papel. Ya veis que he calculado en él lo que hemos andado desde esta mañana, que son diez y nueve leguas, aunque no en línea recta, hácia el Oeste. Si yo diese cuenta á la tripulacion del camino que llevamos andado efectivamente, y vieses que después de tantas leguas no se descubria aun tierra ninguna, el temor volveria á apoderarse de todos los ánimos, y quién sabe cuáles serian las consecuencias. Pues bien: solo voy á anotar quince leguas en la guindola que se pone á la vista de todos, y de este modo mis verdaderos cálculos solo los sabremos vos y yo. Haciendo cada día una ligera deducción, podremos de esa manera caminar mil leguas si es preciso, sin que pueda causar mas alarma que si anduviésemos seiscientas ú ochocientas.

—Eso es lo que se llama sujetar el valor á una escala que jamás me hubiera á mi ocurrido, señor, respondió Luis riéndose. ¡Por Santiago! No pensaríamos nosotros muy bien del caballero que tuviese necesidad de medir su ánimo por un cálculo de leguas!

—Siempre se temen los peligros que no se conocen. La distancia ofrece un motivo de terror al ignorante, y tambien puede inspirárselo al hombre instruido cuando se halla medida sobre un Océano que no ha sido aun surcado por buque alguno; pues aqui se eleva ahora otra cuestion que se toza con las dos grandes necesidades de la vida: el agua y las subsistencias.

Después de haber dirigido esta amigable reprension á la ligereza de su joven compañero, el almirante se dispuso para acostarse, habiéndose antes hincado de rodillas y hecho su oracion de la noche.

## CAPITULO XVII.

El sueño de Colon fué bien corto, á pesar de que era tan profundo como puede serlo el de un hombre que tiene suficiente imperio sobre su voluntad para obligar á las funciones animales á ceder á sus órdenes; así que con pequeños intervalos se despertaba para examinar el tiempo y la posicion que ocupaban sus embarcaciones. En la ocasion presente se hallaba el almirante sobre cubierta desde poco después de la una de la madrugada, y todo allí parecia entregado á esa completa calma que caracteriza en alta mar al cuarto de noche durante un tiempo de bonanza. La mayor parte de los hombres que estaban sobre cubierta dormian; el piloto dejaba caer la cabeza sobre su pecho; solo el timonero y un par de vigías se veian de pie y velando. El viento habia refresca-

do y la carabela navegaba con rapidez, dejando mas y mas á sus espaldas la isla de Hierro y sus peligros. No se percibia mas ruido que el que producía el viento silbando por entre las jarcias, el que hacia el agua azotando los costados del buque, y de cuando en cuando el crujido de alguna verga, á medida que el viento, que iba arrojando cada vez mas, silbaba con mayor fuerza entre el aparejo.

La noche estaba oscura, así es que el almirante tardó un breve rato en distinguir los objetos á tan escasa claridad. La primer cosa que echó de ver fué que su embarcacion no llevaba el rumbo que él habia mandado. Aproximóse al timón, y vió que se habia apartado del rumbo hasta tal punto, que la proa llevaba su dirección hácia el Nordeste, que venia á ser lo mismo que hácia España.

—¿Sois un marino, y no sabeis dirigir el rumbo hácia donde se os ha mandado? exclamó el almirante con aire severo dirigiéndose al timonero. ¿Eres acaso algun mozo de mulas que te figuras seguir un sendero alrededor de las montañas? Tú tienes el corazón en España, y tú crees, por medio de este necio artificio, satisfacer tu vano deseo de regresar allá.

—¡Ah! señor almirante, V. E. no se engaña en creer que mi corazón está en España y no puede estar en otra parte, puesto que he dejado en Moguer siete hijos que ya no tienen madre.

—¿No sabes tú, perillan, que yo tambien soy padre y que tambien he dejado allí el mas caro objeto de mis esperanzas como tal? ¿Y en qué, pues, te diferencias tú de mí, cuando mi hijo se halla igualmente privado de los cuidados de una madre?

—¡Ah, señor! Aquel es hijo de un almirante, cuando el mio solo lo es de un timonero.

—¿Y qué puede importar á don Diego, repuso Colon que gustaba de atestiguar con los honores recibidos de ambos soberanos, que puede importar á don Diego que su padre haya tenido el título de almirante, si ese padre va á perecer? ¿Ganará quizá algo mas que tus hijos cuando se vea huérfano como se habrán de ver aquellos?

—Ganará, señor, en ser protegido por el rey y por la reina, en adquirir honores como hijo vuestro, en ser sostenido y educado como hijo de un virey, en vez de ser abandonado al olvido como el hijo de un marinero desconocido.

—Amigo, no te falta razon en eso, y en tal concepto no puedo menos de respetar tus sentimientos, repuso Colon, que así como Washington, parecia ceder siempre á un elevado pensamiento derivado de la justicia; pero creo que harias mejor en pensar en la influencia que tu buena conducta, durante este viage, puede tener con respecto á la futura suerte de tus hijos, en vez de dejar llevar de la flaqueza de prever desgracias que probablemente no se realizarán. Ninguno de nosotros tiene mucho que esperar si llega á frustrarse nuestra esperanza de descubrimientos, mientras que por el contrario todo podemos esperar si salimos con bien. Dime ahora si podré fiarme de ti para enderezar bien el rumbo que debe llevar este buque, ó si será preciso que llame á otro marinero para que se encargue de la caña del timón.

—Será mas conveniente, señor almirante, que tomeis este último partido. Yo pensaré en vuestros consejos y trataré de combatir mi deseo de verme al lado de mis hijos; pero será mas seguro que encargueis á otro de esta operacion mientras nos mantengamos aun tan próximos á España.

—¿Conoces á uno que se llama Sancho Mundo, que forma parte de la tripulacion?

—Todos le conocemos, señor; es tenido en Moguer por el marino mas acreditado.

—¿Pertenece á tu cuarto, ó al que está descansando?

—Es de mi cuarto, señor, y no duerme nunca abajo,

sino sobre cubierta. No hay temor ni peligro capaz de alterar la confianza de Sancho; es tanto lo que le disgusta el ver tierra, que dudo mucho que le sirva de contento el llegar á esos remotos países que V. E. parece que espera encontrar.

—Ves á buscar á Sancho y dile que venga aquí. Mientras vienes, yo mismo haré tus veces.

Colon se apoderó del timon, y despues de haberlo manejado por un momento, volvió á poner el buque en la direccion del viento en cuanto le fué posible. El efecto de esta maniobra hizose notar bien pronto por los rápidos y prolongados movimientos del buque, por el abatimiento del rumbo, y por un nuevo crugido de las vergas y de todo el aparejo, que daba á entender que la nueva direccion se aproximaba mas al punto de donde nacia el viento. A poco rato llegó Sancho estregándose los ojos y hostezando.

—Encárgate de esta maniobra, le dijo el almirante apenas le vió á su lado, y mira cómo te portas con fidelidad; los que han estado encargados de ella antes que tú, han faltado á su deber volviendo el buque hácia las costas de España. Yo espero de tí te portes de diferente modo, pues creo poder contar contigo como con un leal amigo y buen marino, aunque sea en los momentos mas criticos.

Sancho tomó el timon y lo manejó por cortos momentos para cerciorarse de si el buque se prestaba á su movimiento, asi como un hábil cochero trata de asegurarse de la sumision del tiro al apoderarse de las riendas.

—Señor almirante, dijo entonces, soy un servidor de la corona, vuestro inferior y vuestro subalterno, y estoy dispuesto á cumplir cuantos servicios se me encarguen.

—¿No te asusta á tí este viage, no espermentas tú ese pueril presentimiento de que estais destinados á andar perpétuamente errantes por un mar desconocido, sin esperanza alguna de volver á ver jamás á las familias?

—Señor, no parece sino que V. E. conoce nuestros corazones como si los hubiese forjado con sus manos y colocádolos despues en nuestros miserables cuerpos.

—¿No sientes, pues, ninguno de esos temores indignos de un marino?

—No, señor, ni tanto asi. Yo podré tener mis malos presentimientos, porque todos tenemos nuestro flaco; pero no tienen nada que ver ni con viajar por el Océano, pues ese es todo mi placer, ni con pesar alguno por haberme separado de mi familia, pues jamás he tenido mujer, y á lo que yo creo tampoco hijos.

—¿Pues en qué consisten esos malos presentimientos? Yo quisiera hacerme con un amigo de un hombre de la firmeza que tú tienes.

—Yo no dudo, señor, que hemos de llegar al Cathay ó al país que mas agrade á V. E. descubrir. No dudo que vos seais muy capaz de agarrar de la barba al Gran Khan, y aun de arrancarle las joyas de su turbante, pues, como infiel, indudablemente llevará turbante. Tampoco dudo de la riqueza y magnificencia de vuestros descubrimientos y de nuestros beneficios, puesto que estoy seguro, señor almirante, de que vos sois suficientemente diestro para conducir las carabelas de un lado á otro del mundo cargadas de carbunclos; cuando no de diamantes.

—¿Y teniendo tal confianza en tu comandante, qué temor es el que puedes tener?

—Mis tristes presentimientos son acerca del valor de la parte, ya sea de honor, ya en especie, que debe tocarle á un tal Sancho Mundo, pobre marino, desconocido y punto menos que sin camisa, que tiene mas necesidad de ambas cosas que lo que jamás ha podido figurarse nuestra benéfica soberana doña Isabel y el rey su esposo.

—Sancho, tú eres una prueba evidente de que ningún hombre carece de defectos, y me temo que tú has

de tener un carácter mercenario. Dicen que todos los hombres tienen su precio, y estoy seguro de que tú tienes el tuyo.

—Tampoco V. E. ha emprendido este viage lanzándose al furor de todos los mares por puro desinterés; y si asi no fuese, no podriais decir á cada uno con esa facilidad las flaquezas de que adolece. Yo siempre he creído que tenia un carácter mercenario, y á fin de vencer semejante inclinacion, he aceptado cuantos regalos me han hecho; nada destruye una disposicion así como los dones y las recompensas. En cuanto al precio, he hecho cuanto he podido porque el mio rayase lo mas alto que fuese posible, temiendo atraerme el desprecio de todos y pasar por un hombre bajo é innoble. Aseguradme un buen precio y bastantes regalos, y seré tan desinteresado como un fraile mendicante.

—Te comprendo, Sancho; tú eres un hombre á quien nada puede asustar, pero á quien se puede comprar. Tú piensas que un doblon era muy poca cosa para dividirle con tu amigo el portugués y tú. Pues bien, voy á hacer un trato contigo segun tus mismas condiciones. Hé aqui otra moneda de oro, pero me has de ser fiel mientras dure este viage.

—Soy todo vuestro sin escrupulo alguno, señor almirante, y aunque sea con escrupulo, si acaso me puede ocurrir alguno. V. E. no cuenta en toda la flota con un amigo mas desinteresado que yo; espero tan solo que cuando se llegue á formar la lista de lo que á cada uno corresponda de los beneficios, el nombre de Sancho Mundo figure en ella en un lugar distinguido, como le corresponde por su lealtad. Ahora, señor, ya podeis iros á descansar con tranquilidad; estad seguro que la *Santa Maria* dirigirá su rumbo hácia el Cathay, mientras lo permita esta brisa de Sudoeste.

Volvióse á acostar Colon, pero aun se levantó una ó dos veces durante la noche para inspeccionar el tiempo que hacia y si sus hombres cumplan con su deber. Mientras que Sancho dirigió el timon, fué fiel á su palabra; pero cuando terminó su cuarto, los que le relevaron imitaron la traicion del timonel á quien aquel habia reemplazado. Cuando Luis se levantó ya estaba Colon trabajando en el cálculo de la distancia que se habia adelantado durante la noche. Habiéndose encontrado sus ojos con los de Luis, que parecian interrogarle, le dijo con grave y algo melancólico tono:

—Hemos adelantado bastante, pero mas hácia el Norte que lo que yo hubiera deseado; veo que nuestros buques se hallan á treinta léguas mas de la isla de Hierro que cuando se puso el sol, y bien podeis observar que solo he señalado veinte y cuatro en la guindola del cuadrante puesta á la vista de todos. Mas esta noche ha habido mucho descuido por parte de los timoneros, por no decir traicion; han dirigido el rumbo del buque, durante algun tiempo paralelamente á las costas de Europa, de manera que ellos procuraban engañarme sobre cubierta, mientras que yo procuraba engañarlos tambien aqui en mi cámara. Es bien sensible, don Luis, ver que se recurre á tales tretas, ó que uno mismo tiene que recurrir á ellas, cuando se tiene entre manos una empresa que sobrepaja á todas las que el hombre ha intentado jamás, y sobre todo llevando por bandera la mayor gloria de Dios, el beneficio de la humanidad y el interés particular de la España.

—Los piadosos eclesiásticos, señor don Cristóbal, se ven tambien ellos mismos precisados á sufrir tal contrariedad, repuso don Luis en tono de broma; y puesto que ellos lo aguantan, no conviene que nosotros los seglares nos sublevemos por ello. Dicen que la mayor parte de los milagros que hacen son de hecho milagros de mediana cualidad, lo cual procede de que las dudas y la falta de fé de nosotros, pecadores endurecidos, hacen necesarias esas pequeñas invenciones para bien de nuestras almas.

—Yo no dudaré, Luis, que asi entre los eclesiásticos como entre los que no lo son haya hombres falsos y trai-



dores, como que es una consecuencia de la desgracia del hombre y de su perversa naturaleza; pero tambien se ven verdaderos milagros que emanan solo del poder de Dios, y cuyo objeto tiende á mantener la fé y á dar ánimo á los que aman y veneran su nombre sagrado. Yo no creo que hasta ahora nos haya sucedido á nosotros cosa alguna que pertenezca evidentemente á esta clase, y no me atrevo tampoco á esperar que seremos secundados por ese medio con una intervencion especial en favor nuestro; pero de lo que no puedo menos de persuadirme, á pesar de todos los manejos del demonio, es de que no estemos indirecta y secretamente conducidos en nuestro viage por un espíritu y por mas influencias que solo pueden emanar de Dios y de su sabiduria infinita.

—Eso podrá ser en lo que á vos toca, don Cristóbal; pues en cuanto á mi no abrigo la pretension de tener un guia de un rango mas elevado que el de un ángel. Solo la pureza, y aun creo poder añadir el amor de un ángel, son los dos guías que me conducen á ciegas por este desconocido Océano.

—Así os parece á vos, Luis; mas lo que no podeis penetrar es si doña Mercedes podrá ser un instrumento de que se sirva un poder mas superior. Aunque no se manifiesta por milagro alguno evidente á los ojos del vulgo, yo siento dentro de mí mismo un impulso nada común para llevar á cabo esta empresa, á cuyo impulso tendria por un pecado el oponerme. ¡Dios sea loado! Ya, por fin, no tenemos que temer á los portugueses, y nos vemos en buen camino. No se nos presentan otros obstáculos que superar que aquellos que puedan nacer de los elementos ó de nuestros propios recelos. Mi corazon no puede menos de regocijarse al considerar que ambos Pirzones se muestran leales y que conducen sus carabelas por las mismas aguas que la *Santa Maria*, como hombres decididos á no faltar á su palabra y á seguir esta aventura hasta su fin.

Mientras conversaban de este modo, acabó Luis de vestirse y subió á la popa con el almirante. Habia ya salido el sol, y sus rayos reflejaban en la inmensa estension del Océano. El viento habia refrescado, y se iba volviendo poco á poco Sud, de suerte que nuestros buques continuaban su rumbo con corta diferencia, y como la mar no estaba muy alterada, la flotilla hacia comparativamente grandes progresos. Todo parecia presentarse bien, y calmados ya los trasportes de pesar que tuvieron lugar cuando se vió desaparecer la última tierra conocida, aparecia mas tranquilo el ánimo de los marineros, á pesar de que el temor del porvenir, semejante al fuego interior de un volcán, estaba solo sofocado, pero no estinguido completamente. El aspecto del mar era favorable; nada extraordinario para un marino ofrecia á la vista, y como una brisa algo agitada siempre tiene algo de agradable, cuando no la acompaña peligro alguno, la tripulacion se hallaba sin duda alguna mas animada, no descubriendo mas que lo que tenia de costumbre, todo lo cual contribuyó á esparcir la alegría y la esperanza en todos los corazones. Durante aquellas veinte y cuatro horas, la flotilla hizo 180 millas en los desiertos desconocidos del Océano sin que los marineros esperimientasen ni la mitad de los recelos que cuando vieron desaparecer la tierra. A pesar de todo, Colon, siguiendo el sistema de prudencia que se habia propuesto de dar al público el resultado de sus cálculos, redujo á solas 50 millas aquella distancia.

El martes 11 de setiembre ocurrió otro cambio de viento todavia mas favorable. Por la primera vez desde su salida de Canarias la proa de los buques caminó directamente al Oeste; entonces, teniendo á su espalda el antiguo mundo y á su frente el Océano desconocido, nuestros marineros avanzaron con una brisa de Sudeste, caminando cerca de cinco millas por hora, lo cual, aunque no era gran cosa, les satisfacía en gran manera, puesto que seguían un rumbo directo y regular.

Las observaciones que suelen hacerse en la mar cuando el sol pasa al meridiano habian terminado, y Colon acababa de anunciar á sus compañeros que los buques se

se inclinaban algo mas hacia el Sud, á consecuencia sin duda de alguna corriente invisible, cuando un grito lanzado de lo alto del palo mayor avisó que se acercaba una ballena. La aparicion de uno de esos monstruos del Océano hace cesar la monotonia de la vida maritima, y en el momento cada uno procuró buscarla con los ojos, unos subiéndose á las vergas, otros á las defensas, para poder seguir todos sus movimientos.

—¿Ves tú la ballena, Sancho? preguntó el almirante á éste, que se hallaba cerca de él á la sazón; á mi modo de ver el mar no presenta ninguna apariencia de la proximidad de semejante animal.

—La vista de V. E. es mas penetrante que la de ese charlatan que gritó desde allá arriba. Tan seguro como que nos hallamos en el Adriático y como la superficie de las olas se halla cubierta de espuma, que no hay ballena alguna en estos alrededores.

—La cola, la cola de la ballena! gritaron á un tiempo mas de una docena de voces, mostrando cada uno con el dedo hácia un sitio en donde se veia sobresalir sobre la espuma del mar un objeto puntiagudo que tenia como dos brazos cortos estendidos en linea recta por cada lado. Tiene la cabeza debajo del agua y la cola hácia arriba.

—¡Vaya, vaya! exclamó Sancho con el desden propio de un verdadero marino; lo que esos vocingleros llaman la cola de la ballena no es otra cosa que el mástil de algun buque desgraciado que ha dejado sus huesos juntamente con su cargamento y tripulacion en las profundidades del Océano.

—Tienes razon, Sancho, dijo el almirante; ahora descubro el objeto que tú quieres decir. Es evidentemente un mástil, lo que prueba sin duda alguna un naufragio.

Este hecho corrió rápidamente de boca en boca, y el sentimiento que sigue siempre al descubrimiento de los vestigios de un desastre de aquella clase, se dejó ver bien pronto en todas las fisonomias. Solo los pilotos permanecieron indiferentes, y celebraron consejo entre ellos para tratar de si debian apoderarse de aquel mástil para tenerlo de reserva en caso de necesidad; pero hubieron de renunciar en atencion á estar el mar agitado y el viento favorable, ventaja que un marino jamás desaprovecha.

—Este es un aviso para nosotros, exclamó uno de los descontentos cuando ya la *Santa Maria* se iba alejando del mástil flotante. Dios nos le envia para advertirnos que no nos arriesguemos hasta un punto á donde jamás ha sido su voluntad que llegue navegante alguno.

—Decid mejor, replicó Sancho, que desde que habia recibido su estipendio era el abogado infatigable del almirante, decid mejor que eso es una muestra de valor que el cielo nos envia. ¿No habeis visto por ventura que la parte que puede verse de ese mástil tiene la forma de una cruz, y que la sola vista de ese sagrado simbolo debe hacernos concebir esperanza del mas feliz éxito?

—Así es la verdad, Sancho, dijo el almirante. Una cruz se ha mostrado por decirlo así en el Océano para edificacion de todos nosotros, y debemos por lo tanto considerar semejante señal como una prueba de que la Divina Providencia nos acompaña en la tentativa que hemos emprendido á fin de suministrar á los infieles del Asia los socorros y los consuelos de nuestra santa religion.

Como la semejanza del mástil con el simbolo de la fé cristiana estaba bien lejos de ser imaginaria, aquella feliz idea de Sancho produjo todo el efecto que era de apeteer. El lector se penetrará mas fácilmente de aquella semejanza cuando sepa que los palos ó barras que atraviesan las gavias dan á la parte superior de un mástil la apariencia sobre poco mas ó menos de una cruz, y que, como es natural, aquel mástil flotaba perpendicularmente, teniendo en su extremo inferior algun objeto pesado que lo sostenia en esa disposicion, sobresaliendo por consiguiente el otro extremo unos quince ó veinte pies sobre la superficie del agua. Al cabo de un cuarto de hora aquel último resto de la Europa y de la civilizacion des-

apareció á los ojos de nuestros marinos, disminuyendo gradualmente su elevacion, viniendo por último á parecer como un delgado hilo la forma del emblema respetado del cristianismo.

Despues de este pequeño incidente, y por espacio de dos dias y dos noches, no se interrumpió el rumbo de los tres buques por ningun acontecimiento digno de referirse. Durante todo este tiempo el viento era favorable y nuestros aventureros seguian avanzando en línea recta hácia el Oeste, segun la brújula, lo cual venia á ser lo mismo que desviarse un poco al Norte de la direccion que querian seguir, verdad á la cual no llegaban aun los conocimientos de aquellos tiempos. Desde la mañana del 10 de setiembre hasta la noche del 13 la flota hizo cerca de noventa leguas en línea casi recta sobre el Océano, y se hallaba por consiguiente á tanta distancia ó mas hácia el Oeste, como de las Azores, que era la tierra mas occidental que conocian los navegantes europeos.

El almirante y Luis estaban en su puesto acostumbrado sobre la popa en la noche del 13, precisamente en el mismo momento en que Sancho, concluido ya su cuarto, dejaba el timon. En vez de dirigirse á la proa para reunirse con los demas marineros, estuvo titubeando, alzó los ojos hácia la popa como si hubiera tenido deseos de subir; viendo que el almirante estaba solo con Luis, decidióse al fin á hacerlo, como un hombre que desea anunciar alguna cosa.

—¿Qué me quieres Sancho? preguntó el almirante despues de cerciorarse de que nadie les podia oír; habla cuanto gustes; te doy mi licencia.

—Señor almirante, V. E. sabe muy bien que yo no soy pez de agua dulce para que la vista de un tiburón ó de una ballena me cause miedo, ni tampoco un hombre que me asuste porque el buque dirija su rumbo al Oeste en lugar de ser al Este; pues sin embargo de todo esto, quiero decirles que en este viage se observan señales maravillosas que un marino debe respetar como extraordinarias, sino como de mal agüero.

—Como tú dices muy bien, Sancho, no eres tan loco que te asustes del vuelo de un pájaro, ó á la sola vista de un mástil que flota sobre el agua, y por lo tanto despiertas en mí la curiosidad de saber mas. Ya sabes que el señor Muñoz es mi secretario particular, y nada le oculto. Habla, pues, sin recelo y sin tardanza. Si quieres oro, no te ha de faltar; yo te respondo de ello.

—No, señor. Mi noticia no vale un maravedí, ó por mejor decir, no se paga con oro. Sea como sea, V. E. va á saberla, pero no tiene que hablar de recompensa. No ignorais que nosotros los marinos ya machuchos solemos tener algunos pensamientos cuando manejamos el timon. A veces nos sonreimos acordándonos del garbo de alguna individua que nos dejamos en tierra, ó bien recordamos el rico gusto de unas chuletas de carnero asadas, y otras veces, por último, así como por casualidad, solemos tambien pensar en nuestros pecados.

—Sé muy bien todo eso; pero no está bien entretener á un almirante con semejantes fruslerías.

—Yo no entiendo de eso, señor. He conocido almirantes que comian el carnero con el mayor gusto despues de una larga travesía, y que si entonces no estaban pensando en sus pecados, hacian mucho peor todavía, añadiendo uno ó mas á la gran cuenta que temian que rendir. Es cierto que tenia...

—Permitidme que arroje al agua á ese vagabundo, don Cristóbal, exclamó Luis con la mayor impaciencia haciendo un movimiento como para ejecutar su amenaza. Mas habiéndolo detenido Colon, añadió: mientras este hombre permanezca á bordo con nosotros, no oiremos principiar una historia por su principio.

—Os doy gracias, señor conde de Llera, respondió Sancho con irónica sonrisa: si os dais tan buena maña para arrojar marinos al agua como para lanzar de la silla á caballeros en un torneo, ó para dar tajos á los infieles en el campo de batalla, mucho me alegraria que no os encargaseis vos de mis baños.

—¿Con qué tú me conoces, perillan? ¿Tú me habrás visto en alguno de mis anteriores viages marítimos?

—Señor, un gato puede ver á un rey, ¿por qué, pues, un marino no ha de haber podido ver á un pasajero? Pero dejad á un lado las amenazas; vuestro secreto está en buenas manos. Si llegamos al Cathay, ningun de los dos tendrá que echarse en cara el haber hecho este viage, y si no llegamos, es muy probable que ninguno de los dos ha de ir á España á contar de qué modo se ahogó ó se murió de hambre el señor almirante, en una palabra, de qué modo pasó á reposar al seno de Abraham.

—¡Basta ya! dijo Colon con severo tono. Cuenta lo que tengas que contar, y procura ser mas discreto con respecto á este caballero.

—Vuestros deseos son para mí una ley, señor. Pues bien, don Cristóbal, una de las costumbres de nosotros los marinos ya machuchos, por la noche sobre cubierta, es el contemplar una antigua y constante amiga, la estrella polar, y mientras yo me ocupaba en eso, hará como una hora, he echado de ver que esa guía fiel y la brújula segun la cual manejaba yo el timon decian cada una cosa diferente.

—¿Estás bien seguro de eso? preguntó Colon con una presteza y una energia que manifestaban el interés que se tomaba en aquel incidente.

—Tan seguro como puede uno estarlo, señor, despues de haber pasado cincuenta años examinando la estrella polar y cuarenta consultando la brújula. Pero V. E. no tiene necesidad de atenerse á mi ignorancia. La estrella permanece todavía donde Dios la ha colocado, vos teneis á vuestro lado una brújula, con que comparad por vos mismo la una con la otra.

Colon habia pensado ya en hacer esta comparacion, y en el instante en que Sancho dejó de hablar, él y Luis examinaron la brújula con curiosidad. La primera idea del almirante, y tambien la mas natural, fué creer que la aguja del instrumento que tenia á la vista estaba defectuosa, ó por lo menos que influia en ella alguna causa desconocida; pero al cabo de un rato de atenta observacion quedó convencido de que lo advertido por Sancho era exacto. No pudo menos de pensar con sorpresa é interés que el tino habitual y el ojo experimentado de Sancho habian descubierto en un momento un cambio tan extraordinario. Era tan comun entre los marinos el comparar sus brújulas con la estrella polar (la cual suponian que jamás cambiaba de posicion en el cielo en cuanto dicha posicion tenia relacion con el hombre) que no habia uno que manejando el timon á la entrada de la noche dejase de observar aquel fenómeno.

Despues de repetidas observaciones hechas con sus dos brújulas (pues tenia dos para su uso particular, una en la popa y otra en su cámara) y despues de haber recurrido á las otras dos que habia en la vitácora, Colon se vió precisado á confesarse á sí mismo que las cuatro brújulas variaban igualmente unos seis grados de su direccion ordinaria. En vez de dirigirse hácia el verdadero Norte, ó al menos hácia un punto del horizonte que estuviera exactamente debajo de la estrella polar, las cuatro agujas se inclinaban de cinco á seis grados hacia el Oeste. Era aquel un trastorno tan nuevo como incalculable de las leyes de la naturaleza, tales como se comprendian entonces, y amenazaba encontrar mayores dificultades para conseguir los resultados de aquel viage, puesto que nuestros marineros no podrian ya contar con entera confianza, con su principal guía, y dirigir el timon con certeza de seguir su rumbo en las noches oscuras y cuando el tiempo estuviese nublado. Sea de ello como quiera, el primer pensamiento del almirante en aquellos momentos, fué prevenir el mal efecto que semejante descubrimiento habia de producir probablemente en unos hombres tan dispuestos de antemano á mirar con prevencion todos los acontecimientos.

—Tendrás el mayor cuidado de no hablar á nadie de semejante cosa, Sancho, le dijo. Toma otro doblon para añadir á tus ahorros.



—V. E. perdonará á un pobre marino si se muestra desobediente para recibir ese presente. No parece sino que se han empleado medios sobrenaturales en este negocio, y como pudiese ser que el diablo haya andado en este milagro para impedirnos el ir á convertir á esos infieles de que me habeis hablado en varias ocasiones, prefiero conservar mi alma tan libre y tan pura como lo está respecto á semejante cosa, porque nadie sabe de qué armas podemos vernos obligados á echar mano, si tenemos que habérnoslas con el mismo diablo.

—¿Pero al menos me darás palabra de ser discreto?

—Fiad en mí en cuanto á eso, señor almirante. Ni una palabra acerca de este asunto saldrá de mis labios hasta que V. E. me dé permiso para ello.

Despidióle Colon y dirigió los ojos á Luis, que habia escuchado en silencio, pero con la mayor atencion, cuanto acababa de decirse.

—Don Cristóbal, dijo alegremente el jóven, parece que habeis quedado desconcertado con la mudanza ocurrida en las leyes ordinarias de la brújula. En mi opinion, lo que creo mas conveniente es que nos entreguemos enteramente en manos de la Providencia; puesto que para cumplir sus designios nos ha conducido aquí en medio del Atlántico, no es de presumir que trate de abandonararnos en el momento mismo en que tenemos mas necesidad que nunca de su ayuda.

—Dios crea en el corazon de sus servidores el deseo de ejecutar sus designios, don Luis; pero sus agentes, que solo son hombres, están obligados á emplear los medios naturales, y para emplearlos con algun provecho es preciso comprenderlos. Yo considero este fenómeno como una prueba de que nuestro viaje debe dar por resultado descubrimientos de una considerable importancia, y entre los cuales quizás encontremos un cabo que nos conduzca á la esplicacion de los misterios de la aguja tocada al iman. Las riquezas minerales de la España difieren en cierto modo de las de Francia, porque, aunque ciertas cosas son comunes á toda la tierra, las hay tambien que son peculiares de ciertos paises. Podemos tal vez encontrar regiones en que abunde la piedra iman, ó quizás nos hallemos en este momento en la inmediacion de alguna isla que ejerza sobre nuestras brújulas una influencia que no nos es dado explicar.

—¿Se sabe si alguna isla ha producido alguna vez efecto sobre la aguja?

—No, y aun dudo que eso sea muy probable, aunque todo es posible. Pero aguardaremos con paciencia nuevas pruebas de que este fenómeno es real y permanente antes de discurrir mas sobre una cosa nada fácil de comprender.

No se volvió á tratar de semejante asunto; mas una circunstancia de tamaña gravedad no pudo menos de proporcionar al célebre navegante una noche de insomnio y de zozobra. Durmió muy poco, y sus ojos se dirigian á menudo hácia la brújula que estaba en su cámara. Levántose, además, muy temprano para volver á mirar la estrella polar antes de que su brillo se apagase con la aparicion de la luz del día, é hizo nuevamente una comparacion entre la posicion de un cuerpo celeste que le era tan familiar y la direccion de las agujas de la brújula. Este examen dió por resultado un ligero aumento en la variacion, y contribuyó á confirmar las observaciones de la noche anterior. El resultado de sus cálculos fué que sus buques habian hecho cerca de cien millas en las últimas veinte y cuatro horas, y entonces creyó hallarse á cerca de seis veces igual distancia al Oeste de la isla de Hierro, á pesar de que los mismos pilotos no se creian sobre poco mas ó menos tan lejos.

Como Sancho guardó su secreto, y como los ojos de los demas timoneros no eran tan observadores como los suyos, la importante circunstancia de que acabamos de hacer mencion se escapó por el pronto á la atencion general. Solo por la noche era cuando podia observarse la variacion por medio de la estrella polar, y era además tan leve, que únicamente un ojo muy acostumbrado po-

dia advertirla. El día y la noche del 14 pasáronse, por lo tanto, sin que se alarmase la tripulacion, con tanta mas razon, cuanto que habiéndose echado el viento, las embarcaciones no pudieron avanzar mas que unas sesenta millas al Oeste. Sin embargo, Colon anotó la diferencia, por mas leve é insignificante que fuese la variacion, y con la exactitud de un navegante tan diestro como instruido, aseguróse bien de que la aguja variaba gradualmente cada vez mas hácia el Oeste, aunque de un modo imperceptible.

## CAPITULO XVIII.

Al día siguiente, sábado 15 de setiembre, la flotilla se encontraba á diez jornadas de la Gomera, y contábase ya el sexto día desde que nuestros aventureros perdieron de vista la tierra. La semana fué abundante en sinistros presentimientos, á pesar de que la costumbre lo iba ya desvaneciendo, y los marineros mostraban menos zozobras que las que habian tenido tres ó cuatro días antes. Sus temores se iban amortiguando, faltos de estimulante; pero no por eso se habian estinguido, y aun estaban prontos á volverse á manifestar al primer suceso azaroso que pudiera ocurrir.

El viento seguia siendo favorable, aunque leve, y el cálculo de la navegacion durante las últimas veinte y cuatro horas solo anunciaba un adelanto de cien millas hácia el Oeste. Por espacio de dicho tiempo Colon no separó casi su atencion de las brújulas, y observó que mientras los buques se movian lentamente hácia el Oeste, las agujas se pronunciaban mas y mas en la misma direccion, si bien por medio de cambios casi imperceptibles.

El almirante y Luis habian contraido de tal modo la costumbre de una constante intimidacion, que se acostaban y se levantaban comunmente ambos á un mismo tiempo. Aunque el jóven conde no conocia lo bastante los riesgos que corria para que experimentase serias inquietudes, y que así por carácter como por temperamento era incapaz de sentir alarma alguna por frivola que fuese, sin embargo, ya principiaba á inspirarle el resultado de aquella aventura un interés sobre poco mas ó menos parecido al de un cazador que persigue con avidez una pieza: si Mercedes no hubiera existido, le hubiera costado tanto trabajo como á Colon el volverse á España sin haber visto el Cathay. Hablaban sin cesar de su situacion y de sus esperanzas, y Luis tomaba tan á pechos su posicion, que poco á poco se iba encontrando en estado de juzgar de las circunstancias que podian influir en la duracion y en el éxito del viaje.

En la noche de aquel mismo día Colon y su supuesto secretario se hallaban solos sobre la popa, y conversaban, segun costumbre, acerca de las señales del tiempo y de los acontecimientos del día.

—La *Niña* tenia algo que decirnos ayer tarde, don Cristóbal, dijo Luis; yo estaba en nuestra cámara ocupado en escribir mi diario, y no pude enterarme de qué se trataba.

—Su tripulacion habia visto uno ó dos pájaros de una casta que, segun dicen, no se separa mucho de la tierra; es posible que se encuentren islas á corta distancia, pues jamás ha atravesado el hombre una tan vasta estension de mar sin hallarlas; pero nosotros no podemos detenernos en buscarlas; el descubrimiento de unas islas era una compensacion bien leve de la pérdida de un continente.

—¿Y seguís notando esa inexplicable mudanza en la direccion de las agujas?

—Continúa todo en el mismo estado, lo cual prueba la realidad del fenómeno. Lo que yo temo mas que nada es el efecto que esta circunstancia podria producir en nuestras tripulaciones cuando lleguen á saberlo.

—¿No sería fácil persuadirles de que si la aguja se inclina hácia el Oeste es una indicacion que nos hace la

Providencia de que debemos perseverar en nuestro viage y avanzar hácia este mismo lado?

—La idea no deja de ser ingeniosa, Luis, repuso el almirante sonriendo; pero el temor les ha aguzado mucho la inteligencia, y su primera pregunta sería dirigida á saber por qué razon la Providencia nos priva de los medios de saber dónde vamos, si es cierto que desea que sigamos un rumbo determinado.

Una grande exclamacion lanzada desde cubierta por los que estaban de cuarto interrumpió aquella conversacion, y una claridad tan viva como repentina vino á disipar en un momento la oscuridad de la noche, iluminando los tres buques y el Océano como si un millon de lámparas hubiesen esparcido su resplandor sobre toda aquella parte. Un globo de fuego atravesó el espacio, y parecia que se hundía en la mar á algunas leguas de distancia, ó en los límites del Océano visible, causando su desaparicion una oscuridad tan profunda como brillante habia sido aquella claridad extraordinaria y momentánea. Aquello era un meteoro, pero un meteoro de esos que solo se vé uno en cada generacion, si acaso no se presenta aun mas de tarde en tarde. Los supersticiosos marineros no dejaron de contar aquel incidente entre los presagios que acompañaban á su viage, considerándolo unos como favorable y otros como de mal agüero.

—¡Por Santiago! exclamó don Luis apenas aquella luz hubo desaparecido; don Cristóbal, nuestro viage no me parece que ha de concluir sin que los elementos y otros poderes no menos terribles nos den algo que hacer. Sean favorables ó no semejantes prodigios, lo cierto es que nos hacen aparecer como distintos de los demas hombres que se hallan entregados á una ocupacion cualquiera.

—Así sucede con el entendimiento humano, Luis; sáquesele del círculo de sus costumbres y de sus diarias obligaciones, y solo ve maravillas en los mas sencillos cambios de tiempo, sin pensar que tales fenómenos no tienen relacion alguna con las leyes comunes de la naturaleza, y que solo son milagros para su imaginacion. Estos meteoros no suelen escasear, especialmente en las bajas latitudes, y no son un presagio favorable ni adverso para nuestra empresa.

—Si no es quizá, señor almirante, en cuanto pueden influir en el ánimo y en la imaginacion de nuestros marineros. Sancho me dijo que existe entre ellos un descontento que crece diariamente, y que, aunque parecen tranquilos, su repugnancia hácia este viage no cede ni un ápice.

A pesar de la opinion del almirante y del trabajo que él se tomó despues en explicar aquel fenómeno á su tripulacion, es evidente que el paso de aquel meteoro habia causado no solo una profunda impresion en el ánimo de los que lo habian presenciado, sino que pasando la historia de boca en boca cada vez que se relevaba un cuarto, llegó á ser un objeto de animada discusion durante la noche. Mas sin embargo, aquel incidente no produjo una decidida manifestacion de descontento, y aun no faltaba quien lo mirase como un presagio favorable; pero la mayoría veía en él un aviso dado por el cielo para que renunciase á una impia tentativa, cuyo objeto se dirigia á penetrar en los misterios de la naturaleza que el mismo Dios, segun decian, no habia juzgado conveniente revelar al hombre.

A pesar de todo, la flotilla seguia siempre navegando hácia el Oeste. El viento habia cambiado muy á menudo de fuerza y de direccion; pero nunca tanto que los buques se viesen obligados á recoger velas ni á desviarse del rumbo que el almirante les habia trazado. Creian dirigirse directamente al Oeste; pero vista la declinacion de la brújula, navegaban al Oeste cuanto Sud-Oeste, y se iban por grados aproximando á los vientos tropicales, no contribuyendo poco á empujarlos á aquel lado la violencia de las corrientes.

Durante los dias 15 y 16 del mes siguió la escuadra

separándose de las costas de Europa unas doscientas millas; pero Colon persistió en la precaucion de disminuir la distancia adelantada en el resultado de sus cálculos que esponia á la pública curiosidad. Este último dia era domingo, y los deberes religiosos, que pocas veces se descuidaban entonces á bordo de un buque cristiano, produjeron un profundo y sublime efecto en el ánimo de aquellos aventureros. Hasta entonces el tiempo habia estado como suele en aquella estacion, y ya habia caído un agua menudita que templó el escesivo calor; un viento agradable procedente del Sud-Oeste sucedió á la lluvia, el cual parecia impregnado de un olor perfumado que recordaba la tierra. Reuniéronse las tripulaciones para rezar las oraciones de la noche, habiéndose aproximado los tres buques en aquellas propicias circunstancias como para formar un mismo templo en honor de Dios en medio de aquellas vastas soledades del Océano, que probablemente no habian visto jamás vela alguna surcando sus aguas.

El júbilo y la esperanza se manifestaron concluido aquel acto piadoso, y aun fué mayor la expansion de estos dos sentimientos al escucharse un grito lanzado por el vigía del palo mayor, que alargaba un brazo hácia adelante y un poco á sotavento, como si hubiese visto hácia aquel lado alguna cosa que le llamaba particularmente la atencion. Cada buque hizo dar á su timon un ligero movimiento, y al cabo de algunos minutos entró la flotilla en un campo de yerbas marinas que cubrian la superficie del mar en una estension de muchas millas. Los marineros no pudieron menos de acoger aquella señal de la proximidad de la tierra con grandes aclamaciones, y aquellos mismos que hacia poco habian estado á punto de abandonarse á la desesperacion, se entregaron á los mayores trasportes de alegria.

A la verdad, aquellas yerbas eran suficientes para hacer renacer la esperanza en el corazon del marino mas experimentado. A pesar de que algunas habian perdido su frescura y lozania, la mayor parte de ellas parecian recién arrancadas de las peñas ó de la tierra donde habian nacido; los mismos pilotos no dudaban de la proximidad de la tierra. Viéronse tambien muchos pescados de la familia de los atunes, y la tripulacion de la *Nina* consiguió atravesar uno con un arpon. Los marineros se abrazaban llorando unos á otros, y se apretaban las manos como felicitándose muchos de los que la víspera habrian rechazado bruscamente semejante demostracion.

—¿Participais vos de estas esperanzas, don Cristóbal? preguntó Luis. ¿Deberemos creer que estas yerbas marinas anuncian que nos acercamos á las Indias, ó es solo una vana esperanza?

—Nuestra tripulacion se equivoca si cree que nuestro viage está á punto de terminarse, Luis. El Cathay debe distar aun mucho de nosotros; no hemos navegado todavía mas que 360 leguas desde que perdimos de vista la isla de Hierro, y segun mis cálculos, eso solo puede ser á lo mas la tercera parte del viage. Aristóteles asegura que habiendo sido algunos buques de Cádiz arrojados al Oeste por un fuerte huracan, hallaron un mar cubierto de yerbas, y en el cual habia tambien gran número de atunes. Y habeis de saber que los antiguos creian que este pescado veía mejor con el ojo derecho que con el izquierdo, sin duda porque al atravesar el Bósforo para dirigirse hácia el Euxino los atunes seguian la orilla derecha, y al regresar en opuesto sentido seguian la orilla izquierda.

—¡Válgame San Francisco! exclamó Luis soltando la carcajada; ya no es extraño, sabiendo eso, que algunas personas que solo veian con un ojo no hayan encontrado su casa. ¿Y no dice Aristóteles ó algun otro de los antiguos con qué ojo miraban la hermosura, y si sus ideas acerca de la justicia eran las de aquel juez que estaba pagado por ambas partes contrarias?

—Aristóteles solo habla de la aparicion de estos peces en las yerbas del Océano lo mismo que nosotros los vemos ahora mismo. Los marinos de Cádiz se imagina-



ron hallarse en los alrededores de algunas islas sumergidas, y como el viento se lo permitía, se volvieron pies atrás. A mi modo de ver, nosotros nos hallamos en los mismos sitios, mas yo no pienso regresar á tierra á menos que no haya alguna isla aqui en el Océano, como para descanso entre las costas de Europa y las de Asia. Sin duda la tierra de donde proceden estas yerbas no debe distar mucho; pero me importa bien poco verla ó descubrirla. El Cathay es mi objeto, don Luis; yo busco continentes y no islas.

En el día sabemos que, si Colon no se equivocaba creyendo que no hallaria un continente á tan corta distancia de la Europa, se engañaba al menos en suponer que existiese isla alguna en aquellas cercanías. ¿Mas aquellas yerbas se habian reunido allí impelidas por las corrientes, ó proceden del fondo del mar, de donde habrán sido arrancadas por la accion de las aguas? Acerca de esto no ha podido adquirirse aun perfecta certidumbre, aunque la última opinion sea la mas generalmente adoptada, puesto que existen grandes baraderos por aquella parte del Océano. Segun esta suposicion, los marinos de Cádiz se acercaban mas á la verdad que lo que al pronto se creía, pues una isla sumergida tiene todos los caracteres de un baradero, á escepcion solo de aquellos que se suponen como inherentes á su formación.

No se descubrió tierra alguna. Los buques continuaban navegando á razon de cinco millas por hora poco mas ó menos, separando á derecha é izquierda las yerbas que á veces se encontraban amontonadas ante ellos; pero sin que originasen ningun grave obstáculo á su marcha. En cuanto al almirante, deseaba ardentemente no encontrar las islas que él creía á corta distancia, pues eso hubiera en cierto modo contrariado la inmensa elevacion de sus miras, su bien conocida opinion acerca del gran problema geográfico que se proponia resolver, y por último, su invencible resolucion de persistir en sus proyectos hasta haberlos dado cima. La flotilla avanzó en aquellas 24 horas mas de cien millas al Oeste, colocándose casi á igual distancia de los meridianos que limitan la costa occidental y oriental de ambos continentes, si bien mas cerca del Africa que de la América, segun el paralelo de latitud sobre que marchaban. Como el viento continuaba favorable, las tres embarcaciones permanecieron á corta distancia una de otra, haciendo la *Pinta* recogido velas al efecto.

Al otro día de haber encontrado las yerbas marinas, (esto es; el lunes 17 de setiembre, ó sea el octavo día despues de haber desaparecido la isla de Hierro), Martin Alonso Pinzon llamó con su bocina á la *Santa Maria* durante el cuarto de doce á cuatro, y anunció al timonero que se hallaba sobre cubierta que él pensaba examinar la amplitud del sol tan pronto como este astro hubiese bajado lo suficiente hácia el poniente, con el objeto de ver hasta qué punto conservaban su virtud las agujas de sus brújulas; y en consecuencia de esto, se pensó que seria mejor que esta observacion, de que suelen valerse los marinos, se hiciese simultáneamente en los tres buques para que el error que pudiese resultar en uno de ellos se rectificase por los cálculos de los otros.

Colon y Luis estaban durmiendo la siesta en su cámara, cuando el primero sintió que le tiraban por la espalda, señal que se usa entre los marinos y de la cual ninguno de ellos se estraña. El célebre navegante se despertó al instante, pues un solo minuto le bastaba á él para pasar del mas profundo sueño á la mas completa posesion de todas sus facultades.

—Señor almirante, dijo Sancho, pues él era el que venia á despertarle, es preciso que os levanteis. Todos los pilotos están sobre cubierta, y se disponen á examinar la amplitud del sol apenas los cuerpos celestes se hallen en lugar conveniente.

—¡ La amplitud del sol! exclamó Colon levantándose rápidamente. ¡ Vaya una noticia á fé mia! ¡ Pues ya podemos contar con el efecto que eso ha de producir en la tripulacion!

—Eso mismo me ha ocurrido á mi, señor, porque el marino tiene casi tanta fé en la aguja como el sacerdote en la bondad de Dios. Nuestra gente se halla ahora tranquila, pero Dios sabe lo que habrá de suceder luego.

El almirante despertó á Luis, y en cinco minutos se hallaban ambos en su puesto ordinario sobre la popa. Colon habia adquirido tan alta reputacion por su destreza en la navegacion (pues sus cálculos eran siempre exactísimos, aun cuando se opusiesen á todos los de los pilotos de la flota), que estos no se mostraron descontentos al ver que él no tenia ánimo de tomar en sus manos instrumento alguno, y que parecia estar dispuesto á abandonar á sus conocimientos y esperiencia el cuidado de hacer la observacion. El sol fué descendiendo lentamente, y aprovechando el instante oportuno, los pilotos dieron principio á su trabajo de la manera que en aquella época se acostumbraba. Martin Alonso, el mas hábil y el mas instruido de todos los pilotos de la expedicion, fué el primero que terminó su observacion. Desde lo mas elevado de la popa, el almirante dominaba el alcázar de la *Pinta*, que solo distaba unas cincuenta toesas de la *Santa Maria*, y pronto descubrió á Martin Alonso, que yendo de una á otra brújula permanecia como absorto. A los pocos instantes el esquite de la *Pinta* fué echado al mar; hizose una señal al navio almirante para que recogiese velas, y aquel mismo esquite emprendió su camino atravesando las yerbas que cubrian todavia la superficie de las aguas. Cuando Martin Alonso llegaba por un lado á bordo de la *Santa Maria*, su hermano Vicente Yañez, que mandaba la *Niña*, hacia lo mismo por el otro. Poco rato despues se hallaban ambos al lado de Colon sobre la popa, á donde les siguieron Sancho Ruiz y Bartolomé Roldan, pilotos del almirante.

—¿ Qué significa esto, Martin Alonso? preguntó Colon con la mayor calma. ¿ Cómo es que vuestro hermano, vos mismo y estos buenos pilotos venis á mi encuentro con tal precipitacion como si tuviéseis que darne algunas buenas noticias del Cathay?

—Señor almirante, solo Dios puede saber si alguno de nosotros logrará ver ese apartado pais ó cualquiera otra costa á la cual los marinos tengan que arribar ayudados de la brújula, repuso Martin Alonso, que apenas podia respirar. Hemos comparado nuestros astrolabios, y ha resultado que todos sin escepcion alguna se apartan del verdadero norte mas de una cuarta parte.

—¡ Eso seria á la verdad maravilloso! Os habreis sin duda alguna equivocado en vuestras observaciones, ú omitido algun requisito en vuestros cálculos.

—Dispensadme, noble almirante, dijo Vicente Yañez como en apoyo de su hermano; hasta las agujas de la brújula se han alterado tambien, y refiriéndole esta circunstancia al mas antiguo timonero de mi buque, me anunció que la noche anterior la estrella polar no estaba confoi me con su astrolabio.

—No falta quien aqui dice otro tanto, añadió Ruiz, y tambien quien se atreveria á jurar que esa maravilla se ha notado desde que hemos entrado en este mar tan cubierto de yerbas.

—Todo ello puede ser cierto, señores, sin que por eso haya que temer contratiempo alguno, repuso Colon con tranquilo ademan y serena frente. Ya se sabe que todos los cuerpos celestes tienen sus alteraciones, algunas de las cuales son irregulares, mientras otras son mas conformes á ciertas reglas ya establecidas. Otro tanto sucede con el sol que da vuelta á la tierra en el corto espacio de 24 horas, sin que deje por eso de tener otros movimientos menos sensibles, y que la prodigiosa distancia á que se encuentra de nosotros nos impide conocer y sentir. Muchos astrónomos han creído haber descubierto aquellas variaciones, porque han visto en el disco de su órbita algunas manchas que han desaparecido en seguida, como si se hubiesen ocultado detrás de la forma de aquel grande astro. No puede menos de reconocerse que la estrella polar ha sufrido alguna leve inclinacion, y que aun continuará moviéndose de ese modo por espacio

de un corto tiempo, hasta que, á no dudarlo, se la verá tomar su posicion ordinaria. Entonces nos convencemos de que su escentricidad momentánea en nada habrá cambiado su habitual armonía para con la aguja. Observad esta noche con cuidado la estrella polar, tomad nuevamente la amplitud del sol mañana por la mañana, y estoy seguro de que la exactitud de mi conjetura quedará probada por la regularidad del movimiento del cuerpo celeste. Lejos de desanimarnos por semejante señal, deberíamos mejor darnos el parabien de haber hecho un descubrimiento que no podrá menos de ensanchar el dominio de la ciencia.

Viéronse por consiguiente obligados los pilotos á contentarse con aquella manera de resolver la cuestion, á falta de otros medios de explicarse; permanecieron largo rato sobre la popa hablando de tan estraña circunstancia, y como los hombres, por mucha que sea su ceguera, acaban casi siempre á fuerza de razones por tranquilizarse ó someterse al temor, aquella conversacion les condujo al primero de estos dos resultados. Esto siempre era una ventaja; mas por lo que hacia á los marineros, la dificultad estaba aun en pie. Y efectivamente, apenas las tripulaciones de los tres buques llegaron á saber que las agujas principiaban á separarse de su ordinaria direccion, se apoderó de todos sus individuos, casi sin escepcion, una inesplicable desesperacion.

Los servicios de Sancho Mundo fueron en aquella ocasion de la mayor utilidad. El terror pánico llegó á su mas alto grado, y toda la tripulacion de la *Santá Maria* se disponia á presentarse al almirante y á exigir que en el momento volbiesen en proa las carabelas al Nordeste, cuando Sancho interpuso su mediacion y echó mano de sus conocimientos é influencia para apaciguar el tumulto. El primer medio á que recurrió aquel leal marino para hacer entrar en razon á sus camaradas fué el jurar, sin restriccion alguna, que no siempre la estrella polar y la aguja estaban tan acordes, de lo cual habia sido testigo ocular en mas de veinte ocasiones, sin que por ello hubiese jamás sucedido ningun contratiempo. Además, consiguió que los marinos mas antiguos y experimentados observasen cuánta era exactamente la diferencia que existia, á fin de ver al dia siguiente si esa diferencia habia aumentado en la misma direccion.

—Si acaso hubiese aumentado, camaradas, decia, esa será señal de que la estrella polar está en movimiento, puesto que todos nosotros podemos ver que las brújulas conservan precisamente la misma posicion que á nuestra salida de Palos. Ahora bien, cuando de dos objetos el uno está en movimiento, y se sabe positivamente cuál de ellos permanece inmóvil, no existe gran dificultad en determinar cuál sea el que varia de puesto. Ven acá, Martín Martinez, (este era uno de los mas revoltosos) de poco sirven las palabras cuando puede probarse con hechos lo que se va á decir. ¿Ves esos dos ovillos de cuerda que están sobre las guindalezas? Pues bien: se quiere saber cuál de los dos va á permanecer ahí y cuál va á desaparecer: tomo el mas pequeño, como ves, y dejo allí el mas grande. Por consiguiente, como queda uno tan solo, y es este uno el mas grande, resulta bien claramente que el que he tomado es el mas pequeño. Sostengo por lo tanto que el que se atreva á negar una cosa tan fácil y sencilla de probar, no sirve para dirigir una caravela valiéndose de la aguja y de la estrella polar.

Martín Martinez, aunque alborotador de primer orden, no era, sin embargo, muy fuerte en la lógica, y como Sancho, para apoyar sus demostraciones, no escaseaba los juramentos, su partido vino á ser bien pronto el mas numeroso. Asi como á un rebelde estúpido y de cortos alcances nada le da mas ánimo que verse en el partido del mas fuerte, nada le desconcierta por el contrario tanto como el verse en minoria: Sancho, pues, consiguió atraer á la mayor parte de sus camaradas á que aguardasen á ver el resultado de las cosas en la mañana siguiente antes de dar el menor paso temerario.

—Has obrado en todo con el mayor acierto, Sancho,

le dijo Colon cuando una hora despues de esta escena vino el antiguo marino con el mayor secreto á su cámara á darle cuenta del estado en que él habia dejado los ánimos; te has portado á las mil maravillas, á escepcion de haber jurado que tú habias visto ya igual fenómeno. Yo he navegado por todos los mares conocidos, he hecho todas mis observaciones con el mayor detenimiento, y he tenido infinitas ocasiones de hacerlas; mas á pesar de esto, jamás he visto á la aguja variar de direccion con respecto á la estrella polar. Con que no creo yo que lo que se ha escapado á mi atencion haya ido á llamar la tuya.

—Vos me injuriáis, señor almirante, y abris en mi honor una profunda herida que solo con un doblon podrá curarse veces.

—Tú sabes bien, Sancho, que á nadie causó mas sorpresa que á ti la declinacion de la aguja la primera vez que la echaste de ver. Tus temores fueron tales, que te obligaron á renunciar una moneda de oro, flaqueza de que no sueles adolecer muchas.

—Cuando se notó la declinacion por primera vez, señor, todo eso sucedió tal como decis; pero para que veais que no trato de engañar á quien tiene mas penetracion que todos los demas hombres, yo confesaré que entonces estaba persuadido de que era tan escasa la esperanza que alimentábamos de volver á ver á España y á Moguer, que nada importaba quien era el almirante y quién el simple timonero.

—Y por consiguiente, quieres ahora echarla de valiente y negar que tú te alarmaste. Dí, ¿no has jurado á tus camaradas que tú habias ya presenciado una declinacion semejante de la aguja, y que esto habia sucedido mas de veinte veces.

—Pues bien: eso mismo que dice V. E. es una prueba de que un caballero puede hacer un excelente virey y un perfecto almirante y saber cuanto esté pasando en el Cathay sin tener las mayores nociones de historia. Yo he repetido esta noche á mis camaradas, señor almirante, que ya habia yo visto otra declinacion semejante, y si me viese atado al madero para ser quemado como un mártir (que tal será algun dia la suerte, á mi modo de ver, de los que quieren llevar la honradez hasta el estremo) entonces apelaria al testimonio de V. E. para confirmar la verdad de mis palabras.

—Hariais muy mal en escogermelo por testigo, Sancho, pues yo jamás he jurado en falso, ni incitado á nadie á que lo hiciese.

—Pues entonces me dirigiria á don Luis de Bobadilla ó á Pedro Muñoz que está presente, repuso el imperturbable Sancho; porque un hombre á quien se acusa inoportunamente tiene derecho á probar su inocencia, y lo que es pruebas no habian de faltarme. V. E. tendrá presente que en la noche del sábado 15 fué cuando yo le revelé por primera vez aquella alteracion, y que estamos ahora en la noche del lunes 17. Ahora bien, yo he jurado ya que habia observado en veinte ocasiones este fenómeno, segun le llaman, y para aproximarme mas á la verdad debí decir doscientas, pues casi no he hecho otra cosa durante estas cuarenta y ocho horas.

—Basta, basta, Sancho; veo que tu conciencia es elástica; sin embargo, tú sacas tu utilidad de ello. Lo principal es que trates de conservar á tus camaradas en tu actual disposicion de ánimo.

—Yo no dudaré que sea la estrella la que se mueva, como dice V. E., y me ocurrirá á mí si estaremos mas cerca del Cathay que lo que creemos, y algun espíritu maligno se habrá entretenido en imprimirla semejante movimiento para hacernos perder el rumbo de aquel pais.

—Anda á acostarte, perillan, y no olvides tus pecados. Toma este doblon, y acuérdate de ser discreto.

Al siguiente dia por la mañana la tripulacion de cada uno de los buques aguardaba con la mayor impaciencia el resultado de las nuevas observaciones. A pesar de que el viento no era mucho, continuaba, sin embargo, muy favorable, y como se habia encontrado una corriente que



conducía al Oeste, se hicieron en aquellas veinte y cuatro horas mas de 150 millas, lo que no pudo menos de hacer mas sensible el aumento de la declinacion, circunstancia que confirmó la profecía que Colon se habia aventurado á hacer á consecuencia de sus observaciones precedentes. La ignorancia se deja engañar con tanta felicidad por todo aquello que le parece digno de aplauso, que aquella circunstancia hizo desaparecer por el pronto todas las dudas, y se creyó generalmente que la estrella habia variado de posicion y que la aguja conservaba toda su virtud.

Hasta qué punto se engañó el mismo Colon con sus propias razones, ese es todavia hoy un objeto de duda. El haber á veces tratado de alucinar á sus compañeros por medio de tretas que pueden considerarse sin malicia, puesto que solo se dirigian á hacerles cobrar ánimo, eso mismo prueba la poca exactitud del cálculo engañoso de lo que diariamente se adelantaba segun lo esonia á los ojos de todos los que estaban á bordo, mientras que él se reservaba el verdadero, pero no existe prueba alguna de que la circunstancia de que se trata fuese una de aquellas en que recurrió á medios de esa especie. Aun antes de que se hubiese conocido la variacion de la brújula, ningun hombre, por entendido que fuese, creía que la aguja magnética se dirigiese precisamente á la estrella polar, siendo considerada como accidental la coincidencia de la direccion de la aguja y de la posicion de aquel cuerpo celeste. Se puede, pues, razonablemente suponer que el almirante, que debió cerciorarse sin duda de que la brújula que él poseia no habia perdido nada de su virtud, mientras que acerca de los movimientos de la estrella solo podia asegurarse por una supuesta analogia, no era posible que se imaginase que un amigo que siempre le habia sido tan fiel le hubiese abandonado de repente; asi es que se encontraba dispuesto á rechazar todo el misterio de aquel fenómeno sobre un cuerpo que ocupaba un puesto mucho mas apartado en el espacio. Hánse emitido dos opiniones contradictorias acerca del grado de conviccion del célebre navegante con respecto á la teoría que él trataba de establecer en aquella circunstancia: la primera opinion era que él obraba de buena fé, la otra que se engañaba á sabiendas. Sea como quiera, lo cierto es que los partidarios de esta segunda opinion parece que argumentan de una manera bien poco concluyente, puesto que su principal argumento se apoya en lo inverosímil de que un hombre como Colon adoptase un error tan grosero en la ciencia de la navegacion en una época en que aquella ciencia no dejaba conocer la existencia del fenómeno en cuestion mas de lo que en la exactitud de su explicacion, porque no cabe duda que en el dia esplica la causa. Es posible, sin embargo, que el almirante no tuviese ideas bien fijas acerca del particular, aun suponiendo que estuviese dispuesto á creer en medio de la ignorancia de su siglo en astronomia y geografia, aquel hombre extraordinario descubrió muchas verdades exactas y sublimes que todavia no habian sido desenvueltas y demostradas con argumentos positivos.

Por fortuna la luz del dia, que facilitó el medio de cerciorarse de una manera indudable de la variacion de la aguja, dejó ver asimismo el mar cubierto todavia de yerbas y algunas otras señales que parecian prestar ánimo en el hecho de anunciar la proximidad de la tierra. Además, como la corriente seguia á la sazón igual direccion que el viento, la superficie del mar se presentaba tan llena como puede estarlo la de un lago, y las embarcaciones podian sin temor alguno sostenerse á pocas brazas una de otra.

—Señor almirante, dijo Martin Alonso Pinzon, estas yerbas son parecidas á las que crecen en las orillas de los rios, y yo creo que no hemos de estar muy lejos del embocadero de algun gran rio.

—Podrá ser así, respondió Colon, y es cosa bien fácil cerciorarse de eso gustando el agua. Que cojan un cántaro y haremos la prueba.

Mientras que Pepe aguardaba, para cumplir aquella orden, á que la *Santa Maria* hubiese atravesado un

gran monton de yerbas, la vista infatigable del almirante descubrió sobre la superficie de algunas de ellas que aun estaban frescas una langosta de mar que pugnaba por desenredarse, y mandó al timonero variarse el rumbo por un momento para poder cogerla.

—He aqui una magnífica presa, Martin Alonso, dijo Colon cogiendo la langosta entre el dedo pulgar y el indice para enseñársela; jamás se apartan estos animales de la tierra mas de ochenta leguas. Mirad, mirad allá alajo uno de esos pájaros blancos de los trópicos, que, segun dicen, jamás duermen en el agua. Dios sin duda alguna quiere favorecernos, y lo que hace además estas señales mas satisfactorias, es que vienen del Oeste, de ese Oeste tan oculto, desconocido y misterioso.

Una aclamacion general estalló en los tres buques á la vista de semejantes señales, y aquellos hombres, que hacia poco habian estado para entregarse á la mayor desesperacion, abrieron naevamente sus corazones á la esperanza y se apresuraron á tomar por presagios favorables los mas comunes incidentes del Océano. Habíase cogido agua á bordo de los tres buques: cincuenta bocas la probaron á un tiempo, y para que se vea cuál seria la exaltacion general, todos convinieron en que aquella agua estaba menos salada que de costumbre. La ilusion producida por tan inesperado hallazgo fué tan completa, y el sofisma de Sancho habia disipado hasta tal punto todos los recelos que tenian relacion con los movimientos de la estrella polar, que el mismo Colon, habitualmente tan prudente y reflexivo, no pudo menos de dejarse llevar de su natural entusiasmo, y se llegó á figurar que estaba á punto de descubrir alguna grande isla situada á mitad del camino entre el Asia y la Europa, honor que no era de despreciar, aunque bien corto, si se comparaba con sus elevadas esperanzas.

—A la verdad, Martin Alonso, dijo, esta agua parece que tiene menos sabor á la de mar, como suele suceder en la embocadura de los grandes rios.

—Mi paladar es de la misma opinion, señor almirante; y como una señal mas, la tripulacion de la *Niña* acaba de matar un atun que recoge á su bordo en este instante.

Aumentábanse las aclamaciones á medida que se iba presentando algun nuevo motivo para cobrar ánimo; y el almirante, cediendo al entusiasmo de los marineros, mandó desplegar todas las velas, y que cada uno de los tres buques tratase de adelantar á los otros para ver quién era el primero que descubria la isla que se esperaba encontrar. Aquella lucha estableció entre los tres una considerable distancia, pues la *Pinta* tomó con la mayor facilidad la delantera, mientras que la *Santa Maria* y la *Niña* la seguian no con tanta rapidez. Todo el dia se pasó en el mayor júbilo y alegría á bordo de aquellos tres buques, entonces aislados uno de otro, los cuales flotaban en medio del Atlántico sin que nadie fuese de ello testigo, y sucediéndose unos á otros horizontes sin verse por todas partes mas que agua solamente.

## CAPITULO XIX.

Al acercarse la noche, la *Pinta* recogió sus velas con objeto de que los otros dos buques pudiesen reunirse con ella. Todas las miradas se dirigieron entonces con afán hácia el Oeste, por cuyo lado se esperaba á cada momento descubrir la tierra. Sin embargo, los últimos resplandores de la tarde se extinguieron en el horizonte, y el Océano se cubrió de tinieblas sin que ocurriese cambio alguno material. Una agradable brisa soplabá aun por la parte del Sudeste, y la superficie del agua no se veia mas agitada de lo que pudiera estarlo la de un gran rio. La declinacion de las agujas y de la estrella polar continuaba aumentándose levemente, y nadie dudaba ya en atribuirlo á aquel cuerpo celeste. A pesar de todo, los buques continuaban avanzando hácia el Sud, dirigiendo su rumbo de hecho al Este, cuarto Sudoeste, cuando creian hacerlo al Oeste, única circunstancia que impidió á Colon llegar á las costas de Georgia ó de las Carolinas,

pues aunque no hubiera dado con las Bermudas, la corriente del estrecho de Bahama le hubiera infaliblemente conducido al Norte cuando se hubiera aproximado al continente.

La noche se pasó como de costumbre, y á medio día, es decir, á la conclusión del día náutico, la flota ya dejaba un dilatado espacio entre sí y el antiguo mundo. Las yerbas marinas iban desapareciendo, y con ellas los atunes, que sin duda alguna se alimentaban de lo que producían los baraderos situados á muchos miles de pies mas cerca de la superficie del agua que lo que suelen estar en el Atlántico. Los buques acostumbraban á conservarse el uno cerca del otro por el medio día con el objeto de comparar sus observaciones; mas la *Pinta* que rápida como el mas brioso corcel, era muy difícil de contener, continuó marchando delante hasta cerca del medio día. Entonces se puso al paíro, según costumbre, para dar tiempo á que llegase el almirante. Cuando se aproximó la *Santa Maria*, Martín Alonso Pinzón permaneció de pie con sombrero en mano hasta que la carabela se halló á distancia de poder hablar al almirante.

—Señor don Cristóbal, exclamó con tono jovial mientras que la *Pinta* disponia sus velas de manera que el almirante permaneciese en su estela, Dios nos concede nuevas señales que anuncian la tierra, nuevos motivos para cobrar ánimo. Hemos visto volar ante nosotros grandes bandadas de pájaros, y las nubes, hacia la parte del Norte, parecen cargadas y espesas como si estuviesen sobre una isla ó sobre un continente.

—Vuestras noticias son satisfactorias, digno Martín Pinzón; pero yo os suplicaria que tuviérais presente que todo lo mas que podré hallar sobre esta longitud será algun grupo de hermosas islas, pues lo que es el Asia se halla aun á gran distancia. Conforme vaya llegando la noche vereis á esas nubes que toman mas decididamente la forma de la tierra, y aun me inclino á creer que en este momento tenemos á izquierda y derecha algunos grupos de islas. Pero el Cathay es nuestro destino, y los hombres que tienen puesta su vista en ese objeto no pueden volverse atrás en su camino por consideracion alguna subalterna.

—¿Me dareis vuestro permiso, noble almirante, de volver á tomar la delantera con la *Pinta* á fin de que nuestros ojos sean los primeros que disfruten de la agradable vista del Asia? Yo no dudaré que la veamos antes del día.

—Marchad, valiente piloto, marchad, ya que así lo creéis; pero os advierto que no pueden aun vuestros ojos descubrir el continente. Sin embargo, como toda tierra es un descubrimiento en estos ignorados y remotos mares, y debe hacer honor á Castilla y á nosotros mismos, el primero que la vea se hará acreedor á una recompensa. Os concedo, pues, á vos y á otro cualquiera permiso para descubrir islas y continentes aunque sea por miles.

Esta ocurrencia hizo reír á las tripulaciones, pues cuando el corazón está satisfecho se ríe fácilmente, y en seguida la *Pinta* emprendió su rumbo delante de todos. Al ponerse el sol se la volvió á distinguir puesta al paíro para aguardar á los otros dos buques de conserva. Entonces solo parecia un punto negro ante el horizonte que brillaba con los gloriosos rayos del sol poniente. Por la parte del Norte presentaba el horizonte grandes masas de nubes, las cuales parecían ofrecer á la imaginación cimas de montañas, valles apartados, cabos y promontorios que la distancia hacia que apareciesen en escorzo.

Al día siguiente, por la primera vez desde que se hicieron sentir los vientos tropicales, el aire se presentó leve y vario. Las nubes fueron amontonándose sobre los navegantes, y descargaron una menuda lluvia. Muy corta distancia separaba á la sazón á los tres buques, y sus esquifes no cesaban de pasar y reparar de uno en otro.

—Señor almirante, dijo Martín Alonso presentándose sobre cubierta en la *Santa Maria*, yo vengo, por la

voluntad unánime de mi tripulacion, á suplicaros que dirijais el rumbo al Norte con objeto de buscar tierra, sea continente ó islas, que por aquella parte debe hallarse sin duda alguna, y de este modo aseguraremos á esta grande empresa la gloria que se debe á nuestros ilustres soberanos y á vos mismo, que habeis concebido la idea de este descubrimiento.

—La peticion es justa, mi querido Martín Alonso, y hecha en términos convenientes, mas sin embargo, no me es posible acceder á ella. Es probable sin duda que dirigiendo el rumbo hacia esa parte hiciéramos muy dignos descubrimientos; mas al obrar así nos alejamos tambien de nuestro objeto. El Cathay y el Gran Kan están al Oeste, y nosotros estamos aqui, no para añadir á los conocimientos de los hombres un grupo mas de islas semejantes á las Canarias ó á las Azores, sino para completar el círculo de la tierra y para abrir un camino á la cruz de Jesucristo en los países habitados desde largos tiempos por las infelices.

—¿Señor de Muñoz, nada diréis en favor de nuestra pretension? Vos tenéis favor con el almirante, y podríais quizá obtener que nos concediera lo que pedimos.

—Para deciros la verdad, Martín Alonso, respondió Luis, mas bien con ese tono desdenoso de un grande de España que se dirige á un piloto que con el aire de respeto de un secretario de una expedicion que contesta al oficial que es su segundo jefe, he tomado tal empeño en convertir al Gran Kan, que estoy ansioso de no detenerme aqui ni alli hasta que haya emprendido tamaña obra. Además, tengo observado que Satanás tiene menos poder sobre los que siguen el camino derecho, mientras consigue todas sus victorias sobre los que de él se desvian, y con ellos aumenta sus dominios.

—¿Con que me deshauciais completamente, noble almirante? ¿Y habremos de abandonar todas estas señales que han rehabilitado los ánimos sin tratar de seguir las para conseguir un resultado ventajoso?

—No veo que otra cosa podeis hacer, mi digno amigo. Esta lluvia anuncia la tierra, esta calma tambien la anuncia, y he aqui un viajero que nos lo indica aun mejor que nada. Mirad hacia la *Pinta*, donde parece que se dispone á descansar.

Pinzón y todos los que se hallaban inmediatos volvieron la cabeza hacia aquel punto, y vieron con tanto placer como sorpresa á un pelicano, cuyas alas estendidas tendrian diez pies de anchura, que volaba á algunas brazas sobre el mar, y que parecia dirigirse á la *Pinta*. Mas sin embargo, el ave aventurera, como si despreciase un buque de rango inferior, pasó sobre aquella carabela y vino á plantarse sobre una verga de la *Santa Maria*.

—Si esto no es una señal fija de la proximidad de la tierra, dijo Colón con grave tono, al menos es un seguro presagio de que Dios está con nosotros, lo cual vale aun mas todavía: es un aviso que nos da para animarnos y para confirmarnos en nuestro propósito de continuar sirviéndole hasta el fin. Esta es la primera vez, Martín Alonso, que veo un ave de esta especie alargarse mas de una jornada de la tierra.

—Otro tanto puedo yo decir, noble almirante, y como vos considero esta visita como un favorable presagio. ¿Pero no será tambien un aviso para que nos adelantemos hacia el Norte y busquemos tierra por aquel lado?

—No lo interpreto yo así; antes bien lo considero como un motivo mas para que sigamos nuestro rumbo. A nuestro regreso de las Indias podremos hacer un reconocimiento mas exacto y detenido de esa parte del Océano; pero siempre creeré que nada hemos hecho mientras no lleguemos á la India, y la India está á muchas leguas de nosotros. Sin embargo, ya que el tiempo es favorable, llamemos á nuestros pilotos y veamos donde colocará cada uno su embarcacion sobre la carta.

Reunieron en efecto todos los pilotos alrededor de la *Santa Maria*, y cada uno de ellos, despues de haber hecho sus cálculos, clavó un alfiler sobre la informe



carta (informe con respecto á exactitud, pero bellísima en cuanto á su ejecución), que el almirante, valiéndose de sus conocimientos, había hecho del Océano Atlántico. Vicente Yañez y sus compañeros clavaron su alfiler bastante adelante, á 440 leguas marinas de la isla de Gomera. Martín Alonso se separó un poco y clavó el suyo cerca de 20 leguas mas al Este. Cuando llegó su turno á Colón puso su alfiler 20 leguas aun mas atrás que el de Martín; sus compañeros, por lo que se vió, como menos hábiles calculistas, habían escedido la verdadera distancia. Despues que hubieron decidido lo que había de decirse á las respectivas tripulaciones, los pilotos regresaron cada uno á bordo de su embarcacion.

Parece, pues, positivo que Colón creyó que pasaba en aquella ocasion entre dos islas, y su historiador Las Casas, asegura que no se equivocaba en su conjetura. Pero si efectivamente han existido islas en aquella parte del Océano, han debido desaparecer hace largo tiempo, fenómeno que, sino es imposible, apenas puede considerarse como probable. Dicese que, aun en el siglo actual, se han visto algunas rompientes por aquellos parages, y no es inverosímil que existan ostensos bancos, á pesar de que Colón no encontró fondo con una sonda de 200 brazas. La escuadra aglomeracion de yerbas en aquellos parages, es un hecho que ha venido á hacerse auténtico por algunos de los mas antiguos monumentos de las pesquisas de los hombres, y esta circunstancia es debida probablemente á algun efecto de las corrientes que tiende á acumularlas de aquel modo.

En cuanto á las aves, debe considerárseles como individuos aislados, arrancados fuera de sus ordinarias residencias por buscar el alimento que les puede procurar la reunion de las yerbas y pescados. Las aves acuáticas pueden siempre vivir sobre el agua, y las demas que pueden hendir el aire á razon de 30 y aun de 50 millas por hora, solo necesitan una fuerza suficiente para atravesar el Océano Atlántico en cuatro dias.

A pesar pues, de todas estas señales favorables, las respectivas tripulaciones dejaron conocer bien pronto su nuevo desaliento. Sancho, que estaba en constante y secreta comunicacion con el almirante, tenia buen cuidado de informarle de la disposicion en que se hallaban los ánimos, y un dia le anunció que los marineros murmuraban mas que nunca, pues por efecto de una reaccion repentina, habían pasado de la mas viva esperanza á la desesperacion mas completa. Colón supo esta novedad en el momento de ponerse el sol el dia 20 de setiembre, á los once dias de haber perdido de vista la tierra, mientras el antiguo marino fingia estar ocupado en la popa, que era donde solia trasladar sus informes á su comandante.

—Se quejan de que el agua está poco agitada, continuó Sancho, y dicen que cuando reina el viento en estos mares, viene siempre del Este, porque no puede venir de otra parte; creen tambien que estas calmas son una prueba de que vamos entrando en una parte del Océano en donde el viento nos ha de faltar á lo mejor; y que de la parte del Este son enviados por la Providencia para arrojar allá á los que han caido en desgracia por una curiosidad que no ha sido creada para un ser como el hombre.

—Procura, Sancho, hacer recobrar ánimo á esos pobres diablos recordándoles que en todo tiempo hay calmas en los mares; y en cuanto á los vientos del Este, ¿no es acaso sabido que vienen de la costa de Africa, en las bajas latitudes y en toda estension, y que siguen al sol en su curso diario alrededor de la tierra? Yo confio que tú no abrigarás ninguno de esos temores.

—Yo procuro conservar mi corazón tranquilo, señor almirante, no teniendo delante de mí á nadie á quien avergonzar ni dejando atrás quien pueda echarme de menos. Sin embargo, yo me alegraría oír hablar un poco de las riquezas de esas apartadas regiones, porque observo que el recuerdo del oro y de las piedras preciosas que allí se encuentran ejerce una especie de encanto religioso sobre

mi flaqueza cuando me pongo á pensar en Moguer y en la buena vida que allí se pasa.

—Ya te entiendo, buena pieza; tu afición al dinero es insaciable; toma un doblón mas, y al mirarle procura imaginarte qué cantidad desearás de la moneda del Gran-Khan; porque á bien seguro que un gran monarca como aquel no puede carecer de oro, y se hallará sin duda dispuesto á repartirlo con los demas siempre que se presente ocasion para ello.

Sancho recibió aquel dinero, y dejó á Colón y á nuestro héroe en la popa.

—Seria conveniente, señor, dijo Luis, que pusiésemos un término á estas continuas mudanzas en las disposiciones de estos miserables aplicándoles el sable de plano y si es preciso de corte.

—No debemos recurrir á semejantes actos de severidad, amigo mio, sin tener mas fuertes razones que las que ahora tenemos. No creais que yo he pasado tantos años de mi vida solicitando los medios de llevar á cabo tan gran proyecto y que me haya lanzado hasta estos ignorados mares para prescindir así como se quiera de la ejecución de mis designios. Mas Dios no ha vaciado á todos los hombres en un mismo molde, ni ha dado al noble y al plebeyo igual facilidad para adquirir conocimientos. Mi imaginacion se ha fatigado mas de una vez argumentando sobre esta materia con grandes y con sabios para que no me halle en estado de soportar con paciencia la ignorancia del vulgo. Figuraos cuánto hubiere el temor aguzado el entendimiento de los doctos de Salamanca si nuestras discusiones se hubiesen celebrado en medio del Atlántico, en sitio á que hombre alguno ha llegado jamás y en donde solo hallarian una salida segura la ciencia y la razon.

—Eso es muy cierto, señor almirante; pero sin embargo, me parece que los caballeros que teniais por antagonistas no debian estar muy alarmados por el temor. ¿Qué peligros corremos nosotros aqui? Es verdad que nos hallamos en el vasto Océano y sin duda á algunos centenares de leguas de toda tierra conocida, pero por eso no nos hallamos menos seguros. ¡Por San Pedro! Yo he visto perecer mas hombres en una sola carga de los moros que los que caben en esta carabela, y correr sangre bastante para echarlos á nadar en ella.

—Los peligros que temen nuestros marineros, don Luis, hacen menos efecto que los que se corren en un combate contra los moros, pero no por eso dejan de ser tan terribles. ¿Qué manantial surtirá de agua á nuestros secos labios cuando se acabe la provision que tenemos? ¿Qué tierra nos suministrará subsistencias? Es cosa muy cruel el morir de hambre ó de sed, hallándose en este vasto Océano, ir perdiendo la vida por momentos, á veces sin los socorros espirituales y careciendo de sepultura cristiana. Estas son las ideas que alimentan los marinos, y es preciso no tratar de arrancárselas por la fuerza sino cuando el deber exija aplicar remedios estremos á ese mal.

—Páreceme don Cristóbal, que será buen tiempo de argumentar cuando nuestras pipas estén vacias y hayamos consumido nuestra galleta; pero hasta que esa época llegue, suplico á V. E. me permita aplicar esteriormente la lógica necesaria á la cabeza de esos tunos, en vez de tratar de introducirla en lo interior, porque dudo mucho que allí pueda caber cosa buena.

Colón conocía perfectamente el natural ardiente del jóven para que pensase en contestarle con seriedad, y ambos permanecieron por espacio de algun tiempo apoyados contra el palo de mesana examinando la escena que se ofrecia á sus ojos y reflexionando sobre las incertidumbres de su situacion.

Era de noche, y la figura de los que estaban de cuarto solo se distinguia por una leve claridad que no permitia enterarse de su fisonomía. Estaban reunidos en grupos sobre cubierta, y segun el tono animado de su conversacion, que era en voz no muy alta, parecia evidente que el objeto de ella era la calma que continuaba rei-

nando y los riesgos de que se creían amenazados. Delineábanse los contornos de la *Pinta* y de la *Niña* sobre un firmamento rodeado de toda su brillantez; sus indolentes velas descendían en festones como si fueran colgaduras, y sus negros costados permanecían tan inmóviles como si estuviesen amarrados en cualquier río de España. La noche era hermosa y agradable; pero la inmensa soledad y la profunda calma del Océano medio adormecido, y de rato en rato el crujido de una verga, traían á la memoria lá situación de los buques y daban á aquella escena un aire de solemnidad casi sublime.

—¿No veis volar alguna cosa por entre las jarcias, Luis? preguntó con cautela el almirante. O mi oído me engaña, ó yo oigo un ruido de alas, pero un ruido leve como si fuesen aves pequeñas.

—No os equivocais, don Cristobal; las veo que acaban de posarse en las vergas mas elevadas, y son unos pajarillos como los mas chicos de la tierra.

—Escuchad su alegre canto, Luis. Es una melodia parecida á la que podriamos disfrutar en uno de los bosquecillos de naranjos de las cercanías de Sevilla. ¡Alabado sea Dios! He aquí una muestra de la unidad y de la estension de su imperio, puesto que la tierra no puede distar mucho cuando unos pajarillos tan pequeños y delicados han emprendido su vuelo para venir hasta aquí.

Bien pronto se esparció la noticia de la aparición de los pájaros entre todos los que se hallaban sobre cubierta y sus cánticos dieron mas seguridad á los marineros que la mas completa demostración matemática, aunque hubiese estado fundada en los mejores principios de los conocimientos modernos.

—Yo bien te decia que la tierra no estaba muy lejos, exclamó Sancho con aire de triunfo dirigiéndose á Martín Martínez, su constante antagonista. Aquí tienes la mejor prueba, y prueba que ninguno se atreverá á negar, á no ser un traidor. Ya oyes el canto de los pájaros en las vergas, canto que no podría salir de la garganta de unas aves rendidas de fatiga, y que parecen tan alegres como si sus hijuelos estuviesen picando algun higo ó algun racimo en un huerto de España.

—Sancho, tienes razon, prorrumpieron les demas marineros: el aire trae ademas cierto olor á tierra, y el mismo mar encierra un no sé qué que anuncia su proximidad. ¡Dios no nos abandona, bendito sea su nombre! ¡Honra al rey nuestro señor y á nuestra benéfica soberana doña Isabel!

En aquel momento desapareció toda zozobra. El mismo almirante creyó que la aparición de aquellos pequeños pajarillos, cuyas alas eran de tan pequeña resistencia, era una prueba indudable de la inmediación de la tierra, de una tierra generosa por sus producciones y situada en un clima dulce y favorable; porque aquellos pajarillos que cantan como el sexo mas interesante de la raza humana, gustan de las escenas que están en armonía con sus placeres, sus inclinaciones y sus hábitos.

Sin embargo, la esperiencia ha hecho ver despues que Colon se equivocaba, por mas plausibles que fuesen los motivos de su error. Los hombres suelen á veces engañarse acerca de las facultades físicas de los animales inferiores de la creación, y en otras ocasiones exageran la estension de su instinto; y en efecto, un pajarillo de poco peso se veria menos espuesto á perecer en el Océano en una baja latitud que otro de mas cuerpo, aunque ni uno ni otro fuesen nadadores. Las mismas yerbas marinas ofrecerian infinitos sitios de reposo para las aves pequeñas, y aun á veces les surtirian probablemente de alimento. A la verdad, es poco verosímil que unos pájaros que solo viven sobre la tierra dirijan su vuelo hácia el mar desde una gran distancia; mas sin que hablemos de la fuerza de los vientos, que á veces arrastran á cien millas de la tierra al buho, ave de pesadas alas, el instinto, sin embargo, no es infalible, pues se encuentran con frecuencia ballenas encalladas en los baraderos, y tampoco es extraño hallar pájaros mas allá de los límites de su ordinaria carrera.

Fuese la que quiera la causa de la feliz aparición de aquellos pequeños habitantes de los bosques sobre las vergas de la *Santa Maria*, ello es que causaron el efecto mas completo en el ánimo de la tripulación de aquella carabela. Durante el tiempo que hicieron alarde de sus trinos, ningun aficionado hubiera oido con mas entusiasmo las mas brillantes piezas ejecutadas por una orquesta, que aquellos toscos marineros oyeron sus dulces gorgoros; y cuando la tripulación se recogió á dormir, fué con un sentimiento de satisfacción que tenia su origen en la veneración y en el reconocimiento. Los cánticos volvieron á empezar al rayar el dia, y á poco todos los pajarillos echaron juntos á volar con dirección al Sudeste. El dia siguiente trajo una nueva calma, y cuando el viento principió á soplar fué con tan escasa fuerza, que los buques no podían navegar sino con gran dificultad á través de los montones de yerbas que daban al Océano la apariencia de una vasta pradera inundada. Observóse entonces que la corriente venia del Oeste, y á poco de haber salido el sol, Sancho vino á anunciar á Colon otro nuevo motivo de alarma.

—Señor almirante, dijo, á nuestra gente se le ha puesto en la cabeza una idea que tiene tanto de maravillosa que ha hallado fácil acogida entre aquellos que aman mas á los milagros que á Dios mismo. Martín Martínez, que es un filósofo en materia de terror, sostiene que este mar por donde vamos penetrando mas y mas cubre varias yerbas sumergidas, y que estas yerbas, cuyo número se aumenta, y no puede negarse, á medida que vamos avanzando, llegarán bien pronto á aumentarse de tal modo, que las carabelas no podrán dar un paso ni atrás ni adelante.

—¿Y encuentra Martín quien quiera dar crédito á tan necia idea?

—Si, señor almirante, por la sencilla razon de que es mas fácil de encontrar quien crea un absurdo que quien quiera dar asenso á la verdad. Pero este hombre tiene en su apoyo ciertas desgraciadas coincidencias que parecen producidas por el mismo diablo, el cual no debe tener el mayor deseo de que V. E. llegue al Cathay para hacer del Gran-Khan un buen cristiano y plantar en sus dominios el árbol de la Cruz. Ademas, esta calma tiene á todos llenos de zozobra, y hasta creen ver en esas aves criaturas enviadas por Satanás para llevarnos á un punto de donde no podamos volver jamás. Tampoco falta quien piense que estamos sobre baraderos, y que á lo mejor vamos á quedar encallados en medio del Océano.

—Mandad que dispongan la sonda; al menos yo les haré ver la locura de semejante idea. Haced que se reúna toda la tripulación para que presencie el resultado de la operacion.

Colon repitió esta orden á los pilotos, y la sonda fué arrojada al mar de la manera que se acostumbra. La sondalesa pasó por debajo de la defensa, y el plomo continuó bajando hácia el fondo hasta que ya quedaba tan poca cuerda, que fué preciso suspender la operacion.

—Ya veis, amigos, dijo Colon entonces, que estamos á cien brazas de los baraderos que temeis, y estoy seguro que el mar por esta parte tiene doble profundidad que la que acabamos de medir. ¡Y ahora, mirad allá abajo! ¿Veis esa ballena que hace saltar el agua? Pues es un animal que jamás se le vé sino á corta distancia de las costas de las grandes islas ó del continente.

Aquella segunda parte del discurso de Colon, que estaba en conformidad con las opiniones dominantes, no dejó de producir su efecto, hallándose su tripulación, en la generalidad, bajo la influencia de las ideas de la época. Sabemos, sin embargo, en el dia que las ballenas frecuentan aquellos parages del Océano en que su alimento es mas abundante, y uno de los sitios en que mas se ven hace algun tiempo es el llamado el Falso Banco del Brasil, que se halla situado casi en el centro del mismo Océano. En una palabra, todas aquellas señales que tenían relacion con los movimientos de las aves y de los pescados, y que al parecer hicieron tal efecto en



los marineros empleados en aquella grande empresa, y aun en el mismo Colon, eran de una importancia menos positiva que lo que entonces se creia, en un tiempo en que los navegantes estaban tan poco acostumbrados á arriesgarse algo lejos de la tierra, que no conocian los misterios del inmenso Océano.

Con todo, á pesar de aquellos rápidos y escasos momentos de júbilo y de esperanza, la desconfianza y el temor comenzaba otra vez á tomar nuevo ascendiente entre los marineros. Los que estaban descontentos desde un principio se aprovechaban de todas las ocasiones para aumentar sus recelos; y cuando el sábado 22 de setiembre el sol saliente iluminó con sus rayos una mar en calma, ballábase á bordo de los tres buques un considerable número de hombres dispuestos á formar una coalición para pedir en toda forma al almirante que dirigiese al Este la proa de sus carabelas, diciéndole de este modo:

—Hemos navegado algunos centenares de leguas con viento favorable sobre un mar enteramente ignorado del hombre; por fin hemos aquí que hemos llegado á una parte del Océano en que el viento nos falta de repente, y en que estamos corriendo el peligro de ser encerrados entre montones de yerbas ó de encallar en unas islas sumergidas, sin medio alguno de procurarnos agua ni viveres.

Semejantes argumentos no carecian de fuerza en un siglo en que los hombres mas sabios se veian obligados á buscar á tientas el camino para llegar á adquirir conocimientos mas exactos á través de las tinieblas de la supersticion y de la ignorancia, y en el cual el flaco dominante era el dar crédito por una parte á las pruebas ostensibles del poder milagroso de Dios, y por otra á las casi tan irrecusables del ascendiente de los malos espíritus; á los cuales es dado influir en los negocios temporales de aquellos á quienes persiguen.

Fué por lo tanto un feliz y notable acontecimiento para el éxito de la expedicion el que se levantase una ligera brisa de Sudoeste en la mañana del día de que acabamos de hablar, pues esta brisa hizo que las carabelas pudiesen tomar aire y saliesen por fin de aquellos vastos campos de yerbas que entorpecian su marcha y mantenian en pie los recelos de los marineros. Como era de la mayor importancia el deshacerse de los obstáculos flotantes que rodeaban á las embarcaciones, se las hizo entrar en la primera hendidura bastante ancha que se halló, despues se las colocó en direccion del viento, y la proa, en cuanto fué posible, al rumbo que habia de seguirse. El almirante creyó entonces poder navegar al Oeste-norte-oeste, cuando de hecho seguia una direccion mucho mas aproximada á su verdadero rumbo que cuando sus buques tenian su proa al Oeste, segun la brújula en su declinacion causada por la variacion de la aguja. Esta sola circunstancia parecia establecer el hecho que Colon en su teoria habia creído del cambio de posicion de la estrella polar, pues no hubiera navegado muchos días consecutivos al Oeste-sudoeste medio Oeste con un viento favorable, como lo verificó, cuando su principal deseo era adelantar en linea recta hácia el Oeste. Navegaba, pues, a la sazón á medio cuarto del rumbo anterior, aunque él se figuraba, como todos los que iban en su compañía, que su rumbo estaba cerca de dos cuartos á sotavento de la direccion tan apetecida.

Mas estas ligeras variaciones no eran mas que bagatelas comparadas con la victoria que consiguió Colon contra los recelos de su tripulacion apenas la calma hubo cesado y que sus buques se vieron libres de las yerbas. Lo primero convenció á los marineros de que el viento no soplaba siempre de un mismo lado, y lo segundo les probó que no habian llegado á un punto, como creían, en que el Océano no era navegable. Aunque el viento se presentaba á la sazón favorable para regresar á Canarias, nadie reclamaba que se tomase este partido; tal es la humana condicion, que nos inclina á desear lo que se nos niega, y nos hace despreciar lo que está enteramente á nuestra disposicion. Los sentimientos de los

marineros habianse hecho tan variables como los mismos vientos.

El sábado se pasó de igual manera, y en el momento de ponerse el sol los buques volvieron á entrar en un campo de yerbas. Al día siguiente el viento impelia á los buques al Noroeste y cuarto de Oeste segun la brújula, lo cual venia á ser en realidad dirigir el rumbo al Oeste-nordeste medio Norte. Las aves volvieron á aparecer en gran número, notándose entre ellas una tórtola; tambien se vieron varias langostas que se arrastraban entre las yerbas. Todas estas señales eran suficientes para hacer cobrar ánimo á los marineros, si ya en ocasiones anteriores no hubiesen sido engañosas para ellos.

—Señor, dijo Martin Martinez al almirante en el momento en que este se presentaba sobre cubierta para reanimar el ánimo abatido de su tripulacion, no sabemos qué pensar. Por espacio de muchos días el viento ha soplado en la misma direccion, conduciéndonos, segun se veia, á nuestra ruina, y despues nos abandona en medio de un mar como ningun marino de los que se hallan á bordo de la *Santa Maria* ha visto jamás, un mar semejante á una pradera situada á orillas de un rio, en donde solo faltan algunas vacas y un vaquero para crearlo un campo que el rio ha inundado saliéndose de madre. Esto es terrible.

—Tus praderas son de yerbas del Océano, que ponen de manifiesto la riqueza de la naturaleza que las ha producido, repuso Colon, y las brisas del Este son las mismas que todo aquel que ha hecho un viage á Guinea sabe que existen siempre en las bajas latitudes. Yo no descubro nada en todo esto que pueda alarmar á un valiente marino. En cuanto al fondo, bien habeis visto que no se ha encontrado con una sonda de docientas brazas. Pepe, yo espero que tú no darás entrada en tu corazon á ninguna de estas flaquezas. ¿Estás bien resuelto á ver el Cathay y al Gran-Khan?

—Señor almirante, vuelvo á repetir á V. E. el mismo juramento que hice á Mónica, esto es, seros fiel y obediente. Si se trata de plantar la cruz en medio de los infieles, mi brazo no será el último que haga el gasto en una tan santa empresa. Mas á pesar de esto, señor, ninguno de nosotros puede estar contento con esta calma, pues es opuesta á la naturaleza. Nos hallamos en un Océano que no tiene olas, y cuya superficie aparece tan llana, que no podemos menos de dudar que estas aguas se hallen sometidas á las mismas leyes que las que bañan las costas de España, porqué jamás he visto yo un mar que, como este, tenga todas las apariencias de estar muerto. ¿Será acaso posible que Dios haya rodeado la tierra de un circuito formado por estas aguas tranquilas y estancadas para impedir que los imprudentes puedan penetrar sus santos secretos?

—Por lo menos tu discurso tiene algun viso religioso, y ya que no esté puesto en justicia, al menos no puede ser vituperado. Dios ha colocado al hombre sobre la tierra, Pepe, para que goce de ella y para que le sirva dando mayor estension á los dominios de la Iglesia y haciendo el mejor uso posible de los innumerables beneficios con que ha acompañado el presente que nos ha hecho de la vida. En cuanto á los limites de que has hablado, son solo imaginarios, siendo como es la tierra una esfera ó una bola, que no tiene mas limites que los que observas por todos lados.

—Y con respecto á lo que ha dicho Martin acerca de los vientos, las yerbas y las calmas, dijo Sancho, que siempre se hallaba pronto si se trataba de alegar un hecho ó una razon, no sé por qué mares habrá podido navegar un marino de su edad para que tales cosas sean nuevas para él. Para mí todo esto es bien comun, y tan insignificante, que ni siquiera hubiera parado en ello la atencion á no ser por las lamentaciones de Martin y de los suyos. Cuanto la *Santa Catalina* hizo un viage á esa isla tan lejana que llaman Irlanda, desembarcamos sobre yerbas marinas á cerca de media legua de la costa,

en cuanto al viento, soplaban con regularidad cuatro meses de un lado y cuatro de otro, habiéndonos además advertido los naturales de la isla que también soplaría trasversalmente y con los mismos intervalos que de los otros dos puntos; pero nosotros no permanecemos en aquellos parages suficiente tiempo para que yo pueda dar testimonio de la verdad de estos dos últimos hechos.

—¿Y no has oído hablar nunca de unos grandes barberos en los cuales si llegaba á encallar una carabela no volvía jamás á salir? exclamó Martínez con cólera, pues habiendo él hecho uso de tamañas exageraciones, no quería que nadie le escediese. ¿Y esas yerbas no están acaso anunciando que estamos á dos pasos de un peligro semejante, cuando las vemos á veces en tan gran cantidad que poco falta para que detengan al buque?

—Basta, basta sobre este asunto, dijo el almirante; cuantas mas yerbas vamos encontrando menos hallaremos despues. Tales novedades solo son causadas por las corrientes, y apenas hayamos traspasado este meridiano volveremos á ver el agua correr libremente.

—¡Pero y esa calma, señor almirante, esa calma! exclamaron á un tiempo mas de una docena de voces. Esta inmovilidad, opuesta á la naturaleza del Océano, no puede menos de aterrorizarnos. ¡Jamás hemos visto el agua del mar estancada como está esta!

—¿A esto llamais agua estancada? repuso el almirante. La misma naturaleza abandona su reposo para echaros en cara vuestros pueriles temores, y para dar un mentís á vuestros locos é insensatos argumentos con señales bien manifiestas.

Mientras que de este modo se espresaba, la *Santa Maria* era impelida por la acción de las olas, y conforme estas se sucedían y pasaban por debajo del buque, este experimentaba tan violentas sacudidas y vaivenes, que parecia que toda la naturaleza se ponía en movimiento. No se sentía el mas mínimo soplo de viento, y los marineros miraban en torno suyo con una sorpresa aumentada por el terror. Apenas la embarcación chocaba bruscamente con una oleada, otra la reemplazaba en el instante, y de este modo iban sucediendo las olas unas á otras, creciendo cada vez en elevación, y quedando el mar convertido en una vasta llanura de agua que tenía un movimiento de ondulación. A pesar de esto, aun se notaban las oleadas por intervalos distantes uno de otro, pero marcados por la espuma que cubría su cima al desplegarse. Todavía fué preciso una media hora para comunicar toda su fuerza á aquel fenómeno, y entonces los tres buques se sumergieron en el agua, como dicen los marinos, hasta que, empujados otra vez hácia arriba por la fuerza de las olas, se escurrió el agua que habian recogido por los imbornales.

Considerando Colon aquella circunstancia como un origen de nueva alarma ó como un medio de calmar la que existía, tomó sobre la marcha sus medidas para conseguir esto último. Mandó reunir á toda la tripulación bajo de la popa, y le dirigió la palabra en estos términos:

—Ya lo veis, amigos míos: los temores que abrigabais respecto á la detención de las aguas acaban de ser destruidos en un momento, y en cierto modo por la mano de Dios, lo que prueba incótestablemente que no tenéis que temer peligro alguno por ese estilo. Fácil me sería hacer creer á vuestra ignorancia que el rápido movimiento que acabamos de experimentar en la mar es un milagro que Dios ha permitido que suceda para darnos su apoyo en contra de insensatas alarmas y de los síntomas de insubordinación; pero mi causa es por sí misma demasiado buena para que tenga yo necesidad de un apoyo semejante, y que en realidad no procede del cielo. Las calmas, la detención del agua, y aun las yerbas marinas de que tanto os quejais proceden de la proximidad de la tierra; esta tierra, que no diré yo que sea un continente, debe estar algo mas hácia el Oeste; se-án probablemente algunas islas, ó bastante grandes ó

en suficiente número para que se noten sus efectos á una tan larga distancia, y esta agitación repentina del mar no es debida probablemente á otra cosa que á un viento lejano que atrae sobre el Océano esas olas gigantes como á veces lo hemos presenciado, olas que hacen sentir sus últimos esfuerzos aun mas allá de los límites del viento que las ha levantado. No diré yo por esto que un fenómeno que con tanta oportunidad ha venido á disipar vuestros temores no haya sido producto del mismo Dios, en cuyas manos yo solo soy un instrumento; muy al contrario, yo lo creo así plenamente, y le doy gracias por ello; mas sin embargo, como semejante incidente pertenece al número de los acontecimientos naturales, no puede atribuirse á la Providencia mientras que esta no nos lo demuestre con la continuación de sus desvelos y de su estremada bondad.

Permaneced, pues, desde este momento tranquilos, si la España se halla á gran distancia á vuestra espalda, el Cathay se encuentra ya mas próximo á vuestro frente: cada hora que pasa nos acercamos mas al objeto de nuestro viage. El que permanezca fiel y sumiso no tendrá que arrepentirse de su confianza; pero el que trate de crear en su ánimo ó en el de los demás dudas ó temores absurdos me verá hacer alarde de una autoridad que sabrá sostener los derechos de SS. AA. haciendo someterse á sus súbditos.

Hemos trasladado con tanto mas placer este discurso del célebre navegante, porque de él se deduce claramente que Colon no creía debida á un milagro directo la súbita cesación de la calma, como algunos de sus biógrafos é historiadores han querido suponer, sino que la consideró tan solo como una intervención del poder divino, valiéndose de medios naturales para ponerse á cubierto de los peligros que podían originarse de los pueriles temores de sus tripulaciones. Y efectivamente, no es de creer que un marino con la experiencia de Colon ignorase la causa natural de un accidente tan comun en el Océano, y del cual han sido testigos mil veces cuantos viven en las costas.

## CAPITULO XX.

No parecerá inútil que demostremos á nuestros lectores hasta qué punto la pequeña escuadra habia adelantado en las desconocidas aguas del Atlántico, y cuál era en aquellos momentos su situación verdadera ó supuesta. Como hemos tenido ya ocasion de observar, el almirante, desde su salida de Gomera, habia establecido dos guindolas, una para su gobierno, que era la mas aproximada á la verdad en cuanto lo permitian los imperfectos recursos de la ciencia náutica, y otra que estaba espuesta á la vista de toda la tripulación, y en la cual se disminuía de intento la distancia adelantada con objeto de evitar las alarmas. Como Colon estaba en la persuasión de que se hallaba empleado en servicio de Dios, semejante supercheria podia pasar, en aquel supersticioso siglo, por un engaño piadoso, y no es probable por ningún estilo que haya podido turbar su conciencia, cuando los mismos eclesiásticos no titubeaban en sostener el escudo de la fé por medios algo menos escusables que este.

Las grandes y frecuentes calmas y los leves y mudables vientos habian impedido á los buques avanzar mucho durante los últimos dias; y valuando la distancia recorrida posteriormente en una dirección que solo difería del Oeste un poco hácia el Sud, parece ser que, á pesar de todas aquellas señales favorables, como los pájaros, los pescados, las yerbas y las calmas, en la mañana del lunes 24 de setiembre, ó sea el décimoquinto despues de haber visto desaparecer la isla de Hierro, la expedición se hallaba en el Atlántico, poco mas ó menos á igual distancia de ambos continentes, en una paralela de cerca de 31 á 32 grados. El encontrarse los buques talmente al Norte de Canarias, cuando es sabido que Colon habia dirigido su rumbo casi siempre hácia el Oeste,



inclinándose un poco al Sud, es una circunstancia que debe atribuirse á la distancia que se habia recorrido con ayuda de tan leves vientos, y quizá á la direccion de las corrientes en general. Hecha esta sucinta esplicacion, volvamos á los progresos diarios de las carabelas.

La influencia de los vientos tropicales se hizo sentir de nuevo, aunque muy levemente, durante las veinte y cuatro horas siguientes, y la proa de los buques continuó todavia dirigiéndose al Oeste segun la brújula. Como de costumbre, se vieron pájaros, y entre ellos, un pelicano. Las embarcaciones, sin embargo, solo hicieron 50 millas, distancia que se presentó por supuesto disminuida en la guindola destinada á la tripulacion.

La mañana del 23 fué calmosa; mas hácia la noche sintióse una brisa agradable y constante de la parte del Sudeste. Durante el dia, las carabelas permanecieron á

Apenas se dejó oír la voz del almirante, reinó el mas profundo silencio; pues aunque la mayor parte de los marineros estuviesen descontentos y aun dispuestos á levantarse contra él, habia logrado Colon inspirarles á todos un profundo respeto hácia su discrecion y su persona.

—Es una carta preciosa y bien dibujada, don Cristóbal, respondió Martin Alonso, y hace honor seguramente al que la ha copiado y adicionado, como tambien á su autor primitivo. En mi entender debe ser obra de algun hombre muy instruido, que ha procurado reunir en una carta las opiniones de todos los navegantes mas notables.

—La carta original es debida á un tal Pablo Toscanelli, sabio toscano, que reside en Florencia, hombre que posee grandes conocimientos, y que pone en todas sus investigaciones un cuidado tal, que hace avergonzar la



Toma de posesion de las tierras descubiertas por Cristóbal Colon, á nombre de Fernando é Isabel.

corta distancia unas de otras, flotando negligentemente sobre el agua, que apenas surcaban, y avanzando lo mas una milla por hora.

La *Pinta* se mantenía cerca de la *Santa Maria*, y los oficiales y marineros de ambos buques conversaban libremente acerca de sus esperanzas y situacion. Colon escuchó largo rato aquellas conversaciones, deseando conocer la opinion dominante por las expresiones empleadas por los interlocutores, á pesar de que la necesidad en que se veían de hablar en alta voz y públicamente, les obligaba á guardar mas circunspeccion. En fin, llegó un momento favorable en que creyó poder producir un efecto saludable en el ánimo de sus tripulaciones.

—¿Qué os parece la carta que os envié hace tres dias, Martin Alonso? exclamó. ¿No observais en ella alguna cosa que os haga creer que nos aproximamos á las Indias y que toca ya á su fin nuestro tiempo de prueba?

pereza. Va unida á esta carta una epistola llena de las mas profundas observaciones con respecto á las Indias y á esas islas que notaris situadas con tanta exactitud. Habla tambien de diferentes pueblos que cita como ejemplos maravillosos del poder del hombre, particularmente del puerto de Gaiton, de donde se hacen á la vela todos los años mas de cien embarcaciones cargadas de pimienta. Tambien añade que en tiempo de Eugenio IV, de feliz memoria, fué enviado un embajador al Santo Padre para hacerle presente el deseo que animaba al Gran Khan (que significa rey de reyes en el lenguaje del pais) de entrar en relaciones amistosas con los cristianos del Oeste, como se nos llamaba entonces en aquella parte del mundo, y que pronto se nos llamará del Este.

—Ved ahí una cosa que me sorprende, señor, dijo Pinzon. ¿Cómo se sabe todo eso? ¿Hay una seguridad de que eso es cierto?

—No existe en ello la mas mínima duda, puesto que Pablo dice asimismo en su misiva, que él vió muchas veces al embajador y que iba con frecuencia á su sociedad; cuyo embajador era, sin contradicción alguna, un hombre grave y prudente, pues soló á quien estuviese dotado de tales cualidades podia encargársele de una mision cerca del gefe de la Iglesia. De esto, pues, adquirió Toscanelli un sin número de pormenores curiosos é interesantes acerca de la inmensa poblacion y la vasta estension de aquellas lejanas comarcas, de la magnificencia de su palacio y la hermosura de sus ciudades. Cita en particular una poblacion que sobrepuja á todas las del mundo conocido y un rio que tiene á sus orillas doscientos pueblos, el cual se atraviesa sobre puentes de mármol. La carta que tenéis á la vista, Martin Alonso, prueba que la distancia desde Lisboa á la ciudad de Quisay es exactamente de 3,900 millas italianas, ó sea cerca de mil leguas, navegando siempre hácia el Oeste (1).

—¿Y ese sabio toscano dijo algo tambien de las riquezas de aquel pais?

Semejante pregunta de Alonso hizo aguzar los oídos á todos cuantos llegaron á oirla.

—Si por cierto; y he aquí precisamente en los términos que lo hizo el docto Pablo en su epístola: «Aquel es un pais esclarecido, y deberíamos hacer á él frecuentes viajes á causa de sus inmensas riquezas y de la gran cantidad de oro, de plata y de piedras preciosas que de él pueden sacarse.» Dicen que Quisay tiene 35 leguas de circunferencia, y que su nombre traducido al castellano significa *Ciudad del Cielo*.

—En ese caso, murmuró Sancho en voz muy baja, que solo Pepe pudo oírle, no merece la pena que llevemos allá la cruz, porque este signo es propio de la tierra y no del paraíso.

—Aqui descubro dos grandes islas, señor almirante, dijo Pinzón con la vista fija en la carta. La una se llama Antilla, la otra Cipango, de la cual habla V. E. muchas veces.

—Asi es, Martin Alonso; y observareis tambien que se hallan colocadas en esa carta con tal precision, que debe servir de mucho á todo hábil navegante para llegar á ellas con la mayor facilidad. Ambas se hallan exactamente á 225 leguas una de otra.

—Segun los cálculos que tenemos hechos á bordo de la *Pinta*, noble almirante, no podemos en la actualidad estar muy lejos de Cipango.

—Los cálculos podrán hacer que asi aparezca, pero dudo mucho que sean exactos en ese particular. El error comun á todos los pilotos es creerse mas adelantados que lo que resulta segun sus cálculos; mas en la presente ocasion me parece que ha sucedido todo lo contrario. Cipango está situada á muchas jornadas del continente de Asia, y por consiguiente aquella isla no puede distar mucho del sitio en que nos encontramos; pero las corrientes nos han sido contrarias, y yo dudo por lo tanto que nos hallemos tan cerca como vos y vuestros compañeros os imagináis. Devolvedme esa carta; voy á trazar sobre ella nuestra actual posicion, y todos podremos ver si tenemos motivos para desanimarnos ó para llenarnos de júbilo.

Pinzón tomó la carta, la rolló con cuidado, y poniéndola un pequeño peso, la colocó al extremo de una corredera, arrojándola á bordo de la *Santa Maria* del mismo modo que se arroja la sonda, lo cual era sumamente fácil, atendida la proximidad de ambas embarcaciones. La *Pinta* entonces, desplegando una ó dos velas mas, tomó la delantera á los otros dos buques, pues aquella carabela continuaba siendo la mas velera, sobre todo cuando el viento era leve.

Colon estendió la carta sobre una mesa colocada en la popa, é invitó á cuantos quisiesen á acercarse para ver con sus propios ojos el punto exacto del Océano en que

creia hallarse la escuadra en aquel momento. El almirante habia señalado con la mayor precision el camino andado cada dia, disminuyendo solamente el cálculo de las distancias para que no lograsé demostrar á su tripulacion, con la posible exactitud, bajo qué grados de longitud y latitud se encontraban á la sazón los buques. Y como aquel punto se hallaba próximo de las islas que se suponía estar situadas al Este del continente de Asia, aquella prueba positiva del camino ya recorrido produjo mas impresion en el ánimo de los marineros, que la que hubiera causado una demostracion fundada en razonamientos abstractos, aunque hubieran estado basados sobre premisas incontestables; porque la mayor parte de los hombres se someten con mas facilidad al testimonio de sus sentidos, que á la influencia de los argumentos. Ningun marinero pensó siquiera en inquirir cómo se probaba que la isla de Cipango se encontrase situada realmente en el punto que señalaba la carta, sino que al verla



Sancho Muudo, primer fumador europeo.

allí figurar en líneas blancas y negras, todos se hallaron dispuestos á creer que allí debía precisamente hallarse situada, y como la reputacion de Colon para calcular la marcha diaria de un buque, escedía con mucho á la de todos los demas pilotos de la flota, este hecho se consideró como completamente demostrado. Entregáronse, pues, á los mas grandes trasportes de alegria y pasaron de nuevo del desaliento á la esperanza; mas á esta ilusión debía tambien muy pronto seguirse un gran desengaño.

No cabe duda alguna de que Colon obró con la mayor sinceridad en cuanto tiene relacion con esta segunda ilusión, esceptuando solo la reduccion diaria que él hacia de la distancia que se adelantaba. Asi como todos los cosmógrafos de aquel siglo, él creia la circunferencia de la tierra mucho mas pequeña de lo que es en realidad, como lo han demostrado los cálculos que se han hecho desde aquellos tiempos, y cercenaba de un solo golpe casi toda la longitud del Océano pacífico. Sus ideas en el particular eran bien naturales, y cualquiera se convencirá de ello echando una ojeada sobre los fastos geográficos que los sabios poseian entonces como otros tantos datos para fundar sus teorías.

Sabiase que el continente del Asia estaba cercado al

*Cristobal Colon.* 4

(1) Es digno de notarse que Filadelfia se halla sobre poco mas ó menos en la misma posicion en que el bueno de Toscanelli dice haber estado la famosa ciudad de Quisay.



Este por un vasto Océano, y que otra estension de agua por el estilo circundaba la Europa por la parte de Oeste, de lo cual se deducia la consecuencia plausible, en el supuesto de que la tierra fuese una esfera, de que no existia sino agua é islas entre estos dos límites extremos de la tierra. Pero se halla menos de la mitad de la verdadera circunferencia del globo entre los límites del antiguo continente al Oriente y al Occidente, segun era conocido á fines del siglo XV; en el estado de los conocimientos humanos en aquella época, hubiera sido un grande esfuerzo de una imaginacion atrevida el formarse una idea de hecho tan admirable. Las teorías, pues, se contentaban en circunscribir los límites del Este y del Oeste á un círculo mucho mas estrecho, á falta de datos para trazar uno mas ámplio, creyendo que era ya mucho atrevimiento el sostener que la tierra tenia una forma esférica. Es verdad que aquella teoría se remontaba hasta Ptolomeo y probablemente aun mucho mas lejos; pero la misma antigüedad de un sistema viene á ser un argumento en contra suya cuando han trascurrido siglos enteros sin que la esperiencia haya demostrado la verdad. Colon suponía que su isla de Cipango ó del Japon se hallaba á cerca de 140 grados de longitud al Este de su verdadera posicion, y como un grado de longitud, bajo los 35 de latitud septentrional á que se halla la del Japon, suponiendo que la superficie de la tierra sea perfectamente esférica, viene á ser sobre poco mas ó menos unas 46 millas geográficas, sigüese que Colon habia adelantado dicha isla en la carta mas de 7000 millas inglesas por la parte del Este, distancia que escede considerablemente de 2000 leguas marinas.

Todo esto era por consiguiente un misterio no solo para los marineros de las tres carabelas, sino para el mismo célebre navegante, cuyos mas atrevidos pensamientos no hubieran nunca osado ir tan allá. Con todo eso, un hecho de aquella naturaleza no sería bastante para disminuir en un ápice la gloria de los vastos descubrimientos que él hizo en seguida, pues solo probará las circunstancias tan poco favorables en que concibió el plan de su expedicion y con qué conocimientos tan limitados logró llevarla á cabo.

Mientras que todos los ánimos se ocupaban de la carta de que acabamos de hacer mencion, era curioso el ver la manera con que los marinos observaban los mas pequeños movimientos de Colon, estudiaban la expresion de su fisonomía, siempre grave, é intentaban descubrir el porvenir de cada uno en la contraccion ó en la dilatacion de sus pupilas. Los oficiales y los pilotos de la *Santa Maria* estaban á su lado, y algunos antiguos marineros se atrevieron á aproximarse á la mesa, para seguir con la vista la lenta marcha de la pluma del almirante ó escuchar la esplicacion de alguna figura geométrica. En el número de estos se contaba Sancho Mundo, que era reputado generalmente como uno de los mejores marinos de la flotilla, en todo aquello que no requeria cierto género de conocimientos que solo se adquieren con el estudio y en las cátedras. Colon dirigia la palabra benignamente aun á estos últimos, tratando de hacerles comprender ciertos puntos de su profesion que ellos veian practicar diariamente sin comprender sus causas, y les hacia observar particularmente la distancia ya recorrida y la que aun les faltaba por recorrer. Los más jóvenes y menos espermentados no tomaban menos interés que los otros en lo que pasaba, y subidos en los aparejos, veíanse mirar con la mayor atencion la escena que tenia lugar ante su vista, escuchando la demostracion de las teorías que tan al alcance se hallaban de su inteligencia, como las Indias tan deseadas estaban al alcance de sus ojos. Cuanto mas inteligentes son los hombres, mas se ocupan de abstracciones, abandonando el dominio de los sentidos para refugiarse en el del pensamiento; pero hasta que este cambio llega á suceder, están todos singularmente sometidos á la influencia de las cosas positivas. No siempre produce el mismo efecto lo que se habla como lo que se escribe, y el elogio ó la critica, que entra

por un oído y sale por otro, podría causar una viva impresion si llegase al alma por el intermedio de los ojos. De manera que aquellos marineros, que no podian comprender los argumentos de Colon, estaban persuadidos de que entendian su carta, y creian muy fácilmente que las islas y los continentes debian existir en los mismos puntos donde los veian diseñados.

Desde que tuvo lugar la operacion que acabamos de describir, volvió á reinar el contento y la satisfaccion á bordo de la *Santa Maria*, y Sancho, á quien se reputaba generalmente por un partidario del almirante, tuvo que contestar á un sin número de preguntas de sus camaradas, que deseaban obtener mas pormenores acerca de varios puntos relativos á la carta que acababan de tener á la vista.

—Sancho, preguntó uno de ellos, que acababa repentinamente de pasar del mayor desaliento al extremo contrario, ¿crees tú que la isla de Cipango sea tan grande como el almirante la designa en su carta? Que existe donde él la ha situado, eso no se necesita mas que tener ojos para verlo; pues parece tan natural como la isla de Hierro ó la de Madera.

—Si, por cierto, repuso Sancho con tono decisivo, y eso se puede ver por su forma. ¿No has visto allí cabos, bahías y promontorios tan á la vista como en todas las costas que conocemos? ¡Ah! estos genoveses son muy diestros navegantes, y el señor Colon, nuestro noble almirante, no creias que se haya venido desde tanta distancia sin saber de antemano en qué rada habia de echar el ancla.

Los individuos de mas cortos alcances de la tripulacion encontraban un gran consuelo en unos argumentos tan concluyentes, y no habia un solo marinero que no confiese en ver terminar el viaje felizmente, desde que por sus propios ojos se habia cerciorado de lo que á su modo de ver era una prueba incontestable de la existencia de una tierra en aquella parte del Océano.

Cuando hubo terminado la conversacion entre el almirante y Pinzon, la *Pinta*, que llevaba adelantadas ya unas cincuenta toesas á la *Santa Maria*, alejóse aun un poco mas. De repente, y mientras que los marineros se ocupaban todavia de las nuevas esperanzas á que se entregaban, una exclamacion lanzada á bordo de la *Pinta* atrajo la atencion de todos hácia aquel buque. Pinzon se hallaba de pie en la popa, echando al aire su sombrero y dando á conocer por sus ademanes el júbilo que sentia.

—¡Tierra, señor, tierra! exclamaba Reclamo mi recompensa ¡Tierra, tierra!

—¿Por qué lado, Martin Alonso? preguntó Colon con una ansia tal que su voz parecia temblar; ¿por qué lado se descubre esa vista tan hermosa?

—Por allí, por la parte del Sudeste, repuso Pinzon estendiendo su brazo hácia aquel lado. Se descubre una sombría cadena de altas montañas que prometen dejar satisfechos los piadosos deseos del Padre Santo.

Todas las miradas se dirigieron al Sudeste, y cada cual creyó ver allí la prueba tan ansiada del buen éxito de la expedicion. Notábase en el horizonte una gran masa cubierta de vapores, cuyos contornos, sin ser bien perceptibles, estaban, sin embargo, mas marcados que lo están comunmente la nubes; pero al mismo tiempo era tan confusa aquella mole, que se necesitaba tener una vista bien ejercitada para distinguirla en medio de la oscuridad del vacío. De esta manera suele aparecerse la tierra á los marinos cuando la atmósfera se encuentra en cierto estado que no permite distinguir nada sino muy escasamente, á los ojos de los hombres. Colon conocia tan á fondo todos los fenómenos del Océano, que apenas cada uno hubo dirigido su mirada al punto del horizonte indicado, todos los ojos se fijaron en él para inquirir cuál sería su opinion. Era imposible engañarse, segun la fisonomía del almirante, que en el momento apareció radiante de placer y animada de un entusiasmo religioso. Descubrióse la cabeza, y alzando al cielo sus ojos, que

espresaban un reconocimiento sin límites, se hincó de rodillas para tributar públicamente las debidas gracias al Eterno. Aquella era la señal del triunfo, y sin embargo, en la situación en que se encontraban nuestros marineros, no era un sentimiento de triunfo el que dominaba entre ellos. Estaban convencidos, así como Colon, de que se hallaban en manos de Dios, y el reconocimiento se apoderó simultáneamente de todos los corazones. Todos se arrodillaron á un tiempo á bordo de los tres buques y entonaron en coro el cántico sublime, *Gloria in excelsis Deo!* elevándose al cielo de este modo la voz del agradecimiento por la primera vez desde la creación del mundo en la inmensa soledad del Océano. Es verdad que en aquella época era costumbre, en la mayor parte de las embarcaciones cristianas, celebrar los oficios de la mañana y de la noche: pero en esta circunstancia se oía por primera vez aquel sublime cántico entre las olas, que despues de largos siglos, ya en su furor ya en su calma, cantaban sin cesar las alabanzas del que por su sola voluntad las habia sacado de la nada.

¡Gloria á Dios en los cielos! cantaron aquellos toscos marineros, cuyo corazón se sentia enternecido á la sola idea de los peligros á que habian estado espuestos y del éxito que habian al fin alcanzado; sus voces se dejaban escuchar como si una sola boca hubiese reproducido la solemne armonia de aquel canto religioso: Gloria á Dios en los cielos y paz á los hombres de buena voluntad. Os alabamos, os bendecimos, os adoramos, os glorificamos, os tributamos gracias por vuestra bondad infinita, etc., etc., etc.

Entre aquel canto sublime, que se aproxima á los de los ángeles, en cuanto cabe en el poder del hombre, oíase la voz de Colon, fuerte y sonora, pero respirando la mayor emoci6n.

Concluido aquel acto piadoso de agradecimiento, los marineros subieron á los mástiles para cerciorarse mas aun de aquel suceso. Todos convinieron en que la masa todavía informe que se descubria no podia ser mas que tierra, y á su primer transporte de alegría sucedió un sentimiento mas tranquilo de seguridad. Púsose el sol un poco hácia el Norte de las sombrías montañas que se dejaban entrever, quedando el Océano tan cubierto de sombras como nunca se le ve bajo el cielo de los trópicos y en un firmamento despejado. Cuando se hubo establecido el primer cuarto, Colon, que siempre que el viento lo permitía habia hecho dirigir el rumbo hácia el Oeste, dió órden, á fin de satisfacer la impaciencia de las tripulaciones, de emprender el mismo rumbo, segun la brújula, lo cual, de hecho, venia á ser como dirigirse al Sudeste cuarto de Sud. Arreció el viento, y como el almirante habia supuesto que la tierra se hallaba á unas 23 leguas cuando dejó de vérsela al ponerse el sol, nadie dudaba en la pequeña flota que se distinguiese claramente á la mañana siguiente. Colon mismo alimentaba esta esperanza, aunque varió su rumbo con repugnancia, pues creia firmemente encontrar el continente avanzando directamente al Oeste, ó hácia lo que él creia el Oeste á pesar de que no tenia la misma confianza de descubrir por aquella parte una isla.

Pocas fueron las personas de las tres tripulaciones que durmieron con entera tranquilidad aquella noche.

Las riquezas y maravillas del Oriente se representaron á manera de visiones en el ánimo de aquellos que tenían menos alcances, viniendo á turbar su dormir sueños que la sed de oro y la curiosidad no podian menos de hacer fatigosos. Los marineros dejaban á cada momento sus hamacas para subir á los mástiles y ver si inquiriesen alguna nueva prueba de la proximidad de la tierra; pero todos sus esfuerzos por penetrar en la oscuridad y para descubrir objetos á los que su imaginación daba ya una forma, fueron inútiles. Durante la noche, los buques, avanzando en derechura hácia el Sudeste, hicieron diez y siete leguas sobre las veinte y cinco que Colon habia calculado que le separaban de la tierra, y en el momento en que iba á aparecer la aurora,

todos los que se hallaban á bordo estaban levantados con la esperanza de ver, á los primeros albores del dia iluminar un espectáculo, que entonces les parecia merecer bien el largo viage que habian hecho y los peligros á que se habian visto espuestos.

—Yo veo brillar en el Oriente una faja de luz, exclamó Luis con alegría; con que ahora ya, señor almirante, podemos llamaros la gloria y el honor del mundo.

—Todo depende de Dios, mi jóven amigo. Que la tierra esté ó no cerca de nosotros, ella forma los límites del Océano Occidental y debemos llegar hasta esos límites. Pero tenéis razon, amigo Gutierrez, la luz principia á aparecer en el horizonte y aun se alza formando círculo sobre la mar.

—Yo desearia que el sol saliese por el Oeste, aunque no fuera mas que este dia, para que pudiéramos ver por primera vez vuestras nuevas posesiones en esa gloriosa parte del cielo, que sus rayos van á alumbrar sobre los mismos parages que acabamos de atravesar hace poco.

—Eso no es posible, maese Pedro, porque desde el mas remoto origen de los tiempos el sol no ha dejado un solo dia de recorrer su carrera de Este á Oeste, y así continuará siempre hasta lo infinito: acerca del particular podemos referirnos á nuestros sentidos, aunque á veces tambien nos engañan en diferentes ocasiones.

De este modo razonaba Colon, él, cuyo genio habia aventajado á su siglo en su estudio favorito; él, de ordinario tan tranquilo y tan filósofo, y solo á causa de que aun no habia logrado sacudir el yugo del hábito y de la preocupacion. El célebre sistema de Ptolomeo, esa mezcla singular del error y de la verdad, era la ley favorita de la época en astronomía. Muchos años despues del descubrimiento de América fué cuando Copérnico, que era muy jóven al emprender Colon su viage, sujetó la precision de la ciencia al exacto y justo pensamiento de Pitágoras, justo en su primera base, si bien imaginario con relacion á las causas y á los efectos; y lo que demuestra todo el peligro que habia entonces en seguir la marcha progresiva del pensamiento, es que ese mismo Copérnico recibió por recompensa de aquel notable esfuerzo de la razón humana la excomunion de la Iglesia, la cual estuvo pesando sobre su alma, sino sobre su cuerpo, hasta una época nada lejana de la nuestra. Esta sola circunstancia bastará para hacer ver al lector cuántos obstáculos tuvo que vencer el célebre navegante para dar cima á la grande empresa que habia concebido.

Mas durante esta digresion ha aparecido ya el dia, y la luz comienza á esparcirse en el cielo y sobre el Océano. Todas las miradas se hallaban fijas en el horizonte occidental, pero bien pronto el estremecimiento del desengaño heló todos los corazones, cuando la esperanza cedió á la certidumbre, cuando fué una cosa evidente que no se descubria tierra alguna. Los buques acababan de pasar aquellos mismos límites del horizonte visible en donde se veian acumuladas á la caída de la tarde precedente grandes montones de nubes, no pudiendo á nadie quedar duda de que sus sentidos se habian engañado por cualquier accidente de la atmósfera. Entonces todas las miradas se dirigieron al almirante, el cual, aunque sentia en el fondo de su corazón el peso cruel del desengaño, demostró, sin embargo, una tranquila dignidad que nada en el mundo era capaz de turbar.

—Estas falsas apariencias no se presentan con frecuencia, señores, dijo á los que le rodeaban, pero esforzand) bien la voz para que le oyese toda la tripulacion, así como tampoco son siempre tan engañosas como las que acabamos de observar. Cuantos han viajado por el mar han visto sin duda otras semejantes. Como hechos físicos, no deben considerarse ni en favor nuestro ni en contra; mas como presagios, cada cual las mirará segun su confianza en Dios, á cuya bondad debemos muchas mas gracias que las que nuestra gratitud puede retribuirle entonando el *Gloria in excelsis* desde la mañana



hasta la noche y por todo el tiempo que nuestra voz lo consienta.

—Sin embargo, don Cristóbal, repuso uno de los oficiales, nosotros habíamos concebido tan grandes esperanzas, así como los milagros verdaderos los escuden. Vos que habláis de presagios, señor, ¿no táis acaso alguna señal física que os dé á conocer que nos hallamos próximos al Cathay?

—Dios es quien envia los presagios: ellos son una especie de milagro que precede á los acontecimientos naturales, así como los milagros verdaderos los escuden. Yo creo que esta expedición es un designio inspirado por Dios, y no hallo irreverencia en suponer que se han acumulado nubes en el horizonte y han tomado la forma de la tierra para escitarnos á la perseverancia y como una prueba de que nuestros trabajos acabarán por ser recompensados. Sin embargo, yo no diré que esto haya sucedido mas que por medios ordinarios y naturales, porque



Ozema.

semejantes ilusiones nos son familiares á nosotros los marinos.

—Procuraré comprenderlo de ese modo, señor almirante, contestó el oficial, y terminó con esto la conversacion.

Habiendo, pues, desaparecido lo que tan confiadamente habian creído ser la tierra, la tristeza volvió á apoderarse de las tres tripulaciones, que pasaron nuevamente de la esperanza al desaliento. Colon siguió dirigiendo su rumbo hácia el Oeste, segun la brújula, pero en realidad al Oeste cuarto Sudeste; sin embargo de esto, á eso del mediodia, cediendo á las vivas instancias de cuantos le rodeaban, cambió por segunda vez de rumbo poniendo la proa al Sudeste. Continuó avanzando por aquel lado hasta que hubo caminado lo bastante para hacer conocer á los incrédulos que la noche anterior habian sido engañados por las nubes. Llegó la noche, y como ya no quedaba el menor vislumbre de esperanza, volvieron á emprender el rumbo hácia el Oeste. En el trascurso de aquellas veinté y cuatro horas se hicieron 31 leguas, que solo figuraron como 24 á los ojos de las tripulaciones.

Siguieronse muchos dias sin que ocurriese ningun acontecimiento de importancia. El viento continuó favorable, pero á veces era tan leve, que no se hacian mas de cincuenta millas por cada veinte y cuatro horas. La mar estaba en calma, y volvieron á parecer otra vez yerbas marinas, si bien en menor cantidad que antes. El 29 de setiembre, á los cuatro dias de haber gritado Pinzon ¡tierra, tierra! se vió aparecer un pájaro de una especie que llaman *rabiorecados*; y como los marinos están generalmente persuadidos de que esta ave no se aparta á mucha distancia de la ribera, su vista hizo renacer por un momento la esperanza. Tambien se dejaron ver dos pelicanos, y el aire que se respiraba era tan agradable y embalsamado, que Colon opinaba que solo faltaban algunos ruiseñores para que las noches fuesen tan deliciosas como las de Andalucía.

De este modo iban y venian las diferentes aves, haciendo concebir esperanzas que bien pronto se veían desvanecidas, y volando á veces en número tan crecido, que parecia imposible que se arriesgasen de aquella manera sobre el vasto Océano sin conocer bien á fondo su situacion. La declinacion de la aguja volvió á llamar la atencion del almirante y de toda la tripulacion, siendo la opinion unánime que no podia explicarse aquel fenómeno sino por los movimientos de la estrella polar. Por último, llegó el 4.º de octubre, y los pilotos de la *Santa Maria* se dedicaron con la mayor formalidad á asegurarse de la distancia á que se hallaban de la Europa. Habian sido engañados así como el resto de la tripulacion, por la oportuna maniobra de Colon, y cuando se dirigieron á él á darle cuenta del resultado de sus cálculos, á la sazón que se hallaba en su puesto ordinario sobre la popa, su fisonomia era un fiel espejo que reflejaba completamente sus inquietudes.

—Señor almirante, dijo uno de los pilotos, nos hallamos nada menos que á 578 leguas al Oeste de la isla de Hierro. Esta es en verdad una increíble distancia para seguir arriesgándonos en un Océano desconocido.

—Es cierto, valiente Bartolomé, repuso Colon tranquilamente; pero cuanto mas nos arriesguemos, tambien reportaremos mas honra. Vuestros cálculos no están arreglados á la verdad, pues de los mios, que no son un secreto para nadie, resultan 584 leguas, ó lo que es lo mismo, seis mas que sacáis vosotros. Ademas, esto apenas es comparable con un viaje de Lisboa á Guinea, y no hemos de ir á dejar que nos aventajen los marinos de don Juan.

—¡Ah! señor almirante, es que los portugueses conocen el camino de sus islas y van costeando el antiguo mundo, mientras que nosotros, si llega á suceder que la tierra no sea realmente una esfera, vamos avanzando cada día hácia su estremidad, y corremos peligros tales que no podemos formarnos una idea.

—Vamos, vamos, Bartolomé, que habláis como un barquero de un rio cualquiera á quien un fuerte viento ha arrojado mas allá de su barra y que cree correr los mas grandes peligros que nadie ha pasado; solo porque el agua que ha tragado es algo salada. Manifestad resueltamente vuestros cálculos á la tripulacion, y procurad reanimar su esperanza, pues de ese modo no se acordarán de vuestros temores cuando nos hallemos en los bosques del Cathay.

—Ese hombre se muere de miedo, dijo friamente Luis mientras que los pilotos bajaban de la popa con lentos pasos y lastimado el corazon. Esas tristes seis leguas son para él un peso demasiado excesivo. Las 578 ya le habian amostazado; pero 584 son para su débil espíritu una carga insoportable.

—¿Pues qué hubiera dicho si llega á conocer la verdad entera, verdad que ni vos mismo la sabeis?

—¿Pero á lo ménos yo confio, don Cristóbal, que no me habreis ocultado ese secreto por desconfianza en la firmeza de mis fuerzas?

—Yo creo, conde de Llera, que hubiera hecho mal en eso; y sin embargo, aun desconfia uno de si mismo cuan-

do se trata de intereses de tal calibre que solo penden de un hilo. ¿Os formareis, quizá, una idea de la distancia que hemos atravesado?

—¡No, por Santiago, señor! Me basta solo saber que nos hallamos muy lejos de doña Mercedes, y para mí una legua mas ó menos es cosa de escasa importancia. Si vuestra teoría es verdadera y es cierto que la tierra es redonda, tengo el consuelo de saber que con el tiempo nos encontraremos en España dando cara al sol.

—Pero siempre os formareis una idea de la distancia á que nos hallamos de la isla de Hierro, puesto que no ignorais que he disminuido el cálculo de nuestra jornada diaria antes de ponerla á la vista de la tripulación.

—Para deciros la verdad, don Cristóbal, la aritmética y yo no estamos en muy buenas relaciones. Aunque me costara la vida, me seria imposible demostraros por medio de números el total importe de mis rentas, aunque me seria mucho mas fácil hacerlo de cualquiera otra manera. Sin embargo, y esto es la pura verdad, yo creo que en vez de vuestras 384 leguas, podrán ser muy bien 610 ó 620.

—Añadid encima todavía 400 leguas, y os aproximareis mas á la verdad. Nos hallamos en este mismo momento á 707 leguas de la isla de Hierro, y nos vamos aproximando rápidamente al meridiano de Cipango. Así que pasen unos ocho ó diez dias á lo mas, yo principiaré formalmente á esperar ver el continente de Asia de un momento á otro.

—Hemos viajado mas de lo que yo creía, señor, repuso Luis con negligencia; pero continuad, que al menos uno de los que os acompañan no ha de quejarse aunque tuviéramos que dar la vuelta al mundo.

## CAPITULO XXI.

Iban ya trascurridos veinte y tres dias desde que nuestros aventureros habian perdido de vista la tierra, y excepto algunos insignificantes cambios de viento y uno ó dos dias de calma, habian constantemente seguido su rumbo hacia el Oeste, con alguna variacion al Sud, que fué aumentándose sucesivamente hasta mas de los doce grados, si bien este último hecho les era desconocido. Sus esperanzas fueron tantas veces burladas, que una especie de disgusto comenzaba ya á reinar entre los marineros, el cual solo por un momento solia disiparse, esto es, cuando las nubes, produciendo alguna pasajera ilusion, hacia lanzar de nuevo el grito de ¡tierra! ¡tierra! Sin embargo, hallábanse en este estado de fermentacion que admite cualquiera súbita mudanza; y como el mar seguia tan tranquilo como un rio, el aire embalsamado y el tiempo magnífico, no se dejaban enteramente llevar de su desesperacion. Sancho argumentaba á su manera con los compañeros, y segun su costumbre, oponia á la ignorancia y á la falta de juicio un tono doctoral y un descaro imperturbable, mientras que Luis, por su parte, ejercia una feliz influencia en el ánimo de los oficiales por su confianza y su buen humor. Colon conservaba su aire de dignidad tranquila y reservada, firme en la exactitud de sus teorías y sin cejar un punto en su resolucion de conseguir el objeto propuesto. El viento seguia favorable, y durante el dia y la noche del 2 de octubre, sus buques avanzaron mas de 400 millas por aquel ignorado y misterioso mar. Las yerbas marinas se dirigian entonces hacia el Oeste, lo cual no dejaba de ser un cambio notable, pues hasta entonces las corrientes les habian impelido en opuesta direccion. La jornada del 3 fué aun mas favorable todavia, habiendo recorrido en ella 47 leguas. El almirante principió á creer entonces que se hallaba mas allá de las islas marcadas en su carta; pero armándose de aquella firme resolucion propia de un hombre que está sostenido por lo elevado de sus proyectos, se decidió á continuar su rumbo al Oeste á fin de llegar directamente á las costas de la India. Aun fué mas propicio el dia 4, pues la flotilla, sin separarse un instante de su rumbo, habia hecho 489 millas, la distancia

mayor que habia recorrido en una jornada, distancia formidable para unos hombres que contaban con inquietud los dias y hasta las horas, y la cual rebajó Colon para toda la tripulación á 438 millas.

La jornada del viernes 5 de octubre principió bajo los mas felices auspicios. La mar estaba en calma, y Colon vió surcar el agua á su carabela á razon de unas ocho millas por hora, celeridad que jamás habia observado, y que le hubiera hecho andar aun mas camino que la víspera si el viento no se hubiera echado durante la noche. Sea como quiera, ello es que aun se interpusieron 37 leguas mas entre los buques y la isla de Hierro, distancia que para la tripulación quedó reducida á 45. El dia siguiente no dió de sí ningun acontecimiento importante; la Providencia parecia comunicar á los buques un grado tal de velocidad, que debia dar por resultado la solucion del gran problema que Colon habia discutido por largo tiempo con los sábios. Ya era de noche cuando la *Pinta* se acercó lo bastante á la *Santa Maria* para que pudiesen hablarse sin bocina.

—¿El señor don Cristóbal Colon se halla en su puesto, segun costumbre? preguntó Pinzon con el tono de un hombre que tiene algo que le mortifica su espíritu: veo gente en la popa, pero no alcanzo á distinguir si se halla allí S. E.

—¿Qué es lo que quereis, Martin Alonso? respondió el almirante; estoy aquí, aguardando á descubrir las costas de Cipango ó del Cathay (me es indiferente sean unas ú otras) cuando á Dios le plazca, en su bondad, dejárnoslas ver.

—Tengo tantos motivos para creer, noble almirante, que debemos cambiar de rumbo y dirigimos mas hacia el Sud, que no he podido resistir al deseo de venir á hablaros de ello. La mayor parte de los últimos descubrimientos se han hecho en latitudes meridionales, y deberiamos por lo mismo dirigimos mas al Sud.

—Cuando nos hemos dirigido hacia esa parte, ¿hemos ganado ó adelantado algo mas? Vuestro corazon me parece que aspira á un clima mas meridional, mi digno amigo, mientras que, á mi modo de ver, nos hallamos en este momento en un paraíso de perfumes, al cual solo la tierra puede ser preferible. Es posible que hallásemos islas al Sud y aun al Norte; pero debemos encontrar un continente al Oeste. ¿Por qué habremos de abandonar lo cierto por lo dudoso, y renunciar á un gran descubrimiento por la sola esperanza de hacer uno de menos importancia? ¿Por qué hemos de preferir á Cipango ó al Cathay una isla que será sin duda alguna muy agradable y muy productiva, pero que carecerá de un nombre célebre, y cuyo descubrimiento no podrá ser tan glorioso como el de las costas orientales del Asia?

—Yo desearia, sin embargo, poder decidirnos á navegar mas al Sud.

—Vamos, vamos, Martin Alonso, olvidad semejante deseo. Mi corazon está fijo en el Oeste, y mi razon me indica que debo seguirle. Por el pronto oíd mis órdenes, y despues buscad á la *Niña*, para que vuestro hermano el digno Vicente Yañez pueda tambien contribuir á ejecutarlas. Si llegamos á separarnos durante la noche, ambos continuareis vuestro rumbo hacia el Oeste y tratareis de volvernos á encontrar, puesto que para cada uno de nosotros seria desagradable é inútil el andar errantes y aislados por este ignorado Océano.

Aunque en verdad no muy satisfecho, Pinzon se vió obligado á obedecer, y despues de breve y vivo altercado con el almirante, marchóse para llevar las órdenes á la falúa.

—Martin Alonso principia á vacilar dijo Colon á Luis. Es un marino diestro y arriesgado, pero la constancia en sus proyectos no es seguramente su principal mérito. Es preciso que la mano fuerte de la autoridad le impida el ceder á esa flaqueza. ¡El Cathay! El Cathay es el único objeto de mi viage.

Despues de media noche arreció el viento, y por espacio de dos horas las carabelas surcaron la vasta su-



perficie del Océano con la mayor rapidez, esto es, á razón de 9 millas por hora. Pocos eran los que entonces se desnudaban, sino era para mudar de traje; así es que Colon pasó la noche sobre la popa, echado en una vieja vela. Luis hizo otro tanto, y ambos se hallaban de pie cuando empezó á apuntar la aurora. La idea mas general era que la tierra estaba cerca y que iba á hacerse un gran descubrimiento. Los soberanos tenían ofrecido una pensión vitalicia de 10,000 maravedises al que primero descubriese tierra; así es que todos los ojos estaban en acecho, siempre que la ocasión lo permitía, con objeto de adquirir aquel premio.

Cuando la luz principió á estenderse sobre el Océano, hacía el horizonte occidental, todos creyeron ver una apariencia de tierra, y á bordo de los tres buques se apresuraron á desplegar las velas, cada cual de ellos deseando adelantar á los otros, á fin de que su tripulación tuviese mas probabilidades de obtener la recompensa prometida. Por lo tanto, la ventaja y la desventaja estaba singularmente dividida entre los tres competidores; la *Niña* era la mas veloz cuando el viento era leve y habia calma; pero tambien era la mas pequeña; la *Pinta*, que era la que seguía segun sus dimensiones, aventajaba á las demas apenas arreciaba el viento, y la *Santa Maria*, la menos velera de la escuadra, tenia los palos mas elevados, y por consiguiente descubria mucho mas horizonte.

—Parece que hoy la gente tiene buenos ánimos, don Cristóbal, dijo Luis, que estaba de pie al lado del almirante, y aguardando con él á que fuese dia claro, y podemos esperar quizá descubrir tierra, como eso dependa del poder de la vista. La distancia que ayer recorrimos ha despertado todas las esperanzas, y es preciso que descubramos tierra, aunque tengamos que hacerla salir del Océano.

—Hé ahí á Pepe, el humilde esposo de Mónica, colocado en la mas alta verga, con la vista fija en el Occidente con la esperanza de ganar la pensión ofrecida por los reyes, dijo Colon sonriendo. Una pensión de 10,000 maravedises no dejaría de ser un alivio para la madre desolada y para el hijo abandonado.

—Mirad Martin Alonso como no se descuida, señor, y como la *Pinta* hace fuerza de vela. Pero Vicente Yañez le adelanta, y se conoce que está resuelto á saludar el primero al Gran-Khan, sin tener consideración á los derechos de su hermano mayor.

—¡Señor! ¡Señores! exclamó Sancho sentado sobre una verga con tanta satisfaccion como puede estarlo una dama de nuestros tiempos recostada en una otomana: la falúa hace una señal.

—Es verdad, dijo Colon; Vicente Yañez acaba de enarbolar el pabellon de la reina, y el cañonazo que acabamos de oír nos anuncia algún notable acontecimiento.

Como aquellas dos señales eran las convenidas caso de que uno de los buques descubriese tierra antes que los otros, nadie dudó que la falúa hubiese anunciado realmente el éxito definitivo de la expedición; mas sin embargo, el recuerdo del cruel desengaño recientemente experimentado contuvo todos los labios hasta que la verdad fué bien patente, si bien cada cual dió por lo bajo gracias al cielo. Con todo, se desplegó á bordo de la *Santa Maria* hasta la última vela, y los buques parecían que aumentaban en velocidad conforme avanzaban hacia el Oeste, semejantes á las aves cuyas alas fatigadas por un vuelo prolongado hacen mas y mas esfuerzos cuando perciben á lo lejos algunos árboles donde poderse reposar.

Las horas trascurrieron, sin embargo, sin que se confirmase tan halagüeña nueva. Es verdad tambien que durante toda la mañana estuvo el horizonte por la parte del Oeste cargado de nubes que engañaron mas de una vez á los ojos mas experimentados; pero cuando entró mas el día, y despues de andadas ya 50 millas, no pudieron menos de atribuirse las esperanzas de la mañana

á alguna otra ilusión de óptica. El desaliento que siguió á esta nueva decepcion fué aun mas amargo que ninguno de los experimentados hasta entonces, y algunos murmullos nada equivocados, murmullos que no se trataban de ocultar, se dejaron oír por todas partes. Decíase, entre otras cosas, que una maligna influencia prestaba impulso á la expedición para conducir á las embarcaciones á su ruina en medio de un Océano no conocido.

Se ha querido suponer que Colon en aquellos momentos se vió obligado á transigir con sus tripulaciones y á prometerles que sino descubrian tierra en un término dado renunciaria á su empresa; pero se equivocan grandemente los que han tratado de atribuir tal debilidad al gran navegante; pues lejos de eso, y en el mismo instante en que muchos le creían en el extremo mas recóndito de la tierra, supo conservar el pleno ejercicio de su autoridad, persistir en sus designios y hacer alarde de su poder con la misma calma y la misma firmeza que lo hubiera podido hacer en cualquier rio de España. Mas sin embargo, la prudencia y la política le sugirieron al cabo un cambio de conducta, que no fué ni tan orgulloso ni tan obstinado que la desechase, pero que fué, si, emanado de su propia voluntad.

—Segun mis cálculos secretos, Luis, nos hallamos en este momento á 1,000 buenas leguas de la isla de Hierro, dijo á su jóven compañero en una conferencia privada que tuvieron al caer el día, y este es precisamente el momento en que debemos esperar ver las costas del Asia. Hasta ahora solo podia esperar el encontrar algunas islas, y aun esto tampoco lo esperaba, á pesar de que Martin Alonso y los pilotos tuvieron de ello tan grandes esperanzas; pero esas numerosas bandadas de pájaros que hoy hemos visto parece que nos brindan á seguir su vuelo, que sin duda tendrá la tierra por paradero; voy, pues, á cambiar de rumbo dirigiendo la proa mas al Sud, aunque no tanto como quisiera Pinzon, pues el Cathay está perpetuamente ante mi vista.

Colon dictó en seguida las disposiciones al efecto; los otros dos buques se acercaron á distancia suficiente de la *Santa Maria* para poderles hablar con la bocina, y sus comandantes recibieron orden de dirigir el rumbo hacia el Oeste Sud-Oeste. La razon que dió para un cambio de esta especie, fué el gran número de aves que se habian visto volar en aquella direccion, siendo la intencion del almirante seguir áquel rumbo por espacio de dos dias.

A pesar de todo esto, la tierra no se dejó ver en todo el trascurso de la mañana; mas como el viento era leve y solo se habian hecho cinco leguas desde el cambio de rumbo, aquel desengaño vino á causar menos mal efecto que de costumbre. No obstante sus dudas y sus temores, todos cuantos iban á bordo de los buques disfrutaban de la fresca embalsamada de la atmósfera, notándose el aire perfumado hasta tal punto, que servia de placer el respirarlo. Volvieron á encontrar de nuevo multitud de yerbas marinas, y la mayor parte de ellas parecían tan frescas como si solo hiciese uno ó dos dias que se habian arrancado de su tallo. Dejáronse asimismo ver dos pájaros que, á no dudarlo, eran de la tierra, y aun pudo cogerse uno de ellos. Los ánades abundaban mucho, y hasta se vió tambien un pelicano.

De este modo se pasó el día 8 de octubre, mas nuestros aventureros no perdieron aun sus esperanzas, á pesar de que los buques no habian adelantado mas de unas 40 millas en veinte y cuatro horas. El día siguiente no ocurrió mas novedad que una mudanza de viento que obligó al almirante á dirigir el rumbo al Oeste cuarto Nordeste durante algunas horas. Semejante necesidad no pudo menos de contrariarle un poco, pues él deseaba navegar directamente hacia el Oeste, ó por lo menos al Oeste cuarto Sudeste; pero sirvió, sin embargo, para inspirar confianza á varios marineros que estaban asustados de ver que el viento soplabá siempre de una misma parte. Si aquel rodeo hubiera continuado, hubiera sido de hecho lo mismo que navegar en la direccion que

el almirante deseaba seguir; pero se hallaban á la sazón los buques á ciertos grados de longitud y de latitud en que la aguja recobra toda su propiedad y su direccion ordinaria. Durante la noche, los vientos tropicales volvieron á regir, y en la mañana del 40, aun bien temprano, las embarcaciones avanzaban hácia el Oeste-Sud-este, segun la brújula, lo que era en realidad, ó poco menos el rumbo verdadero.

Tal era el estado de las cosas al salir el sol el día 40 de octubre de 1492. El viento habia arreciado, y los buques navegaban á razon de 5 á 9 millas por hora. Las señales de proximidad de la tierra se habian hecho tan frecuentes, que á cada legua que se andaba creian los marineros que iban á descubrirla, y á bordo de los tres buques casi todas las miradas estaban sin cesar fijadas en el horizonte occidental, deseando cada cual ser el primero que pudiese dar aviso tan halagüeño. El grito de ¡tierra! ¡tierra! se habia dejado oír ya tantas veces, que Colon anunció que el que lo diese sin justo motivo perderia sus derechos á la recompensa, aunque posteriormente llegase á merecerla. Esta orden inspiró alguna mas circunspeccion, y durante los dias 8, 9 y 10 de octubre ni una sola boca se abrió para dar inciertas esperanzas. Mas como en este último se habia adelantado mucha mas distancia que en los dos precedentes, todos fijaron sus miradas aquella tarde en el horizonte occidental, pero con una atencion tal como nunca se habia prestado á la postura del sol. Aquel era, pues, el momento mas á propósito para semejante examen, cuando el grande astro iba á desaparecer de un momento á otro, iluminando á la sazón con su resplandor toda la estension de las aguas por aquel lado, de suerte que presentaban ante los ojos todos sus secretos.

—¿No es una elevacion de tierra lo que se vé allá bajo? preguntó Pepe á Sancho en voz baja mientras que tomaban asiento sobre una verga y miraban lo mas elevado del disco del sol, que parecia una brillante estrella próxima á hundirse en el horizonte. ¿O acaso es una de esas malditas nubes que nos han engañado ya tantas veces?

—No es ni lo uno ni lo otro, Pepe, repuso Sancho, que tenia mas sangre fria y mas experiencia. Es una oleada que se agita en el horizonte. ¿Has visto tú acaso en alguna ocasion una calma tan profunda para que el agua forme circulo en el horizonte? No, no; hoy no se descubre tierra al poniente. El Océano por ese lado presenta igual aspecto que si estuviésemos en la ribera occidental de la isla de Hierro, considerando la vasta estension del Océano Atlántico. Nuestro noble almirante podrá saber para sí lo cierto, Pepe; pero lo que es hasta ahora no hay mas pruebas que las que dan de sí sus argumentos.

—¿Acaso te decides en contra suya, Sancho? ¿Será posible que tú digas que es un loco que trata de conducir á sí y á los demas á su ruina por solo el placer de morir almirante de hecho y virey en su imaginacion?

—Yo no me decido contra un hombre cuyos doblones están decididos por mí, Pepe; eso seria indisponerme con el mejor amigo que tanto el rico como el pobre pueden tener, y este mejor amigo es el oro. Don Cristóbal, á no dudarlo, es todo un sábio, y aunque ni él ni ninguno de nosotros lleguemos jamás á ver una sola de las joyas del Cathay, ni arrancaremos un solo pelo de la barba del Gran-Khan, por el pronto ya han demostrado una cosa á mi entera satisfaccion, y es que la tierra es redonda. Efectivamente, si fuese llana, toda esta agua no permanecería en su estremidad, pues es evidente que se escurriria, como la misma tierra no formase un dique que la detuviera. ¿No conoces esto mismo, Pepe?

—Sin duda alguna: sí, eso está en la razon y en la experiencia de cada uno. Mónica tiene al genovés por un santo.

—Oye, Pepe, tu Mónica es en verdad una muger extraordinariamente sensata, y á no ser así no se hubiera casado contigo, habiendo podido elegir entre una docena de tus camaradas. Yo mismo he pensado en ella algunas

veces, y se lo hubiera dicho, si ella hubiera juzgado conveniente el llamarme tambien santo; pero muy lejos de eso, me distinguió con un epíteto enteramente diferente. Suponiendo, pues, que el señor Colon fuese un santo, por eso no habia de ser mejor almirante, porque yo no he dado aún con santo alguno, ni aun con una virgen, que fuese capaz de dirigir un buque ni tan siquiera de Cádiz á Barcelona.

—Estás hablando, Sancho, de los santos y de las virgenes con muy poco respeto, y te olvidas sin duda de que todo lo saben.

—Todo, escepto esto. ¿Cuánto va que Nuestra Señora de la Rábida no sabria distinguir el Oeste-sud-oeste-medio-oeste del Este-nordeste-medio-oeste? He intentado examinarla en este particular, y me he convencido que es tan ignorante acerca de ello como tu Mónica: lo es acerca del modo con que la duquesa de Medinasidonia saluda al noble duque su marido cuando vuelve de cazar con sus halcones.

—Y tambien me atrevo yo á decir que esa duquesa no sabria qué decirme si se hallase en el lugar de Mónica y tuviese que salir á recibirme, como lo sabrá Mónica, cuando regresemos de esta famosa expedicion. Si es cierto que yo jamás he cazado con halcones, tambien es bien seguro que ese señor duque no ha navegado por espacio de treinta y dos dias al Oeste de la isla de Hierro, y esto sin volver á ver tierra ni una vez siquiera.

—Eso es una verdad, Pepe, y ademas de todo, que aun no te hallas de vuelta en Palos despues de hecho todo lo que dices.

—¿Pero qué significa todo ese movimiento sobre cubierta? ¿Qué mosca habrá picado á esa gente? Juraria que han descubierto el Cathay ó distinguido al Gran-Khan brillante como un carbunco en su trono.

—Pues la causa de esa agitacion es mas bien porque no han visto ni descubierto nada. ¿No oyes las voces y las amenazas que pronuncian los gefes del tumulto?

—¡Por Santiago! Si yo fuese don Cristóbal, habia de rebajar un doblon del salario de cada uno de esos bribones, y lo repartiria entre los hombres pacíficos como tú y como yo, Pepe, que estamos prontos á morir de hambre antes que volvernos atrás sin haber visto el Asia.

—Eso está muy bien pensado, Sancho, pero bajemos para que vea el almirante que aun tiene amigos con quien contar en la tripulacion.

Habiendo Sancho accedido, Pepe y él se hallaron en un minuto sobre cubierta, donde hallaron á la tripulacion toda amotinada de un modo tal, como no se habia visto desde su partida de España. La continuacion de los vientos favorables y lo propicio y hermoso del temporal habian hecho consentir hasta tal punto á los marineros que tocaban ya al término de su viaje, que á la sazón todos pensaban únicamente que estaban en el caso de insistir para con el almirante á fin de que renunciase á una expedicion que solo podia conducirles á una muerte cierta. La discusion era viva y animada, y aun uno ó dos de los pilotos opinaba con los marineros que una mas prolongada resistencia seria fatal, ademas de ser inútil. En el momento en que Sancho y Pepe se presentaron sobre cubierta, acababan de decidir que se presentarían todos en cuerpo á Colon, y que le exigirían, en términos que no le dejaran lugar á la duda, que regresase á España en el instante. Para que todo se hiciese con el orden debido, habian elegido para llevar la palabra al piloto Pedro Alonso Niño y á un antiguo marinero llamado Juan Martin. Precisamente en aquel mismo instante bajaban de la popa el almirante y Luis para retirarse á su cámara. Todos cuantos se hallaban sobre cubierta le salieron al encuentro, y mas de veinte voces gritaron á la vez:

—¡Señor! ¡don Cristóbal! ¡Señor excelentísimo! ¡Señor almirante!

Detúvose Colon, é hizo frente á los marineros con un aire tan tranquilo y con tal dignidad, que no pudo menos de conmovirse el corazon de Niño y entibiarse el ardor de un gran número de los que le seguian.



—¿Qué queréis? preguntó el almirante con grave continente. Hablad, os hallais ante un amigo.

—Señor, cada uno de nosotros viene á reclamaros una vida que tanto le interesa, y lo que es mas aun, el medio de asegurar el pan á su esposa y á sus hijos, respondió Juan Martin, que creyó que el rango subalterno que ocupaba en la tripulación le serviría de garantía. Cuantos aqui se hallan están cansados de este inútil viage, y la mayor parte son de opinion que si dura mas tiempo que el que necesitamos para regresar á nuestro pais, llegará el caso de que todos perezcamos de hambre.

—¿Sabeis acaso á la distancia que os hallais de la isla de Hierro para venir á hacerme tan necia peticion? Habla, Niño, pues bien veo que eres de su partido, si bien parece que estás titubeando.

—Señor, repuso el piloto, todos estamos conformes. El penetrar mas allá en este desconocido Océano es tentar á Dios, que nos castigará por temerarios. Es inútil suponer que este ancho cerco de agua haya sido colocado al rededor de la tierra habitable con ningún otro designio que el reprimir la audacia de los que intentasen conocer los misterios que están mas allá de su inteligencia. Los sacerdotes, señor, incluso el santo prior de Santa María de la Rábida, vuestro amigo particular, ¿no nos hablan continuamente de la necesidad de someternos á ciertos conocimientos á los cuales no nos es dado llegar, y de creer las cosas incomprensibles para nosotros sin intentar descubrir el velo que las cubre?

—Bien podría redargüirte, honrado Niño, y decirte que tuvieses confianza en los que poseen conocimientos á los que tú jamás podrás llegar, y que siguieses humildemente á quien tú no estás en estado de conducir. ¡Retiraos todos y no vuelva yo á oír hablar de tal exigencia!

—Pero, señor, exclamaron dos ó tres voces á un mismo tiempo, nosotros no podemos consentir en perecer sin hacer presentes vuestras quejas. Ya os hemos seguido bien lejos, quizá bien lejos para que podamos regresar á España con seguridad. Mandad que desde esta noche misma vuelvan las carabelas hácia España, no sea que no vivamos suficiente tiempo para volver á ver aquel hermoso pais.

—¡Esta es una sublevacion! ¿Quién de vosotros es el que se atreve á dirigir tan atrevido lenguaje á vuestro almirante?

—Todos, señor, todos, contestaron veinte voces á la vez. Justo es que haya atrevimiento para hablar si ha de ser la muerte la pena del silencio.

—¿Y tú Sancho, eres tambien de los alborotadores? ¿Acaso tu corazon se resiente del achaque del pais, y se deja llevar de indignos temores que superan á tus esperanzas de gloria inmarcesible y á tus deseos de adquirir las riquezas del Cathay?

—Si así sucediese, señor almirante, deberiais enviarme á untar los mástiles y retirarme del manejo del timon, como un hombre que no es á propósito para observar las calaveradas de la estrella polar. Pero no: podeis conducir las carabelas á la sala de audiencia del Gran-Khan, amarradas á su trono, y alli hallareis á Sancho, fijo siempre en su puesto, ya sea manejando el timon ó ya la sonda. Yo he nacido, como sabeis, á la puerta de un astillero, y como es natural, deseo ver todo lo que un buque es capaz de hacer.

—¿Y tú, Pepe, habrás quizá olvidado tus deberes hasta el punto de dirigir un lenguaje de esa especie á tu comandante, al almirante y virey de tu soberana doña Isabel?

—¿Virey de qué? gritó una voz que salió de entre la turba sin dejar á Pepe lugar de contestar: ¿virey de las yerbas marinas, teniendo por vasallos á los atunes, á las langostas, á las ballenas y á los pelicanos? Habiéis de saber, señor Colon, que no es así como debe tratarse á unos castellanos que gustan de descubrimientos mas sólidos que un campo de yerbas marinas y unas islas compestas de nubes.

—¡A Europa! ¡A España! ¡A Palos! ¡A Palos! esclama-

ron casi todos, habiéndose puesto Sancho y Pepe al lado del almirante. Nosotros no adelantamos un solo paso hácia el Oeste, pues es enojar á Dios. Queremos volvernos al punto de donde salimos, si ya no es demasiado tarde para conseguir semejante dicha.

—¿A quién tenéis el atrevimiento de hablar de esa manera, miserable? exclamó Luis llevando involuntariamente la mano al puño de su espada; retiraos sino queréis...

—Tranquilizaos, amigo Pedro, y dejad á mi cargo este negocio, dijo el almirante, que á pesar de la insubordinacion de su gente, no habia perdido ni un solo instante su sangre fria. Escuchad lo que voy á deciros, hombres rebeldes y groseros, y tened entendido que esta es mi respuesta definitiva para cualquier peticion semejante á la que acabais de tener la osadía de dirigirme: esta expedicion ha sido destinada por ambos soberanos y señores vuestros para atravesar toda la longitud del Océano Atlántico hasta llegar á las costas de la India. Por lo tanto, suceda lo que sucediere, sus designios se han de llevar á cabo: navegaremos hácia el Oeste hasta que la misma tierra nos sirva de limite, y yo respondo con mi vida del cumplimiento de esta resolusion. Cuidad mucho cada uno de vosotros de que no peligré su existencia por oponerse á las órdenes de nuestros soberanos ó por desobedecer ó faltar al respeto al que los representa. Que llegue yo á escuchar un murmullo, y el culpable será castigado severamente. Tal es mi firme y resuelta determinacion, y ved de no esponeros á la cólera de aquellos cuyo descontento es mas terrible que los peligros imaginarios del Océano.—Tened, pues, bien en cuenta lo que podeis esperar ó temer. Por un lado debéis temer lo todo del resentimiento de los soberanos si llegais á cometer cualquier acto de violencia que tienda á oponeros á su autoridad, ó, lo que aun es peor, tenéis una seguridad, si llegais á sublevaros contra vuestros legítimos gefes, de no volver á ver la España por la falta de agua y de viveres: es, pues, demasiado tarde para pensar en volveros atrás. Un viage al Este debe durar doble tiempo del que hemos invertido en llegar hasta aqui, y las carabelas se resienten ya bastante del escaso peso de vuestras provisiones; la tierra, y principalmente á la altura en que nos hallamos, se ha hecho para nosotros necesaria. Ahora, contemplad el reverso de la medalla: tenéis delante de vosotros el Cathay, que os brinda con la gloria, con sus riquezas y con novedades de toda especie; una comarca la mas maravillosa de cuantas el hombre ha habitado hasta el dia, y ocupada por un pueblo de un carácter tan dulce como hospitalario. Añadid á todo esto las recompensas de vuestros soberanos y la gloria que ha de reportar hasta el mas ínfimo de los marineros si coopera lealmente con su comandante al mejor éxito de esta expedicion.

—Si os obedecemos aun por espacio de tres dias, y en este tiempo no se descubre tierra, ¿nos prometéis que regresaremos á España? exclamó uno de los amotinados.

—¡No, jamás! contestó Colon con la mayor energia. Mi mision es ir á las Indias, y he de ir allá, aunque faltase un mes todavia para terminar este viage. Que se vuelva inmediatamente cada uno á su puesto ó á su hamaca, y que semejante conducta no vuelva á reproducirse jamás.

Habia una dignidad tan natural en las maneras de Colon y tal severidad en su acento cuando se mostraba irritado, que nadie osaba responderle una vez impuesto silencio. Dispersáronse, pues, los marineros con aire sombrío, mas sin haber perdido su espíritu de insubordinacion. Si su buque hubiera formado solo la expedicion, es indudable que habrian cometido algun acto de violencia; mas como no sabian si las tripulaciones de la *Pinta* y de la *Niña* pensaban como ellos, y como ademas profesaban á Martin Alonso, lo mismo que á Colon, un respeto mezclado de temor, los mas atrevidos se contentaron con murmurar, pero sin abandonar el proyecto secreto de tomar mejor sus medidas apenas se les presentase oca-

sion para ponerse de acuerdo con las tripulaciones de los otros dos buques.

—Esto es un poco sério, señor, dijo Luis al almirante cuando se vieron solos en su cámara. ¡Por San Lucas! Ya véisais como se disminúa notablemente el ardor de esos miserables si V. E. me concediese su permiso para arrojar al mar á dos ó tres de los mas insolentes.

—Favor que sin duda alguna nos querian dispensar á vos y á mi algunos de ellos, respondió Colon. Sancho me informa con la mayor exactitud de cuanto pasa entre la tripulacion, y hace ya bastantes dias que me lo tenia advertido. Pero trato de emplear los medios pacíficos por todo el tiempo que me sea posible, señor Gutierrez ó señor Muñoz, sea el que quiera el nombre que prefirais; pero si me llevo á ver en la necesidad de apelar á la fuerza, tendreis ocasion de ver que Cristóbal Colon sabe manejar su sable tambien como los instrumentos náuticos.

—¿A qué distancia creis vos que nos hallaremos de la tierra, señor almirante? Y os advierto que solo por curiosidad, no por temor, os lo pregunto; pues aunque nuestro buque flotase sobre el último estremo del mundo y estuviese próximo á hundirse en el vacío, no oiriais ni una sola queja salir de mis labios.

—Estoy bien seguro de ello, mi jóven amigo; pues de otro modo no estariais aqui, respondió Colon apretándole afectuosamente la mano. A mi entender estamos por lo menos á 4000 leguas marinas de la isla de Hierro, que es con corta diferencia la distancia á que, segun mis cálculos, se halla el Cathay de la Europa, y hemos andado ya á la verdad lo suficiente para encontrar algunas de esas islas que, como es sabido, existen en abundancia en la via de Asia. Mi guindola, la que espongo á la vista de la tripulacion, no hace subir la distancia sino á poco mas de 800 leguas, pero como posteriormente nos han favorecido las corrientes, casi me atreveré á creer que nos hallamos á 4100 de las Canarias, y quizá á algo mas de las Azores que están mas hácia el Oeste, si bien bajo una latitud mas elevada.

—Siendo así, señor, ¿creis que podremos descubrir la tierra de aqui á pocos dias?

—Tengo de ello tal certidumbre, Luis, que no hubiera titubeado en aceptar las proposiciones de esos rebeldes si hubiera sido capaz de ceder á la humilacion. Ptolomeo ha dividido la tierra en veinte y cuatro partes á quince grados cada una, y yo no concedo al Atlántico mas que cinco ó seis de esas partes. Yo estoy persuadido de que llegaremos al Asia con unas 4300 leguas de navegacion, y de estas 4300 leguas debemos tener ya hechas 4100.

—Quiere decir, señor almirante, que el dia de mañana será quizás un gran dia. Pues bueno, ahora acostémonos. Voy á soñar con el pais mas hermoso que cristiano alguno haya visto jamás, y en mis sueños me representaré á la mas bella jóven de España, de la Europa entera, ¡por San Pedro! que me hará señas de que llegue cuanto antes.

Colon y Luis por el pronto solo pensaron en descansar. Al dia siguiente por la mañana los sombríos rostros de los marineros dejaban traslucir evidentemente el profundo disgusto que bullia en su corazon como la lava en las entrañas de un volcan. Por fortuna se echaron de ver bien pronto las señales de una naturaleza completamente nueva, y no pudiendo esto menos de llamar la atencion de los revoltosos, contribuyó á hacerles desistir de sus proyectos. El viento era fuerte y tan favorable como de ordinario; además, y esta era una verdadera novedad desde la salida de la isla de Hierro, la mar habia cobrado movimiento, y los buques bogaban sobre unas olas que no presentaban apariencia alguna de esa calma tan opuesta á la naturaleza, y cuya duracion habia puesto en consternacion á los marineros. Apenas hacia cinco minutos que Colon se hallaba sobre cubierta, cuando un grito de júbilo lanzado por Pepe atrajo todas las miradas hácia la verga en que aquel trabajaba; Pepe señalaba con ansia una cosa que flotaba sobre el agua. Toda la

tripulacion se precipitó hácia aquel costado del buque, y en el momento en que una ola lo elevaba, descubrieron un verde junco, tan fresco y tan lozano, que nadie pudo contener una exclamacion de gozo, pues todos sabian perfectamente que aquella planta procedia, á no dudarlo, de alguna orilla, y su lozania daba á conocer que no habia mucho tiempo que habia sido desprendida del parage donde creciera.

—Este si que es realmente un halagüeño presagio, dijo Colon; los juncos no crecen sino con la luz del cielo.

Aquel pequeño incidente vino á cambiar completamente las ideas de los descontentos, ó al menos las paralizó. La esperanza triunfó aun una vez mas, y todos los que no tenian ocupacion, en el momento subieron á los mástiles y á las vergas para observar el horizonte occidental. El mismo movimiento rápido de los buques daba nueva vida y esplayaba los ánimos. Véase á la *Pinta* y á la *Niña* pasar y reparar cerca del buque almirante como manifestando su contento. Pocas horas despues halláronse tambien verdes y frescas yerbas, y á eso del medio dia Sancho anunció positivamente que acababa de ver un pescado, que solo se criaba en las intermediaciones de las rocas. Una hora mas tarde la *Niña* vino á colocarse muy cerca del navio almirante, y su comandante, que estaba en lo mas alto de una verga, parecia tener que comunicar algunas noticias importantes.

—¿Qué hay, pues, Vicente Yañez? exclamó Colon; me parecis mensajero de buenas nuevas.

—Y así es, efectivamente, don Cristóbal. Acabamos de ver pasar sobre la mar una rama de rosál silvestre llena de botones, y que parecia recién cortada de la planta. Esta es una señal que no puede ser engañosa.

—Es cierto, amigo mio. ¡Al Oeste! ¡al Oeste! ¡Dichoso aquel cuyos ojos sean los primeros que descubran las maravillas de las Indias!

Difícil seria referir cuánto se dilataron los corazones con la esperanza y la alegría. No se oia mas que risas y bromas sobre cubierta, allí, donde pocas horas antes todo era descontento y desesperacion. Los minutos pasaban con rapidez; nadie se acordaba ya de la España: todos tenian su pensamiento fijo en aquel Oeste todavía invisible.

A poco rato oyóse un grito de alegría á bordo de la *Pinta*, que seguia el mismo rumbo que el buque almirante y algo mas avanzado. En seguida amainó sus velas, púsose al paio, y por último, echó su esquife á la mar. La *Santa María*, hendiendo las espumosas olas se dirigió hácia aquel punto, y en pocos minutos se halló al nivel de la carabela para poder hablarse.

—Y bien, Martín Alonso, dijo Colon procurando ocultar su ansiedad bajo un aspecto digno y tranquilo, parece que vos y vuestra tripulacion os habeis quedado en éstasis.

—Y no falta razon para ello, señor. Acabamos de pasar junto á un pedazo de caña, planta de la cual, segun dicen los viageros, se saca el azúcar en el Oriente, y que se conduce con frecuencia á nuestros puertos. Esta es una gran señal de estar próximos á la tierra; pero aun no es nada en comparacion con un tronco de árbol que hemos visto al mismo tiempo. Y como si la Providencia no hubiese sido ya suficientemente bondadosa con respecto á nosotros, y aquellos objetos flotasen cerca el uno del otro, hemos echado el esquife á la mar para apoderarnos de ellos.

—Cargad las velas, Martín Alonso, y remitidme vuestra presa para poder juzgar de su valor.

Pinzon obedeció, y habiéndose puesto al paio la *Santa María*, llegó bien pronto el esquife. Martín Alonso se plantó de un solo brinco desde el banco de los remeros en la regala de su chalupa, y al cabo de un minuto se halló sobre el puente del navio almirante. Apresuróse en el acto á enseñar á Colon los diferentes objetos que acababan de ser sacados del mar, y que los marineros de su esquife iban arrojando sobre cubierta.



—He aquí, nobles señores, dijo casi sin aliento en fuerza del ansia que tenía de presentar sus tesoros, he aquí un tronco de árbol, no sé de qué especie, pero perfectamente cuadrado. He aquí también un trozo de caña dulce, planta que procede precisamente de la tierra, y he aquí, finalmente, esta especie de junco ó caña, labrada sin duda por la mano del hombre y con un singular cuidado.

—Así es muy cierto, dijo Colon examinando aquellos objetos por su orden. Gloria al poder de Dios, y démosle gracias por habernos dado estas consoladoras pruebas de que nos acercamos al Nuevo Mundo. Solo un infiel podría dudar del éxito de nuestra expedición.

—Sin duda todos esos objetos irían en alguna barca que se ha ido á pique, y así se explica cómo se han encontrado en el agua tan cerca los unos de los otros, dijo Martin Alonso queriendo apoyar sus pruebas físicas en una teoría plausible. No me extrañará nada que encontremos algunos cadáveres de los que se hayan ahogado.

—Esperemos todo lo contrario, Martin Alonso, dijo el almirante, y no nos dejemos llevar de tan tristes ideas. Mil accidentes diversos pueden muy bien haber reunido en el mar estos objetos, y una vez en el agua hubieran seguido su curso juntos por espacio de un año, á menos que el viento ó las olas no los hubiesen separado. Pero sea como quiera, no dejan de ser para nosotros unas pruebas infalibles, no tan solo de que nos hallamos próximos á la tierra, sino de que esa tierra está habitada.

Difícil sería dar una idea del entusiasmo que reinaba á bordo de las tres embarcaciones. Hasta entonces solo se habían encontrado aves, pescados y yerbas, señales frecuentemente engañosas; mas al fin existían pruebas irresistibles de que se hallaban cercanos á sus semejantes. A la verdad, los objetos en cuestión podían, andando el tiempo, haber venido desde tan larga distancia como la que la flota había recorrido; mas no era, sin embargo, probable que hubieran continuado tanto tiempo juntos sin separarse. Además, los botones de la rama del rosal estaban frescos, el pedazo de madera era de una clase desconocida, y el bastón, si tal era el uso de la caña á que daban este nombre, tenía un trabajo de talla de una especie desconocida enteramente en Europa. Todos aquellos objetos pasaron de mano en mano hasta que toda la tripulación los hubo examinado, y cuantas dudas existían aun, quedaron desvanecidas ante aquella inesperada confirmación de las predicciones del almirante. Pinzon regresó á bordo de su carabela, diéronse las velas al viento, y continuóse el rumbo al Sudeste hasta ponerse el sol.

Algunos espíritus de los mas meticulosos quedaron aun bastante desconcertados al ver ocultarse el sol por la trigésima cuarta vez desde su salida de Gomera en un horizonte de agua. Casi todas las miradas se fijaron con el mayor interés en el póniente, y á pesar de que el cielo estaba cubierto de nubes, ninguna ilusión de óptica se presentó á la vista de los que lo contemplaban; solo se dejaron ver las formas que ordinariamente toman las olas á la caída del día.

El viento arreció al caer la tarde, y Colon, habiendo reunido todos sus buques según tenía de costumbre, dió nuevas órdenes acerca del rumbo que había de seguirse. Hacía dos ó tres días que se navegaba en lo general al Oeste Sudeste, y Colon, que estaba persuadido que el camino mas seguro y mas corto de una á otra tierra, era á través del Océano si era posible, siguiendo una sola paralela de latitud, deseaba volver á emprender su rumbo favorito, esto es, hácia donde él creía estar el verdadero Oeste. Entrada, pues, la noche, los tres buques tomaron este rumbo, avanzando á razón de nueve millas por hora y siguiendo el astro del día como si hubiesen estado resueltos á penetrar en los misterios de su nocturna morada, hasta tanto que algun descubrimiento notable viniese á recompensar sus esfuerzos.

Inmediatamente despues de aquel cambio de rumbo, la tripulación entonó el himno de la noche, lo cual so-

á veces diferirse en aquel mar tan en calma hasta el momento en que el cuarto que era relevado iba á buscar sus hamacas. Mas sin embargo, aquella noche nadie pensó en dormir, y ya era bastante tarde cuando los marineros cantaron el *Salve Regina*. Aquel religioso cántico; unido á los murmullos de la brisa y al zumbido de las olas en aquella soledad del Océano, tenía un no sé qué de solemne que aumentaba en su tanto la ansiedad de nuestros aventureros, que por momentos esperaban ver descorrerse el velo que tantos misterios encubría. Jamás aquel himno sonó tan melodiosamente á los oídos de Colon, y hasta hizo asomar lágrimas á los ojos de Luis, que no podía menos de recordar los tiernos ecos de la voz de Mercedes, cuando elevaba su alma al Criador en hora semejante. Terminado el oficio de la noche, el almirante mandó reunir la tripulación bajo la popa y la dirigió la palabra en estos términos:

—Estoy lleno de gozo, amigos míos, de haberos oído cantar el himno de la noche con un espíritu tal de devoción y en unos momentos en que tenéis tantos motivos para alabar á Dios por las bondades que nos ha dispensado durante todo el trascurso de este viage. Echad una mirada sobre lo pasado, y vereis si alguno de vosotros, aun el mas antiguo marino, recuerda haber hecho un viage por mar, no diré de tanta estension en cuanto á la distancia recorrida, pues ninguno habrá emprendido uno parecido, pero que haya durado tantos días como este, y durante el cual hayan sido los vientos tan favorables, el tiempo tan propicio y el mar haya estado tan tranquilo. ¡Qué de señales no nos ha enviado Dios para hacernos cobrar ánimo y perseverancia! El se halla en medio de este inmenso Océano, amigos míos, lo mismo que en los templos que existen sobre la tierra. El nos ha conducido en cierto modo hasta aquí paso á paso, ya dejándonos ver pájaros que revoloteaban por los aires, y haciéndonos notar pescados que surcaban la mar lejos de sus sitios acostumbrados, y á veces estendiendo ante nosotros campos enteros de yerbas marinas que rara vez se hallan á distancias de las rocas que las ven nacer. He todas estas señales, las mas recientes y tambien las mas positivas son las que Dios ha dado en el día de hoy. Mis cálculos están conformes con ellas, y creo sumamente probable que tengamos la tierra á la vista esta misma noche. Dentro de algunas horas, ó bien cuando hayamos llegado á una distancia en que la vista alcance á distinguir con ayuda de la escasa luz que queda, tendré por cosa acertada el disminuir las velas, y os invito á todos á que estemos vigilantes, no sea que vayamos á dar al traste contra una costa desconocida. Ya sabéis que nuestros soberanos han prometido una recompensa de 40,000 maravedises de pensión vitalicia al primero que descubra la tierra; pues bien, yo añado á eso un jubón de terciopelo, digno de un grande de España. No os durmais, pues, y en la primera hora del día estad áttentos y vigilantes. Yo os hablo con las mayores veras: confío en que veremos tierra al lucir el primer rayo del sol.

Aquellas consoladoras palabras produjeron un completo efecto. Los marineros se esparcieron por todo el buque, y cada cual escogió el sitio que creyó mas á propósito para optar á la recompensa prometida. Una viva expectación suele ser siempre un sentimiento tranquilo, durante el cual los sentidos agitados parecen exigir el silencio y la concentración para tener su entera libertad de acción. Colon permaneció de pie sobre la popa. Luis, cuidándose menos de la aparición de la tierra, echóse sobre una vela, y dedicó aquellos momentos á pensar en Mercedes y á representarse el feliz instante en que la volviese á ver, despues de salir victorioso de aquella empresa y con todos los hombres del triunfo.

Un silencio tan profundo como el de la muerte reinaba á bordo de la *Santa Maria*, y hacia crecer la ansiedad que se habia apoderado de todos los ánimos. A la distancia de una milla por la parte de adelante, navegaba la *Niña* á velas desplegadas, mientras que á mayor

distancia todavía, y á media hora de marcha de aquella, dejábanse apenas entrever los contornos de la *Pinta*, que, como mejor velera que las otras dos, se aprovechaba de la brisa. Sancho practicó su reconocimiento para examinar una por una las velas y las vergas, y jamás el buque almirante había seguido tan de cerca á los otros dos como aquella noche. Los tres buques parecían animados de la misma impaciencia que las personas que conducían, y como que querían escudarse unos á otros. En ciertos momentos, esto es, cuando el viento silbaba entre las jarcias, los marineros se sorprendían como si hubiesen escuchado voces extrañas y desconocidas procedentes de un mundo misterioso, y cuando una ola espumosa llegaba á estrellarse en los costados del navío, volvían la cabeza esperando encontrarse con algunos seres ignorados que, viniendo del mundo oriental, se aparecían sobre cubierta.

Colon por su parte exhalaba frecuentes suspiros. A veces permanecía por largo rato con los ojos fijos en el Occidente, como si una organización superior á la del resto de los hombres le hubiese permitido penetrar en las tinieblas. Por último, se inclinó hácia adelante, miró con la mayor atención por bajo de la defensa al viento de su buque, quitóse su sombrero, y pareció que oraba ó que daba gracias mentalmente. Luis no le perdía de vista desde el sitio donde estaba acostado, y poco después oyó que lo llamaba.

—Pedro Gutierrez, Pedro Muñoz, Luis, ó cualquiera que sea vuestro nombre, dijo Colon con voz conmovida, venid, hijo, y decidme si vuestros ojos están conformes con los míos: mirad por este lado—un poco mas á la altura del buque—¿no descubris alguna cosa extraordinaria?

—He visto una luz, señor, una luz como la de una vela, ni mas ni menos; me ha parecido que se movía como si alguno la levase en la mano ó estuviese combatida por las olas.

—No os engañan vuestros ojos. Ya veis que esa luz no procede de ninguno de los buques de conserva, porque ambos están bajo la serviola del viento.

—¿Y de dónde procederá entonces, don Cristóbal?

—De la tierra, Luis. Esa luz se halla en la tierra, y disminuye á nuestros ojos por efecto de la distancia, ó bien de algun buque desconocido y que pertenece á las Indias:—Aquí debajo tenemos al contralor de la flotilla, Rodrigo Sanchez: bajad y decidle que suba.

Luis obedeció, y pasados algunos minutos, el contralor estaba en presencia del almirante. Media hora trascurrió sin que la luz volviese á aparecer. Viósele, por fin, brillar una ó dos veces como una antorcha, y volvió á desaparecer de repente. Aquel incidente llegó en un momento á noticia de toda la tripulación; pero nadie le dió la misma importancia que Colon.

—Aquella es la tierra, dijo el almirante con tranquilo acento á cuantos le rodeaban, y podremos distinguir la dentro de breves horas. Bien podeis ya abrir vuestros corazones á la gratitud y á la confianza, pues ya no cabé ilusion alguna con semejante señal. Ninguno de los fenómenos que hemos notado en la mar vale tanto como esta luz, y según mis cálculos, estamos colocados en un punto del Océano donde debe por fuerza existir tierra, pues de otro modo el mundo no sería esférico.

A pesar de la completa confianza del almirante, muchos de los que componían la tripulación no estaban tan seguros como él del resultado, si bien todos esperaban ya firmemente descubrir tierra al siguiente día. No habiendo Colon añadido nada á lo que acababa de decir, el silencio volvió á reinar como antes, y todas las miradas se fijaron por segunda vez en el Oeste con una inquieta vigilancia. Así fué trascurriendo el tiempo, y los tres buques navegando con una rapidez tal que sobrepujaba con mucho á su marcha ordinaria. A media noche un vivo resplandor vino á disipar por un instante la oscuridad, y el ruido de un cañonazo disparado á bordo de la *Pinta* resonó bien pronto en todos los oídos, aunque alejado por los vientos,

—El que así se explica es Martín Alonso, exclamó el almirante, y debemos estar seguros que cuando lo hace debe tener muy fundadas razones para ello. ¿Quién está allí arriba en los masteleros de juanetes para descubrir el primero las maravillas del Oeste?

—Soy yo, señor almirante, respondió Sancho, que estoy aquí desde que concluimos de cantar el himno de la noche.

—¿Ves algo de extraordinario hácia el Oeste? Miralo con cuidado, pues estamos abocados á grandes acontecimientos.

—Nada veo, señora, sino es que la *Pinta* ha disminuido sus velas, la *Niña* acaba de reunirse con ella, y disminuye asimismo las suyas.

—Honor y gloria á Dios por tan grandes y notables novedades. Esta es una prueba mas de que por esta vez podamos dar crédito á las señales, y que ninguna ilusion ha estraviado nuestra razon. Nos reuniremos á nuestros buques de conserva, Bartolomé, antes que disminuir una sola pulgada nuestras velas.

En aquel mismo instante púsose todo en movimiento á bordo de la *Santa Maria*, y al cabo de una media hora llegó á alcanzar á las otras dos carabelas, las cuales, habiendo punteado el viento, iban dando ligeras bordadas, semejantes á los caballos que se refrescan después de haberse disputado el premio de la carrera.

—Venid acá, Luis, y llenaos de júbilo al contemplar un espectáculo del cual no han podido gozar aun los mejores cristianos.

El cielo de los trópicos estaba iluminado con mil estrellas, y el mismo Océano parecía arrojar un resplandor melancólico, circunstancias que contribuían á hacer desaparecer en gran parte la oscuridad de la noche. Por consiguiente, podía estenderse la vista á muchas millas de distancia, y aun distinguir los objetos colocados en el horizonte occidental. Apenas don Luis hubo tendido una mirada en la direccion que Colon le habia señalado, vió distintamente un punto en que el azul del cielo desaparecía tras de una sombría elevación que se alzaba en el Océano y que se prolongaba por espacio de algunas leguas al Sud, terminando á su fin como habia comenzado, esto es, con la reunion de las aguas del Océano y el vacío del firmamento. Todo el espacio intermedio ofrecía los mismos contornos, la densidad y el color de la tierra vista á lo lejos y á media noche.

—¿Distinguis las Indias? preguntó Colon. El gran problema se halla resuelto. Esa tierra será probablemente una isla, mas un continente no debe estar muy distante. ¡Rindamos á Dios las debidas alabanzas!

## CAPITULO XXII.

Las tres horas siguientes fueron de un interés surto y extraordinario. Los tres buques iban corriendo bordadas á la altura de la costa, que aun se veía envuelta en las tinieblas, á una distancia prudente para no tener nada que temer, y llevando cargadas casi todas las velas, parecían navios que cruzaban sosegadamente en un espacio dado, siéndoles bien indiferente el ir más ó menos veloces. Al pasar uno cerca de otro, los marineros se dirigían mútuas felicitaciones; pero durante aquella noche célebre no se dejó sentir ningun estrepitoso transporte de alegría. Las sensaciones que aquel acontecimiento hacia renacer en todos los corazones, tenían un carácter demasiado profundo y solemne para que escitasen tan vulgares demostraciones de júbilo. Quizá no se hallaría entre aquellos un solo hombre que no espermentase un sentimiento de confianza absoluta en la Divina Providencia y de entera sumision á su voluntad.

Colon permanecía silencioso. Las emociones como las que él espermentaba no es fácil manifestarlas con palabras; pero su corazón rebosaba de reconocimiento y alegría. Creía encontrarse en la estremidad del Oriente, y pensaba que habia llegado hasta allí navegando hácia el Occidente. Era muy natural suponer que él se figurase



que al rayar el día iba á ofrecerse á sus ojos alguna de esas escenas de oriental magnificencia tan hábilmente descritas por los Polo y demas viajeros que habian penetrado en aquellas remotas é ignoradas regiones. Lo poco que ya habia visto le daba á conocer suficientemente que la isla descubierta y cuantas pudieran hallarse por aquellos parages estaban habitadas, pero por lo demas todo eran conjeturas é incertidumbres. Lo cierto es que se respiraba un aire embalsamado, y que dos de los sentidos del hombre contribuian ya por el pronto á proclamar el éxito del viage.

Aquel día, esperado con tal impaciencia, estaba á punto de aparecer. El cielo se cubrió por la parte del Este de aquellas agradables tintas que preceden á la salida del sol. Conforme se iba esparciendo la luz sobre el oscuro azul del Océano, los contornos de la isla iban haciéndose mas pronunciados, y veianse en su superficie rocas, valles, árboles que iban saliendo como de las tinieblas, en una palabra, la escena toda fué tomando aquel pálido y solemne colorido de la mañana. Por último, los rayos del sol se estendieron por toda la isla, cubriendo con su dorado resplandor sus puntos mas culminantes, mientras que otros permanecian completamente sombríos. Vióse entonces claramente que la tierra que acababa de ser descubierta era una isla de corta estension, cubierta de árboles y de verde yerba. El sol estaba todavia bajo; mas sin embargo, aquellos sitios ofrecian un aspecto bastante agradable para que los creyesen un paraíso aquellos hombres que muy formalmente estaban persuadidos de que nunca volverian á ver la tierra. Semejante espectáculo suele causar siempre un vivo placer á los marinos que han pasado largo tiempo sin ver otra cosa que cielo y agua; pero este placer en aquella ocasion era triplicado para unas gentes que no solo acababan de salir de un estado de desesperacion, sino que al mismo tiempo veian renacer sus brillantes esperanzas. Por la posicion que ocupaba aquella isla, Colon deducia que habria pasado cerca de otra durante aquella noche, que debió ser la en que él descubrió una luz; y en lo sucesivo, y segun el rumbo que él habia llevado, aquella conjetura vino á convertirse en certidumbre.

Apenas hubo salido el sol cuando se vieron salir de los bosques varios hombres que contemplaban con asombro la aparicion de unas máquinas que aquellos isleños, en su ignorancia absoluta, creian ser enviadas del cielo. Poco despues mandó Colon echar el ancla, y desembarcó para tomar posesion de la isla en nombre de ambos soberanos.

Verificóse, pues, aquella ceremonia con todo el aparato que permitian los cortos recursos de nuestros aventureros. El almirante, vestido con un traje color de escarlata y llevando el estandarte real en la mano, abría la marcha seguido de Martin Alonso y de Vicente Yañez Pinzon, que tambien llevaban cada uno una bandera en que se veia ondear una cruz, simbolo de la expedicion, con las iniciales de Fernando é Isabel.

Se observaron todas las formalidades que se acostumbran en tales ocasiones. Al poner el pie en aquella tierra desconocida, Colon tomó posesion en nombre de los soberanos, dió gracias á Dios por el éxito de su expedicion, y echó en seguida una mirada á su alrededor para hacerse cargo del valor de su descubrimiento.

Terminada aquella ceremonia, toda la tripulacion rodeó al almirante y le felicitó por el buen resultado obtenido, manifestándole asimismo el pesar que tenian por haber desconfiado de él y haberse insubordinado. Aquella escena ha sido citada muchas veces como una prueba de la inconstancia y veleidad de los designios de los hombres; aquel que hacia pocos dias era considerado como un aventurero egoista y temerario, ahora le veneraban y agasajaban poco menos que á un dios. Mas aquellas lisonjeras y aduladoras demostraciones no hacian enorgullecerse al almirante, asi como tampoco las amenazas de los revoltosos lograron intimidarle. Conservó constantemente su aire grave y tranquilo en medio de

los que se apresuraban á disculparse; mas sin embargo, un curioso observador hubiera podido ver brillar el triunfo en sus miradas y retratarse en su rostro su júbilo interior.

—Estas buenas gentes son tan inconstantes en sus temores como estremadas en los trasportes de su gozo, dijo Colon á Luis cuando pudieron verse libres de la turba. Ayer me hubieran echado al mar con la mayor frescura, y hoy no parece sino que tratan de sustituir conmigo al mismo Dios. ¿No habeis notado que los que mas recelos nos han inspirado por sus demostraciones de descontento y de insubordinacion son ahora los que mas me adulan y lisonjean?

—Tal es la humana naturaleza, señor: asi pasamos de un terror pánico á la mas inconsiderada alegría. Esos perillanos creen hacer mil elogios de vos, cuando en realidad lo que hacen es felicitar á si propios por haber escapado de los peligros ignorados que tanto temian. Nuestros amigos Sancho y Pepe no parece que participan de semejantes ideas, pues veo al segundo de ellos ocupado en coger flores de las que abundan en esta costa de la India, y el primero contempla á su alrededor con una sangre fria admirable, como si calculase la longitud y la latitud de los doblones del Gran-Khan.

Sonrióse Colon y se dirigió acompañado de Luis hácia aquellos dos marinos, que se hallaban á alguna distancia de sus camaradas. Sancho tenia las manos metidas en su jubon, y contemplaba el pais con la sangre fria de un filósofo. A él fué á quien Colon se dirigió.

—¿Cómo es eso, Sancho de la Puerta del Astillero! le dijo. ¿Será posible que mires tan gloriosa escena con tal indiferencia como si fuese una calle de Moguer ó un campo de Andalucía?

—Señor almirante, la misma mano ha hecho esto que aquello. Esta isla no es la primera en donde yo he desembarcado, y esos salvages en cueros que allí se perciben no son tampoco los primeros hombres que yo he visto que no lleven un jubon color de escarlata.

—¿Pero no te sientes satisfecho de nuestro éxito? ¿No esperimantas reconocimiento para con Dios por este gran descubrimiento? Recuerda que nos hallamos en las costas del Asia, y que hemos llegado á ellas navegando siempre hácia el Oeste.

—Por lo que á eso hace, señor confieso que es una verdad que no admite réplica, pues yo mismo he manejado el timon mas de una vez en este viage. ¿Pero creéis, señor almirante, que hayamos venido desde tan gran distancia para hallarnos al otro lado de la tierra y estar pies con pies con los españoles?

—No. El reino del Gran-Khan es el que acaso ocupará la posicion que tú quieres decir.

—Y en ese caso, señor, ¿quién impedirá que los doblones de ese pais caigan en el vacío y nos quedemos por toda recompensa con los afanes de nuestro viage?

—El mismo poder que impide que nuestras carabelas caigan en el mar, y al mar mismo el seguirlas. Todo depende de leyes naturales, y la naturaleza es un legislador que sabe hacerse respetar.

—Cuanto estais hablando es hebreo para mí, repuso Sancho frotándose las cejas.—Si no estamos en este momento bajo los pies de los españoles, los nuestros deben hallarse en línea diagonal con los suyos, y por tanto tan fácil me parece aqui como en Moguer el sostener derecha mi quilla.—¿Por Santa Clara! Y aun mucho mas fácil bajo cierto aspecto, porque aqui no se halla vino de Jerez tan fácilmente como en España.

—Yo aseguro, Sancho, que no eres israelita aunque el nombre de tu padre sea un misterio.—¿Y tú, Pepe, qué te llama la atencion en esas flores para que te distraigan tan completamente de todas las demas maravillas del pais?

—Estoy haciendo un ramo para Mónica, señor. Como una muger tiene sentimientos mucho mas delicados que un hombre, se quedará encantada al ver con qué clase de adornos ha dotado Dios á las Indias.

—¿Y crees tú, Pepe, que tu cariño bastará para conservar á esas flores su frescura y lozania hasta que nuestra carabela haya vuelto á atravesar el Atlántico? preguntó Luis riéndose.

—¿Quién sabe, señor Gutierrez? Mas hace el que quiere que el que puede: si teneis alguna dama castellana á quien deis la preferencia en vuestro corazon, os aconsejaria que pensaseis en su belleza y cogieseis algunas de estas estrañas flores para adornar sus cabellos.

Colon se retiró, pues los isleños parecian querer dirigirse contra los extranjeros. Luis continuó al lado del jóven marino, que prosiguió cogiendo flores de los trópicos. A poco rato nuestro héroe se dedicó á la misma ocupacion, y antes que el almirante y los de la isla, colmados de sorpresa, hubiesen dado principio á su primera entrevista, ya tenia él arreglado un soberbio ramille-

qual ocupaba un puesto muy secundario, dió acogida á mil ideas acerca de su importancia personal, y principió á envidiar á Colon una gloria que, segun decia, podia haber adquirido él mismo. Mas de una vez tuvieron lugar vivos altercados entre ambos, y cada dia se añadia un nuevo motivo de tibieza en su trato.

No entra ciertamente en el plan de la presente obra el describir cuanto aconteció durante el tiempo que nuestros aventureros invirtieron en ir de isla en isla, de puerto en puerto, de rio en rio. Convenciéronse muy luego de que habian hecho importantes descubrimientos y de dia en dia iban siguiendo el curso de sus investigaciones, valiéndose de las noticias que adquirian, que, aunque á veces no las comprendian bien, los indicaban á su modo de ver minas de oro. Encontraban por do quiera una naturaleza pródiga y abundante, escenas que



El cacique Matti ac.

de, que se lo representaba como sirviendo de adorno á los caballos de ébano de Mercedes.

Los sucesos de interés público que acontecieron en seguida son demasiado conocidos de nuestros lectores para que haya necesidad de hacer aquí mención de ellos. Despues de haber permanecido por breve tiempo en San Salvador, Colon pasó á otras islas, llevado de la curiosidad y guiado por lo que sabia ó creia saber de los mismos naturales. Finalmente, el 28 llegó á Cuba. Ya allí, él se imaginó durante algun tiempo que habia descubierto el continente, y por espacio de un mes anduvo costeano aquella isla, primero al Nordeste y despues al Sudeste. Las nuevas escenas que iban ofreciéndose á la vista de nuestros aventureros, fueron perdiendo su influencia conforme se hicieron para ellos familiares, y bien pronto las ideas de ambicion y de codicia volvieron á tomar todo su imperio en el corazon de aquellos que habian sido los primeros en ofrecer una completa sumision al almirante cuando el descubrimiento de la tierra demostró tan victoriosamente la exactitud de sus teorías y lo vano de sus temores. Entre los que mas pronto cedieron á la influencia de su carácter se encontraba Martin Alonso Pinzon. Viéndose casi enteramente escluido de la sociedad del jóven conde de Llera, á los ojos del

fascinaban la vista, y un clima delicioso; mas solo habian hallado al hombre en la mas completa condicion del estado salvaje. La creencia de que se hallaban en las Indias era una ilusion general; y cada palabra, cada ademán de los naturales del pais eran interpretados como si tuviesen relacion con las riquezas del pais. Todos pensaban que si no estaban positivamente en el reino del Gran-Khan, al menos se encontraban casi en sus limites. Con semejantes circunstancias, y como cada dia que pasaba se presentaba á sus ojos alguna novedad, pocos eran los que se acordaban de España, si no es cuando les ocurría la idea de la entrada triunfal que deberian hacer á su regreso. El mismo Luis no pensaba en Mercedes tan incesantemente, y á pesar de su hermosura, no podia evitar que las estraordinarias cosas que á cada instante encantaban su vista reemplazasen por algunos momentos á su imagen. Es cierto tambien que á escepcion del fértil suelo y del clima delicioso, aquel pais nada ofrecia que pudiese realizar las brillantes esperanzas de nuestros aventureros con respecto á las ventajas pecuniarias que tenian en su mente; mas nadie por esto desmayaba en sus esperanzas, pues no sabian lo que el dia siguiente habia de dar de sí.

Al fin se decidió la marcha de dos comisionados al



interior para que hiciesen nuevos descubrimientos, y Colon trató de aprovechar este momento para hacer varios reparos en los buques. Cuando ya se aguardaba el regreso de aquellos, Luis salió á su encuentro con un destamado de hombres armados, del cual formaba parte Sancho. Hallóseles á una jornada de las carabelas, acompañados de algunos naturales del país que los seguían por curiosidad esperando sin duda á cada instante verlos volar hácia el cielo. Cuando ambos grupos llegaron á reunirse, hicieron un pequeño alto para descansar, y Sancho, que despreciaba lo mismo el peligro en la tierra que en la mar, entróse en una poblacion que distinguió á corta distancia. Allí procuró con sus gestos y ademanes ganarse en cuanto le fué posible la voluntad de sus habitantes, y se dió la misma importancia que un gran perseguido podría darse en una aldea. Apenas trascurrieron algunos minutos desde que se hallaba llamando la atención de aquellos hijos de la naturaleza, cuando ya trataron de darle muestras de una particular distincion. Uno de ellos se adelantó hácia él llevando en la mano unas hojas secas y negras, que le ofreció con la misma buena voluntad y finura con que un turco ofreciera sus conservas y un americano sus pastas. Sancho se disponia á aceptar aquel regalo, aunque á decir verdad mas hubiera agradecido un doblon (pues desde el último que le dió el almirante no habia vuelto á ver otro) cuando varios naturales del país se inclinaron haciendo un respetuoso ademán y pronunciaron con énfasis la palabra *tabaco*. Entonces el que hacia el presente, dando un paso hácia atrás, repitió la misma palabra con el tono de un hombre que hace una apologia, y se puso á rollar aquellas hojas de cierto modo hasta que logró hacer lo que en el lenguaje del país se llamaba un *tabaco*, esto es, una especie de cigarro, que volvió á ofrecer al marino. Sancho aceptó, hizo un ademán con la cabeza como en señal de condescendencia, repitió aquella palabra lo mejor que supo, y se guardó el tabaco en el bolsillo. Aquella accion dejó sorprendidos á los naturales, y despues de una breve deliberacion, uno de ellos encendió la punta de uno de aquellos rollos de hojas, poniendo el otro extremo en su boca, y con gran satisfaccion así suya como de los que le rodeaban principió á arrojar nubes de oloroso humo. Sancho quiso imitarle; pero le aconteció lo que á todos lo que no están acostumbrados, esto es, que fué á reunirse á sus compañeros sin poderse sostener de pie, pálido como si hubiera tomado opio, y atormentado con crueles náuseas como jamás las habia experimentado desde que pasó la barra de Saltes para navegar por el Océano Atlántico.

Aquella escena puede llamarse ciertamente la introduccion de la yerba americana, tan conocida en el dia en la sociedad civilizada, á cuya planta han dado los españoles equivocadamente el nombre que aquellos naturales daban á las hojas arrolladas. Sancho de la Puerta del Astillero fué, pues, el primer cristiano que fumó tabaco, ciencia en la cual tuvo bien pronto por rivales á los hombres mas notables de su siglo, y que llegó á perpetuarse hasta nuestros dias.

Despues del regreso de sus agentes Colon, volvió á darse á la vela siguiendo la costa septentrional de Cuba. Mientras que luchaba con los vientos tropicales para avanzar hácia el Oeste, hallóse con un viento demasiado fuerte, y decidió acogerse á un puerto de aquella isla, al cual dió por nombre Puerto del Principe. Con esta mira hizo una seña para llamar á la *Pinta*, que debía marchar á gran distancia; mas como la noche iba ya llegando, se encendieron faroles para que sirviesen de guia á Martin Alonso á fin de poderse reunir á su comandante. Al dia siguiente, apenas apuntó la aurora, Colon subió á la popa, echó una mirada en torno suyo, y distinguió á la *Niña* á sotavento, mas no pudo alcanzar á ver la otra carabela.

—¿Quién de vosotros ha visto á la *Pinta*? preguntó á Sancho que iba manejando el timon.

—La he visto bien claramente, señor, y durante todo

el tiempo que la vista puede seguir á un buque que trata de eclipsarse. Martin Alonso ha desaparecido por la parte del Este mientras que nosotros estuvimos al paio para darle tiempo de reunirse.

Colon conoció entonces que habia sido abandonado por el hombre que tanto celo habia mostrado en su favor, y que, obrando de aquel modo, dió una prueba mas de que la amistad desaparece ante el interés personal y la codicia. Con relacion á informes de los naturales, habiase esparcido entre las tres tripulaciones la voz de que existian en aquel país minas de oro, no dudando ya el almirante que cometiendo un acto de insubordinacion, su primer oficial se hubiese aprovechado de que su buque era el mas velero para tomar la delantera con la esperanza de llegar el primero al Dorado, que era el objeto de sus deseos. Como el viento continuaba siendo contrario, la *Santa Maria* y la *Niña* entraron en el puerto con el fin de aguardar que el tiempo cambiase. La separacion de que acabamos de hacer mérito tuvo lugar el 24 de noviembre, y la expedicion en aquella época aun no habia penetrado mas allá de la costa septentrional de Cuba.

Desde aquel dia, hasta el 6 del mes siguiente, Colon continuó el reconocimiento de aquella hermosa isla. Entonces atravesó lo que desde aquel tiempo tomó el nombre de Paso del Viento, y tocó por vez primera en las costas de Haiti. Durante todo aquel tiempo se entablaron numerosas comunicaciones con los naturales del país en cuanto las circunstancias lo permitieron, logrando los españoles hacerse con infinitos amigos á consecuencia de las prudentes y humanas disposiciones del almirante; y aunque es cierto que cometieron un acto de violencia apoderándose de media docena de individuos para conducirlos á España y hacer con ellos un presente á doña Isabel, aquel acto era bien fácil de justificar en aquel siglo, bien sea por la deferencia que se tenia al poder real, ó bien porque aquella accion iba dirigida á conseguir la salvacion de las almas de los prisioneros.

Nuestros marineros quedaron aun mas sorprendidos del aspecto montañoso pero atractivo de Haiti, que lo fueron de la isla vecina de Cuba. Hallaron á los habitantes mas civilizados y de una raza mejor que las que habian visto en las islas descubiertas hasta entonces; eran dóciles y de un carácter muy dulce, cualidades que gustaron en gran manera al almirante. Poseian el oro en grandes cantidades, y los españoles dieron principio bien pronto á un tráfico con ellos, que se reducía á cambiar el metal que escita lo mas vehementes deseos en los hombres civilizados, por cascabeles.

Entre estos incidentes, y marchando no sin peligro á lo largo de la costa, se invirtió el tiempo hasta el 20 de aquel mismo mes. Llegó, pues, á la sazón el almirante cerca de una punta de tierra que, segun decian, estaba próxima á la residencia del gran cacique que mandaba en toda aquella parte de la isla. Este principe, cuyo nombre era Guacanagari, segun la ortografia de los españoles, tenia bajo sus órdenes gran número de caciques tributarios, y segun decian sus súbditos en lo poco que podia comprenderse, era aquel un monarca muy querido. El 22, hallándose ambas embarcaciones en el puerto de Acul, donde habian echado el ancla dos dias antes, se vió llegar una piragua. A poco rato pusieron en noticia del almirante que aquella piragua conducia un embajador que le traia varios regalos de parte de su soberano, y que estaba encargado al mismo tiempo de invitarle á que adelantase sus buques á una ó dos leguas al Este y viniese á fondar en la altura de la ciudad, donde residia aquel principe: mas no permitiéndolo el viento, envióse un mensajero con una respuesta conveniente, y el embajador se dispuso para volver á marchar. Don Luis, cansado de estar ocioso, prefiriendo ver el país, é impulsado por su natural aficion á las aventuras, solicitó permiso de marchar en la piragua acompañando á un jóven llamado Matlinao, con quien habia entablado amistad, y el cual habia venido con el

embajador. Colon accedió con gran repugnancia por su parte, pues el rango y la clase de nuestro héroe le hacían temer los riesgos de una traición ó de un accidente cualquiera; pero fueron tales las instancias de Luis, que triunfaron de la oposición del almirante.

Partió, pues, no sin haber recibido muchos y muy prudentes consejos, y de encargarle que no se olvidase que si alguna desgracia le ocurría, toda la responsabilidad habria de recaer sobre Colon. Por vía de precaución dióse orden á Sancho Mundo para que en clase de escudero le acompañase en aquella caballeresca aventura.

Como no se había visto en manos de los isleños arma alguna de consideración mas que una flecha sin punta, el joven conde de Llera no quiso cargar con su cota de mallá; llevóse, pues, tan solo su buen sable, cuyo temple fué mas de una vez experimentado en los cascós y corazas de los moros, y un ligero escudo. Le ofrecieron un arcabúz, mas él lo rehusó como arma impropia de un caballero, y que solo manifestaría una desconfianza á que no daba lugar por cierto la conducta de los naturales del país; pero Sancho, menos escrupuloso, se apoderó de aquella arma. Con objeto de evitar que la tripulación no echase de ver una concesión que el almirante estaba convencido que era una infracción á sus mismos reglamentos, Luis y su compañero saltaron en tierra y se embarcaron en la piragua ocultos por una punta de tierra que los ponía á cubierto de las miradas de los marineros de ambos lugares. De este modo su ausencia pasó desapercibida.

Las circunstancias que acabamos de referir, unidas al misterio que á los ojos de todos rodeaba al joven grande de España durante la expedición, son la causa de que los sucesos de que vamos á ocuparnos no fuesen consignados en el diario de Colon, habiéndose escapado por lo tanto á las investigaciones de los diversos historiadores que han sacado tantos y tantos materiales de aquel tan importante documento.

### CAPITULO XXIII.

A pesar de su carácter resuelto y de aquella indiferencia hácia el peligro que rayaba en temeridad, Luis, al verse solo entre los haitianos, no pudo menos de extrañar muy vivamente la novedad de su situación. Sin embargo, nada ocurrió que pudiese escitar en él la mas ligera inquietud ni interrumpiese las imperfectas comunicaciones que se habian establecido entre él y sus nuevos amigos, teniendo solo que hacer á veces á Sancho alguna pequeña advertencia, que solo necesitaba la mas minima escitacion para estarse hablando las horas enteras. En vez de seguir al esquife de la *Santa María*, á bordo del cual se había embarcado el embajador, la piragua se adelantó á distancia de algunas leguas por la parte del Este, pues habiase decidido que Luis no se presentaría en la ciudad de Guacanagari sino después que hubiesen llegado las dos carabelas, reuniéndose entonces con sigilo á sus compañeros, de modo que no pudiese llamar la atención.

No hubiera sido nuestro héroe un verdadero enamorado si hubiese permanecido insensible á la vista de los encantos naturales que se ofrecieron á sus ojos durante el tiempo que tardó en recorrer las costas de Haiti. La escarpada naturaleza de aquellas costas, como sucede en las del Mediterráneo, desaparecía bajo lo agradable de una baja latitud, comunicando á las rocas y á los promontorios un encanto parecido al que presta una graciosa sonrisa á la hermosura de una muger. Repetidas veces se le escaparon algunas exclamaciones de placer, á las cuales no dejaba nunca Sancho de contestar en el mismo tono, ya que no en los mismos términos, creyendo de su deber ser una especie de eco de las poéticas ideas del joven conde.

—Yo supongo, señor, dijo Sancho cuando se hallaron á algunas leguas de distancia del sitio en que el esquife de la *Santa María* había sido amarrado en la costa, yo

supongo que vos sabreis á dónde nos llevan esos señores que van completamente en cueros. Según la prisa que se dan, no parece sino que tienen un puerto presente en su imaginación, ya que no lo tengan á la vista.

—Temes algo, amigo Sancho, cuando me diriges semejante pregunta con tono tan formal.

—Si algo temo, don Luis, es solo por la familia de los Bobadillas, que perdería á su cabeza si llegase á sobrevenir cualquier accidente á V. E. ¿Qué mas le importa á Sancho de la Puerta del Astillero el casarse con una princesa de Cipango, el ser adoptado por el Gran-Khan ó quedarse, por último, hecho un pobre marino de Moguer? Eso viene á ser lo mismo que si se le diese á escoger entre llevar un buen jubón y comer ajos, ó ir completamente desnudo y llenarse el estómago de excelentes manjares. Yo creo, señor, que V. E. no querría cambiar vuestro castillo de Llera por el palacio de este gran cacique.

—Tienes razón, Sancho; la categoría de las personas debe guardar proporción con el estado que cada uno ocupa en la sociedad. Un noble castellano no puede tener envidia á un soberano de Haiti.

—Sobre todo, desde que el señor almirante ha anunciado que doña Isabel, nuestra magnánima soberana, debe ser en lo sucesivo y para siempre reina de este país, repuso Sancho guiñando el ojo con aire de malicia. Estas buenas gentes no saben bien el honor que les está reservado, y mucho menos que nadie S. A. el rey de Guacanagari.

—Silencio, Sancho, y guarda para tí solo esas inoportunas advertencias. Mas nuestros amigos van á hacer entrar la piragua en la embocadura de este río, y á lo que parece piensan desembarcar en la orilla.

Después de haber ido costeando hasta el punto á donde se dirigían, los naturales se adelantaron hácia la embocadura de un riachuelo, que trayendo su origen de entre aquellas hermosas montañas, cuyas cimas se veían descollar en el centro de la isla, dejaba correr sus aguas á lo largo de un alegre valle para venir á desembocar en el Océano. No era este río ni muy ancho ni muy profundo, pero contenía el agua suficiente para que pudiesen navegar las ligeras piraguas de los isleños. Sus riberas se veían llenas de arbolillos, y mientras que bogaban en sus aguas, Luis echó de ver muchos parages en donde á su modo de ver accedería á pasar su vida entera siempre que Mercedes le acompañase. Creo casi escusado el añadir que en semejantes sitios él se representaba á su amada vestida de terciopelo y de encages, según la moda de la época, entre las damas mas elevadas, y contemplaba sus gracias naturales adornadas de todos los accesorios de la civilización, y embellecidas por aquel aire desembarazado, tan propio de una dama que estaba diariamente y á todas horas en contacto con la reina su señora.

Así que hubieron perdido de vista la costa al entrar en el río entre dos puntas de tierra que formaban su embocadura, Sancho hizo reparar á don Luis en una flotilla de piraguas, cuyas velas eran de tela de algodón, la cual bajaba el río contra el viento, y á lo que parecía, y según otras varias que habian encontrado en el trascurso del día, iban á la bahía de Acul á ver á los maravillosos extranjeros. Los indios que iban con nuestros aventureros en la piragua notaron también aquellas endeble embarcaciones, y por sus señas y sus sonrisas dejaron conocer bien que no sabían cuál fuese su objeto. En aquel mismo momento también, esto es, cuando la piragua entraba en el río, Mattinao sacó de debajo de la ligera ropa de algodón que á veces le cubría, un sencillo aro de oro puro que colocó sobre su cabeza á manera de corona: Luis sabía de antemano que aquella era una prueba de que Mattinao tenía la dignidad de cacique, y que sin duda era uno de los tributarios de Guacanagari. Al verle de aquel modo revestirse de sus insignias, pensó Luis, y con razón, que Mattinao acababa de entrar en el territorio de su mando y se puso de pie para saludar-



le, lo cual verificaron asimismo los haitianos. Apenas hubo abandonado su incógnito el joven cacique, dejó también el remo, tomando un aire de dignidad y de autoridad. De cuando en cuando intentaba hablar con Luis en cuanto lo permitían los imperfectos medios de comunicarse. Pronunció repetidas veces el nombre de Ozema, y de la manera con que la nombraba dedujo Luis que debía ser el nombre de su favorita, porque los españoles sabían ya, ó al menos aparentaban saberlo, que á los caciques les era permitido tener varias mugeres, aunque á sus súbditos les estaba severamente prohibido tener mas de una.

La piragua continuó rio arriba por espacio de muchas millas, llegando al fin á uno de esos valles de los trópicos en los que la naturaleza parece que ha desplegado todos sus recursos para llenar de encantos y atractivos la tierra que pisamos; y si bien el pais parecia no deber nada al arte, sin embargo, se dejaba conocer que la mano del hombre le habia despojado de aquella rudeza salvaje que caracteriza á la inculta naturaleza. Asi como los habitantes, aquellos deliciosos lugares po-



Sancho Mundo vendiendo los cascabeles á los indios.

seían una gracia natural que las invenciones de los hombres no habian aun conseguido alterar ni destruir. Las habitaciones no carecian tampoco de encanto, si bien eran tan sencillas como las costumbres y necesidades de los que las habitaban. Las flores se veían abiertas en medio del verano, y los árboles estaban abrumados con el peso de sus ricos frutos, que servían de alimento y eran de un gusto esquisito.

Mattinao fué recibido por sus súbditos con el mas profundo respeto, mezclado con el interés de la curiosidad. Todos ellos rodearon á Luis y á Sancho manifestando una admiracion semejante á la que experimentarían un hombre culto si viese á uno de los profetas descender sobre la tierra en carne y hueso. Aunque ya estaban advertidos del arribo de los buques, no por eso dejaban demirar á nuestros marineros como seres bajados del cielo. Aquella opinion no seria probablemente estensiva á los hombres de mas categoria de entre ellos; pues aun en el estado salvaje, los conocimientos del vulgo son muy inferiores á los de las personas mas favorecidas de la suerte. Ya fuese consecuencia de su carácter mas fa-

miliar, ya porque sus costumbres se adaptasen con mas facilidad á las sencillas maneras de aquellos isleños, lo cierto es que Sancho vino á ser bien pronto el favorito de lo que se llama pueblo, el cual abandonó al conde de Llera á los distinguidos cuidados de Mattinao y de otros personajes elevados, permaneciendo, como consecuencia de aquella circunstancia, separados ambos españoles. Sancho se dejó conducir por la muchedumbre á una especie de plazuela en el centro de la poblacion, y el cacique condujo á don Luis á su palacio.

Apenas nuestro héroe se halló á solas con Mattinao y dos de sus confidentes, elegidos entre los gefes principales, los indios principiaron á repetir vivamente el nombre de Ozema; siguióse una rápida conversacion, y salió de la estancia un mensajero sin que Luis hubiera podido comprender cuál era su objeto. Por último, los dos gefes se retiraron dejando al joven castellano solo con el cacique. Despues de haberse despojado del aro de oro que llevaba en su cabeza, y de haberse puesto un ropaje de algodón que le cubria el cuerpo, que hasta entonces habia tenido casi desnudo, Mattinao hizo seña á su compañero de que le siguiese, y salió de la habitacion. Luis, por su parte, echó su escudo á la espalda, arregló el cinturon de su sable de modo que no le molestase al andar; y siguió al cacique con la misma confianza que si hubiera ido acompañando á un amigo por las calles de Sevilla.

Atravesando una atmósfera cargada de perfumes, le condujo Mattinao á un valle en donde las plantas mas hermosas de los trópicos crecían al pie de árboles cuajados de deliciosas frutas. Iban siguiendo un sendero trazado á lo largo de un torrente que corria por una quebrada, yendo sus aguas á perderse en el rio, y despues de haber andado cerca de media milla, llegaron cerca de un conjunto de habitaciones rústicas, situadas en un hermoso terreno sobre la pendiente de una montaña, desde donde se percibia la ciudad principal á orillas del rio y el mar en lontananza. Luis conoció en el instante que aquel agradable retiro estaba destinado al bello sexo, y se figuró que seria una especie de serrallo ocupado por las mugeres del joven cacique. Condujéronle á una de las principales habitaciones, en donde le presentaron los sencillos pero agradables refrescos que se acostumbraban en el pais.

Un mes entero de continua comunicacion entre los españoles y los habitantes de aquellas islas no fué suficiente para que asi unos como otros aprendiesen recíprocamente sus idiomas peculiares. Los europeos habian retenido algunas de las palabras mas usuales del vocabulario de los indios, y Luis era uno de los que mejor se aprovechaban de esta ventaja, aunque, como es natural, se equivocaria frecuentemente creyendo hacerlo muy bien. Pero el lenguaje de la amistad no puede confundirse con otro alguno, y nuestro héroe no habia experimentado el mas mínimo sentimiento de desconfianza desde que habia abandonado las carabelas.

Al penetrar en la rústica habitacion á donde Luis fué conducido por Mattinao, este habia enviado un mensajero á una de las estancias contiguas, y despues de haberle dejado el tiempo suficiente para que saborease los refrescos que le habia hecho servir, se levantó, invitando á su huésped seguirle por medio de un ademan, cuya gracia hubiera hecho honor á un maestro de ceremonias de la corte de Isabel de Castilla: Poco tardaron en llegar á una casa algo mayor que las demas, y que parecia hallarse dividida en diferentes habitaciones, pues al pronto no pasaron de una especie de antecámara. Allí permanecieron un breve rato, mientras que el cacique dijo unas cuantas palabras á una muger y descorrió una cortina ingeniosamente fabricada con yerbas marinas, cuya cortina abrió paso para una habitacion interior. En aquella estancia habia una muger, y para ponerse al corriente de quién era, bastó solo á Luis escuchar la palabra «Ozema» que al entrar pronunció Mattinao con tono afectuoso. Luis saludó á aquella hermosa india

tan rendidamente como si hubiese sido una gran señora de la corte de España. Al alzar los ojos los fijó en el rostro de aquella bella criatura, llena de curiosidad y medio asustada, y no pudo menos de exclamar todo admirado y sorprendido:

— ¡Mercedes!

Mattinao repitió aquel nombre lo mejor que le fué posible, creyendo sin duda que era una palabra que expresaba la admiración ó la satisfacción. La encantadora joven, toda temblorosa, que habia dado lugar á aquella exclamación, retrocedió, y sonriendo en medio del mas grande rubor, repitió á su vez con acento dulce y armonioso, «Mercedes», como un ser ingénuo que se complace en prolongar lo que ha sido para ella el origen de un placer inocente; en seguida permaneció de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, inmóvil, viva imagen del asombro. Como es preciso que espliquemos por qué causa los pensamientos de Luis se habian fijado en aquel momento en su amada, por qué su boca habia pronunciado su nombre, haremos desde luego una breve descripción de la figura y del traje de Ozema, pues este era el nombre de aquella hermosísima india.

Todas las relaciones de los viajeros están conformes en describir á los primeros habitantes de las Indias Occidentales como perfectamente formados y dotados de una gracia tal en todos sus movimientos, que causó la admiración general de los españoles. El color de su piel nada tenia de repugnante, y en particular la de los habitantes de Haití, segun dicen, no pasaba de ser de un moreno algo mas subido que la de los europeos. Los habitantes que se esponian pocas veces á los ardores del sol de aquel clima, y los que vivian habitualmente bajo la sombra de los bosques ó en el interior de sus habitaciones, así como las personas que tienen iguales costumbres en Europa, hubieran podido pasar por blancos comparativamente con los demas. Tal habia sido la vida de Ozema, que no era muger del joven cacique, sino su única hermana. Segun las leyes de Haití, la autoridad de los caciques se transmitia por medio de las hembras, y un hijo de Ozema deberia suceder á su tío. Por consecuencia de este hecho, y siendo así que la familia real (si es lícito aplicar esta espresion á un estado social tan sencillo) solo se componia de dos individuos, habianse prodigado á Ozema mas delicados y preferentes cuidados que de costumbre, no permitiéndola dedicarse á ninguna clase de trabajos ni de fatigas en todo aquello que era compatible con la condicion de los habitantes de aquel pais.

Habia ya cumplido sus diez y ocho años sin haberse visto jamás espuesta á la intemperie de las estaciones y sin haber espermentado ninguna de aquellas vicisitudes que mas ó menos son inherentes á la vida salvaje; á pesar de que los españoles hicieron la observacion de que cuantos indios habian visto hasta entonces parecian estar bien distantes de padecer aquellas enfermedades tan propias de una existencia como la que llevaban, ventajas que eran debidas, á no dudarlo, á la influencia del sol, al agradable temple de aquel clima y á lo saludable y puro del aire. En una palabra, Ozema reunia en su persona todos aquellos atractivos exteriores que, como es consiguiente, adquiere una muger que goza de una libertad sin límites, que posee mil gracias naturales, que no carece de cuanto puede halagarla, y todo esto en un clima tan benigno, disfrutando de unos alimentos sencillos y saludables, y estando exenta de toda fatiga y libre de cualquier pena ó cuidado. Se podria, pues, poner en parangón á una criatura semejante con Eva cuando por primera vez se presentó á la vista de Adán, modesta, ingénuo, tímida y perfecta en todos conceptos.

Los haitianos, si bien usaban algunas ropas para cubrirse, tampoco tenian reparo alguno en presentarse tales como los creó naturaleza. Entre las personas mas distinguidas se contaban pocas que no tuviesen afición á vestirse; pero esto era mas bien por vía de ornato ó de distincion que por conformarse con la costumbre ó porque lo hallasen mas cómodo. La misma Ozema no se

exceptuaba de esta regla general; una tela de diferentes colores tejida en el pais, rodeaba su esbelto talle, cayendo hasta cerca de sus rodillas, mientras que otra de algodón, mas blanca que la misma nieve, y de un tejido tan fino que hubiera dejado atrás algunas manufacturas de nuestros dias, caia por uno de sus hombros como una especie de banda sujeta al lado opuesto de su cuerpo por un ligero nudo, y cuyos extremos adornados de un fleco, descendian casi hasta el suelo. Unas sandalias de admirable trabajo resguardaban las plantas de sus pies, capaces de dar envidia á una reina; y de su cuello pendia una gran medalla de oro, toscamente trabajada, puesta en un bellissimo collar de menudas conchas. Sus lindos brazos se veian adornados de brazaletes hechos tambien de conchas, y dos sencillos aros de oro rodeaban la par-



Don Luis defenciendo á Ozema.

te mas baja de sus piernas, que eran tan perfectas como las de la Venus que se ostenta en el Museo de Nápoles. En aquel pais la finura de los cabellos indicaba un distinguido nacimiento, así como, con menos razon por cierto, pretenden en algunos puntos de nuestro culto pais que la pequenez del pie ó de la mano sea tambien una prueba de aquella ventaja: por consiguiente, como en Haití el poder y las supremas dignidades habian ido transmitiéndose de muger en muger desde tiempo inmemorial, los cabellos de Ozema eran sedosos, flexibles, ondulantes y negros como el azabache; cubrian las espaldas como un manto de gloria, y caian hasta mas abajo de su cintura, siendo ademas aquel velo tan ligero que casi se veian agitados sus extremos por el aire antes de que éste hubiese penetrado en las habitaciones.

Aunque es cierto que aquella extraordinaria criatura era el complemento de cuantas bellezas habia visto don Luis entre las demas jóvenes de las Indias Occidentales, no fué tanta la admiracion que le causaron sus graciosas y torneadas formas, ni los encantos y la espresion de su rostro, como la sorpresa que recibió al contemplar la casual y tan completa semejanza que tenia con la muger que en España embargaba sus pensamientos, y que hacia tan largo tiempo era el idolo de su corazon.

Aquella semejanza, pues, fué la sola causa que le hizo pronunciar el nombre de Mercedes en el primer



movimiento de sorpresa. Si ambas hubiesen podido estar una al lado de la otra, fácil habría sido descubrir entre ellas marcadas diferencias, sin entrar en comparaciones acerca de la inteligente y reflexiva expresión de la castellana y del aire de sorpresa, de inquietud y de zozobra de Ozema. Mas sin embargo de esto, la semejanza era tal, que cualquiera que conociese á una de ellas no podía menos de quedar sorprendido al ver á la otra. Es verdad también que las facciones de Mercedes tenían un no sé qué de mas elegante y delicado, su frente era mas noble, sus ojos animados de mucha mas elevada inteligencia, su sonrisa era mas radiante á causa de las ideas y pensamientos que la inspiraba su cultivado talento, su rubor, mas pronunciado, procedía del pensamiento íntimo de la costumbre del trato, y en la expresión general de su fisonomía había mas estudio que en la de la joven haitiana, cuyas maneras y ademanes carecían de arte alguno. Mas en cuanto á belleza, á juventud, á lindos contornos, la diferencia era sumamente imperceptible. La viveza, la franqueza, la ingenuidad y aquel encanto que presta á una mujer cualquier ardiente sentimiento que no trata de ocultarse, hubieran inducido á algunos á dar la preferencia á la joven y bella india, sobre la estudiada reserva, sobre la dignidad que las relaciones sociales prescribían á la heredera castellana. Todo cuanto en Mercedes era efecto de su natural entusiasmo, sincero, magnánimo y religioso, en Ozema solo procedía de la impetuosidad de sus impulsos naturales, propiamente femeninos en cuanto á sus principios, pero que no reconocían freno alguno.

—¡Mercedes! exclamó don Luis al aparecer inopinadamente ante su vista aquella encantadora vision de la India.

—¡Mercedes! repitió Mattinzo.

—¡Mercedes! dijo también Ozema retrocediendo cubiertas de rubor sus mejillas, y con la sonrisa en los labios: poco despues, volviendo á recobrar su inocente confianza, repitió muchas veces aquella palabra que habia tomado, así como su hermano, por una expresión de admiración. Como no era posible entablar y seguir una conversacion, se vieron obligados á espresarse por medio de señas y ademanes que denotaban el mejor afecto. No se lanzó Luis á su pequeña expedicion sin haberse antes provisto de regalos; y previendo que no dejaria de tener alguna entrevista con la mujer del cacique, habia llevado consigo diferentes baratijas que él creía muy suficientes para sorprender agradablemente á una india; mas desde el momento en que vió á aquella adorable criatura las juzgó completamente indignas para hacerle un presente con ellas. En uno de sus combates con los moros habia recogido como despojos de la batalla un turbante de cierta tela, tan rica como ligera, el cual conservaba como un trofeo. Habiéndolo traído consigo de España, lo usaba con frecuencia cuando estaban en tierra, ya fuese por puro capricho, ya como un adorno que quizá podia producir una favorable impresion en el ánimo de aquellos buenos isleños. Aquella originalidad no encontró nunca oposicion entre los españoles, pues los marinos están acostumbrados á satisfacer todos sus caprichos, cuando no se hallan en presencia de aquellas personas á cuyas observaciones deben prestar completa deferencia. Luis llevaba, pues, aquel turbante en su cabeza al entrar en la habitacion de Ozema, y dejándose arrastrar del placer que experimentaba al contemplar en ella tan inesperada semejanza con Mercedes, y de la sorpresa que le causaba el aspecto de aquella encantadora joven, quitóse su turbante, le deshizo, y estendiendo la tela que lo formaba, la colocó con la mayor galanteria sobre los hombros de la hermosa india.

El placer y el agradecimiento que aquella joven é inocente criatura procuró espresar en cuanto pudo, fueron tan vivos como francos y sinceros. Repitió ademas varias veces la palabra «Mercedes», demostrando al mismo tiempo su satisfaccion con todo el entusiasmo de un corazón generoso é ingenuo. El querer suponer que las

muestras de placer de Ozema estaban enteramente exentas de aquel trasporte de júbilo infantil inseparable quizá de su ignorancia, seria lo mismo que atribuir al estado salvaje la experiencia y los sentimientos propios solo de una civilizacion mucho mas adelantada; y sin embargo de esto, á pesar de la inocente sencillez que se dejaba descubrir en todas sus emociones, se notaba cierta dignidad en aquel aire tan satisfactorio, que es la que en todos los países del mundo caracteriza las acciones de aquellas personas que pertenecen á una clase elevada. Luis halló á la joven haitiana tan llena de gracias como sencilla y atractiva: y procurando figurarse en su imaginacion la manera con que su amada recibiria una joya de piedras preciosas que le presentase doña Isabel, vino á deducir que aquella gracia tan natural de Ozema no cederia en nada á la dignidad y al placer causado por el agradecimiento que Mercedes sabria demostrar en una ocasion semejante.

Mientras que estas reflexiones ocupaban la imaginacion de nuestro héroe, la joven india sin sospechar siquiera que tuviese que ruborizarse de ello, se quitó de sus hombros la tela que le servia de banda, y la sustituyó con la riquísima del turbante.

Despues de haber ejecutado aquel cambio con la gracia y el desembarazo propios de un alma exenta de preocupaciones, desabrochóse el collar formado de conchas que llevaba al cuello, y adelantándose hácia Luis, se lo ofreció inclinando al mismo tiempo la cabeza y dirigiéndole una mirada y una sonrisa tan espresivas como las mas elocuentes palabras. Luis aceptó aquel presente con la mayor solicitud, y no quiso tampoco privarse del placer de besar con una galanteria completamente castellana la linda mano que al efecto le fué presentada.

El cacique, que con aire de la mayor satisfaccion acababa de presenciarlo todo, hizo entonces una seña al joven español para que le siguiera, y le condujo á otra estancia. Don Luis halló en ella varias jóvenes y dos ó tres niños, que al momento conoció ser las mugeres y los hijos de Mattinzo. A fuerza de señas y gestos ayudados de alguna que otra palabra, y echando mano por último de cuantos medios de comunicacion solian usar los españoles en sus relaciones con los naturales, acabó de convencerse Luis del grado de parentesco que existia entre el cacique y Ozema. Su corazón se sintió conmovido por una especie de sensacion de placer al saber que la joven y bella india no estaba casada, sensacion que él atribuyó tan solo, y quizá con razon, á una celosa susceptibilidad causada por su semejanza con Mercedes.

Luis pasó el resto de aquel día y los tres siguientes en aquella mansion campestre, la cual era la favorita y sagrada residencia de su amigo el cacique. Como era natural, él venia á ser para sus huéspedes un objeto de mayor curiosidad que ellos podian serlo para él: tomábanse mil inocentes libertades examinando sus vestidos y cuantos adornos llevaba, y no cesando de hacer comparaciones entre la blancura de su piel y el color oscuro de la de Mattinzo.

En estos casos, Ozema era la que mostraba mas reserva y timidez, si bien no apartaba la vista de los movimientos de sus compatriotas, dejándose conocer por su fisonomía el interés que le inspiraba cuanto tuviese relacion con el extranjero. Recostado en una perfumada esterilla, Luis se pasaba frecuentemente las horas enteras al lado de tan amable y candorosa criatura, tratando de estudiar la expresión de sus facciones con la mira de encontrar en ellas mas y mas semejanza con las de Mercedes, y olvidándose á veces de todo hasta el punto de no ver mas que lo que pertenecia esclusivamente á la joven india. Sin embargo de esto, no perdía tampoco de vista el obtener y reunir algunas noticias curiosas acerca de aquella isla, y bien fuese efecto del elevado rango de Ozema ó de la natural superioridad de su ingenio, ó ya del encanto que poseía en sus maneras, ello es que Luis llegó á imaginarse que ninguna de las mugeres del cacique, ni aun el cacique mismo, habia de conseguir

entenderse mejor con él para aquel efecto que la linda hermana del último. A Ozema, pues, era á quien Luis dirigía casi todas sus preguntas, y en el trascurso de un solo día habia adelantado mas aquella atenta é inteligente jóven en cuanto tenia relacion con los medios de comunicacion entre los españoles y sus conciudadanos, que cuanto se habia hecho en el particular por espacio de un mes entero. Retenia las palabras españolas con una facilidad hasta cierto punto instintiva, y las pronunciaba con un acento tan dulce y agradable, que parecia que sonaban mejor al oído.

Luis de Bobadilla era justamente tan buen católico como podia serlo un hombre de su clase, de su edad, de su temperamento, y que habia siempre traído una vida errante ó vivído en los campamentos: mas sin embargo, en aquel siglo, en que la mayor parte de los legos mostraban un profundo respeto hácia la religion, sometiéndose ó no á su influencia purificadora, eran bien escasos los ánimos esforzados que se encontraban, como no fuese entre los hombres que pasaban la vida en el silencio de su gabinete, ó entre los religiosos, de los cuales habia algunos que solo vestian el hábito para mejor ocultar su incredulidad. Sus relaciones íntimas y frecuentes con Colon habian tambien contribuido á fortalecer la tendencia de nuestro héroe á creer en la perpétua vigilancia que sobre nosotros tiene establecida la Providencia; así es que creia firmemente que la extraordinaria facilidad que Ozema manifestaba para aprender un idioma extranjero, dependia de una de esas milagrosas vias cuyo resultado inmediato debia ser el acelerar la introduccion de la religion cristiana entre los naturales del pais. Cuando fijaba sus miradas en los radiantes aunque dulces ojos de aquella jóven; cuando prestaba su atento oído al escuchar los esfuerzos que hacia para que comprendiese lo que queria decir, Luis no podia menos de lisonjearse muchas veces de ser el destinado para llevar á cabo un tan importante acontecimiento con la mediacion de una persona tan encantadora. El almirante habia significado tambien á Luis la importancia de cerciorarse, si era posible, de la posición que ocupaban las minas de oro; y éste habia ya logrado hacer comprender á Ozema sus preguntas acerca de aquel particular, que era lo que ocupaba casi esclusivamente el ánimo de todos los españoles: mas las contestaciones de la jóven india no eran tan inteligibles como Luis hubiera deseado, ó al menos él no las creia bastante esplicitas, y haciéndoselas repetir, se imaginaba acomodarse á las miras de Colon.

Al día siguiente de su llegada trataron de distraer á nuestro héroe con algunos juegos de los mas en uso entre aquellos isleños, de los cuales se han hecho ya tantas descripciones, que creemos inútil repetir una mas. Eran aquellos juegos sumamente pacíficos, y en todos los ejercicios que requerian gracia y habilidad consiguió hacerse admirar la jóven princesa. Invitaron tambien á Luis á tomar parte en su diversion, y como no carecia de agilidad y de vigor, logró al fin llevarse la palma y triunfar de su amigo Mattinao; mas no por esto el cacique se manifestó resentido ni disgustado, y su hermana misma no cesaba de aplaudir al ver á su hermano vencido en los ejercicios de su pais por la destreza ó por la fuerza superior de su huésped. Mas de una vez reprendieron á Ozema la mugeres de Mattinao aquella manifestacion de sus sentimientos; pero ella les respondia sonriendo y en tono de burla, y en aquellos momentos justamente aparecía á los ojos de Luis, y quizás con razon, mas hermosa que la imaginacion puede figurarse, pues sus megillas se animaban, sus ojos brillaban como el azabache, y sus dientecillos, al asomar por entre sus labios, que parecian dos corales, semejabán dos hileras de marfil. Hemos dicho que Ozema tenia los ojos negros, siendo por consiguiente distintos de los melancólicos y de color azul oscuro de Mercedes; mas sin embargo, aun en esto se notaba entre ambas alguna semejanza, puesto que los sentimientos que en lo general espresaban

eran unos mismos, principalmente en cuanto tenia relacion con Luis. A veces, durante aquellas luchas en que ambos amigos ejercitaban sus fuerzas, el jóven español creyó observar que aquellos trasportes de alegría que lucian en los ojos de Ozema eran completamente parecidos á la espresion de placer intenso que tantas veces habia contemplado en los de Mercedes cuando se distinguia en los torneos, figurándose en aquellos momentos que la semejanza entre ambas jóvenes era tanta, que prescindiendo del traje y de algunas insignificantes circunstancias, hubiérase podido equivocar una con otra.

No debe, sin embargo, el lector deducir de todo esto que nuestro héroe fuese infiel á su antiguo amor; muy al contrario, Mercedes era quien, como soberana, reinaba plenamente en el corazon de su amante. Luis, fuesen los que fuesen sus defectos, se hallaba demasiado enamorado, y era al mismo tiempo demasiado constante para faltar de un modo tal á la bella castellana; pero era jóven, separado por tan largo tiempo del objeto de su cariño, y, si es preciso decirlo, no podia permanecer insensible por mas tiempo á la admiracion que de una manera tan ingénua y seductora le manifestaba la jóven india. Si él hubiera visto una sola mirada atrevida lanzada de los ojos de Ozema, si hubiera notado en su conducta el menor artificio ó coqueteria, hubiérase alarmado en el momento y hubiera tratado de sacudir el yugo de una pasagera ilusion; pero, por el contrario, todo era franqueza y naturalidad en aquella inocente jóven. Si acaso llegaba á echarse de ver el imperio que sobre su imaginacion habia tomado, resaltaba en todo una candidez tan evidente, una naturalidad tan espontánea y una ingenuidad tan solo emanada de la inocencia, que era materialmente imposible sospechar alli artificio de ninguna especie. En una palabra, al ceder Luis á una fascinacion que hubiera hecho vacilar muy formalmente la fidelidad de muchas personas, por bien sentada que tuviesen su reputacion de estabilidad en sus resoluciones, nuestro héroe solo hizo conocer que era hombre.

En una situacion que ofrece tantas novedades como aquella, el tiempo se pasa sin sentir; así es que Luis se sorprendió en gran manera cuando, al echar una ojeada á lo pasado, se convenció de que hacia ya bastantes dias que se hallaba en compañía de Mattinao, no habiéndose casi separado en todo aquel tiempo de lo que puede llamarse el serrallo del cacique.

Por su parte, Sancho de la Puerta del Astillero no se habia tampoco descuidado, en su tanto habia sido un héroe como el jóven conde, y no habia olvidado su deber con respecto á investigar el sitio que ocupaban las minas de oro. Si bien él no habia aprendido una palabra del idioma de Haiti, ni habia enseñado una sola sílaba de el español á aquellas risueñas ninfas de que se veia rodeado, habialas en cambio adornado con un sin número de cascabeles, recibiendo él en recompensa diferentes adornos de oro que ellas tenian. Aquel cambio sin duda fué hecho con la mejor buena fé, pues se apoyaba en la teoria favorita de los defensores de la libertad de comercio, que pretenden que las transacciones de aquel género son solo un cambio de equivalentes, independientemente de las circunstancias que puedan influir en sus valores. Sancho profesaba estas ideas de comercio tan de veras como los filósofos modernos, y en una de las pocas entrevistas que tuvo con Luis, desde que esto permanecia con Mattinao, le reveló algunos de sus pensamientos sobre tan curioso particular.

—Veo, amigo Sancho, que no has perdido todavía tu decidida aficion á los doblones, le dijo Luis riendo cierto día que el antiguo marino le enseñaba su pacotilla compuesta de polvos de oro y medallas del mismo metal; con todo ese oro que posees bien podrian acuñarse unos veinte doblones con el busto del rey y la reina nuestros señores.

—Y aun doble, señor, doble; y todo ello por diez y

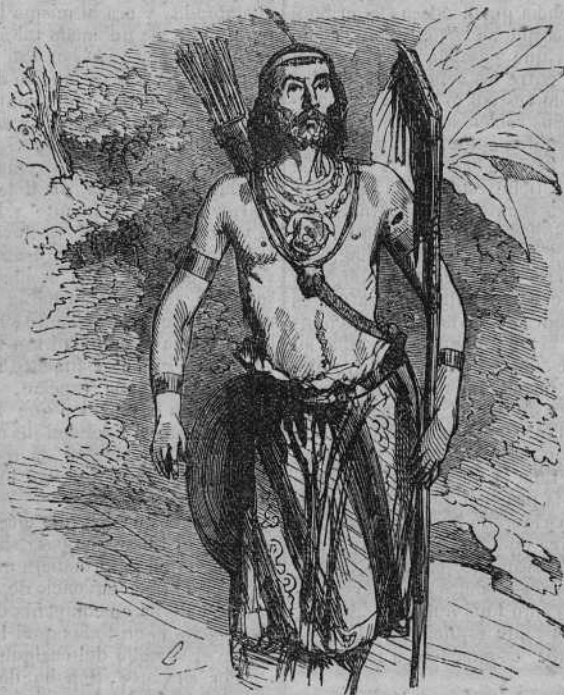


siete cascabeles, que solo cuestan unos cuantos maravedises. ¡Diantre! Este es un honrado y licito comercio, que en nada desdice de un verdadero cristiano. Ahí tenéis esos salvajes, que no hacen mas caso del oro que el que V. E. haria del cadáver de un sarraceno, y yo, para no tener que deberles nada, estimo en tan bajo precio los cascabeles. Continúen ellos mirando con todo el desprecio que gusten sus adornos y sus polvos de color amarillo, que yo por mi parte siempre estaré dispuesto á deshacerme de estos veinte cascabeles que me quedan; vengan, pues, cuando quieran á hacer un cambio, que me hallarán pronto á todas horas á darles nada por nada.

—¿Y es acaso razonable y propio de un hombre honrado el despojar á un indio de su oro, dándole en cambio una baratija que te cuesta á ti una friolera? Acuér-

como yo estoy muy al corriente de ello, me presto á cambiar semejantes preciosidades por cosas que aqui son como basura. Bien veis que yo soy generoso, y nada interesado, porque hallándose ambas partes en Haiti, aqui es donde el valor de los objetos á cambiar debe fijarse. Es verdad tambien que despues de haber corrido grandes peligros en la mar, y sufrido muchas penalidades para poder trasportar este oro á España, podré hallarme recompensado de mis zozobras y tener para vivir tranquilamente haciendo efectivos mis beneficios. Yo confio en que doña Isabel se interesará suficientemente por sus nuevos súbditos para que no trate de prohibirles todo comercio marítimo, el cual constituye un oficio muy ventajoso y que no carece de riesgos, como vos y yo sabemos perfectamente.

—¿Y por qué deseas tú tan particularmente, Sancho,



El cacique Caonabo.

date de que eres castellano, y de aqui en adelante paga con dos cascabeles lo que hasta ahora has estado pagando con uno solo.

—Señor, yo jamás me olvido de mi nacimiento, puesto que felizmente el astillero de Moguer está en la antigua España. ¿El valor de un artículo no debe fijarse por el precio que tiene en el mercado? Preguntadlo á cualquiera de nuestros comerciantes y os dirá otro tanto, pues esto es mas claro que el sol que vemos en el cielo. Cuando los venecianos sitiaban á Candia, las uvas, los bigos y los vinos griegos no costaban mas en la isla que el trabajo de pedirlos, y sin embargo, se vendian allí mismo á peso de oro los géneros procedentes del Occidente. ¡Oh! Cada cosa debe tener su precio; esta es una verdad incontestable, y la verdadera mente del comercio consiste en dar una cosa que carezca de valor por otra que tenga mas precio.

—Si es proceder de buena fé el aprovecharse de la ignorancia de otro, dijo Luis, que profesaba al comercio todo el desprecio propio de un noble, ¿será licito tambien engañar á un niño ó á un idiota?

—No permita Dios, y sobre todo San Andrés, mi patron, que yo cometa una falta como esa, señor. Los cascabeles son en Haiti mas apreciados que el oro; y

obtener semejante gracia en favor de estos isleños, y y pones para ello en contribucion tus propios huesos?

—Únicamente, señor, repuso el muy tuno guiñando el ojo con airé maligno; únicamente porque temeria que sus expediciones marítimas viniesen á desorganizar el comercio, que debe mantenerse libre y sin trabas en cuanto sea posible. Si nosotros los españoles volvemos á Haiti, cada cascabel que traigamos nos valdrá un doblon; pero si dejamos á estos salvajes en libertad para ir á España, con uno solo de sus doblones podrá comprar mas de cien cascabeles.—No, no. Las cosas están bien como se hallan, y ojalá una doble racion de purgatorio sea la recompensa del que trate de poner trabas al comercio libre, útil, de buena fé y propio de todo pais civilizado.

De este modo explicaba Sancho á don Luis sus ideas acerca de la libertad de comercio, ese gran caballo de batalla de los modernos filántropos, cuando oyeron salir de la poblacion inmediata un grito tal, que solo pudiera ser lanzado en momentos de un terror repentino y de un extremo peligro. La conversacion de que nos ocupábamos tenia lugar en medio del valle, poco mas ó menos á mitad del camino entre la poblacion y lo que hemos llamado el serrallo de Mattinao; y como ambos es-

pañoles tenían tan completa confianza en sus nuevos amigos, hallábanse sin mas armas ni defensa que las que debían á la naturaleza. Luis, al salir, habia dejado su sable y su escudo á los pies de Ozema, que intentaba manejarlos haciendo el papel de guerrero para su mútuo entretenimiento; y Sancho, encontrando muy pesado su arcabuz para ir cargado con él á todas partes como si fuese un junco, habiáselo dejado en la habitacion que tenia escogida por su cuartel general.

—¿Seria esto acaso una traicion, señor? exclamó Sancho. ¿Habrán acaso descubierto estos malditos cuál es el verdadero valor de los cascabeles? ¿Si tratarán quizás de arreglar cuentas conmigo?

—Yo respondo con mi propia vida de la buena fé de Mattinao y de toda su gente. Este tumulto procede sin duda de alguna diferente causa. ¡Escucha! ¿No percibes el grito de: Caonabo?

—Efectivamente, señor. Ese es el nombre del cacique caraibo que es el terror de todas estas tribus.

—Busca tu arcabuz, Sancho, si puedes dar con él, y ven en seguida á reunirte conmigo sobre aquel cerro. Es preciso, á todo trance, que defendamos á la hermana y á las mugeres de nuestro amigo.

Dichas estas palabras, Luis y Sancho se separaron. El primero se dirigió precipitadamente á la poblacion, que á la sazón ofrecia una escena de tumulto y de desorden; el segundo se volvió con paso mas mesurado hácia las casas que estaban situadas en lo alto del cerro. Dirigiendo de rato en rato sus miradas en pos de si como si quisiese lanzarse en medio de la pelea, Luis echó de menos mas de una vez su caballo favorito y una buena lanza, pues para un cumplido caballero hubiera sido una hazaña harto digna el poner en completa fuga á un centenar de enemigos como los que esperaba encontrar. Varias veces habia él solo arrollado filas enteras de soldados, y no estaba muy distante el tiempo en que un solo ginete hiciese huir ante si á miles de americanos.

La alarma habia ya cundido en el serrallo de Mattinao cuando llegó nuestro héroe. Al penetrar en la habitacion de Ozema la halló rodeada de mas de cincuenta mugeres, de las cuales algunas acababan de venir de la ciudad, y todas ellas repetían sin cesar el terrible nombre de Caonabo. Ozema era la que manifestaba mas sangre fria, aunque era bien fácil de advertir que ella era el principal objeto de la comun solicitud; efectivamente, aquellas mugeres que no se separaban un ápice de la princesa, parecia que la impulsaban á huir, á fin de no caer en manos del gefe caraibo.

Por algunas palabras que pudo comprender, Luis pensó, y no se engañaba por cierto, que aquellas mugeres estaban persuadidas de que el verdadero objeto de aquella súbita agresion de Caonabo era apoderarse de la linda hermana del cacique. Semejante conjetura en nada hizo desmayar su celo y diligencia para protegerla. Apenas Ozema le distinguió, corrió á él con las manos cruzadas, pronunciando el nombre de Caonabo con un acento capaz de conmovér á un corazon de piedra, al mismo tiempo que en sus espresivos y suplicantes ojos se veia pintada la esperanza y la confianza.

No era á la verdad necesario tanto para determinar á nuestro héroe á tomar por su cuenta la defensa de la hermosa india. En el acto se apoderó de su sable con la mano derecha y armó su brazo izquierdo con el escudo; despues, para manifestarla su celo tan espresivamente como era posible, la cubrió el pecho con su escudo, blandiendo el sable como en ademan para desafiar á sus enemigos. Asi que Luis hubo dado aquella especie de muestra de su proteccion, todas las demas mugeres desaparecieron, unas por salvar á sus hijos, las restantes por buscar un asilo donde guarecerse, y á consecuencia de aquel súbito é inesperado abandono, se encontró por la vez primera á solas con Ozema.

Permanecer dentro de la casa hubiera sido consentir que el enemigo llegase sin ser visto de antemano, y al mismo tiempo el rumor de los gritos y de los lamentos

se iba haciendo mas y mas inminente. Acercándose, pues, á la jóven, Luis la envolvió uno de sus brazos con la tela de su turbante, con el objeto de que pudiese en caso de necesidad, oponerle como un escudo á las flechas enemigas.

Mientras que se ocupaba de aquella operacion, el pecho del jóven español servia de apoyo á la cabeza de Ozema, cuyas lágrimas principiaron por fin á correr; pero aquel signo de poca firmeza solo duró un instante, pues volvió al momento á armarse de valor, una encantadora sonrisa brilló á través de sus lágrimas, oprimió el brazo de Luis como atacada de un movimiento convulsivo, y convertida enteramente en una heroína indiana, le siguió fuera de la estancia.

Luis reconoció al primer golpe de vista que no habia podido llegar á presentarse en momento mas oportuno. La familia de Mattinao hallábase ya toda dispersa, y un numeroso grupo de enemigos se dirigia silenciosamente por el valle á fin de apoderarse de su presa. Sintió á Ozema, que continuaba apoyada en su brazo, temblar violentamente, y la oyó que pronunciabas estas palabras:

—¡Caonabo! ¡No, no, no!

La jóven princesa haitiana habia aprendido aquel monosílabo español, que espresa á un tiempo la negativa, la repulsa y la repugnancia, y Luis interpretó aquella exclamacion como en sentido de espresar su firme resolucion de no ser jamás la muger del gefe caraibo. Su determinacion de protegerla ó perecer, no decayó ni un solo punto con aquella involuntaria declaracion de sus sentimientos, declaracion que él no pudo menos de mirar como enlazada consigo mismo, porque, aunque honrado y generoso, Luis se hallaba dispuesto á pensar favorablemente de sus medios de agradar, y solo en cuanto tenia relacion con Mercedes aparecia su modestia y humildad.

Soldado casi desde su infancia, el jóven conde echó apresuradamente una mirada en torno suyo para ver si hallaba una posicion á propósito para defenderse y hacer uso de sus armas con la mayor eficacia posible. Por fortuna encontró una á tan pocos pasos de donde estaba, que solo un minuto tardó en ocuparla. El cerro se hallaba situado entre dos escarpados peñascos, y á unos cien pasos de la habitacion de Ozema. El frente de aquellas rocas formaba un ángulo entrante, cuyos costados se adelantaban haciendo como una muralla á derecha é izquierda hasta cierta distancia, mientras que una roca saliente cubria lo bastante su base para poner al abrigo de las piedras que desde la cima se pudieran arrojar á los que en aquel sitio se vieran obligados á refugiarse. En el espacio que separaba entre si aquellas dos especies de murallas naturales, hallábanse varios fragmentos de rocas, que servian de escudo contra las flechas, y habia asimismo una llanadita cubierta de yerba, en la que un caballero podia desembarazadamente hacer alarde de su valor. Nuestro héroe conoció en el instante que aquella era una posicion magnífica y sumamente defendible, ya que no inexpugnable, puesto que no podia ser atacado mas que de frente. Colocó, pues, á Ozema oculta en uno de los fragmentos de roca: mas ella no quiso ocultarse enteramente porque el interés que Luis la inspiraba y la inquietud que por los movimientos del enemigo experimentaba no podian menos de impulsarla de cuando en cuando á sacar la cabeza y á veces hasta medio cuerpo.

Apenas Luis hubo tomado posesion de aquel fuerte, cuando una docena de indios vivieron á colocarse en fila frente á frente de él, como á unas 25 toesas; llevaban por armas arcos, mazas y jabalinas. Como el jóven español no contaba con otra arma defensiva que su escudo, hubiérase visto en bien critica situacion á no saber que el arco de los indios es un arma poco temible. Sus flechas podian ciertamente ocasionar la muerte siempre que fuesen disparadas á corta distancia y sobre cuerpos desnudos; pero era mas que dudoso que pudiesen penetrar del mismo modo el tupido terciopelo que cubria á don Luis



de pies á cabeza, sin contar que 25 toesas era tambien una distancia bien escusada para inspirar una séria alarma. Quedóse, pues, en la parte de adelante de las rocas, pues necesitaba un espacio desembarazado para poder hacer uso de su sable, y esta era la única arma con que contaba para aspirar á conseguir una victoria que no parecia tan fácil á la verdad.

Quizá fué una suerte para nuestro héroe el que Caonabo no fuese del número de los que le atacaron. Aquel temible gefe, que habíase ido persiguiendo por otra parte á una porción de mugeres fugitivas, confiando sin duda hallar á Ozema entre ellas, hubiera seguramente decidido la cuestión por medio de un ataque general, en el cual, á no dudarlo, el número hubiera triunfado del valor y del esfuerzo. Los que á la sazón le atacaban siguieron otra marcha y principiaron á estirar sus arcos. Uno de los mas diestros tiradores colocó una flecha en el suyo y la disparó; mas resbalando en el escudo del caballero, vino á dar en la roca contigua, tan levemente como si hubiera sido lanzada en un combate figurado. Dispararon otra segunda flecha, mas no dignándose Luis alzar siquiera su escudo, la paró de un sablazo. La sangre fria con que él soportaba aquel ataque hizo que los indios prorumpiesen en agudos gritos. ¿Mas sería acaso de rabia ó de admiración? Esto era lo que don Luis no podia juzgar.

Emprendieron despues un segundo ataque con mayor prudencia, pues fué dirigido con arreglo á un principio que Napoleón, segun cuentan, adoptó para las descargas de su artillería. Todos los que llevaban arcos, que eran unos siete ú ocho, dispararon sus flechas á un mismo tiempo, y de este modo era muy difícil escapar á un ataque tan bien combinado. Las flechas sonaron como granizos sobre el escudo, y una ó dos de ellas, escurriéndose en el borde, vinieron á tocar el cuerpo del guerrero castellano: sin hacerle otro daño que unas ligeras contusiones. Una segunda descarga iba á tener lugar, cuando la jóven india, toda alarmada, abandonó el sitio en que se hallaba oculta, y como la Pocahontas de nuestros tiempos, púsose delante de Luis con los brazos cruzados sobre el pecho. Apenas la hubieron percibido, dejóse oír el grito de—«Ozema, Ozema!»—entre los sitiadores, que eran, como inferirán los que conocen la historia de aquella isla, no caribes, sino haitianos dirigidos ó capitaneados por un gefe caraibo. En vano Luis procuró hacer los mayores esfuerzos para obligarla á retirarse; la generosa india conocía el peligro que le amenazaba, y toda la elocuencia del jóven conde no hubiera bastado para decirle á dejarle espuesto á tamaño riesgo. Como los indios trataban de buscar los medios de tirarle á él, sin causar el menor daño á la princesa, nuestro héroe se convenció de que no le quedaba otra alternativa que ponerse á cubierto detrás de uno de los fragmentos de roca. Acababa de tomar aquella medida en favor de su propia seguridad, cuando un guerrero caraibo, de ademan feroz y amenazador, vino á unirse con los sitiadores, que al momento se pusieron á dar gritos todos á la vez para explicarle á qué altura se encontraban los asuntos.

—¿Caonabo? preguntó Luis á Ozema indicándole el recién llegado.

Despues de haber examinado bien al gefe caraibo, la princesa meneó la cabeza, y apoyándose en el brazo de nuestro héroe con seductora confianza, exclamó:

—No, no, no... No Caonabo. ¡No, no, no!

Luis supuso que la primera parte de aquella contestación significaba que el recién venido no era Caonabo, y que la segunda espresaba la decidida voluntad de Ozema de no ser jamás de aquel gefe.

La conferencia que tuvieron los sitiadores fué bien breve. Seis de ellos, armados los unos de mazas, los otros de jabalinas, se dirigieron á atacar al enemigo en su fortaleza. Apenas nuestro héroe los vió á distancia de veinte pies, saliólos al encuentro. Dos jabalinas vinieron en aquel instante á estrellarse contra su escudo, mas él

las separó con su espada: uno de los enemigos tenia ya levantada la maza sobre su cabeza, pero una cuchillada tirada de abajo á arriba hizo caer á sus pies la maza y el brazo que la manejaba: entonces Luis, dirigiendo al frente su espada, llegó á herir á los otros dos, aunque como estaban fuera del alcance de su brazo, la punta se escurrió, causándoles solo un leve rasguño en el pecho.

Un arrojo tan súbito é imprevisto esparció el terror entre los sitiadores. No conocían aun el poder del acero, y la vista de un brazo cercenado de raíz de un solo golpe tocaba para ellos en lo maravilloso. El mismo feroz caraibo no pudo menos de retroceder todo consternado, y la esperanza vino á reanimar, como era consiguiente, el valor de nuestro héroe. Aquel encuentro fué el primero en que los españoles derramaron la sangre de los habitantes de aquellas islas recientemente descubiertas, á pesar de que los historiadores citan como el principio de sus contiendas un incidente ocurrido en época muy posterior. El absoluto silencio que se guardó con respecto á aquella expedición de don Luis ha debido hacer inútiles las investigaciones de aquellos, aunque bastante superficialmente.

En aquel mismo momento los gritos de los sitiadores y la vista de un nuevo cuerpo de enemigos, á cuya cabeza marchaba un hombre de elevada estatura y ademan imponente, anunciaron la llegada de Caonabo en persona. Aquel belicoso cacique se informó en un instante del estado de las cosas, y la proeza que acababa de ejecutar nuestro héroe debió llenarle, por lo que se advirtió, de sorpresa y de admiración. Al cabo de un breve rato dió orden á toda su gente de que se retirasen á alguna distancia hácia su espalda, y arrojando su maza se dirigió con el mayor desembarazo hácia Luis haciéndole mil demostraciones de amistad.

Al encontrarse ambos adversarios se repitieron las muestras de confianza y de respeto mútuo. El caraibo pronunció un breve y enérgico discurso, cuya única palabra inteligible para el español fué el nombre de la hermosa india. Ozema se habia tambien adelantado, como si deseara tambien hablar, y Caonabo, volviéndose hácia ella, la dirigió la palabra en términos que, si bien no eran elocuentes, al menos parecían apasionados; apoyaba repetidas veces su mano contra el corazon, y su voz se dulcificó y se hizo persuasiva. Ozema le contestó con viveza y con el acento de una muger cuya determinación está resueltamente adoptada. Al terminar su discurso, un vivo rubor coloró sus mejillas, y como si ella hubiera deseado hacer comprender á nuestro héroe cuanto acababa de decir, exclamó en español:

—¡Caonabo, no, no, no! ¡Luis! ¡Luis!

El huracan que tiene su origen en los trópicos no se presenta mas sombrío y amenazador que el rostro del gefe caraibo al ver tan terminantemente desechadas sus proposiciones, y que un estrangelo era el preferido. Amenazando de nuevo con su gesto, volvióse hácia su tropa, y dió orden de emprender un nuevo ataque.

Por esta vez una nube de flechas precedió á la carga, y Luis se vió obligado nuevamente á buscar un abrigo, ocultándose en uno de los fragmentos de roca. De hecho, solo así podia salvar la vida de Ozema que insistía en querer colocarse delante de él con la esperanza de protegerle contra sus enemigos. Caonabo habia reprendido severamente á un caraibo, que despues del primer ataque habia emprendido la fuga, y aun volaban las flechas por el aire cuando aquel, ansioso de salir por su honra, se lanzó hácia su enemigo. Luis le salió al encuentro, tan firme como la roca que dejaba á sus espaldas. El encuentro fué violento, y el golpe de maza descargado sobre el escudo hubiera sido suficiente para hacer mil pedazos un brazo menos acostumbrado á semejantes lances; pero habiéndose escurrido la maza, vino á descargar en tierra toda la fuerza del golpe con la misma violencia que un martillo de fragua. Nuestro héroe se penetró bien pronto que el éxito solo pendia de la impresión que sus hechos lograsen hacer en los ánimos: así

es que despues de haberse visto brillar al sol la hoja de su espada, la cabeza del carabo vino á caer junto á su maza, permaneciendo el tronco de pie por un momento: tal era el temple de aquella soberbia hoja; tal fué el golpe con ella descargado y con tal destreza.

Mas de veinte salvages se dirigian ya al sitio del combate, pero aquel inesperado espectáculo los dejó como petrificados. Sin embargo, Caonabo, que, aunque sorprendido en estremo, no se habia acobardado, dió sus órdenes á los suyos con una voz semejante al bramido de un toro furioso, y aquella aterrada tropa ya se disponia á obedecer, cuando una fuerte detonacion, seguida como de un silbido, se dejó oír, y en aquel mismo instante otro indio cayó muerto. El valor de ninguno de aquellos salvages no era capaz de resistir á aquel espectáculo, pues para su ignorante imaginacion, el golpe que habia causado la muerte á su compañero solo podia proceder del cielo. En menos de dos minutos Caonabo y toda su gente habian ya desaparecido. Mientras que ellos bajaban con la mayor precipitacion la montaña, vió Luis salir de entre unas breñas á Sancho Mundo trayendo en sus manos el arcabuz, que habia tenido la precaucion de volver á cargar.

Las circunstancias no eran á propósito para perder el tiempo. Ni un solo hombre de la tribu de Mattinoo se encontraba por parte alguna, y Luis se llegó á convenir de que todos habian huido. Decidido á salvar á Ozema á cualquier costa, se dirigió hácia el rio con ánimo de apoderarse de una de las piraguas que allí habia para tratar de escaparse. Al atravesar la poblacion, observaron que ni una sola casa habia sido saqueada. Ambos españoles no pudieron menos de hacer sus comentarios sobre aquella circunstancia, y Luis se la hizo notar á su compañera.

—¡Caonabo! No, no, no. ¡Ozema! ¡Ozema! exclamó la jóven india, que sabia perfectamente cuál habia sido el verdadero objeto del ataque del carabo.

Una docena de piraguas se veian amarradas en el rio, y cinco minutos bastaron á los fugitivos para apoderarse y saltar en una de ellas y emprender seguidamente su retirada. No necesitaron mas que dejarse llevar por la corriente, y en el espacio de un par de horas se encontraron en el Océano. Como el viento venia de la parte del Este, Sancho desplegó una mala vela de tela de algodón, y una hora antes de ponerse el sol habian desembarcado ya en una punta de tierra que impedia que fuesen percibidos desde la habia, pues Luis no habia echado en olvido que el almirante le habia encargado estrechamente que su escursion no se divulgase por temor de que otro cualquiera no le pidiera su permiso para emprender otra semejante.

#### CAPITULO XIV.

Un espectáculo que no podia menos de llenarle de terror y de consternacion aguardaba á nuestro héroe, apenas pudo dar vista al fondeadero. La *Santa Maria*, aquel navio almirante que él habia dejado hacia cuatro dias en el mejor estado, se veia hecho pedazos sobre la playa, sus rástiles por tierra, sus costados despedazados y con todas las demas señales de destruccion, á consecuencia de un naufragio. La *Niña* era la única que se distinguia anclada á corta distancia; pero no pudo menos el jóven de dejarse llevar de un sentimiento de aislamiento y de abandono al considerar aquel buquecillo, que no pasaba de ser una falua, y que para emprender aquel célebre viage habia sido elevado al rango de carabela. Veianse en la ribera gran número de materiales, y no era difícil de conocer que así los españoles como los súbditos de Guacanagari trabajaban de concierto en la construccion de una especie de fortaleza, lo que demostraba evidentemente que habian ocurrido grandes novedades en la expedicion. Ozema se quedó en la habitacion de uno de los naturales del pais, y sus dos compañeros apretaron el paso con el afán de volver á ver á sus amigos

y de pedirles la esplicacion de cuanto tenian ante su vista.

Cristóbal Colon, aunque sumamente afligido, recibió muy cordialmente á su jóven amigo. Como el naufragio de la *Santa Maria* ha sido tantas veces referido, creemos muy escusado reproducirlo aqui nuevamente. Luis supo entonces que siendo la *Niña* un buque demasiado pequeño para contener á los españoles todos que allí se hallaban, quedaria en aquella fortaleza una especie de colonia, mientras que los demas se apresurarian á regresar á España. Guacanagari habia mostrado en todo la mayor bondad y eficacia; y por lo que hace al resto de las tripulaciones, habia estado aquella gente demasiado ocupada con el naufragio para notar la ausencia de nuestro héroe, ó para que les llamase la atencion en lo mas mínimo un incidente tan comun como la invasion de un jefe carabo con objeto de robar á una bella y jóven india. Quizá tambien este último acontecimiento estaba demasiado reciente para que hubiese llegado su fama hasta aquellas orillas.

La semana que siguió á la vuelta de Luis se pasó en la mayor actividad. La *Santa Maria* habia naufragado en la mañana del dia de Navidad de 1492, y el 4 de enero siguiente la *Niña* se hallaba ya dispuesta á partir, de regreso para Europa. Durante ese tiempo, Luis solo habia visto á Ozema una sola vez, y habiala encontrado melancólica, enmudecida, y semejante á una flor que conserva toda su hermosura aun despues de haberse marchitado. Sin embargo, en la noche del 3, mientras que él se pasaba á la inmediacion de la recién concluida fortaleza, fué invitado por conducto de Sancho para una nueva entrevista. Nuestro héroe, con no poca sorpresa, halló al jóven cacique con su hermana.

Aunque entre los tres no era posible una conversacion, sin embargo lograron entenderse perfectamente. Ozema no estaba ya melancólica ni abrumada de tristeza; la sonrisa se dejaba ver en sus labios, y la alegria habia renacido en su corazon, tanto que Luis creia no haberla visto jamás tan bella y seductora. Tenia un peinado, aunque sencillo, dispuesto con coqueteria, y la frescura de sus mejillas añadia nuevo brillo á sus espresivos ojos. Su figura, toda esbelta y ligera, modelo de gracia; sin afectacion alguna, parecia tan aérea que apenas tocaba la tierra. El motivo de aquella súbita variacion pronto dejó de ser un misterio para Luis; ambos hermanos, despues de haber recorrido en su imaginacion los peligros de que se habian visto amenazados y la manera con que habian escapado de ellos, y teniendo presente al mismo tiempo el carácter y designios de Caonabo, habian venido á sacar por resultado que no quedaba á Ozema otro recurso que la fuga. Inútil seria preguntar qué era lo que impelia al cacique á dejar á su hermana que acompañase á los extranjeros á tan remotos paises; mas la razon que pudiera tener Ozema no debe ser un secreto para el lector. Era cosa sabida que el almirante deseaba llevar á España algunos indios del pais, y ya se contaba con tres mugeres, una de ellas de igual clase y rango que Ozema, las cuales habian consentido en embarcarse: una de aquellas mugeres, que era esposa de un jefe, no solo era conocida de Ozema, sino tambien parienta. Todo, pues, parecia secundar sus designios; y como un viage á España era á la sazón un misterio para aquellos isleños, que lo tomaban como una travesía de una isla á otra, ninguna dificultad capaz de retraerlos se presentaba á la imaginacion del cacique ni de su hermana.

Semejante proposicion no pudo menos de sorprender extraordinariamente á nuestro héroe; pues si bien es cierto que le halagaba y llenaba de júbilo la decision de Ozema, sin embargo, por otra parte no dejaba de especular y temer una especie de zozobra y turbacion: tal vez hubo momentos en que casi llegó á dudar de si mismo. Mas á pesar de todo, Mercedes era la única que reinaba en su corazon; así es que procuró en el instante desechár semejante pensamiento, como una sospecha impro-



pa de un caballero, y que no podía concebirse sin insultar á su propia honra. Una segunda reflexion le hizo ya ver menos obstáculos para aquel plan que los que él suponía en un principio, y despues de una hora de discusion se separó de Ozema con ánimo de consultar á su amigo.

Cristóbal Colon, que siempre se le encontraba en la fortaleza, escuchó á nuestro héroe con gravedad é interés. Una ó dos veces se vió Luis obligado á bajar la vista ante la escudriñadora mirada del almirante, pero al fin consiguió desempeñar de una manera muy digna la comision de que él mismo se habia encargado.

—La hermana de un cacique decís, don Luis? respondió el almirante con aire pensativo. ¿Una jóven doncella hermana de un cacique?

—Si, don Cristóbal, y que reúne una gracia, un nacimiento y una hermosura tal, que no podrá menos la reina nuestra señora de formar por ella una idea muy aventajada del mérito de nuestro descubrimiento.

—No echareis en olvido, señor conde, que la pureza solo puede ofrecerse á la pureza. Doña Isabel es el modelo de las reinas, de las madres y de las esposas, y no debe serle ofrecida por sus servidores cosa alguna que pueda herir en lo mas mínimo su angelical espíritu. ¿No ha estado esa jóven á punto de ser engañada y conducida al pecado y á la miseria?

—Don Cristóbal, no teneis motivo para pensar de mí de semejante modo. La misma doña Mercedes no es mas pura é inocente que la jóven de quien yo quiero hablar, y su hermano no puede ser mas celoso ni solícito por su dicha como yo mismo lo soy. Cuando el rey y la reina hayan satisfecho su curiosidad y les den sus órdenes para retirarse, pienso colocarlos bajo la proteccion de la de Valverde.

—Cuánto mas estrañas sean las muestras que podamos presentar, Luis, será mejor. Esto habrá de agradar á nuestros soberanos y les dará una idea muy favorable de nuestros descubrimientos, como vos decís muy oportunamente. Es verdad que la *Niña* es un buque harto pequeño, pero así estaremos mas anchos dejando mucha gente en pos de nosotros. He dejado la cámara principal para las damas, porque tanto vos como yo estaremos bien de cualquier modo durante unas cuantas semanas; que venga, pues, esa jóven, y cuidad de que nada le falté.

Con estas últimas palabras terminó aquella conversacion. Al dia siguiente muy temprano se embarcó Ozema, llevando consigo las únicas riquezas de una princesa india, entre las cuales iba perfectamente guardado el turbante. Su parienta llevaba por criada una jóven de la cual se servian ambas. Luis puso su cuidado en disponerlo todo de manera que nada les faltase en cuanto á comodidades y conveniencias. La despedida de Ozema y Mattinao fué tierna é interesante, porque el cariño doméstico parece haber sido cultivado con sumo cuidado por los naturales de aquel dulce y sencillo pais. Ellos confiaban en que la ausencia no habia de ser muy larga, y ademas, Ozema habia repetido nuevamente á su hermano que no le era posible vencer la repugnancia que Caonabo le inspiraba; que lejos de eso, á cada minuto se aumentaba mas y mas, y daba mayor fuerza á su resolucion de no ser jamás de aquel hombre. No le quedaba, pues, mas alternativa que quedar oculta en la isla ó emprender el viage á España; en este último partido se descubria mayor seguridad, al mismo tiempo que gloria. Por último, los dos hermanos, consolados en parte con semejantes reflexiones, se separaron.

Colon tuvo la intencion de llevar mas lejos sus descubrimientos antes de dar la vuelta á Europa; pero la pérdida de la *Santa Maria* y la desercion de la *Pinta* le pusieron en el caso de poner término á su expedicion con el temor de que por algun accidente imprevisto no se perdiese para el mundo lo que ya tenia adelantado. Así es que el dia 4 de enero de 1493 se hizo á la vela en direccion del Oeste, bordeando por las costas de Haití; su principal deseo era entonces poder regresar á Es-

paña antes de que el insignificante esquite que le quedaba llegase á faltarle tambien, que su nombre quedase sepultado con los importantes detalles de sus descubrimientos. Por fortuna el dia 6 apareció la *Pinta*, que venia contra el viento, habiendo ya Martin Alonso llevado á cabo uno de los proyectos que le habian impulsado á separarse, que era el adquirir una respetable cantidad de oro, mas sin haber podido descubrir una mina, lo cual fué, á no dudarlo, su único y especial motivo.

Nada tienen que ver con nuestra narracion los pormenores de la entrevista que tuvo lugar. Colon acogió al culpable Pinzon con una prudente reserva, y despues de oidas sus razones, le mandó que dispusiese la *Pinta* para volverse á España. Despues de todas las pláticas indispensables en una haliu á propósito para el objeto, ambos buques se hicieron á la vela de conserva con direccion al Este, costeano siempre por toda la parte septentrional de Haití, ó sea la Española, esto es, Pequeña España, pues este fué el nombre que Colon habia puesto á aquella isla.

Hasta el dia 16 del mismo mes no partieron nuestros viajeros decididamente de aquel delicioso pais. Apenas habian perdido de vista la tierra, siempre navegando al Nordeste, cuando ya cesó el viento favorable, y volvieron á sentirse de nuevo los de los trópicos. El tiempo era bastante bueno, y como los buques continuaban en el mejor estado, el almirante, despues de diferentes separaciones de la línea recta, habia ya atravesado, para el 10 de febrero, aquella parte del Océano en que dominaban los vientos tropicales, y habia asimismo alcanzado una latitud paralela á la altura de Palos. Al verificar aquel largo rodeo, la *Niña*, contra lo experimentado en el primer viage, tuvo que irse deteniendo continuamente á causa de la lentitud con que navegaba la *Pinta*. Este buque, que tenía resentido el palo de mesana, no se hallaba en disposicion de resistir muchas velas, y á la *Niña* la favorecian las ligeras brisas, pues habia sido siempre tenido por un buque muy velero, con tal que el mar estuviese en calma y el viento fuese leve.

La mayor parte de los fenómenos del primer viage volvieron á observarse á la vuelta; pero los atunes no escifaban ya la esperanza, las yerbas marinas no causaban temor alguno. Pasaron con lentitud, mas sin riesgo alguno, aquellos objetos familiares, y aparecieron por fin á los quince dias los vientos variables. Entónces las bordadas llegaron á hacerse cada vez mas complicadas, y por último, los pilotos que no estaban acostumbrados á una tan larga y difícil navegacion, en la que no se sentian ayudados por el agua ni por la tierra, se mostraron menos seguros de sus cálculos, acabando por disputar con el mayor calor acerca de su posicion verdadera.

—Ya habeis oido hoy, Luis, dijo el almirante sonriendo á nuestro héroe en una de sus conferencias habituales, los altercados de Vicente Yañez con su hermano Martin Alonso y los demas pilotos, con relacion á la distancia á que nos hallamos de España. Estos continuos cambios de viento han desorientado á estos pobres marinos que creen hallarse en todos los puntos del Atlántico menos en el que nos encontramos realmente.

—Mucho consiste en vos, señor, no tan solo por lo que hace á nuestra seguridad, sino por el conocimiento de nuestros grandes descubrimientos.

—Tambien es verdad, don Luis. Vicente Yañez, Sancho Ruiz, Pedro Alonso Niño y Bartolomé Roldan, dejando aparte á los profundos calculistas de la *Pinta*, colocan á nuestros buques en las inmediaciones de Madera, lo cual equivale á estar 150 leguas mas cerca de España de lo que en realidad nos encontramos. Esas buenas gentes se han dejado llevar mas de sus deseos que de los datos que suministra el cielo y el Océano.

—¿Y vos, don Cristóbal, en qué posicion colocais las carabelas, puesto que no hay motivo alguno para ocultar la verdad?

—Nos hallamos al Sud de la isla de Flores, don Luis,

á doce grados al Oeste de las Canarias, y bajo la latitud de Nafé en Africa; pero yo quisiera que permaneciesen en su incertidumbre hasta que el derecho de posesion de nuestros descubrimientos estuviese asegurado. Todos esos hombres están persuadidos en la actualidad de que ellos serian capaces de hacer lo que yo he hecho, y sin embargo de eso, ninguno de ellos puede establecer un rumbo fijo para regresar al punto de partida, despues de haber atravesado toda la estension del Océano hasta el Asia.

Luis comprendió al almirante, y como por la poca capacidad del buque no era muy prudente el confiarse secretos, mudaron de conversacion.

Hasta entonces, si bien los vientos no fueron fijos, el tiempo estuvo hermoso: hubo algunas borrascas, como no puede menos de haberlas en el mar, pero no fueron de consideracion ni muy duraderas. Colon iba ya manifestándose muy satisfecho de su viage; pues ya cumplido su gran designio, el cual podia decirse que habia sostenido su vida, no podia menos de sentir la mas viva inquietud al pensar que aquel importante secreto podia perderse para el resto del mundo, asi como un hombre que lleva consigo un objeto precioso á través de escenas y situaciones peligrosas teme por la seguridad del depósito que le ha sido confiado. Mas un nuevo cambio se preparaba, y en los momentos mismos en que la esperanza del gran navegante comenzaba á reanimarse, iba á quedar sometido á la mas cruel de todas las pruebas.

Conforme las embarcaciones iban aproximándose al Norte, el tiempo se sentia naturalmente mas fresco y los vientos mas arceciados. Durante la noche del 11 de febrero, las carabelas hicieron mas de 100 millas desde la postura del sol al manecer. A la mañana siguiente se vieron muchas aves, lo cual hizo creer á Colon se hallaban inmediatos á las Azores, mientras que los pilotos se figuraban estar muy cerca de Madera. Al otro dia el viento, aunque fuerte, no fué tan favorable, y la mar se presentó inquieta y agitada. Las cualidades de la *Niña* se dieron á conocer entonces ventajosamente, pues antes de terminar el dia tuvo que luchar contra los elementos desencadenados, pues la mayor parte de los que se hallaban á su bordo jamás habian visto tempestad semejante. Felizmente habiase hecho cuanto una consumada experiencia puede imaginar para dar á aquel buque mas solidez y fortaleza, y hallábase tan bien preparado como las circunstancias lo permitian para hacer frente á una tempestad: su único defecto esencial consistia en que iba muy aligerada, pues habiéndose agotado casi todos los viveres inclusa el agua, era preciso tener el mayor cuidado para que no pasase de su linea. Aquella circunstancia, que hubiera sido de escasa importancia para una embarcacion de mayor porte, era un gravísimo inconveniente para un buque tan pequeño, que en su estado ordinario no se hallaba á cubierto de los peligros en un fuerte temporal. El lector comprenderá mejor esta distincion cuando se le haya hecho observar que los buques de grandes dimensiones no pueden perder su arboladura sino por efecto de una violenta é imprevista sacudida, y raras veces se vencen sobre los costados como no sea impelidos por la fuerza de las olas, mientras que las pequeñas embarcaciones pueden zozobrar con la mayor facilidad cuando su velamen es desproporcionado para sus fuerzas. Aunque los marinos de la *Niña* se apercebieron de aquella falta, que procedia en gran parte del consumo del agua dulce, era tal la esperanza que alimentaban de llegar muy en breve á algun puerto, que no se cuidaron de tomar disposicion alguna para remediar el mal.

Tal era el estado de las cosas al ponerse el sol en la tarde del 12 de febrero de 1493. Segun su costumbre, Colon se hallaba sobre la popa, pues entonces los buques de gran porte tenian todos aquella tosca elevacion, si bien la de la *Niña* era naturalmente tan pequeña, que apenas se le podia dar el nombre de tal. Luis se hallaba á su lado, y ambos observaban el aspecto del cielo y del

Océano con profundo silencio. Nuestro héroe no habia visto todavia los elementos en grande agitacion, y el mismo almirante se veia precisado á confesar que pocas veces habia tenido ocasion de observar una noche mas amenazadora. Hay cierta solemnidad en la postura del sol en el mar, cuando las nubes toman un aspecto siniestro y principian á notarse las señales precursoras de una tempestad, solemnidad que con nada puede ser comparable sobre la tierra. El solitario aspecto de un buque luchando con una formidable masa de agua contribuye á influir en las sensaciones que se escitan, y que solo ven un objeto contra el cual van á estrellarse los esfuerzos reunidos de la tempestad. Todo parece ponerse de acuerdo para dar su apoyo al general combate, siendo los accesorios de tan lúgubre cuadro el Océano, el cielo y el aire; y si la nublada atmósfera del invierno llega á añadir á todo ello su tristeza, la escena se completa enteramente con tan negros y sombríos colores.

—Hé aqui una postura del sol que no anuncia nada bueno, don Luis, dijo Colon en el momento mismo en que desaparecian los últimos rayos que aquel astro arrojara sobre las nubes. Pocas veces la he visto tan amenazadora.

—Mas con todo, siempre es una garantia inmensa el navegar á vuestras órdenes, señor: tengamos confianza en la bondad de Dios, sin dejar de tenerla tambien en la destreza de su agente.

—El Todopoderoso asi dota á los mas débiles é insignificantes mortales de la destreza necesaria, cuando es su voluntad perdonar, como sabe oscurecer la razon de los mas entendidos cuando su cólera no puede ser satisfecha sino con la destruccion de sus criaturas.

—¿Creeis, don Cristóbal, que la noche ofrezca peligro?

—A deciros verdad, pocas veces he visto peores sintomas que los que ahora se presentan. Si la carabela no fuese tan cargada, quizá nuestra situacion seria menos desesperada.

—Me dejais sorprendido, señor almirante; pues los pilotos sienten que el buque vaya tan aligerado.

—Asi es en cuanto al peso material, Luis; pero lleva á su bordo un cargamento de descubrimientos que seria muy sensible ver desaparecer en las profundidades del Océano. ¿No observais con qué rapidez va cayendo la noche, y cómo va siendo para nosotros la *Niña* nuestro único mundo? Apenas se percibe la *Pinta*, que parece una informe nube sobre las espumosas olas; se asemeja mas á un faro colocado á cierta distancia para advertirnos el peligro que nos amenaza, que á un compañero que nos anima con su presencia y su proximidad.

—¿Jamás os he visto tan receloso por el temporal, señor!

—No lo acostumbro, don Luis; ¡pero guardo en mi corazon tan glorioso secreto!... ¡Mirad, mirad, una prueba mas del furor de los elementos!

El almirante estaba de cara á la parte de España, mientras que su compañero daba frente al horizonte occidental, cuyo resplandor casi estinguido contribuia á dar á aquel conjunto un aspecto bastante siniestro. No habia visto por consiguiente el cambio que habia dado lugar á la advertencia de Colon; mas volviéndose con la mayor rapidez, le pidió le explicase aquel fenómeno. A pesar de la estacion, el horizonte por la parte del Nordeste habiase iluminado súbitamente por un relámpago, y mientras que el almirante le referia aquel hecho señalándole el punto en que se habia percibido, dos ó tres relámpagos mas se volvieron á ver brillar.

—Señor Vicente! exclamó Colon dando algunos pasos como para examinar un grupo de sombrías figuras que se veian reunidas sobre cubierta y debajo de él. ¿El señor Vicente Yañez está entre vosotros?

—Aqui estoy, don Cristóbal, examinando el aspecto que presenta el cielo. Esta señal nos anuncia aun mas.

—Vamos á tener tempestad, digno señor Vicente y deberá venir por aquella parte ó por esta otra de enfrente. ¿Se halla todo dispuesto en la carabela?



—Nada nos queda por hacer, señor almirante. No podemos tener mas recogidas las velas, y todo lo demas se halla en regla. Sañcho Ruiz, examinad esas alquitranadas, no sea que hagamos mas agua de la que sea menester.

—Cuidad tambien de la luz del fanal: parece que la *Pinta* no nos pierde de vista en medio de la oscuridad. Es preciso no dormirse, Vicente: destinad los mejores hombres que tengais al timon.

—Señor, han sido elegidos con el mayor cuidado: Sañcho Mundo y el jóven Pepe el de Moguer están destinados en este momento á ese deber, y otros tan diestros como ellos les reemplazarán cuando termine su cuarto.

—Está bien, buen Pinzon. Esta noche ni vos ni yo me parece que dormiremos.

Todas las precauciones de Colon no eran en manera alguna supérfluas: cerca de una hora despues de que la atmósfera, cargada de electricidad, se habia mostrado con un aspecto tan poco natural, levantóse un viento Sudoeste en direccion favorable, pero con una terrible violencia. A pesar de sus vivos deseos de llegar á un puerto, el almirante juzgó prudente hacer cargar la única vela disponible, y durante toda la noche ambas carabelas navegaron contra el viento, á palo seco, con direccion al Nordeste. Hemos dicho ambas carabelas, porque Martin Alonso, á pesar de su larga esperiencia de mares tempestuosos y de su propension á obrar solamente por interés propio, entonces, ya que el principal problema se hallaba resuelto, sostuvo á la *Pinta* á tan corta distancia de la *Niña*, que se pasaban pocos minutos sin que se percibiese alzándose sobre lo mas elevado de una espumosa ola, ó desapareciendo en sus concavidades, siempre siguiendo el irresistible empuje del viento, pero manteniéndose muy cerca de la *Niña*, asi como el hombre no se aparta de su semejante en los momentos del peligro.

De este modo trascurrió la noche del 43; el sol vino á iluminar con mas vivos colores aquella escena, si bien parecia que iba cesando la violencia del viento, conforme el sol iba elevándose sobre el horizonte; tal vez esta alteracion solo existia en la imaginacion de los marinos, pues la luz comunmente disminuye la apariencia del peligro, suministrando á los hombres los medios de hacerle frente. Cada una de las carabelas desplegó, pues, una pequeña vela, y ambas surcaron de aquel modo las olas, con direccion á España, ansiosas de llevar allá noticias tan inesperadas. La tormenta fué disminuyendo notablemente en el trascurso del dia; pero al llegar la noche volvió á cobrar nueva fuerza, el viento se hizo contrario, y nuestros marinos se vieron obligados á recoger hasta la mas pequeña vela que se habian arriesgado á desplegar. No era esto, sin embargo, lo peor de aquella aventura: las carabelas habian sido arrojadas por entonces á un punto del Océano, en donde la direccion de las olas se cruzaba con la del viento, efecto sin duda de algun otro huracan que se habria experimentado en diverso punto. Ambas embarcaciones echaban el resto á fin de conservar su rumbo en circunstancias tan contrarias y dificiles; pero los que conocian la verdadera fuerza de los dos buques, y los que sabian de dónde procedia el origen real y efectivo del peligro, llegaron á inquietarse formalmente de la continuacion de aquellas circunstancias. Al aproximarse la noche, Colon advirtió que la *Pinta* no podia resistir por mas tiempo á los embates del viento, cuyas sacudidas combatian con la mayor violencia su palo de mesana, á pesar de no llevar desplegada ni una sola pulgada de vela. Dispuso, pues, aunque á su pesar, que la *Niña* se acercase al buque, pues el llegar á separarse en medio de una crisis como la que estaban atravesando, era, despues de un naufragio, la mayor desgracia que podia acontecerle.

Asi trascurrió la noche del 44 para nuestros viajeros aislados en medio del Océano; lo que en la noche anterior no pasó de presagios y amenazas, vino á convertirse

en aquella en una aterradora realidad. El mismo Colon no pudo menos de confesar que jamás habia presenciado una tempestad mas atroz, y no trató de ocultar á Luis toda la estension de sus temores. En presencia de los pilotos y de la tripulacion se mostraba tranquilo y hasta festivo; pero á solas, con nuestro héroe, aparecia humilde y sincero. No dejó, sin embargo, de ser un solo momento aquel célebre navegante impasible y de gran sangre fria que conocemos; y ni una cobarde queja se oyó salir de sus labios, á pesar de hallarse desolado en el fondo de su corazon con el temor de que sus descubrimientos corriesen el peligro de verse perdidos para siempre.

Estos eran los sentimientos que dominaban al almirante hallándose sentado en su reducida cámara durante las primeras horas de aquella terrible noche, y no cesaba un momento de espiar el menor cambio, ya favorable, ya adverso, que pudiese ocurrir. El silbido de los vientos que arrastraban tras si las aguas del Océano enfrencido apenas se sentia á causa del estrépito de la tormenta. A veces, cuando la carabela caia entre el hueco de sus enormes olas, oíase sonar el fragmento de vela que aun conservaba, y entonces el aire parecia tranquilo y silencioso; despues, al tratar el ligero esquife de volver á colocarse sobre la superficie del agua, asi como un hombre que se ahoga hace frenéticos esfuerzos para salir arriba, parecia que las columnas de aire iban á arrebatarlo en pos de si con la misma facilidad que el agua que recogian de lo mas elevado de las olas. El mismo Luis, aunque nada propenso á alarmarse, no podia menos de conocer que su situacion se iba haciendo muy crítica, habiendo reemplazado á su natural alegría una triste gravedad que no se conformaba con su carácter. Si nuestro héroe se hubiera hallado al frente de un millon de moros, hubiera mas bien pensado en vencerlos que en emprender la fuga; pero la guerra de los elementos no ofrecia un recurso semejante y era hasta cierto punto como tratar de oponerse á los designios del Todopoderoso.

—Ciertamente es una terrible noche, señor, pronunció nuestro héroe con tranquilo tono y una indiferencia mas aparente que efectiva; esta sobrepuja á cuantas tempestades he presenciado.

Colon suspiró profundamente, y en seguida, separando ambas manos con las cuales tenia cubierto el rostro, miró en torno suyo como si buscase algun objeto que echase de menos.

—Conde de Llera, exclamó con la mayor dignidad, nos queda un solemne deber que cumplir. En el cajon de esa mesa que teneis al lado hay pergaminos, y hé aqui recado de escribir. Desempeñemos nuestra mision interin la voluntad divina nos concede tiempo para ello; solo Dios puede saber cuantas horas nos restan de vida.

Luis escuchó aquellas palabras de mal agüero sin inmutarse; pero no pudo menos de revestirse de un aspecto triste y melancólico. Abrió, pues, el cajon, sacó el pergamino y lo colocó sobre la mesa. El almirante tomó una pluma, hizo señá á Luis de que tomase otra, y ambos comenzaron á escribir segun el violento é incesante movimiento de la carabela se lo permitia.

La tarea era difícil, mas al fin salió bien ejecutada; conforme Colon escribia una frase se la dictaba á Luis, que la copiaba exactamente sobre el pergamino que tenia ante su vista.

Aquel documento venia á contener en sustancia la relacion de los descubrimientos que habian hecho, la latitud y la longitud de la Española, las posiciones respectivas de las demas islas, y una razon exacta y sucinta de cuanto el almirante habia visto. La carta iba dirigida á Fernando y á Isabel. Apenas fueron terminados ambos escritos, el almirante envolvió con el mayor cuidado el suyo en una tela encerada, y Luis, siguiendo en todo su ejemplo, hizo otro tanto con el suyo; en seguida, tomando un gran pedazo de cera, introdujeron en

él el pliego respectivo, y cerraron las juntas con pedazos de la misma cera. Colon hizo despues venir al carpintero y le mandó que metiese cada uno de aquellos pedazos de cera en un barril separado; como de estos nunca faltan en un buque, al cabo de pocos minutos las dos cartas se hallaban seguras dentro de dos barriles vacíos; entonces el almirante y nuestro héroe, cargando cada cual con el suyo, subieron sobre cubierta. La noche era tan aterradora que nadie pensaba en dormir; casi toda la tripulacion de la *Niña*, así marineros como oficiales, se hallaban reunidos junto al palo mayor, único parage en que, á escepcion de otros puntos mas privilegiados, podian ponerse al abrigo de ser arrebatados por las olas; y á la verdad, nadie se veia libre de ser empapado en agua del mar, y la misma popa no se veia exenta de tan importunas visitas.

Tan pronto como apareció el almirante, todos se dirigieron á él y le rodearon ansiosos de saber cuál era su opinion y qué se proponia hacer en aquel trance. Decir la pura verdad, hubiera sido entregar aquellos hombres á la desesperacion, pues la esperanza casi habia desaparecido de sus ánimos: Colon por lo tanto les anunció que iba á cumplir un voto religioso, y con su propia mano arrojó su barril á los furoros del Océano. El de Luis se colocó en la popa, confiando que si la carabela llegaba á irse á pique, iria sobrenadando.

Tres siglos y medio han trascurrido desde la prudente precaucion adoptada por Colon, pero jamás se ha vuelto á oír hablar de aquel barril. Era tan ligero, que bien podria continuar flotando durante siglos enteros, y quizá ande bogando todavía sobre la vasta estension de los mares, conteniendo sus grandes revelaciones. Tambien puede que haya sido repetidas veces arrojado sobre alguna arenosa playa, hasta que una de las muchas olas del mar le haya vuelto á lanzar en medio de las aguas, y es posible asimismo que algunos buques le hayan visto pasar mil y mil veces á su inmediacion, confundiéndolo con los toneles que frecuentemente se ven flotar sobre el Océano. Caso de haber dado con él, hubiera sido abierto, y de haber caido en manos de cualquier hombre civilizado, parece casi imposible que tan interesante documento no hubiera llamado su atencion.

Cumplido ya aquel deber, el almirante pudo dirigir su vista en derredor de sí. Era tal la oscuridad, que sin la débil claridad que se destacaba en las olas agitadas hubiera sido sumamente difícil distinguir los objetos de un extremo á otro de la carabela. Seria imposible á cualquiera que solo hubiera estado embarcado á bordo de un buque de grandes dimensiones el formarse una idea aproximada de la situación en que se encontraba la *Niña*. Aquel buque, que era solo una grap falúa, habia partido de España aparejado con las antenas y las velas latinas, de las cuales hacen tan frecuente uso los navegantes de las costas del Mediodia de Europa, y hasta Canarias no habia variado su sistema de arboladura. Puesto en una bahía ó en un rio, su regala no sobresalia del agua mas que unos cuatro ó cinco pies, y en la presente ocasion, que tenia que luchar con la tempestad en un mar cuyas olas seguian opuesta direccion que el viento, y precisamente en uno de los puntos del Atlántico en que mas violento es aquel y las aguas aparecen mas agitadas, hubiérasele tenido por un animal marino que subia de cuando en cuando á la superficie para poder respirar. Hubo momento en que parecia que la carabela se iba á hundir decididamente en lo mas profundo del Océano; alzábanse en torno suyo y por todos lados altas y sombrías montañas de agua, habiéndose destruido con la confusion de las olas el ordinario compás y la comun simetria del balanceo del mar. Aunque es cierto que se ha abusado mucho del lenguaje figurado hablando de las montañas de agua que forman las olas, puede sin embargo, añadirse, sin separarse un punto de la verdad, que las vergas de la *Niña* quedaban frecuentemente ocultas bajo la elevacion de las ondas, las cuales llegaban á tal altura que no podia menos de temerse verlas descender con-

vertidas en cataratas sobre los cuarteles que forman la parte del puente que se halla en el centro del buque, por delante del palo mayor. En esto estaba el verdadero peligro, pues una sola de aquellas olas que cayese sobre tan frágil buquecillo seria bastante para llenarlo enteramente de agua y hacerle ir á pique con todo su cargamento. Sea como quiera, es lo cierto que la superficie de las olas venia á saltar incesantemente á bordo, ó se elevaba á la altura de la carabela como una cascada de brillante espuma; pero felizmente carecia de fuerza para sumergirla en las agitadas aguas. En aquellos instantes de inminente peligro, la seguridad del buque pendia solo de unas frágiles lonas embreadas; si esta débil defensa hubiese llegado á faltar, dos ó tres olas que se hubiesen sucedido habrian infaliblemente inundado la cala, y una vez dueña el agua del navio, su pérdida era inevitable.

El almirante habia dado orden á Vicente Yañez de recoger los rizos á la vela de mesana, esperando que en medio de aquel caos de los elementos podria dirigir su buque á un punto del Océano en que las olas guardasen mas regularidad. La direccion general de estas, si puede decirse que tuviesen alguna, fué tomada en consideracion. La *Niña* habia navegado cinco ó seis leguas desde la caída de la tarde sin que hubiese ocurrido cambio alguno en el temporal. Era ya cerca de media noche, y la superficie del Océano presentaba todavía la imagen terrible de un caos. Vicente Yañez se acercó al almirante y le anunció que el buque no podia soportar por mas tiempo la vela que llevaba.

—Las sacudidas que sufrimos al empuje de las olas, dijo, son tan sumamente violentas, que no parece sino que la popa va á ser arrancada del buque, y los rebótes que de rechazo se esperimentan en seguida no son tampoco menos peligrosos; la *Niña*, pues, no puede navegar con la mayor seguridad.

—¿Habeis visto á Martin Alonso de una hora á esta parte? preguntó Colon mirando con impaciencia hácia el lado desde donde deberia distinguirse la *Pinta*. ¿Habeis amainado el fanal, Vicente Yañez?

—No ha podido conservarse fijo en su puesto á causa del huracan: lo hemos colocado de rato en rato, y mi hermano ha contestado á estas señales.

—Mostrádselo todavía, en momentos como éste, la presencia de un amigo llena el alma de júbilo, aunque este amigo sea tan desgraciado como nosotros.

Izóse, pues, el fanal, y á poco rato un débil y lejano resplandor se dejó ver en medio de los desencadenados elementos. Aquella prueba se repitió con algunos intervalos, y siempre contestaron á la señal, mas á una distancia cada vez mas remota; y últimamente, desapareció toda luz á bordo de la *Pinta*.

—El mástil de la *Pinta* es de escasa consistencia para resistir tanto con un viento como este, repuso Vicente Yañez, y mi hermano no ha podido, sin duda, cargar la vela como nosotros hemos hecho; decae demasiado su rumbo á sotavento.

—Cargad la vela de mesana, como habiais propuesto, le dijo Colon: el choque de las olas se va haciendo escesivamente violento para nuestra endeble embarcacion.

Vicente Yañez escogió entre sus hombres los mas hábiles, y se dirigió él mismo á vigilar la ejecucion de aquella orden; en el mismo instante se dió nueva direccion á la caña del timon; la carabela verificó con lentitud su abatimiento, y en seguida, impelida por el viento de popa, marchó con la mayor rapidez. La operacion de cargar la vela fué fácil comparativamente, pues la verga se hallaba solo á algunos pies de elevacion sobre cubierta. Eran necesarios, por consiguiente, hombres de destreza y de buenos puños para atreverse á subir hasta allí en semejantes momentos. Sancho fué, pues, el que trepó por uno de los lados del mástil y Pepe por el otro, demostrando ambos en aquella ocasion cualidades que solo de un marino perfecto son propias.



Hallábase á la sazón la carabela á merced de los vientos y de las olas, pues la espresion de que marchaba con viento de popa apenas era aplicable á los movimientos de un buque tan bajo, que la elevacion de las olas le ponía al abrigo de los vientos. Si las olas hubieran guardado su habitual regularidad, habríanse podido tragar el esquite al sufrir los vaivenes; y si este se libertó de semejante contratiempo, fué debido hasta cierto punto á una irregularidad que daba márgen á un nuevo peligro. La *Niña* seguía navegando rápidamente viento en popa, pero nunca con tanta ligereza como era necesario para adelantarse á las olas que la perseguían, lo cual hubiera podido ejecutar si estas hubiesen seguido su ordinario curso. La mar, que se hallaba en oposicion directa con el viento, lo impedía; las olas chocaban con las olas, y su superficie, en lugar de descender espumosa, se alzaba convertida en chorros de agua.

El peligro hacia crisis en aquel momento; una hora trascurrió, durante la cual la carabela marchaba entre las tinieblas de aquel caos con una especie de ciego furor, lanzándose á veces á presentar sus costados al embate de las olas, como si la popa impaciente hubiera querido adelantarse al remate de la quilla, y esponiendo de ése modo al buque al extremo peligro de recibir de frente las oleadas. Tan inminente esposicion solo pudo evitarla la actividad reconocida del que dirigía el timon, que era Sancho, el cual hizo uso hasta tal punto de sus conocimientos y energia, que el sudor bañaba su frente como si hubiera estado espuesto al sol ardiente de los trópicos. Por último, la alarma llegó á hacerse tan grande y general, que todas las voces á una pedían al almirante que ofreciese á los santos las promesas de costumbre. Toda la tripulacion se reunió con tal objeto sobre la popa, escepto los que manejaban el timon, y allí se hicieron los preparativos necesarios para que la suerte decidiese quien habia de hacer el voto.

—Nos hallamos en manos de Dios, amigos míos, les dijo Colon, y seria conveniente declarar todos que os entregais llenos de confianza á su bondad, y que colocais la esperanza de vuestra seguridad en sus beneficios y en su clemencia. Dentro del sombrero del señor Muñoz hay tantos garbanzos como personas se encuentran aqui presentes: uno de estos garbanzos está señalado con una cruz, y el que logre sacar aquel sagrado simbolo, queda de hecho obligado á ir en peregrinacion á Nuestra Señora de Guadalupe, llevando una vela de cinco libras de peso. Como yo soy el mayor pecador de los que presentes se hallan, al mismo tiempo que vuestro almirante, yo seré el que meta primero la mano.

Hizolo así Colon, y acercando á la linterna el garbanzo que acababa de sacar, vió que tenia el signo convenido.

—Está bien, señor, dijo uno de los pilotos; mas ved ese garbanzo al sombrero; pido que se imponga una penitencia algo mas dura, y ante una imagen de mas veneracion para todos los buenos cristianos: por ejemplo, Nuestra Señora de Loreto. Esta peregrinacion es doble que la primera.

El peligro aumenta considerablemente la religiosidad de los sentimientos, así es que aquella proposicion fué apoyada con la mayor vehemencia. El almirante consintió tambien en ello; y sacando cada cual su garbanzo, resultó haberle tocado el de la cruz á un simple marinero, llamado Pedro Dávila, el cual no descollaba entre los demas ni por su piedad ni por su suficiencia.

—Es el caso que este viaje es tan largo y tan costoso, dijo entre dientes, el designado por la suerte, que no es fácil entenderlo así como se quiera.

—Déjate de eso, amigo Pedro, contestó Colon; no tendrás que poner de tu parte mas que la fatiga del camino, pues de los gastos yo me encargo. ¿Y la noche, Bartolomé Roldan, continúa tan amenazadora?

—Cada vez mas, señor almirante; y á la verdad no me satisface gran cosa un peregrino como Pedro, á pesar de que el mismo cielo debe haber presidido la elec-

cion. Una misa á Santa Clara de Moguer y velar una noche entera en su capilla, seria de mucho mejor efecto que unos tan remotos viajes hechos por un hombre como ese.

Como esta idea no dejó de tener acogida entre los marineros de Moguer, verificóse un tercer sorteo. El garbanzo señalado con la cruz volvió á tocar por segunda vez al almirante; á pesar de todo, el peligro estaba bien lejos de disminuir, y la carabela cada vez parecia mas dispuesta á desaparecer entre el remolino de las olas.

—Tenemos poco lastre, Vicente Yañez, dijo Colon; y por difícil que aparezca la empresa, es preciso hacer un esfuerzo para llenar de agua nuestros toneles: que se introduzca con la mayor precaucion una manga por debajo de la alquitranada, y que se tenga el mayor cuidado para que el agua no llene la cala en lugar de llenar los toneles.

Muchas horas se emplearon en cumplir aquellas órdenes. La gran dificultad estribaba en proteger á los hombres que cogian el agua de la mar, pues en medio del conflicto de los elementos, no era tan fácil el disponer así como se quiera de una sola gota. Al fin se consiguió vencer todos los obstáculos á fuerza de paciencia y de perseverancia, y antes de que fuese de día habíanse ya llenado tantos los toneles, que el buque adquirió conocidamente mayor estabilidad. A la mañana siguiente la lluvia cayó á torrentes, y el viento varió de Sud á Oeste, sin perder, á pesar de esto, gran cosa de su violencia. Volvióse á restablecer el trinquete, y el débil esquite navegó algunas millas hácia el Este atravesando un mar de aspecto todavia siniestro.

Al rayar el día, la situacion parecia menos desesperada; pero habiéndose perdido de vista la *Pinta*, los marineros de la *Niña* presumian si se habria ido á pique.

Sin embargo, las nubes se veian menos compactas, y una especie de místico resplandor iluminaba el Océano, cubierto de una blanca espuma y mugiendo aun en su furor. Poco á poco se fueron regularizando las olas, y los marineros no creian ya necesario acogerse á los aparejos para librarse de la furia de las hondas. Desplegaron mas velas, y conforme la carabela iba recobrando su acompasado movimiento de frente, iba tambien siendo mayor su aplomo y dirigia mejor su rumbo.

## CAPITULO XXV.

Tal era el estado de las cosas en la mañana del 45, cuando, á poco rato de haber salido el sol, se oyó desde lo mas elevado de un mástil el alegre grito de «¡tierra!» y aun debe añadirse que se distinguia ya por la parte delantera del buque: tan exactos eran los cálculos de Colon y tan seguro se hallaba de su posicion sobre la carta. Sin embargo, suscitáronse diversas opiniones entre los pilotos y la gente de la tripulacion con respecto á aquella vista tan deseada. Unos querian que aquella tierra fuese el continente europeo, otros creian que era Madera; pero Colon declaró públicamente que era una de las Azores.

A cada hora que pasaba ibase disminuyendo la distancia que separaba al buque de la tierra, acogida con tan grandes trasportes de alegría, cuando, por una repentina variacion, el viento se hizo enteramente contrario. Durante una larga y terrible jornada, el pequeño bagel tuvo que seguir luchando con el temporal para conseguir arribar á aquel puerto tan deseado; pero la fuerza de las olas y el viento contrario hacian sus esfuerzos lentos y penosos. El sol se puso entre nebulosas nubes de invierno; y la tierra seguía siempre en direccion del costado mas combatido del pequeño buque, y segun todas las apariencias, á una distancia demasiado considerable para poder llegar allá. Las horas trascurrían, y no obstante la oscuridad, la *Niña* continuaba sus esfuerzos para acercarse al punto en que se habia visto la tierra. Colon no abandonó un momento su puesto mientras du-

raron aquellas horas de ansiedad, pues le parecia á aquel célebre navegante que el porvenir de sus descubrimientos se hallaba á la sazón pendiente de un hilo. Nuestro héroe velaba con menos afán; mas sin embargo, ibale dando algun cuidado el resultado, conforme se iba aproximando mas y mas el momento en que habia de decidirse la suerte de la expedición.

Al salir el sol, todas las miradas recorrieron el Océano, y con gran sentimiento de nuestros viajeros, no se descubria tierra alguna visible. Muchos creyeron que su aparición habria sido efecto de una ilusión; pero el almirante pensaba que habian pasado la isla mientras la oscuridad, y viró de bordo para dirigirse mas al Sud. Solo habian trascurrido una ó dos horas desde que se verificó este cambio, cuando volvió á aparecer la tierra, como un punto oscuro, por la parte de la popa y en una posición en que no se la habia podido antes observar. La carabela viró de proa para llegar á la isla, y hasta el momento en que todo volvió á quedar en la oscuridad tuvo que luchar contra un furioso viento y una mar borrascosa, sin lograr siquiera aproximarse. Por último, vino de nuevo la noche, y la tierra desapareció otra vez en las tinieblas.

A la hora de costumbre, habiase reunido la tripulación de la *Niña*, en la noche anterior, para cantar la *Salve Regina* ó el himno de la noche á la Virgen, pues esta fué una de las mas interesantes particularidades de aquel viaje extraordinario, que aquellos rudos marineros llevaron consigo hasta los ignorados desiertos del Atlántico aquellos cánticos de su religion y aquellas plegarias del cristianismo. Mientras que desempeñaban tan sagrado deber, habiase percibido una luz á sotavento, y se suponía que podría ser de la isla que se dejó ver primero. Aquel incidente hizo confirmar al almirante en su creencia de que se hallaban en medio de un grupo, y que guardando constantemente el viento, podría hallarse en posición de arribar á algun puerto por la mañana; pero aquella mañana, como ya hemos dicho, no trajo consigo mas novedad que la que hemos mencionado, y ya se preparaba á pasar otra noche en la mayor incertidumbre, cuando el grito de «tierra al frente» vino de repente á reanimar todas las esperanzas.

La *Niña* avanzó atrevidamente, y antes de media noche ya se hallaba bastante próxima á la tierra para poder echar el ancla; pero la mar y el viento continuaban tan agitados, que el cable se rompió, y aquellos infelices marinos fueron por consiguiente rechazados de las regiones á que pertenecían. Hicieronse de nuevo á la vela, repitieron los esfuerzos para ponerse de nuevo al viento, y al apuntar el día la carabela se encontró en disposición de echar el ancla á la parte del Norte de la isla. Entonces, los navegantes, casi exánimes de fatiga, se convencieron de que Colon habia dicho bien, y que por consiguiente se hallaban en Santa Maria, una de las Azores.

No corresponde á esta historia el referir los acontecimientos que tuvieron lugar mientras la permanencia de la *Niña* en aquel puerto. Los portugueses trataron de apoderarse de la carabela, y así como fueron los últimos en impacientarse al almirante á su partida del antiguo mundo, fueron tambien los primeros en hostigarle á su regreso. Mas sin embargo, sus manejos no surtieron efecto alguno, y después de haber visto lo mejor de su tripulación en poder de los portugueses y de haber abandonado ya la isla sin ellos, el almirante pudo arreglar aquel asunto de manera que al fin partió para España el 4 de aquel mes, llevando consigo toda su gente.

Durante los primeros dias, la Providencia protegió la travesía: el viento era favorable, y la mar estaba apacible. Desde el día 24 por la mañana hasta el 26 por la noche, la carabela habia adelantado cerca de 400 leguas en su directo rumbo hacia Palos, cuando la mar principió á agitarse de nuevo y el viento varió completamente; poco á poco fué aumentándose su violencia, si bien era bastante favorable para que se pudiese navegar hacia el

Este, inclinándose un tanto al Norte. El tiempo no era bueno efectivamente; pero como sabia el almirante que marchaba para Europa, no se quejaba, y hacia reanimar á su gente con la esperanza de una próxima llegada. De este modo fué trascurriendo el tiempo, hasta el sábado 2 de marzo, en cuyo día Colon creyó hallarse á unas cien millas de las costas de Portugal, pues los incansables vientos del Sud le habian lanzado á una distancia tal hacia el Norte.

La noche se inauguró bajo favorables auspicios, navegando la carabela viento en popa con una mar agitada, cuyas olas venian con la mayor violencia de la parte del Sud, recibiendo el viento de frente y bastante recio, de modo que no tuvieron necesidad de disminuir las velas á fin de hacer mas sencilla la maniobra. La *Niña* era un excelente buque, de lo cual habia dado ya suficientes pruebas, y su marcha se habia regularizado notablemente



Don Pedro Martín.

desde que habia sufrido las primeras tempestades, pues los pilotos habian cuidado de que se llenasen mas toneles que los que se pudieron llenar en un principio.

—Tú no te has separado del timón mientras han durado los temporales, Sancho Mundo, dijo el almirante con gozo cuando á última hora del primer cuarto pasó cerca del puesto que ocupaba el antiguo marino. Pues no es poco honorífico á la verdad el desempeñar un cargo semejante cuando ocurren tempestades tan terribles como la que acabamos de pasar.

—Así lo creo, señor, y tambien confío en que sus muy poderosas y muy ilustres altezas, nuestros soberanos, pensarán del mismo modo, al menos en cuanto concierne al cumplimiento del deber respectivo.

—¿Y por qué no en lo que concierne al honor, amigo Sancho? dijo Luis, que se habia hecho amigo decidido del antiguo marino desde que tuvo la habilidad de llegar tan oportunamente á su socorro cuando se hallaba en el cerro.

—El honor, señor Pedro, es una comida muy fuerte, y no conviene al estómago de un pobre hombre. Un doblon vale mas que dos títulos de duque para un hombre



como yo, porque los doblones me darán consideración, mientras que un título de duque solo me grangearía el ridiculo. No, no, señor Pedro: déme á mi una bolsa llena de oro, y deo los honores para quien los quiera tomar. Si un hombre ha de ser algo en este mundo, es preciso que principie por el principio, esto es, por tener una sólida base, y despues de esto se podrá hacer de él hasta un caballero de Santiago, si los soberanos le necesitan para aumentar su catálogo con uno mas.

—Eres un poco charlatan para tener que atender al manejo del timon, Sancho, aunque tampoco puede negarse que eres un hombre esceleste bajo otros conceptos, dijo con gravedad el almirante. No pierdas, pues, de vista tu objeto principal; los doblones no habrán de faltarte cuando nuestro viaje haya terminado.

—Muchas gracias, señor almirante; mas para daros una prueba de que mis ojos ven muy claro, aun cuando mi lengua se halla ocupada, yo desearia que V. E. y los pilotos se tomasen la pena de examinar aquella especie de nube que se descubre allá á lo lejos por la parte de Sudeste, y yo os preguntaré despues si anuncia bueno ó mal tiempo.

—¡Diablo! tiene razon, don Cristóbal, exclamó Bartolomé Roldan, que se hallaba al lado del almirante. Mirad una nube que tiene la mas sinistra apariencia.

—Aguardad, aguardad Bartolomé, repuso Colon con presteza: hemos confiado demasiado en nuestra buena suerte, y nos hemos olvidado del aspecto que presentan los cielos. Llamad á Vicente Yañez y á los demas, pues quizá los necesitemos.

Subió Colon á la popa, desde donde su vista abrazaba mucha mayor estension del Océano y del firmamento. Las señales eran, en efecto, de tan mal agüero, como sublime habia sido su aparicion. La atmósfera estaba impregnada de una niebla blanquecina que parecia humo, y apenas el almirante tuvo tiempo para dirigir una ojeada en torno suyo, cuando se sintió un ruido semejante al que podrian hacer mil caballos al pasar á escape por un puente; oyóse silbar al Océano, como en tales circunstancias acontece, y la tempestad vino á estallar contra aquel buque infeliz, como si los demonios inspirados por la envidia hubieran deseado impedir que se trasmitiesen á España noticias tan importantes como las que en él se conducian.

Un ruido parecido al de una sorda descarga de mosqueteria fué la señal primera que anunció la tempestad á la *Niña*: aquel ruido procedia de las velas, que acababan de hacerse todas pedazos á un mismo tiempo. La carabela se dió á la banda en el momento en que el agua llegaba ya á los mástiles. Hubo un momento de ansiedad, durante el cual los marineros mas experimentados temieron no zozobrase; y si no se hubiesen desgarrado las velas, tal contratiempo hubiera sido sin duda alguna inevitable. Sancho colocó al viento en tiempo oportuno la caña del timon, y cuando la *Niña* volvió en sí del choque sufrido, casi se lanzó fuera del agua al emprender su rumbo viento en popa.

Aquel incidente fué el principio de un nuevo huracan, que escedió en violencia al que acababan tan recientemente de sufrir. Durante la primera hora, el terror y el desaliento llegaron casi á dejar paralizados á los que componian la tripulacion, pues ya nadie sabia qué hacer ni á qué recurrir para escapar de aquel nuevo peligro. El buque marchaba ya con viento de popa, último recurso de los marineros, y los restos de las velas habian sido arrebatados hechos trizas de lo alto de las vergas con objeto de ahorrar á los de la tripulacion el tiempo que invirtiesen en cargarlas. En aquellos momentos tan criticos recurrióse tambien á las piadosas costumbres de los marineros, y por segunda vez cupo la suerte al almirante de hacer una peregrinacion á un santo favorito; ademas, la tripulacion hizo voto de ayunar á pan y agua el primer sábado despues de su llegada á España.

—Es digno de notarse, don Cristóbal, dijo Luis cuando se hallaron solos nuevamente sobre la popa, es digno

de notarse que estas peregrinaciones siempre os tocan á vos. Habéis sido elegido hasta tres veces por la Proviencia como un instrumento de gracias y de penitencia. Esto, sin duda, consiste en vuestra fé sincera.

—Decid mas bien, don Luis, que consiste en mis muchos pecados. Solo mi orgullo debia atraerme penitencias todavia mas severas que esta. Yo temo haberme olvidado muchas veces de que soy un mero agente elegido por Dios para llegar á realizar sus sublimes designios, y temo tambien haber caido en las redes del demonio al pensar con presuncion sobrada que con mi tacto y mi ciencia he concluido la grande hazaña de que solo Dios es el verdadero y único autor.

—¿Creéis que nos hallemos en peligro, señor?

—Estamos, don Luis, rodeados de los mas grandes riesgos que hemos corrido jamás desde que abandonamos á Palos. Hemos sido lanzados hácia el continente, que dista de aqui á lo mas unas treinta leguas, y como estais viendo, el Océano se muestra cada vez mas amenazador. Por fortuna, la noche se halla bastante adelantada, y el dia podrá acaso procurarnos los medios de ponernos en salvo.

El dia volvió á aparecer como de costumbre; pues sean las que fueren las escenas que puedan ocurrir sobre la superficie de la tierra, esta, en su sublime inmensidad, no detiene jamás su diaria revolucion, dando de este modo á los átomos que la cubren una prueba irrecusable de que una mano todopoderosa preside á todos sus movimientos. La luz de aquel dia no produjo, pues, cambio alguno notable en el aspecto del cielo ni del Océano. El viento soplaba furiosamente, y la *Niña* luchaba como desesperada con aquel caos de oleadas, avanzando cada vez hácia el continente que tenia delante de sí.

Poco despues de medio dia, los indicios de proximidad de la tierra fueron apareciendo mas claramente, y nadie dudaba ya de que el buque se hallase inmediato á las costas de Europa. Mas á pesar de esto, nada mas se percibia que el Océano enfurecido, el cielo amenazador, y esa especie de resplandor sobrenatural de que á veces se vé cargada la atmósfera durante una tempestad. El punto por donde el sol se ponía, aunque conocido por medio de la brújula, no podia determinarse solo á la simple vista, y la noche vino por fin á cubrir con su negro manto aquella escena tan terrible. La esperanza pareció entonces abandonar á la pequeña carabela, así como la habia abandonado la luz del dia. Para que nada faltase á anmentar el terror de la tripulacion, la mar fué agitándose mas y mas progresivamente; y como suele suceder á los buques de cortas dimensiones en semejantes circunstancias, grandes masas de agua caian sin cesar á bordo, amenazando destruir los cuarteles y su endeble cubierta embreada.

—He aqui la noche mas cruel de todas, Luis, hijo mio, dijo Colon cerca de una hora despues de haber quedado sumidos en la oscuridad. Si llegamos á escapar de este trance, podemos creernos especiales favorecidos de Dios.

—Y sin embargo de eso hablais, señor, con la mayor tranquilidad; con tanta tranquilidad como si vuestro corazon estuviese lleno de esperanza.

—El marino que no sabe dominarse á sí mismo, aun en medio de los mas grandes peligros, puede decir que ha errado la vocacion. Pero yo me siento tranquilo, Luis, tan tranquilo como os lo aparezca. Dios nos conserva á todos bajo su santa guarda, y hará lo que mas convenga al objeto de sus designios. Mis hijos, mis dos pobres hijos son los que me inquietan terriblemente; mas tampoco Dios se olvida de los huérfanos.

—Si llegamos á perecer, señor, los portugueses van á ser los dueños de nuestro secreto; tan solo lo saben ellos y nosotros, pues á lo que creo no hay esperanza alguna con respecto á Martin Alonso.

—Esto es un nuevo origen de digustos: mas á pesar de todo, yo he adoptado tales disposiciones, que creo que nuestros soberanos, por efecto de ellas, no han de

quedar defraudados en sus derechos. Todo lo demás depende del cielo.

En aquel mismo instante se oyó un grito, el grito de «¡tierra!»

Todo el mundo se sobresaltó, y aquella palabra, que en otro tiempo hubiera producido repentinós trasportes de alegría, solo produjo en aquella ocasion un nuevo terror. La noche estaba ya muy adelantada, los nublados se abrian por algunos puntos, y una débil claridad se esparcia alrededor del buque, á la distancia de una ó dos millas. Durante aquellos cortos momentos podian distinguirse perfectamente unos objetos tan prominente como una costa. Al oír el grito de que hablamos, Colon y nuestro héroe se precipitaron hácia la proa del buque para poder abrazar mayor estension de las costas, aunque aquel movimiento, por mas comun que pueda parecer, no estaba exento de peligro. Hallábase ya tan próxima la costa, que los que componian la tripulacion oyeron, ó al menos creyeron oír, el bramido de la resaca contra las rocas.

Nadie dudaba á bordo de que aquellas costas no fuesen las de Portugal. Continuar avanzando, en medio de la incertidumbre de la posicion exacta que ocupaban, sin que se presentase puerto alguno á su vista, era, para nuestros marineros, correr un riesgo inevitable. No les quedaba, pues, mas alternativa que virar con viento de popa con objeto de alejarse de la tierra y engolfarse hasta que amaneciese. Apenas hubo indicado Colon la necesidad en que se hallaban de adoptar este partido, cuando ya Vicente Yañez ponía en ejecucion sus órdenes con toda la precision que las circunstancias lo permitian.

Hasta entonces el viento habiase sentido por estribor, pues la carabela seguía en direccion del Este uno ó dos cuartos hácia el Norte: tratábase, pues, de enderezar el rumbo de manera que pudiese navegarse un cuarto ó dos al Oeste. Segun parecia prolongarse la costa, era de creer que aquel cambio de direccion bastaria para sostener el buque por espacio de algunas horas á una distancia conveniente de la tierra. Pero semejante maniobra no podia ejecutarse sin el auxilio de las velas, y al efecto se dió órden de desplegar la mesana. Apenas fué largada al viento, aquella vela principió á azotar con terrible violencia; á tales sacudidas estuvo en poco el arrancarse el pie del mástil de carlinga, y hácia la proa todo permaneció en el mas mortal silencio, pues el casco del buque habiase estrellado en una muralla de agua de bastante elevacion que ocultaba hasta las mismas velas. Sancho y sus compañeros aprovecharon el primer momento favorable para sujetar los puntos, y cuando la pequeña embarcacion llegó á levantarse, las velas se hincharon de repente con un estrepito semejante al de un cable cuando se arroja. Desde este instante volvió á emprender su ruta lentamente, si bien tuvo que abrirse paso por entre una gran multitud de turbulentas olas que amenazaban sumergirla á cada instante.

—¡Luis! exclamó una voz delicada al pasar nuestro héroe inmediato á la puerta de la cámara de las damas; ¡Luis! Haiti mejor, Mattinao mejor, Luis muy mal!

—Era Ozema, que no pudiendo de modo alguno conciliar el sueño, se acababa de levantar del lecho para contemplar aquel terrible Océano. Como el tiempo habia sido favorable durante la primera parte de la travesía, Luis habia sostenido con los isleños que traían á España un trato ameno y entretenido. Ozema, aunque algo molestada por las incomodidades del viage, recibia siempre sus visitas con un placer que no trataba de ocultar, y sus adelantos en el idioma español eran ya tales que causaban admiracion á su mismo maestro. De aquel trato no solo Ozema sacaba provecho, pues si recibia las lecciones de Luis, tambien le enseñaba varias palabras de su lenguaje al mismo tiempo que él la instruía en el suyo. Asi pues, podian conversar ambos valiéndose ya de uno, ya de otro dialecto, segun lo exigian las circunstancias del momento. Vamos á poner á conti-

nacion la traduccion libre del diálogo que en los momentos de que hablamos, entablaron entre sí, procurando conservarles su carácter particular.

—Pobre Ozema, repuso nuestro héroe colocándola con el mayor afecto en una postura á propósito para poder defenderla de los violentos vaivenes de la carabela; mucho debes echar de menos á Haiti y aquella apacible tranquilidad de los bosques.

—Caonabo allí, Luis.

—Es cierto, inocente jóven: pero Caonabo no es tan terrible como estos furiosos elementos.

—No, no, no Caonabo: ser muy malo. Haber desgarrado el corazon de Ozema: no Caonabo, no Haiti.

—Tus temores con respecto al gefe caraíbo, Ozema, estravian algun tanto tu razon. Tú tienes un Dios como lo tenemos los cristianos, y así como nosotros hacemos, debes poner tu confianza en él. Él solo puede protegerte.

—¿Qué ser proteger?

—Tener cuidado de tí, Ozema, vigilar para que no te suceda ningun contratiempo, proveer á tu seguridad y á tu bienestar.

—Luis proteger Ozema, así prometer á Mattinao, así prometer á Ozema, así prometer su corazon.

—Querida mia, y así lo haré en todo aquello que de mí dependa. ¿Pero qué puedo yo hacer contra esta tempestad?

—¿Qué hacer Luis contra Caonabo? Matar, pegar á los indios, hacer huir!

—Eso era fácil cosa para un caballero cristiano armado con una buena espada y un escudo; pero eso mismo nada podria contra una tempestad. Solo una esperanza nos ha quedado; confiemos, pues, en el Dios de los españoles.

—Los españoles grandes, su Dios grande.

—No existe mas que un solo Dios, Ozema: él solo gobierna en Haiti, como en España. Bien te acordarás de cuanto te tengo hablado del amor que nos profesa, de la muerte que sufrió por salvarnos, y tú me has prometido adorarle y bautizarte apenas llegues á mi pais.

—¡Dios...! Ozema hacer lo que Ozema decir. Amar ya al Dios de Luis.

—Ya has visto la santa cruz, Ozema, y me has prometido tambien besarla y bendecirla.

—¿En dónde cruz? No ver cruz. ¿Arriba en el cielo? ¿En dónde? Enseñar ahora la cruz á Ozema, la cruz de amar Luis.

El jóven conservaba siempre sobre su corazon el último presente de Mercedes; tomólo, pues, lo estrechó contra sus labios con un piadoso fervor, y en seguida se lo presentó á la jóven india.

—Mira, la dijo, esto es una cruz. Nosotros los españoles veneramos este signo: es el simbolo de nuestra salvacion.

—¿Este el Dios de Luis? preguntó Ozema algo sorprendida.

—No, pobre jóven, cuyo espiritu aun no está iluminado.

—¿Qué ser iluminado? interrumpió vivamente Ozema, cuya perspicacia y fino oído no dejaba pasar una sola palabra de las que el jóven la aplicaba.

—No iluminado, se dice del espiritu de aquellos que no han oído aun hablar de la cruz ni de su objeto misericordioso.

—Ozema ahora iluminada, exclamó la jóven estrechando la joya contra su pecho. ¡Tener cruz! ¡Guardar cruz! Sino iluminada ahora, jamás. ¡Cruz Mercedes! Es de advertir que por efecto de una de aquellas frecuentes equivocaciones ó falsas inteligencias que suelen padecerse cuando se entablan las primeras conversaciones entre dos que hablan diferentes idiomas, la jóven india habia llegado á persuadirse, al oír las involuntarias exclamaciones de Luis, que Mercedes queria significar todo aquello que era excelente, muy bueno.

—Ojalá, por cierto, que esa persona de quien tú ha-



blas pudiera suministrarte sus dulces y afectuosos cuidados, que pudiera guiar tu alma tan pura á que se penetrase de la bondad de su criador. Esta cruz, sino es la misma Mercedes, procede al menos de ella, y haces muy bien en amarla y bendecirla. Ponte á tu cuello esa cadena, Ozema, pues ese emblema sagrado quizá contribuya á salvarte la vida, si por acaso el viento nos arrojasé hácia la costa antes de amanecer. ¡La cruz es una señal de amor inmortal!

La jóven comprendió lo suficiente aquellas palabras para poderlas obedecer, y ayudándola afectuosamente nuestro héroe, se puso la cadena alrededor de su cuello, viniendo aquel santo emblema á descansar sobre su pecho. El cambio de la temperatura y la decencia habían

diese á sostener á la jóven pasando el brazo por su cintura, cediendo en parte al balanceo de la carabela, balanceo tan violento que era capaz de hacer perder el equilibrio á los mas diestros marinos, dejándose llevar tambien sin duda alguna de la ternura de su propio corazón. Ozema no trató de contener aquella libertad, la primera que nuestro héroe se permitía; lejos de eso, cándida é inocente como era, no titubeó en apoyarse en aquel brazo, que ella creía estar destinado, entre todos los demas, á protegerla por toda su vida. Un momento despues su cabeza descansó sobre el pecho de Luis, su rostro estaba vuelto hácia él y sus miradas fijas en las de nuestro héroe.

—Esta terrible tormenta, Ozema; te ha causado me-



Don Luis da á Ozema la cruz de Mercedes.

impulsado al almirante á hacer para las mugeres unos anchos ropages de algodón, y las hermosas formas de Ozema hallábanse á la sazón cuidadosamente cubiertas por una de aquellas túnicas; ocultó, pues, la joya entre sus pliegues, y la oprimió con ternura contra su corazón como un don de Luis. Mas éste no veía las cosas de la misma manera. Su ánimo solo fué el prestar aquella cruz en un momento de peligro estremo, momento en que las supersticiones de la época le impulsaban á creer muy formalmente que aquello era un verdadero escudo. Como Ozema no sabia absolutamente vencer los obstáculos é inconvenientes que encontraba á cada paso por ignorar el modo de manejarse con un traje al cual no estaba acostumbrada, á pesar de que su gusto natural la habia indicado la manera de arreglarlo graciosamente á su falle, el jóven la habia ayudado, sin saber lo que se hacia, á colocar la cruz en la disposicion que ya hemos dicho, cuando un violento vaiven del buque le hizo que acu-

nos conmovion de lo que era de esperar. Los temores y desasosiegos que por tu causa experimento me han hecho padecer mas de lo que yo creia, y sin embargo, no me parece que te hallas muy turbada.

—Ozema no ser desgraciada, no necesitar Haiti, no necesitar Mattinao, no necesitar cosa alguna; Ozema ser ahora dichosa; tener cruz.

—¡Oh dulce, sencilla é inocente jóven! ¡Quiera el cielo que jamás llegues á conocer otros sentimientos! Pon, hija mia, toda tu confianza en la cruz.

—¡Cruz Mercedes! ¡Luis Mercedes! Luis y Ozema guardar cruz para siempre.

Quizá fué una felicidad para la jóven india que en el mismo momento en que de aquel modo espresaba su dicha, la Niña chocase violentamente contra las olas, viéndose Luis obligado, á causa de tan brusco movimiento, á abandonar su carga, so pena de haberla arrastrado tras de si en su caída. Cayó, en efecto, rodando has-

ta donde Colon se hallaba de pie, empapado todo en agua y procurando resguardarse del furor de la tormenta. Apenas se alzó del suelo vió que estaba cerrada la puer-



Sancho Mundo entrega el pliego á la reina Isabel.

ta de la cámara de damas, y que Ozema habia desaparecido.

—Nuestras pobres amigas deberán estar sumamente sobresaltadas con estos terribles acontecimientos. Luis, dijo Colon con la mayor tranquilidad, pues si bien su pensamiento se encontraba completamente ocupado por la situacion en que el buque se hallaba, no por eso habia dejado de prestar atencion á cuanto habia sucedido á su inmediacion. Son muy animosas ciertamente, pero aunque fuesen amazonas, debian temblar ante una tempestad semejante.

—No la temen, sin embargo, señor, á causa de que no la comprenden, segun yo creo. Los hombres civilizados tienen tal prestigio é influencia sobre ellas, que ponen su entera confianza en nuestros medios de salvacion. Acabo de poner en manos de Ozema una cruz y de aconsejarla que coloque en aquel emblema su esperanza toda.

—Habeis hecho bien. Dios únicamente es nuestro mas seguro protector. Sosten la proa de la carabela lo mas próxima al viento que sea posible. Sancho, puesto que ahora es menos recio. Aunque solo nos separemos una pulgada de la tierra, eso mas ganariamos.

Sancho respondió segun costumbre, y la conversacion no pasó de aqui. El furor de los elementos y los extraordinarios esfuerzos que hacia la *Niña* para sostenerse sobre la superficie del agua suministraban no pocos motivos de reflexion á cuantos presenciaban aquellas escenas.

La noche, pues, trascurrió sin mas novedad. Amaneció al fin, y apareció un dia de invierno, tormentoso en todo el rigor de la palabra. El sol estaba oculto por una multitud de vaporosos nublados que, formando una gran mole entre las aguas y la bóveda celeste, parecia apoyarse en las mismas olas. El Océano se veia cubierto de blanca espuma: distinguéronse á poco rato unas ele-

vadas costas casi al frente de la carabela, las cuales, segun los mas inteligentes marineros, eran el peñon de Lisboa. Apenas se evidenció tan importante hecho, el almirante viró, dirigió la proa del buque hácia la tierra, é hizo enderezar el rumbo con direccion á la embocadura del Tajo. Solo se hallaban á distancia de unas 20 millas de la tierra si acaso; mas la necesidad de resistir á la tempestad y de seguir la direccion del viento en una tormenta como aquella, hacia mas critica la posicion de la carabela de lo que habia sido en los primeros momentos. Por lo tanto, la política de los portugueses fué olvidada, ó por lo menos considerada muy secundariamente; pues un puerto ó un naufragio parecia ya la última alternativa que les quedaba á nuestros aventureros. Cada pulgada que ganaban hácia el viento era para aquellos navegantes de la mayor importancia, y el mismo Vicente Yañez se colocó á la inmediacion del timon con objeto de vigilar los movimientos con todo el celo de la experiencia y de la autoridad; solo las velas bajas estaban desplegadas, y estas solo en sus rizos inferiores, en cuanto su construccion lo permitia.

De este modo, pues, la carabela, combatida por aquel mar enfurecido, avanzaba esforzadamente, ya descendiendo á lo mas profundo de las olas, hasta el punto de perder de vista la tierra, el Océano, todo, á escepcion de las blancas oleadas y el cielo, ya saliendo de aquellas ondas concavidades para alzarse entre los encadenados vendabales y entre el mugido y el estrépito de la tempestad. Estos últimos instantes eran, no obstante, los mas criticos. Cuando la ligera embarcacion se colocaba sobre la cima de una ola, cayendo despues al descender el elemento que la sostenia, parecia que la ola, que viniese en seguida habia de sumergirla sin remedio. Y sin embargo, era tal la vigilancia que ejercia Vicente Yañez y la destreza de Sancho, que siempre logró escapar de tan atroz desastre. Hubiera sido además imposible el impedir que las olas cubrieron al buque,



Entrega un pago á don Luis la cruz de Mercedes.

pues de tal modo anegaban de continuo la proa, que la tripulacion tuvo que abandonar enteramente aquella parte de la embarcacion.



—Nuestra salvacion solo pende de las velas, dijo el almirante suspirando; si estas llegan á resistir, nos hallamos mas seguros que cuando navegábamos viento en popa. Páreceme que el aire es menos recio que durante la noche.

—Quizá sea así, señor; yo creo que nos dirigimos al punto que vos me designásteis.

—¿Aquella punta pedregosa que se descubre allá adelante? En efecto; si llegamos á doblarla nos hemos salvado; mas si no lo conseguimos, esta será nuestra tumba comun.

—La carabela se porta noblemente, y aun confio en el éxito.

Una hora despues estaba la tierra á tan corta distancia, que hasta se veian moverse las personas. Hay momentos criticos para los marineros en que la vida y la muerte se presentan á sus ojos, una al lado de otra; aqui la destruccion, mas allá la salvacion. Mientras que el buque avanzaba con lentitud hácia la tierra, no solo se dejaba oír el estrépito de la resaca que chocaba contra las rocas, sino que las montañas de blanca espuma que se elevaban hasta perderse de vista aumentaban el horror de aquella escena. En semejantes ocasiones no es una cosa extraña el ver grandes masas de agua hasta mas de cien pies de elevacion, y formidables montañas de espuma que el viento suele llevar á una distancia extraordinaria sobre la tierra. Lisboa tiene á su frente la inmensidad del Océano, no interrumpida por ninguna isla ó promontorio, y la costa toda de Portugal es la mas espuesta de toda Europa. Los vientos del Sudoeste llegan atravesando mas de 200 leguas del Océano, y las olas que arrojan sobre las costas son ciertamente terribles. La tempestad que acabamos de describir no era á la verdad una tempestad ordinaria: la estacion habia sido borrascosa, y habia tenido á todo el Atlántico en un continuo sobresalto. Las olas, escitadas por el viento, apenas tenian tiempo para sosegar, cuando otro contratiempo venia á dar á las aguas una opuesta direccion, de la cual dimanaba esa especie de irregularidad en los movimientos que origina los mayores apuros á un buque, y en particular es doblemente peligrosa para las pequeñas embarcaciones.

La carabela, sin embargo de esto, logró reponerse.

—Don Cristóbal, exclamó Luis cuando se hallaban á tiro de fusil de la punta de tierra, si seguimos diez minutos mas con tan favorable rumbo nos hallamos fuera de todo peligro.

—Teneis razon, hijo mío, repuso el almirante con tranquila calma. Si por desgracia llegamos á vernos impedidos hácia las rocas, antes de cinco minutos no queda tabla sana de la *Niña*. Aflojad un poco la caña, Vicente Yañez, aflojadla bien, y dejad á la carabela que hienda el agua. Todo depende de las velas, y así podremos conseguir el desviarnos de esa punta. ¡Ya estamos en movimiento, Luis! Mirad á la tierra y vereis cómo vamos adelantando.

—Es cierto, señor; mas la carabela toma la direccion de la punta de una manera que no puede menos de causar terror.

—Nada temais; al arrojo no hay resistencia posible. El agua tiene gran profundidad en esta costa, y nosotros achicamos mucho.

Todo quedó en el mas profundo silencio. La carabela continuaba aproximándose á la punta con una ligereza espantosa, y á cada minuto que pasaba se la veia mas próxima á aquella caldera que en torno suyo hervia á borbotones. Sin entrar precisamente en el remolino, la *Niña* fué costeando por su orilla, y cinco minutos despues ya navegaba directamente hácia el Tajo, que se abria á su frente. Cargóse entonces la vela mayor, y los marineros siguieron avanzando sin temor, seguros de encontrar un puerto y en completa seguridad.

De este modo vino á terminarse la mas célebre hazaña maritima de que jamás hubo ejemplo en el mundo.

Es verdad que la carabela tuvo aun que dar un rodeo para venir á parar á Palos; pero era una distancia muy insignificante, y este viage no fué por lo tanto fecundo en incidentes. Colon habia llevado á cabo sus grandes designios, y su éxito no era ya para nadie un secreto. Su recibimiento en Portugal es bien conocido, así como las principales circunstancias que tuvieron lugar en Lisboa. Ancló en el Tajo el 4 de marzo, y abandonó aquel río el dia 13. El 14 por la mañana se hallaba la *Niña* á la altura del Cabo San Vicente, y entonces se hizo á la vela con direccion al Este, aprovechando una ligera brisa del Norte. El 13, al amanecer, pasó de nuevo la barra de Saltes, despues de una ausencia de solos 224 dias.

## CAPITULO XXVI.

A pesar de las nobles ideas y del profundo genio que fué necesario para concebir aquel viage, de la perseverancia y la decision indispensables para llevarlo á cabo, y de las magnificas consecuencias que se desprendian de su éxito, apenas conseguia llamar la atencion en medio de los notables acontecimientos y del refinado egoismo de aquel siglo hasta que fué conocido su resultado. El célebre edicto de ambos soberanos que tenia por objeto la espulsion de los judios habia sido firmado un mes antes del tratado concluido con Colon, y aquella espatriacion de una gran parte de la nacion española era por si sola un acontecimiento capaz de distraer la atencion de una empresa de éxito tan dudoso y sostenida por unos recursos tan insignificantes como los que se pusieron á disposicion del célebre navegante. Para fines del mes de julio se habia señalado el último plazo de la marcha de aquellos hombres perseguidos: así es que al mismo tiempo, y casi en el mismo dia en que Colon se dió á la vela en el puerto de Palos, aquel incidente, que bien pudiera llamarse una calamidad nacional, embargaba toda la atencion de aquel pueblo. La espulsion de aquellas gentes se asemejaba á la que sufrió la misma nacion en Egipto; todos los caminos principales se veian cubiertos de seres humanos, y habia familias que se ponian en camino sin saber á dónde dirigir sus pasos.

El rey y la reina dejaron á Granada por el mes de mayo, y despues de haber permanecido dos meses en Castilla, pasaron á Aragon á principios de agosto. Hallábase, pues, en aquel reino cuando la expedicion se hizo á la vela, permaneciendo allí hasta fin de la estacion, resolviendo importantes negocios y probablemente para evitar el espectáculo de la miseria á que habia dado lugar su edicto contra los judios, pues Castilla era la provincia en que residia mayor número de aquellos desgraciados. En octubre marcharon los soberanos á visitar la turbulenta Cataluña, habiendo pasado el invierno entero en Barcelona. Tristes acontecimientos ocuparon á Fernando é Isabel mientras permanecieron en aquella parte de su territorio. El 7 de diciembre llegó á cometerse un atentado en la misma persona de Fernando, habiendo sido herido gravemente en el cuello por un asesino. La vida del rey estuvo en peligro por espacio de muchas semanas, y durante todo este tiempo Isabel no se separó de la cabecera de su lecho, prodigándole cuantos cuidados eran propios de una muger tan afectá á su esposo, y sus pensamientos, dedicados todos al objeto de su cariño, se ocuparon bien poco del engrandecimiento de su reino. Hicieronse inmediatamente averiguaciones con objeto de indagar las razones que pudo haber tenido el criminal. En semejantes ocasiones es sabido que suele suponerse siempre una conspiracion, aunque la historia nos tiene demostrado que la mayor parte de los atentados de aquella especie son mas bien resultados del fanatismo individual que consecuencia de un plan combinado entre los descontentos.

Isabel, cuya bondad no podia menos de conmoverse al contemplar las miserias que su religiosidad habia hecho pesar sobre los judios, no tuvo al fin que deplorar una desgracia mucho mayor para ella: la pérdida de su

esposo, víctima de una muerte violenta. Fernando fué poco á poco restableciéndose. Todas aquellas circunstancias, unidas á los cuidados del Estado, habian hecho que Isabel se distrajerse del viage de Colon, mientras que Fernando tenia ya hecho desde largo tiempo en su interior el sacrificio del oro empleado en aquella expedicion, que miraba como perdido para siempre.

Entre tanto volvió á aparecer la embalsamada primavera del Sud, y la fértil provincia de Cataluña se cubrió por todas partes de un ameno y delicioso verdor hácia fines del mes de marzo. El rey habia ya vuelto á sus habituales ocupaciones, é Isabel, repuesta asimismo de sus temores conyugales, volvió á dedicarse á sus deberes y á sus obras de caridad. Fatigada del penoso esplendor de su posicion por efecto de los recientes acontecimientos, y suspirando por los afectos domésticos, aquella estimable dama habia vivido mas desde hacia algun tiempo, viéndose rodeada de sus hijos, y de sus amigos mas queridos, que jamás le habia sucedido, á pesar de su natural aficion á la vida retirada. Su mas antigua amiga, la marquesa de Moya, se hallaba, como era muy natural, siempre á su inmediacion, y Mercedes pasaba la mayor parte del tiempo, bien al lado de su real señora, ó bien al lado de sus hijos.

A fines de aquel mes celebróse cierta noche en la córte una reunion poco numerosa; mas Isabel, que se consideraba feliz por poder libertarse de asistir á semejantes ceremonias, se habia retirado á su cámara para disfrutar de la conversacion de aquel círculo que ella preferia. Era cerca de media noche: el rey trabajaba, segun su costumbre, en un gabinete inmediato. Ademas de los individuos de la real familia y de doña Beatriz con su encantadora pupila, se hallaban tambien entonces presentes el arzobispo de Granada, Luis de Santo Angel y Alonso de Quintanilla. Estos dos últimos habian sido citados por el prelado para discutir cierta discusion eclesiástica en presencia de su ilustre señora. Discutido ya este negocio, Isabel amenizaba la reunion con toda la amabilidad de una princesa y la gracia encantadora de una muger.

—¿Se sabe algo de esos desgraciados judíos, señor arzobispo? preguntó Isabel, cuyos humanos sentimientos no podian menos de echarle en cara la severidad de que habia usado dejándose llevar de la piadosa confianza en sus confesores. Nuestras oraciones habrán de alcanzarles, á no dudarlo, ya que nuestros deberes y nuestra politica han exigido su espulsion.

—Señora, repuso Fernando de Talavera, regularmente continuarán adorando á Mammon entre los moros y los turcos, asi como lo adoraban en España. El ánimo indulgente de V. A. no debe tomarse pena por la suerte de esos descendientes de los enemigos de Cristo y de sus verdugos. Si padecen, es con justicia, por el irreparable crimen que cometieron sus padres. Mas valdrá que nos informemos, mi venerada soberana, por medio de los señores Santo Angel y Quintanilla, que se hallan presentes, de la suerte que ha cabido á su favorito Colon el genovés, cuyo regreso aguardan, sin duda, en compañía del Gran-Khan, á quien deberán traer cautivo y sujeto por su larga barba.

—Nada hemos sabido de él desde su salida de Canarias, respetable prelado, respondió Santo Angel vivamente.

—¿De Canarias! ¿Se han recibido acaso noticias de aquella costa?

—Indirectamente, señora. Lo que es carta no ha llegado aun ninguna á España, al menos que yo sepa; mas en Portugal se ha dicho que el almirante habia tocado en Gomora y en la Gran Canaria, en cuyo punto parece que ha sufrido algunas contrariedades, volviendo á emprender su marcha muy en breve con direccion al Oeste; pero desde entonces acá nada se ha vuelto á decir ni de Colon ni de sus carabelas.

—Segun lo cual, señor arzobispo, añadió Quintanilla, debemos creer que nuestros viajeros no tienen ánimo de volverse atrás por simples bagatelas.

—Ese mismo es mi parecer, señores; cuando un aventurero genovés ha logrado obtener de SS. AA. un despacho de almirante, no debo correrle gran prisa el verse despojado de semejante dignidad, contestó el prelado sonriendo, sin demostrar el debido respeto á las gracias que su señora habia tenido á bien conceder á Colon. No es cosa que se ve todos los dias el que las personas prescinden y dejen á un lado su rango, autoridad, sus emolumentos, pudiendo buenamente conservarlos y vivir lejos de aquéllos á quienes tienen que agradecer tales favores.

—Sois muy injusto para con el genovés, señor prelado, y le juzgais con harta severidad, dijo la reina. A la verdad, no habia oido nada acerca de esas noticias de Canarias, y me he alegrado en extremo de saber que Colon haya llegado á tan larga distancia con seguridad. El invierno que acaba de pasar creo que ha sido en extremo tempestuoso, segun dicen los marinos, señor de Santo Angel.

—Tan borrascoso ha sido, señora, que he oido decir á algunos marinos, aquí mismo, en Barcelona, que no recuerdan haber visto otro semejante. Si Colon no lograra acaso salir airoso de su empresa, creo muy bien que esta sola circunstancia deberia servirle de disculpa, á pesar de que no dudo yo que él se halle ya á gran distancia de nuestras tempestades y de nuestras borrascas.

—Por supuesto, exclamó el arzobispo con aire de triunfo; y el mejor dia saldremos con que ha estado muy tranquilamente puesto al abrigo en cualquier rio del Africa, y nos veremos obligados, gracias á el tal Colon, á sostener no pocas cuestiones con don Juan de Portugal.

—Aquí viene el rey, y nos hará conocer su opinion, dijo Isabel. Mucho tiempo hace en verdad que no le he oido pronunciar el nombre de Colon.—¿Os habreis quizá olvidado, don Fernando, de nuestro almirante el genovés?

—Antes de preguntarme acerca de cosas tan antiguas, repuso el rey sonriendo, permitidme que me informe de otras que me tocan mas de cerca. ¿De cuándo acá V. A. tiene su córte, y recibe gente despues de media noche?

—¿Llamais á esto córte? Pues si aquí no hay mas que nuestros queridos hijos, Beatriz y su pupila, asi como el bueno del arzobispo, y dos leales servidores de V. A.

—Asi es verdad; pero os olvidais de los que aguardan vuestra audiencia en las antecámaras.

—¿Quién puede aguardar audiencia á una hora tan desusada? Os quereis chancar sin duda, señor.

—Entonces vuestro mismo page, Diego Ballesteros, se habrá equivocado. No queriendo molestar á vuestra sociedad privada á una hora semejante, ha venido á decirme que un hombre estraño por sus maneras y figura insistia en tener una entrevista con la reina, por mas chocante que pareciese esta hora. Son tan singulares los pormenores que me ha referido con respecto al tal hombre, que he dado orden para que le permitan entrar, y he venido con el objeto de presenciar la entrevista. El page me ha dicho que este estraño personaje no cesa de decir que todas las horas son iguales, y que tanto el día como la noche están hechos para nuestro uso.

—Querido Fernando, quizá se oculte la traicion en esta aventura.

—Nada temais, Isabel; los asesinos son cobardes y las leales espadas de estos gentiles-hombres son bastantes para tranquilizarnos. Oid, se oyen pasos, y debemos procurar aparecer tranquilos aun cuando algo tuviéramos que temer.

Abrióse la puerta, y fué introducido Sancho Mundo á la presencia de ambos soberanos. La estraña facha de aquel singular personaje no pudo menos de causar risa y sorpresa á un mismo tiempo, fijándose en él con admiracion todas las miradas, con tanto mas motivo, cuanto que se habia ataviado con varios adornos de las Indias imaginarias, entre los cuales se veian una ó dos meda-



llas de oro. Mercedes únicamente adivinó su profesión por sus maneras y por su traje; levantóse involuntariamente, golpeó con fuerza ambas manos una con otra, y dejó escapar á pesar suyo una leve exclamación. La reina, que advirtió aquella pantomima, se impuso en el acto mismo de toda la verdad.

—Yo soy la reina Isabel, dijo levantándose dispada ya toda idea de temor. ¿Tú eres sin duda un mensajero de Cristóbal Colon?

Sancho habia tenido que vencer mil obstáculos para lograr al fin ser admitido; pero una vez logrado su objeto, habia vuelto á recobrar su calma acostumbrada. Su primer cuidado fué hincar la rodilla, pues así se lo habia recomendado particularmente Colon. Como habia aprendido de los naturales de Haití y de Cuba á hacer uso de la yerba de aquellas islas, y como fué efectiva-

una sola mula digna de ser montada por un cristiano.

—¿Traes pliegos? Un hombre como tú no puede traer otra cosa.

—En cuanto á eso, se equivoca V. A. de medio á medio, aunque es bien cierto que no traigo conmigo ni la mitad de los doblones que tenia al ponerme en camino: ¡Diantre! si esos pícaros de posaderos me han tenido sin duda por algun gran señor, segun me han desollado.

—Dadle á este hombre algun dinero, don Alonso, pues es sin duda del número de los que gustan de ser recompensados antes de esplicarse.

Sancho se puso á contar tranquilamente las monedas de oro que le pusieron en la mano; y al reconocer que su número escedia á sus esperanzas, no tuvo ya obstáculo alguno para romper su silencio.

—¡Habla, pues, gran bellaco! exclamó el rey, y no te



El arzobispo.

mente el primer marino que mascó tabaco, esta costumbre habiase ya arrigado en él; así es que antes de colocarse en la humilde actitud que ya hemos dicho, y que era tan nueva para él, ó por mejor decir, antes de responder una sola palabra, creyó muy oportuno colocar entre sus labios una muestra de tan seductora planta. Por último, despues de haber arreglado sus vestidos, pues toda la ropa decente que tenia la llevaba encima, se preparó para contestar convenientemente.

—Señora... Excelencia... Alteza, respondió al fin balbuceando: cualquiera lo hubiera conocido al golpe. Yo soy Sancho Mundo de la Puerta del Astillero, uno de los mas fieles súbditos de V. A., natural y vecino de Moguer.

—¿Vienes de parte de Colon?

—Si, señora, y doy gracias á V. A. por haberme dirigido esa pregunta. Don Cristóbal me ha enviado atravesando todo el pais desde Lisboa, creyendo que esos asuntos portugueses desconfiarían menos de un simple marino como yo, que de uno de esos correos con botas de montar que estamos encontrando á cada momento. Es un camino bien pesado, y desde las caballerizas de Lisboa hasta el palacio de Barcelona no se encuentra ni

burlas de aquellos á quienes debes respeto y obediencia.

La vibrante voz de Fernando hizo sin duda mas efecto en los oidos de Sancho que la sonora y delicada de Isabel, si bien la hermosura y la gracia de la reina produjeron una viva impresion en su natural tosco y grosero.

—Si V. A. tuviese á bien decirme lo que desea saber, yo hablaria con el mayor gusto.

—¿Dónde se halla Colon? preguntó la reina.

—Hace poco se hallaba en Lisboa, señora, aunque será probable que ahora se halle en Palos de Moguer ó sus inmediaciones.

—¿Y dónde ha estado antes?

—En Cipango y en los dominios del Gran-Khan, á cuarenta jornadas de distancia de Gomera, pais delicioso y maravillosamente bueno.

—No creo que tengas el atrevimiento de burlarte de nosotros. ¿Podremos en suma dar crédito á cuanto estás diciendo?

—Si V. A. conociese á Sancho Mundo, estoy seguro que se desvanecerían todas las dudas con respecto á él. Repito, señora, tanto á vos, como á estos nobles caballeros y damas, que don Cristóbal Colon ha descubierto la otra parte de la tierra, la cual ya sabemos positiva-

mente que es redonda, puesto que hemos dado la vuelta á ella. Asimismo ha descubierto el almirante que la estrella polar hace su viaje por el cielo, como si fuera una comadre que ya por esos mundos contando sus chismes; y por último, ha tomado posesión de varias islas tan grandes como la España, en donde el oro brota de la tierra, y en las cuales nuestra santa Iglesia puede entretenerse en hacer cristianos por todos los siglos de los siglos.

—¡El pliego, Sancho, dame ese pliego! Estoy segura que Colón no te habrá encargado tan solo un mensaje verbal.

Púsose entonces Sancho á desenvolver una porción de cubiertas de tela y de papel antes de que llegase á dar con la carta de Colón; después, sin abandonar su posición, pues continuaba hincado de rodillas, se la presentó á la reina desde lejos, permitiendo que esta tuviese que adelantarse algunos pasos para tomarla. Las noticias que contenía eran tan extraordinarias é inesperadas, y la escena que estaba pasando tenía tal sello de originalidad, que cada cual guardó silencio y permaneció inmóvil, dejando á Isabel que obrase por sí sola conforme hasta entonces había llevado la palabra. Por lo que hace á Sancho, después que hubo desempeñado el encargo que le había sido confiado espresamente á causa de su facha y carácter, el cual parecía ser como una especie de salva-guardia contra una detención ó un robo, sentóse muy tranquilamente sobre sus talones, pues le había sido recomendado estrictamente que no se levantase sin que le otorgasen permiso para ello, y sacando del bolsillo las monedas que había recibido, principió á contarlas de nuevo. La reina, pues, absorbía hasta tal punto la atención general, que nadie absolutamente volvió á ocuparse del marino.

Isabel abrió la carta, devorándola con la vista mas bien que leyéndola: su contenido era extenso, según la costumbre de Colón, de modo que era preciso algun tiempo para enterarse de ella. Nadie, sin embargo, se movió de donde estaba: todas las miradas estaban fijadas en el espresivo rostro de la reina, en la cual se iban dejando ver sucesivamente la significativa animación del placer y de la sorpresa, de una alegría aun mayor todavía, de una admiración la mas profunda, y finalmente, de un santo arrobamiento. Apenas hubo terminado su lectura, Isabel alzó los ojos al cielo, juntó sus manos con el mas grande entusiasmo, y exclamó:

—A vos, Señor, y no á nosotros es debido todo el honor de tan maravilloso descubrimiento, todos los resultados de esta grandiosa prueba de vuestra bondad y de vuestro poder infinito.

Y dejándose caer sobre un sillón, prorrumpió en abundantes lágrimas.

En vista del ademán y de las palabras de su real consorte, Fernando no pudo menos de dejar escapar una ligera exclamación, y tomando en seguida de su mano la carta con el mayor tiento, púsose á leerla con gran cuidado y atención. Rara vez se vió al prudente rey de Aragón mas conmovido, á lo menos en la apariencia, que lo que demostró estarlo en aquella ocasión. La espresión primera de su rostro fué la de la sorpresa; el anhelo, por no decir el ansia, se dejó entrever en seguida; y terminada la lectura de la carta, su grave fisonomía apareció radiante de alegría.

—Luis de Santo Angel, exclamó, y vos, Alonso de Quintanilla, estas noticias os deben ser á vosotros tambien muy agradables, y aun vos mismo, venerable prelado, no podreis menos de regocijaros de tan gloriosas adquisiciones para la Iglesia, si bien es cierto que hasta el dia no ha sido el genovés vuestro favorito. Colón ha escedido vuestras esperanzas descubriendo las Indias y aumentando así nuestros dominios y nuestro poder de la manera mas sorprendente.

No se veía de ordinario á don Fernando tan animado, y él mismo estaba tan convencido de que su conducta sorprendia en extremo á cuantos le rodeaban, que di-

rigiéndose hácia la reina y tomándola de la mano la condujo á su gabinete. Al salir del salon hizo seña á los tres gentiles-hombres de que podian seguirle á aquella especie de consejo. Tan súbita resolución solo fué adoptada por el rey mas bien como una consecuencia de su prudencia habitual, que por motivo alguno determinado; si su ánimo se hallaba conmovido, como no lo tenía de costumbre, la prudencia formaba tambien la base de su religion, así como de su política.

Cuando los soberanos y sus tres cortesanos hubieron desaparecido, quedaron con las princesas la marquesa de Moya y Mercedes. Las hijas del rey se retiraron á poco á sus habitaciones, permaneciendo por lo tanto solas en el salon nuestra heroína, su-tutora y Sancho, este último todavia de rodillas y sin hacer apenas caso de cuanto le rodeaba; tan ocupado se hallaba de su propia situación y de sus motivos particulares de regocijo.

—Ya puedes levantarte, amigo mio, dijo doña Beatriz. SS. AA. han marchado ya.

Al oír esto, Sancho abandonó su humilde postura, limpióse las rodillas con su manga, y miró en torno suyo con la misma tranquilidad que habitualmente á bordo cuando contemplaba las estrellas.

—Segun lo que acabas de decir, y puesto que el almirante te ha enviado como portador de esos pliegos, ¿serias sin duda de la tripulación de Colón, buen amigo?

—Así podeis creerlo, señora, y he pasado casi todo mi tiempo dirigiendo el timón, no muy lejos del sitio favorito de don Cristóbal y del señor de Muñoz, cuyo sitio no abandonaban jamás mas que para dormir, y aun esto no siempre.

—¿Iba en vuestro buque un señor de Muñoz? repuso la marquesa haciendo seña á su pupila para que procurase contener su emoción.

—Sí, señora; uno iba, así como otro señor de Gutierrez y otro don qué se yo quien, y los tres juntos no ocupaban mas que lo que ocupa un marinero. Mas yo os suplico, amable y graciosa señora, que me digais si existe aquí doña Beatriz de Cabrera, marquesa de Moya, dama de la ilustre casa de Bobadilla, y que figura en la corte de nuestra bondadosa soberana.

—Soy yo, y tú traes sin duda un mensaje para mí de parte de ese señor Muñoz de que hablabas ahora poco.

—Ya no me admiro que haya grandes señores que posean hermosas damas, y pobres marineros que posean mugeres que nadie puede envidiarles. Apenas he abierto la boca, y ya me adivinan lo que iba á decir: ¡la inteligencia es lo que constituye á los hombres, los unos grandes y los otros pequeños! ¡Diablo! ¡El mismo don Cristóbal necesitará de todo su saber si llega á venir á Barcelona!

—Háblanos, pues, de ese Pedro Muñoz, puesto que tu mensaje es dirigido á mí.

—Entonces, señora, deberé hablaros de vuestro valiente sobrino el conde de Llera, que es conocido á bordo bajo otros dos nombres, de los cuales el uno es supuesto, mientras el otro es el mas engañoso.

—¿Pero se sabe al fin, quién es en realidad mi sobrino? ¿Son muchas las personas que están en este secreto?

—Sí, por cierto, señora. En primer lugar lo sabe él mismo, en segundo don Cristóbal, en tercero yo, en cuarto Martin Alonso Pinzon, si acaso se halla vivo en este momento, lo cual me parece algo problemático. Ademas, le conoce tambien V. S. y quizá quizá esta señorita tenga alguna sospecha acerca del particular.

—¡Basta ya! Veo que el secreto no se ha hecho público, si bien lo que no puedo comprender es cómo ha llegado hasta un hombre de tu clase. Háblame, pues, de mi sobrino. ¿Ha escrito tambien? Si es así, entrégame pronto la carta, que quiero leerla.

—Señora, mi partida ha sido tan precipitada, que don Luis no ha tenido tiempo de escribir. El almirante



ha confiado á los cuidados del conde á los príncipes y princesas que traemos de la isla Española, y le ocupan por consiguiente otras muchas ocasiones para que le quede tiempo siquiera de poner cuatro letras: si así no fuese, ¿cómo no había de haber escrito mas de cien hojas á una tia tan respetable?

—¡Príncipes y princesas! ¿Qué es lo que quereis decir, buen amigo, con esos términos tan elevados?

—Únicamente he querido decir que hemos traído varios de aquéllos personajes á España para que ofrezcan sus respetos á SS. AA. No creais que se trata de la morralla, señora, sino de los mas ilustres príncipes y de las mas bellas princesas del Este.

—¿Y quieres tú suponer que personas de semejante rango y categoría hayan venido con el almirante?

—Sin duda alguna, señora. Una de ellas es de tan rara belleza, que las damas mas hermosas de Castilla harán muy bien en no mirarla por temor de morirse de envidia; es amiga particular y favorita de don Luis.

—¿De quién estás tú hablando? preguntó doña Beatriz con voz alliva, que parecia exigir una pronta contestacion. ¿Cómo se llama esa princesa? ¿de dónde viene?

—Señora, su nombre es doña Ozema, de Haití; su hermano, don Matinao, es cacique ó rey de una parte de aquel pais, y la señora Ozema es su heredera ó su mas cercana parienta. Don Luis y éste vuestro humilde servidor estuvimos á visitar aquella corte.

—Ese cuento es sumamente inverosímil, hijo mio. ¿Hubiera acaso don Luis escogido á un hombre como tú por compañero en ocasion semejante?

—Pensad lo que gustéis, señora, pero todo ello es tan verdad, como esta es la corte de Fernando y de Isabel. Es preciso que sepais tambien, ilustre marquesa, que el jóven conde es muy inclinado á emprender expediciones con nosotros los marineros, y hubo cierta ocasion en otro tiempo en que un tal Sancho Mundo se halló con él en uno de sus viajes, y de allí viene nuestro conocimiento. Yo supe guardar el secreto del noble señor, y llegó á hacerse el amigo de Sancho. Cuando don Luis fué á visitar á don Matinao, el cacique, palabra que significa V. A. en la lengua del pais, fué preciso que Sancho le acompañase, y Sancho obedeció. En ocasion que el rey Caonabo descendió de sus montañas para robar á la princesa doña Ozema y casarse con ella, en lo cual no convenia de modo alguno la princesa, nada quedó por hacer de parte del conde de Llera y de su amigo Sancho de la Puerta del Astillero para batir á un ejército entero que vino en apoyo de aquel rey; le batieron, por fin, obteniendo una tan gran victoria, como jamás la consiguió contra los moros nuestro soberano y señor don Fernando.

—¿Y tú mismo fuiste, á lo que parece, el que robaste á esa princesa! Amigo Sancho de la Puerta del Astillero, (si esos son tus títulos) ¿sabes que ese cuento, aunque muy ingenioso carece absolutamente de verosimilitud? Si yo quisiese hacerte la debida justicia, buen Sancho, deberia mandarte dar una buena tunda, que la tienes bien merecida, con lo cual te recompensaria de tus chanzas y tus bromas.

—Este hombre dice, sin duda, lo que le han encargado que diga, observó Mercedes con voz apenas inteligible y poco firme; meo mucho señora que sea demasiado cierto cuanto ha referido.

—Nada debeis temer hermosa jóven, repuso Sancho dándole bien poco de las amenazas de la marquesa, puesto que ya se terminó aquel combate, en que conseguimos la victoria, y en que ambos héroes salieron ilesos. Esta ilustre señora, á la cual bien puede perdonársele todo, como á la tia del mejor amigo que he tenido sobre la tierra, siempre por supuesto, que no pase de palabras, recordará que los haitianos no conocen los arcabuces, con cuya ayuda hemos derrotado á Caonabo y que Luis ha deshecho mas de una columna de moros con el solo apoyo de su acreditada lanza.

—Así es muy cierto, contestó doña Beatriz, pero se hallaba á caballo cubierto de una buena coraza y armado de la célebre lanza que habia conseguido derribar á todo un Alonso de Ojéda.

—¿Pero es cierto que viene en tu compañía esa princesa de quien acabas de hablarme? preguntó vivamente Mercedes.

—Os lo juro, señora y señorita, ambas ilustres damas, os lo juro por el Santo Sacrificio de la Misa y por todos los santos del calendario. Una princesa que sobrepaja en hermosura á las mismas hijas de nuestra reina, si, como supongo, son esas jóvenes que acaban de salir de esta habitacion.

—Vete de aqui, bellaco, exclamó doña Beatriz llena de indignacion. Yo no quiero oír mas, y lo que únicamente me estraña es que mi sobrino se valga para sus mensajes de un hombre tan deslenguado como tú. Sal de aqui inmediatamente, y procura ser discreto al menos hasta mañana, pues yo te aseguro que todo el favor de tu almirante no ha de poner á salvo tus costillas.— Mercedes, vámonos á descansar, que ya es sumamente tarde.

Sancho permaneció solo por espacio de algunos minutos, al cabo de los cuales apareció un page que le indicó el lugar donde habia de pasar la noche. El antiguo marino no pudo menos de quejarse en su interior del áspero carácter de la tia de don Luis, y volvió á contar una vez mas su dinero: iba, pues, á meterse en la cama, cuando el mismo page vino á invitarle para una segunda entrevista. Sancho, para quien no habia casi diferencia entre el dia y la noche, no puso obstáculo alguno, y mucho menos cuando supo que era solicitada su presencia por la jóven señorita, cuya tierna y conmovida voz tanto le habia interesado durante el diálogo anterior. Mercedes recibió al toco marinerero en un gabinete de su habitacion, despues de haberse despedido de su tia por aquella noche. Su rostro respiraba animacion, sus ojos despedían un vivo resplandor: en una palabra, en el momento en que Sancho se presentó ante ella, el aspecto todo de la jóven castellana hubiera revelado á un hombre de mas trato y mas conocedor del corazon de las mugeres la profunda ansiedad de que se hallaba poseída en aquel instante.

—Acabas de hacer un largo y penoso viage, Sancho, dijo nuestra heroína apenas se vió sola con el marino, y me atreveria á suplicarte por lo tanto que tomes este bolsillo como una débil prueba del interés con que he sabido las grandes noticias de que eres portador.

—Señorita, exclamó Sancho afectando una notable indiferencia hacia los doblones que acababan de caer en sus manos, yo confío en que no me tendreis por un hombre interesado. El honor de ser el mensajero de don Cristóbal y el de ser admitido á conversar con tan ilustres damas, es la mayor recompensa de mis servicios.

—Pero el dinero puede hacerte falta para tus necesidades particulares, y no rehusarás por cierto el que te ofrece una dama.

—¡Oh! siendo así lo acepto, señorita, y lo aceptaria aunque fuese doble.

Y Sancho, con aquella resignacion que le era propia, reunió aquellas monedas con las que habia recibido por orden de la reina.

Hallábase Mercedes en la penosa situacion de aquellos que confían demasiado en sus propias fuerzas, y en el momento critico en que ya estaba á punto de ver sus dudas satisfechas, titubeaba en dar un solo paso que la condujese á conseguir su objeto.

—Sancho, dijo ella por fin, tú has hecho con el señor Colon ese grande y extraordinario viage, y habrás visto sin duda muchas cosas que las gentes que, como nosotros, jamás han salido de España, deben tener gran curiosidad de oír referir. Todo cuanto has contado respecto á esos príncipes y princesas, ¿es positivo?

—Tan positivo, señorita, como debe serlo una histo-

ria. ¡Diantre! Cuantos se han hallado en una batalla ó han sido testigos de alguna notable aventura, y despues han tenido ocasion de oír la relacion de aquel hecho, conocen fácilmente la diferencia que existe entre el hecho mismo y su relato. Por consiguiente, como yo me hallaba...

—Dejemos á un lado las nuevas aventuras, buen Sancho; háblame solo de la misma que ya has referido. ¿Existe efectivamente un príncipe Mattinao y una princesa Ozema, su hermana? ¿Y es cierto que ambos han acompañado á España al almirante?

—Yo no he dicho semejante cosa, hermosa señorita. don Mattinao se ha quedado en su país gobernando á su pueblo; solo su encantadora hermana es la que ha seguido al almirante y á don Luis á Palos.

—Seguido decís! Pues qué; el almirante y el conde de Llera tienen acaso tanta influencia en el ánimo de las princesas reales que pueden obligarlas á abandonar su país natal y á seguirles á una tierra estrangera!

—¡Oh! señorita, esto podrá acaso pareceros contrario á las costumbres de Castilla, de Portugal, y quizá de la Francia; pero habeis de haceros cargo de que Haití no es todavía un país cristiano, y que allí una princesa puede no ser más que lo que es una noble dama de Castilla, y aun algo menos, si hemos de juzgar por sus atavíos. Mas al fin una princesa es siempre una princesa, y una bella princesa no podrá nunca dejar de ser una bella princesa. Doña Ozema es, pues, una encantadora criatura, y ya principia á hablar el castellano tan bien como si se hubiera educado en Toledo ó Burgos. Pero don Luis hace un soberbio maestro, y no hay duda que él hubiera conseguido hacerla progresar notablemente en todo el tiempo que ha vivido en su palacio casi á solas con ella, por decirlo así, si ese maldito de Caonabo no hubiera venido con todo su ejército con ánimo de robarla.

—¿Y la dama de quien habláis será á no dudarlo alguna princesa cristiana, Sancho?

—¡Bendiga el cielo, señorita, vuestra alma inocente y pura! Mas lo que es por esa parte no tiene de qué alabarse, aunque en cierto modo no le anda muy lejos, porque yo he visto que ahora suele llevar una cruz, una cruz muy pequenita por cierto, pero de gran valor, como es muy natural, habiendo sido regalo de un rico señor que es nada menos que el conde de Llera.

—¿Una cruz dices, Sancho? interrumpió Mercedes sin poder apenas respirar, pero sobreponiéndose á sí misma lo bastante para ocultar su emocion á los ojos del antiguo marino. ¿Don Luis ha conseguido también que ella aceptase una cruz?

—Sí, señora, una cruz adornada de piedras preciosas que hasta entonces habia él siempre llevado pendiente del cuello?

—¿Has visto tú las piedras? ¿Serán acaso turquesas engarzadas en oro finísimo?

—En cuanto al oro, podré contestaros afirmativamente, si bien por lo que hace á las piedras preciosas no soy gran conocedor de ellas: mas lo único que podré deciros es que el cielo de Haití no tiene un azul mas hermoso que las piedras de que me habláis: doña Ozema las llama Mercedes, lo cual quiere decir que ella espera que los beneficios de la redencion vengan á iluminar su alma.

—¿Y ha sido tan escaso el respeto que se ha tributado á esa cruz para que haya venido á ser el objeto de las conversaciones, hasta entre las personas de tu clase?

—Oídme, señorita; á bordo de una carabela, cuando la mar se halla agitada, suele hacerse mas caso de un hombre como yo del que parece que se hace aquí, en Barcelona, estando en tierra firme. Nosotros hemos ido á Cipango á mostrar la verdadera cruz y á hacer cristianos; por consiguiente, sostenemos siempre nuestro papel. Por lo que hace á doña Ozema, ha demostrado hácia mí mucha mas deferencia que hácia muchos otros; es verdad también que he contribuido á arrancarla de las garras de Caonabo: he aquí, pues, la razon de por

qué me ha enseñado ella aquella cruz el mismo día que anclamos en el Tajo, en el mismo momento en que el almirante me acababa de entregar los pliegos para SS. AA.; y por cierto que á la sazón la estaba besando, y la apretaba contra su corazón diciendo que era Mercedes.

—Todo esto es muy raro, Sancho. Y decidme, ¿esa princesa tendrá un sequito correspondiente á su condicion y á su dignidad?

—Vos os olvidáis, señorita, que la Niña es un buque muy pequeño, como se deduce de su nombre, y que no habria sitio en una embarcacion por el estilo para colocar una comitiva de damas y caballeros: don Cristobal y don Luis son muy apuestos caballeros para poder desempeñar iguales funciones cerca de todas las princesas del mundo. En cuanto á lo demas doña Ozema se aguardará hasta que nuestra bondadosa gobernadora le mande arreglar una habitacion como corresponde á su clase; y por lo que hace á trages, las damas de Haití visten mucho mas sencillamente que nuestras nobles de España, pues la mayor parte de ellas están convencidas de que el ir vestidas no es de una absoluta necesidad en un clima tan agradable y benigno como aquel.

Mercedes parecia haberse ofendido y no dar crédito á todo aquello, pero hasta tal punto se habia escitado su interés y su curiosidad, que le faltó el valor para pedir al marino sin hacerle antes algunas nuevas preguntas.

—¿Y don Luis de Bobadilla ha permanecido siempre al lado del almirante, dijo ella, dispuesto á todas horas á defenderle y siendo el primero en el momento del peligro?

—Señorita, estais trazando el retrato del conde como si hubiéseis estado á su lado desde el primer día hasta el último. Si le hubiérais visto acuchillar el ejército de Caonabo é imponer respeto á su gente, mientras que doña Ozema estaba á su inmediacion oculta tras de las rocas, estoy seguro que no hubiérais podido contener de puro gozo vuestras lágrimas.

—¿Doña Ozema estaba á su lado! ¡ocultá tras de las rocas! ¿Y él logró contener á los que trataban de arrebatarla?

—Sí, señora; parecis un libro enteramente; sucedió todo así como lo decís, excepto el que doña Ozema no pudo permanecer oculta detrás de las peñas, y cuando los salvajes dispararon un nublado de flechas, se lanzo ella á colocarse delante del conde, obligando de este modo á los enemigos á retirarse, pues no querian asesinar á aquella de quien trataban de apoderarse. Así fué como ella consiguió salvar la vida á su caballero.

—¡Ha salvado su vida! ¡la vida de Luis! ¡de don Luis de Bobadilla! ¡ella! ¡una princesa india!

—Lo mismo que lo estais diciendo: mil veces, despues de pasado ese día, el jóven conde me ha referido que menudeaban de tal modo las flechas, que á no haber tenido aquella valiente resolucion doña Ozema, hubiera tenido que manchar su honor con una retirada, ó en otro caso habria perecido. Es una extraordinaria criatura, y estoy seguro que la queirreis como á una hermana apenas la veais y la conozcais.

—Sancho, dijo nuestra heroína cubierta de rubor, nas dicho antes que el conde de Llera te habia encargado que hablases de él á su tia. ¿No te ha hecho ese mismo encargo con respecto á otra persona?

—No, señorita.

—¿Estás bien seguro de ello, Sancho? Miralo bien. No te ha citado algun otro nombre?

—No, señora; puedo juraros que no. Yo no sé si fué él, ó el viejo Diego el timonero, quien me ha hablado de una cierta Clara que tiene aquí en Barcelona una posada muy celebrada por su exquisito vino; pero se me figura que fué Diego y no el conde el que me lo dijo, puesto que el primero se ocupa mas de semejantes cosas, y el otro nada tiene que ver con Clara.

—Puedes retirarte, Sancho, dijo Mercedes con voz



apagada. Mañana por la mañana tendré mas que decirte.

No le pesó á Sancho que terminase ya la conversacion, y se dirigió alegremente á su lecho, sin tener la mas minima idea del mal que habia causado con aquella mezcla de verdad y de exageracion que resaltaba en toda su relacion.

#### CAPITULO XXVII.

La noticia del regreso de Colon y de sus importantes descubrimientos se extendió por toda Europa con la rapidez del relámpago, y bien pronto fué tenida como uno de los acontecimientos mas célebres de aquel siglo. Por espacio de muchos años, y hasta el descubrimiento del Océano Pacifico por Balboa, se estuvo en la inteligencia de que el almirante habia llegado á las Indias por el Oeste, y por consiguiente que estaba resuelto de hecho el problema relativo á la forma de la tierra. Los incidentes del viage, las maravillas que le acompañaron, la fertilidad del suelo, lo agradable del clima, las riquezas que encerraban aquellas comarcas en oro, en especias y en perlas; en fin, las infinitas curiosidades que el almirante trajo consigo, como otras tantas pruebas de su completo éxito, eran á la sazón el objeto de todas las conversaciones, y se suscitaban continuas discusiones que nunca tenian fin. Los moros acababan de ser arrojados de la Peninsula tras de luengos años de una encarnizada lucha, pero aquel acontecimiento tan vivamente deseado, habia pasado completamente desapercibido con la inesperada novedad del descubrimiento de un mundo occidental. En una palabra, las almas piadosas se representaban con el mayor júbilo una nueva propagacion del Evangelio; los avaros veian en sus sueños grandes montones de oro; los políticos calculaban el acrecimiento del poder de la España; los sabios sentian el mayor placer al presenciar el triunfo del saber humano sobre las preocupaciones y la ignorancia, triunfo que debia conducirlos á conocimientos mas estensos y profundos todavía; por último, aunque comidos de la envidia, los enemigos de España no podian menos de hallarse sorprendidos y llenos de respeto.

Los primeros dias que trascurrieron despues de la llegada del correo de Colon, fueron muy animados por el júbilo y la curiosidad. En la contestacion que se dió al almirante, se le hacian las mas vivas instancias para que fuese á la corte sin pérdida de momento, al mismo tiempo que se le hacia solemne promesa de los mas elevados honores. Su nombre se oia repetir por todas partes, su gloria llenaba el corazon de todos los buenos españoles. Diéronse órdenes para emprender los preparativos de un nuevo viage, pues nadie hablaba mas que de descubrimientos, ya que el que acababa de tener lugar habia forzosamente de servir de base para otros. Así trascurrió un mes, al cabo del cual el almirante llegó á Barcelona acompañado de la mayor parte de los indios que habia traído consigo, rindiéndosele á su entrada los mayores homenajes. Los soberanos le recibieron sentados en su trono, en audiencia pública, se levantaron cuando se aproximó á ellos, é insistieron en que tomase asiento en su presencia, distincion acordada únicamente á los principes de la sangre. El almirante hizo entonces el relato de su viage, enseñó las curiosidades que habia traído, y se extendió sobre las grandes esperanzas que ofrecia el porvenir. Cuando hubo terminado su relacion, todos se hincaron de rodillas, los cantores ordinarios de la corte entonaron un *Te Deum*, y el mismo Fernando, á pesar de su carácter impassible, no pudo menos de derramar lágrimas de gozo y de agradecimiento al contemplar la magnificencia de aquel inesperado presente del cielo.

Colon continuó por largo tiempo siendo el objeto de todas las miradas, y no cesó de recibir honores y muestras de consideracion hasta tanto que hubo abandonado la corte para tomar el mando de la segunda espedicion, como se llamó entonces á aquel viage.

Algunos dias antes de la llegada del almirante á la corte, don Luis de Bobadilla apareció de repente en Barcelona. En tiempos ordinarios, la ausencia y el regreso de un jóven señor de su clase y de su carácter, hubiera suministrado á los cortesanos un motivo de conversacion inagotable; mas á la sazón nadie se ocupaba sino del gran viage, lo cual le puso al abrigo de las habladurias de costumbre. No obstante, su presencia no podia menos de hacerse notable; decianse las gentes al oido, con burlona sonrisa y encogiéndose de hombros, que acababa de venir á bordo de una carabela procedente del Levante, y una de las chanzas del dia que tenian mejor acogida era el decirse en voz baja, que el jóven conde de Llera habia hecho tambien un viage al Este. De todo esto se le daba bien poco á nuestro héroe, y viósele bien pronto vo'ver á adoptar su género de vida acostumbrado cuando se hallaba en la corte. El dia en que Colon fué recibido en audiencia pública, hallábase presente don Luis ataviado con sus mejores vestidos, y ningun grande de España hizo mas honor á su nombre y á su alcurnia, por la nobleza de su apostura y su airosa presencia, que el jóven conde de Llera. Durante la ceremonia, Isabel le miraba con semblante risuño; pero los atentos observadores, á quienes se debe esta noticia, no pudieron menos de menear la cabeza al reparar en el aspecto de gravedad tan extraordinario que presentaba la favorita de la reina en una ocasion de tanto regocijo, y todos convenian en atribuirlo á las innobles aficiones de su sobrino.

Nadie miraba á Luis aquel dia con mas placer que Sancho, que se habia quedado en Barcelona á disfrutar de los honores que se hacian á su jefe, y á quien, en consideracion á sus servicios, se habia concedido un puesto entre los cortesanos. El uso que él continuaba haciendo de la nueva yerba llamada tabaco, causó una extraordinaria sorpresa, y unas quince ó veinte personas que quisieron imitarle solo consiguieron emborracharse y tener náuseas. Una de sus mas célebres aventuras pintada perfectamente la preocupacion de aquella época, y vamos á referirla detenidamente.

Habia ya terminado la ceremonia de la recepcion, y Sancho se retiraba con toda la multitud, cuando fué detenido por un hombre de unos cuarenta años, bien vestido y de agradables maneras, el cual le suplicó si tenia á bien honrar con su presencia un pequeño banquete, pues eran muchos los que se dispusieron para obsequiar á Colon y á sus amigos. Sancho, para quien recibir muestras de distincion era una cosa enteramente nueva, no se hizo mucho de rogar, y fué conducido á una habitacion del palacio, en donde halló unos veinte jóvenes señores que se habian reunido con objeto de tributarle aquel homenaje, pues ya podia llamarse feliz aquel dia en Barcelona el que lograba hacer aceptar sus ofrecimientos al mas insignificante compañero de Colon. En el momento en que llegaron fueron rodeados de todos aquellos jóvenes que prodigaron á Sancho las mayores muestras de consideracion, y dirigieron al mismo tiempo mas de una docena de preguntas á su introductor, á quien llamaban unas veces señor Pedro, otras señor Mártir, y otras señor Pedro Mártir.

Escusado parecerá decir que aquel era el historiador conocido en nuestro tiempo bajo el nombre de Pedro Mártir, italiano, á cuyo cargo habia puesto Isabel la instruccion de la mayor parte de los jóvenes señores de su corte. Solo por satisfacer la curiosidad de estos se habia dispuesto aquel banquete, y Sancho habia sido convidado con arreglo á aquella máxima de que cuando no puede obtenerse lo mejor, lo mas privilegiado, es preciso contentarse con lo de menos buena calidad.

—Dadme el parahien, señores, dijo Pedro Mártir apenas le fué posible explicarse, pues el resultado de mi espedicion ha escedido mis esperanzas. El genovés y sus principales compañeros están hoy comprometidos á pasar el dia con la gente mas principal é ilustre de la corte; pero aqui teneis un dignísimo piloto, que, á no dudar, lo

debía ocupar el segundo lugar á bordo de alguna de las carabelas, el cual ha consentido en hacernos el honor de participar de nuestro banquete. Mi invitación ha sido preferida á otras muchas, pero ni siquiera he tenido tiempo todavía para preguntarle su nombre; voy, pues, á suplicarle que tenga la bondad de decirnoslo.

Sancho estaba de bastante presencia de espíritu, y tenía demasiado buen sentido para ser jamás, de propio intento, grosero y vulgar, ó por mejor decir, para tener maneras chocantes; mas á pesar de esto, mis lectores me dispensarán sin duda que les diga que el muy digno timonero no había nacido para ser un académico, y que sus conocimientos filosóficos eran bien poco profundos. Tomó, sin embargo, un aire de dignidad que le convenía perfectamente, y como las infinitas preguntas á que estaba contestando hacia un mes le habían dado cierta soltura y experiencia, se dispuso á hacer honor á los conocimientos de un hombre que había estado en las Indias.

—Señores, dijo, me llaman Sancho Mundo, muy servidor vuestro; otras veces Sancho de la Puerta del Astillero; pero yo preferiría que en la actualidad se me llamase Sancho de las Indias, á no ser que S. E. el señor don Cristóbal le conviniere adoptar aquel sobrenombre, al cual tiene sin duda alguna mas fundados derechos que no yo.

Varias voces se alzaron á un tiempo para protestar que los derechos que él mismo había adquirido eran sumamente recomendables, y en seguida le fueron presentados á Sancho varios jóvenes de las primeras familias de España, pues si bien los españoles no tienen igual manía que los americanos para este género de atención, el espíritu de la época había podido mas que su reserva habitual. Despues de aquella ceremonia, y cuando los Mendozas, los Guzmanes, los La Cerdas, y los Toledos, que componian aquella reunion, hubieron tenido el alto honor de darse á conocer á un simple marinero, pasaron á la sala del banquete, en donde había una mesa cubierta capaz de dar nombre por sí sola á los cocineros de Barcelona. Durante la comida, la curiosidad de los jóvenes pudo mas que su conocimiento y tacto del mundo; pero sus repetidas preguntas no lograron hacer mella alguna en Sancho; tan embobado se hallaba con el asunto que traía entre manos en aquel momento, asunto que le inspiraba una especie de religiosa veneracion. Viéndose, por último, más ostigado que nunca por las continuas interrupciones, exclamó con solemne tono, colocando su cuchillo y tenero sobre un plato.

—Señores, yo considero la comida como un don que Dios hizo al hombre, y pareceme que es una irreverencia el hablar con tanto esceso, cuando los alimentos que vemos sobre la mesa nos convidan á rendir el homenaje debido á nuestro gran proveedor. Sé positivamente que don Cristóbal piensa del mismo modo, y todos los que se hallan bajo sus órdenes imitan la conducta de su querido y respetado gefe. Así que yo me hallé dispuesto á seguir nuestra conversacion, señores hidalgos, os prometo contestaros á cuanto os plazca, y entonces ya puede Dios compadecerse de los ignorantes y limitados de espíritu.

Hecha esta advertencia, nadie volvió á desplegar sus labios hasta que Sancho hubo saciado bien su apetito, de lo cual dió él mismo aviso por medio de las siguientes palabras, y despues de haber retirado su silla á algunas pulgadas de la mesa.

—Yo no abrigo pretensiones de saber mucho, señor Pedro Mártir, pero no puedo menos de decir que lo que yo he visto, lo he visto, y lo que un marino sabe, lo sabe con la misma perfeccion que un doctor de Salamanca. Principiad á preguntarme, en el nombre del cielo, y yo os contestaré tan bien como puede hacerlo un hombre pobre, pero honrado.

El entendido Pedro Mártir se hallaba muy dispuesto á aprovecharse de tan buena voluntad, pues en aquellos momentos, todos procuraban con grande afan adquirir noticias de primera mano, como solia decirse. Dió princi-

pio, pues, á su interrogatorio tan sencilla y directamente como había sido invitado:

—Y bien, señor, nosotros aspiramos á instruirnos por todos los medios posibles. Decidnos ahora por el pronto, si gustais, ¿cuál de las maravillas que habeis visto durante vuestro viage os ha causado mayor impresion y os ha chocado como mas digna de hacerse notar?

—Nada he visto que pueda compararse á los caprichos de la estrella polar, repuso Sancho sin detenerse. Nosotros los marinos siempre hemos tendido á esta estrella por tan fija como la catedral de Sevilla; pero en el trascurso de este viage se la ha visto cambiar de sitio con tanta inconstancia como el viento.

—Eso es á la verdad maravilloso, exclamó Pedro Mártir, que no sabía á punto fijo qué pensar de semejante novedad. ¿Pero no habrá podido haber en ello alguna mala inteligencia, señor Sancho? Quizá no seais muy práctico en la observacion de los astros.

—Preguntádselo á don Cristóbal, con quien hice conversacion acerca del particular, cuando aquel *fernomeno* (como el decia), se observó por la primera vez, y de ello vinimos á deducir que nada hay estable en este mundo, por mas que lo parezca. No lo dudeis, señor don Pedro: la estrella polar da vueltas como una veleta.

—He de hacer algunas preguntas al almirante respecto á ese punto. Pero, prescindiendo de los movimientos de la estrella polar, ¿qué hecho habeis observado mas digno de notarse, señor Sancho?—Yo me refiero á la marcha ordinaria de las cosas; dejemos aparte la ciencia para abordarla en distinta ocasion.

Era aquella una pregunta demasiado grave para poder contestarla de ligero, y mientras Sancho estaba reflexionando, abrióse la puerta y se presentó Luis de Bobadilla con su gracioso ademan y su magnifico vestido. Una docena de voces pronunciaron su nombre, y Pedro Mártir se levantó para recibirle amistosamente; pero al mismo tiempo con un aire como de reconvenccion.

—Os he suplicado que me hicierais el honor de venir á verme, señor conde, á pesar de que hace ya algun tiempo que habeis abandonado mis lecciones y mis consejos, porque he creído que un joven que tanto gusta de viajar se alegraría y tendría una satisfaccion en imponerse en las maravillas de una expedicion tan gloriosa como la de Colon. Este digno marino, este piloto, en quien el almirante tiene puesta toda su confianza, ha tenido la condescendencia de acceder á la invitacion que le hemos hecho de participar de nuestra pobre mesa, é iba en este momento á dar principio á la relacion de un sin número de hechos é incidentes interesantes que han tenido lugar durante tan célebre viage.—Señor Sancho Mundo, aquí teneis á don Luis de Bobadilla, conde de Llera, grande de España de primera clase, sugeto á quien el mar no es desconocido, pues tiene ya hechos diferentes viages marítimos.

—Es inútil que me lo digais, señor Pedro, repuso Sancho devolviendo con equivoco respeto el saludo lleno de gracia que le había dirigido don Luis; lo he reconocido á la primera ojeada. S. E. ha estado en el Oriente lo mismo que don Cristóbal y yo, solo que hemos llegado allá por diferentes caminos y ninguno de nosotros ha llegado hasta el mismo Cathay. Vuestro conocimiento es un honor para mí, don Luis, y yo me atrevo á asegurar que el noble almirante ha de poner tan en moda los viages marítimos como no lo han estado hace muchos años. Si llegais acaso á pasar alguna vez por las cercanias de Moguer, espero confiadamente que no deis un paso mas sin acercaros á la puerta de Sancho Mundo á informaros si este se halla á la sazón en su casa.

—Os lo prometo con todo mi corazon, aunque paralelo tuviese que ir hasta la Puerta del Astillero, contestó Luis sonriendo.

Y tomando asiento, añadió:

—No quisiera haber venido á interrumpir vuestra conversacion, señor Pedro, que creo por cierto que era sumamente interesante en el momento de mi entrada.



—He reflexionado, señor Pedro, acerca de la pregunta que me habéis dirigido. dijo entonces Sancho, y el hecho que yo creo mas curioso, despues de los caprichos de la estrella polar, es que no hay doblones en Cipango. El caso es que el oro es allí muy abundante, y por lo mismo me parece una cosa estraña que un pueblo tenga tanto oro á su disposición sin que piense en la ceremonia de convertirlo en doblones ó en cualquiera otra moneda por el estilo.

Pedro Mártir y sus discípulos no pudieron menos de aplaudir semejante ocurrencia, y en seguida se pasó á otro punto diferente.

—Dejemos á un lado está cuestion, que pertenece mas bien á la política de los estados que á la clase de fenómenos naturales, dijo Pedro Mártir. ¿Qué es lo que mas ha llamado vuestra atención en lo concerniente á la naturaleza humana?

—Con respecto á eso, señor, yo creo que la isla de las mugeres puede citarse como el mas extraordinario de cuantos *ferómenos* hemos visto. Yo bien sabia que las mugeres solian encerrarse en los conventos, asi como los hombres; pero jamás habia oido decir antes de mi viaje que tanto unos como otras se encerrasen en islas.

—¿Podrá ser eso cierto, señor? exclamaron una porción de los circunstantes. ¿Es positivo que habéis visto una isla de esa especie?

—La he visto á cierta distancia, señores, y me he considerado muy dichoso en no acercarme mucho, porque yo tengo para mí que para comadres bastantes hay en Moguer, para ir á añadir ademas una isla llena de ellas. ¿Pues y el pan que brota de un árbol como si fuera una fruta? ¿Qué os pareció, don Luis? ¿No es verdad que tiene un gusto muy sabroso?

—Me dirigis, señor Sancho, una preguntá á la cual podreis responder mejor que yo. ¿Qué puedo yo saber de las maravillas de Cipango, cuando Candia está enteramente á la parte opuesta?

—Teneis razon, ilustré conde, y os pido por ello mil perdones. El deber del que ha visto algo es referirlo, asi como el del que no lo ha visto es creerlo; con que quiere decir que cada uno de nosotros hará su deber.

—Y esos salvages comen alguna otra cosa que sea tan notable como su pan? preguntó un La Cerda.

—Si por cierto, noble señor; se comen tambien unos á otros. Es verdad que ni don Cristóbal ni yo hemos sido nunca convidados á un banquete por ese estilo; pues es de suponer que ellos debian figurarse que semejante comida no seria de nuestro gusto. Pero hemos adquirido muchas noticias acerca del particular, y segun los cálculos mas aproximados que yo he formado, es de creer que el consumo de hombres en la isla de Bohia debé ser sobre poco mas ó ménos al que se hace de bueyes en nuestro pais.

Al escuchar estas palabras prorumpieron casi todos en exclamaciones de horror, y Pedro Mártir meneó la cabeza como quien duda de la exactitud de aquella historia; mas como él nunca habia esperado encontrar un sabio ó un filósofo en un hombre de la clase de Sancho, no por eso abandonó la conversacion.

—¿Sabeis algunos pormenores respectó de esas aves tan raras que el almirante ha presentado hoy á sus Altezas?

—Si señor, y en particular de los papagayos. Estos pájaros tienen una grande inteligencia, y no dudo absolutamente que serian capaces de responder muy satisfactoriamente á muchas de las preguntas que se me han hecho en Parcelona.

—Observo que gastáis muy buen humor, señor Sancho, y por cierto que no me disgustan vuestros chistes. dijo el sabio sonriendo. Déjaos llevar de vuestra imaginacion, y al ménos divertidnos, ya que no nos instruís.

—San Pedro sabe bien que yo haré cuanto bay que hacer en el mundo por servirlos; pero es tal el cariño que profeso á la verdad, que dudo mucho si sabré adornar y

componer una historia cualquiera. Lo que veo, aquello es lo que creo; y habiendo estado en las Indias, no era posible que yo hubiera cerrado los ojos ante todas aquellas maravillas. Por ejemplo, nosotros hemos atravesado un mar cubierto de yerba, milagro que no suele verse todos los dias, pues aun estoy creyendo que todos los diablos se reunieron para apilarlas con objeto de impedir que llevásemos la cruz á los pobres infieles que viven al otro lado del mar; y si al fin conseguimos cruzar aquella parte del Océano, mas debémos agradecerlo á nuestras oraciones que á nuestras velas.

Los jóvenes dirigieron una mirada á Pedro Mártir para inquirir qué era lo que pensaba de aquella teoria, pero aquel sabio, si bien tenia una tintura de la supersticion de su siglo, tampoco se hallaba dispuesto á creer cuanto á Sancho le diese la gana de afirmar, por mas que acabase de hacer un viaje á las Indias.

—Siendo así, señores, que demostrais tanta curiosidad con respecto al viaje de Colon, ahora almirante de las Indias, segun el despacho que le han espedido SS. AA., voy en parte á satisfaceros, refiriéndoos cuanto ha llegado á mi noticia, dijo don Luis con tranquilo y digno tono. Ya sabeis que yo veia muy frecuentemente á don Cristóbal antes de su partida, y que contribuí en cuanto estubo de mi mano para hacerle yo volver á Santa Fé, cuando se creia generalmente que habia ya marchado para siempre. Nuestra intimidacion se ha renovado desde la llegada del célebre navegante genovés á Barcelona, y nos hemos pasado ambos una buena parte de tiempo juntos discurrendo acerca de todos aquellos sucesos de su viaje. Me hallo, pues dispuesto á referiros cuantas noticias he adquirido de ese modo, si es que vosotros os encontráis dispuestos á escucharme.

Habiéndole hecho presente todos los circunstantes el ansia que tenian de oírle, dió principio á su relato del viaje, y fué poniendo de manifiesto á sus oyentes las circunstancias mas á propósito para interesarles. Los fué conduciendo de isla en isla, indicándoles sus producciones, verdaderas ó imaginarias. Una gran parte de su relacion, que duró cerca de una hora, tenia por base las equivocaciones originadas á causa de que tanto el almirante como él no comprendian bien las señas ni el idioma de los indios; él se espresó ademas con claridad, en términos elegantes, si no elocuentes, y con un aire de franqueza que no pudo menos de producir el mejor efecto. En una palabra, nuestro héroe hizo pasar el resultado de sus propias observaciones, como si fuera el producto de las noticias del almirante, y mas de una vez sus descripciones, llenas de verdad y de vida, fueron interrumpidas por las exclamaciones de admiracion y de júbilo de cuantos le escuchaban. El mismo Sancho le oia con evidente satisfaccion, y cuando Luis hubo cesado de hablar, se levantó exclamando:

—Y podeis creer todo cuanto acaba de decir don Luis, señores, como si fuera el mismo Evangelio. Aunque esté noble señor hubiera visto con sus propios ojos lo que nos ha referido, no hubiera podido ser mas veridico. Yo me considero muy feliz por haberle escuchado referir toda la historia del viaje, pues está será en adelante la mia, palabra por palabra. ¡Y olvidemé mi santo patron, si yo refiero otra distinta á las comadres de Moguer cuando me halle de vuelta en esa dichosa ciudad, donde yo he pasado mi infancia!

Uno de los efectos que produjo la relacion de Luis fué rebajar considerablemente la importancia que Sancho habia adquirido. Pedro Mártir declaró que la manera con que el jóven señor habia dado cuenta del viaje hubiera hecho honor á un sabio que hubiera tomado parte en la expedicion. Dirigieronse algunas preguntas al antiguo marino con objeto de ver si convenia con todos los pormenores que acababan de escuchar, pero solo obtuvieron enérgicas protestas que atestiguaron la exactitud del relato.

No es fácil formarse una idea de la reputacion que valió al conde aquella simple supercheria. Hallarse en

disposicion de repetir con tanta precision y produciendo tanto efecto una relacion que se suponía haber salido de los labios de Colon, era un verdadero titulo de gloria. Pedro Mártir, que gozaba de una reputacion de elocuente justamente adquirida, hacia por todas partes los mayores elogios de nuestro héroe, y sus jóvenes discípulos seguían su ejemplo con todo aquel afán de imitar tan propio de la juventud. Tal era el poder de la fama que había conquistado el genovés, que se reflejaba en parte en cualquiera que era tenido por hombre de su confianza, y en el nuevo hecho de haber juzgado el almirante al conde de Llera digno de ser el depositario de sus sentimientos, de sus opiniones y de todos los pormenores de su viaje, se olvidaron mil locuras, verdaderas ó supuestas, que se atribuían á este jóven. Por otra parte, como se veía á don Luis frecuentemente acompañado del almirante, todo el mundo le concedía cualidades de las cuales, á causa de inesplicables circunstancias, nadie se habia apercibido hasta entonces. De este modo Luis de Bobadilla consiguió sacar alguna ventaja á los ojos del público del decidido arrojó con que se habia asociado á aquella celebrada empresa; pero nada habria habido comparable á su gloria si hubiera publicado en alta voz la parte que en ella habia tomado. Hasta qué punto y de qué modo pudo serle útil aquella ventaja con respecto á Mercedes, eso es lo que vamos á saber en las siguientes páginas.

### CAPITULO XXVIII

El dia de la pública recepcion de Colon en la córte, habia sido un dia de sentimientos tumultuosos y de una sincera alegría para el alma pura é ingénua de la reina de Castilla. Ella habia sido el móvil de aquella empresa, en cuánto tuvo que ver con los medios de ejecucion, y jamás soberana alguna fué mejor recompensada por el sentimiento intimo de los resultados que sucedieron á sus esfuerzos tan celosos como bien entendidos.

Pasada la agitacion y el tumulto de aquella jornada. Isabel se encerró en su gabinete: allí, segun tenia de costumbre en las grandes ocasiones, hincóse de rodillas para dar gracias á la Divina Providencia y pedirle que la concediese la fuerza necesaria para sostener el peso de aquella nueva responsabilidad y dirigir sus pasos por el buen camino, como soberana y como cristiana. Su oracion duró algunos minutos; y despues se hallaba sentada, con la cabeza apoyada sobre su mano y entregada á una profunda meditacion, cuando oyó llamar á la puerta. Los golpes eran apenas perceptibles, pero ella sabia muy bien que solo existia una persona en España que estuviese autorizada para tomarse semejante libertad. Levantóse, pues, abrió la puerta, y el rey apareció en ella.

La reina conservaba aun toda su hermosura. Su talle, que era de una admirable perfeccion, no habia perdido ninguna de sus gracias. En sus dulces ojos existia aun toda su brillantez, y su graciosa sonrisa reflejaba en toda su pureza los benéficos instintos de su corazon. En una palabra, la transicion desde su juventud á la edad de esposa y de madre, no habia descompuesto en lo mas mínimo su primitiva belleza. Mas en aquella noche precisamente parecia que todos los encantos de su primera juventud se habian renovado completamente. Sus mejillas estaban animadas de un santo entusiasmo, sus facciones se habian dilatado por la sublimidad de los pensamientos que ocupaban su ánimo, y en sus ojos brillaba una noble esperanza, cuyo objeto era la religion. Absorto con aquella ligera mudanza, Fernando, despues de haber cerrado la puerta, se detuvo un momento para contemplarla en silencio.

—Querido Fernando, un nuevo imperio adquirido á tan poca costa ¿no es ciertamente una fabulosa recompensa para nuestros débiles esfuerzos? dijo, creyendo que las ideas del rey giraban sobre el mismo objeto que

las suyas. ¡Tantas riquezas que la imaginacion no bastaría á concebir! ¡Y millones de almas que liberter de la eterna condenacion por medio de la eficacia de una gracia tan inesperada para aquellos desgraciados como nuevo ha sido para nosotros el conocimiento de su existencia!

—¡Siempre pensando en la salvacion de las almas, Isabel! Mas tú tienes razon. Porque, ¿qué es la pompa y la gloria del mundo comparada con la esperanza de conseguir la salvacion y los gozes celestiales? No puedo menos de confesar que Colon ha sobrepujado todas mis esperanzas, y que ha abierto á la España un porvenir tal, que la misma imaginacion no es capaz de poner límites á la idea que uno tiene concebida.

—¡Figuraos los millones de infelices indios que no cesarán durante su vida entera de bendecir el instante en que sean afiliados como súbditos nuestros, y en que esperimenten el influjo y reciban los consuelos de nuestra santa Iglesia.

—Yo confío en que nuestro vecino y pariente don Juan no habrá de suscitar nos ningun obstáculo sobre este asunto. Estos portugueses tienen tal afición á los descubrimientos, que no consienten que los hagan las demas potencias. Dicen tambien que mientras que nuestras carabelas han permanecido en el Tajo, se han hecho al rey de Portugal varias proposiciones tan peligrosas como injustas para nuestra nacion.

—Colon me ha asegurado, Fernando, que duda mucho que estos indios tengan creencia alguna religiosa; de suerte que con solo ponerles de manifiesto las sublimes verdades del Evangelio, nuestros sacerdotes no tendrán que combatir ninguna preocupacion.

—El almirante habrá tanteado bien todo ello. El es de parecer que la isla llamada Española es casi tan grande como Castilla, Leon y Aragon reunidos, en una palabra, que todas nuestras posesiones en la Peninsula.

—¿Te has hecho cargo tambien de lo que nos ha referido respecto á la dulzura y bondad de sus habitantes? ¿No te ha sorprendido en estremo ese aire sencillo y confiado de los que ha traído en su compañía? No será por lo tanto muy árdua empresa el enseñar á un pueblo semejante, en primer lugar, como es debido, á adorar al solo Dios verdadero, y en segundo á amar y venerar á sus soberanos.

—La autoridad halla siempre medios de hacerse respetar, Isabel, y don Cristóbal me ha asegurado que mil lanzas escogidas serian suficientes para someter á todas esas comarcas de Oriente. Será preciso dirigirlas sin pérdida de tiempo al Santo Padre con objeto de que establezca entre don Juan y nosotros límites suficientes para impedir toda querrela relativa á sus intereses y á los nuestros. Ya he hablado algo de esto con el cardenal, y me ha dado á entender que tiene mucho crédito para con el papa Alejandro.

—Yo espero que los medios de propagar la religion de la cruz no quedarán olvidados en esta negociacion; porque á mi me sirve de gran disgusto ver á los hombres de la Iglesia tratar de cosas temporales y descuidar las relativas á su divino Señor.

Don Fernando miró por un instante á la reina con la mayor atencion, pero sin contestarle. Habia echado de ver que los sentimientos de ambos, como solia suceder en cuestiones de politica, no estaban en la mejor armonia, y recurrió á una conversacion que rara vez dejaba de hacer descender las elevadas ideas de Isabel á consideraciones mucho mas mundanas, si en ello se empleaba alguna destreza.

—Tus hijos, doña Isabel, habrán de recoger esa herencia, gracias al feliz resultado de nuestro último y mas célebre acto de politica. Tus dominios y los míos habrán de venir á parar despues de nuestra muerte á un solo heredero: la proyectada alianza con Portugal quizá nos ponga en camino de un nuevo aumento de territorio: Granada ha sido ya sometida por nuestros ejércitos reunidos; y he aquí, por último, que la Providencia nos



ofrece en el Este un imperio que promete sobrepujar á cuanto ya poseemos en Europa.

—¿Mis hijos no son acaso los tuyos, Fernando? ¿Qué felicidad puede ocurrirnos á cualquiera de los dos en la cual no tome asimismo parte el otro? Yo confío en que nuestros hijos llegarán á saber con el tiempo la razón de por qué han sido aumentados á nuestros dominios tan gran número de nuevos vasallos y de territorios, y que siempre permanecerán fieles al primero y al mas sagrado de todos los deberes, que es el de esparcir por todas partes la luz del Evangelio á fin de que el poder de la Iglesia católica venga á ser en breve universal.

—Puede, sin embargo, ser tambien muy conveniente el asegurarnos por medios humanos de las ventajas que por medios igualmente humanos nos hemos procurado.

—Sin duda alguna, Fernando, y los buenos padres deben velar por los intereses de sus hijos, tanto en este particular como en otro cualquiera.

Como Isabel se hallaba dispuesta á dar oídos á las sugerencias políticas del rey su esposo, pasaron ambos una hora entera discutiendo algunas medidas de importancia que importaba á su comun interés se adoptasen inmediatamente. Fernando la abrazó, por último, con el mayor cariño, y se retiró á trabajar á su gabinete, segun su costumbre, hasta que el cansancio y la fatiga le hizo conocer que debía tomar algun reposo.

Después de haberse marchado su esposo, la reina permaneció por espacio de algunos minutos dedicada á las mas profundas reflexiones. Levantándose en seguida, atravesó varios pasillos privados que conducian desde su habitacion á la de sus hijas. Pasó todavía una hora con ellas, entregada á los sentimientos de una buena madre y llenando los deberes propios de tal. Finalmente, después de haberlas abrazado á la una despues de la otra, les dió su bendicion, y se retiró del mismo modo que vino.

Sin embargo, en lugar de volverse á su habitacion la reina se dirigió á otra parte del palacio, y deteniéndose ante una puerta, llamó á ella muy quedito. Habiéndole dicho que entrase una voz dulce y agradable, Isabel se halló á solas con su antigua y fiel amiga la marquesa de Moya. La reina, con un ademán, prohibió á ésta que hiciese ninguna muestra exterior de respeto, y sabida la voluntad de la reina sobre este particular, doña Beatriz la recibió como hubiera podido recibir á una igual suya.

—Marquesa mi hija, díjole Isabel dejando sobre una mesa su lámpara de plata, hemos tenido un dia dedicado á los negocios, pero negocios de una naturaleza muy satisfactoria, que casi me he olvidado de un deber de que no debo prescindir nunca. Vuestro sobrino el conde de Llera ha regresado á la corte y se ha conducido con tanta modestia y prudencia como si no hubiera tomado parte alguna en el glorioso resultado de la empresa de Colon.

—Que Luis haya venido, es cierto, señora; pero que él sea modesto y prudente, lo dejó al cuidado de los que deben ser mas imparciales que yo el juzgar si es asi.

—Toda su conducta parece atestiguar lo que yo yo digo y despues de conseguidos los gigantescos resultados que se desprenden del talviage, bien puede tolerarse á una alma jóven un poco de exaltacion. Pero yo he venido á hablaros de vuestro sobrino y de vuestra pupila. Don Luis ha dado una prueba de perseverancia, de valor que no permite que opongamos nuevos obstáculos á su casamiento. Bien sabéis que doña Mercedes me tiene dada su palabra de no casarse sin mi beneplácito; pues bien, esta propia noche pienso hacerla tan dichosa como lo soy yo misma, dejándola dueña de su eleccion, y diciéndola al mismo tiempo que desearia verla condesa de Llera lo antes posible.

—V. A. es sumamente bondadosa conmigo y con los míos, repuso la marquesa con alguna frialdad. Mercedes

debe estar profundamente reconocida de que su soberana se digne dedicar su pensamiento á hacer su felicidad en medio de los muchos y complicados negocios que reclaman su atencion.

—Este es, pues, el motivo, mi querida amiga, que me conduce á vuestro lado á tales horas. Mi alma se halla realmente agoviada bajo el peso de mi gratitud para con el cielo, y antes de acostarme quisiera poder hacer participes de mi dicha á todos mis súbditos.—¿Dónde está vuestra pupila?

—En el momento en que V. A. entraba, acababa de recogerse por esta noche.—Voy á mandarla decir que venga.

—Nosotras iremos á buscarla, Beatriz. Jamás se molestó uno cuando es portador de buenas nuevas.

—Para ella es un deber, señora, y seria tambien un placer ofreceros sus respetos.

—Ya lo sé bien, marquesa, hija mia, pero es para mi sumamente satisfactorio el llevarla yo misma esta noticia, dijo la reina dirigiéndose á la puerta.—Conducidme vos, que conoceréis el camino mejor que nadie. Ya veis que vamos con bien poco aparato ni ceremonia, semejantes á Colon cuando marchó á explorar sus ignorados mares, y llevamos á vuestra pupila noticias tan agradables como serian para los habitantes de Cipango las que el genovés conducia. Estas galerias son nuestros mares desconocidos, y estos oscuros y complicados corredores las oscuras vias que debemos explorar.

—Quiera el cielo que V. A. no haga un descubrimiento tan extraordinario como el mismo genovés. En cuanto á mí, no sé en verdad si debo creerlo todo, ó no dar crédito á nada.

—No me maravilla vuestra sorpresa, pues ese sentimiento ha venido á generalizarse con tan señalados acontecimientos, repuso la reina, que equivocaba enteramente el sentido de las palabras de su amiga. Mas un placer bien diferente nos aguarda, que será el presenciar el júbilo que experimentará el puro corazón de una jóven que ha sufrido sus contrariedades y que ha sabido sostenerlas como cristiana.

Doña Beatriz suspiró, mas sin responder á una sola palabra. Atravesaron entonces el saloncito en que Mercedes recibia á sus amigas, y ya se dirigian á la puerta de su estancia, cuando una de sus doncellas quiso adelantarse para informar á su señora de la visita que iba á recibir; pero Isabel, que estaba acostumbrada á usar con sus amigas la misma confianza que una madre puede tener con sus hijos, abrió la puerta sin ceremonia, y se halló en presencia de Mercedes antes que ésta tuviese tiempo siquiera para salirle al encuentro.

—Hija mia, dijo la reina tomando asiento y mirando á la jóven con bondadosa sonrisa, vengo á desempeñar un solemne deber. Arrodillaos á mis pies y escuchad á vuestra soberana como podriais escuchar á una madre.

Nuestra heroína obedeció con el mayor placer, pues en aquellos momentos todo era preferible para ella á la necesidad de hablar. Cuando estuvo ya arrodillada, la reina la pasó su brazo al rededor del cuello y la atrajo hácia sí con dulce violencia: en aquella actitud, el rostro de Mercedes se ocultaba casi enteramente en los pliegues del ropage de Isabel.

—Tengo motivos para estar sumamente satisfecha de vuestra exactitud en cumplir vuestras promesas y vuestro deber, hija mia, dijo la reina apenas se hubieron colocado de aquel modo, que tenia por objeto no herir la delicadeza de Mercedes, habéis guardado la palabra que me disteis, y yo vengo á anunciaros en este momento que os dejo absolutamente en libertad para que sigais vuestra inclinacion, á lo cual nada tendré que oponer. Por consiguiente, ya estáis libre del compromiso que teniais con vuestra soberana, pues bien puede encomendarse la guarda de su propia honra á una doncella que ha demostrado tanta discrecion y delicadeza.

Mercedes permaneció silenciosa, si bien Isabel cre-

yó sentir un ligero estremecimiento en todo su cuerpo.

—¿No me respondeis, hija mía? ¿Quereis mas bien confiar á otra la eleccion que ha de fijar vuestra suerte futura, que ser vos misma el árbitro de ella? Pues bien: como soberana y como colocada en el lugar de una madre, voy á daros una orden en vez de un consentimiento, y os diré, en consecuencia, que mi deseo y mi voluntad son que, tan pronto como lo permitan el decoro y vuestra categoria, seais la esposa de don Luis de Bobadilla, conde de Llera.

—¡No, no, no, señora, jamás! exclamó Mercedes con voz entrecortada por la emociion, y ocultando mas y mas su rostro entre el manto de la reina.

Sorprendida de todo punto, Isabel miró á la marquesa de Moya; mas su fisonomia no espresaba ni dis-

las rodillas de la reina: V. A. no ha herido á nadie, ni siquiera ha sido esa su intencion: no, eso no es posible. Vos sois toda bondad y condescendencia.

—Beatriz, espero que vos me explicareis todo esto. ¿Ha sucedido alguna cosa que pueda justificar esta mudanza en sus sentimientos?

—Mucho me temo, señora, que los sentimientos de mi pupila no sean ya los mismos, y que la mudanza de que hablais no exista en su corazon sencillo é inesperto, sino en el de un hombre veleidoso é inconstante.

Un rayo de indignacion partió de los ojos, comunemente tan dulces, de la reina, y toda su persona se revistió de aquel aire magestuoso que le era tan propio.

—¿Será eso cierto? exclamó. ¿Un súbdito de la corona de Castilla habrá tenido bastante atrevimiento para hur-



Don Luis en traje de corte.

gusto ni resentimiento, pues conocia demasiado bien el carácter de nuestra heroína para suponer aquello un mero capricho ó un pueril disimulo tratándose un asunto en que era ella la principal interesada. El interés que se tomaba por Mercedes no le hizo experimentar mas que una viva sensacion de sorpresa cuando la oyó espresarse tan de repente de una manera tan inesperada.

—¿Podreis decirme lo que esto significa, Beatriz? preguntó la reina. ¿Habré acaso sido causa de un pesar cuando creí solo traer la felicidad? Muy desgraciada soy á la verdad, pues parece que he herido en el corazon á esta criatura, creyendo hacerla dichosa.

—No, no, no, señora, exclamó nuevamente Mercedes abrazando con una especie de movimiento convulsivo

larse de su soberana, de la candidez de una jóven dulce y sencilla, y de sus deberes todos para con Dios? ¡Si ese temerario cree que ha de obrar de este modo impunemente, se equivoca en verdad! ¿Habré, pues, de imponer un castigo al que roba á su vecino una triste moneda de plata, y habrá de dejar impune al que hiera en lo mas vivo el corazon de una niña inocente?—Me sorprende, por cierto, vuestra calma, marquesa, hija mía, vos, que en vuestra justa indignacion acostumbrais á usar del lenguaje que conviene á un corazon leal y decidido.

—¡Ay, señora! ¡Mi querida señora, mis sentimientos se han desahogado ya, y esto es cuanto puede exigirse de la naturaleza! Además, ese jóven es hijo de mi hermano, y aunque quisiera entregarme á todo el resentimiento que merece la falta que ha cometido, la imágen



de aquel querido hermano, cuyo retrato es exactamente, se presenta á mi imaginación y la desarma de repente.

—¡Es una cosa muy extraordinaria!—¡Una criatura tan hermosa, tan noble, tan rica, tan amable por todos conceptos, ser olvidada con tanta facilidad!—¿Podrá acaso explicarse esto por alguna inclinación pasajera, marquesa de Moya?

Isabel se espresaba en estos términos como reflexionando para sí misma; y como las personas de una clase tan elevada como la suya suelen generalmente prescindir de las consideraciones subalternas cuando experimentan una tan fuerte emoción como aquella, se olvidó de que Mercedes la estaba oyendo. El estremecimiento convulsivo que agitó de nuevo el cuerpo todo de nuestra heroína, pudo muy bien hacérselo conocer, y la reina la estrechó contra su corazón con igual ternura con que hubiera estrechado á la misma princesa doña Juana.

—¿Qué quereis, señora? dijo la marquesa con amargura: obrando como un jóven inconsiderado y sin principios, Luis ha conseguido decidir á una jóven princesa india á que abandonase su país y su familia bajo pretexto de añadir un trofeo mas al triunfo del almirante, mas en realidad por obedecer á una afición del momento, por satisfacer uno de esos caprichos que dejan ver á los hombres como realmente son, y hacen desgraciadas á las mugeres víctimas de sus engaños y artificios.

—¿Una princesa india decís? El almirante nos ha presentado una, pero esa es casada, y no podría nunca por ningún estilo ser la rival de doña Mercedes de Valverdé.

—¡Ah! mi querida señora, esa de que vos habláis no es absolutamente comparable con la otra Ozema, este es el nombre de la princesa india, Ozema es una criatura enteramente diferente, y sus derechos á la hermosura son de todo punto incontestables. Si la belleza pudiese en algun modo justificar la conducta de ese jóven, sería ciertamente disculpable su falta.

—¿Cómo sabeis vos tales pormenores Beatriz?

—Porque Luis mismo la ha conducido aquí, señora, y se halla en esa estancia contigua. Mercedes la ha recibido como una hermana, mientras que su presencia la desgarró cruelmente el corazón.

—¿Aquí decís marquesa? Pero en ese caso no deberá existir relación alguna criminal entre ese jóven inconsiderado y la estrangera. Vuestro sobrino no hubiera osado ofender hasta tal punto á la virtud y á la inocencia.

—Yo no lo quiero acusarle, señora. Lo que me encoleriza contra él sobremanera es su inconstancia, su impensada crueldad. Nunca he procurado inspirar á mi pupila sentimientos favorables hácia don Luis, pues no queria yo que pudiese decir el vulgo que por mi mediación se habia llevado á cabo un enlace tan ilustre y ventajoso para nuestra familia; pero en la actualidad deseo vivamente hacer conocer á Mercedes cuán indigna es de ella semejante matrimonio.

—¡Ah, señora! ¡ah, marquesa! murmuró Mercedes: Luis no es tan culpable. La hermosura de Ozema y la falta total que existe en mí de aquellos recursos indispensables para conservar su corazón, son las únicas causas de su mudanza.

—¡La hermosura de Ozema! repitió pausadamente Isabel. Beatriz, ¿esa jóven india sería acaso tan perfecta que pudiese temer vuestra pupila su competencia ó estar envidiosa de ella? Yo no creo á la verdad que exista una criatura semejante.

—V. A. no ignora lo que son los hombres: la novedad los arrastra, y la figura mas nueva es siempre la que mas suele gustarles. ¡Por Santiago, que Andrés de Cabrera me lo hizo conocer bien! Pero sería un crimen el suponer que nadie en este mundo hubiera podido dar semejante lección á Isabel de Trastámara.

—Contented esos impulsos vivos é impetuosos en demasia, marquesa, dijo la reina dirigiendo una mirada á Mercedes, cuya cabeza permanecía aun oculta entre el manto de Isabel; cuando nuestro corazón se deja llevar de una escesa sensibilidad, no es difícil que se estravie

y desconozca la verdad, don Andrés es un súbdito leal, y hace la debida justicia á vuestro mérito; en cuanto al rey, no olvideis que es el padre de mis hijos y vuestro soberano. ¿Pero... podría yo ver á esa Ozema?

—No tenéis mas que mandar, señora, y al punto se-reis obedecida. Se halla muy cerca de aquí, y en el momento en que plazca á V. A. disponer que venga vendrá.

—No, Beatriz; puesto que ella es una princesa y estrangera en este reino, justo será que se le tengan las consideraciones debidas á su clase y á su posición. Que vaya doña Mercedes á prepararla para recibirme y yo iré á verla á su habitación. Aunque es ya muy tarde, tendrá á bien dispensarme esta falta de ceremonia en atención al deseo que tengo de serla útil en algo.

Mercedes no aguardó á que le repitiesen aquella orden; levantándose en el instante, se apresuró á cumplir los mandatos de la reina. Al quedarse solas Isabel y la marquesa permanecieron en silencio durante algunos minutos, hasta que al fin lo interrumpió la reina la primera, como así convenia á su rango.

—Me sorprende sobremanera, Beatriz, que Colon no me haya hablado de esta princesa. No debia haberse permitido entrar en España á una persona de su clase sin ningún aparato ni ceremonia.

—El almirante, considerándola sin duda como el objeto especial de las atenciones de Luis, ha dejado á mi pérfido sobrino la misión de presentarla á V. A., señora. ¿No es á la verdad inconcebible que una jóven tal como Mercedes haya podido ser suplantada instantáneamente por una criatura tan sencilla, sin bautizar, sumido su espíritu en las tinieblas, que no pertenece al gremio de la Iglesia, y de cuya alma puede decirse que se halla en un continuo peligro?

—Es menester, pues, Beatriz, que cuidémos de su alma, y ha de ser sin la menor tardanza. ¿Pero es tan hermosa esta princesa para poder ser preferida á nuestra amable doña Mercedes?

—Si no es eso, señora, si no es eso. Los hombres son inconstantes y buscan la novedad. Además, el modesto recato de nuestras costumbres civilizadas tiene mucho menos atractivo para ellos que la franqueza de aquellas mugeres, que consideran las ropas con que se cubren como una cosa supérflua. No es mi ánimo manchar en lo mas mínimo la modestia de Ozema, pues, segun lo que hasta este momento he visto, la creo intachable en ese concepto; pero la ardiente imaginación de un jóven aturdido puede encontrar en sus maneras, que respiran la libertad de la naturaleza, y en su persona, medio desnuda, un momentáneo atractivo, que de ningún modo hallaría en las maneras ni en el traje de una española de alta clase, enseñada á hacerse respetar rigidamente á sí misma y á todo su sexo.

—Esto podrá ser así por lo que hace á los hombres vulgares, Beatriz; pero no es posible que tan indignos motivos hayan podido influir en la conducta del conde de Llera. Si vuestro sobrino ha sido un inconstante, como vos suponeis, es preciso que esta princesa india sea muy superior á cuanto decís de ella.

—Vais á juzgarla por vuestros propios ojos, señora, pues he aquí á Mercedes que viene á advertirnos que la india se halla dispuesta á ser honrada con la visita de V. A.

Nuestra heroína habia preparado á Ozema para recibir á la reina. La jóven india se hallaba ya suficientemente impuesta en el idioma español para poder seguir con ella una conversacion inteligiblemente, si bien ella no podia menos de producirse de una manera algo confusa y como una muger para quien aquel lenguaje era una cosa enteramente nueva. Al momento comprendió que la que venia á visitarla era aquella adorada soberana de quien Luis y Mercedes le habian hablado varias veces con el mayor respeto. Acostumbrada á ver caciques mas poderosos que su hermano, no fué difícil hacerla comprender á la jóven india que la dama que iba á presentarse á su vista era la primera de su sexo en toda Es-

pañá; la única equivocación en que incurrió Ozema fué el creer que Isabel era reina, no solo de un país exclusivamente, sino de todo el mundo cristiano; pues para ella Luis y Mercedes se hallaban revestidos de la dignidad real.

A pesar de que la reina estaba preparada para encontrar una joven sumamente bella, sin embargo, su sorpresa fue grande al fijar sus miradas en Ozema; y no era ciertamente lo más admirable en ella su hermosura, sino aquella gracia tan natural en todos sus movimientos, la feliz y altiva expresión de su fisonomía y la completa soltura de su talle y de su cuerpo todo. Ozema habíase ya acostumbrado á llevar alguna ropa, cuyo solo peso le hubiera parecido insostenible en Haití, pues Mercedes, con la delicadeza que le era propia, había provisto á su nueva amiga de diferentes adornos que contribuían á hacer resaltar singularmente su hermosura; pero además de todo esto, llevaba también puesto á manera de banda el rico turbante que le había regalado Luis, como que era la prenda más preciosa que encerraba su guardaropa, y pendía asimismo de su cuello la pequeña cruz como la joya que ella más apreciaba.

—¡Esto parece increíble, Beatriz! exclamó la reina deteniéndose en un extremo de la sala, mientras que Ozema en el otro extremo se inclinaba graciosamente para saludarla. ¿Será posible que un ser dotado de tan peregrina belleza tenga un alma que no conozca á su Dios y Redentor? Sin embargo, si su espíritu no se halla iluminado, su corazón no encierra nada de malo ni de en gañoso.

—Es cierto, señora. A pesar de nuestros motivos de disgusto, mi pupila y yo ya la queremos, y hasta seríamos capaces de estrecharla contra nuestro corazón; Mercedes como una hermana, yo como una madre.

—Princesa, dijo la reina adelantándose con ademán de tranquila dignidad hacia donde Ozema se hallaba de pie, con los ojos bajos, y el cuerpo ligeramente inclinado; princesa, seáis muy bien venida á nuestros dominios; el almirante ha mostrado todo su discernimiento en no colocar á una persona de vuestra clase, y á quien asisten derechos de que no debe prescindirse, con los demás individuos de vuestro país que ha presentado á las miradas del vulgo; si, en verdad él ha demostrado en esto su fino tacto, así como el respeto que le merece el sagrado carácter de los soberanos.

—¡El almirante! exclamó Ozema, brillando sus ojos de inteligencia, pues hacia ya tiempo que ella había aprendido á pronunciar el título de Colón; el almirante Mercedes, Isabel, Mercedes, Luis Mercedes, señora reina.

—¿Qué quiere decir, Beatriz? ¿Por qué junta la princesa el nombre de Mercedes con el del almirante, con el mío y también con el del joven conde de Llera?

—Señora, parece ser que á consecuencia de una extraña ilusión, se ha llegado á figurar que Mercedes es una palabra española que se aplica á todo lo que es perfecto y excelente, y lo une por lo tanto á todo aquello que ella quiere ensalzar sobremanera; V. A. habrá advertido que una también el nombre de Luis al de Mercedes, unión que tan vivamente hemos deseado, pero que ha llegado á hacerse imposible de hoy más, y que la princesa debe ser la última que lo desee.

—Sí, sí, aquí hay una extraña ilusión, dijo la reina; pero esta idea ha debido su origen en la imaginación de la joven á alguna causa muy particular, pues cosas de esta especie no suelen depender de la casualidad. Ni el almirante ni nadie de su tripulación conocía á vuestra pupila; luego vuestro sobrino ha sido el único que ha podido enseñar á la princesa á que mire el nombre de Mercedes como una expresión de excelencia y de perfección.

—¡Señora! exclamó Mercedes cubriéndose de un repentino rubor y brillando sus ojos de placer ¿sería esto posible?

—¿Y por qué no, hija mía? Nosotras podemos haber

juzgado este asunto con demasiada ligereza, y tomado las señales de decisión y afecto hacia vuestra persona por pruebas de inconstancia y de falsedad.

—¡Ah, señora! Pero eso no puede ser, porque sino Ozema no le amaría tanto.

—¿Y cómo es que sabéis, hija mía, que la princesa experimenta hacia el conde otros sentimientos que el del reconocimiento por los cuidados de que le es deudora y por el inapreciable servicio que la ha hecho haciéndola conocer los méritos de la Cruz de nuestro Salvador? Aquí no puede menos de haber algún error, Beatriz.

—Mucho me temo que no le haya, señora. Por lo que hace á la naturaleza de los sentimientos de Ozema, no es fácil equivocarse; es ella demasiado cándida y sencilla para que conozca lo que es disimulo. Que su corazón pertenece todo entero á don Luis, eso lo hemos penetrado desde los primeros momentos de conocerla; y ese corazón es demasiado puro para haber sido entregado sin ser buscado. El sentimiento que experimenta la india no es solo de admiración, es, sí, el de una violenta pasión, cuyo ardor iguala al del sol que, según dicen, se deja sentir en su país natal.

—Señora, ¿cómo era posible que viendo frecuentemente á don Luis en medio de circunstancias tan á propósito para poner á prueba sus guerreras cualidades y teniendo tantas y tantas ocasiones de conocer su excelente corazón no le colocase sobre todos los demás hombres? preguntó Mercedes.

—¡Cualidades guerreras! ¡excelente corazón! repitió lentamente la reina. ¡Y hacer tan poco caso del mal que ha ocasionado! A ser cierto lo que suponeis, querida mía, Luis no es caballero, ni mucho menos digno de la estimación de nuestro sexo.

—Señora, repuso vivamente Mercedes, cuya desconfianza no podía menos de ceder al deseo que abrigaba de justificar á nuestro héroe, la princesa nos ha referido la manera con que Luis la ha libertado de su más cruel enemigo, de un perseguidor, de un tirano llamado Caonabo, soberano de una parte de su isla, y con qué denuevo ha combatido en defensa suya.

—Retiraos, hija mía, y después de que rogueis á la Santa Virgen que interceda por vos, procurad buscar en vuestra almohada la calma que solo se adquiere sometiendo religiosamente á la voluntad de Dios. Beatriz, desearía quedarme á solas con la princesa.

La marquesa y Mercedes se retiraron, dejando á Isabel y á Ozema solas en la estancia. La entrevista que tuvo lugar en seguida duró más de una hora, habiendo sido preciso todo este tiempo para que la reina pudiera formular su opinión con respecto á las contestaciones de la extranjera, cuyos medios de comunicación eran todavía sumamente imperfectos. Que Ozema hubiera entregado á Luis su corazón sin reserva ni limitación alguna, estaba fuera de toda duda para Isabel. Acostumbrada la joven india á no ocultar ninguno de sus pensamientos, no le hubiese sido posible disimular la preferencia que dispensaba á Luis, aunque hubiera tenido ánimo de ocultarlo; además de que Ozema, independientemente su franqueza natural, pensaba que su deber exigía que nada disimulase á la soberana de Luis, así es que abrió completamente su corazón á la reina con tanta sencillez como ingenuidad.

—Princesa, le dijo por fin la reina cuando ya se halló en estado de comprender las palabras de la joven india, ahora yo he entendido vuestro relación. Caonabo es el jefe, ó si se quiere, rey de un país vecino del vuestro. El ha intentado casarse con vos; pero como él estaba ya casado con diferentes princesas, rehusásteis, y con mucha razón, sus ofrecimientos. Entonces trató de apoderarse de vos á la fuerza, y el conde de Llera, que á la sazón se hallaba en casa de vuestro hermano...

—¡Luis! ¡Luis! exclamó Ozema manifestando alguna impaciencia. ¡Luis!—No conde.—¡Luis! ¡Luis!

—Está bien, princesa, está bien; pero el conde de Llera y Luis de Bobadilla son una misma persona. Luis,



pues, si así lo queréis mejor, se hallaba á la sazón en vuestro palacio; combatió debidamente á ese presuntuoso cacique, que no contentándose con poseer una sola muger, conforme á la ley de Dios, quería tener una segunda ó tercera, y habiéndole vencido por último, os condujo triunfante á vuestro palacio. Vuestro hermano entonces os aconsejó que os refugiárais en España durante cierto tiempo, y don Luis, constituido en vuestro guía y protector, os ha colocado aquí, entregada á los cuidados de su tía.

No le costó gran trabajo á Ozema el comprender aquel discurso, puesto que giraba sobre un punto que muchas veces había ocupado su imaginación, é hizo una señal con la cabeza para manifestar que estaba penetrada de la exactitud de cuanto Isabel acababa de decirle.

—Y ahora, princesa, continuó la reina, debo hablaros con toda la franqueza de una madre, porque yo considero como á hijos míos á todas las personas de vuestra clase por todo el tiempo que residen en mis estados, y



Experiencia del huevo.

tienen derecho siempre á contar con mis consejos lo mismo que con mi protección; respondedme: jamás á don Luis lo suficiente para que consentais en olvidar vuestro país y adoptar el suyo?

—Ozema no saber que querer decir *adoptar*, respondió la jóven.

—Yo deseo saber si consentireis en ser la esposa de Luis de Bobadilla.

Muger y marido eran dos palabras cuya significación hacia largo tiempo conocía la jóven india. Sonrióse, pues, cándidamente, si bien cubierta de rubor, é hizo un gesto que daba á conocer que consentía en ello.

—Debo, pues, creer que vos esperais casaros con Luis, porque una doncella tan modesta como vos no consensaría tan terminantemente un sentimiento tal de preferéncia, si esta esperanza no se la tuviese en su corazón como una especie de certidumbre.

—Sin duda, señora, Ozema, muger de Luis.

—¿Vos queréis decir, princesa, que esperais casaros

bien pronto con el conde, y por lo tanto ser su muger?

—¡No, no, no! Ozema ser ya en la actualidad muger de Luis, Luis marido de Ozema.

—¿Será posible? exclamó la reina mirando frente á frente á la jóven india para cerciorarse de si lo que acababa de decir sería acaso una astucia para engañarla; mas las francas é inocentes facciones de Ozema no dejaban concebir semejante sospecha. É Isabel no pudo menos de creer cuanto le había dicho. Mas no obstante, para adquirir una mayor certeza acerca de aquel hecho, continuó preguntándola por espacio de media hora y siempre con el mismo resultado.

Al levantarse la reina para marcharse abrazó á la princesa, pues ella calificaba á aquella hija de la agreste naturaleza como si soliese de un estado de sociedad enteramente desconocido y nuevo para los europeos; y rogó al cielo con la mayor eficacia que iluminase su espíritu y que fijase la paz futura de su corazón. Al volver á la habitación de la marquesa encontró allí á esta fiel amiga que la aguardaba, pues doña Beatriz no consintió en acostarse sin saber la impresión que pudo causar á Isabel la conversacion que iba á tener con Ozema.

—Las cosas están aun peor de lo que creíamos, dijo Isabel mientras que la marquesa cerraba la puerta. Vuestro sobrino, hombre falso y sin corazón, se ha casado ya con la india, y en la actualidad es su legítima esposa.

—Señora, aquí debe haber alguna mala inteligencia. Ese inconsiderado jamás se hubiera atrevido á engañarme de esa manera, y mucho menos en presencia de la misma Mercedes.

—También es mucho mas natural, marquesa, hija mía, que él haya querido confiar á vuestros cuidados á su muger propia que á otra persona alguna que tuviese sobre él derechos menos legítimos. Pero en esto no cabe mala inteligencia: he repetido mis preguntas á la princesa, y no me queda la menor duda de que se hayan casado conforme á los ritos de nuestra religion. No es á la verdad cosa muy fácil el comprender lo que dice; pero esto me lo ha repetido muchas veces y bien terminantemente.

—Pero dígame V. A., ¿puede acaso un cristiano contraer matrimonio con una muger que no ha recibido el bautismo?

—Ciertamente que no, á los ojos de la Iglesia, que en cierto modo son los ojos de Dios. Mas yo estoy casi por creer que Ozema ha recibido el santo sacramento del bautismo, pues al hablarme de su enlace con vuestro sobrino me mostraba repetidas veces la cruz que lleva al cuello.

—Señora, esa cruz era un regalo que le hizo Mercedes á mi indigno sobrino, un regalo aceptado en el mismo instante de su separación, un simbolo sagrado que debia haberle recordado siempre la constancia y la fé que había jurado.

—El corazón del hombre se halla espuesto á sufrir tantas variaciones cuando viaja por diferentes países, Beatriz, que, como una consecuencia de esto, llega á no saber apreciar la confianza y la lealtad de la muger. Por ahora bueno será que os hincéis de rodillas y pidáis al cielo os conceda la gracia necesaria para poder sostener y ayudar á vuestra pupila en tan cruel pero inevitable trance.

La reina se despidió en seguida de su amiga; adelantóse la marquesa, y tomándola una mano, estampó en ella sus labios con el mayor respecto; pero Isabel, no contenta con esta muestra de respetuosa veneración, echó sus brazos al cuello de doña Beatriz, y atrayéndola hácia sí, la dió un cariñoso beso en la frente.

—¡Adios, Beatriz, adios, mi verdadera amiga! la dijo; si la constancia ha huido de todos los demas corazones, todavía tiene un abrigo en el vuestro.

Dichas estas palabras, la reina y la marquesa se separaron para irse, sino á dormir, al menos á descansar.

## CAPITULO XXIX.

El día que siguió á la entrevista que hemos referido en el anterior capítulo era señalado por el cardenal Mendoza para el famoso banquete con que obsequió á Colon. Casi toda la alta nobleza de la corte estaba convidada en obsequio del almirante, el cual, aunque hubiera sido un rey, no podia haber tenido un recibimiento mas distinguido. La modesta conducta del genovés no podia menos de formar un notable contraste con los honores que á cada instante se le tributaban; y por el pronto, todo el mundo manifestaba un placer en reconocer la inmensa importancia de sus servicios y en aplaudir el éxito de aquella empresa, que seguramente escedia á cuanto de ella se habia esperado. Todas las miradas se fijaban en él, todos los oidos escuchaban con la mayor avidez cada sílaba que salia de su boca, y la voz general se alzaba para elogiarle.

En una ocasion como aquella, se esperaba con algun fundamento que Colon refiriese algunos pormenores acerca de su viage y aventuras; mas esto no era tan fácil como parecia á primera vista, pues el resultado de su relacion no podia ser otro que el demostrar cuán superior era su prevision, su buen juicio, su habilidad y su perseverancia, con respecto al espíritu y á los conocimientos del siglo. No obstante, él procuró desempeñar aquella tarea con cierta habilidad y de un modo que le hiciese honor á sí mismo, fijándose principalmente en todas aquellas circunstancias que podian contribuir á la gloria de España y al mayor engrandecimiento de las coronas de Castilla y Aragon.

Luis de Bobadilla era del número de los convidados, siendo aquel honor debido en parte á su elevada clase, y en parte á la confianza y á la particular amistad que el almirante le manifestaba tan abiertamente. Su intimidad con Colon era mas que suficiente para hacer desaparecer las impresiones poco favorables que las locuras de la juventud de Luis habian dejado en algunos ánimos, y en este particular seguian casi sin querer el ejemplo del grande hombre, sin tratar de inquirir el motivo ó el objeto de su conducta. El sentimiento intimo de que él habia hecho lo que pocos hombres de su clase se hubieran atrevido jamás á emprender, comunicaba al rostro noble y altivo de Luis un aspecto de dignidad y de elevacion que no se le habia advertido hasta entonces, y el cual le ayudaba á sostenerse en la buena opinion que habia, por todos estilos, conquistado á tan buen precio. El modo que tuvo de referir á Pedro Martin y á sus jóvenes amigos los principales sucesos de la expedicion, se conservaba vivo en la memoria de aquellos, y sin saber á punto fijo por qué causa, todo el mundo principiaba á asociarle, de una manera misteriosa, á los que habian hecho el gran viage al Oeste. Gracias á estas accidentales circunstancias, nuestro héroe obtenia en realidad no pocas preeminencias por su genio emprendedor, aunque á favor de unos medios que no podia él ciertamente prever. Semejante resultado no tiene á la verdad nada de extraordinario, pues los hombres reciben indistintamente ya alabanzas, ya vituperios, por hechos absolutamente impremeditados ó por otros de que son responsables con razon y con justicia.

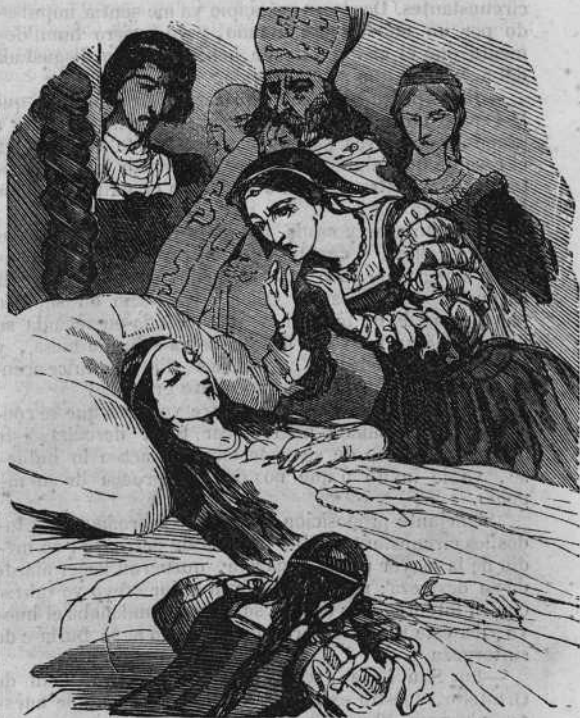
—Brindo á la salud del señor almirante, de SS. AA. en el Océano de las Indias, exclamó Luis de Santo Angel levantando su vaso para que lo percibiesen todos los convidados. La España toda le es deudora de un completo reconocimiento por la empresa mas arriesgada y mas útil que se ha concebido y llevado á cabo en el presente siglo, y ningun súbdito leal de nuestros soberanos debe titubear un solo instante en tributarle el honor que merecen sus servicios.

Hizose este brindis, y las modestas espresiones de agradecimiento de Colon fueron escuchadas con un respetuoso silencio.

—Señor cardenal, dijo el recaudador general de rentas

eclesiásticas, que no se mordía la lengua, yo considero la carga de almas de la Iglesia como duplicada por efecto de estos descubrimientos, y aun creo que el número de las que se salven de la eterna condenacion á favor de los medios que bien pronto van á emplearse para iluminarlas, no será lo que menos contribuya á la gloria de esta expedicion, y esta será una cosa que en Roma no podrán echar en olvido.

—Teneis razon, Santo Angel, repuso el cardenal, y el Santo Padre no deberá olvidar ciertamente al que ha venido á ser el instrumento de la voluntad de Dios ni á los que han cooperado á obra tan grandiosa. La ciencia tuvo su origen en el Este, y nosotros aguardábamos el tiempo en que, purificada por medio de la revelacion y de la elevada mision que hemos recibido directamente de aquel de quien dimana todo poder, volviese á encaminarse hácia los mismos lugares de su nacimiento; mas al presente vemos que podrá dirigirse por el Oeste y que lle-



Muerte de Ozema.

gará al Asia por una via que, hasta que ha sido hecho este admirable descubrimiento, habia estado oculta á los ojos de los hombres.

Si bien en aquel banquete parecia reinar la mas completa unanimidad de sentimientos, como el corazon del hombre en todas partes es el mismo, la envidia, la mas indigna y quizá la mas generalizada de nuestras pasiones, devoraba á mas de un convidado. Las palabras del cardenal dieron lugar á que tan vil sentimiento (que, á no mediar aquellas, quizá se hubiera sofocado por el momento) manifestase su desastrosa influencia. Entre los convidados se hallaba un señor llamado Juan de Orbello, el cual no pudo guardar silencio por mas tiempo al escuchar los elogios que prodigaban á Colon aquellos mismos á quienes él estaba acostumbrado á mirar como árbitros de la fama.

—¿Y será posible, señor, dijo dirigiéndose al cardenal, que Dios no hubiera echado mano de otros medios para lograr este objeto, si don Cristóbal hubiera casualmente fracasado en su empresa? ¿O debemos considerar este viage como el único medio posible para salvar á todos esos infieles de la perdicion?



—Nadie, señor, repuso el cardenal con grave tono, puede abrigar la presunción de señalar límites al poder divino, y no corresponde por cierto á los hombres tratar de averiguar los medios que Dios emplea para ello, ó dudar de la facultad que tiene para crearse los que le convengan, segun su eterna sabiduría; y un lego, mucho menos que otro alguno, no debe cuestionar acerca de aquellos que han recibido la sancion de la Iglesia.

—Convento en ello, señor cardenal, contestó Orbitello un tanto desconcertado, y aun picado de la implícita reprobacion que parecia envuelta en la respuesta del cardenal, y no era por cierto esa mi intencion. Pero vos, señor don Cristóbal, ¿os considerais acaso como un agente del cielo al haber dado feliz cima á esta expedicion?

—Yo me he tenido siempre como un instrumento har-to indigno elegido por el cielo para llevar á efecto tan grande obra, señor, repuso el almirante con grave y solemne aspecto, capaz de imponer por si solo á todos los circunstantes. Desde un principio ya me sentia impulsado por un móvil sobrehumano, y yo espero humildemente que el cielo no ha de haber quedado disgustado del agente de que se ha servido.

—¿Pero podreis acaso imaginaros, señor almirante, que la España no hubiera podido producir un hombre tan á propósito como vos para llevar á cabo esta empresa en el caso de que algun accidente imprevisto hubiera entorpecido vuestra marcha ó impedido el éxito feliz que habeis alcanzado?

Esta singular y osada pregunta puso fin á todas las conversaciones, y cuantos se hallaban presentes procuraron alargar un poco mas el cuello para no perder la respuesta del almirante. Colon permaneció en silencio por espacio de un minuto, y estendiendo en seguida su brazo tomó un huevo de los que habia sobre la mesa, y enseñándolo á todos los convidados, dijo con dulce acento, mas sin abandonar su imponente gravedad.

—¿Habrá alguno, señores, entre vosotros que se considere con habilidad para hacer tener derecho este huevo sobre uno de sus extremos? Si acaso lo hubiese, yo le invito á que nos dé esta prueba de su ingenio.

Semejante proposicion sorprendió sobremanera á todos los circunstantes. Una porcion de personas, en medio de la mayor risa y algazara, quisieron hacer alarde de su destreza; mas de un jóven señor creyó ya salirse con su intento, mas apenas su mano abandonaba el huevo, iba éste rodando por la mesa, como si se burlase de su torpeza.

—Por San Lucas, señor almirante, exclamó Juan de Orbitello, vuestra exigencia escede con mucho de nuestros alcances. El mismo conde de Llera, que tantos moros ha matado y que hizo saltar del arzon á Alonso de Ojeda, no sabe ya qué hacer con ese huevo.

—Y sin embargo de eso, tanto á él como á vos mismo, señor, no podrá menos de pareceros una cosa muy sencilla cuando sepais como se hace.

Dichas estas palabras, tomó Colon el huevo, y dando un ligero golpe sobre la mesa con uno de sus extremos, su parte inferior al aplastarse formó una especie de base por medio de la cual el huevo se mantuvo derecho. Un sinnúmero de aplausos acompañó á aquel tácito sarcasmo, y el señor Orbitello, completamente abochornado, volvió á entregarse al silencio, del cual le hubiera convenido mas no salir nunca. En aquel mismo instante un page de la reina vino á decir algunas palabras al almirante, dirigiéndose hácia donde estaba don Luis de Bobadilla.

—Me envia á llamar la reina, señor cardenal, y espero, por lo tanto, que vuestra eminencia me dispensará que me retire. Segun el mensaje, se trata sin duda de algun negocio de importancia; excusadme, pues; si me veo obligado á abandonaros tan pronto.

El cardenal le contestó en los términos que aconseja la política, y todos los convidados se levantaron para sa-

ludar al almirante hasta que hubo desaparecido de la estancia. Apenas habia salido, cuando se le reunió el conde de Llera.

—¿A dónde vais tan precipitado, don Luis? preguntó Colon. ¿Qué causa os obliga á abandonar un banquete como no se ha visto otro semejante, á no ser en los palacios de los reyes?

—¡Por Santiago! Ni tampoco en los palacios, señor, si hemos de juzgar por el del rey Fernando, contestó Luis maliciosamente. Pero es el caso que he tenido que dejar el banquete á fin de obedecer á doña Isabel, que acaba de comunicarme una órden para que inmediatamente me presente á ella.

—En ese caso, señor conde, iremos juntos, puesto que llevamos un mismo rumbo. A mi tambien se me acaba de citar para el cuarto de la reina.

—Mucho me regocijo de saberlo, señor, pues solo tengo noticia de un objeto para el cual podamos ser llamados á un mismo tiempo. Sin duda alguna se trata de mi enlace con doña Mercedes, y tratarán de que vos deis un testimonio de que os he acompañado durante todo el tiempo de nuestro viage.

—Mi tiempo y mi imaginacion han estado tan ocupados desde nuestro regreso con los negocios públicos, Luis, que ni siquiera me he acordado de hablaros acerca de ese particular. ¿Cómo está doña Mercedes de Valverde y cuándo se digna recompensar vuestro amor y vuestra constancia?

—Quisiera, señor, poder contestaros á la última de vuestras preguntas con entera certidumbre, y á la primera con mas satisfaccion por mi parte. Desde mi regreso solo una vez he visto á doña Mercedes, y si bien ella me ha parecido tan dulce y franca como siempre, mi tia ha respondido friamente y con excusas al exigirle yo que no difiriese mas nuestra dicha. Parece ser que quieren consultar á S. A., y como el ruido causado por el éxito de nuestro viage ha distraido á la reina hasta tal punto, no ha tenido lugar de ocuparse de cosas tan insignificantes y de tan escasa importancia como las que tienen por objeto poner el sello á la dicha de un soldado tan decidido como yo.

—Es muy probable, en efecto, Luis, que ambos hayamos sido llamados con ese fin; ¿pues para qué otro asunto podemos ser llamados ambos á un tiempo mismo y de un modo tan súbito y poco acostumbrado?

A nuestro héroe no le disgustaba el hacerse el mismo cargo, así es que penetró en las habitaciones de la reina con ligero paso y el rostro radiante de alegría, como si fuese decidido á hacer la corte á su amante. El almirante del Océano de las Indias, como llamaban entonces á Colon, no tuvo que aguardar largo tiempo en la antecámara, pues trascurridos apenas algunos minutos, fué admitido, así como su compañero, á la presencia de la reina.

Isabel los recibió en audiencia completamente privada, pues solo estaban á su lado la marquesa de Moya, Mercedes y Ozema. A primera vista conocieron Luis y Colon que las cosas no estaban tan bien dispuestas como se esperaban, porque la fisonomia de cada una de aquellas damas aparentaba disfrutar de una fingida calma. Verdad es que el aspecto de la reina aparecia tranquilo y lleno de dignidad, pero sus megillas estaban encendidas, su frente pensativa, y su mirada melancólica. El pesar y la indignacion se veian pintados á un mismo tiempo en el rostro de doña Beatriz, y Luis observó con sentimiento que procuraba apartar de él sus miradas, segun tenia de costumbre cuando se hallaba disgustada con su sobrino. Los labios de Mercedes estaban pálidos como la muerte, si bien una pequeña tieta encarnada coloreaba algun tanto sus megillas; tenia los ojos bajos, y su aspecto era tímido y humilde. Solo Ozema conservaba su situacion ordinaria; mas sin embargo, tambien su mirada aparecia inquieta y desasosegada. Un rayo de alegría brilló en sus ojos, y no pudo contener una leve exclamacion de placer al ver entrar á Luis, á quien tan

solo una vez habia visto desde su llegada á Barcelona, ó lo que es lo mismo, desde cerca de un mes.

Isabel se adelantó uno ó dos pasos para recibir al almirante, y cuando éste trató de hincar ante ella sus rodillas, se lo impidió dándole á besar su mano y diciéndole:

—No, señor almirante, no. Semejante género de homenaje no corresponde ni á vuestra elevada clase ni á los eminentes servicios que nos habeis hecho. Si somos vuestros soberanos, tambien somos vuestros amigos. Solo temo que el señor cardenal no me podrá perdonar tan fácilmente el haberle privado de vuestra compañía antes de lo que probablemente se esperaría.

—Su eminencia y toda su sociedad, señora, tienen entre ellos con qué pasar el tiempo, repuso Colon sonriendo, aunque sin apartarse mucho de su habitual gravedad, y en este momento sentirán menos mi ausencia que en otro cualquiera. Mas aunque así no fuese, tanto este jóven conde como yo, estariamos siempre dispuestos á abandonar un banquete mas brillante todavia para ponernos á las órdenes de V. A.

—No lo dudo, señor; pero esta noche he deseado veros para un asunto de interés privado, mas bien que público. Doña Beatriz, que se halla presente, me ha hecho saber la presencia en la corte y la historia de esta hermosa criatura, que dá una idea tan elevada de vuestros vastos descubrimientos, y que me sorprende se la haya tenido oculta un solo momento. ¿Sabeis vos, don Cristóbal, á qué clase pertenece y las circunstancias que la han conducido á España?

—Sí, señora, las sé, en parte por mis propias observaciones, y en parte por lo que me ha referido don Luis de Bobadilla. Considero la clase á que pertenece doña Ozema, como inferior á la dignidad real y como superior á la nobleza, si es posible que nos creemos en nuestra imaginación una condición intermedia entre aquellas dos. De todos modos, es preciso tener muy presente que la isla de Haití no es Castilla, que la una está sumida en las tinieblas del paganismo y la otra se halla iluminada con las luces de la Iglesia y de la civilización.

—Sin embargo, don Cristóbal, una categoría es siempre una categoría, y los derechos que se adquieren al nacer no deben menoscabarse en nada por causa de una traslación de un país á otro.—Aunque el jefe de la Iglesia ha tenido ya á bien (y lo seguirá teniendo aun mas en lo sucesivo) concedernos ciertos derechos, como príncipes cristianos, sobre esos caciques de las Indias, no hay nada de nuevo ni inusitado en este hecho. Las relaciones entre un señor feudal y sus vasallos son ya antiguas y bien establecidas, y un gran número de ejemplos acreditan que ciertos monarcas han estado en posesión de alguna parte de sus dominios á título de vasallos, al paso que las demas partes solo de Dios les habian venido. Bajo este punto de vista, yo considero á esta jóven india como algo mas que noble, y he dado mis órdenes para que sea tratada como tal. Solo resta ahora darme cuenta de las circunstancias á favor de las cuales la vemos en España.

—Don Luis podría acaso informarnos mejor que yo, señora, puesto que las sabe perfectamente.

—Yo desearia saberlas de vuestra propia boca, señor. Conozco ya la historia del conde de Llera.

Colon pareció sorprendido y pesaroso, pero no titubeó en obedecer á la reina.

—Existen en Haití, señora, príncipes ó caciques de primera y segunda categoría. Estos últimos rinden á los primeros una especie de homenaje, y les deben cierto apoyo en sus tribulaciones....

—Ya veis, marquesa hija mia, que este es el orden natural de todo gobierno, y que lo mismo se acostumbra á hacer en el Oriente que en Occidente.

—Guacanagari, del cual he hablado ya á V. A., es uno de los caciques de primera categoría, y Mattinao, hermano de esta jóven india, lo es de segunda. Don

Luis fué á visitar á su territorio al cacique Mattinao, y se hallaba en su compañía cuando tuvo lugar una incursión que intentó hacer Caonabo, célebre jefe caraibo, que pretendia á Ozema por esposa. El conde de Llera se condujo como un valiente caballero castellano, derrotó al enemigo, y trajo á Ozema como en triunfo á bordo de nuestros buques. Allí se decidió traerla á España, así para dar mayor lustre al triunfo de ambas coronas, como para ponerla al abrigo, durante cierto tiempo, de las tentativas de Caonabo; que es un jefe muy poderoso y demasiado aguerrido para que la tranquila y pacífica tribu de Mattinao pudiese oponérsele.

—Perfectamente, señor Colon; eso mismo es lo que habia oído yo contar. ¿Mas por qué razon Ozema no formaba parte de vuestro séquito cuando se verificó vuestro recibimiento?

—Don Luis lo quiso así, señora, y yo le permití que marchase de Palos antes que yo, conduciendo á la jóven princesa india, para reunirme con ellos en Barcelona. Puestos aquí ya, pensamos tanto don Luis como yo que doña Ozema era muy superior en clase y circunstancias al resto de sus compañeras y compañeros para ofrecerla como un espectáculo á los ojos del vulgo.

—Al menos en esta idea habia delicadeza, ya que no prudencia, dijo la reina secamente. Y siendo así ¿habrá estado Ozema confiada á los solos cuidados del conde de Llera por espacio de algunas semanas?

—Así me lo presumo, señora, sino es que lo haya estado bajo la protección de la marquesa de Moya.

—¿Pero acaso era esto obrar prudentemente, don Cristóbal? Un hombre de vuestra esperiencia no debo nunca prestar su beneplácito para ello.

—¿Señora! exclamó Luis no pudiendo ya contener por mas tiempo su emoción.

—Silencio, jóven, dijo la reina. Ahora os preguntaré á vos, y necesitareis sin duda todo vuestro talento para contestarme convenientemente. Señor almirante, ¿vuestro buen juicio no se resiente de haber cometido alguna indiscreción en el asunto que nos ocupa?

—Señora, esa pregunta es tan sumamente desconocida para mí, como la razon que os asiste para dirigirmela. Yo tengo la mayor confianza en el pundonor del conde, y ademas, sabia que desde largo tiempo tenia entregado su corazón á la jóven mas bella y mas digna de respeto de toda España; por otro lado mi ánimo estaba de tal modo ocupado con los grandes intereses de V. A., que ni aun tiempo me quedaba siquiera para pensar en cosas que solo tenían á mis ojos una importancia secundaria.

—Lo oreo, señor Colon, y acepto vuestras disculpas. Mas sin embargo, para un hombre tan experimentado como vos, fué cometer una grande imprudencia el fiarse de ese modo en la fidelidad del corazón de un jóven tan ligero como inconstante.—Y ahora, conde de Llera tengo que dirigiros varias preguntas, á las cuales tal vez no os sea muy fácil contestar. ¿Admitis que todo cuanto hasta este momento se ha dicho aqui sea cierto?

—Sí, en verdad, señora. Don Cristóbal no puede tener motivo alguno para desfigurar su relato, dando por supuesto que fuese capz de cometer una bajeza por el estilo. Me jacto tambien de que mi familia no ha sido citada jamás en España por haber surtido al mundo de caballeros pérfidos y desleales.

—Estoy enteramente conforme con vos en ese particular. Si vuestra familia ha tenido la desgracia de producir un corazón falso y traidor, ha tenido tambien la gloria, dijo la reina dirigiendo una mirada á doña Beatriz, de haber producido otros que pueden rivalizar en constancia con los mas celebrados de la antigüedad. El esplendor de la casa de los Bobadillas no estriba tan solo en el que actualmente es su jefe. Escuchadme, pues, señor conde, y no despleguéis vuestros labios sino para contestar á mi interrogatorio.—¿Vuestros pensamientos no están fijos en el matrimonio desde algun tiempo á esta parte?



—Convengo en ello, señora: ¿pero es acaso un delito el pensar en aquello que es la honrosa consecuencia de un amor que data de largo tiempo, de un amor que yo esperaba ver bien pronto coronado con vuestra aprobación?

—¡He aquí lo que yo me sospechaba, Beatriz! exclamó Isabel; esta criatura tan amable, aunque todavía sumida en las tinieblas, ha sido vilmente engañada con un fingido matrimonio, porque no hay súbdito alguno de la corona de Castilla que se atreviese á hablar de ese modo en mi presencia si le ligasen á otra muger cualesquiera vínculos tan sagrados. El hombre mas pérfido y relajado de toda España no osaría habérselas con la Iglesia y con el trono en este particular.

—Señora, exclamó Luis, V. A. se espresa en términos bien duros para mí, si bien todo lo que oigo es un enigma. ¿Mé será permitido preguntar si es á mí á quien van dirigidas tan severas advertencias?

—¿De qué otro podríamos hablar? ¿A quién habíamos

heredera castellana, cuando vuestra fé se halla ya ligada á otra persona por medio de votos legítimos, pronunciados al pie de los altares. Vos sabreis á punto fijo de cual de los crímenes sois culpable.

—¿Y vos, tía mia, y vos, Mercedes, me creéis tambien culpable del delito que se me imputa?

—Temo que todo sea demasiado cierto, contestó friamente la marquesa. Las pruebas son tan claras y convincentes, que hasta un sarraceno no podria negarse á creerlas.

—¿Y vos, Mercedes?

—No, Luis, repuso la generosa castellana con un calor tal y una sensibilidad que dieron por tierra con todos los diques de la reserva y de la timidez, os creo tan incapaz de accion tan baja, como de otra cualquiera de la misma especie. Solo me figuro que os habreis dejado arrastrar de la ligereza de vuestras inclinaciones. Conozco demasiado bien vuestro corazon y vuestro honor, para suponer en vos nada mas que cierta fragilidad, á la cual no debisteis ceder siempre que hubiera estado en vuestra mano dominarla.

—¡Bendito sea Dios y su santa madre! exclamó Luis, que apenas se atrevió á respirar mientras Mercedes se espresaba en aquellos términos. Todo soy capaz de arrostrarlo, escepto la idea de que vos me creais capaz de cometer una bajeza.

—Es preciso que terminemos este asunto, Beatriz, dijo la reina, y no veo medio mas á propósito para ello que proceder á la prueba de los hechos. Acercaos, Ozema, y que vuestro testimonio venga por fin á poner término á este negocio.

La jóven india comprendía el español mucho mejor que lo hablaba, y sin embargo, no habia entendido casi nada de lo que allí acababa de decirse. Obedeció en el momento á la órden de la reina, sintiéndose su alma toda conmovida por efecto de la escena que tenia lugar en su presencia, mientras que su espíritu se esforzaba vanamente por adquirir una inteligencia perfecta. Mercedes solamente habia parado su atencion en la expresion del rostro de la jóven india en el momento en que Isabel reconvenia severamente á Luis y en que éste protestaba de su inocencia: ella no pudo menos de conwencerse entonces del interés que nuestro héroe inspiraba á Ozema.

—Ozema, dijo la reina hablando con lentitud y como midiendo sus palabras, á fin de que la estrangera pudiera comprenderla y seguir el hilo de su discurso; Ozema, decidme: ¿sois la esposa de Luis de Bobadilla, ó no lo sois?

—Ozema, muger de Luis, repuso la india sonriendo y ruborizándose; Luis marido de Ozema.

—Esta respuesta es tan clara como de sus mismas palabras puede inferirse, don Cristóbal, y esto mismo es lo que la princesa ha respondido repetidas veces á mis reiteradas preguntas. ¿Cuándo y cómo os habeis casado con Luis, Ozema?

—Luis, casado Ozema con religion, religion de España, Ozema casada Luis con amor y deber á la manera de Haití.

—Esto es sumamente extraordinario, señora, y yo desearia hacerla por mí mismo algunas preguntas sobre el particular, si V. A. me otorga su permiso.

—Haced lo que gustéis, señor Colon, respondió Isabel con frialdad. Por mi parte estoy completamente convencida, y mi justicia exige que dicte mi determinacion sin mas tardanza.

—Conde de Llera, dijo el almirante con grave tono: ¿convenis ó negais ser el esposo de doña Ozema?

—Lo niego rotundamente, señor almirante. Yo no estoy casado con ella, ni jamás he pensado en contraer enlace alguno con otra muger que con doña Mercedes.

Luis dió esta contestacion con un acento firme y decidido, y con aquel aire de franqueza y de sinceridad que formaba el mas bello encanto de sus maneras



Don Luis y Mercedes.

de aludir? Vuestra conciencia debe haceros conocer toda la justicia de nuestras reprensiones, jóven perverso, y sin embargo, os atreveis á presentaros ante vuestra soberana y ante esta angelical doncella de Castilla levantando vuestra atrevida frente, como si fuese posible que en ella volbiesen á verse pintadas el candor y la inocencia.

—Señora, yo no soy un ángel, pero estoy pronto á reconocer á Mercedes por una criatura angelical; tampoco soy un santo dotado de una perfecta pureza; en una palabra, no soy mas que Luis de Bobadilla; pero tan lejos me hallo de ser acreedor á semejantes reconvencciones, como de merecer la corona de mártir. Dispensadme el que os pregunte con la mayor humildad de qué delito se me acusa.

—Se os acusa, ó de haber engañado con un fingido matrimonio á esta inocente y cándida princesa india, ó de haber insultado á vuestra soberana hablándola de los deseos que abrigábais de enlazaros á una noble y rica

—¿Pero le habeis dado con vuestra conducta ó por medio de alguna indiscrecion el derecho de creer que teniais la idea de casaros con ella?

—Jamás. No hubiera podido tratar á mi propia hermana con un respeto mayor que el que siempre he tributado á Ozema, y esto se prueba con el hecho de que tan pronto como me ha sido posible la he colocado bajo la proteccion de mi tia y en compañía de doña Mercedes.

—Esto me parece muy puesto en razón, señora. Un hombre profesa siempre demasiado respeto hácia la virtud de vuestro sexo para atreverse á ofenderla ni aun con sus ligerezas.

—En oposicion á todas estas protestas, señor almirante, y á todas estas bellas ideas de virtud, tenemos la declaracion clara y terminante de una jóven que no sabe lo que es engañar, que es demasiado ingénuo y sencilla para tratar de hacerlo con nosotros, y que pertenece á una clase de la cual seria indigno un proceder semejante.—Beatriz, vos sois de la misma opinion que yo, y no podeis hallar disculpa alguna para este falso caballero, por mas que en otro tiempo haya sido el orgullo de vuestra familia.

—Yo no sé qué deciros, señora: cualesquiera que hayan sido las faltas y fragilidades de don Luis (y solo Dios sabe cuantas ha cometido); jamás ha faltado al honor ni ultrajado á la verdad. He atribuido ademas la manera con que ha confiado la princesa á mis cuidados, á los impulsos de mi corazón, que no aspiraba á ocultar los errores de su cabeza y á la esperanza de que su permanencia entre mi familia me daria á conocer mas brevemente la verdad. Yo desearia que se dirigieran aun algunas preguntas á doña Ozema á fin de asegurarnos bien de que no se halla ofuscada por algun extraño error.

—Esto es muy justo, respondió Isabel, cuyo deseo de ser justa la impelia en todas ocasiones á hacer un detenido exámen de todos aquellos asuntos en los cuales debia fallar. La suerte de un grande de España depende del resultado de esta informacion, y es muy justo concederle todos los medios posibles de justificarse, si es que puede, de una tan grave ofensa. Conde de Llera, podeis dirigir á la princesa, en presencia nuestra, cuantas preguntas juzgéis conveniente hacerla.

—Señora, seria impropio de un caballero entrar en la lid contra una dama, y sobre todo contra una dama que se halla en la posicion de esta estrangera, repuso Luis con orgullo y ruborizándose, porque él preveia que Ozema no se hallaria dispuesta á ocultar su predileccion hácia él. Si creéis necesario que se la dirijan nuevas preguntas, esa es comision que seria mejor desempeñada por cualquiera otro que por mí.

—Puesto que yo soy la que deberia desempeñar el penoso deber de imponer el castigo, dijo la reina con tranquilo acento, yo me encargaré tambien de esta desagradable tarea. Señor almirante, nosotros no debemos tratar de sustraernos á ninguna de las obligaciones que nos ponen en contacto con el mas sublime de los atributos de Dios: la justicia. Princesa, habeis dicho que don Luis es vuestro marido, y que vos os considerais como su esposa. ¿Cuándo y en qué lugar habeis comparecido ante un sacerdote?

Eran tantas las tentativas hechas para convertir á Ozema al cristianismo, que ella comprendia ya mejor las expresiones usuales del lenguaje religioso que lo demas del idioma español, si bien solo presentaban aquellas á su imaginacion un cuadro confuso de obligaciones imaginarias y de ideas místicas. Como suele suceder á todas las personas que se hallan poco familiarizadas con las abstracciones, su piedad se sujetaba mas á las formas que á los principios, y se hallaba mas dispuesta á admitir la importancia de las ceremonias religiosas que la necesidad de la fé. Impúsose, pues, de la pregunta de la reina, y contestó á ella ingénuamente y sin el menor deseo de ocultar la verdad.

—Luis casado Ozema con cruz de cristianos, dijo oprimiendo contra su corazón el santo emblema de la

redención que el jóven español le habia dado en momentos de gran peligro como ya sabe el lector. Luis pensar él hasta morir. Ozema pensar ella hasta morir; los dos queridos morir juntos marido y muger. Luis casado con cruz como buen cristiano de España. Ozema casada Luis con su corazón, como buena haitiana en su pais.

—Aquí hay alguna equivocacion, dijo el almirante, alguna sensible equivocacion motivada por la diferencia de las lenguas y de las costumbres. Don Luis no es culpable de la ilusion que se hace esta jóven india. Yo le he visto entregarla esta cruz; fué en alta mar, durante una tempestad, y yo formé por ello una favorable idea del celo del conde por la salvacion de un alma sumida en las tinieblas. En aquellos momentos no pudo tratarse de matrimonio, y solo una muger estraña á nuestras costumbres podia ver en esto otra cosa que no fuese la entrega de un simbolo de religion, para que pudiese ser de alguna utilidad á una criatura que jamás habia sido purificada por el agua del bautismo ni asistido á los Oficios Divinos.

—¿Don Luis, confirmais la precedente relacion? ¿Asegurais que el donativo de esta cruz solo lo hicisteis con aquella intencion? preguntó la reina.

—Esa es la pura verdad, señora. Nos hallábamos luchando con la muerte, y yo conocí que esta pobre infiel, que se habia puesto bajo mi proteccion, necesitaba alguna clase de consuelo: no hallé otro en aquellos momentos que este recuerdo de Nuestro Divino Redentor y de nuestra propia redención. Me pareció, pues, que á falta de bautismo este seria el mejor preservativo para su alma.

—¿No os habeis presentado jamás con ella ante un sacerdote? ¿No habeis abusado en manera alguna de su inocencia y de su sencillez?

—No es propio de mi carácter el engañar á nadie, señora, y en prueba de ello voy á revelaros todas las faltas de que yo he podido ser culpable en mis relaciones con Ozema. Su hermosura y sus seductoras maneras, su semejanza con doña Mercedes, dicen lo suficiente por sí mismas. Esta semejanza me previno fuertemente en su favor, y si mi corazón no hubiera pertenecido á otra por completo, me hubiera envanecido en hacerla mi esposa. Pero yo no podia pensar en eso ni un solo instante, á pesar de que esa estremada semejanza me llevó á hacer comparaciones que solo podian ser favorables á una muger criada en la ignorancia de la verdadera religion. Que Ozema me llegó á inspirar alguna ternura, debo confesarlo; pero que jamás haya llegado el caso de pensar suplantarla á Mercedes en mi corazón, lo niego y lo negaré á la faz del mundo. Si alguna falta tengo que echarme en cara con respecto á Ozema, es el no haber sido capaz en todas ocasiones de ocultar los sentimientos que me inspiraba su ingénuo sencillez, y sobre todo su semejanza con Mercedes. Por lo demas, yo jamás la he faltado ni de obra ni de palabra.

—Semejante lenguaje me parece hijo de la rectitud y de la verdad, Beatriz. Pero vos, que conocéis mejor al conde, ¿podreis decirnos hasta qué punto debemos dar crédito á sus esplicaciones?

—Yo respondo con mi vida de que él dice verdad, mi querida señora. Luis no es hipócrita, y yo me regocijo, ¡oh! sí, me regocijo al verle de tal modo dispuesto á justificar su conducta. Ozema, que habia oido hablar de las fórmulas de nuestros matrimonios y que ha visto la devoción que la cruz nos inspira, se ha equivocado acerca de su propia posicion, así como tambien se equivocó respecto á los sentimientos de Luis; ella se habia creído ser su esposa, pero una doncella cristiana jamás hubiera podido incurrir en tan sensible error.

—Todo esto presenta ciertamente una apariencia de probabilidad, dijo la reina; mas sin olvidarse de las consideraciones debidas á la delicadeza, por no decir á los derechos de su sexo, añadió:

—Sin embargo, este negocio afecta al pundonor de una dama, de una princesa, debemos decir, y no pue-



de ser tratado sin alguna reserva. Conviene que las esplicaciones sucesivas tengan lugar entre damas exclusivamente; señores, yo confío en vuestro propio honor que jamás volverá á hablarse de lo que ha pasado aquí, para que nunca venga á ser un objeto de conversacion para los hombres en medio de sus placeres. Yo acojo, además, desde aquí en adelante á doña Ozema bajo mi proteccion. En cuanto á vos, conde de Llera, mañana sabreis cuál es mi decision respecto á vos y á doña Mercedes.

Isabel pronunció aquellas palabras con el tono de dignidad propio, no solo de una dama, sino de una reina. Nadie replicó una sola palabra. Colon y don Luis, despues de hacer las réverencias de costumbre, se retiraron.

La reina no se separó de Ozema hasta hora muy avanzada. Las escenas que tenemos aun que referir podrán dar una idea al lector de lo que pasó en aquella entrevista.

### CAPITULO XXX.

Apenas Isabel se vió á solas con Ozema y con Mercedes, pues la reina queria que la jóven castellana presenciase aquella esplicacion, entabló la cuestion del matrimonio con toda la delicadeza propia de un alma sensible, pero con una verdad que hacia imposible cualquier error. El resultado de sus observaciones le dió á conocer perfectamente cuán engañada habia vivido la pobre jóven india: dotada de un alma ardiente, llena de franqueza y acostumbrada á ser tenida por un objeto de la general admiracion entre su pueblo, Ozema habia llegado á imaginarse que Luis sentia hacia ella la misma pasion que él la habia inspirado.

En su primera entrevista, con aquel instinto delicado que distingue á su sexo, conoció que Luis la miraba con admiracion, y como ella se dejaba llevar sin reserva alguna de su inclinacion, el frecuente trato que tuvo con él debió necesariamente contribuir á hacerla creer que era correspondida. Cada uno de ellos ignoraba el idioma del otro; por consiguiente, no podian comprenderse sino por medio de gestos y ademanes, y éste mismo lenguaje dió nuevo pábulo á su engaño.

Debe recordarse tambien que si la constancia de Luis se contuvo firme, no por eso dejó de sufrir una dura prueba. La equivocada significacion que dió Ozema al nombre de Mercedes, contribuyó tambien en gran parte á sostener una ilusion que los delicados cuidados que nuestro héroe le prodigaba en todas ocasiones aumentaban notablemente. El sistema tan estricto de decoro que Luis observó invariablemente respecto á la jóven india, el respeto que la manifestó en todos tiempos, no causaron en ella el menor efecto; pues si bien es cierto que toda su educacion la debia á la naturaleza, ese instinto infalible que caracteriza al sexo débil, le hacia conocer asimismo la especie de poder que ejerce siempre sobre el sexo fuerte.

Vinieron despues las diferentes tentativas hechas con objeto de crear en el ánimo de Ozema algunas ideas de religion, y los sensibles errores originados por sutilezas mal esplicadas y peor comprendidas. La jóven india se persuadió de que los españoles adoraban la cruz; y efectivamente, ¿no la veia ella colocada con preferencia y aparato en todas las ceremonias públicas y religiosas? ¿No observaba que se arrodillaban todos ante aquel simbolo, y que se ponía siempre por testigo en los tratos y compromisos mas solemnes? Los marinos la miraban con respeto, y hasta el mismo almirante habia hecho erigir una al tomar posesion del territorio que Guacanagari le habia cedido. En una palabra, Ozema, en su poco desarrollada imaginacion, creia que la cruz servia como de prenda de la fidelidad con que debian cumplirse todas las promesas. Ella habia admirado muchas veces la que nuestro héroe llevaba pendiente de su cuello, y como, segun la costumbre de su pais, el cambiar mutuamente

alguna prenda era una ceremonia indispensable para hacer válidos los casamientos, se figuró que al darla don Luis aquella joya, que ella tenia en tanta estima, la tomaba por esposa, precisamente en el momento en que acaso la muerte iba á separarlos para siempre. Su candidez y su cariño fueron la causa de que ella no llevase mas allá sus argumentos ni su creencia con respecto á aquel sagrado signo.

Una hora tardó Isabel en coordinar todos estos detalles, sacados con trabajo de las mismas palabras de Ozema, asi como la confesion que esta hizo de cuantos sentimientos habia experimentado, si bien es preciso decir en justicia que la jóven india no trató de ocultar, ni realmente ocultó, la mas mínima circunstancia. Solo restaba, pues, á la reina cumplir la parte mas sensible de la comision que habia tomado á su cargo, que era el desengañar á una jóven de aquello en que ya habia consentido, y de prepararla á recibir lo mas resignadamente posible la cruel leccion que se desprendia de aquel desengaño. La reina, pues, no obstante lo repugnante del encargo, emprendió aquella tarea, y persuadida de que era lo mas acertado disipar desde luego toda ilusion que pudiera existir acerca del particular, consiguió hacer comprender á Ozema que el conde de Llera, mucho tiempo antes de haberla conocido á ella, habia hecho depositaria de todo su cariño á Mercedes, con quien se habia desposado. Imposible hubiera sido desempeñar aquella triste comision con mayor tacto y delicadeza; pero sin embargo, fué aquel un golpe tan terrible para la jóven india, que la misma Isabel se estremeció de lo que acababa de hacer. La reina no podia esperarse de modo alguno la explosion de sensibilidad de que fué testigo, propia solo de un corazon que acaba de salir de manos de la naturaleza, y cuyo recuerdo no pudo menos de turbar su sueño por espacio de muchas noches.

Por lo que hace á Colon y á nuestro héroe, permanecieron durante toda la siguiente semana sin saber nada de cuanto habia pasado. Para decir verdad, Luis habia recibido de su tia á la mañana siguiente un billete que le hizo cobrar ánimo, y un page de Mercedes le trajo á la mano, y sin decir una sola palabra, la cruz que por tanto tiempo llevó al cuello. En cuanto á lo demas, estaba completamente entregado á sus conjeturas. El momento de la esplicacion llegó por fin, y un page vino á prevenirle que pasase á la habitacion de su tia.

A su llegada, Luis no halló allí á la marquesa, como él se creia: no habia nadie absolutamente en el salon. Habiéndose dirigido al page que le introdujo, éste le contestó que aguardase á que viniera alguien para recibirle. La paciencia no era por cierto la principal virtud de nuestro héroe, que se puso á pasear con mucha calma, por espacio de una media hora, sin que persona alguna pareciese pensar en su visita. Cuando ya se disponia á llamar á un criado para hacerse anunciar de nuevo, abrióse lentamente una puerta, y Mercedes apareció ante su vista.

La primera mirada que el jóven le dirigió le hizo conocer que su espiritu se hallaba en un estado de ansiedad y agitacion. La mano de que él se apoderó para besarla temblaba como la hoja en el árbol, y sus mejillas tan pronto aparecian pálidas como encendidas, como si estuviese próxima á sucumbir bajo el peso de la emocion que padecia. A pesar de esto, ella rehusó, con una débil sonrisa, el vaso de agua que Luis la presentó, y haciéndole seña de que tomase una silla, se sentó ella misma en un taburete, humilde asiento que ella tenia costumbre de ocupar siempre en presencia de la reina.

—Don Luis, dijo Mercedes así que pudo dominar un poco su emocion, yo he solicitado tener esta entrevista con vos para que no pudiese quedar un solo motivo de engaño acerca de nuestros sentimientos y nuestros deseos. Vos habeis dado lugar á sospechar que estábais casado con doña Ozema, y habeis estado por un momento á punto de perderos, atrayéndoos la enemistad de la reina.

—¿Pero vos mi querida Mercedes, jamás me habeis

creído culpable de semejante acto de inconstancia y de lealtad?

—Yo os he dicho la verdad, señor, porque os conocía demasiado bien; estaba muy segura de que si Luis de Bobadilla se hubiera determinado á dar un paso semejante, habria tenido suficiente carácter y franqueza para confesarlo. Por lo tanto, yo no he creído ni un solo instante que estuviérais casado con la princesa.

—¿Por qué razón, pues, siendo así, apartabais de mí vuestras miradas llenas de tibieza? ¿Por qué bajabais esos ojos que debieran cambiar con las mías sus miradas, que hacen las delicias del amor? ¿A qué venían aquellos ademanes, que si no indicaban desde luego una aversión decidida, manifestaban al menos una reserva y una indiferencia que jamás pude creer existiesen entre nosotros?

Mercedes palideció; estuvo un breve instante sin responderle, y durante aquel corto intervalo, dudó si se hallaría en estado de ejecutar su proyecto. Mas sin embargo, valiéndose de toda su firmeza, volvió á continuar su razonamiento en el mismo tono con que lo empezó:

—Escuchadme don Luis; mi historia no será muy larga. Cuando abandonasteis la España, por indicacion mia, con objeto de emprender ese gran viage, entonces me amabais; (ningun poder de la tierra puede privarme de este delicioso recuerdo.) Si; vos me amabais entonces, y no amabais mas que á mí. Nos separamos prometiéndonos guardarnos fé mutuamente, y durante vuestra ausencia no ha trascurrido un solo dia en que yo no haya pasado largas horas de rodillas rogando al cielo por el almirante y sus compañeros.

—No debe sorprendernos entonces, querida Mercedes, que el éxito haya coronado nuestros esfuerzos: semejante intercesión no podia menos de ser bien acogida.

—Os suplico que me escuchéis, señor. Hasta el dia en que llegó la noticia de vuestro regreso, no hay muger alguna en España que haya experimentado mas inquietudes por la suerte de aquel en quien ella habia colocado todas sus esperanzas, que las que yo he sufrido por vos. Mas si el presente aparecia á mis ojos cargado de temores y de zozobras, el porvenir, por el contrario, se mostraba brillante y lleno de esperanzas. El mensajero enviado á la córte por el almirante fué el primero que me abrió los ojos á las realidades del mundo, dándome esta dura lección, lección que la juventud no aprende nunca sino demasiado tarde, la lección del desengaño. Entonces fué cuando por primera vez oí hablar de Ozema; y de la admiracion que os causaba su hermosura, de la manera con que estuviérais á punto de sacrificar por ella vuestra propia vida.

—¿Por San Lucas! ¿A lo que veo ese bribon de Sancho ha tenido la osadía de hacer llegar á vuestros oídos el veneno de pérfidas insinuaciones acerca de la constancia de mi amor hácia vos?

—No ha dicho mas que la verdad, Luis, y no debe por lo tanto hacérselo un cargo por ello. Su relacion me hizo preveer ya algun contratiempo, y doy mil gracias al cielo de que este contratiempo haya llegado con tanta lentitud á mi noticia para haberme podido preparar á recibirle. Cuando conocí á Ozema no me sorprendió ya vuestra mudanza: casi no acertaba á vituperaros. Yo estoy persuadida de que vos hubierais podido al fin resistir á su hermosura, pero su completa decision hácia vuestra persona, su inocencia, su seductora candidez, su alegre modestia, su natural afable bastarian para hacer inconstante al amante de cualquier española.

—¿Mercedes!

—Ya os he dicho que no os culpo por ello, Luis. Mas vale que haya recibido este golpe ahora que mas adelante, en ocasion tal vez en que no hubiera podido resistirlo. Un cierto no se qué me anuncia que si yo hubiera llegado á ser vuestra esposa, habria sucumbido bajo el peso de un cariño no correspondido; pero en el dia un convento me aguarda, donde podré consagrar mi vida entera al Hijo de Dios.—No me interrumpais, Luis, añadió sonriendo dulcemente, aunque haciendo un esfuerzo

que daba á conocer cuánto le costaba aparentar aquel no satisfecho: necesito todo mi valor para concluir todo lo que tengo que deciros, y no me siento dispuesta á sostener una discusion. Vos no habeis podido ser dueño de vuestro corazón; y solo á las estrañas novedades que rodeaban á Ozema, á su seductora ingenuidad, debe atribuirse la feliz mudanza en su favor, y en contra mia, que ha tenido lugar en vos. Yo me someto á la voluntad del cielo, y procuro convencerme de que todo esto ha sucedido para mi eterno bienestar. Habiendo sido vuestra esposa, la ternura que rebosa en mi corazón (¿para qué lo he de ocultar?) hubiera llegado á esceder quizá al amor que debo á mi Dios: vale, pues, mas que las cosas continúen como están. Si la dicha de este mundo no se ha hecho para mí, yo procuraré crearme una eterna felicidad sobre la tierra, puesto que podré rogar por vos como por mi misma, y de todos los seres de este mundo, vos y Ozema sereis siempre los primeros en mis pensamientos.

—Esto es tan sorprendente, Mercedes, tan cruel, tan fuera de razón; tan injusto, que no puedo dar crédito á mis oídos.

—Os repito otra vez que no os culpo á vos; la bondad y la sencillez de Ozema son mas que suficientes para justificaros, puesto que en la eleccion del objeto de su amor, los hombres suelen consultar mas bien á sus sentidos que á su corazón.—Una hija de Ilaiti puede hacer uso inocentemente de un poder que no estaria bien que una cristiana lo emplease.—Un vivo encarnado coloreó las mejillas de Mercedes al pronunciar estas palabras.—Pero llegaremos á los hechos que merecen una pronta decision. Ozema ha estado enferma, y aun lo está de peligro; S. A. y mi tutora así lo creen, y así lo dicen los médicos; en vuestra mano está, pues, el salvarla; Luis, id á verla; decidle una sola palabra que le haga dichosa; decidle que si aun no os habeis casado con ella segun las costumbres de España, estais pronto á verificarlo: en fin, que los venerables sacerdotes que están diariamente á su lado, á fin de prepararla para el bautismo, dispóngan la ceremonia para esta misma mañana: de este modo volveremos á ver á la princesa risueña, alegre, esplendente, en una palabra, tal como se hallaba cuando nos la confiasteis á nuestros cuidados.

—¿Y sois vos, Mercedes, la que tales cosas me dice, y con tanta tranquilidad, con tono tan prémeditado! Asi como si vuestras palabras fuesen la expresion de vuestros deseos y sentimientos.

—Con tranquilidad, eso podrá pareceros así, Luis, repuso nuestra heroína con voz ahogada, pero con resolucion. Si; casarse conmigo y amar á otra: eso es imposible. Si así es, ¿para qué no seguís los impulsos de vuestro corazón? El dote de la princesa no será despreciable, puesto que una religiosa encerrada en su convento no necesita oro ni riquezas de ninguna especie.

El conde miró con ternura á la jóven entusiasta, que jamás le habia parecido mas hermosa. Despues, levantándose, echó á andar por espacio de unos minutos, como si quisiese, con aquel acto puramente fisico, disimular lo que padecia moralmente. Cuando hubo recobrado suficiente imperio sobre si mismo, volvió á sentarse, y tomando la mano de Mercedes que ella le abandonó sin hacer la menor resistencia, contestóla en estos términos á aquella estraordinaria proposicion:

—Ha sido tanto lo que habeis velado al lado del lecho de vuestra amiga enferma, y es tanto lo que os ha ocupado la imaginacion, amiga mia, que os es imposible ver las cosas bajo su verdadero aspecto. Ozema no tiene sobre mi corazón los derechos que vos creéis, y yo jamás he tenido hácia ella mas que una débil y pasajera inclinacion.

—¿Ah! Luis, nunca han cabido aqui esas débiles y pasajeras inclinaciones, dijo Mercedes señalando con ambas manos al corazón.

—Nuestra educacion, Mercedes, nuestras costumbres, la dulzura de vuestro carácter y la excesiva rudeza del



mino, no admiten comparacion alguna: de otro modo yo no podria adoraros como os adoro. Si vos no existieseis, la seguridad de casarme con Ozema no haria en manera alguna mi felicidad. Pero existis, y amándoos como yo os amo, semejante union vendria á comunicar á mi vida cierta amargura que, á pesar de mi ligereza natural, me seria imposible soportar. En ningun caso puedo yo ser esposo de esa india.

Un rayo de felicidad vino á iluminar el rostro de Mercedes; mas sus principios tan puros y sus nobles intenciones, reprimieron bien pronto el sentimiento que áquel instante de triunfo habia hecho nacer; ni siquiera respiraba su respuesta el tono de la reconvenccion.

—¿Sois acaso justo para con Ozema? ¿Su sencillez no ha sido acaso engañada por esa débil y pasajera inclinacion, y no reclama el honor que confirméis con vuestros actos las seguridades que hayais dado, al menos con vuestro modo de proceder?

—Mercedes, querida mia, escuchadme: habeis de saber que no obstante mis ligerezas, mis tergiversaciones, no tengo fatuidad. Nunca han espresado mis acciones otra cosa que lo que ha sentido mi corazon, y jamás mi corazon ha experimentado otra inclinacion que por vos. En esto consiste la gran diferencia que yo establezco entre vos y todas las demas personas de vuestro sexo. Ozema no es la única muger; sus encantos no son los solos que me hayan arrancado una tierna mirada ó una palabra de admiracion; pero vos, vos tenéis vuestro sitio en mi corazon y formais parte hasta de mi mismo ser. Si supieseis vos cuántas veces vuestra imaginacion ha sido para mí un mentor mas fuerte que mi propia conciencia; en cuántas ocasiones el recuerdo de vuestras virtudes y de vuestro cariño me han librado de una desgracia, aun cuando yo me hubiese olvidado del deber, de la religion y de las lecciones de mi juventud, comprenderiais la diferencia que existe entre el amor que yo os profeso y ese otro que tanto os habeis complacido en repetir, bajo el nombre de una inclinacion pasajera.

—Luis, ya no deberia escuchar vuestras seductoras palabras, que proceden sin duda de un bondadoso corazon que quisiera evitarme un pesar que me amenaza, pero que no echa de ver que eso seria hacerme mas infeliz en lo sucesivo. Si vos no habeis experimentado jamás otros sentimientos, ¿cómo es que la cruz que yo os di al separarnos se ha encontrado en manos de otra muger?

—Mercedes, vos no conocéis sin duda alguna las terribles circunstancias en que acabo de hallarme. La muerte nos amenazaba muy de cerca, y esta cruz se la di como simbolo capaz de salvar el alma de una infiel en un extremo tal. Si aquel don, ó por mejor decir, aquel préstamo, fué considerado como una prenda de union, ese es un error sensible que yo no he podido preveer; vuestro propio conocimiento de las costumbres cristianas os lo hará ver como á mí; pues lo mismo podria yo reclamaros, como esposa mia, á vos, que me disteis aquella joya.

—¡Ah Luis! ¿Cuando yo os di esa cruz, era mi deseo que vos la tomáseis como una prenda de mí?

—Y al enviármela en esta semana, ¿qué me habeis querido dar á entender?

—Os la he enviado, Luis, como devolviéndoos mis esperanzas, y por orden de la reina. S. A. se halla ahora bien dispuesta en favor vuestro, y ella descarta nuestra union, á no haber sobrevenido el lamentable estado de Ozema, á quien todo se le ha revelado, excepto, segun yo temo, el verdadero estado de vuestros sentimientos con respecto á ambas.

—¡Cruel Mercedes! ¿Con que ya no soy digno de inspiraros confianza? ¿Con que ya no debo ser nunca dichoso? Yo os juro, sin embargo, que vos sola poseéis mi corazon todo entero, que seria feliz con vos en una cabaña y desgraciado sin vos sobre un trono. Lo creereis, cuando sepais que soy infeliz, que ando errante por el mundo, sin tranquilidad de ánimo, sin esperanza, culpable

quizá, porque vos sola podeis mántenerme en la via de la virtud. Tened presente, Mercedes, la influencia de que podeis disponer, de que es preciso que dispongais y dispondeis sobre mis impetuosas pasiones. Desde hace largo tiempo os considero como el ángel de mi guarda, obedezco á vuestra voluntad, y me gobernais enteramente, cuando nadie ha podido vanagloriarse de otro tanto. ¿No soy, como vos, dulce, tratable, excepto cuando vuestras dudas exasperan mi pasion? ¿Ha tenido jamás doña Beatriz sobre mí la mas minima parte de la autoridad que vos ejercéis? ¿Vuestro acento no ha sido suficiente para desarmar mi cólera, aun en medio de los mas violentos accesos?

—Luis, Luis, los que conocen á fondo vuestro corazon no pueden dudar de cuanto decís!—Detúvose Mercedes, deduciéndose fácilmente por la emocion de su rostro que la sinceridad de su amante habia conseguido desvanecer las dudas que abrigaba acerca de su constancia. Sin embargo, en aquel momento se representaron á su imaginacion las escenas del viaje y el lecho de dolor en que yacia Ozema. Transcurrido un breve rato, continuó con voz tímida y apagada:

—Yo no os ocultaré cuán dulce es para mi corazon el escuchar de vuestros labios semejante lenguaje: temeria mucho, sin embargo, que me vencieseis fácilmente, porque se me hace imposible el creer que hayais podido olvidar para siempre á aquella muger que ha arriesgado por vos hasta su misma vida, sirviéndoos de escudo con su propio cuerpo contra las flechas del enemigo.

—¿Y vos, Mercedes, si os hubieseis hallado en igual caso que Ozema no hubiérais hecho otro tanto?

—Quizá hubiera deseado hacerlo, Luis, dijo Mercedes con los ojos cubiertos de lágrimas, pero no sé si hubiera tenido valor para ello.

—Lo hubierais tenido... lo hubierais tenido... Os conozco demasiado bien para equivocarme.

—Yo me atreveria á enviar á Ozema aquel hecho, si la envidia no fuese un pecado. Mucho me temo que vos mismo llegueis á olvidarlo cuando os hagais insensible á los encantos que entonces habrán perdido ya para vos el atractivo de la novedad.

—No solo vos habriais hecho otro tanto, sino con discernimiento. Ozema se ha espuesto por una causa que era personal de ella misma: vos os hubierais arrojado únicamente por mi causa.

Mercedes volvió á permanecer silenciosa y pareció reflexionar profundamente. Sus ojos habian recobrado todo su brillo, reanimados por las espresivas protestas de su amante, y á pesar de la generosa decision con que se habia determinado á sacrificar sus esperanzas todas, la seductora influencia de un cariño correspondido volvió bien pronto á adquirir todo su imperio.

—Venid conmigo, Luis, dijo ella por último, venid á contemplar á Ozema. Cuando la hayais visto en el estado en que ahora se encuentra, conoceréis mejor vuestros verdaderos sentimientos. Yo no debia haber dejado tomar cuerpo de este modo á vuestra antigua pasion por una entrevista particular. No habiendo estado Ozema presente á nuestra conversacion, es como si hubiéramos dado una sentencia sin oír á una de las partes. ¡Luis! (Mercedes se ruborizó al terminar esta frase, pero el fuego que cubria sus mejillas, producido por su amor y no por la vergüenza, dió un realce extraordinario á su belleza) ¡Luis!... si despues de visitar á la princesa creyeseis conveniente variar vuestro lenguaje con respecto á ella, por mas sensible que semejante circunstancia sea para mí, podeis estar bien seguro de que haré por olvidarme de cuanto ha pasado, y mis oraciones...

Los sollozos interrumpieron su voz, detúvose un instante para enjugar sus lágrimas, y se desprendió de los brazos de Luis, que la prodigaba sus consuelos; ella le rechazaba por un sentimiento de celosa inquietud acerca del resultado de la entrevista que iba á tener lugar, pero en cuyo sentimiento habia mas delicadeza que rencor. Cuando hubo enjugado sus lágrimas y calmado su

agitacion, condujo á Luis á la habitacion de Ozema, en donde era tan esperada su presencia.

Luis se estremeci6 al entrar en la estancia cuando vi6 allí á la reina y al almirante, y doblemente mas al notar los estragos que el pesar habia producido en Ozema. Una mortal palidez habia reemplazado á la frescura de sus mejillas; sus ojos despedian un brillo que parecia sobrenatural, y sin embargo, su debilidad era tal, que no podia sentarse, estando recostada, sino ayudada de almohadas. Un grito de júbilo se escap6 de los labios de la infortunada en el instante en que descubri6 á nuestro héroe; en seguida se cubri6 el rostro con ambas manos, con la confusion propia de un niño, y como si se avergonzase de haber traicion al placer que experimentaba. Luis sufri6 aquel espectáculo con el esfuerzo de un hombre, pues si bien su conciencia no se sentia completamente tranquila al recordar las horas ociosas que habia pasado en compañía de Ozema y la influencia que su hermosura y su sencillez seductoras habian ejercido momentáneamente en su ánimo, sin embargo, no se creia él culpable en realidad de lo que hubiera podido llamarse una falta, y particularmente de pensamiento alguno que le hubiera podido hacer aparecer como desleal al objeto de su primer amor, ó de algun conato de seducción. Tom6 respetuosamente la mano de la jóven india, la bes6 con una franqueza y una ternura que revelaban el cariño de un hermano mas bien que la pasion ó la emocion de un amante. Mercedes no habia tratado de observar el continente de Luis; pero si not6 la mirada de aprobacion que la reina dirigi6 á su tutor, en el momento de aproximarse Luis al lecho de Ozema. Ella interpret6, pues, aquella mirada como una señal de que la conducta del conde no desmentia las protestas que acababa de hacerle.

—Habeis hallado á Ozema bien debilitada, dijo la reina, que era la que solo podia romper un silencio que se prolongaba ya demasiado. Hemos tratado de iluminar su espíritu sencillo y puro acerca de los misterios de nuestra religion, y por último, ha consentido en recibir el santo sacramento del bautismo. El arzobispo se está preparando para la ceremonia, que se va á verificar en mi oratorio, y tenemos la agradable esperanza de que podremos arrancar de la eterna condenacion esta alma deliciosa.

—V. A. tiene siempre presente en su imaginacion la felicidad de su pueblo, repuso Luis inclinándose profundamente para ocultar las lágrimas que la situacion de Ozema no podia menos de arrancarle. Yo creo que nuestro clima no prueba bien á esos pobres haitianos, y me temo que todos los que en Palos y en Sevilla se hallan enfermos, den pocas esperanzas de recobrar la salud.

—¿Será eso cierto, don Crist6bal?

—Señora, es la pura verdad. Se ha cuidado de su alma al propio tiempo que de su cuerpo, y Ozema es hoy día la única de ellos en España que no haya sido bautizada.

—Señora, dijo la marquesa separándose del lecho de Ozema con la sorpresa y el pesar impresos en su rostro, temo mucho que vuestras esperanzas no queden defraudadas; Ozema acaba de decirme en voz muy baja que era preciso que Luis y Mercedes se desposasen en presencia suya, sin lo cual no consentiría en entrar en el gremio de la Iglesia.

—Esto no anuncia en verdad, Beatriz, que su espíritu se halla muy preparado para semejante ceremonia. Y si esto es así, ¿qué hemos de hacer con un corazón tan poco iluminado de la suprema luz? Quizá sea un capricho que habrá desaparecido apenas el arzobispo se halle dispuesto.

—No lo espero así, señora; jamás la he visto mas decidida; ordinariamente su carácter es tierno y flexible, mas ahora acaba de repetirme por dos veces esa misma idea de un modo que me hace creer que su resolucion es irrevocable.

Isabel se aproxim6 al lecho y dirigi6 la palabra á la

enferma con la mayor dulzura. Durante este tiempo, el almirante hablaba con la marquesa, y Luis se acerc6 á nuestra heroína. Su emocion era estremada: Mercedes apenas podia respirar, agobiada por la incertidumbre; pero algunas palabras pronunciadas á su oído la hicieron recobrar pronto una seguridad que presagiaba la dicha. A pesar de sus generosos sentimientos respecto á Ozema, habia al fin concebido la conviccion de que el corazón de Luis la pertenecia todo entero. Desde aquel momento se decidi6 á dejar á un lado todas sus dudas, y recobró su antiguo afecto.

Las conversaciones todas eran á media voz, como era costumbre en presencia de los soberanos, y aun trascuri6 un largo cuarto de hora hasta que un page vino á anunciar que todo se hallaba dispuesto en el oratorio para la ceremonia; entonces se abri6 una puerta que comunicaba directamente con la estancia de Ozema.

—Marquesa, hija mia, la obcecada jóven persiste, dijo la reina separándose del lecho de Ozema, y yo no sé á la verdad qué decirle. ¡Es cosa muy dura el rehusar á nadie los medios de salvacion, y por otra parte, es una proposicion bien estraña y estemporánea para ir á hacérsela de repente á vuestro sobrino y á vuestra pupila!

—En cuanto al primero, señora, creo no será muy difícil el convencerle; pero dudo mucho que consienta en ello Mercedes. Su corazón es una mezcla de religion y de delicadeza femenina.

—En verdad, no es conveniente pensar en semejante cosa. Una doncella cristiana debe preparar con tiempo su espíritu para el sacramento del matrimonio por medio de la oracion.

—Y sin embargo de eso, señora, no falta quien se case sin cumplir con ese requisito. Hubo un tiempo en que don Fernando de Aragón y doña Isabel de Castilla no hubieran titubeado ante igual proposicion.

—Ese tiempo no existió jamás, Beatriz. Cuando tenéis interés en que yo apruebe algun proyecto ó algun inconsiderado capricho, siempre me recordais aquellos tiempos pasados, aquellos dias de prueba y de juventud. ¿Crees acaso realmente que vuestra pupila consienta en esa precipitacion y en la ausencia de toda formalidad preparatoria?

—Ignoro seguramente si se hallará dispuesta á prescindir de algunas formalidades; pero lo que yo si sé es que si alguna mujer hay en España que sea rígida observadora de los mas sagrados ritos de la Iglesia, sois vos, señora, y que si existe otra alguna, es Mercedes á no dudarlo.

—Basta, basta, mi querida Beatriz; la adulacion no os sienta bien á vos. No hay nadie que sea bastante rígida, y cada cual tiene necesidad de ser vigilado incesantemente en el cumplimiento de sus deberes. Decid á doña Mercedes que me siga á mi gabinete, quiero tratar con ella este asunto, para que al menos no le coja de sorpresa.

Dichas estas palabras se retir6 la reina. Apenas acababa de llegar á su gabinete, cuando entr6 en él nuestra heroína con paso tímido y poco firme. Cuando sus ojos se encontraron con los de su soberana, Mercedes se deshacia en lágrimas, y cayendo de rodillas ocult6 su rostro entre el ropaje de Isabel. Aquel acceso de sensibilidad fué reprimido prontamente, y la jóven se puso de pie, aguardando las órdenes de su soberana.

—Hija mia, dijo la reina, yo confío en que no existirá ningun desacuerdo entre tú y el conde de Llera. Bien conoces las intenciones de tu tutora y las mías, y así, puedes, en un negocio tan delicado, servirte de nuestra sangre fria y de nuestra mucha experiencia. Don Luis te ama y no ha amado jamás á la princesa, aunque no hubiera sido estraño á la verdad que un jóven dotado de impetuosas pasiones y que se ha visto frecuentemente expuesto á la tentacion, hubiese sentido alguna involuntaria y pasajera inclinacion hácia una mujer tan bella y tan seductora.



—Luis, señora, ha convenido en eso mismo; jamás ha sido inconstante, pero ha sido débil.

—Esta es una dura lección para la juventud, hija mía, dijo la reina con grave tono; pero aun te habría sido mas sensible si la hubieras recibido mas adelante, es decir, en aquella época en que la ternura mas profunda de una esposa ha reemplazado á las impresiones de una doncella. Ya has oido la opinion de los médicos; ellos piensan que Ozema da pocas esperanzas de vida.

—¡Ah! ¡señora, qué destino tan fatal! ¡Morir en un pais extraño, en la flor de su edad, y con el corazon destrozado por el peso de un amor no correspondido!

—Y eso no obstante, Mercedes, si el cielo abre los ojos á Ozema cuando el último acto de su vida sobre la tierra se haya terminado la transición será para ella mas completamente feliz, y los que lloren su pérdida deberian mas bien regocijarse por ella. Su juventud, su inocencia, su corazon puro, se han mostrado á nuestra vista tal como ellos son; solo les faltaba el fruto de una piadosa instruccion. Nada debe temer tampoco por sus errores personales. Todo cuanto puede hacerse por una doncella como esta, es darla entrada en el gremio de la Iglesia, obteniendo para ella el sacramento del bautismo, y no podria hallarse un prelado próximo á abandonar el mundo que llevase consigo mas fundadas esperanzas de una dicha futura.

—Ese santo ministerio es el que, segun creo, se prepara á desempeñar el señor arzobispo.

—Esto depende en cierto modo de tí, hija mía. Escúchame, y no pronuncies de ligero tu resolucion: va en ella la salvacion de un alma.

La reina entonces refirió á Mercedes la novelesca exigencia de Ozema; pero lo verificó en términos tan dulces y penetrantes, que causó en la jóven menos alarma y sorpresa de la que habia creído.

—Doña Beatriz me ha hecho una proposicion que al pronto parece muy plausible, pero que la reflexion no puede admitir. Ella habia concebido el proyecto de hacer casarse al conde con Ozema en este mismo dia (Mercedes se estremeció y se puso pálida) con el objeto de dulcificar en parte los últimos momentos de la jóven estrangera con la alegría de ser ya la esposa del hombre á quien tanto idolatra; pero yo he hallado serios obstáculos en ese proyecto. ¿Cuál es tu opinion, acerca de esto, hija mía?

—Señora, si yo pudiese creer hoy dia, como antes lo he creído, que Luis dispensase á la princesa una preferencia capaz de conducirla á la dicha que produce el mútuo cariño, sin la cual el matrimonio viene á ser mas bien una maldiccion que una felicidad, yo seria la última en suscitar cualquier obstáculo: lejos de eso, yo creo que pediria á V. A. de rodillas aquella gracia, porque la que ama en realidad desea antes que todo la ventura del que es objeto de sus afecciones. Pero estoy segura que el conde no profesó á Ozema el afecto indispensable para enlazarse con ella, y siendo así, ¿no seria á la verdad una profanacion, señora, recibir un sacramento de la Iglesia, pronunciar un voto que no sancionaria el corazon, ó por mejor decir, contra el cual se revelaria inmediatamente?

—¡Excelente jóven! Tus principios son absolutamente los míos, y en ese mismo sentido he contestado yo á la marquesa. No debe jugarse con las ceremonias de la Iglesia, y nosotros, ademas de todo, estamos obligados á someternos á las aflicciones que nos son impuestas para nuestra eterna felicidad, si bien á veces es mas duro el soportar las ajenas que las nuestras propias. Solo resta, pues, que tú resuelvas respecto á ese capricho de Ozema, y que nos digas si consientes en casarte hoy mismo para que ella pueda ser bautizada.

A pesar de la decision y el amor que Mercedes profesaba á nuestro héroe, la jóven tuvo que sostener una lucha violenta con sus principios habituales y su delicadeza antes que adoptar un partido tan precipitado. Por último, prevalecieron las razones de la reina, pues Isa-

bel no desconocía que habria de pesar sobre ella una gran responsabilidad si se dejaba morir á la jóven estrangera sin que antes se hubiese incorporado en el seno de la Iglesia. Asi que obtuvo, pues, el consentimiento de Mercedes, la reina despachó un mensajero á la marquesa, y despues se hincó de rodillas al lado de su jóven amiga, y pasaron una hora reunidas rezando los divinos oficios acostumbrados en ocasiones semejantes. En seguida ambas damas, tan puras de alma y de corazon, sin pensar en las vanidades de los afeites; pero penetradas de la santidad del deber que acababan de llenar, se dirigieron á la real capilla á donde ya habia sido conducida Ozema sin moverla de su lecho. La marquesa echó un velo blanco sobre la cabeza de Mercedes y arregló ligeramente su traje, por deferencia al altar y á sus ministros.

Las pocas personas que fueron convidadas para asistir á aquella ceremonia se hallaban ya presentes; en el momento mismo en que los dos futuros esposos iban á ocupar sus respectivos sitios, entró de repente Fernando, trayendo en la mano todavia algunos papeles cuya lectura acababa de interrumpir para condescender á los deseos de su real consorte. El rey estaba dotado de un continente lleno de dignidad, y cuando él queria, no habia soberano que ocupase su puesto con mas gracia y maneras mas nobles. Hizo señal al arzobispo para que suspendiese la ceremonia, y mandando á Luis que se hincase de rodillas, colocó sobre los hombros del jóven el collar de una de sus órdenes, diciéndole al mismo tiempo:

—Alzaos ahora, noble caballero, y cumplid vuestros deberes para con el Señor de los cielos como los habeis cumplido hasta ahora para con nosotros.

Isabel dió gracias á su esposo por su munificencia, dirigiéndole una sonrisa de aprobacion, y la ceremonia comenzó en el momento. Mercedes y Luis quedaron unidos para siempre, y apenas el oficio solemne se hubo terminado, nuestra heroína, á quien Luis estrechó tiernamente contra su corazon, conoció que se comprendian perfectamente, y en el colmo de su propia ventura Ozema fué olvidada por un instante.

Cristóbal Colon habia conducido al altar á la desposada, para cuyo encargo fué designado por el rey. El mismo don Fernando en persona estuvo al lado de Luis y á tan corta distancia, que tuvo ocasion de sostener el velo que se extendió sobre la cabeza de ambos esposos. Pero Isabel permaneció apartada y al lado del lecho de Ozema, vigilándola todo el tiempo que duró la ceremonia. La reina no pensó que fuese necesario hacer una pública manifestacion de interés en favor de la desposada, puesto que ellas acababan de mezclar su emocion en una dulce union de sus oraciones. Los cumplimientos de costumbre fueron despachados en un breve espacio, y don Fernando se retiró en seguida, asi como todos los que no estaban en el secreto de la historia de Ozema.

Por un sentimiento de delicadeza hácia la condicion de una muger estrangera, á quien sus hábitos y sus opiniones habian investido con una parte de los derechos de la dignidad real, la reina habia deseado que su marido y algunas personas de su séquito no presenciasen el bautizo de Ozema. Mientras se celebró el matrimonio, Isabel habia observado la constancia con que la jóven medio iluminada habia seguido los movimientos del arzobispo y los de ambos esposos, y no pudo evitar que las lágrimas bañasen sus mejillas, al contemplar en cada una de sus pálidas facciones la lucha que su amor hácia Luis y su amistad hácia Mercedes habian emprendido en lo mas profundo del corazon de la jóven y malograda india.

—¿Dónde estar cruz? dijo Ozema con viveza cuando Mercedes se detuvo para estrechar entre sus brazos su escuálido cuerpo é imprimir un prolongado beso sobre sus mejillas. Dar cruz, Luis no casarse con cruz, dar cruz á Ozema.

Mercedes tomó ella misma la cruz que podia sobre

el pecho de su esposo desde el día en que se la devolvió, y la puso en manos de la princesa.

—No casarse con cruz, murmuró la joven cuyos ojos cubiertos de lágrimas apenas podían divisar la joya á que ella daba tan alto precio. Ahora, pronto, señor; hacer Ozema cristiana.

La escena principiaba á adquirir cierta solemnidad é interés para que fuese pasando el tiempo en fútiles palabras, y el arzobispo, á una señal de la reina, comenzó aquella segunda ceremonia. Verificóse en breves instantes; é Isabel, en medio de la bondad de su corazón, quedó en el momento mas tranquila con la seguridad de que la estrangera, que era para ella el objeto especial de todos sus cuidados, acababa de entrar en la alianza de salvación que Dios tiene estipulada con su Iglesia.

—¿Ozema ahora cristiana? preguntó la joven con tal vivacidad y candor, que causaron tanta pena como sorpresa á cuantos se hallaban presentes.

—Ahora, al menos, tienes la seguridad de que la bondad de Dios acogerá tus oraciones, hija mía; repuso el prelado. Pídeselo así de todo corazón, y tus últimos momentos, que se van acercando, serán doblemente dichosos.

—¿Cristianos casarse con infieles? ¿Cristiano casarse con cristiana?

—Ya te se ha dicho muchas veces, pobre Ozema, respondió la reina, que la Iglesia no puede sancionar una union entre cristianos é infieles.

—¿Cristiano casarse con la muger que mas querer?

—Ciertamente. Obrar de otra manera seria profanar sus votos é insultar al mismo Dios.

—Así pensar Ozema. Pero poder casarse con segunda muger; muger inferior; la muger amarle despues. Luis, casarse con Mercedes, primera muger, porque querer á ella mas. Despues, casarse con Ozema, segunda muger, muger inferior, porque querer á ella mas despues de Mercedes, Ozema cristiana ahora, no haber obstáculo. Venid, arzobispo, venid, hacer Ozema segunda muger de Luis.

Isabel lanzó un profundo suspiro y se retiró á un estremo de la capilla, mientras que Mercedes, anegada en tanto, se arrodilló, ocultó su rostro entre las ropas del lecho, y oró con el mayor fervor para que el alma de la princesa lograra salir de las tinieblas que aun la envolvian; el sacerdote acogió con menos indulgencia aquella muestra de la ignorancia de su penitente y de lo poco dispuesta que se hallaba á recibir el sacramento que acababa de administrarla.

—Jóven no bien iluminada, la dijo con severo tono, el santo bautismo ó es saludable ó terrible, segun las disposiciones con que se recibe; la peticion que acabais de hacerme ha recargado ya vuestra alma con el peso de un nuevo pecado. Ningun cristiano puede tener dos mugeres á un mismo tiempo, y Dios no reconoce primeras ni segundas entre aquellas personas que une la Iglesia. Por consiguiente, vos no podeis ser la segunda muger, mientras viva la primera todavia.

—No querer ser de Caonabo, no; de Luis, sí, la quincuagésima muger, ¡la centésima de mi querido Luis! ¿Es esto posible?

—Jóven obcecada é infeliz, os vuelvo á repetir que no, no, mil veces no. ¡Jamás! ¡jamás! Tan solo el preguntarlo es tan culpable, que profanais con ello esta sagrada capilla y los símbolos religiosos que en ella se encierran. Si, si, haceis muy bien; besad vuestra cruz y humildad vuestra alma al dolor, porque....

—Señor arzobispo, interrumpió la marquesa de Moya con una viveza tal que daba bien á conocer que acababa de recobrar su antiguo carácter, basta, basta; la jóven á quien amonestais tan severamente, ya no puede escucharos; su alma pura acaba de elevarse para comparecer ante otro tribunal en el que, á lo que yo espero, encontrará un juez mas misericordioso. ¡Ozema ha cesado ya de existir!

Lo que la marquesa anunciaba era demasiado cierto.

Aterrorizada con las palabras del prelado; trastornada con la confusion de ideas que escitaba en ella la diferencia de los dogmas en que acababa de ser impuesta y los que en su infancia habia aprendido; herida en su corazón por la certidumbre de que su última esperanza de unirse á Luis se habia desvanecido, el alma de la india habia abandonado sus graciosas y seductoras formas, las cuales aun conservaban la tierna impresion de las emociones que la agitaron durante los últimos momentos de su permanencia sobre la tierra.

De esta manera se lanzó á los cielos la primer alma de las que el descubrimiento del Nuevo Mundo debia salvar de la perdicion del paganismo. El casuista podrá provocar controversias, el sabio discutir, el religioso hacer reflexiones sobre su probable porvenir en el mundo desconocido que la aguardaba; mas el hombre bueno y sumiso todo lo espera de la clemencia de un Dios misericordioso. En cuanto á Isabel, el golpe que esperiméntó disminuyó en gran manera el triunfo que ella se prometia obtener del resultado de sus esfuerzos y de su celo; pero estaba, sin embargo, bien lejos de prever que aquel acontecimiento era tan solo el preludio de los errores que iban en breve á acompañar á la propagacion de la religion de Jesucristo en los países nuevamente descubiertos, y una especie de presagio práctico de la ruina de que estaban amenazadas la mayor parte de las dulces esperanzas y de los ardientes votos de su corazón.

## CAPITULO XXXI.

El ruido que habia hecho la expedicion de Colon puso en boga los viages marítimos. Ya no se miraban las navegaciones de largo tiempo como una carrera de pocas ó mas ó menos y poco á propósito para los nobles; aquella aficion de don Luis, que tanto se habia censurado en los años precedentes, era entonces objeto de los mayores elogios. Como sus verdaderas relaciones con Colon no han sido reveladas por primera vez, sino en las páginas de la presente historia, no habiendo dado con estos datos los historiadores en sus superficiales investigaciones, era una ventaja para Luis el ser conocido por haber manifestado antes que nadie lo que puede llamarse una decidida vocacion marítima, en un siglo en que la mayor parte de los hombres de su clase se contentaban con hacer sus escursiones por tierra. El Océano vino á hacerse de moda, y el caballero que habia contemplado su ilimitada estension, miraba al que no se habia movido de su país natal sobre poco ó mas ó menos con los mismos ojos que el jóven decidido que ha ganado con sus bahañas las espuelas mira al que ha pasado su juventud sumido en el ocio y la molice. Muchos nobles, cuyos dominios lindaban con el Mediterráneo ó con el Atlántico, armaron algunos buques costeros, llamados yachts en el siglo XV, y se propusieron seguir las sinuosidades de las gloriosas riberas de aquella parte del mundo, haciendo lo posible por hallar un placer en una ocupacion que parecia meritorio el imitarla. Seria una temeridad el afirmar que todos consiguieron trasportar las costumbres de la córte y de los castillos á los estrechos límites de los barcos y de las falúas; pero lo que está fuera de toda duda, es que aquella tendencia de la época fué sostenida por la esperiencia, que los hombres se ruborizaban de condenar lo que la politica y el espíritu del día recomendaban igualmente. La rivalidad entre España y Portugal dió mayor fuerza á aquella inclinacion, y bien pronto el jóven que jamás habia abandonado sus hogares domésticos corrió mas peligro de ser señalado por su falta de arrojo que el aventurero de ser reconvenido por su vida errante y vagabunda.

Entretanto trascurrieron las estaciones, y los acontecimientos iban pasando, segun su ordinario curso de la causa al efecto. A fines del mes de setiembre, precisamente en aquel estrecho y romántico tránsito que, separando la Europa del Africa, une el Mediterráneo á los cerúleos campos del Atlántico, brillaban los rayos



del nuevo sol sobre el vasto Océano, y con sus dorados reflejos iluminaba cuanto aparecía sobre su superficie. Estos últimos objetos eran en corto número: una docena de navios que se dirigían hacia diferentes puntos, impedidos por una agradable brisa de otoño. Como nosotros no hemos de hablar mas que de uno de aquellos buques, bastará que le describamos en pocas palabras.

Aquella embarcacion llevaba la vela latina, la mas pintoresca de cuantas ha inventado el ingenio del hombre, ya sea que el arte la ofrezca á nuestros ojos en miniatura, sea que ella se presente bajo sus verdaderas dimensiones. Su posicion era precisamente la misma que un pintor hubiera podido escoger como la mas á propósito á su objeto, pues la ligera falúa corría viento en popa con una de aquellas grandes velas puntiagudas que se estendian por cada lado como las alas de un enorme pájaro en el momento en que llega á posarse en su nido. Notábase en todos los aparejos un órden y una simetría no acostumbrados, y el casco, que se distinguía por sus bien proporcionadas dimensiones, era de una limpieza tal y de una perfeccion que anunciaban el yachts de un noble.

Aquel navio se llamaba el *Ozema*, y conducía al conde de Llera con su jóven esposa. Luis, que, por consecuencia de sus innumerables viages, se habia llegado á hacer un hábil marino, dirigía en persona las maniobras, lo cual no impedía á Sancho Mundo el pasearse sobre cubierta dándose un aire de autoridad y siendo de derecho, sino de hecho, el patron de aquel buque.

—Así, así, buen Bartolomé, amarra bien esa áncora, dijo Sancho en el mismo momento en que inspeccionaba la proa en una de sus frecuentes rondas, porque aunque el viento y la estacion se muestran ahora favorables, nadie puede saber cómo se presentará el Océano al despertar de su letargo. Cuando hicimos el gran viage al Cathay tuvimos la travesía mas feliz del mundo, así como no he visto nunca cosa mas diabólica que la vuelta de aquel viage. El esposo de doña Mercedes es un excelente marino, como cada uno de vosotros podrá verlo, y nadie es capaz de decir hasta dónde puede llevarle su genio al conde una vez puesto en treña. Yo os respondo, camaradas, de que á cada minuto la gloria y el oro pueden flotar sobre todos vosotros sirviendo á un señor semejante, y yo espero que habreis tenido muy buen cuidado de proveeros de cascabeles, que no son menos útiles para atraer dobles que las campanas de la catedral de Sevilla para reunir á los cristianos.

—Señor Mundo, le gritó nuestro héroe desde el castillo de popa, enviad á un hombre á la verga de mesana y encargadle que mire al Nordeste.

Aquella órden del conde vino á interrumpir una de aquellas arengas que Sancho improvisaba en honor suyo, y se vió obligado á ir á vigilar la ejecucion. Cuando el marinero hubo llegado al aéreo y al parecer peligroso puesto que le habia sido designado, la voz de don Luis se alzó desde cubierta para preguntarle qué era lo que veía.

—Señor conde, respondió el marinero, el Océano se descubre cubierto de buques que se dirigen bogando á á velas desplegadas hacia donde V. E. ha indicado, y que parece la embocadura del Tajo, cuando un viento del Oeste comienza á soplar.

—¿Podrias acaso contarlas y decirme el número de ellas?

—¡Diantre! Señor, repuso el marino despues de haberse tomado el tiempo necesario en formar su cálculo, por lo menos veo diez y seis.—Ahora descubro otro pequeño que lo ocultaba una carraca. Diez y siete entre todos.

—¡Entonces aun llegamos á tiempo, amor mio! exclamó Luis volviéndose con trasporte á Mercedes; aun podré estrechar una vez la mano del almirante antes que nos deje para volver á Cathay. Parece que tú participas tambien de la alegría que nos proporciona el resultado de nuestros esfuerzos.

—Tus satisfacciones lo son tambien mías, Luis, re-

pusó la jóven; donde solo existe un cariño no puede haber mas que un deseo.

—Querida Mercedes, tú harás de mí cuanto quieras. Tu angelical dulzura y la decision con que emprendiste el viage han hecho en mí impresion tal, que me parece que mi alma acabará identificándose con la tuya, y viviré mas en tí que en mí mismo.

—Sin embargo, Luis, replicó la jóven sonriendo, el cambio se anuncia en otro sentido, pues es mucho mas probable que tú llegues á hacer de mí un habitante de los mares, que yo de tí un pacífico señor del castillo de Llera.

—Tú no te has embarcado con repugnancia, ¿no es cierto Mercedes? preguntó Luis vivamente como un hombre que teme haber cometido una indiscrecion involuntaria.

—No, no, querido mio; al contrario, he venido con mucho gusto, ademas del placer que espermento al acceder á tus deseos. Nada me resiento del movimiento de la falúa, y la novedad de este magnífico espectáculo me embelesa y me encanta.

Decir que Luis escuchó aquellas palabras con suma satisfaccion, es lo mismo que añadir que se aumentó el placer de que gozaba contemplando el aspecto del Océano.

Al cabo de una media hora, el buque del almirante se distinguía desde el puente del *Ozema*; y apenas llegaba el sol al meridiano, cuando la pequeña falúa bogaba ya entre los demas buques de la flota, dirigiendo su rumbo hacia la carraca de Colon. Cuando despues de hechos los saludos de ordenanza, supo el almirante la llegada de Mercedes, su cortesia le hizo pasar á bordo del *Ozema* á ofrecerla sus respetos. Las situaciones que ambos habian atravesado juntos, habian inspirado á Colon una especie de afecto paternal hacia Luis; Mercedes tambien participaba de este afecto desde que se condujo con tanta nobleza en los sucesos que tuvieron lugar en Barcelona; así que, su acogida fué afectuosamente digna, y en la entrevista se manifestó tambien por completo la adhesion y el cariño que tanto el conde como la condesa le profesaban.

Nada era mas sorprendente para cualquiera que fuese testigo de aquella segunda expedicion, que el contraste que ofrecia el aislamiento del genovés cuando emprendió su primer viage, y el ruido y el aparato de que se veia rodeado el segundo; cuando el anterior salió Colon del puerto, abandonado, casi olvidado, con tres buques en muy mala disposicion y ocupados por tripulaciones peor dispuestas todavia, mientras en aquella segunda ocasion el Océano se veia cubierto de un número considerable de buques, y el almirante se encontraba rodeado de una multitud de nobles caballeros.

Apenas se supo que la condesa de Llera se hallaba á bordo de la falúa que se distinguía en el centro de la flota, echáronse al agua por todas partes un sin número de lanchas, y Mercedes se halló como rodeada de una brillante corte sobre el vasto Océano; las damas que la acompañaban, entre las cuales dos ó tres pertenecian á familias distinguidas, la ayudaron á recibir á los caballeros que se iban presentando sobre cubierta. La balsámica influencia del aire tan puro que se respira en el mar, contribuía notablemente á aumentar el júbilo que reinaba en aquel momento, y por espacio de una hora ofreció el *Ozema* un cuadro de alegría y esplendor como muchos de los circunstantes no lo habrian visto en toda su vida.

—Bella condesa, exclamó uno de los caballeros, que era por cierto uno de los pretendientes desechados de la mano de nuestra heroína, ya veis á qué grado de desesperacion me ha conducido vuestra crueldad: parto para lo mas lejano del Oriente. Don Luis debe de felicitar de que ya no hubiese intentado esta aventura antes de que él hubiese tenido la dicha de agraderos, porque de aqui adelante no habrá señora que rechace las protestas de un hermano de armas del almirante.

—Puede ser que digais verdad, señor, repuso Mercedes, lleno de orgullo su corazón al pensar que Luis, el objeto de su preferencia, había acometido aquella brillante y arriesgada empresa cuando los resultados eran aun tan inciertos, cuando los demás se estremecían todavía á la sola idea de los peligros que ofrecía.—Puede ser que digais verdad; pero una persona, cuyos deseos son tan moderados como los míos, debe contentarse con estas sencillas escursiones por la costa, en las cuales, felizmente, una muger puede acompañar á su marido.

—Señora, exclamó á su vez el valiente y fogoso Alonso de Ojeda, don Luis me hizo morder el polvo en un torneo, célebre hazaña que ha dejado brillantes recuerdos; mas ahora yo le gano por la mano, puesto que él se contenta con contemplar las playas españolas, dejándonos la gloria de buscar las Indias y de someter á los infieles al poder de nuestros soberanos.

—Es un honor muy suficiente para mi esposo, señor, el poder enorgullecerse del suceso de que acabais de hacer mención, pudiendo además contentarse con la reputación adquirida por la primera expedición.

—Dentro de un año, condesa, aun le amariáis todavía mas si llegase á partir con nosotros, si hiciese alarde de su valor con los súbditos del Gran Khan.

—Ya veis, don Alonso, que tal como es en el día, el ilustre almirante no desprecia así como se quiera á Luis Bobadilla. Juntos se hallan ambos en mi cámara; un hombre sin fé y sin valor no sería por cierto objeto de semejante atención de parte de don Cristóbal.

—¡Esto es portentoso! exclamó el amante desdichado; el favor de que el conde disfruta con el almirante nos ha admirado á todos completamente cuando estuvimos en Barcelona. Tal vez, Ojeda, se habrán encontrado ambos en alguna de sus escursiones marítimas.

—¡Por San Jorge, señor! repuso Alonso riendo; pues si don Luis se ha encontrado alguna vez con Colon como se encontró conmigo en la liza, pienso yo que con semejante entrevista tenía para toda su vida.

La conversacion siguió sosteniéndose de aquel modo, ya alegre, ya mas grave, pero siempre en buena amistad, mientras que el almirante y nuestro héroe, retirados en la cámara de Mercedes, hablaban reservadamente acerca de un asunto de la mas alta importancia.

—Don Luis, dijo Colon cuando se hubieron sentado uno al lado del otro, ya sabeis el cariño que os profeso, y yo estoy bien seguro del que vos me profesais á mí. Parto de España en busca de muchos mayores peligros que los que juntos hemos corrido. Entonces marché desconocido de todos, casi despreciado, sirviéndome en cierto modo de protección la ignorancia y la conmiseración; mas ahora la malignidad y la envidia siguen mis pasos do quiera que yo vaya. La edad por fortuna me ha dado la suficiente experiencia para que pueda dejar de prever las desgracias de que estoy amenazado. Muchos se ocuparán de mí durante mi ausencia; esos mismos que en el día me aturden con sus aclamaciones serán entonces mis calumniadores, y se vengarán de sus adulaciones pasadas provocando mi caída. Isabel y Fernando se verán rodeados de chismes y mentiras, y el menor descabro que se esperimente, será presentado como un crimen. Es verdad que dejo en pos de mí fieles amigos, tales como Juan Perez, de Santo Angel, Quintanilla y vos; yo cuento con vosotros todos, no para conseguir favores ni distinciones, sino para sostener la causa de la verdad y de la justicia.

—Podeis contar, señor, con mi escaso crédito en todos tiempos y circunstancias. Yo os he conocido en días de prueba, y no habrá calumnia alguna ni falsa interpretación que haste á disminuir la confianza que tengo en vos.

—Ya sabía yo eso, Luis, aun antes de escuchar tan afectuosas y enérgicas protestas, contestó el almirante estrechando con ardor entre las suyas las manos del jóven; yo no sé si Fonseca, que tanta influencia ha llegado á

adquirir en los negocios de la India, es de veras amigo mio. También hay un hombre en vuestra familia y de vuestro mismo nombre que me ha mirado con enemigos ojos, y del cual desconfiaría en sumo grado siempre que pudiese hallar ocasión de perjudicarme.

—Sé de quien quereis hablar, don Cristóbal, y lo considero como un hombre que hace poco honor á la casa de los Bobadillas (1).

—Pero goza de gran crédito para con el rey, lo cual en estos momentos es de una terrible importancia.

—¡Ah! señor, nada bueno ni generoso debemos esperar de ese astuto y falaz monarca. Mientras doña Isabel siga prestando oídos á la verdad, nada hay que temer; pero don Fernando se hace de día en día mas ambicioso y contemporizador. ¡Por Santiago! Aquel que en su juventud era un valiente y decidido caballero, ¿debia esperarse que manchase sus nevados cabellos por una codicia capaz de avergonzar á un moro? Pero, no obstante, mi noble tía vale ella sola por un ejército entero, y ella será nuestra constante protectora.



Don Luis y Mercedes orando en Santa Clara.

—Dios preside á todo en este mundo, y dudar de su prudencia y de su justicia sería un pecado. Mas, don Luis, hablemos por un instante de lo que os concierne á vos; la Providencia os ha confiado la dicha de una criatura como no se encuentra igual en toda la tierra. El hombre á quien ha concedido el cielo una muger tan amable, tan virtuosa como la vuestra, debe elevar un altar en su corazón y ofrecer á Dios en él todos los días, y á todas horas, sacrificios de reconocimiento por el don que ha recibido de su mucha bondad, puesto que goza del tesoro mas precioso, mas puro y mas permanente que nos ha sido acordado en este mundo y que jamás debe ser olvidado. Pero una muger parecida á doña Mercedes es una criatura tan delicada como poco comun; que su dulzura calme vuestra impetuosidad; que las imperfecciones de vuestro carácter cedan á su noble influencia; que su virtud sirva de estímulo á la vuestra;

(1) Don Francisco de Bobadilla.



que su amor alimente vuestro amor; en fin, que su ternura sea un constante aliciente para vuestra indulgencia en su favor y para la proteccion que debeis dispensarla. Cumplid todos vuestros deberes como un verdadero grande de España, hijo mio, buscad la felicidad en la compañera que vuestro corazon ha elegido, asi como en el amor de Dios.

Antes de separarse de Luis, el almirante le dió su bendicion, y en seguida, despidiéndose de Mercedes con las mismas ceremonias que á su llegada, se volvió á su carraca. Las lanchas fueron alejándose sucesivamente de la falúa, repitiendo los saludos varias veces antes de llegar á reunirse á sus respectivos buques. Pocos minutos habian transcurrido, cuando ya las pesadas virgas se veian encorvadas al hendir los aires y la flota logaba directamente al Sudoeste, dirigiendo su rumbo, segun creian entonces, hácia las apartadas costas de la India.

Una hora entera habia pasado desde la partida de Colon, y el *Ozema* permanecia aun donde aquel le habia dejado; hubiérase dicho que los que iban á su bordo buscaban con sus miradas á sus amigos que acababan de partir. Por fin, desplegó sus velas, y el gracioso buquecillo enderezó su proa hácia la pequeña bahía á cuyo fondo se encontraba el puerto de Palos de Moguer.

La noche estaba deliciosa, el aire era perfumado, y al aproximarse el *Ozema* á la orilla, se hallaba el mar tan tranquilo como un lago: la brisa era la suficiente para refrescar el aire y hacer que el pequeño esquife corriese una buena distancia cada hora. La tienda que nuestro héroe y nuestra heroína ocupaban durante el dia estaba situada sobre cubierta: se componia de una tela embreada estendida á manera de toldo, y en lo interior estaba adornada de una cogadura de preciosos tejidos, formando un lindo saloncito. Otra tela separada la cubria por delante, poniéndola á cubierto de las miradas indiscretas de la tripulacion, y terminando en una elegante cortina por la parte de popa. En el momento de que vamos á hablar, aquella cortina estaba negligentemente recogida, y ambos esposos podian pasear la vista sobre la vasta estension de las aguas, y contemplar la magestuosa solemnidad del sol en su ocaso.

Medio recostada sobre un almohadon, Mercedes tenia la vista fija en el Océano, y Luis, sentado á sus pies en un taburete, se entretenia en tocar la guitarra. En aquel instante acababa de tocar y de acompañarse con la voz la cancion favorita de Mercedes, y cuando dejó á un lado el instrumento, echó de ver que su jóven esposa no le habia escuchado con la ternura y atencion que acostumbraba.

—¿Tu estás pensativa, Mercedes? le dijo inclinándose hácia adelante para cerciorarse mejor de la expresion melancólica de sus ojos, en les cuales casi siempre brillaba el entusiasmo.

—El sol va á ocultarse por el horizonte que corresponde á la patria de la pobre Ozema, Luis, respondió Mercedes con voz un tanto temblorosa; esta circunstancia, unida al aspecto de este Océano sin limites, imágen tan exacta de la eternidad, no ha podido menos de traerme á la memoria sus últimos momentos. ¡No debemos dudar que una tan inocente criatura no puede haber sido condenada á los eternos suplicios por el único motivo de que sus apasionados sentimientos y su espíritu aun no completamente iluminado, la impedian comprender á fondo todos los misterios de nuestra religion!...

—Mucho desearia que tus pensamientos se fijasen lo menos posible en semejantes objetos, amor mio; las misas y oraciones que se han mandado decir por su alma deberian haberte satisfecho, ó si acaso es tu deseo, se mandarán decir todavia mas.

—Asi lo haremos, repuso la jóven esposa con voz tan imperceptible que apenas se la oia, mientras que sus lágrimas corrían á lo largo de sus mejillas. El mejor de todos nosotros necesita que rueguen por él, y nosotros debemos hacerlo por la pobre Ozema. ¿Te has acor-

dado de repetir al almirante que haga cuanto esté en su mano en favor de Mattinao cuando llegue á la Española?

—Ya hemos quedado en ello; con que asi, deja de ocuparte de semejante cosa. Hemos levantado en Llera un monumento, y si bien nos es permitido deplorar la pérdida de jóven tan amable, al menos no debe inspirarnos lástima su muerte. Si Luis de Bobadilla no fuese esposo tuyo, ángel querido, consideraria á Ozema mas bien como un objeto de envidia que de compasion.

—¡Ah! Luis, esa lisonja es para mí demasiado grata para que trate de reprenderte por ella, pero no me parece muy conveniente. A la verdad la dicha que me proporciona la seguridad de tu amor, el pensar que nuestra fortuna, nuestro porvenir, nuestro nombre y nuestros intereses son unos mismos, esa felicidad tan grande es solo miseria si se compara con las glorias seráficas de los bienaventurados; y de esta suprema dicha es de la que yo desearia pudiese participar el alma de Ozema.

—Pues no lo dudes, Mercedes; Ozema está disfrutando de cuanta felicidad es debida á su bondad y á su inocencia. Si en ventura iguala á la que yo esperimento al estrecharte de este modo contra mi corazon, no debe inspirarnos lástima por cierto. ¡Y dices tú que ella deberia ser diez veces aun mas dichosa!

—¡Luis, Luis, no hables en esos términos! Haremos, pues, decir aun mas misas en Sevilla, en Burgos y en Salamanca.

—Como tú quieras, amor mio. Se dirán todos los años, todos los meses, todas las semanas, á todas horas y durante todo el tiempo que los sacerdotes crean conveniente.

Mercedes dió gracias á su esposo con una sonrisa, y su conversacion vino á amenizarse algun tanto, si bien adquirió un viso de melancolia. Una hora trascurrió asi, durante la cual se comunicaron mutuamente sus pensamientos con aquella dulce efusion que forma el encanto de las conversaciones entre dos seres que tan tiernamente se aman. Mercedes habia llegado á obtener un grande imperio sobre el carácter ardiente y sobre los impetuosos sentimientos de su esposo, y casi sin sentirlo, ella le iba formando poco á poco con arreglo á su propio corazon. Para conseguir aquella mudanza, que era un resultado de la influencia y no de un cálculo ó de un sistema, se hallaba Mercedes fuertemente secundada por las nobles cualidades de nuestro héroe, que no cesaba de repetirse á sí mismo que en adelante debia procurar por la felicidad de otra persona ademas de la suya propia. Un ánimo generoso pocas veces resiste á semejante espediente, que corrige con mas facilidad los defectos leves que las reprensiones y las advertencias.

Sin embargo, puede asegurarse que el arma mas poderosa de Mercedes fué la ilimitada confianza que le inspiraban las excelentes cualidades de Luis, que tenia el mas vivo deseo de aparecer en realidad lo que, segun ella, habia venido á ser, opinion que la propia conciencia de Luis no siempre corroboraba.

En el momento en que el sol acababa de ocultarse, entró Sancho anunciando que acababa de echar el ancla.

—Señor conde, ya hemos llegado.—Señora doña Mercedes, nos hallámos en el puerto de Palos, á unas cien toesas del sitio en que don Cristóbal y sus valientes compañeros se embarcaron para ir á descubrir las Indias.

—Dios le bendiga mil veces, á él y á cuantos le acompañaron.

—La chalupa está dispuesta para conducirnos, señora, y si acaso no encontráis aqui las catedrales y los palacios de Sevilla ó de Barcelona, al menos hallareis á Palos, á Santa Clara y la Puerta del Astillero, sitios que de aqui en adelante adquiriran mayor renombre que otros cualesquiera; Palos, con su punto de partida de la espedicion; Santa Clara, por haber contribuido á salvar á aquella de un descalabro con los votos que en sus aras se elevaron al cielo, y la Puerta del Astillero, porque alli se construyó el buque que montaba el almirante.

—Y tambien por haber sido testigo de otros acontecimientos, buen Sancho, dijo el conde.

—Efectivamente, señor, de otros acontecimientos. ¿Quereis que os conduzca á tierra, señora?

Mercedes accedió. Diez minutos despues ésta y su esposo se paseaban por la playa, á corta distancia del sitio en que Colon y don Luis se habian embarcado el año anterior. La costa se hallaba cubierta de gentes que habian salido á disfrutar del fresco de la tarde, cuya mayor parte pertenecía á la clase mas humilde de la poblacion; pues, si yo no me engaño de todos los paises favorecidos de un bello clima, aquel es el único en que no se vé á sus habitantes mezclarse para disfrutar de aquella hora tan agradable de la noche.

Luis y su bella compañera, que solo habian desembarcado por hacer un poco de ejercicio, pues no ignoraban que su falúa era mucho mas cómoda que todas las posadas de Palos, llegaron á mezclarse con la multitud que estaba paseando. No tardaron mucho en tropezar con un grupo de mugeres, jóvenes todas, que se espresaban con grande entusiasmo y en tono suficientemente alto para no perder nada de cuanto hablaban. Nuestro héroe y nuestra heroína aplicaron el oido, pues se trataba nada menos que del viage al Cathay.

—Hoy mismo, decia una de ellas con tono magistral, se ha embarcado en Cádiz don Cristóbal, pues nuestros dos soberanos han considerado á Palos como muy pequeño puerto para hacer en él los preparativos de tan grande expedicion. Podeis tener por muy seguro cuanto yo os refiera, mis buenas vecinas, porque, como no ignorais, mi marido está empleado á bordo del mismo buque que manda el almirante.

—¡Sois bien digna de envidia, vecina, solo por ser vuestro marido tan estimado de un hombre tan célebre y distinguido!

—¿Y cómo podia ser de otro modo? ¿No ha estado siempre á su lado en época en que fueron bien pocos los que se atrevieron á seguirle, y ha cumplido en todos tiempos fielmente con su deber? «Mónica, no, no, buena Mónica, me dijo el almirante en persona, tu Pepe tiene un verdadero corazon de marino: estoy muy contento de él; será, pues, contraestre de mi carraca, y de este modo, tanto tú como tus hijos podreis vanagloriaros por todos los siglos de los siglos de haber pertenecido á la familia de un hombre tan valiente.» Estas mismas fueron sus palabras, y cuanto me dijo, lo ha hecho: Pepe es á la sazón contraestre, pero tambien las oraciones que yo dirijo al cielo por él bastarian para cubrir toda esta costa.

Luis se aproximó al grupo, despues de haber hecho su salud, prestando su curiosidad, para reconocer algunos pormenores acerca de una flotilla, de la cual habia formado parte. Conforme él se figuraba, Mónica no le reconoció bajo su rico traje, y contó de muy buena voluntad todo cuanto sabia y hasta lo que no sabia tambien. Aquella conversacion dió á conocer perfectamente hasta qué punto habia variado aquella muger, trocando en excesivo entusiasmo su antigua desesperacion, lo cual demuestra lo bastante la revolucion que habia es-

perimentado la opinion pública, debiendo deducirse por este caso particular la espresion del sentimiento general.

—He oido hablar mucho de uno llamado Pinzon que marchó en clase de piloto de una de las carabelas, añadió Luis: ¿qué ha sido de él?

—Ha muerto, señor, respondieron á la vez una docena de voces, si bien la de Mónica pudo descollar sobre las otras para referir su historia.

—En otro tiempo Pinzon era muy nombrado en este pais, pero en el dia ha perdido toda su reputacion, asi como perdió la vida. Fué un traidor, segun dicen, y murió de pesar al ver á la Niña en completa seguridad en el puerto, cuando él trataba de recoger para sí solo toda la gloria de aquella empresa.

Luis habia estado demasiado distraido con sus asuntos personales, para pensar, hasta entonces, en averiguar qué habia sido de Pinzon; continuó, pues, su paseo, triste y reflexivo.

—¡Ojalá sufran siempre igual suerte las culpables esperanzas y los designios criminales que Dios no puede ni debe favorecer! exclamó apenas se vió lejos de aquel sitio; la Providencia ha protegido al almirante, y á la verdad, amor mio, que yo no tengo menos que agradecerle.

—He aqui Santa Clara, repuso Mercedes: Luis, yo desearia entrar para dar gracias al cielo de haberte salvado, y al mismo tiempo dirigir una oracion al Altísimo por el futuro éxito de don Cristóbal.

Entraron en efecto en la iglesia, y fueron á arrodillarse ante el altar mayor; pues en aquella época los mas decididos guerreros no se hubieran avergonzado, como en el dia sucede, de manifestar públicamente agradecimiento y sumision hácia su Dios. Llenado, pues, aquel deber, la feliz pareja volviése silenciosamente hácia la costa y ocupó su falúa.

Al amanecer del dia siguiente, el Ozema se dió á la vela para Málaga, temiendo Luis ser reconocido si permanecia mas tiempo en Palos. Nuestro héroe y nuestra heroína arribaron felizmente al puerto, y á poco rato llegaron á Valverde, principal posesion de Mercedes, donde los dejaremos disfrutar de una felicidad tan completa como es posible, existiendo una enérgica pasion en el corazon del hombre y un amor desinteresado y pureza de sentimientos en el de su compañera.

La España ha conocido despues otros Luises de Bobadilla entre sus nobles y sus grandes; otras Mercedes han llenado de gozo y á veces han destrozado el corazon de sus adoradores; pero no ha habido mas que una sola Ozema. Esta Ozema apareció en la corte en el siguiente reinado, brilló en ella un solo instante, asi como la estrella que arroja su fulgor en un cielo sin nubes. Su carrera fué bien corta, pues murió muy joven, derramándose sobre su tumba infinidad de lágrimas.—En parte es debida á esta enojosa reunion de circunstancias la obligacion que nos hemos impuesto de entresacar de documentos por largo tiempo ignorados y que tienen relacion con aquella época, tan abundante en acontecimientos, la mayor parte de los hechos que hemos referido en esta leyenda.



...the first of these is the fact that the Christian religion is a religion of the living, and not of the dead. It is a religion of the living, because it is a religion of the living God, who is the source of all life and all truth. It is a religion of the living, because it is a religion of the living man, who is the image of God and the recipient of His grace. It is a religion of the living, because it is a religion of the living Church, which is the body of Christ and the temple of the Holy Spirit. It is a religion of the living, because it is a religion of the living world, which is the field of His love and the arena of His power. It is a religion of the living, because it is a religion of the living future, which is the hope of all men and the goal of all things. It is a religion of the living, because it is a religion of the living God, who is the source of all life and all truth. It is a religion of the living, because it is a religion of the living man, who is the image of God and the recipient of His grace. It is a religion of the living, because it is a religion of the living Church, which is the body of Christ and the temple of the Holy Spirit. It is a religion of the living, because it is a religion of the living world, which is the field of His love and the arena of His power. It is a religion of the living, because it is a religion of the living future, which is the hope of all men and the goal of all things.

...the second of these is the fact that the Christian religion is a religion of the living, and not of the dead. It is a religion of the living, because it is a religion of the living God, who is the source of all life and all truth. It is a religion of the living, because it is a religion of the living man, who is the image of God and the recipient of His grace. It is a religion of the living, because it is a religion of the living Church, which is the body of Christ and the temple of the Holy Spirit. It is a religion of the living, because it is a religion of the living world, which is the field of His love and the arena of His power. It is a religion of the living, because it is a religion of the living future, which is the hope of all men and the goal of all things. It is a religion of the living, because it is a religion of the living God, who is the source of all life and all truth. It is a religion of the living, because it is a religion of the living man, who is the image of God and the recipient of His grace. It is a religion of the living, because it is a religion of the living Church, which is the body of Christ and the temple of the Holy Spirit. It is a religion of the living, because it is a religion of the living world, which is the field of His love and the arena of His power. It is a religion of the living, because it is a religion of the living future, which is the hope of all men and the goal of all things.





